**Douglas Preston & Lincoln Child**



# LA DANZA DE LA MUERTE

**Dance of Death - 2005**

*Linconl Child dedica este libro a su hija Verónica*

*Douglas Presión dedica este libro a su hija*

# 6 La danza de la muerte

## Sobrecubierta

None

*OceanofPDF.com*

# Douglas Preston & Lincoln Child



# LA DANZA DE LA MUERTE

**Dance of Death - 2005**

OceanofPDF.com

*Linco*
*nl Child*
*dedica*
*este libro*
*a su hija*
*Verónica*
*Doug*
*las*
*Presión*
*dedica*
*este libro*
*a su hija*
*Aletheia*

OceanofPDF.com

# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS 4
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA 236
LA DANZA DE LA MUERTE

OceanofPDF.com

Uno 5
Dos 8
Tres 11
Cuatro 13
Cinco 17
Seis 20
Siete 25
Ocho 28
Nueve 30
Diez 33
Once 36
Doce 39
Trece 44
Catorce 48
Quince 51
Dieciséis 53
Diecisiete 55
Dieciocho 60
Diecinueve 62
Veinte 64
Veintiuno 68
Veintidós 73
Veintitrés 76
Veinticuatro 79
Veinticinco 83
Veintiséis 87
Veintisiete 89
Veintiocho 91
Veintinueve 94
Treinta 97
Treinta y uno 101
Treinta y dos 104
Treinta y tres 105
Treinta y cuatro 107
Treinta y cinco 111
Treinta y seis 113
Treinta y siete 116
Treinta y ocho 118
Treinta y nueve 121
Cuarenta 126
Cuarenta y uno 127
Cuarenta y dos 135
Cuarenta y tres 136
Cuarenta y cuatro 141
Cuarenta y cinco 143
Cuarenta y seis 147
Cuarenta y siete 150
Cuarenta y ocho 156

Cuarenta y nueve 160
Cincuenta 163
Cincuenta y uno 168
Cincuenta y dos 170
Cincuenta y tres 172
Cincuenta y cuatro 174
Cincuenta y cinco 178
Cincuenta y seis 181
Cincuenta y siete 183
Cincuenta y ocho 187
Cincuenta y nueve 189
Sesenta 192
Sesenta y uno 197
Sesenta y dos 199
Sesenta y tres 201
Sesenta y cuatro 207
Sesenta y cinco 211
Sesenta y seis 214
Sesenta y siete 216
Sesenta y ocho 221
Sesenta y nueve 223
Setenta 225
Setenta y uno 227
Setenta y dos 228
Epílogo 233

OceanofPDF.com

# Ù
# AGRADECIMIENTOS

Queremos dar las gracias a los siguientes integrantes de Warner Books: Jamie Raab, Larry Kirshbaum, Maureen Egen, Devi Pillai, Christine Barba y el equipo de ventas, Karen Torres y el de marketing, Martha Otis y el departamento de publicidad y promoción, Jennifer Romanello, Dan Rosen, Maja Thomas, Flag Tonuzi, Bob Castillo, Penina Sacks, Jim Spivey, Miriam Parker, Beth de Guzman y Les Pockell.

Un agradecimiento especial a nuestra editora, Jaime Levine, por su empecinada defensa de las novelas de Preston y Child. Debemos gran parte de nuestro éxito a su entusiasmo, al acierto de sus correcciones y a lo bien que nos defiende.

Gracias asimismo a nuestros agentes, Eric Simonoff, de Janklow & Nesbit, y Matthew Snyder, de Creative Artists Agency. Coronas de laurel para el agente especial Douglas Margini, Jon Couch, John Rogan y Jill Nowak, por sus muchas y diversas atenciones.

Expresar, como siempre, nuestro agradecimiento a nuestras esposas e hijos, por su amor y apoyo.

Huelga decir que todos los personajes, compañías, hechos, lugares, comisarías, publicaciones y organismos gubernamentales descritos en estas páginas son ficticios o se usan de modo ficticio.

OceanofPDF.com

# Ù
# Uno

Dewayne Michael estaba sentado en la segunda fila del aula, mirando al profesor con lo que pretendía hacer pasar por interés. Le pesaban los párpados como si le hubieran cosido en ellos pesas de plomo de las de pescar. Le palpitaba la cabeza al ritmo de su corazón, y tenía un regusto como si se le hubiera muerto algo en la lengua. Al llegar tarde, se había encontrado el aula llena, con un solo asiento libre: segunda fila centro, justo delante del atril.

Genial.

Dewayne se estaba especializando en ingeniería eléctrica, y había elegido la optativa por lo mismo que tres décadas de futuros ingenieros: porque era una maría. «Literatura inglesa. Una perspectiva humanista» siempre había sido una asignatura de las que se aprobaban casi sin tocar ni un libro. El profesor de toda la vida, un carcamal muerto de asco que se llamaba Mayhew, hablaba como si quisiera hipnotizarte, con la vista pegada a unos apuntes que tenían cuarenta años y una entonación ideal para dormir. El muy memo no se molestaba ni en cambiar de exámenes. Los de los años anteriores corrían como el agua por la residencia de Dewayne. Vaya, que ya era mala pata que justo ese semestre se hubiera encargado de la asignatura una eminencia como el doctor Torrance Hamilton. A juzgar por la actitud de servilismo generalizado, era como si Eric Clapton hubiera aceptado un bolo en una facultad.

Dewayne cambió desconsoladamente de postura en el asiento de plástico frío. Ya se le había dormido el culo. Miró de reojo a ambos lados. Estaba rodeado de alumnos (casi todos de segundo ciclo) que tomaban apuntes o grababan la clase con microcasetes para no perderse nada de lo que saliera de la boca del profe. Era la primera vez que estaba el aula llena con esa asignatura. Y ni un estudiante de ingeniería a la vista.

¡Qué marrón!

Recordó que aún le quedaba una semana para borrarse de la asignatura. Por otro lado, necesitaba los créditos, y aún existía la posibilidad de que el profesor Hamilton fuera de los que aprobaban. Si no, ¿qué sentido tenía tanta gente un sábado por la mañana? ¿A qué venían? ¿A que los cateasen?

De momento, ya que estaba delante y en el centro, más valía poner cara de despierto.

Hamilton se paseaba por el estrado declamando con una voz profunda. Parecía un león gris: pelo largo peinado hacia atrás y un elegante traje gris marengo, no el típico terno gastado de tweed. Una de las cosas que llamaban la atención era su acento, que no era de Nueva Orleans. Por no ser, no era ni americano, aunque tampoco acababa de sonar a inglés. Detrás, en una silla, un ayudante tomaba notas como un poseso.

–Bueno –dijo el doctor Hamilton–, pues el texto que analizaremos hoy es *La tierra baldía* de Eliot, el poema que resumió el siglo veinte en toda su alienación y su vacío. Uno de los mejores poemas de la historia.

*La tierra baldía*. ¡Ah, sí, ya se acordaba! Anda, que vaya título... Leerlo, lógicamente, no lo había leído. ¿Para qué, si era un poema, no un tostonazo de novela? Se lo podía leer directamente en clase.

Cogió el libro de poesías de T. S. Eliot (prestado de un amigo, para evitarse la chorrada de gastar dinero en algo que no volvería a mirar en su vida) y lo abrió. La foto del autor estaba al lado de la primera página: un moñas de cuidado, con gafitas de abuela y los labios apretados como si le hubieran metido por el culo medio metro de escoba. Dewayne empezó a pasar las páginas con un bufido. Tierra baldía, tierra baldía... Ahí.

¡Mierda! No era precisamente una cuarteta. Se pasaba varias páginas dando la vara, el muy hijo de puta.

–Los primeros versos se han hecho tan famosos que hoy en día nos cuesta imaginar la impresión, la conmoción, que sintió el público al leerlos por primera vez, en 1922, en *The Dial.* Por poesía, entonces, se entendía otra cosa. En el fondo, más que un poema era una especie de antipoema. El yo del poeta había

desaparecido. ¿A quién corresponden estos pensamientos tan angustiosos y perturbadores? El primer verso, como muy bien saben, contiene una alusión a Chaucer que se ha hecho famosa por su tono amargo, pero sería una equivocación quedarnos únicamente con eso. Reflexionen sobre las primeras imágenes: «lilas de la tierra muerta», «turbias raíces», «nieve olvidadiza». Nunca en la historia del mundo, señores, se había hablado de la primavera en esos términos.

Dewayne buscó la última página del poema, y descubrió que tenía más de cuatrocientos versos. Oh, no...

–Es intrigante que para el segundo verso Eliot eligiera las lilas en vez de las amapolas, que en esa época habrían sido más tradicionales. Hacía siglos que Europa no veía tantas amapolas en sus prados, a causa de la infinidad de cadáveres en putrefacción de la Gran Guerra, pero lo más importante es que la amapola, con sus connotaciones de sueño narcótico, se nos antojaría más en consonancia con las imágenes de Eliot. Entonces ¿por qué eligió las lilas? La solución podría ser el uso que hace Eliot de las alusiones; en este caso, concretamente, lo más probable es que se refiera a un verso de Walt Whitman, «La última vez que florecieron las lilas en el jardín».

¡Por Dios, qué pesadilla! Dewayne no entendía ni papa de lo que decía el profesor, y estaba casi en primera fila. Parecía mentira que pudieran escribirse cuatrocientos versos del copón sobre una tierra baldía. Hablando de desolación, la cabeza de Dewayne parecía llena de cojinetes. Se lo tenía merecido, por quedarse hasta las cuatro dándole a la botella de vodka Grey Goose con limón.

Se dio cuenta de que de repente nadie decía nada, ni siquiera la voz de detrás del atril. Al mirar al doctor Hamilton, vio que se había quedado quieto, con una cara un poco rara. Ya podía ser elegante, ya, que tenía toda la pinta de haberse cagado en los pantalones. Encima tenía las facciones como flácidas. Dewayne le vio sacarse muy despacio un pañuelo del bolsillo, secarse la frente con cuidado, doblar escrupulosamente el pañuelo y guardárselo. Hamilton carraspeó.

–Disculpen –dijo, mientras cogía el vaso de agua del atril para beber un poco–. Como decía, fijémonos en el metro elegido por Eliot en la primera parte del poema. Los encabalgamientos del verso libre son muy agresivos. Los únicos versos con puntuación final son los que terminan las frases. Observen también el énfasis en los verbos: «criando», «mezclando», «removiendo». Son como golpes de tambor, golpes aislados y de mal presagio. El efecto es muy desagradable; quiebra el sentido de la frase y genera un clima de desasosiego. Es una manera de anunciarnos que se avecina algo en el poema, y que ese algo no será bonito.

A Dewayne se le pasó el momento de curiosidad provocado por la pausa inesperada. La cara de susto, o lo que fuera, que había puesto el profesor se había borrado de golpe. Seguía pálido, pero sin la lividez de antes.

Dewayne volvió a mirar el libro. Sería cuestión de leerse por encima el bodrio y ver un poco de qué iba. Tras un vistazo al título, su mirada se movió hacia el epigrama, o epígrafe, o como se llamara.

Se quedó de piedra. Pero ¡bueno! ¿Qué era eso? «*Nam Sibyllam quidem...*» Inglés seguro que no. Encima el texto tenía incrustados unos garabatos la hostia de raros que no formaban parte del alfabeto normal. Al consultar las notas aclaratorias a pie de página, se enteró de que el primer trozo estaba en latín, y el segundo, en griego. Luego había una dedicatoria: «Para Ezra Pound, *il miglior fabbro*». Según las notas, el final estaba en italiano.

Latín, griego e italiano. Y eso sin que hubiera ni empezado el poema de las narices. ¿Qué vendría después? ¿Jeroglíficos?

Era una pesadilla.

Leyó por encima las dos primeras páginas. Un galimatías. Así de claro. «Te enseñaré el miedo en un puñado de polvo.» ¿Qué se suponía que quería decir? Su mirada recayó en el siguiente verso. «*Frisch weht der Wind...*»

Cerró el libro, exasperado. Ya estaba bien. Se estaba mareando. Treinta versitos de nada y ya llevaban cinco idiomas.

¡Joder! Lo primero que haría a la mañana siguiente sería ir a la secretaría para quitarse el muerto de encima.

Se apoyó en el respaldo con la cabeza como un bombo. La decisión estaba tomada, pero faltaba aguantar cuarenta minutos sin subirse por las paredes. A ver cómo se lo montaba. Si hubiera un sitio al fondo, para poder salir sin que lo vieran...

El profesor seguía dando la tabarra en el estrado.

–Dicho todo esto, pasemos a examinar...

De repente se volvió a callar.

–Disculpen.

Se le habían vuelto a desencajar las facciones. Parecía... ¿Qué? ¿Desorientado? ¿Nervioso? No, asustado.

El incidente despertó el interés de Dewayne, que se irguió en la silla.

El profesor levantó la mano hacia el pañuelo y lo sacó temblando, pero se le cayó cuando intentaba ponérselo en la frente. Paseó a su alrededor una mirada vaga, mientras seguía agitando la mano como si espantara una mosca. La mano buscó su cara y empezó a tantearla suavemente con movimientos de ciego. Los dedos temblorosos palparon los labios, los ojos, la nariz y el pelo. Luego volvieron a agitarse por el aire.

Nadie decía nada. El ayudante sentado detrás del profesor dejó el bolígrafo con cara de preocupación. «¿Qué pasa? –se preguntó Dewayne–. ¿Un infarto?»

Hamilton dio un paso y chocó torpemente con el atril, mientras su otra mano subía hasta la cara y la palpaba, pero sin la suavidad de la primera vez, sino apretando y tensando la piel, estirando el labio inferior y propinándose pequeñas bofetadas.

Se quedó quieto y miró a los alumnos.

–¿Me pasa algo en la cara?

Un silencio sepulcral.

Lenta, muy lentamente, el doctor Hamilton se tranquilizó. Después de respirar entrecortadamente un par de veces, se le relajaron las facciones. Carraspeó.

–Como iba diciendo...

Dewayne vio que los dedos de una de sus manos volvían a moverse con un temblor nervioso. La mano subió de nuevo hacia la cara para estirar la piel.

La cosa se estaba poniendo francamente rara.

–Me... –empezó a decir el profesor, pero la mano obstaculizó su voz. Su boca se abrió y volvió a cerrarse, sin emitir nada más que un simple resuello. Otro paso torpe, como de robot, y otro tropiezo con el atril.

–¿Qué son estas cosas? –preguntó con voz rota.

¡Caray! ¡Parecía que quisiera arrancarse la piel con las dos manos! Sus párpados se estiraron de manera grotesca, hasta que el largo rasguño en zigzag de una uña hizo aparecer una línea de sangre en la mejilla.

Algo se agitó entre los alumnos, una especie de suspiro incómodo.

–¿Le pasa algo, profesor? –preguntó el ayudante.

–He... hecho... una pregunta...

Las palabras del profesor eran como un gruñido ahogado por las manos que le tapaban la boca e intentaban desgarrarle la cara.

Dio otro paso vacilante, y de repente gritó:

–¡Mi cara! ¿Por qué no me dice nadie qué me pasa en la cara?

El silencio seguía siendo sepulcral.

Los dedos habían empezado a clavarse en la carne. Formaron un puño y golpearon la nariz, que crujió un poco.

–¡Que me los quite alguien de encima! ¡Se me están comiendo la cara!

¡Mierda! Le estaba sangrando la nariz, manchándole de sangre la camisa blanca y el traje gris marengo. Sus dedos sé hundían en la cara como garras. Uno de ellos formó un gancho y, para indescriptible horror de Dewayne, se introdujo en una de las órbitas.

–¡Fuera! ¡Que me los quiten!

De repente, con un brusco movimiento rotatorio que a Dewayne le recordó el típico gesto de hacer una bola de helado, el globo ocular sobresalió de su órbita y, grotescamente grande y

tembloroso, clavó su mirada en Dewayne desde un ángulo imposible.

El aula se llenó de gritos. Los alumnos de la fila de delante se encogieron. El ayudante saltó de la silla y corrió hacia Hamilton, que se lo quitó bruscamente de encima.

Dewayne se había quedado clavado a la butaca, con la mente en blanco y los brazos y las piernas paralizados.

El profesor Hamilton dio dos pasos mecánicos, sin dejar de desgarrarse el rostro, ni de arrancarse mechones de pelo. Sus movimientos espasmódicos amenazaban con hacerlo caer sobre Dewayne.

–¡Un médico! –exclamó el ayudante–. ¡Que alguien avise a un médico!

Su voz deshizo el sortilegio. De pronto, con un movimiento generalizado, todos los alumnos se levantaron de las sillas, provocando una lluvia de libros en el suelo, y un coro inarmónico en que la nota dominante era el pánico.

–¡Mi cara! –chilló el profesor, dominando el alboroto con su voz–. ¿Dónde está?

A partir de ese momento, el caos no tuvo límites. Mientras unos alumnos corrían gritando hacia la puerta, otros se lanzaron hacia el profesor y saltaron al estrado para impedirle que siguiera destrozándose. Por su parte, Hamilton arreaba mamporros a ciegas, con la cara completamente roja, mientras su boca emitía un agudo lamento. Alguien que se abría camino entre la muchedumbre dio un pisotón a Dewayne, que ya sentía en su cara el calor de algunas gotas de sangre, pero que ni por esas se movió. Hipnotizado por el espectáculo de Hamilton, era incapaz de arrancarse a sí mismo de aquella pesadilla.

Los estudiantes habían logrado tumbar al doctor Hamilton en el estrado, donde intentaban sujetar sus brazos y su cuerpo enfebrecido, aunque la sangre los hiciera resbalar. Dewayne vio que el profesor se deshacía de ellos con una fuerza demoníaca, y que cogía el vaso de agua para romperlo de un golpe en el estrado. Se lo puso en el cuello, gritando, y empezó a retorcerlo como si quisiera sacarse algo de la carne.

De repente Dewayne sintió que había recuperado la facultad de moverse, y no tardó ni un segundo en levantarse. Corrió al pasillo por la fila de butacas, patinando un poco, y empezó a subir hacia la salida trasera del aula. Solo tenía una idea en la cabeza: alejarse del horror inexplicable que acababa de presenciar. Mientras salía como una flecha por la puerta, y corría ciegamente por el pasillo, su cerebro repetía constantemente la misma frase:

*Te enseñaré el miedo en un puñado de polvo.*

## Ù

# Dos

–¿Vinnie? ¿Vin? ¿Seguro que no quieres que te ayude?

–¡No! –El teniente Vincent D'Agosta procuró adoptar un tono neutro, sereno–. No, tranquila, que ya me las arreglo. Un par de minutitos.

Miró el reloj: casi las nueve. Un par de minutitos. Ya, ya... Con suerte, llevaría la comida a la mesa cuando dieran las diez.

La cocina de Laura Hayward –seguía viéndola así, como de Laura, porque solo hacía seis semanas que vivían juntos– solía ser un oasis de orden, un espacio de calma inmaculada, como su dueña, pero ahora parecía un campo de batalla. El fregadero rebosaba de cacharros sucios. Dentro y alrededor del cubo de basura, media docena de envases vacíos goteaban restos de salsa de tomate y aceite de oliva (tantos, aproximadamente, como libros de cocina había en el mármol, con las páginas cubiertas de migas y espolvoreadas de harina). La única ventana de la cocina, que daba al cruce de la calle Setenta y siete y la Primera Avenida, estaba salpicada por el aceite de freír las salchichas, mientras que el aire insistía en oler a carne quemada, aunque el extractor estuviera puesto a tope.

Durante las últimas semanas, siempre que se lo habían permitido su horario y el de Vincent, Laura había organizado una serie de comidas a cuál más deliciosa, sin aparentar ningún esfuerzo. D'Agosta estaba alucinado. Para la que pronto sería su ex mujer y que ahora vivía en Canadá, cocinar siempre había sido

un auténtico suplicio, acompañado por suspiros histriónicos, ruido de sartenes y resultados casi siempre ingratos. El contraste con Laura no podía ser mayor.

Aparte de alucinado, también estaba un poco celoso. Ahora resultaba que además de superarlo en rango (puesto que era capitana en la policía de Nueva York), Laura Hayward lo superaba como cocinera, cuando todos sabían que los mejores chefs siempre eran hombres, preferiblemente italianos, que dejaban a los franceses a la altura del betún. De ahí que llevara varios días prometiéndole una cena italiana de las de antología, como las de su abuela. Cada repetición de la promesa había hecho crecer la complejidad y espectacularidad del festín, y ahora había llegado la gran noche, el momento de preparar la *lasagna napoletana* de su abuela.

Por desgracia, al entrar en la cocina se había dado cuenta de que no se acordaba exactamente de la receta, y eso que se la había visto preparar mil veces. Hasta la había ayudado a hacerla. Pero ¿cuáles eran los ingredientes exactos del ragú que echaba su abuela en las capas de pasta? ¿Qué ponía en las minúsculas albondiguillas que componían el relleno, junto a la carne picada de salchicha y los quesos? En su desesperación, había recurrido a los libros de cocina de Laura, pero cada uno aconsejaba algo distinto. Resultado: varías horas de trabajo, todo a medias y un cocinero que empezaba a ponerse francamente nervioso.

Respiró hondo al oír la voz de Laura en su exilio del salón.

–¿Qué has dicho, amor?

–Que mañana llegaré tarde a casa. Rocker ha convocado a todos los capitanes el 22 de enero, o sea, que solo tengo libre el lunes por la noche para poner al día los informes y los expedientes del personal.

–Rocker y su papeleo... Oye, hablando de tu amigo el jefe de policía, ¿cómo está?

–No es amigo mío.

D'Agosta volvió a vigilar el ragú, que se estaba reduciendo en los fogones. Seguía convencido de que la causa de haber recuperado su puesto (y rango) en la policía de Nueva York eran

unas palabritas de Laura a Rocker, Así estaban las cosas, aunque no le gustaran.

De repente una enorme burbuja de ragú se asomó al borde de la sartén y explotó como un volcán, llenándole la mano de salsa.

–¡Ay! –gritó.

Sumergió la mano en el agua de fregar los platos, mientras reducía el fuego.

–¿Qué pasa?

–Nada, todo controlado.

Removió la salsa con una cuchara de madera. Fue el momento en que descubrió que se había quemado el fondo. Trasladó rápidamente la sartén a uno de los fogones de la segunda hilera. Después se acercó la cuchara a los labios con un poco de recelo. ¡Pues no estaba tan mal! Correcto de textura, agradable al paladar... El regusto a quemado casi no se notaba. Ahora bien, nada que ver con el de su abuela.

–Oye, Nonna, ¿qué más lleva el ragú? –murmuró.

Si alguna respuesta se alzó entre el coro invisible, D'Agosta no la oyó.

De repente chisporroteó algo. Era el agua con sal de la olla gigante, que había empezado a derramarse, D'Agosta se aguantó una palabrota y bajó el fogón correspondiente. Después cogió una caja de pasta, la abrió a lo bruto y vertió medio kilo de lasaña.

Del salón llegaba música. Laura había puesto un disco de Steely Dan.

–En serio que pienso hablar con el dueño y decirle cuatro cosas del portero –la oyó decir al otro lado de la puerta.

–¿Qué portero?

–El nuevo, el de las últimas semanas. Es lo más maleducado que te puedes echar a la cara, ¿Tú crees que es normal que un portero no te abra ni la puerta? Encima esta mañana va el tío y no quiere ni llamarme a un taxi. Ha movido la cabeza como diciendo que no y se ha ido tan fresco. Para mí que no habla inglés. Al menos eso aparenta.

«¿Qué esperas por dos mil quinientos al mes?», pensó D'Agosta, pero como el piso estaba a nombre de Laura, se calló.

No solo estaba a su nombre, sino que lo pagaba, al menos de momento porque D'Agosta estaba decidido a cambiar la situación lo antes posible.

Se había mudado sin demasiadas expectativas. Después de una de las peores etapas de su vida, no quería pensar con más de un día de antelación. Por otro lado, aún estaba al principio de lo que prometía ser un divorcio bastante desagradable y, en un momento así, probablemente no fuera muy sensato entablar una nueva relación. Sin embargo, estaba saliendo mucho mejor de lo previsto. Laura Hayward era algo más que una simple novia o amante. Se había convertido en su media naranja. En cuanto al hecho de que trabajaran en lo mismo y de que ella fuera su superior, no era un problema, como había temido, sino todo lo contrario. Así tenían un territorio común, la oportunidad de ayudarse y comentar sus respectivos casos sin preocuparse por la confidencialidad o las suspicacias.

–¿Ha salido alguna pista nueva sobre el Exhibicionista? –oyó que preguntaba Laura en el salón.

Era como llamaban en la policía de Nueva York a un delincuente que llevaba cierto tiempo robando en los cajeros con una tarjeta falsificada, y que al final siempre enseñaba la pinga a la cámara de seguridad. La mayoría de los incidentes se habían producido en el distrito de D'Agosta.

–Un posible testigo ocular de la faena de ayer.

–¿Testigo de qué? –preguntó insinuantemente Laura.

–Pues de la cara. ¿De qué va a ser?

D'Agosta removió un poco la pasta y ajustó el fogón. Después echó un vistazo al horno y comprobó que la temperatura fuera la adecuada. Por último, mientras volvía a situarse frente a la montaña de cacharros, repasó mentalmente la lista. Salchichas: controladas. Albondiguillas: controladas. Ricota, parmesano y mozzarella *fiordilatte*: todo controlado. «No, si al final aún quedaré bien...»

¡Coño, que aún tenía que rallar el parmesano!

Abrió un cajón y empezó a hurgar como loco. Justo entonces oyó el timbre.

Debían de ser imaginaciones suyas. Laura recibía muy pocas visitas. Él, ninguna. Y menos a esas horas de la noche. Probablemente trajeran algo a domicilio los del vietnamita de abajo, y se hubieran equivocado de puerta.

Reconoció el rallador con el tacto, lo sacó, lo puso sobre el mármol y cogió el bloque de parmesano. Después de elegir la cara que rallaba más fino, aproximó el queso a la lámina de acero.

–¿Vinnie? –dijo Laura–. Yo que tú saldría.

D'Agosta solo titubeó un momento. Algo en el tono de Laura lo hizo salir de la cocina dejándolo todo como estaba.

Junto a la puerta del piso, Laura hablaba con alguien cuyo rostro no se veía bien. Llevaba una gabardina cara. D'Agosta tuvo la impresión de conocerlo.

El visitante dio un paso hacia la luz. D'Agosta se quedó boquiabierto.

–¡Usted! –dijo.

El hombre se inclinó.

–Señor D'Agosta...

Laura miró a D'Agosta con una pregunta en los ojos: «¿Quién es?».

D'Agosta recuperó lentamente la respiración.

–Laura –dijo–, te presento a Proctor, el chófer del agente Pendergast.

Laura abrió los ojos de sorpresa.

Proctor hizo otra reverencia.

–Muchísimo gusto, señora.

Ella se limitó a hacer un gesto con la cabeza.

Proctor volvió a mirar a D'Agosta.

–¿Me haría el favor de acompañarme?

–¿Adonde?

En realidad, D'Agosta ya sabía la respuesta.

–Al número ochocientos noventa y uno de Riverside Drive.

Se humedeció los labios.

–¿Porqué?

–Porque lo espera alguien, una persona que ha solicitado su presencia.

–¿Ahora mismo?

La única respuesta de Proctor fue otra inclinación.

## Ù

# Tres

En el asiento trasero del Rolls Royce de época (un Silver Wraith grande, modelo del 59), D'Agosta miraba por la ventanilla sin ver nada. Proctor había cruzado el parque hacia el oeste. Ahora subían por Broadway a toda velocidad.

D'Agosta cambió de postura sobre el tapizado de cuero blanco, con una curiosidad y una impaciencia desbordantes. Tenía ganas de hacerle preguntas a Proctor, pero estaba seguro de que no contestaría.

Riverside Drive, 891. El domicilio (o uno de los domicilios) del agente especial Aloysius Pendergast, su amigo y colaborador en varios casos muy particulares. Pendergast, el misterioso agente del FBI a quien D'Agosta conocía sin conocer, y que había demostrado tener tantas vidas como un gato...

Hasta hacía dos meses, cuando D'Agosta lo había visto por última vez.

El escenario, una empinada ladera al sur de Florencia. El agente especial estaba al pie de ella, rodeado por una jauría de perros jabalineros voraces, y por una docena de hombres armados. Pendergast se había sacrificado para que D'Agosta pudiera huir.

Y él se había prestado al sacrificio.

Incómodo por el recuerdo, pensó en las palabras de Proctor: «Una persona que ha solicitado su presencia». ¿Y si Pendergast, contra todo pronóstico, hubiera logrado escapar? No sería la primera vez... Luchó contra un resquicio de esperanza.

No, imposible. En su fuero interno, estaba seguro de que Pendergast estaba muerto.

El Rolls Royce ya iba por Riverside Drive. D'Agosta volvió a cambiar de postura, mientras veía pasar las placas de las calles: Ciento veinticinco, Ciento treinta... El barrio bien cuidado que rodeaba la Universidad de Columbia dejó paso con gran rapidez a

casas antiguas en pésimo estado, y a bloques que se caían a trozos. Con el frío de enero no había tanta gente sospechosa en las puertas. El crepúsculo iluminaba una calle desierta.

Miró al otro lado de la calle Ciento treinta y siete y reconoció la fachada cubierta de tablones y el mirador de la mansión de Pendergast. La oscura silueta de la casa le produjo escalofríos.

El Rolls cruzó la verja de hierro con púas y frenó bajo la puerta cochera. D'Agosta bajó sin esperar a Proctor y contempló por enésima vez la mansión, con sus ventanas tapadas con chapa, y su aspecto idéntico al de cualquier otro caserón abandonado de la misma calle. Pocos, muy pocos, estaban al corriente de las maravillas y secretos que encerraba. Sintió que se le aceleraba el pulso. Dentro, al fin y al cabo, podía estar Pendergast, con uno de sus sempiternos trajes negros, sentado ante la chimenea de la biblioteca, cuyas llamas proyectarían sombras extrañas en su pálido rostro... «¡Querido Vincent! –diría–. Gracias por venir. ¿Le tienta una copa de armañac?»

Esperó a que Proctor sacara las llaves y abriera la puerta blindada. Una luz amarilla se derramó por los ladrillos gastados. Cuando estuvieron los dos dentro, Proctor volvió a echar escrupulosamente todos los cerrojos. El corazón de D'Agosta latía cada vez más deprisa. El mero hecho de volver a penetrar en la mansión le estaba despertando una mezcla muy extraña de emociones: entusiasmo, angustia, pena...

Proctor se giró para decirle:

–Por aquí, si es tan amable.

Condujo a D'Agosta por la galería, hasta el vestíbulo, con su bóveda azul. Varías decenas de vitrinas de cristal ondulado exhibían una amplia gama de especímenes que competían en valor: meteoritos, piedras preciosas, fósiles, mariposas... La mirada de D'Agosta cruzó el suelo de parquet hasta posarse al otro lado de la sala, donde estaban abiertas las dos hojas de la puerta de la biblioteca. Si era Pendergast quien lo esperaba, estaría dentro, en un sillón de orejas, con una media sonrisa en los labios, disfrutando del efecto provocado en su amigo por la pequeña escenificación...

Proctor lo invitó a pasar a la sala, digna de un palacio. D'Agosta cruzó la puerta con el corazón desbocado.

Reconoció el olor de siempre: cuero y bocací, con un matiz casi imperceptible de humo de leña. A diferencia de otras veces, la chimenea no estaba encendida y hacía frío. Los estantes de marquetería, llenos de libros con encuademación de piel y letras de oro, formaban manchas borrosas. La única luz (un simple redondel empequeñecido por un mar de oscuridad) procedía de la lámpara Tiffany de una mesita.

Tras unos segundos, advirtió que al lado de la mesa, justo al borde del círculo de luz, había una forma humana. En cuanto la vio acercarse por la moqueta, reconoció a Constance Greene, la pupila y ayudante de Pendergast, una joven de unos veinte años con un vestido de terciopelo largo y anticuado cuyos pliegues, tras ceñir su talle esbelto, caían a pocos centímetros del suelo. Curiosamente, a pesar de su evidente juventud, sus movimientos eran propios de alguien mucho mayor. También su mirada. D'Agosta aún recordaba sus extraños ojos, llenos de experiencia y de conocimientos, así como su forma de hablar, que rozaba lo arcaico; por no mencionar ese algo anómalo, indescriptible, misterioso, pero tan adherido a su persona como la antigüedad que rezumaban sus vestidos…

La mirada de Constance, sin embargo, no era la de siempre. Oscura y preocupada, denotaba el peso de un profundo dolor, así como... ¿de miedo? Tendió su mano derecha.

–Teniente D'Agosta...–dijo, comedida.

Como siempre, D'Agosta no supo si estrechársela o besársela. Al final optó por lo más fácil: cogerla. La mano tardó poco en retirarse.

Constance solía ser un dechado de urbanidad, pero esta vez se limitó a quedarse donde estaba sin ofrecerle asiento, ni preguntar por su salud. D'Agosta se explicó perfectamente su vacilación, y sintió desvanecerse la esperanza que había empezado a nacer en su interior.

–¿Tiene alguna noticia? –preguntó Constance en voz baja, casi inaudible–. ¿Alguna novedad?

Consumida ya del todo la llama de esperanza, D'Agosta negó con la cabeza.

Constance lo miró un poco más a los ojos y, tras un gesto de comprensión, bajó la vista al suelo y dejó caer las manos como dos blancas mariposas nocturnas que no supieran adonde volar.

Durante uno o dos minutos, ninguno de los dos habló ni se movió.

Constance volvió a alzar la vista.

–Sería tonto seguir haciéndome ilusiones. Ya han pasado más de seis semanas sin noticias.

–Sí, ya lo sé.

–Está muerto –susurró.

D'Agosta prefirió no responder.

Constance salió de su ensimismamiento.

–Lo cual significa que ha llegado el momento de entregarle esto.

Fue a la chimenea y cogió de la repisa una cajita de sándalo con incrustaciones de nácar. Ya tenía en la otra mano una llave minúscula. Abrió la cerradura y ofreció la caja a D'Agosta sin abrirla,

–Reconozco que he retrasado demasiado este momento, pero tenía la vaga sensación de que aún podía aparecer, y...

D'Agosta contempló la caja. Le sonaba de algo, pero no sabía muy bien dónde la había visto. Se acordó de golpe: ahí, en la misma casa, en la misma habitación, un día de octubre en que había sorprendido a Pendergast escribiendo una nota en la biblioteca. Una nota que el agente había guardado justamente en esa caja, la noche previa a su infausto viaje a Italia. La noche en que le había hablado de su hermano Diogenes.

–Cójala, teniente –dijo Constance con voz entrecortada–. No lo alarguemos, por favor.

–Lo siento.

D'Agosta cogió con suavidad la caja, y al abrirla encontró una hoja de papel de alto gramaje y color crema, doblada por el medio. De repente habría preferido cualquier cosa a coger el mensaje.

Con profundo recelo, acabó por desdoblarlo y emprender su lectura.

Querido Vincent:

Si lee esta carta, significa que he muerto. También significa que no he tenido tiempo de dar cumplido fin a una tarea que en justicia no debería recaer en nadie más que en mí: la de impedir que mi hermano Diogenes cometa lo que, en su jactancia, describió un día como el crimen «perfecto».

Lamento no poder explayarme sobre el crimen en cuestión. Por desgracia, lo único que sé es que Diogenes lleva muchos años planificándolo, y que lo concibe como su apoteosis personal. Sea cual sea la naturaleza de este crimen «perfecto», será una infamia que empeorará este mundo. Diogenes, hombre de altísima exigencia personal, no se conformaría con menos.

Ahora el testigo está en sus manos, Vincent. No sabe cuánto lo siento. No se lo desearía ni a mi peor enemigo. ¡Cuánto menos a alguien a quien he venido a considerar como un amigo de confianza! Sin embargo, lo considero la persona más capacitada para detener a mi hermano. La amenaza es demasiado informe para permitirme recurrir al FBI u otro cuerpo de seguridad, ya que Diogenes fingió años atrás su propia muerte. Si hay alguna forma de evitar el crimen, es que una sola persona se emplee en ello a fondo. Esa persona no es otra que usted.

Diogenes me ha enviado una carta cuyo contenido se reduce a una fecha: el 28 de enero. Cabe interpretarla como la de la comisión del delito, aunque yo le aconsejo no dar nada por sentado. Es perfectamente posible que la fecha carezca de sentido. Si algo caracteriza a Diogenes es su naturaleza imprevisible.

Deberá solicitar un permiso a la policía de Southampton, o al departamento donde esté trabajando. Se trata de un paso inevitable. Obtenga toda la información que pueda de la capitana Laura Hayward, pero reduzca al mínimo su intervención. Es por el bien de ella. Diogenes es un experto en ciencias forenses y procedimientos policiales. Puedo asegurarle que cualquier información que aparezca en el lugar del crimen –suponiendo que usted, Dios no lo quiera, se haya visto incapaz de evitarlo– habrá sido manipulada con ingenio para desorientar a la policía, y por buena que sea en su trabajo la capitana Hayward, no es rival para mi hermano.

He dejado otra nota a la atención de Constance, que a estas alturas ya estará al corriente de todos los detalles, y que pondrá a su servicio mi casa y todos mis recursos, económicos y de cualquier otra índole. Lo primero que hará Constance será poner inmediatamente a su disposición una cuenta bancaria personalizada cuyo saldo asciende a medio millón de dólares. Úsela según crea oportuno. Por otro lado, le recomiendo que no desaproveche la inestimable habilidad de Constance para la investigación, aunque también debo pedirle, por razones obvias, que no la implique de modo directo en la misión. No debe salir bajo ningún pretexto de esta casa. Digo bien, ninguno. Usted, por su parte, debe vigilarla con la máxima atención, puesto que sigue siendo una persona frágil, tanto mental como físicamente.

Como primer paso, le aconsejo una visita a mi tía abuela Cornelia, internada en un hospital de Little Governors Island. Cornelia, que conoció a Diogenes de

niño, le facilitará la información personal y familiar necesaria para la misión. Trátelos con sumo cuidado, tanto a ella como a la información.

Una sola cosa más: Diogenes es extremadamente peligroso. Su intelecto no tiene nada que envidiar al mío, pero por alguna razón no adquirió el menor asomo de conciencia moral a lo largo de su crecimiento. Es más, arrastra las secuelas de una grave enfermedad infantil que lo dejó impedido, y lo mueve un odio insaciable hacia mi persona, así como el máximo desprecio hacia la humanidad. No llame su atención antes de que sea estrictamente necesario. Manténgase constantemente en guardia. Adiós, amigo mío, y buena suerte.

Aloysius Pendergast

D'Agosta levantó la vista.

–¿El 28 de enero? Pero ¡si solo falta una semana!

Constance se limitó a inclinar la cabeza.

## Ù

# Cuatro

Pensó que lo que confería sensación de realidad al hecho de haber vuelto al museo era el olor, una mezcla de naftalina, polvo, barniz viejo y un ligero matiz de descomposición. Estaba en el pasillo de la cuarta planta, un pasillo espacioso lleno de despachos. Al pasar junto a las puertas de roble, con los nombres de los conservadores escritos en letras doradas con el borde negro, le sorprendió la escasez de nuevas incorporaciones. En seis años habían cambiado muchas cosas, sin embargo el tiempo del museo parecía seguir su propio ritmo.

La idea de volver, varios años después de la experiencia más aterradora de su vida, le había dado más miedo de lo que estaba dispuesta a admitir. De hecho era la causa de que hubiera retrasado al máximo la decisión, pero tenía que reconocer que después de los primeros días (algo duros, todo había que decirlo) sus viejos temores casi se habían esfumado. El paso de los años había dado buena cuenta de sus pesadillas y de la persistente sensación de vulnerabilidad. Ahora esas cosas, esas atrocidades, eran historia, mientras que el museo seguía igual que siempre, como un cachivache encantador, un viejo castillo de gigantes poblado por simpáticos excéntricos, y rebosante de especímenes

tan raros como fascinantes: la mayor colección mundial de trilobites; el Corazón de Lucifer, que era el diamante más valioso de la historia, y Snaggletooth, el fósil de tiranosaurio más grande y mejor conservado del mundo.

Rehuía el subsótano, eso sí, y si limitaba el número de noches en que se quedaba trabajando hasta altas horas, cuando ya estaba todo cerrado a cal y canto, no era por pereza.

Se acordó de cuando había recorrido por primera vez ese augusto pasillo, como simple e insignificante graduada. En el tótem del museo, los estudiantes de posgrado ocupaban un lugar tan bajo que ni siquiera se los despreciaba. Eran literalmente invisibles. Ella no se lo había tomado mal. Era un rito por el que todos tenían que pasar, y en esos tiempos todavía no era nadie, una «usted» o como máximo una «señorita».

¡Cómo cambiaban las cosas! Ahora la trataban de «doctora», y a veces hasta de «profesora». Cuando su nombre aparecía impreso, siempre lo hacía seguido por una ristra de títulos: Socio Investigador Pierpont (lo de «socio» siempre la hacía sonreír), profesora adjunta de etnofarmacología... Sin olvidar el más reciente (de hecho solo tenía tres semanas): directora de *Museology*. Para alguien como ella, que siempre había restado importancia a los títulos, estaba siendo una sorpresa descubrir lo gratificantes que podían ser para la persona que los ostentaba. «Profesora.» Sonaba bonito, contundente, sobre todo en boca de unos conservadores más viejos que Matusalén que seis años antes le habrían negado hasta el saludo, y que ahora competían en solicitar su opinión o en regalarle sus monografías. Esa mañana, sin ir más lejos, un personaje del calibre del director de antropología, Hugo Menzies, que en teoría era su jefe, la había consultado amablemente sobre el tema de la mesa redonda que moderaría en la siguiente reunión de la Sociedad Americana de Antropología.

Un cambio refrescante, la verdad.

El director estaba al fondo del pasillo, en uno de los codiciados despachos de la torre. Al llegar a la puerta de roble, oscurecida por la pátina de todo un siglo, Margo esperó un poco,

levantó la mano y la volvió a bajar por culpa de un arranque de nervios. Respiró hondo. La satisfacción de haber vuelto al museo hizo que volviera a preguntarse si la polémica que estaba a punto de abrir no era un grave error, pero se recordó que no la había elegido, y que su condición de directora de *Museology* no le dejaba más remedio que tomar partido. Si hacía la vista gorda, perdería de inmediato toda su credibilidad como arbitro de la ética y la libertad de expresión. Peor aún: se lo reprocharía eternamente.

Su mano golpeó tres veces seguidas la puerta de roble. Si el primer golpe fue firme, mucho más lo fue el tercero.

Tras un momento de silencio, se abrió la puerta y apareció la señora Surd, la secretaria seca y eficaz del director del museo, cuyos ojos, azules y penetrantes, no desaprovecharon la oportunidad de darle un rápido repaso en el momento de apartarse.

–¿Doctora Green? El doctor Collopy la está esperando. Puede pasar directamente.

Margo se acercó a la segunda puerta, igual o más oscura y maciza que la del pasillo, y al empujar el pomo de latón –que estaba helado–, puso en movimiento unas bisagras muy bien engrasadas.

Al otro lado de un decimonónico y vastísimo escritorio, bajo un gran cuadro de las cataratas Victoria firmado por De Clefisse, Frederick Watson Collopy, director del Museo de Historia Natural de Nueva York, se levantó elegantemente del sillón, con una sonrisa que pronunciaba las arrugas de su cara de hombre guapo. Llevaba un traje gris oscuro, cortado a la antigua, y como única nota de color en la pechera almidonada, una pajarita de seda roja.

–¡Ah, Margo! Me alegro de que haya venido. Siéntese, por favor.

«Me alegro de que haya venido.» Pues la nota que había recibido Margo sonaba más a citación que a invitación.

Collopy salió de detrás del escritorio y señaló un sillón de piel bien acolchado, uno de los de delante de la chimenea de mármol rosa. Margo se sentó. Collopy lo hizo en el de enfrente.

–¿Le apetece algo? ¿Café, té, agua mineral?

–No, gracias, doctor Collopy.

El director se reclinó y cruzó plácidamente las piernas.

–Estamos muy contentos de volver a tenerla en el museo, Margo –dijo con su acento de alta burguesía neoyorquina de toda la vida–. Me encantó que aceptara dirigir *Museology*. ¡Nos sentimos tan afortunados de que no pudieran retenerla en GeneDyne! Sus publicaciones nos habían impresionado muy favorablemente, y con su historial de investigación etnofarmacológica en el museo era la candidata perfecta.

–Gracias, doctor Collopy.

–¿Qué, cómo lo ha encontrado? ¿Todo de su gusto?

El tono de Collopy no solo era educado, sino amable.

–Todo bien, gracias.

–Me alegro. *Museology* es la revista más antigua de su disciplina. Se ha publicado sin interrupción desde 1892, y sigue siendo la más respetada. Ha asumido una responsabilidad y un reto considerables, Margo.

–Espero continuar la tradición.

–Nosotros también. –Collopy acarició su barba corta y entrecana, pensativo–. Uno de nuestros grandes orgullos es que los editoriales de *Museology* sigan una línea independiente.

–Sí –dijo Margo.

Se lo veía venir, y estaba preparada.

–El museo nunca se ha inmiscuido en las opiniones vertidas en los editoriales de *Museology*, ni tiene intención de hacerlo. Para nosotros, la independencia de la revista es prácticamente sagrada.

–Me alegro de que lo diga.

–Por otro lado, no nos gustaría ver que *Museology* se convierte en un... ¿Cómo llamarlo? Un órgano de expresión personal. –Tal como lo dijo, sonó como una referencia a otro órgano–. La independencia comporta responsabilidad. A fin de cuentas, *Museology* lleva el nombre del Museo de Historia Natural de Nueva York.

El tono seguía siendo suave, pero con un mordiente oculto. Margo se mantuvo a la espera. Estaba resuelta a conservar una actitud profesional y desapasionada. De hecho ya tenía la respuesta preparada (hasta la había puesto por escrito y se la había

aprendido de memoria para darle mayor elocuencia), pero era importante dejar hablar a Collopy.

–Por eso los anteriores directores de *Museology* siempre pusieron el máximo cuidado en su manera de ejercer la libertad editorial.

El director dejó la frase en el aire.

–Supongo que se refiere al editorial que estoy a punto de publicar sobre la solicitud de repatriación de los indios tano.

–Exactamente. La carta en que la tribu pide la devolución de las máscaras de la Gran Kiva llegó la semana pasada, y todavía no ha sido analizada por el consejo de administración. De hecho, el museo no ha tenido tiempo ni de consultar a sus abogados. Y digo yo: ¿no es ligeramente precipitado escribir un editorial sobre una cuestión que ni siquiera se ha empezado a evaluar, máxime cuando se es nueva en el cargo?

–A mí el tema me parece muy claro –dijo Margo sosegadamente.

La reacción de Collopy fue apoyarse en el respaldo del sillón con una sonrisa de condescendencia.

–¿Claro, Margo? Todo lo contrario. Hace ciento treinta y cinco años que las máscaras están en el museo, y se les ha asignado un lugar preferente en la exposición «Imágenes sagradas», la más importante que organiza el museo en seis años, desde «Supersticiones».

Otro silencio tenso.

–Naturalmente –siguió diciendo Collopy–, no le pediré que modifique su postura editorial. Me limitaré a señalar la posibilidad de que le falten ciertos datos. –Pulsó un botón casi invisible de la mesa, y dijo por un altavoz no menos invisible–: El expediente, señora Surd.

La secretaria tardó pocos segundos en aparecer con una carpeta vieja en la mano. Collopy le dio las gracias, echó un vistazo a la carpeta y se la tendió a Margo.

Era un expediente antiguo y quebradizo, con un olor tremendo a polvo y hongos. Lo abrió con cuidado. Contenía papeles escritos

a mano, con una caligrafía decimonónica, de trazos finos. También un contrato, y unos cuantos dibujos.

–Es el documento original de adquisición de las máscaras de la Gran Kiva, que tan empeñada parece en devolver a los indios tano. ¿Lo había visto?

–No, pero...

–Quizá hubiera sido conveniente hacerlo antes de escribir el editorial. El primer documento es un recibo por doscientos dólares, que en 1870 era mucho dinero. No se puede decir que el museo pagara las máscaras con collaritos. El segundo documento es el contrato. La equis es la firma del jefe de la Sociedad de la Gran Kiva, la persona que vendió las máscaras a Kendall Swope, el antropólogo del museo. El tercer documento que tiene usted en sus manos es la carta de agradecimiento que escribió el museo al jefe, y que le fue entregada a nuestro agente indio para que se la leyera y le diera garantías de que las máscaras siempre estarían bien cuidadas.

Margo contempló los papeles. La tenacidad que ponía el museo en cualquier cosa, sobre todo en la faceta documental, aún no había dejado de asombrarla.

–Si le cuento todo esto, Margo, es para que comprenda que el museo compró las máscaras de buena fe. En su día pagamos un precio más que aceptable, y ahora ya hace un siglo y medio que obran en nuestro poder, perfectamente conservadas. Por si fuera poco, figuran entre los objetos más importantes de toda nuestra colección amerindia. Son miles las personas que las ven cada semana. No solo las ven, sino que aprenden de ellas. Las máscaras han despertado más de una vocación por la antropología o la arqueología. En ciento treinta y cinco años, ni un solo miembro de la tribu tano ha elevado sus quejas, o ha acusado al museo de haberlas adquirido ilegalmente. En vista de todo ello, ¿no le parece un poco injusto que pretendan recuperarlas tan de sopetón? ¿Justo antes de una exposición estrella donde tenían rango de protagonistas?

El silencio se adueñó del lujoso despacho de la torre, cuyas altas ventanas daban a Museum Drive, y en cuyas paredes,

revestidas de madera oscura, podían admirarse varios cuadros de Audubon.

–Sí, un poco injusto sí que parece –dijo Margo sin perder la compostura.

La sonrisa de Collopy fue tan amplia que le arrugó toda la cara.

–Ya sabía yo que lo comprendería.

–Aun así, no cambiaré mi postura editorial.

El ambiente se enfrió.

–¿Cómo dice?

Había llegado el momento del discurso.

–El expediente de compra no contiene nada que modifique los hechos. Es muy sencillo: para empezar, el propietario de las máscaras no era el jefe de la Sociedad de la Gran Kiva, sino el conjunto de la tribu. Sería como si un cura vendiese reliquias de su iglesia. No es legal vender lo que no se posee. El recibo y el contrato de esta carpeta carecen de validez legal. Es más: cuando Kendall Swope trajo las máscaras, ya lo sabía, como queda de manifiesto en el libro que escribió, *Las ceremonias tano*. Era consciente de que el jefe no tenía derecho a venderlas. Sabía que las máscaras constituían una parte sagrada de la ceremonia de la Gran Kiva, y que no debían ser alejadas de la tribu. Hasta admite que el jefe era un estafador. Basta con leer *Las ceremonias tano*.

–Margo...

–Por favor, doctor Collopy, déjeme terminar. Toda esta cuestión atañe a un principio todavía más importante: el carácter sagrado de las máscaras para los indios tano, carácter que nadie ha discutido. No se pueden sustituir ni rehacer. Los tano creen que cada máscara tiene un espíritu, y que está viva. Y no se trata de creencias que hayan surgido por oportunismo, sino de ideas religiosas sinceras y muy arraigadas.

–Ya, mujer, pero ¿después de ciento treinta y cinco años? ¿Por qué no nos habían dicho nada en tanto tiempo?

–Porque los tano no tenían la menor idea de dónde estaban las máscaras. Solo se enteraron al leer la noticia de la exposición.

–La verdad, no me creo que hayan lamentado su pérdida durante más de un siglo. Estaban olvidadas. Me parece demasiada casualidad, Margo. Las máscaras valen entre cinco y diez millones de dólares. No es una cuestión religiosa, sino económica.

–No, eso no es verdad. He hablado con ellos.

–¿Que ha hablado con ellos?

–Por supuesto. He tenido una conversación telefónica con el gobernador de Tano Pueblo.

El rictus implacable de Collopy se borró fugazmente.

–Eso tiene unas repercusiones jurídicas incalculables.

–Me he limitado a cumplir con mi deber como directora de *Museology*: averiguar los hechos. Los tano sí que se acuerdan. Siempre se han acordado. Como demostró la datación por carbono realizada en el museo, en el momento de su obtención las máscaras ya tenían una antigüedad de casi setecientos años. Le aseguro que los tano son muy conscientes de su pérdida.

–Pero ¡no las conservarán como es debido! ¡Los tano carecen de las instalaciones necesarias para ocuparse de ellas!

–Nunca deberían haber salido de la tribu. No son «especímenes de museo», sino una parte viva de la religión tano. ¿Qué se cree, que los huesos de san Pedro que están debajo del Vaticano están siendo «conservados como es debido»? Las máscaras deben volver a la kiva, estén o no climatizadas.

–Devolverlas sentaría un precedente peligrosísimo. Nos veríamos inundados de peticiones por parte de todas las tribus del país.

–Tal vez, pero no es un argumento válido. En este caso, lo único correcto es devolver las máscaras. Lo sabe tan bien como yo. ¡Y pienso defenderlo en un editorial!

Tragó saliva al darse cuenta de que había hecho justo lo que se había prometido no hacer: levantar la voz.

–Es mi criterio editorial, definitivo e independiente –añadió con más calma.

# Ù
# Cinco

A la entrada del despacho de Glen Singleton no había secretarías, recepcionistas ni currantes de a pie. De hecho, ni siquiera era más grande que el resto de los despachos –veinte o treinta– que ocupaban hasta el último resquicio polvoriento de la comisaría. En la puerta no había ningún letrero que anunciase el alto estatus de su ocupante. La única manera de saber que era el despacho del gran jefe era ser policía.

Todo muy en el estilo del capitán, pensó D'Agosta al acercarse. Dentro del cuerpo, Singleton era una rara avis, en el sentido de que había ascendido sin ninguna zancadilla y de que se había forjado su reputación a base de trabajo y de solucionar casos difíciles, no yendo de lameculos. Vivía y respiraba para una sola cosa: limpiar las calles de delincuentes. A excepción de Laura Hayward, quizá fuera el poli más trabajador que conocía D'Agosta, cuya larga trayectoria al servicio de burócratas incompetentes le hacía respetar aún más el profesionalismo de Singleton. Por eso valoraba tanto la impresión de que el respeto era mutuo.

Y por eso se le hacía tan cuesta arriba lo que venía a hacer. Singleton tenía la puerta abierta, como siempre. No habría sido su estilo limitar el acceso. Cualquier poli que quisiera hablar con él era libre de hacerlo a cualquier hora. D'Agosta asomó la cabeza y dio unos golpes en la puerta. Singleton estaba detrás del escritorio, hablando por teléfono. Parecía que nunca se sentara, ni siquiera a la mesa. Frisaba los cincuenta años, y era alto y delgado, con cuerpo de nadador. (Cada día a las seis de la mañana iba sin falta a la piscina.) Su cara era larga; su perfil, aguileño. El pelo, salpicado de canas, se lo cortaba cada dos semanas un barbero del sótano del Carlyle que cobraba cuatro chavos. Aun así, su aspecto no tenía nada que envidiar al de un candidato a presidente del país.

Sonrió y le hizo señas de que entrara.

D'Agosta pasó al despacho. Singleton señaló una silla, pero D'Agosta rechazó el ofrecimiento con un gesto de la cabeza. Por alguna razón, la energía inquieta del capitán le hacía sentirse más cómodo de pie.

Se notaba que Singleton estaba hablando con alguien de relaciones públicas. Lo hacía con educación, pero D'Agosta sabía que por dentro ya estaría echando chispas. Lo que le interesaba era hacer de policía, no de relaciones públicas, concepto al que ya era hostil de por sí. Como le había dicho a D'Agosta, «o pillas al culpable o no lo pillas, o sea, que ¿a qué viene tanto rollo?».

D'Agosta miró a su alrededor. La decoración del despacho era tan ínfima que rozaba el anonimato. Se echaban en falta las típicas fotos de familia, y el obligatorio retrato del capitán dando la mano al alcalde o al jefe de policía. Singleton era uno de los polis en activo con más medallas, pero no había condecoraciones al valor, placas o citaciones enmarcadas en las paredes. Lo único que había era un fajo de papeles en una esquina de la mesa, y quince o veinte carpetas en una estantería. D'Agosta vio otro estante con manuales de técnica forense y de reconocimiento del lugar del crimen, junto a una docena de libros de derecho muy usados.

Singleton colgó con un suspiro de alivio.

–¡No, si parece que me pase más tiempo hablando con asociaciones de vecinos que pillando criminales! Solo con esto ya me dan ganas de volver a patrullar. –Se giró hacia D'Agosta con otra sonrisa fugaz–. ¿Qué, Vinnie, cómo vamos?

–Bien –dijo D'Agosta, que no lo estaba para nada. La actitud amistosa y accesible de Singleton le ponía la visita aún más difícil.

En cualquier otro caso, el hecho de que D'Agosta hubiera sido asignado a la división por la propia oficina del jefe de policía, sin petición expresa del capitán, le habría asegurado una acogida recelosa y hostil. Un simple ejemplo: Jack Waxie. Sintiéndose amenazado, Waxie habría reducido al mínimo su contacto con D'Agosta y le habría asignado los casos más insignificantes, mientras que Singleton, que en eso era todo lo contrario, le había dado la bienvenida, lo había puesto personalmente al día sobre los

procedimientos exclusivos de su división y hasta le había asignado el caso del Exhibicionista, lo más importante del momento.

El Exhibicionista no había matado a nadie; ni siquiera iba armado, pero su delito casi era igual de grave: poner públicamente en ridículo a la policía de Nueva York. Un ladrón que limpiaba cajeros y se sacaba la minga para que se la grabaran las cámaras de seguridad era un manjar para la prensa sensacionalista. De momento sus visitas a cajeros se elevaban a once, y cada nuevo robo se había traducido en titulares llenos de socarronería y de indirectas. Y mientras tanto, la policía de Nueva York iba tragando. «Al Exhibicionista se le alarga la lista», había proclamado el *Post* tres días antes, tras el último robo. «La policía tiene indicios muy pequeños.»

–¿Qué, qué tal la testigo? –preguntó Singleton–. ¿Da de sí o no da de sí?

Miró a D'Agosta desde el otro lado de la mesa. Tenía unos ojos azules, de mirada penetrante, que te hacían sentir el centro del universo: gozabas de toda su atención, al menos durante ese rato. Ponía un poco nervioso, la verdad.

–Su versión concuerda con la cámara de seguridad.

–Me alegro. ¡Si es que...! ¡En plena era digital, parecería lógico que los bancos pudieran grabar más cosas con las cámaras! Es como si el Exhibicionista supiera exactamente qué alcance tienen. ¿Tú crees que habrá trabajado en algo de seguridad?

–Lo estamos investigando.

–Once golpes y seguimos sin tener nada claro, aparte de que es caucásico.

«Y de que está circuncidado», pensó D'Agosta, pero no le hizo gracia.

–He hecho que llamen a todos los directores de agencias de la zona afectada, y están instalando más cámaras donde no se vean.

–El culpable podría trabajar para la empresa de seguridad que las vende.

–Sí, también lo investigamos.

–Así me gusta, que te me adelantes. –Singleton se acercó al montón de papeles y lo hojeó–. Siempre se mueve por el mismo

sector. Todos los robos se han concentrado en una zona de veinte manzanas por veinte, o sea, que el próximo paso sería vigilar los cajeros más suculentos donde aún no haya robado. Si no reducimos un poco nuestro campo, seguiremos abarcando demasiado y apretando demasiado poco. ¡Menos mal que justo ahora no anda suelto ningún asesino en activo! Te dejo de enlace con el operativo, Vinnie. Haz una lista de los cajeros más vulnerables, basándote en los que ya haya vaciado, y asigna personal de vigilancia. A ver si tenemos suerte.

«Bueno, allá voy», pensó D'Agosta. Se humedeció los labios.

–De hecho no venía por eso.

Singleton frunció el entrecejo, y su intensa mirada volvió a clavarse en el teniente. Con lo ocupado que estaba, no se le había ocurrido la posibilidad de que D'Agosta viniera a verlo por algún otro asunto.

–¿Qué pasa?

–No sé muy bien cómo decirlo. Es que... quería pedir un permiso.

Las cejas de Singleton se arquearon de sorpresa.

–¿Un permiso?

–Sí.

D'Agosta se dio cuenta de lo mal que sonaba, pero se lo había repetido cien veces a sí mismo sin encontrar ninguna alternativa.

Singleton siguió mirándolo a los ojos sin decir nada. Sobraban las palabras. «Un permiso. ¿Llevas seis semanas en la división y ya quieres un permiso?»

–¿Hay algo que tengas que explicarme, Vinnie? –preguntó en voz baja.

–Es por un tema familiar –contestó D'Agosta tras una breve pausa.

Le daba aún más rabia mentir que balbucear al sentirse observado por el capitán, pero ¿qué podía decir? ¿«Lo siento, capi, pero me tomo un permiso indefinido para buscar a un hombre oficialmente muerto y en paradero desconocido por un crimen que aún no ha sido cometido»? Lo que tenía claro era que debía ocuparse de la misión. Pendergast la consideraba tan importante

que había dejado instrucciones por si se moría. Con eso bastaba y sobraba, pero el trago, por desgracia, seguía siendo igual de amargo.

La mirada de Singleton reflejó una mezcla de preocupación y reflexión.

–Ya sabes que no puedo, Vinnie.

Al darse cuenta de que sería aún más difícil de lo previsto, D'Agosta sintió que se le caía el alma a los pies. Si tenía que dimitir lo haría, aunque fuera el final de su carrera (que lo sería, porque en la policía dimitir una vez tenía un pase, pero dos...).

–Es por mi madre –dijo–. Tiene cáncer, y dicen los médicos que es incurable.

Primero Singleton se quedó quieto, digiriendo la noticia. Luego se balanceó un poco en los talones.

–Lo siento muchísimo.

Otro silencio. D'Agosta tuvo ganas de que llamara alguien a la puerta, o de que sonara el teléfono, o de que cayera un meteorito en la comisaría. Cualquier cosa con tal de desviar la atención de Singleton.

–Acabamos de enterarnos –dijo–. Ha sido de golpe.

Hizo una pausa, sintiéndose fatal. Había soltado la primera excusa que se le había ocurrido, y ahora ya se arrepentía de haber tenido una idea tan horrible. Su madre cáncer... ¡Joder! Directo a la iglesia, a confesarse. Y a llamar a su madre a Vero Beach. Y a mandarle dos docenas de rosas.

Singleton movió lentamente la cabeza.

–¿Cuánto tiempo necesitas?

–Los médicos no lo saben. Una o dos semanas.

Singleton volvió a asentir aún más despacio. D'Agosta, rojo de los pies a la cabeza, se preguntó qué debía de pensar.

–No le queda mucho tiempo –dijo–. Con estas cosas ya se sabe. Yo no es que haya sido un hijo modélico, y ahora siento la necesidad de estar con ella el tiempo que le queda. Como cualquier hijo, vaya –concluyó mediocremente–. Se podría descontar de las vacaciones y de las bajas por enfermedad.

Singleton lo había escuchado atentamente, pero esta vez no asintió.

–Sí, claro.

Miró a D'Agosta durante mucho tiempo, con una mirada que parecía decir: «Hay mucha gente con los padres enfermos, y con tragedias personales, pero son profesionales. ¿Tú en qué te diferencias?». Al final desvió la vista y se giró para levantar los papeles de la mesa.

–Les diré a Mercer y Sabriskie que coordinen la vigilancia –dijo secamente por encima del hombro–. Tú tómate el tiempo que necesites.

## Ù

# Seis

Las marismas estancadas de Little Governors Island estaban cubiertas por una espesa capa de niebla, en la que solo se filtraba, procedente del East River, la triste sirena de un remolcador. Manhattan quedaba al otro lado del agua negra y gélida, a poco más de un kilómetro, pero el manto de niebla era demasiado opaco para que se vieran las luces de la ciudad.

D'Agosta iba muy serio en el asiento de la derecha, cogiéndose al asidero de la puerta mientras el coche de Laura Hayward derrapaba y daba brincos por una carretera de un solo carril llena de baches. Clavados en la oscuridad, los faros –dos haces iguales y amarillos que no paraban de moverse ni un segundo– iluminaron fugazmente una calzada casi impracticable, y una hilera de castaños esqueléticos que la delimitaba.

–Creo que te has saltado un bache –dijo D'Agosta.

–Bueno, da igual. A ver si lo entiendo: ¿a Singleton le has dicho que tu madre tiene cáncer?

D'Agosta suspiró.

–Ha sido lo primero que se me ha ocurrido.

–¡Jo, Vinnie, que la suya se murió justo de eso! Y por si no lo sabes, el capitán no faltó ni un día al trabajo. Organizó el funeral un domingo. Lo sabe todo el mundo.

–Pues yo no lo sabía.

D'Agosta hizo una mueca al acordarse de lo que le había dicho al capitán por la mañana: «Con estas cosas ya se sabe. Yo no es que haya sido un hijo modélico, y ahora siento la necesidad de estar con ella el tiempo que le queda». ¡Muy bueno, Vinnie! ¡Tú sí que sabes!

–Aún alucino de que estés de permiso para buscar al hermano de Pendergast, basándote en una carta y una corazonada. No es que no respete a Pendergast, ¿eh? Al contrario. Nunca he conocido a nadie tan inteligente dentro de las fuerzas de seguridad, pero tenía un punto débil gravísimo. Ya sabes a qué me refiero, Vinnie: a que se saltaba las normas. Se creía que estaba por encima de los burros que nos sometemos a las reglas, y ahora me da rabia verte adoptar la misma actitud.

–Mentira, no la adopto.

–Esto de buscar al hermano de Pendergast se salta tanto el manual que no tiene ni gracia. Porque a ver, ¿qué harás cuando encuentres al tío ese, Diogenes?

D'Agosta no contestó. Aún no había llegado a ese punto.

La rueda izquierda delantera se metió en un bache, haciendo que temblara todo el coche.

–¿Seguro que vamos bien? –preguntó ella–. No veo muy claro que por aquí haya un hospital.

–Sí, sí que vamos bien.

Empezaron a formarse vagas siluetas a través de la niebla. Cuando el coche se acercó, pudo verse que eran las barras puntiagudas de una reja de hierro forjado, sobre un muro de ladrillos mohosos cuya altura era de tres metros. El coche frenó delante de la verja cerrada. Al lado había una garita antigua, y en la verja una placa: HOSPITAL MOUNT MERCY PARA DELINCUENTES PSICÓTICOS.

Apareció un vigilante con una linterna en la mano. D'Agosta se inclinó por encima de Laura para enseñarle su identificación.

–Teniente D'Agosta. Tengo una cita con el doctor Ostrom.

El vigilante entró en la garita y consultó una lista. Poco después, la verja rechinó y se abrió despacio. Laura la cruzó y se

internó por un camino de adoquines que llevaba a una especie de castillo erizado de torres, frente al que pasaban jirones de niebla. D'Agosta vio varias hileras de almenas recortadas en la parte superior, como dientes rotos sobre un fondo negro.

–Dios mío –dijo Hayward, mirando por el parabrisas–. ¿La tía abuela de Pendergast está aquí dentro?

D'Agosta asintió con la cabeza.

–Se ve que había sido un sanatorio muy caro para millonarios tuberculosos, pero que ahora es una loquería para asesinos que se han librado de la cárcel por enfermedad mental.

–¿Ella qué hizo, exactamente?

–Según Constance, envenenó a toda su familia.

Hayward lo miró.

–¿A toda?

–Su madre, su padre, su marido, su hermano y dos hijos. Creía que estaban poseídos por demonios, o por las almas de los soldados norteños que había matado su padre. Parece que no está muy claro. En todo caso no te acerques mucho, que parece que tiene una habilidad especial para robar cuchillas de afeitar y escondérselas entre la ropa. En los últimos doce meses ha mandado a urgencias a dos enfermeros.

–¡Qué dices!

Dentro del hospital Mount Mercy olía a alcohol y piedra húmeda. Bajo la triste capa de pintura institucional, D'Agosta reconoció los restos de un edificio elegante de techos artesonados y paredes revestidas de madera. Los pasillos tenían el suelo de mármol, muy gastado.

El doctor Ostrom los esperaba en una sala de seguridad del primer piso. Era un hombre alto, de bata inmaculada, que conseguía no tener que decir nada para dar la impresión de que tenía varias cosas más importantes entre manos. Al fijarse en la sala, de escaso mobiliario, D'Agosta observó que todo estaba atornillado al suelo o cubierto por tela metálica: la mesa, las sillas de plástico y el aplique de la luz.

Le explicó al doctor quiénes eran. Ostrom asintió educadamente, pero no hizo ni el gesto de tender la mano.

–Vienen a ver a Cornelia Pendergast –dijo.

–Sí, a petición de su sobrino nieto.

–Y ¿están al corriente de los... mmm... requisitos especiales para la visita?

–Sí.

–No se acerquen en ningún momento. No hagan movimientos bruscos. No se les ocurra tocarla o dejarse tocar. Solo podrán estar con ella unos minutos. Si no, podría ponerse muy nerviosa, y es de importancia capital evitarlo. Me veré obligado a dar por concluida la visita en cuanto observe el menor indicio en ese sentido.

–Lo entiendo.

–No le gustan las visitas de desconocidos. Es posible que se niegue a recibirlos. En ese caso, no la podré obligar. Aunque trajeran una orden judicial...

–Dígale que soy Ambergris Pendergast, su hermano.

Era el nombre propuesto por Constance.

El doctor Ostrom frunció el entrecejo.

–No me gustan los engaños, teniente.

–Pues no lo llame engaño, sino mentira piadosa. Es importante, doctor. Podría haber vidas en juego.

El doctor Ostrom puso cara de pensárselo. Luego asintió bruscamente, se giró y salió de la sala por la puerta blindada de la pared del fondo.

Tras unos minutos de silencio, se oyó la queja de una voz de anciana, que parecía llegar desde muy lejos. D'Agosta y Hayward se miraron.

Las protestas aumentaron de volumen. La puerta de acero volvió a abrirse, y apareció Cornelia Pendergast en silla de ruedas.

Toda la superficie de la silla estaba revestida de una gruesa capa de goma negra. Cornelia tenía sobre las rodillas un cojincito de bordar en el que se apoyaban sus manos arrugadas. La silla la empujaba personalmente Ostrom, seguido por dos auxiliares con ropa acolchada de protección. Ella llevaba un vestido largo de tafetán negro a la antigua. Se la veía diminuta, con los brazos como palos, el cuerpo muy estrecho y la cara cubierta por un velo de luto. A D'Agosta le pareció imposible que un ser tan frágil

pudiera haber herido recientemente a dos enfermeros. Las invectivas cesaron con su aparición, momento en que la silla dejó de rodar.

–Levantadme el velo –ordenó.

Su acento del sur era de persona culta, con modulaciones casi británicas.

Uno de los enfermeros se acercó lo menos posible y extendió el brazo hasta que su mano, protegida por un guante, estuvo en situación de levantar el velo. D'Agosta se inclinó sin darse cuenta, con una mirada llena de curiosidad.

Cornelia Pendergast lo miró a los ojos. Tenía rasgos afilados de gata y los ojos azules. A pesar de su avanzada edad, su piel, con manchas de vejez, poseía un brillo extrañamente juvenil. Al verla, el corazón de D'Agosta latió más deprisa. La mirada penetrante de Cornelia, el perfil de sus pómulos y su mandíbula, le recordaban vagamente a su amigo desaparecido. Solo el brillo de locura de los ojos impedía que el parecido fuera mayor.

Al principio, el silencio fue total. La mirada fija de la tía abuela Cornelia hizo que D'Agosta temiera una explosión de furia, provocada por la mentira.

Pero no, sonrió.

–¡Mi querido hermano! ¡Qué detalle haber hecho un viaje tan largo para visitarme! Hacía tanto tiempo que no venías... ¡Malo, más que malo! Aunque no te lo reprocho, que esto de vivir en el norte, con estos bárbaros yanquis, casi es más fuerte que yo.

Soltó una risita.

«Perfecto», pensó D'Agosta. Constance le había dicho que la tía abuela Cornelia vivía en un mundo imaginario, y que siempre creía estar en alguno de los dos siguientes sitios: Ravenscry, la finca de su marido, al norte de Nueva York, o la antigua mansión solariega de los Pendergast, en Nueva Orleans. Evidentemente, tocaba lo primero.

–Me alegro de verte, Cornelia –respondió con prudencia.

–¿Y esta señorita tan guapa que tienes a tu lado? ¿Quién es?

–Laura, mi... mujer.

Hayward lo miró de reojo.

–¡Qué alegría! Siempre me preguntaba cuándo te casarías. Ya era hora de que el linaje de los Pendergast recibiera sangre nueva para revigorizarlo. ¿Te sirvo algo de beber? ¿Un té? ¿O quieres tu bebida favorita, un julepe de menta?

Miró a los auxiliares, que se habían quedado lo más lejos posible, y que no se movieron.

–No, gracias –dijo D'Agosta.

–Bueno, quizá sea mejor. Con lo mal que está el servicio últimamente... –Hizo un gesto con la mano en referencia a los dos auxiliares que tenía detrás, y casi los hizo saltar. Después se inclinó con actitud confidencial–. Te envidio. En el sur se vive mucho más agradablemente. Aquí arriba, la gente no se enorgullece de formar parte de la clase servil.

Mientras D'Agosta asentía comprensivamente, empezó a tener una extraña sensación de irrealidad, como si todo fuera un sueño. ¡Qué escena! Cornelia, tan puesta y elegante, en afable conversación con un hermano a quien había envenenado casi cuarenta años antes... Se preguntó cuál era la mejor estrategia. Ostrom les había puesto como condición que la entrevista fuera corta. Más valía ir al grano.

–¿Cómo... cómo está la familia? –preguntó.

–A mi marido nunca le perdonaré que nos trajera a esta casa tan fría. Encima de que el clima es una atrocidad, te quedas escandalizada por la falta de cultura. Menos mal que me consuelo con mis hijos.

La sonrisa cariñosa que acompañó a la observación dio escalofríos a D'Agosta, que se preguntó si Cornelia había asistido a la muerte de los niños.

–Y claro, ni un solo vecino digno de relacionarnos con él. El resultado es que tengo todo el día para mí sola. Procuro caminar, en bien de mi salud, pero aquí hay tan malos aires que muchas veces no tengo más remedio que volver a entrar en casa. Me he quedado más blanca que un fantasma. ¡Fíjate, fíjate!

Levantó una mano escuálida y paralizada del cojín, para enseñársela a su hermano.

D'Agosta se acercó automáticamente. Ostrom, ceñudo, le indicó con la cabeza que permaneciera a distancia prudencial.

–¿Y el resto de la familia? Hace mucho tiempo que no sé nada de nuestros... sobrinos.

–A veces Aloysius viene a verme, cuando necesita un consejo. –Cornelia volvió a sonreír, y le brillaron los ojos–. ¡Es un niño tan bueno! Escucha a los mayores, no como el otro.

–Diogenes –dijo D'Agosta.

La tía abuela Cornelia asintió con la cabeza.

–Diogenes. –Se estremeció–. Siempre ha sido diferente, desde que nació. Y luego lo de su enfermedad... Y esos ojos tan raros que tiene... –Se quedó callada–. Sabes lo que dijeron de él, ¿no?

–Cuéntamelo.

–Pero Ambergris, ¿cómo es posible que se te haya olvidado?

D'Agosta tuvo la impresión de que la anciana adoptaba una expresión escéptica, y se puso nervioso, pero Cornelia volvió a quedarse ensimismada en cuestión de segundos.

–Hace siglos que el linaje de los Pendergast está manchado. Demos gracias a Dios de que tú y yo hemos salido indemnes, Ambergris.

Se produjo un silencio de una beatería acorde con el comentario.

–Al pequeño Diogenes lo afectó desde el principio. Siempre fue mala hierba; y, desde su repentina enfermedad, el lado más oscuro de nuestra progenie llegó a su plenitud en él.

D'Agosta se quedó callado. No se atrevía a decir nada más. La tía abuela Cornelia tardó un poco en salir de su silencio.

–Siempre ha sido un misántropo. Solitarios, lo que se dice solitarios, lo eran los dos, como buenos Pendergast, pero en el caso de Diogenes era distinto. Recuerdo que Aloysius, de pequeño, tuvo un amigo íntimo de su edad, que luego se hizo famoso como pintor. Y no hablemos del tiempo que pasaba en los pantanos, entre cajunes y gente de la misma ralea, algo que a mí, como comprenderás, no me gustaba... En cambio Diogenes no tenía amigos. Ni uno. Recordarás que los otros niños no querían

acercarse a él. Les daba un miedo de muerte, que empeoró muchísimo desde la enfermedad.

–¿La enfermedad?

–Sí, se puso enfermo de la noche a la mañana. Dijeron que era escarlatina. Fue cuando le cambió el color del ojo y se le quedó como blanco. ¿Sabes que solo ve por el otro?

Cornelia tuvo un estremecimiento.

–En cambio Aloysius era todo lo contrario. ¡Pobre, cómo abusaban de él! Ya sabes que los Pendergast solemos ser objeto de mofa entre el vulgo. Creo que tenía diez años cuando empezó a visitar a ese tibetano tan raro de la calle Bourbon. Siempre ha tenido el don de relacionarse con la gente más estrambótica. Fue el que le enseñó todas esas tonterías tibetanas que no se pueden ni pronunciar: *chang*, o *chung*, o algo por el estilo. También le enseñó un tipo de lucha muy curioso, que hizo que ya no volvieran a molestarlo los abusones.

–En cambio con Diogenes no se metían.

–En esas cosas, los niños tienen un sexto sentido. Y eso que Diogenes era más pequeño que Aloysius, tanto de edad como de constitución...

–¿Y entre los hermanos? ¿Cómo se llevaban?

–Pero ¡Ambergris, querido, no me digas que pierdes memoria con la edad! Sabes perfectamente que Diogenes odiaba a su hermano mayor. A la única que ha querido es a su madre. Lógico. En cambio a Aloysius lo tenía en una categoría especial, sobre todo desde la enfermedad.

Cornelia hizo una pausa, en la que hubo un momento en que sus ojos de loca parecieron apagarse, como si vieran un pasado muy remoto.

–Supongo que te acuerdas del ratón de Aloysius...

–Sí, sí, claro que me acuerdo...

–Le puso el nombre de Incitato, como el caballo preferido del emperador Calígula. Era la época en que leía a Suetonio. Se paseaba con el animalito en el hombro, recitando: «¡Saludad al sin par ratón de César, Incitato!». Ya sabes que a mí los ratones me dan un miedo que es que no puedo, pero aquel era tan blanco, tan

tranquilito y cariñoso, que llegué a tolerarlo. Y Aloysius tenía una paciencia... Lo quería tanto... ¡Qué trucos le enseñaba! Incitato aprendió a caminar con las patas traseras, y calculo que reconocía una docena de órdenes. Te iba a buscar una pelota de ping-pong y se la ponía en equilibrio sobre el morro, como las focas. Me acuerdo de que tú te reías tanto que parecía que se te fueran a romper las costillas.

–Sí, yo también me acuerdo.

La tía abuela Cornelia hizo una pausa. Todo el mundo parecía atento a sus palabras, hasta los impasibles enfermeros.

–Una mañana, al despertarse, Aloysius encontró una cruz de madera al pie de la cama. Era pequeña, de unos quince centímetros, y estaba muy bien hecha. Incitato estaba crucificado en ella.

D'Agosta oyó que Laura Hayward contenía un grito.

–No hizo falta ni preguntar. Ya sabíamos todos quién lo había hecho. Desde entonces, Aloysius ya no fue el mismo. Después de Incitato no tuvo ninguna otra mascota. En cuanto a Diogenes, solo fue el principio de sus... ¿cómo decirlo?... experimentos con animales. Empezaron a desaparecer gatos, perros... Hasta gallinas y ganado. Recuerdo un incidente especialmente desagradable con la cabra de un vecino...

La tía abuela Cornelia se echó a reír a media frase, con una risa suave y contenida que duró bastante tiempo. El doctor Ostrom miró a D'Agosta con mala cara y señaló su reloj, preocupado.

–¿Cuándo fue la última vez que viste a Diogenes? –se apresuró a preguntar D'Agosta.

–A los dos días del incendio –repuso la anciana.

–El incendio –repitió D'Agosta, intentando que no sonara como una pregunta.

–¡Pues claro, el incendio! –La voz de Cornelia se había alterado de repente–. ¿Cuándo quieres que lo viera? Ese incendio tan horrendo que destruyó a la familia, y que convenció a mi marido de venir a esta mansión tan fría conmigo y con los niños, lejos de Nueva Orleans... y de todo...

–Creo que hemos terminado –dijo el doctor Ostrom, haciendo una indicación con la cabeza a los auxiliares.

–Háblame del incendio –insistió D'Agosta.

El rostro de la anciana pasó de un principio de enfado a la pena más profunda. Su labio inferior temblaba, y se le movían las manos. D'Agosta no tuvo más remedio que maravillarse de lo bruscos que habían sido los cambios.

–Oiga... –empezó a decir el doctor Ostrom.

D'Agosta levantó la mano.

–Solo un minuto. Por favor.

Cuando volvió a mirar a la tía abuela Cornelia, descubrió que lo observaba fijamente.

–Esa turba supersticiosa, malévola e ignorante... Incendiaron la casa de nuestros ancestros. ¡Que los maldiga eternamente Lucifer, a ellos y a sus hijos! Entonces Aloysius tenía veinte años, y estaba en Oxford, pero esa noche Diogenes estaba en casa, y vio quemarse vivos a su madre y su padre. Si lo hubieras visto cuando las autoridades lo sacaron del sótano donde se había escondido... –Cornelia se estremeció–. Aloysius volvió dos días después, cuando ya estábamos en Baton Rouge, en casa de unos parientes. Me acuerdo de que Diogenes se llevó a su hermano mayor a una habitación, y que cerró la puerta. Solo estuvieron cinco minutos. Al salir, Aloysius estaba lívido. Justo después, Diogenes cruzó la puerta de la casa y desapareció. No se llevó nada, ni siquiera una muda. Fue la última vez que lo vi. Las pocas noticias que recibíamos eran por carta, o a través de los banqueros y los abogados de la familia. Llegó un momento en que ya no recibimos ninguna. Hasta la de su muerte, claro.

El silencio que cayó era tenso. La cara de la anciana ya no reflejaba dolor, sino serenidad y compostura.

–Ambergris, creo que es el momento del julepe de menta. –Se giró imperiosamente–. ¡John! Tres julepes de menta bien fríos, si eres tan amable. Usa el hielo del pozo de nieve, que es mucho más dulce.

El tono de Ostrom se volvió brusco.

–Lo siento, pero sus invitados tienen que irse.

–Lástima.

Llegó un enfermero con un vaso de plástico con agua y se lo entregó cautamente a la anciana, que lo cogió con una de sus manos arrugadas.

–Nada más, John. Puedes retirarte.

Se giró hacia D'Agosta.

–Ambergris, querido, debería darte vergüenza dejar beber sola a una vieja.

–Me he alegrado de verte –dijo D'Agosta.

–Eso espero. También espero que vuelva tu mujer, que es muy guapa. Verte siempre es un placer... hermano.

De pronto enseñó los dientes, con algo a medias entre la sonrisa y la ferocidad, y, levantando una mano manchada, volvió a cubrirse el rostro con el velo negro.

## Ù

# Siete

Un reloj dio las doce con solemnes campanadas, amortiguadas por las felpas y tapices de la biblioteca de la vieja mansión de Riverside Drive, 891. D'Agosta se apartó de la mesa y se desperezó en el sillón de piel, haciéndose un masaje con las puntas de los dedos en la base de la espalda, que se le había quedado entumecida. La biblioteca ofrecía un ambiente mucho menos tétrico que en su anterior visita, con leña encendida sobre los morillos, y media docena de lámparas cuya luz dorada llegaba hasta el último recoveco de la habitación. Constance estaba al lado del fuego, bebiendo tisana en una taza de porcelana y leyendo *The Faerie Queene*, de Spenser. Proctor, que seguía recordando los gustos de D'Agosta en cuestión de bebida, había entrado un par de veces para sustituir los vasos medio vacíos de Budweiser tibia por otros más fríos.

Constance había sacado todo el material que conservaba Pendergast sobre su hermano, y D'Agosta se había pasado toda la tarde consultándolo. En esa sala que tanto conocía, con sus paredes forradas de libros, y su olor a cuero y humo de leña, casi

se imaginaba a Pendergast al lado, ayudándole a buscar un rastro borrado por el tiempo, mientras sus ojos claros brillaban por la curiosidad de una investigación en ciernes.

Lo malo era lo poco que se podía investigar. D'Agosta echó un vistazo al mar de documentos, recortes, cartas, fotos e informes viejos que atiborraba la mesa. Se notaba que Pendergast se había tomado en serio la amenaza de su hermano, porque la colección estaba muy bien organizada y anotada. Casi se habría dicho que Pendergast era consciente de que, llegada la hora, podría no estar presente para el desafío, y que el testigo tendrían que recogerlo otras manos. Parecía haber guardado cualquier dato a su alcance, hasta el más nimio.

En el transcurso de las últimas horas, D'Agosta había leído todo el contenido de la mesa dos o tres veces, según los casos. Tras cortar sus relaciones con el clan de los Pendergast, Diogenes, huérfano de madre y padre, se había dedicado sobre todo a esconderse, hasta el punto de que no se había sabido nada de él durante casi un año. Después había llegado una carta de un abogado de la familia con la petición de que se depositasen cien mil dólares en un banco de Zurich a nombre de Diogenes. Un año después, otra carta parecida, con la petición de un depósito de doscientos cincuenta mil dólares en un banco de Heidelberg. El rechazo de la segunda petición por la familia había provocado una respuesta por parte del interesado, a través de una carta que ahora estaba en la mesa, entre dos placas de metacrilato. D'Agosta volvió a fijarse en la letra, cuyos trazos delgados y meticulosos parecían impropios de un adolescente de diecisiete años. No constaban ni la fecha ni el lugar de escritura. La carta iba dirigida a Pendergast:

> *Ave, frater* :
>
> Me desagrada escribirte, sobre este tema o sobre cualquier otro, pero no me has dejado más remedio; y te lo digo a ti porque estoy convencido de que es tu mano la que está tras el rechazo de mi petición de fondos.
>
> No es necesario que te recuerde que faltan pocos años para que tenga derecho al uso de mi herencia. Hasta entonces, necesitaré de vez en cuando algunas cantidades despreciables como la que solicité el mes pasado. Comprobarás que os conviene, a ti y a otras personas que no necesariamente conoces, dar cumplida

satisfacción a tales peticiones. Nuestra última conversación en Baton Rouge debería, a mi juicio, haberlo dejado bien claro. En este momento estoy absorto en mis estudios e investigaciones, cuya índole es de lo más diversa, y no tengo tiempo de ganar dinero por vías convencionales. Si se me obliga, obtendré las cantidades necesarias del modo que más me divierta. Si no deseas que mis actividades tomen ese rumbo, ejecuta mi solicitud con la mayor premura.

La próxima vez que te escriba, será sobre un tema que habré elegido yo, no tú. Por lo que a este respecta, es la última vez que lo abordo. Adiós, hermano. Y *bonne chance*.

D'Agosta dejó la carta encima de la mesa. Según constaba en los archivos, el dinero había sido enviado con prontitud. Al año siguiente, la transferencia había tenido por destino un banco de la londinense calle Threadneedle. Otro año y otra suma, esta vez a Kent. Con motivo de su vigésimo primer cumpleaños, Diogenes había protagonizado una breve reaparición para pedir su herencia (ochenta y siete millones de dólares). La siguiente noticia era su muerte, al cabo de dos meses, en un accidente de automóvil en la calle principal de Canterbury. Las llamas lo habían dejado irreconocible. En cuanto a la herencia, nunca había aparecido.

D'Agosta dio varias vueltas al falso certificado de defunción.

«En este momento estoy absorto en mis estudios e investigaciones, cuya índole es de lo más diversa.» Diversa, de acuerdo, pero ¿cuál? Diogenes no lo decía, y en ese tema su hermano tampoco entraba en precisiones. O en muy pocas. La mirada de D'Agosta se posó en un montoncito de recortes de prensa, tomados de varias revistas y periódicos extranjeros. Todos tenían una etiqueta con su fuente y fecha. Si no estaban en inglés, llevaban la traducción adjunta. Otro ejemplo de la previsión de Pendergast.

La mayoría de los recortes trataba sobre crímenes sin resolver. En Lisboa había fallecido toda una familia de botulismo, pero sin que apareciera ningún rastro de comida en sus estómagos. En París habían encontrado desangrado a un químico de la Sorbona, con las arterias radiales de las dos muñecas seccionadas con suma precaución, pero en el lugar del crimen no había ni una gota de sangre, y faltaban varias carpetas sobre los experimentos de la víctima. Otros recortes describían muertes más truculentas, en que

los cadáveres parecían haber sufrido diversas torturas o experimentos (dado el mal estado de los restos, no podía determinarse con certeza si se trataba de lo uno o de lo otro). Algunos recortes eran simples necrológicas. Las muertes no parecían ceñirse a ninguna lógica o pauta. Pendergast tampoco había dejado comentarios sobre los puntos que le parecían de interés.

D'Agosta cogió el fajo de recortes y lo hojeó. También figuraban varios robos: una empresa farmacéutica que había perdido todo un congelador de productos experimentales; una colección de diamantes desaparecida en circunstancias misteriosas de una caja fuerte de Israel; un trozo excepcional de ámbar (del tamaño de un puño) con una hoja de una planta extinguida hacía mucho tiempo, sustraído en el apartamento de una pareja rica de París; un coprolito pulido de tiranosaurio, único en su género, fechado exactamente en el límite KT...

Dejó los recortes en la mesa, suspirando.

Lo siguiente que llamó su atención fue un delgado fajo de papeles de Sandringham, un colegio privado del sur de Inglaterra donde Diogenes había cursado el último año de enseñanza superior sin que lo supiera su familia. La dirección había aceptado su solicitud gracias a una serie de documentos falsos y a unos padres alquilados expresamente para la ocasión. El boletín del primer semestre otorgaba a Diogenes la primacía sobre sus compañeros en todas las asignaturas. Aun así, lo habían expulsado al cabo de unos meses sin alegar ningún motivo, al menos que pudiera deducirse de los documentos. Las respuestas del colegio a las consultas de Pendergast se reducían a evasivas con cierto componente de nerviosismo. Otros papeles mostraban que Pendergast se había puesto en contacto varías veces con un tal Brian Cooper (el compañero de habitación de Diogenes en Sandringham durante una breve temporada), quien al parecer se había negado a contestar. La última carta de los padres de Brian informaba de su ingreso en una institución a causa de una catatonia aguda.

Después de su expulsión, la pista de Diogenes se perdía durante más de dos años, hasta el momento en que daba señales de vida para reclamar su herencia. Cuatro meses después escenificaba su propia muerte en Canterbury.

Desde entonces, silencio.

Bueno, no del todo. Existía un último comunicado. D'Agosta se acercó a una gruesa hoja de papel de tela, doblada por el medio, y la abrió pensativo. Arriba había un escudo de armas en relieve, con un ojo sin párpados sobre dos lunas y un león echado. En medio de la hoja, una fecha en tinta violeta. D'Agosta ya reconocía la letra: era la de Diogenes. «28 de enero.»

Sus pensamientos volvieron inexorablemente al día de octubre en que había tenido por primera vez el mensaje en sus manos, dentro de esa misma habitación, justo antes de viajar a Italia; el día en que Pendergast, tras enseñárselo, le había hablado sucintamente sobre el plan de Diogenes de cometer el crimen perfecto.

Pero D'Agosta había vuelto solo de Italia, y ahora le competía exclusivamente a él proseguir la tarea de su difunto compañero e impedir el crimen que se produciría (cabía suponer) el 28 de enero.

Faltaba menos de una semana.

Sintió pánico. Tenía tan poco tiempo... El compañero de habitación de Sandringham. Ya tenía la pista que buscaba. Decidió llamar por teléfono a sus padres por la mañana, para saber si Brian había vuelto a hablar. En el peor de los casos, seguro que no era el único que había conocido a Diogenes en el colegio.

Dobló con cuidado el papel y lo dejó otra vez encima de la mesa. Al lado había una foto en blanco y negro desgastada por el tiempo. La cogió para acercarla a la lámpara. Un hombre, una mujer y dos niños pequeños, con una intrincada reja de forja a sus espaldas y una mansión de gran prestancia al fondo. Hacía calor, porque los niños llevaban pantalones cortos, y la mujer un vestido de verano. El hombre miraba la cámara con cara de patricio. Ella era guapa, con el pelo rubio y una sonrisa misteriosa. Los niños debían de tener unos ocho y cinco años. El mayor estaba muy

erguido, con las manos en la espalda, mirando la cámara con seriedad. Tenía el pelo muy rubio, con la raya en medio, y la ropa planchada. Por la forma de los pómulos, y lo aguileño de las facciones, D'Agosta pensó que debía de ser el agente Pendergast.

A su lado había un niño pelirrojo con las manos juntas y los dedos hacia arriba, como si rezase. A diferencia de su hermano mayor, Diogenes presentaba cierto descuido en su aspecto, pero no por su ropa, ni por falta de acicalamiento. Quizá se debiera a la postura relajada y casi lánguida de los brazos y las piernas, tan poco acorde con el gesto candoroso de las manos. También podía deberse a los labios de su boca abierta, demasiado carnosos y sensuales para alguien de su edad. Los ojos parecían iguales. Debía de ser una foto de antes de la enfermedad.

Aun así, a D'Agosta le llamaron la atención. No miraban la cámara, sino más lejos, en el supuesto de que mirasen algo. Eran ojos apagados, mortecinos, desplazados en su rostro infantil. Tuvo una impresión desagradable en la boca del estómago.

Se sobresaltó al oír un susurro a pocos centímetros de sus oídos. Constance Greene había aparecido como por arte de magia. Parecía tener en común con Pendergast la facultad de acercarse con sigilo absoluto.

–Perdone –dijo–. No quería asustarlo.

–No, tranquila, si mirando todo esto le da el canguelo a cualquiera.

–Disculpe... ¿El canguelo?

–Es una forma de hablar.

–¿Ha encontrado algo interesante?

D'Agosta negó con la cabeza.

–Nada que no hayamos comentado. –Hizo una pausa–. Lo único raro es que no encuentro nada sobre la enfermedad de Diogenes, que según la tía Cornelia fue la escarlatina. Dijo que desde entonces no había vuelto a ser el mismo.

–Lamento no poder suministrarle más información. He buscado por todas las colecciones y documentos de la familia, por si a Aloysius se le había pasado algo por alto, pero fue muy concienzudo. No hay nada más.

Nada más. El paradero de Diogenes, su aspecto físico, sus actividades... Otros tantos misterios, como el crimen que se disponía a cometer.

Solo había una fecha: el 28 de enero. El lunes.

–Puede que Pendergast se equivocara –dijo D'Agosta, intentando parecer esperanzado–. Me refiero a la fecha. Puede que falte un año más. O puede que no sea lo que pensamos. –Hizo un gesto para señalar los documentos desperdigados por la mesa–. Resulta todo tan lejano, en la distancia y en el tiempo... Parece imposible que esté a punto de pasar algo grave.

La única respuesta de Constance fue una débil y fugaz sonrisa.

## Ù

# Ocho

Horace Sawtelle devolvió con alivio al camarero la carta de vitela, que era enorme. ¡A ver si un día venía algún cliente a visitarlo a él, y no al revés! Odiaba las selvas de cemento interminables donde trabajaban todos: Chicago, Detroit... Y ahora Nueva York. Keokuk, cuando se lo conocía, no estaba tan mal. Sawtelle se movía como pez en el agua por los mejores bares y los mejores *topless*, y no había que descartar que con el tiempo alguno de sus clientes experimentara una profunda admiración hacia determinados monumentos de Iowa.

Al otro lado de la mesa, el cliente estaba pidiendo algo que sonaba a escupitajo de ternera. Horace Sawtelle se preguntó si sabía lo que pedía. A él, la lectura del menú le había despertado serias dudas, y eso que se lo había mirado del derecho y del revés: todo escrito a mano, y en francés. Impronunciable. Al final se había decidido por algo que se llamaba *steak tartare*, pensando que no podía ser muy malo. Un bistec no te lo destrozaban ni los franceses. Además, cuando comía palitos de pescado le gustaba ponerles salsa tártara.

–¿Le importa si me los vuelvo a leer antes de firmar? –preguntó el cliente, enseñando los contratos.

Sawtelle asintió con la cabeza.

–Lea, lea.

Como si no se hubieran pasado las últimas dos horas mirándolos con lupa... ¡Qué tío! ¡Ni que fuera a comprarse una finca en Palm Beach por un millón, en vez de cincuenta mil dólares en maquinaria!

El cliente pegó las narices al papel, mientras Sawtelle se comía tranquilamente un palito de pan y miraba las mesas. El sitio donde estaban parecía una terraza de bar acristalada que invadía la acera como una prolongación del restaurante. No quedaba ninguna mesa libre. Los blancuchos neoyorquinos tenían que aprovechar el sol al máximo. En la mesa de al lado había tres mujeres muy delgadas con el pelo negro, picando unas macedonias enormes. Al fondo, un hombre de negocios gordinflón hurgaba en algo amarillo y pegajoso.

De repente se oyó el frenazo de un camión, como si no hubiera pasado ni a diez centímetros del cristal, y la mano de Sawtelle se cerró de manera refleja, partiendo el palito. Se la limpió en el mantel, indignado. ¿Se podía saber por qué el cliente había insistido tanto en que comieran justo ahí, al aire libre, con el frío que hacía en enero? Miró el cristal del techo, y el toldo rosa de encima, con el nombre bordado en blanco: La Vieille Ville. El edificio era uno de esos armatostes para alpinistas que era lo que en Nueva York se entendía por bloque de pisos. Sawtelle miró las hileras de ventanas idénticas que se elevaban hacia el cielo sucio. Parecía una cárcel construida hacia lo alto. Seguro que cabían como mil personas. ¿Cómo podían soportarlo?

Cerca de la entrada había mucho movimiento. Sawtelle se giró sin interés. Quizá fuera su comida. En el menú ponía que lo preparaban al lado de la mesa. ¡Pues a ver cómo se lo montaban! Como no trajeran una parrilla con ruedas y pusieran el carbón a quemar... Pues sí, sí que venían: toda una procesión de tíos con delantal blanco, empujando algo con pinta de minicamilla.

El chef aparcó la mesita rodante al lado de Sawtelle, con una orgullosa reverencia, y emitió una retahila de órdenes en francés que hicieron ponerse en movimiento a varios subordinados: uno picaba cebolla, otro batía un huevo como un poseso...

Sawtelle echó un vistazo a la mesa con ruedas y vio triangulitos de pan de molde tostado, un montón de bolitas verdes que se imaginó que serían alcaparras, especias y platos de contenido inidentificable, así como ajo picado como para llenar una tacita. En medio, un trozo de carne picada del tamaño de un puño. De bistec, o salsa tártara, ni el menor indicio.

Ceremoniosamente, el chef puso la carne picada en un cuenco de acero inoxidable, añadió el huevo crudo, el ajo y la cebolla y empezó a mezclarlo todo. Al cabo de un momento sacó la masa pegajosa y la volvió a dejar sobre la mesa para amasarla lentamente con los dedos. Sawtelle apartó la vista, diciéndose que tendría que pedir la hamburguesa más hecha de lo normal. «Estos neoyorquinos nunca se sabe qué te pueden contagiar.» Por otro lado, ¿dónde estaba la parrilla?

En ese momento apareció un camarero al lado del cliente y le sirvió un plato. Para sorpresa de Sawtelle, al mismo tiempo llegó raudo uno de sus colegas para ponerle algo a él entre el tenedor y el cuchillo. Al bajar la vista, descubrió con incredulidad que la pasta brillante de ternera cruda –que había adquirido la forma de una montañita simétrica– estaba delante de él, rodeada de trozos de pan tostado, huevo rallado y alcaparras.

Volvió a levantar la cabeza con cara de perplejidad. Al otro lado de la mesa, el cliente asentía complacido.

El chef les sonrió efusivamente desde el fondo de la mesa y se apartó para dejar pasar a sus lacayos, que se llevaron el carrito.

–Perdone –dijo Sawtelle en voz baja–, pero no está hecho.

El chef se detuvo.

–*Pourquoi*?

Sawtelle señaló su plato.

–Digo que no está hecho. Calor, ¿sabe? Fuego. *Flambé*.

El chef sacudió enérgicamente la cabeza.

–No, *monsieur*. No cocinado.

–El *steak tartare* no se cuece –dijo el cliente, que estaba a punto de firmar los contratos–. Se sirve crudo. ¿No lo sabía?

Una sonrisa de superioridad apareció y desapareció rápidamente de sus labios.

Sawtelle se apoyó en el respaldo con los ojos en blanco, intentando no enfadarse. «Esto solo pasa en Nueva York. Veinticinco dólares por un montón de carne picada cruda.»

De repente su cuerpo se tensó.

–¡Virgen santa! ¿Qué coño es eso?

Arriba, muy por encima de su cabeza, se balanceaba silenciosamente en el aire frío un hombre con los brazos y las piernas muy abiertos. Al principio Sawtelle pensó que flotaba, como por arte de magia, pero luego distinguió una fina cuerda que arrancaba del cuello y desaparecía por arriba en una ventana negra con el cristal roto. Se quedó boquiabierto, hipnotizado por el espectáculo.

No era el único del restaurante que miraba hacia arriba. Otros habían seguido su ejemplo. Empezaron a oírse exclamaciones de sorpresa.

Convulsa, arqueando la espalda de dolor, la figura colgada de la cuerda se retorció tanto que pareció a punto de tocarse los pies con la cabeza. La mirada horrorizada de Sawtelle no podía despegarse de lo que veía.

De repente la cuerda se partió, y el hombre empezó a caer hacia Sawtelle, moviendo los brazos y las piernas como un pelele.

En el mismo segundo, Sawtelle descubrió que podía moverse y se echó bruscamente hacia atrás, mientras salía de su boca un grito inarticulado. Casi a la vez, se oyó un ruido de cristales rotos y algo cayó a gran velocidad entre una lluvia de vidrio, algo que se estrelló con un impacto ensordecedor contra las macedonias, y las mujeres que se las comían, provocando la desintegración de las primeras en una extraña erupción de colores pastel: rojos, amarillos y verdes. Sawtelle, con la espalda en el suelo, sintió algo caliente y húmedo en un lado de la cara, justo antes de recibir toda una ducha de cristales, platos, copas, tenedores, cucharas y flores, provocada por el choque.

Un extraño silencio, seguido nuevamente por gritos de dolor y miedo, que extrañamente parecían llegar desde muy lejos, sin herir el oído. De repente Sawtelle se dio cuenta de que se le había llenado la oreja derecha de una sustancia desconocida.

Fue en ese momento, tumbado boca arriba, cuando asimiló lo que acababa de ocurrir. Tras uno o dos minutos de horror y de incredulidad, se percató de que no podía moverse. Los gritos, mientras tanto, se volvían cada vez más fuertes.

Con un esfuerzo heroico, obligó a sus extremidades a reaccionar. Primero se puso de rodillas, y luego, vacilantemente, en pie. No era el único en levantarse. Una algarabía de gritos y gemidos hacía reverberar la terraza cubierta. Todo estaba lleno de cristales. La mesa que estaba a la derecha de Sawtelle se había convertido en una masa amorfa de comida, sangre, flores, manteles, servilletas y astillas de madera. La suya estaba cubierta de cristales. Lo único que se había salvado era el montón de carne cruda a veinticinco dólares, que seguía en su sitio, en solitario esplendor, fresco y brillante.

Su mirada se posó en el cliente, que seguía sentado y sin moverse, con el traje salpicado por algo indescriptible.

De forma repentina e involuntaria, las extremidades de Sawtelle entraron en acción. Giró sobre sí mismo, buscó la puerta, dio un paso, perdió el equilibrio, lo recuperó, dio otro paso... La voz del cliente lo siguió.

–¿Se... se va?

Era una pregunta tan estúpida, tan fuera de contexto, que a Sawtelle se le escapó una risa rota, ronca.

–¿Que si me voy? –repitió, estirándose la oreja para despejarla–. Pues sí, me voy.

Se tambaleó hacia la puerta, tosiendo de risa y pisando cristales y destrozos varios. Estaba dispuesto a todo con tal de salir de aquel asco de sitio. Al llegar a la acera, puso rumbo al sur. Al principio caminaba, pero al cabo de un rato echó a correr, obligando a apartarse al resto de los transeúntes. En adelante, que vinieran ellos a Keokuk.

## Ù

# Nueve

William Smithback salió del taxi, tiró un billete arrugado de veinte por la ventanilla del copilo-to, y al mirar en dirección al Lincoln Center vio que en Broadway, algunas manzanas más al norte, había mucha gente, tanta que se derramaba por Columbus y la calle Sesenta y cinco, provocando un atasco colosal. Oyó que varios conductores apretaban a fondo la bocina. También oyó sirenas, y algún que otro bocinazo de camión que hacía temblar el suelo.

Esquivando los coches inmovilizados, llegó a la acera y dobló hacia el norte para correr Broadway arriba, llenando de vaho el aire frío de enero con su aliento. Últimamente corría por cualquier cosa. Adiós al paso digno y mesurado del reportero estrella del *New York Times*. Ahora corría para entregar el material a tiempo, tenía que hacer esfuerzos para no llegar tarde a cubrir las noticias y había días en que escribía dos artículos. Nora Kelly, con quien llevaba dos meses casado, no estaba muy contenta. Ella había previsto poder cenar sin prisas, comentar el día y recogerse para una noche de largos placeres, pero Smithback no acababa de encontrar tiempo ni para cenar ni para nada largo. Corría, sí, y con razón. También Bryce Harriman corría, pegadito a sus talones.

Pocas sorpresas tan desagradables se había llevado Smithback en su vida como la de volver de su luna de miel y encontrarse a Bryce Harriman en la puerta de su despacho, con una sonrisa de suficiencia y su eterna e insufrible ropa de niño bien, dándole la bienvenida tan pancho a «nuestro periódico».

¡«Nuestro»! ¡Dios santo!

Justo cuando más le sonreía la suerte: en doce meses, otras tantas exclusivas, y la promesa de una carrera magnífica en el *Times*. El director, Fenton Davies, había empezado a recurrir automáticamente a él cada vez que tenía que encargar algo importante. A su novia, Nora, Smithback la había convencido de que hiciera una pausa en sus prospecciones de huesos y tarros del año de la castaña, una pausa bastante larga como para casarse, y la luna de miel en Angkor Vat había sido de ensueño, sobre todo la semana en el templo perdido de Banteay Chhmar: avanzar a machetazos por la selva y enfrentarse a las serpientes, la malaria y

las hormigas picadoras para explorar las ruinas, que eran considerables. Smithback aún se acordaba de que en el vuelo de vuelta había pensado que no se podía tener más suerte.

¡Con qué razón!

A pesar de la melosa máscara de buen colega, a Harriman se le notaba a la legua que iba a por Smithback. No era la primera vez que se veían las caras, pero sí en el mismo periódico. ¿Cómo había conseguido que volvieran a aceptarlo en el *Times* mientras su rival estaba de viaje en las antípodas? A Smithback, la manera de Harriman de lamerle el culo a Davies (a quien traía el café cada mañana, y de cuya boca bebía como si fuera el oráculo de Delfos) le daba ganas de vomitar, pero debía de ser una buena estrategia, porque no hacía ni una semana que le habían asignado una noticia que por derecho le correspondía a él: la del Exhibicionista.

Aceleró. Casi había llegado al cruce de Broadway con la calle Sesenta y cinco, donde decían que se había caído un tío en medio de una terraza llena de gente comiendo. Vio arracimarse las cámaras de televisión. Los periodistas verificaban el funcionamiento de sus grabadoras, mientras los técnicos de sonido colocaban los micros en su sitio. Era la oportunidad de hacerle sombra a Harriman.

Por suerte aún no había salido nadie a informar.

Sacudió la cabeza y se abrió con los codos un camino, musitando disculpas.

Vio la terraza acristalada de La Vieille Ville. Aún había policías buscando pruebas. De vez en cuando, los flashes del fotógrafo iluminaban por dentro el restaurante. Estaba todo acordonado, con tanta cinta amarilla que parecía una fiesta mayor. Al mirar hacia arriba, Smithback vio el techo de cristal del café y el boquete irregular que había dejado la víctima. Detrás, la amplia fachada de las torres Lincoln. Subió con la mirada hasta encontrar la ventana rota por donde se había precipitado el muerto. Vio que también había polis, y chispazos aislados de flash.

Siguió abriéndose camino, mientras buscaba testigos a su alrededor.

–¡Soy periodista! –dijo–. Bill Smithback, del *New York Times*. ¿Alguien ha visto qué ha pasado?

Varias caras se giraron a mirarlo en silencio: unas diez, entre las que Smithback vio a una señora muy puesta del West Side con un pomeranio microscópico, a un mensajero con bici y a un tío con un pedazo de caja en el hombro, llena de comida china a domicilio.

–Busco testigos. ¿Alguien ha visto algo?

Silencio. «Seguro que la mayoría ni siquiera habla inglés.»

–¿Alguien sabe algo?

Esta vez, un hombre con unas orejeras y un abrigo muy grueso asintió enérgicamente.

–Un hombre –dijo con fuerte acento hindú–. Caído.

Era inútil. Siguió avanzando entre la multitud, hasta que vio a un policía que intentaba empujar a todo el mundo hacia la acera, para que estuviera despejado el cruce.

–¡Oiga! –exclamó, usando los codos para introducirse entre los papamoscas–. Soy del *Times*. ¿Qué ha pasado?

El policía dejó de desgañitarse el tiempo justo para una mirada fugaz, tras la que reanudó su trabajo.

–¿La víctima llevaba alguna identificación encima?

Nada, ni caso.

Smithback vio que se iba. Típico. La mayoría de sus colegas se habrían conformado con esperar el parte oficial, pero no un reportero de la talla de Smithback; él se metería en las entrañas de la noticia y conseguiría la exclusiva sin despeinarse.

Volvió a mirar a su alrededor. Esta vez se fijó en la entrada principal del bloque de pisos, un edificio colosal que no debía de contener menos de mil apartamentos. Seguro que dentro había alguien que conocía a la víctima, alguien capaz de aportar un poco de color y hasta una hipótesis sobre los hechos. Estiró el cuello para contar los pisos. Al llegar a la ventana abierta, iba por el veintitrés.

Volvió a adentrarse por la multitud hacia la entrada, procurando desviarse lo menos posible y esquivando a los polis con megáfono. La puerta estaba vigilada por tres fornidos agentes

con cara de no andarse con bromas. ¡A ver cómo entraba! ¿Haciéndose pasar por un vecino? Dudó que funcionase.

Recuperó la serenidad al observar la cantidad de periodistas que esperaban como ovejas inquietas la aparición de algún mando de la policía que saliera a informar. Miró el hormiguero con conmiseración. El no aspiraba a la misma versión que todos. Él no quería que se la dieran las autoridades con una cu-charita, guardándose lo que no les interesara divulgar, y dándole a todo el giro que les conviniera. Lo que quería era la auténtica noticia, la que estaba en el piso veintitrés de las torres Lincoln.

Cambió de dirección y se apartó de la gente. Todos los bloques de pisos de esas características tenían entrada de servicio. Siguió la fachada de Broadway hasta encontrar un callejón que separaba el Lincoln del siguiente bloque. Se metió por él con las manos en los bolsillos, silbando tranquilamente.

Dejó de silbar casi enseguida. Delante había una puerta muy grande de metal donde ponía entrada de servicio-reparto. Al lado había otro poli, que lo miraba fijamente mientras hablaba por una radio prendida al cuello de la camisa.

¡Maldición! Bueno, ya no podía dar media vuelta, porque sospecharían. Decidió pasar de largo como si cortara por el callejón para ir a algún sitio.

–Buenos días –dijo al llegar a la altura del policía.

–Buenas tardes, señor Smithback –contestó el madero.

Smithback sintió que se le ponía rígida la mandíbula.

El que llevaba la investigación del homicidio era un profesional de tomo y lomo, pero Smithback no era ningún periodistilla de tercera. Si había alguna otra manera de entrar, la encontraría. Rodeó el edificio por el callejón, hasta la esquina en ángulo recto con la calle Sesenta y cinco.

¡Aja! Acababa de ver a veinte o veinticinco metros la entrada de servicio de La Vieille Ville, sin polis merodeando por las inmediaciones. Si no podía llegar al piso veintitrés, al menos echaría un vistazo al sitio donde se había caído la víctima.

Caminó más deprisa impelido por el entusiasmo. Hasta era posible que al examinar el restaurante encontrara una manera de

acceder al resto del edificio. Tenía que haber algún paso. Por el sótano, tal vez.

Llegó a la puerta metálica, muy abollada, y la entreabrió.

Nada más cruzarla, se quedó de piedra. Al otro lado había varios policías tomando declaración a los cocineros y los camareros, entre dos grandes baterías de fogones.

Todos se giraron lentamente a mirarlo.

Dio un paso como si fuera a alguna parte. Por intentarlo...

–La prensa fuera –le espetó uno de los polis.

–Perdón –dijo, sonriendo (sospechó que penosamente)–. Es que me he equivocado.

Cerró la puerta con gran suavidad y regresó a la fachada del edificio, donde volvió a asquearlo el espectáculo del rebaño de periodistas que esperaban como ovejas en el matadero.

Pues él no. Bill Smithback, del *Times*, no. Echó un vistazo general, en busca de algún ángulo de ataque o alguna idea que aún no se le hubiera ocurrido a nadie. De repente vio a un pizzero que trataba inútilmente de cruzar la multitud con su moto. Era un tío flaco y sin barbilla, rojo de ira, con una gorra ridicula donde ponía *Romeo 's Pizzeria*.

Smithback se acercó y señaló con la cabeza el bulto de la parte trasera.

–¿Es una pizza?

–Dos –dijo el motorista–. ¡Qué marrón! Llegarán congeladas. Ya me veo sin propina. Y encima si no llego en veinte minutos no tendrán que pagar.

Smithback lo interrumpió.

–Cincuenta billetes por las dos pizzas y la gorra.

El pizzero lo miró con cara de tonto, sin entender nada.

Smithback sacó un billete de cincuenta.

–Toma.

–Pero ¿y...?

–Diles que te han atracado.

El pizzero no se pudo resistir y lo cogió. Smithback le quitó la gorra, se la puso en la cabeza, abrió la bolsa trasera de la moto y sacó las cajas de pizza. Luego se internó entre la gente con las

pizzas en una mano, mientras usaba la otra para arrancarse la corbata y guardársela arrugada en un bolsillo.

–¡Paso, que traigo unas pizzas!

A base de codazos, llegó a la barrera azul cubierta de cinta amarilla.

–Traigo pizzas para los del departamento de pruebas, piso veintitrés.

Funcionó como una seda. El poli gordo que vigilaba la barrera la apartó para dejarlo pasar.

«Ahora, a por el triunvirato de la puerta.»

Se acercó tan pancho a los tres polis, que se giraron a mirarlo.

–Pizzas para el piso veintitrés.

Le cerraron el paso.

–Ya las subo yo –dijo uno de los tres.

–Lo siento, pero la empresa no me deja. Tengo que entregarlas al cliente.

–Está prohibido entrar.

–Ya, pero es que es para los del departamento de pruebas. Además, ya me dirá cómo las cobro si las sube usted...

Los polis se miraron sin saber qué hacer. Hubo uno que se encogió de hombros. Smithback cantó victoria internamente. Ya se veía dentro.

–Es que se enfriarán... –insistió.

–¿Cuánto es?

–Ya le digo que las tengo que entregar directamente al cliente. ¿Me permiten?

Intentó dar otro paso y estuvo a punto de chocar con el barrigón del poli que mandaba más.

–Está prohibido subir.

–Ya, pero es que solo es...

–Dame las pizzas.

–Le digo que...

El poli tendió la mano.

–Que me des las pizzas, coño.

Dándose cuenta de que no había nada que hacer, Smithback se las entregó mansamente al policía, que al cogerlas preguntó:

–¿Cuánto es?

–Diez.

Le dio diez, sin propina.

–¿Para quién son?

–Para los del departamento de pruebas.

–¿Han dado algún nombre? Porque arriba hay como doce.

–Ah, sí, creo que Miller.

El poli desapareció con un gruñido en la penumbra del vestíbulo, llevándose las pizzas. Los otros dos bloquearon la puerta. El que se había encogido de hombros se giró.

–Oye, perdona, ¿podrías traerme una extragrande de pasta gruesa, con pimientos, ajo, cebolla y doble de queso?

–Anda y que te den –dijo Smithback, girándose para volver a la barrera.

Embutido entre los reporteros, oyó algunas risitas. Alguien exclamó:

–¡Muy buena, Bill!

Una voz afeminada y estridente añadió:

–¡Ay, Billy, esta gorrita te queda divina de la muerte!

Smithback se la quitó con cara de asco y la tiró. Por una vez le había fallado su genio interpretativo. Aquel encargo empezaba a tener mala pinta. Casi no había empezado y ya olía a podrido. A pesar del frío de enero, casi sentía el aliento caliente de Harriman en el cogote.

Se giró y, muy a su pesar, esperó con los demás a que dieran el parte.

OceanofPDF.com

# Ù
# Diez

El teniente Vincent D'Agosta empujó la puerta de McFeeley's Ale House cansado hasta el alma. En Nueva York quedaban pocos bares irlandeses tan acogedores, y en ese momento lo que necesitaba era estar cómodo. Era un local oscuro, largo, estrecho, con una barra de madera muy barnizada en un lado y reservados en el otro. La decoración de las paredes consistía en viejos carteles de deporte tan polvorientos que casi no se veían. Al otro lado de la barra, delante del espejo del fondo, las botellas formaban seis hileras. Cerca de la puerta había un jukebox de los de antes, los que tenían las canciones irlandesas en letra verde. De barril había Guinness, Harp y Bass. Olía a cocina grasienta y cerveza derramada. De hecho, el único toque nostálgico que faltaba era el humo de tabaco, algo que D'Agosta no echaba de menos para nada, porque ya hacía varios años que no fumaba puros, desde que se había ido de la policía para escribir en Canadá.

McFeeley's estaba como le gustaba, medio vacío. Eligió un taburete y lo arrimó a la barra.

Al verlo, Patrick, el barman, se acercó.

–¿Qué, teniente, cómo va la vida? –dijo, poniéndole delante un posavasos.

–Pse, tirando.

–¿Lo de siempre?

–No, Paddy, ponme una mezcla de negra y ale. Y una hamburguesa con queso poco hecha.

Al poco rato hizo su aparición una pinta. D'Agosta, pensativo, se mojó el labio inferior con la espuma de color café. Últimamente no se lo permitía casi nunca (diez kilos perdidos en cuestión de meses no eran como para recuperarlos), pero hizo una excepción. Laura Hayward volvería tarde a casa. Estaba trabajando en el extraño ahorcamiento que se había producido en Upper West Side a la hora de comer.

A él la mañana se le había consumido en investigaciones infructuosas. En el registro de Ravenscry (la finca de la tía abuela Cornelia en Dutchess County) no había nada. Igual resultado habían arrojado sus consultas a la policía de Nueva Orleans sobre la antigua (y devorada tiempo atrás por las llamas) residencia de los Pendergast: nada. En ambos casos ni siquiera figuraba el nombre de Diogenes Pendergast.

Luego, al salir de la comisaría, había ido a Riverside Drive 891 para volver a examinar el escaso material recopilado por Pendergast. También había llamado al banco de Londres elegido por Diogenes como destinatario de una antigua transferencia, pero la cuenta llevaba veinte años cancelada, y no podían remitirlo a ninguna otra entidad. Las consultas a los bancos de Heidelberg y Zurich habían dado el mismo fruto. En cuanto a la llamada telefónica a la familia inglesa cuyo hijo había compartido habitación con Diogenes en Sandringham durante una breve temporada, solo había servido para enterarse de que el joven se había suicidado un día después de que le quitaran las correas protectoras.

Siguiente paso: una llamada al bufete de abogados que había actuado como intermediario en la correspondencia entre Diogenes y su familia, resuelta en trámites interminables. Cada nuevo secretario al que lo remitían pedía oír de nuevo su solicitud. Al final se había puesto un abogado que no quería decir su nombre, para informarle de que ya no tenían a Diogenes Pendergast entre sus clientes, de que la relación abogado-cliente excluía por definición el suministro de datos a terceros, y de que por lo demás todos los archivos relevantes habían sido destruidos por petición expresa del interesado.

Cinco horas después, y no menos de treinta llamadas telefónicas, D'Agosta seguía sabiendo lo mismo que antes: nada.

Al consultar los recortes de prensa sobre crímenes raros e inconexos recogidos por Pendergast, se le había ocurrido llamar a las personas que se habían ocupado de su investigación, pero al final lo había descartado; seguro que Pendergast ya lo había hecho, y si hubiera alguna información digna de ser recogida en su

archivo, ahí estaría. Más aún: D'Agosta seguía sin tener ni idea del motivo por el que Pendergast atribuía algún valor a los recortes, ya que procedían de todo el mundo, y los crímenes de que informaban solo tenían en común su extravagancia.

Para entonces ya eran las dos pasadas, y como D'Agosta sabía que su jefe, el capitán Singleton, ya no estaría en la comisaría –se pasaba las tardes a pie de calle, haciendo un seguimiento personal de los casos importantes–, había vuelto de Riverside Drive a la comisaría. Tras ocupar furtivamente su lugar de trabajo, encender el ordenador e introducir la contraseña, se había pasado el resto de la tarde haciendo correr el ratón por todas las bases de datos policiales y gubernamentales que encontraba: la policía de Nueva York, la policía del estado, la federal, el WICAPS, la Interpol y hasta la administración de la seguridad social. Nada. Pese a la apabullante e infinita documentación que generaba la red burocrática del Gobierno, Diogenes se paseaba por ella como un fantasma, sin dejar huellas. Como si estuviera, a fin de cuentas, muerto.

En ese punto, rendido a la evidencia, D'Agosta se había ido a McFeeley's.

Le trajeron la hamburguesa con queso. Se la empezó a comer sin fijarse en el sabor. Menos de cuarenta y ocho horas investigando y ya se había quedado sin pistas. Contra un espectro poco parecían valer los grandes recursos de Pendergast.

Dio unos mordiscos de compromiso a la hamburguesa, acabó la cerveza, dejó unos billetes en la barra, se despidió de Patrick con la cabeza y salió. «Obtenga toda la información que pueda de la capitana Laura Hayward, pero reduzca al mínimo su intervención. Es por el bien de ella.» Lo cierto era que D'Agosta le había contado muy poco sobre sus investigaciones desde la visita a la tía abuela Cornelia. En cierto modo (un modo perverso), parecía lo mejor.

¿Por qué?

Metió las manos hasta el fondo de los bolsillos y se encorvó al recibir el viento gélido de enero. ¿Sería por la sensatez de lo que estaba seguro que diría Laura? «Es una locura, Vinnie. Una carta

donde lo único que hay es una fecha. Amenazas de loco formuladas hace treinta años. Me parece mentira que pierdas así el tiempo.»

Quizá tuviera miedo de dejarse convencer de que era una locura. ¿O no?

Se acercó tranquilamente al cruce de la calle Setenta y siete con la Primera Avenida. El bloque de ladrillo donde vivía con Laura se erguía blanco y feo en una esquina. Miró su reloj, tiritando: las ocho en punto. Aún no estaría en casa. Pensó en poner la mesa y calentar lo que quedaba de lasaña a la napolitana en el microondas. Tenía ganas de saber algo más sobre el nuevo asesinato en el que estaba trabajando Laura. Cualquier excusa era válida para no seguir dando vueltas a lo mismo.

El portero tuvo el descaro de hacer como si quisiera abrirle la puerta en el último momento. D'Agosta cruzó el espacio estrecho del vestíbulo buscando la llave en el bolsillo. Uno de los ascensores estaba abierto. Se agradecía. Entró y pulsó el botón del piso catorce.

Justo cuando empezaban a cerrarse las puertas, una mano enfundada en un guante se introdujo por ellas para que volvieran a abrirse. Era el repelente del portero. Entró y se giró hacia la puerta con los brazos cruzados, sin hacer caso a D'Agosta. El cubículo empezó a apestar a humanidad.

D'Agosta lo miró de reojo con irritación. Era un hombre moreno y rellenito, de facciones carnosas y ojos castaños. Lo raro era que no hubiera apretado ningún botón. D'Agosta dejó de prestarle atención y se fijó en cómo subían los pisos en el indicador: cinco, seis, siete...

El portero se inclinó para pulsar el botón de parada, provocando una brusca sacudida.

D'Agosta lo miró.

–¿Qué pasa?

No se molestó en girarse. Lo único que hizo fue sacar del bolsillo una llave de emergencia, meterla en el panel de control y retirarla. El ascensor sufrió otra sacudida y empezó a bajar.

«Tiene razón Laura –pensó D'Agosta–. El pavo este tiene un problema grave de actitud.»

–Oiga, no sé de qué ni adonde va, pero al menos podría esperar que llegue yo a mi piso.

Volvió a apretar el botón donde ponía «14».

El ascensor no respondió. Seguía bajando. Ya habían dejado atrás la planta baja. Ahora iban hacia el sótano.

La irritación de D'Agosta se convirtió de golpe en inquietud. Su radar de policía había empezado a funcionar a tope. De repente se acordó de las palabras de advertencia de Pendergast: «Diogenes es extremadamente peligroso. No llame su atención antes de lo estrictamente necesario». Con un gesto casi maquinal, metió la mano en el abrigo y sacó su pistola reglamentaria.

En el mismo momento, el portero se giró hacia él y lo pegó a la pared del ascensor, haciéndole una llave con las manos en la espalda y levantándolo del suelo a la velocidad del rayo. Cuando D'Agosta trató de liberarse, descubrió que lo habían inmovilizado con una técnica perfecta. Se llenó de aire los pulmones para pedir auxilio a gritos, pero justo entonces le tapó la boca un guante, como si le hubieran leído el pensamiento.

Forcejeó un poco más, alucinado por la rapidez y la eficacia con que lo habían desarmado e inmovilizado.

Entonces el portero hizo algo raro: se inclinó para acercar los labios a su oreja, y susurró unas palabras casi inaudibles:

–Mis más sinceras disculpas, Vincent.

## Ù

# Once

La capitana Laura Hayward cruzó el salón para mirar por la ventana, acordándose de no tocar la mesa que había debajo. Al asomarse por el cristal roto, desde cuya altura se dominaba Broadway, vio que la calle estaba tranquila. Ya era hora. Sus hombres habían recibido órdenes estrictas de aislar la zona para que no entrara nadie, y las habían cumplido a conciencia. Las ambulancias se habían llevado a los heridos. Los mirones y los

cotillas habían acabado por cansarse y se habían ido. Hasta la prensa, más tenaz, se había acabado conformando con el comunicado escueto que les había dictado por la tarde. Como lugar del crimen era de los complicados (abarcaba todo el piso y el restaurante de abajo), pero la capitana Hayward había coordinado personalmente todos los equipos de investigación, y ahora la parte forense estaba a punto de concluir. Por fin. Los expertos en huellas dactilares, los fotógrafos y los analistas ya se habían ido. Solo quedaba la encargada de guardar las pruebas, que recogería los bártulos en menos de una hora.

El concienzudo análisis de un homicidio era una de las grandes satisfacciones de Laura Hayward. Las muertes violentas eran desordenadas por definición, pero cuando se analizaba su escenario –con sucesivas oleadas de investigadores forenses, médicos, técnicos y criminólogos, cada una de las cuales cumplía su papel a rajatabla– el caos y el horror quedaban compartimentados, ordenados y etiquetados. Era como si la investigación restituyera de por sí una parte del orden natural que había sido trastocada por el acto del asesinato.

Sin embargo, cada vez que Laura Hayward contemplaba el escenario de aquel crimen, lo que sentía estaba muy lejos de la satisfacción. Era algo incómodo, inexplicable.

Tuvo un escalofrío. Se calentó las manos con la boca y se abrochó el último botón del abrigo. Entre la ventana rota y sus instrucciones de no tocar nada (ni siquiera el calor), la temperatura de la habitación solo estaba unos grados por encima de la de la calle. De repente tuvo ganas de que estuviera D'Agosta con ella, pero bueno, ya le contaría el caso al llegar a casa. Estaba segura de que le interesaría. Por otro lado, solía sorprenderla con sugerencias prácticas y creativas. Podía ser una manera de distraerlo de su obsesión enfermiza por el hermano de Pendergast. Justo cuando había superado la muerte del agente, justo cuando parecía que se le pasaba un poco el sentimiento de culpa, aparecía el chófer del demonio y lo estropeaba todo con su cita...

–Señora –dijo un sargento, asomando la cabeza en el salón–, ha venido el capitán Singleton.

–Dígale que pase, por favor.

Singleton era el capitán de aquel distrito. Hayward ya había previsto su llegada. Era de esos capitanes chapados a la antigua que consideraban su deber estar junto a sus hombres, en la calle o donde se hubiera producido un crimen. Hayward, que ya había colaborado con él, lo consideraba uno de los mejores capitanes de la ciudad cuando de trabajar con Homicidios se trataba: un hombre con espíritu de colaboración, que respetaba el parecer de los forenses, pero que se involucraba personal y eficazmente en todos los pasos de la investigación.

Hablando del rey de Roma, ahí estaba, en la puerta, hecho un pincel: abrigo largo de pelo de camello y cada uno de los suyos corto y en su sitio, como siempre. Se quedó en el umbral, moviendo mucho los ojos para fijarse en todos los detalles. Luego sonrió y se acercó con la mano tendida.

–Laura...

–Me alegro de verte, Glen.

El apretón de manos fue corto y profesional. Hayward se preguntó si Singleton sabía algo de lo suyo con D'Agosta, pero llegó rápidamente a la conclusión de que no. Habían hecho todo lo posible por mantenerse lejos de la fábrica de rumores que era la policía de Nueva York.

El capitán hizo un gesto que abarcaba toda la sala.

–Todo perfecto, como siempre. Espero que no te moleste que meta la nariz...

–No, qué va. Ya estamos acabando.

–Y ¿qué tal?

–Bien, bien.

Laura vaciló. No había ninguna razón para no decírselo. A diferencia de casi todos los que tenían cierto rango dentro de la policía, Singleton no disfrutaba consiguiendo ascensos a base de puñaladas traperas a sus posibles rivales. Tampoco tenía miedo de que Homicidios le hiciera sombra. Por otro lado, era capitán como ella. Podía contarse con su discreción.

–Bueno, la verdad es que no estoy tan segura –añadió Hayward, bajando la voz.

Singleton miró de reojo a la encargada de guardar las pruebas, que estaba al fondo, en un rincón, tomando notas en un portapapeles.

–¿Te apetece contármelo?

–La persona que ha forzado la puerta principal era un experto. El apartamento es pequeño: dos dormitorios, uno de ellos reconvertido en estudio de artista. El asesino ha entrado sin ser visto, y parece que se ha escondido aquí. –Señaló un rincón oscuro, cerca de la puerta–. Cuando la víctima ha entrado en el salón, el asesino se le ha echado encima y lo más probable es que le haya dado un golpe en la cabeza. Lo malo es que el cadáver está tan destrozado por culpa de la caída que puede ser difícil determinar el arma usada por el agresor. –Señaló la pared que tenía más cerca. Había un cuadro del estanque de Central Park rociado de sangre–. Fíjate en las gotas.

Singleton las examinó.

–Tirando a pequeñas y de velocidad media. ¿Algún instrumento no cortante?

–Sí, es como lo hemos enfocado, y estas otras dos manchas respaldan la hipótesis. El golpe en la cabeza lo indica la altura del chorro en relación con la pared. A juzgar por la trayectoria (fíjate en las gotitas que hay por toda la alfombra), la víctima se ha tambaleado unos metros hasta caerse donde hemos puesto la marca. La cantidad de sangre también lleva a pensar en una herida en la cabeza, que ya sabes tú cómo sangran.

–Deduzco que no habéis encontrado ninguna arma.

–No. El asesino se ha llevado todo lo que ha usado.

Singleton asintió lentamente,

–Sigue.

–Parece que luego ha arrastrado a la víctima inconsciente hasta el sofá, y aquí viene lo raro: le ha curado la herida que acababa de hacerle.

–¿Cómo que se la ha curado?

–Le ha puesto unas gasas del botiquín del lavabo. Hemos encontrado varios envoltorios cerca del sofá, y algunas gasas empapadas de sangre en la basura.

–¿Huellas dactilares?

–Los de latentes han recogido unas cincuenta por todo el piso, incluidas unas cuantas de la sangre de la víctima, Duchamp, con una solución de negro amido y metanol, y todas coinciden con las del muerto, el servicio doméstico o conocidos de la víctima. Eran las únicas. No ha aparecido ninguna ni en el botiquín ni en el pomo de la puerta. En los envoltorios de las gasas tampoco.

–O sea, que el asesino llevaba guantes.

–Según los residuos, guantes médicos de goma. Mañana por la mañana podrá confirmarlo el laboratorio. –Laura señaló el sofá–. Después le ha atado a la víctima los brazos en la espalda, haciendo varios nudos muy enrevesados, y ha usado la misma cuerda, muy gruesa, para el lazo del cuello. Les he pedido a los forenses que quitaran las cuerdas a la víctima y las guardaran, porque nunca había visto unos nudos así.

Señaló con la cabeza varias bolsas de plástico cerradas, muy grandes y con etiquetas, sobre un contenedor azul de pruebas.

–Lo que también se ve raro es la cuerda.

–Viene a ser la única prueba que ha dejado el asesino, aparte de unas fibras de su ropa.

«Lo único bueno de todo el caso», se dijo Laura Hayward. Las cuerdas casi tenían tantas características como las huellas dactilares: tipo de trenzado, giros por centímetro, número de hebras, características de los filamentos... De eso podían extraerse muchos datos, así como del tipo y estilo peculiar de los nudos.

–Lo más probable es que Duchamp haya recuperado la conciencia cuando ya estaba atado. El asesino ha movido aquella mesa larga para ponerla al pie de la ventana, y no sé cómo, pero ha obligado a Duchamp a subir y tirarse, como los piratas. Básicamente, Duchamp ha saltado por la ventana y se ha ahorcado solo.

Singletón frunció el entrecejo.

–¿Estás segura?

–Mira tú la mesa.

Hayward le enseñó una hilera de huellas de zapato hechas con sangre. Cruzaban la mesa, y todas tenían un distintivo y una

etiqueta.

–Al ir hacia la mesa, Duchamp ha pisado su propia sangre. ¿Ves que en las primeras no se mueve? Van distanciándose a medida que se acercan a la ventana. Y fíjate que en la última huella, antes de saltar, lo único que toca la mesa es la punta del zapato. Son marcas de aceleración.

Singletón se quedó mirando el escritorio como mínimo un minuto. Después miró a la capitana.

–¿No podrían ser falsas? ¿No sería posible que el asesino le quitara los zapatos a Duchamp para imprimir las huellas, y que luego se los volviera a poner, por decir algo?

–Sí, también lo he pensado, pero los del departamento forense dicen que es imposible. Unas huellas así no se pueden falsificar. Además, la forma del agujero de la ventana casa más con la hipótesis del salto que con la de un empujón.

–¡Joder! –Singletón avanzó un paso. El cristal roto era como un ojo recortado que miraba fijamente la noche de Manhattan–. Imagínate a Duchamp sobre la mesa, con los brazos atados en la espalda y la soga al cuello. ¿Qué pueden haberle dicho para convencerlo de que saltara corriendo por su propia ventana?

Se giró.

–A menos que fuera voluntario, un suicidio asistido. Porque señales de resistencia no hay ninguna, ¿verdad?

–No, pero entonces ¿cómo se entiende que el asesino haya forzado la cerradura? ¿Y que haya atacado a Duchamp antes de atarlo? Las huellas de zapatos de la mesa no indican las típicas salidas en falso y las típicas vacilaciones de un suicidio. Además, hemos hecho entrevistas preliminares a los vecinos de Duchamp, a algunos amigos y a un par de clientes, y todos coinciden en que era el colmo de la amabilidad y de la simpatía. Tenía buenas palabras para todo el mundo, y siempre sonreía. Lo ha confirmado su médico. No tenía problemas psicológicos. Era soltero, pero no tenemos indicios de que últimamente hubiera roto con nadie. Gozaba de estabilidad económica. Ganaba mucho dinero con sus cuadros. –Hayward se encogió de hombros–. Que sepamos, no había ningún factor de estrés.

–¿Algún vecino ha visto algo?

–No. Hemos incautado las grabaciones de las cámaras de seguridad del edificio, y ahora mismo las están examinando.

Singletón asintió con los labios apretados y empezó a pasearse despacio por la sala con las manos en la espalda, muy atento a los rastros de polvo para huellas dactilares, a las etiquetas y a los indicadores de pruebas. Se paró frente al armario. Hayward se reunió con él para observar la cuerda de la bolsa hermética, una soga muy gruesa que llamaba la atención por su textura, más brillante que basta. También era raro el color: morado oscuro, casi negro, como de berenjena. El dogal tenía las trece vueltas de rigor, pero eran las vueltas más raras que había visto Hayward en su vida: complejas y abultadas, como una masa de intestinos enrollados. La cuerda que había servido para atarle las muñecas a Duchamp estaba en otra bolsa más pequeña. La capitana había dado instrucciones a los operarios de que cortaran la soga, pero no el nudo, casi tan extravagante como el dogal.

–Fíjate qué pedazo de nudos –dijo Singleton con un silbido–. ¡Y qué mal hechos!

–No estoy tan segura –contestó ella–. Haré que los analice el especialista, usando la base de datos de nudos del FBI. –Vaciló–. Aquí hay algo raro. La cuerda que han usado para ahorcar a la víctima estaba cortada justo por el centro con un cuchillo muy afilado o una hoja de afeitar.

–Quieres decir que...

Singleton no acabó la frase.

–Exacto. Estaba todo pensado para que se partiera.

Se quedaron mirando los rollos de cuerda que brillaban a la luz de los fluorescentes.

La encargada de guardar las pruebas carraspeó a sus espaldas.

–Perdone, capitana –dijo–, ¿ya me lo puedo llevar?

–Sí, sí.

Hayward se apartó para que metiera las bolsas con cuidado en el carrito, lo cerrara herméticamente y se lo llevara hacia la puerta.

Singleton esperó a que se fuera.

–¿Falta algo? ¿Objetos de valor? ¿Dinero? ¿Cuadros?

–No, nada. Duchamp llevaba unos trescientos dólares en la cartera, y tenía algunas joyas antiguas de valor en un cajón (aparte del estudio, que estaba lleno de cuadros caros), pero nadie ha tocado nada.

Singleton la observaba atentamente.

–¿Y lo que has dicho de que hay algo raro?

Hayward se giró a mirarlo.

–Sí, algo que se me escapa. Por un lado, todo parece un poco demasiado nítido, como si fuera un montaje. Está claro que como asesinato es de una meticulosidad prácticamente magistral. Por otro lado, no me cuadra nada. ¿Qué sentido tiene darle a la víctima un golpe en la cabeza y curarle la herida? ¿Por qué lo ha atado, le ha puesto un lazo en el cuello y lo ha obligado a saltar por la ventana, si había manipulado la cuerda para que la víctima sufriera una caída mortal en cuanto forcejeara un poco? Pero lo más raro es que se haya tomado tantas molestias para asesinar a un pobre acuarelista inofensivo, que nunca había matado ni a una mosca. Tengo la sensación de que este crimen esconde un motivo muy profundo y sutil, que de momento se nos escapa. Ya he encargado un perfil a los psicólogos. Espero averiguar el móvil, porque si no lo encontramos ya me dirás cómo daremos con el asesino...

## Ù

# Doce

Al Principio D'Agosta se quedó paralizado de sorpresa y de incredulidad. Era una voz a la vez conocida y desconocida. Sintió el impulso de decir algo más, pero la mano enguantada acentuó la presión sobre su boca.

–Shhhh...

Las puertas del ascensor tintinearon al abrirse. El portero se asomó con cautela a la oscuridad del pasillo del sótano y miró a ambos lados sin soltar a D'Agosta. Después lo empujó con suavidad y lo llevó por una serie de corredores destartalados, con techos altos y paredes de bloques de hormigón, hasta llegar a una puerta metálica cubierta de arañazos, del mismo color que las

paredes y sin ningún letrero. Estaban cerca del generador del edificio. Se oía claramente el rumor de las calderas. Volvió a mirar a ambos lados y, tras examinar una pequeña telaraña en el marco, sacó una llave del bolsillo, abrió la puerta y se la hizo cruzar rápidamente a D'Agosta, antes de volver a cerrarla con llave.

–Me alegro de verlo con tan buen aspecto, Vincent.

D'Agosta se había quedado sin voz.

–Mis más sinceras disculpas por haber sido tan brusco –dijo el hombre, cruzando la sala a gran velocidad para mirar por la única ventana del sótano–. Aquí podemos hablar sin miedo.

D'Agosta seguía alucinado por la desconexión entre la voz –sureña, inconfundiblemente almibarada, de curso lento como la melaza– y la figura rechoncha de aquel desconocido vestido de portero, con lamparones en el uniforme, piel morena, pelo y ojos oscuros y cara redonda. No le sonaba de nada, ni por la actitud ni por la forma de caminar.

–¿Pendergast? –preguntó al recuperar la voz.

El hombre hizo una reverencia.

–El mismo, Vincent.

–¡Pendergast!

Sin darse cuenta de lo que hacía, D'Agosta sepultó al agente del FBI en un abrazo.

Tras unos segundos de rigidez, Pendergast se lo quitó de encima firme pero suavemente y dio un paso hacia atrás.

–No se imagina cuánto me alegro de volver a verlo, Vincent. Lo echaba de menos.

D'Agosta le cogió la mano y se la estrechó con una mezcla de vergüenza, sorpresa, alivio y júbilo.

–Ya lo daba por muerto. ¿Cómo...?

–Tendrá que disculpar estas argucias mías; pensaba seguir «muerto» un poco más de tiempo, pero las circunstancias han impuesto un cambio de planes. –Le dio la espalda–. Si me permite...

Se quitó la bata de portero, dejando a la vista unos rellenos muy ingeniosos en los hombros y el abdomen, y la colgó en la puerta.

–¿Qué le pasó? –preguntó D'Agosta–. ¿Cómo se escapó? Lo estuve buscando por todos los rincones del castillo de Fosco. ¿Se puede saber dónde ha estado todo este tiempo?

Cuanto más se rehacía del impacto, más preguntas se acumulaban en su cabeza.

El interrogatorio hizo sonreír un poco a Pendergast.

–Prometo contárselo todo, pero lo primero es que se ponga cómodo. Vuelvo ahora mismo.

Dicho lo cual, se giró y entró en una habitación del fondo.

Hasta entonces D'Agosta no se había fijado en nada. Estaba en el salón de un apartamento pequeño y lúgubre, con un sofá raído pegado a la pared, entre dos sillones de orejas con manchas en los brazos. También había una mesita barata con una pila de revistas (*Popular Mechanics*), y un viejo escritorio de tapa corrediza arrimado a la pared, vacío a excepción de un elegante PowerBook de Apple, que era lo único que desentonaba en la monocromía de la habitación. Las paredes, tan insulsas como el resto, estaban adornadas con grabados descoloridos de niños de ojos grandes. La estantería estaba llena de libros de bolsillo, sobre todo novelas y best sellers baratos, todos muy usados. Le hizo gracia ver uno de sus favoritos, *Más allá del hielo III: Regreso al cabo de Hornos*. Al fondo del salón había una puerta abierta que daba a la cocina, pequeña pero ordenada. Comparado con el piso de alquiler de Pendergast en el Dakota, o con su mansión de Riverside Drive, era como estar en otro mundo.

Oyó un ruidito y dio un respingo. Al girarse vio a Pendergast –el de verdad– en el marco de la puerta: alto, delgado, con un brillo en los ojos plateados. Aún tenía el pelo y la piel oscuros, pero una nueva metamorfosis había restituido los rasgos finos y aguileños de su cara, esos rasgos que D'Agosta conocía tan bien.

Pendergast volvió a sonreír, como si le hubiera leído el pensamiento.

–Almohadillas en los pómulos –dijo–. Es sorprendente la eficacia con que cambian el aspecto de cualquier persona, aunque de momento me los he quitado, porque me incomodan bastante, al igual que las lentillas marrones.

–No sé qué decir. Ya sabía que era un maestro del disfraz, pero esto es el colmo. Hasta la habitación...

D'Agosta señaló la estantería con el pulgar.

Pendergast puso cara de pena.

–Por desgracia hay que evitar cualquier incoherencia, incluso aquí abajo. Debo dar la imagen de un portero.

–Sí, y con malas pulgas.

–Vengo comprobando que manifestar rasgos desagradables de carácter ayuda a evitar que los demás se fijen en ti. Una vez que la gente me ha encasillado como portero gruñón y resentido, ya no busca más. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

–¿Una Bud?

Pendergast se estremeció involuntariamente.

–Todo tiene sus límites, hasta el mejor disfraz. Si quiere un Pernod, o un Campari...

–No, gracias –dijo D'Agosta con una sonrisa burlona.

–Supongo que recibió mi carta.

–Sí, y desde entonces investigo el caso.

–¿Algún avance?

–Casi nada. Fui a ver a su tía abuela... Pero bueno, ya se lo contaré. Ahora mismo es usted quien tiene que explicarse, y muy a fondo.

–Por supuesto. –Pendergast le indicó que se sentara, mientras él lo hacía en el sillón de delante–. Recuerdo que nos despedimos con ciertas prisas en un paraje montañoso de la Toscana.

–Sí, es una manera de decirlo. Nunca olvidaré la última vez que lo vi, rodeado por una jauría de sabuesos que se morían de ganas de arrancarle un mordisco.

Pendergast asintió despacio, con la mirada perdida en la distancia.

–Me cogieron, me ataron, me sedaron y me llevaron otra vez al castillo, donde fui trasladado por nuestro corpulento amigo a lo más profundo de sus túneles subterráneos. Después de encadenarme en una tumba cuyo anterior ocupante había sido expulsado sin grandes ceremonias, procedió, con toda cortesía, huelga decirlo, a emparedarme.

–¡Dios mío! –dijo D'Agosta, con un escalofrío–. A la mañana siguiente fui a buscarlo con la policía italiana, pero no sirvió de nada, porque Fosco había borrado cualquier rastro de nuestra estancia, y al final los italianos pensaban que yo estaba loco.

–Más tarde llegó a mis oídos la extraña muerte del conde. ¿Fue usted?

–Ni lo dude.

Pendergast asintió en señal de aprobación.

–¿Qué pasó con el violín?

–Como no podía dejarlo tirado en el castillo, lo cogí y...

D'Agosta hizo una pausa. No estaba seguro de cómo se lo tomaría Pendergast.

El agente arqueó las cejas inquisitivamente.

–Se lo llevé a Viola Maskelene. Le dije que usted estaba muerto.

–Aja. Y ¿cómo se lo tomó?

–Se quedó muy afectada y disgustada, aunque disimuló. Yo creo... –D'Agosta titubeó–. Yo creo que usted le gusta.

Pendergast no reaccionó ni dijo nada.

Habían conocido a Viola Maskelene en noviembre, en el transcurso de una investigación en Italia. D'Agosta tenía claro que entre Pendergast y la joven inglesa había ocurrido algo desde la primera mirada. Lo que pudiera estar pensando el agente... Eso ya no lo tenía tan claro.

De repente Pendergast salió de su inmovilidad.

–Hizo lo mejor que podía hacer. Podemos dar definitivamente por cerrado el caso del violín *Stormcloud*.

–Oiga –dijo D'Agosta–, pero ¿cómo se escapó del castillo? ¿Cuánto tiempo estuvo emparedado?

–Estuve encadenado dentro de la tumba casi cuarenta y ocho horas.

–¿A oscuras?

Pendergast asintió con la cabeza.

–No solo a oscuras, sino sometido a un lento proceso de asfixia, aunque descubrí la eficacia de una forma especializada de meditación.

–¿Y después?

–Me rescataron.

–¿Quién?

–Mi hermano.

D'Agosta, que aún no se había recuperado del todo de la casi milagrosa reaparición de Pendergast, reaccionó a la noticia con aturdimiento.

–¿Su hermano? ¿Diogenes?

–Sí.

–Creía que lo odiaba.

–En efecto, me odia. Es la razón de que me necesite.

–¿Para qué?

–Hace como mínimo seis meses que se dedica a controlar mis movimientos. Forma parte de los preparativos de su crimen. Lamento decir que no lo sospeché en ningún momento. Siempre había creído que el mayor obstáculo para su éxito era yo, y que un día u otro trataría de matarme, pero tonto de mí, me equivocaba. La verdad era todo lo contrario. Cuando Diogenes supo que estaba en peligro, se embarcó en una arriesgada operación de rescate: penetró en el castillo disfrazado de lugareño (domina aún mejor que yo el arte del disfraz) y me sacó de la tumba.

De repente D'Agosta tuvo una idea.

–Un momento. ¿Verdad que tiene un ojo de cada color?

Pendergast volvió a asentir.

–Sí, uno castaño claro y el otro azul blanquecino.

–¡Pues lo vi! En la colina, encima del castillo de Fosco, justo después de que nos separáramos. Estaba a la sombra de una roca, asistiendo a la escena con la misma tranquilidad que si fuera la primera carrera de caballos del Aqueduct.

–Pues era él. Tras liberarme de mi cautiverio, me llevó a una clínica privada de las afueras de Pisa, donde convalecí de deshidratación, congelación y las heridas infligidas por los perros de Fosco.

–Aún no lo entiendo. Si lo odiaba, si estaba planeando el crimen perfecto, ¿por qué no lo dejó tal como estaba, emparedado?

Esta vez, la sonrisa de Pendergast no tradujo la menor alegría.

–Jamás olvide, Vincent, que nos enfrentamos con un cerebro criminal de una tortuosidad incomparable. ¡Qué poco adivinaba yo sus auténticos planes!

De repente Pendergast se levantó y fue a la cocina. Poco después, D'Agosta oyó un ruido de cubitos de hielo dentro de un vaso. El agente volvió con una botella de Lillet en una mano y un vaso de los de whisky en la otra.

–¿Seguro que no le apetece nada de beber?

–Seguro. Cuénteme de una vez qué ha querido decir.

Pendergast vertió unos dedos de Lillet en el vaso.

–Para Diogenes, mi muerte lo habría estropeado todo. La razón, Vincent, es que el principal objetivo del famoso crimen soy yo mismo.

–¿Usted? ¿Que usted será la víctima? Entonces, ¿por qué...?

–No, no es que vaya a ser la víctima, es que ya lo estoy siendo.

–¿Qué?

–El crimen ya ha empezado. Ahora mismo, mientras conversamos, se está realizando con éxito.

–No lo dice en serio.

–Es lo más serio que he dicho en toda mi vida. –Pendergast bebió un largo trago de Lillet y se sirvió otro vaso–. Diogenes desapareció durante mi convalecencia en la clínica pisana. Yo, una vez recuperado, regresé de incógnito a Nueva York. Sabía que sus planes casi estaban maduros, y no se me ocurrió ningún otro sitio mejor que esta ciudad para tomar medidas que estorbaran su puesta en práctica. Albergaba la certeza de que sería el escenario de su crimen. Nueva York le brinda el mayor anonimato, las mayores posibilidades de esconderse, de adoptar un álter ego y de desarrollar su plan de ataque. Por eso, consciente de que mi hermano había estado siguiéndome los pasos, he estado «muerto» para poder moverme sin ser visto. La estrategia requería mantenerlos a todos ustedes en la ignorancia, incluida Constance. –Pendergast hizo una mueca de dolor–. No se imagina cuánto lo lamento, pero juzgué que se trataba del modo más prudente de actuar.

–Vaya, que se hizo portero.

–Era un trabajo que me permitía mantenerlos vigilados, y usarlos como intermediarios para vigilar a otras personas de importancia para mí. Aquí, en la oscuridad, mis posibilidades de dar caza a Diogenes eran mayores. De hecho, si he revelado mi identidad es por determinados acontecimientos que me han obligado a ello antes de tiempo.

–¿Cuáles?

–El ahorcamiento de Charles Duehamp,

–¿Ese asesinato tan raro del Lincoln Center?

–Correcto. También otro, que se produjo hace tres días en Nueva Orleans: el de Torrance Hamilton, profesor emérito envenenado frente a un aula llena de estudiantes.

–¿Qué tienen que ver?

–Hamilton fue uno de mis tutores en el instituto. Fue quien me enseñó francés, italiano y mandarín. Éramos muy amigos. Por lo que respecta a Duchamp, fue mi mejor amigo de infancia; mejor y único, si he de serle sincero. Era la única persona con quien había mantenido el contacto desde mi niñez. Y ambos han sido asesinados por Diogenes.

–¿No podría ser una coincidencia?

–Imposible. A Hamilton lo envenenaron poniéndole en su vaso de agua una toxina nerviosa muy inhabitual Se trata de una toxina sintética muy similar a la que segrega cierto tipo de araña originario de Goa. Un antepasado de mi padre murió a causa de la picadura de la misma araña, cuando era funcionario de bajo rango en India, en la época del Raj. –Pendergast bebió un poco más–. A Duchamp lo han colgado por el cuello, pero la causa de su muerte ha sido una caída de veinte pisos, provocada por la rotura de la cuerda. Así, exactamente, es como murió mi tío bisabuelo Maurice, ahorcado en 1871 por matar a su mujer y al amante de ella. Como hacía poco tiempo que unos disturbios habían dejado la horca en mal estado, lo colgaron de una de las ventanas más altas del juzgado, en la calle Decatur, pero la intensidad del forcejeo, sumada a los defectos de la cuerda, hicieron que se rompiera y que Maurice falleciera a causa de la caída.

La mirada de D'Agosta se llenó de horror.

–Estas muertes, y su escenificación, han sido la manera de Diogenes de llamar mi atención. Ahora, Vincent, quizá entienda por qué Diogenes me necesita vivo.

–¡No querrá decir que...!

–Ni más ni menos. Yo siempre había dado por sentado que su crimen sería contra la humanidad, pero ahora sé que la víctima soy yo. Lo que mi hermano presenta como crimen perfecto consiste en acabar con todas las personas de mi círculo. He ahí la auténtica razón de que me rescatara del castillo de Fosco. No me quiere muerto, sino vivo, a fin de poder destruirme de un modo mucho más refinado, hundiéndome en la desesperación, haciendo que me culpe a mí mismo de todo y que me torture saber que no pude salvar a las pocas personas de este mundo que... –Pendergast hizo una pausa y respiró para tranquilizarse–. Las pocas personas de este mundo a quienes quiero de verdad.

D'Agosta tragó saliva.

–Me parece increíble que un monstruo así sea pariente suyo.

–Ahora que sé en qué consiste su crimen, me he visto obligado a renunciar a mi plan inicial y a elaborar uno nuevo. No es un plan ideal, pero sí el mejor posible, dadas las circunstancias.

–Explíquemelo.

–Debemos impedir a toda costa que Diogenes vuelva a matar, y la única manera de lograrlo es encontrarlo. Para ello necesito su ayuda, Vincent: debe usar sus privilegios como miembro de las fuerzas de segundad para averiguar todo lo que pueda a partir de las pruebas del lugar del crimen.

Le dio a D'Agosta un teléfono móvil.

–Tenga. Lo usaré para que estemos en contacto. Como el tiempo apremia, empezaremos por lo más cercano, es decir, por Charles Duchamp. Acumule todos los indicios que pueda y tráigamelos. En este caso todo es importante, hasta la última migaja. Sáquele toda la información que pueda a Laura Hay-ward, pero le ruego encarecidamente que no le cuente nada de nuestras actividades. Ni el mismísimo Diogenes puede dejar completamente limpio el escenario de un crimen.

–Eso está hecho. –D'Agosta se quedó callado–. ¿Y la fecha de la carta, el veintiocho de enero?

–Ya no albergo duda alguna de que se trata del día en que tiene planeado culminar su crimen. Le repito, sin embargo, que el crimen ya ha empezado. Es de enorme importancia que lo tenga siempre en cuenta. Hoy es día veintidós. Mi hermano lleva años o décadas planeando esta infamia. Ya ha terminado los preparativos. Tiemblo al pensar en sus posibles víctimas durante los próximos seis días. –Pendergast se inclinó para mirar a D'Agosta. Sus ojos brillaban en la penumbra–. Si no le paramos los pies a Diogenes, es posible que mueran todos mis allegados, y eso, Vincent, lo incluye a usted con toda seguridad.

## Ù

# Trece

Smithback se sentó donde siempre, en el rincón más oscuro del Huesos, el bar cutre de detrás del museo que frecuentaban a horas intempestivas los empleados que nunca se cansaban de ver huesos (si no, no habrían ido). Su nombre oficial era Blarney Stone Tavern. El sobrenombre se lo había ganado por la afición del dueño a clavar huesos de todas las formas, tamaños y orígenes posibles en las paredes y el techo.

Smithback miró su reloj. Milagro de milagros: había llegado diez minutos antes. Quizá Nora también llegara con antelación, y dispusieran de más tiempo para conversar. Tenía la impresión de no haber visto a su mujer en una eternidad. Nora le había prometido ir al Huesos para tomarse una hamburguesa y una cerveza antes de volver al museo, donde trabajaría hasta tarde en la gran exposición que estaba a punto de ser inaugurada. Smithback, por su parte, tenía que redactar y entregar un artículo (por llamarlo de alguna manera) antes de las dos de la mañana, que era la hora límite.

Sacudió la cabeza. ¡Qué vida! Dos meses casados y ni un solo polvo en toda una semana. Sin embargo, más que hacer el amor, lo que echaba de menos era la compañía de Nora: las

conversaciones, la amistad... De hecho era su mejor amiga, algo muy necesario en un momento así, cuando pintaban bastos en lo del asesinato de Duchamp. No había conseguido nada, aparte de las mismas paridas que el resto de los periódicos. La poli se reservaba al máximo la información, y sus fuentes habituales no podían ofrecerle nada. Conque ahí estaba Bill Smithback, del *Times*: en el Huesos, sin nada que aportar aparte de refritos de unas ruedas de prensa, y con la vaga sensación de oler las ganas de Bryce Harriman de meter baza en la noticia, robársela y dejarlo con las manos vacías aparte de la tontería del Exhibicionista (ese encargo que tan diestramente había esquivado al saltar la noticia de lo de Duchamp).

–¿Qué caras son esas?

Smithback levantó la cabeza. Era Nora. Nora, con su melena broncínea derramada por los hombros, su pecosa nariz arrugada por una sonrisa, y sus ojos verdes chispeantes de vida.

–¿Está ocupada? –preguntó.

–¡Qué va a estar ocupada! ¡Jo, chica, a ti sí que da gusto verte!

Nora dejó el bolso en el suelo y se sentó, provocando la aparición del inevitable camarero de orejas flácidas y cara de pena, que –parecido a los que llevan el féretro en un entierro– aguardó en silencio a que pidieran algo.

–Salchichas con puré, patatas fritas y un vaso de leche –dijo Nora.

–¿Nada más fuerte? –preguntó Smithback.

–Aún tengo que trabajar.

–Y yo, pero no dejo que me influya. Bueno, pues para mí un poco del Glen Grant de cincuenta años, y de acompañamiento un bistec y pastel de ríñones.

El camarero desapareció con una inclinación tristona de la cabeza.

Smithback cogió la mano de Nora.

–Te echo de menos.

–Igualmente. Llevamos una vida de locos.

–¿Se puede saber qué hacemos en Nueva York? Deberíamos volver a Angkor Vat y pasar lo que nos queda de vida en medio de

la selva, en un templo budista.

–¿Con voto de castidad incluido?

Smithback hizo un gesto de la mano para descartarlo.

–¿Castidad? Seríamos como Tristán e Isolda. Haríamos el amor durante todo el día en nuestra cueva de piedras preciosas.

Nora se ruborizó.

–La verdad es que ha sido un shock volver a la realidad después de la luna de miel.

–Sí, sobre todo al encontrarme en la puerta al monicaco de Harriman, con sus sonrisas y sus zalamerías.

–Te obsesionas demasiado con Harriman, Bill. De gente así está el mundo lleno. Tú déjalo de lado y sigue tu camino. ¡Si vieras con quién tengo que trabajar en el museo! Algunos se merecen que los pongan en un frasco de cristal, con una etiquetita.

Les trajeron la comida en cuestión de minutos, junto con la copa de Smithback, que la levantó y la hizo chocar con el vaso de leche de Nora.

–*Slainte*.

–Chinchín.

Smithback bebió un poco. Treinta y seis dólares la copa. Y muy bien gastados. Después miró a Nora, que empezaba a comer. ¡Por fin una mujer con apetito sano! A ella que no le vinieran con ensaladitas. Se acordó de un momento entre las ruinas de Banteay Chhmar que ejemplificaba a la perfección lo que quería decir, y sintió un hormigueo amoroso en la entrepierna.

–¿Qué, cómo va en el museo? –preguntó–. ¿Ya les das caña para la nueva exposición?

–No, si solo soy la vicecomisaria; vaya, que la caña me la dan a mí.

–¡Uy!

–Faltan seis días para la inauguración y solo están montadas tres cuartas partes de las piezas. Es un zoo. Solo me queda un día para redactar el material de las cartelas de treinta piezas. Luego tendré que montar toda una exposición sobre las prácticas funerarias de los anasazi. Y justo hoy van y me dicen que quieren que hable sobre prehistoria del sudoeste para el ciclo de

conferencias. Alucinante, ¿no? Trece mil años de prehistoria del sudoeste en hora y media, con diapositivas y todo.

Se comió otro bocado.

–Te piden demasiado, Nora.

–Estamos todos en el mismo barco. Hace años que el museo no organizaba nada tan importante como «Imágenes sagradas», y encima los genios que dirigen el cotarro han decidido mejorar el sistema de seguridad. ¿Te acuerdas de lo que pasó con el sistema de seguridad la última vez que montaron una exposición de las grandes? «Supersticiones», ¿te acuerdas?

–¡Madre mía! No me lo recuerdes.

–Pues no quieren arriesgarse a que se repita. Lo malo es que cada vez que mejoran la seguridad de una sala, tienen que cerrarla. No te puedes pasear porque no sabes qué está abierto y qué cerrado. La parte buena es que dentro de seis días habrá pasado todo.

–Sí, y podremos irnos otra vez de vacaciones.

–O que nos metan en el manicomio.

–Siempre nos quedará Angkor –declamó teatralmente Smithback.

Nora se rió, apretándole la mano.

–¿Qué tal lo de Duchamp?

–Fatal. La capitana de Homicidios que lo lleva se llama Laura Hayward y es de un borde que alucinas. Lo tiene todo controlado. No se le filtra nada. No hay forma de conseguir una exclusiva que me salve la vida.

–Lo lamento, Bill.

–¿Nora Kelly?

La voz que los había interrumpido le sonó de algo a Smithback, que al levantar la cabeza vio acercarse a una mujer: baja, enérgica, morena, con gafas... Los dos se quedaron de piedra, mirándose en silencio fijamente.

Ella, de repente, sonrió.

–¿Bill?

Smithback le devolvió la sonrisa.

–¡Margo Green! Creía que estabas en Boston, trabajando para aquella empresa... ¿Cómo se llamaba?

–GeneDyne. Estaba, estaba, pero la empresa privada no es lo mío. Mucho dinero, pero no te llena. Vaya, que he vuelto al museo.

–No tenía ni idea.

–Empecé hace seis semanas. ¿Y tú?

–He escrito un par de libros, aunque ya debes de saberlo. Ahora estoy en el *Times*, y hace unas semanas que he vuelto de mi luna de miel.

–Felicidades. Deduzco que ya no volverás a llamarme «flor de loto». Y supongo que tengo delante a la afortunada.

–Exacto. Nora, te presento a una amiga, Margo Green. Nora también trabaja en el museo.

–Ya, ya lo sé. –Margo se giró un poco–. De hecho, Bill, sin ánimo de ofender, venía buscándola a ella, no a ti. –Tendió la mano–. No sé si se acuerda, doctora Kelly, pero soy la nueva directora de *Museology*. Coincidimos en la última reunión del departamento.

Nora le dio la mano.

–Sí, claro. La conozco mucho del libro de Bill, *El ídolo perdido*. ¿Qué tal?

–¿Puedo sentarme?

–Pues la verdad es que estábamos...

Nora dejó la frase a medias al ver que Margo se sentaba.

–Solo será un momento.

Smithback se quedó mirándola. ¡Margo Green! Parecía que hubiera pasado toda una vida. No estaba muy cambiada. Si acaso, un poco menos tensa y más segura de sí misma. Por lo demás, se mantenía atlética y en forma. Llevaba un traje chaqueta caro, nada que ver con las camisetas anchas de L.L. Bean y los Levi's de cuando escribía su tesina. Smithback se miró su traje, un Hugo Boss. Todos se habían hecho mayores.

–No me lo puedo creer –dijo–. Dos personajes de mis libros reunidos por primera vez.

Margo ladeó la cabeza inquisitivamente.

–¿En serio? ¿Por qué?

–Nora es la protagonista de mi libro *La ciudad sagrada*.

–Ah, perdona, es que no lo he leído.

Smithback tuvo la deportividad de seguir sonriendo.

–¿Cómo te sienta haber vuelto al museo?

–Ha cambiado mucho desde la primera vez que entramos.

Sintiéndose observado por Nora, se preguntó si había confundido a Margo con una antigua novia. Quizá empezara a sospechar que las novelas estaban expurgadas de ciertos aspectos picantes.

–Parece que haga siglos –añadió Margo.

–Es que hace siglos.

–Muchas veces me pregunto qué habrá sido de Lavinia Rickman y del doctor Cuthbert.

–Seguro que tienen reservado un círculo especial en el infierno.

Margo rió entre dientes.

–¿Y aquel poli, D'Agosta? ¿Y el agente Pendergast?

–De D'Agosta no sé nada –dijo Smithback–, pero los de internacional del *Times* dicen que Pendergast desapareció hace un mes en circunstancias misteriosas. Según ellos se fue a Italia por una misión y todavía no ha vuelto.

Margo parecía desconcertada.

–¿En serio? Qué raro...

Un breve silencio se adueñó de la mesa.

–Bueno –dijo Margo, girándose otra vez hacia Nora–, la cuestión es que venía a pedirte ayuda.

–Cuenta conmigo –dijo Nora–. ¿Qué pasa?

–Estoy a punto de publicar un editorial sobre la importancia de la devolución de las máscaras de la Gran Kiva a la tribu tano. ¿Sabías que las han pedido?

–Sí, y también he leído el editorial. Circula en borrador por el departamento.

–Lógicamente, los administradores del museo se oponen, sobre todo Collopy. He empezado a ponerme en contacto con todos los miembros del departamento de antropología, para ver si

puedo crear un frente unido. Hay que mantener la independencia de *Museology* y devolver las máscaras. Sobre este tema, el departamento debería tener una sola voz.

–¿Qué quieres que haga? –preguntó Nora.

–No es que esté repartiendo circulares, ni nada tan descarado. Solo pido el apoyo informal de los miembros del departamento por si hubiera un enfrentamiento. Simples garantías verbales.

Smithback sonrió.

–Tú tranquila, que con Nora siempre podrás contar, y...

–Un momento –dijo Nora.

Smithback se calló, sorprendido por lo brusco del tono.

–Margo estaba hablando conmigo –dijo ella, muy seca.

–Ya, ya...

Smithback se atusó rápidamente un remolino rebelde y se refugió en el whisky.

Nora miró a Margo con una sonrisa más bien fría.

–Perdona, pero no creo que pueda ayudarte.

–¿Puedo preguntar por qué? –dijo Margo con calma.

–Porque no estoy de acuerdo contigo.

–Pero si es evidente que las máscaras de la Gran Kiva son de los tano...

Nora levantó una mano.

–Mira, Margo, conozco tan bien las máscaras como tus argumentos, y por un lado tienes razón: eran de los tano, y no deberían habérselas quitado. Pero ahora son de toda la humanidad. Han pasado a formar parte del archivo humano. Es más: si se retiran de la exposición «Imágenes sagradas», ahora que está tan avanzada, sería un desastre, y yo soy una de las organizadoras del evento. Ultimo punto: yo, de formación, soy experta en arqueología del sudoeste, y si empezáramos a devolver todos los objetos sagrados del museo, se quedaría vacío. Para los indios norteamericanos todo es sagrado. Es una de las cosas bonitas que tiene la cultura nativa. –Hizo una pausa–. Mira, lo hecho, hecho está; el mundo es como es, y no se pueden remediar todas las injusticias. Lamento no poder darte una respuesta mejor, pero es lo que pienso, y tengo que ser sincera.

–Bueno, pero la cuestión de la libertad editorial...

–Sobre eso te apoyo al cien por cien. Publica tu editorial, pero no me pidas que respalde tus argumentos. Tampoco le pidas al departamento que refrende opiniones personales.

Tras oír la respuesta, Margo miró a Nora fijamente; luego a Smithback, que sonrió nerviosamente y bebió un poco de whisky.

Margo se levantó.

–Gracias por ser tan directa.

–De nada.

Se giró hacia Smithback.

–Me alegro mucho de verte, Bill.

–Y yo, y yo –masculló él.

La vio marcharse. Luego sintió que Nora lo miraba.

–¿Flor de loto? –dijo ella con tono cortante.

–Era una broma.

–¿Qué es, una ex novia?

–¡No, qué va! –se apresuró él a contestar.

–¿Seguro?

–Nada, ni un beso.

–Me alegro, porque no la soporto. –Se giró un momento para ver marcharse a Margo–. Encima no ha leído *La ciudad sagrada*. ¡Cuando es mucho mejor que algunas de las primeras cosas que escribiste! Lo siento, Bill, pero *El ídolo perdido*... Digamos que has madurado mucho como escritor.

–Oye, ¿qué le pasa a *El ídolo perdido*?

Nora volvió a coger el tenedor y se acabó el plato en silencio.

## Ù

# Catorce

Cuando D'Agosta llegó a la Omeleteria, Hayward ya estaba en el reservado de siempre, al lado de la ventana. Hacía veinticuatro horas que no la veía, porque Laura se había pasado toda la noche en la oficina. Se quedó en la puerta del restaurante, mirándola. El sol de la mañana hacía que su pelo, negro y brillante, pareciera casi azul, y aplicaba una pátina marmórea a su piel blanca. Muy

ocupada en tomar notas en un Pocket PC, se mordía el labio inferior y fruncía el entrecejo en un gesto de concentración. Solo de verla, D'Agosta tuvo un arrebato de cariño que casi le dolió.

No se veía capaz.

De repente Laura levantó la cabeza como si se hubiera dado cuenta de que la observaban, y en sus hermosas facciones apareció una sonrisa, que borró la mueca de concentración.

–¡Vinnie! –dijo al tenerlo más cerca–. Perdona que me perdiera tu lasaña a la napolitana.

Él le dio un beso y se sentó al otro lado de la mesa.

–No pasa nada. Una lasaña es una lasaña. De lo que tengo miedo es de que trabajes demasiado.

–Gajes del oficio.

En ese momento pasó una camarera flaca que puso una tortilla de claras de huevo delante de Hayward y empezó a rellenarle la taza de café.

–Deja la cafetera, por favor –dijo Hayward.

La camarera hizo un gesto de aquiescencia con la cabeza y se giró hacia D'Agosta.

–¿Te traigo la carta, cariño?

–No, ponme dos huevos fritos bien hechos con tostadas de pan de centeno.

–No te he esperado para pedir –dijo Hayward. Bebió un largo sorbo de café–. Espero que no te moleste. Es que tengo que volver a la oficina, y...

–Ah, pero ¿vuelves?

Hayward frunció el entrecejo y asintió con energía.

–Ya descansaré esta noche.

–¿Presiones de arriba?

–Eso siempre. No, es por el caso, que no acabo de pillarlo.

D'Agosta vio cómo atacaba la tortilla, cada vez más consternado. «Si no le paramos los pies a Diogenes, es posible que mueran todos mis allegados», le había dicho Pendergast en su encuentro de la noche anterior. «Sáquele toda la información que pueda a Laura Hayward.» Echó un vistazo al bar, fijándose en las caras por si tenían un ojo de un azul lechoso y el otro marrón

claro, pero era evidente que Diogenes llevaría lentillas para disimular el más llamativo de sus rasgos.

–¿Por qué no me hablas un poco del caso? –preguntó con toda la naturalidad que pudo.

Ella se comió otro trozo de tortilla y se limpió un poco los labios.

–Ya he recibido los resultados de la autopsia. Sin sorpresas. La causa de la muerte de Duchamp fue una serie de heridas internas provocadas por la caída. Tenía fracturados varios huesos faríngeos, pero no murió de ahorcamiento, porque no se le partió la columna vertebral y aún no se había asfixiado. Ahora viene la primera cosa rara: la cuerda la habían cortado previamente con una cuchilla muy afilada. Casi del todo. El asesino quería que se partiera durante el ahorcamiento.

D'Agosta se quedó helado. «Así, exactamente, es como murió mi tío bisabuelo Maurice...»

–Primero Duchamp fue reducido en su apartamento. Despues lo ataron. Tenía una contusión en la sien izquierda, pero le quedó tan aplastada la cabeza por la caída que no podemos asegurar que sea la causa de que en el piso hubiera tanta sangre. Agárrate, que ahora viene lo bueno: le habían vendado la contusión, y parece que lo hizo el asesino.

–Ya.

D'Agosta sí que lo entendía; demasiado, pero no podía contarle nada.

–Luego el culpable arrimó a la ventana un escritorio largo y convenció a Duchamp de que subiera y se tirara corriendo al vacío.

–¿Él sólito?

Hayward asintió.

–Con las manos atadas en la espalda, y la soga al cuello.

–¿Vio alguien al asesino?

D'Agosta sintió una opresión en el pecho. Sabía quién era el asesino, pero no podía decírselo a la cara. Fue una sensación inesperadamente ardua.

–A nadie del bloque le suena haber visto nada fuera de lo normal. La única posibilidad es una cámara de seguridad del sótano, pero solo es una toma de un hombre con abrigo largo visto de espaldas. Alto, delgado, rubio.... Nos están mejorando digitalmente la imagen, pero los técnicos no tienen muchas esperanzas de que el resultado sirva de algo. El asesino sabía dónde estaba la cámara y tomó precauciones cuando pasó por su radio de filmación.

Hayward se acabó el café y se sirvió otro.

–Ayer lo miramos todo del derecho y del revés buscando algún motivo: los documentos de la víctima, su estudio... Pero nada –siguió explicando–. Luego usamos su agenda Rodolex para llamar a sus amigos y sus conocidos, y se quedaron todos alucinados. El tal Duchamp era la bondad personificada. ¡Ah, sí! Una coincidencia bastante curiosa: conocía al agente Pendergast.

D'Agosta se quedó de piedra, sin saber qué decir ni cómo reaccionar. Le costaba muchísimo fingir con Laura Hayward. Notó que se le ponía roja la cara.

–Se ve que eran amigos. En el Rodolex salía la dirección de Pendergast en el Dakota. Según la agenda de Duchamp, el año pasado comieron tres veces juntos, siempre en el «21». Lástima que no podamos resucitar a Pendergast y pedir su opinión, porque yo, tal como están las cosas, agradecería cualquier ayuda, hasta la suya.

Calló de repente al ver la expresión de D'Agosta.

–Lo siento mucho, Vinnie –dijo, cogiéndole la mano por encima de la mesa–. Ha sido una falta de consideración.

Sus palabras multiplicaron por diez el malestar del teniente.

–Podría ser el crimen del que me avisaba Pendergast en su mensaje.

Hayward retiró lentamente la mano.

– ¿Qué?

–Pues que... –D'Agosta tartamudeó–. Diogenes odiaba a su hermano, y es posible que sus planes de venganza consistan en matar a sus amigos.

La mirada de Hayward se volvió más penetrante.

–Se ve que hace poco mataron a otro amigo de Pendergast, un profesor de Nueva Orleans.

–Pero ¡Vinnie, que Pendergast está muerto! ¿Qué sentido tendría seguir matando a sus amigos?

–Los locos nunca se sabe qué piensan. Yo solo digo que si el caso estuviera en mis manos me parecería una coincidencia sospechosa.

–¿Cómo te has enterado del asesinato de Nueva Orleans?

D'Agosta miró la mesa y se arregló la servilleta en las rodillas.

–No me acuerdo. Debió de comentármelo su... secretaria, Constance.

–Bueno, reconozco que el caso está lleno de cosas raras. –Hayward suspiró–. Es un poco descabellado, pero lo investigaré.

La camarera trajo lo que habían pedido para desayunar.

Como no se atrevía a mirar a Laura a los ojos, D'Agosta levantó el tenedor y el cuchillo e hizo un corte en la superficie brillante del huevo. Un chorro amarillo cruzó de punta a punta el plato.

D'Agosta se echó hacia atrás.

–¡Camarera!

Ya se había alejado media docena de mesas, pero se giró y volvió despacio.

D'Agosta le dio el plato.

–Estos huevos están líquidos. Te los había pedido muy hechos.

–Vale, vale, cariño, no te pongas nervioso.

–¡Uf! –dijo Hayward en voz baja–. ¿Tú no dirías que has estado un poco duro con la pobre?

–Es que me da asco cuando los huevos están líquidos –dijo D'Agosta, con la mirada otra vez en el café–. No los puedo ni ver.

Hubo un momento de silencio.

–¿Qué te pasa, Vinnie?

–No, nada, lo de Diogenes.

–Oye, no te lo tomes mal, pero va siendo hora de que dejes de perder el tiempo y vuelvas al trabajo. Así no resucitarás a Pendergast, y Singleton no dejará que se eternice la situación.

Encima no pareces tú. Lo mejor para curarse la tristeza es volver a trabajar.

«Tienes razón», pensó él. No parecía el mismo porque no se sentía el mismo. Ya era grave no poder contarle la verdad a Laura, pero lo peor era tener que sonsacarle información sin revelar que Pendergast estaba vivo.

Compuso con sus labios una sonrisa que pretendía parecer avergonzada.

–Lo siento, Laura. Tienes razón. Ya es hora de que vuelva al trabajo. Tiene delito estar aquí refunfuñando cuando la que no ha dormido en toda la noche eres tú. ¿Qué más te ha retenido toda la noche?

Tras una mirada escrutadora, Hayward comió otro trozo de tortilla y la apartó.

–Nunca había visto un asesinato tan concienzudo. Hay pocas pruebas, y encima las que tenemos no llevan a ninguna parte. La única que dejó el culpable, exceptuando las cuerdas, son unas fibras de tela.

–Bueno, al menos con eso ya son tres los puntos de partida.

–Sí, es verdad: las fibras, la cuerda y la estructura de los nudos, pero de momento no avanzamos en ninguno de los frentes. Es lo que me ha hecho trabajar toda la noche. Bueno, y el típico papeleo. Las fibras son de un algodón exótico, que los forenses nunca habían visto. No figura en ninguna base de datos local o nacional. Las está analizando un experto textil. Las cuerdas, igual: el material no está hecho ni en América, ni en Europa, ni en Australia, ni en Oriente Próximo.

–¿Y los nudos?

–Aún más raros. El especialista (a quien, dicho sea de paso, sacamos de la cama a las tres de la madrugada) estaba fascinado. A simple vista parecen hechos a lo bestia, de cualquier manera, como si fueran obra de un fetichista enloquecido, pero qué va: lo que están es muy pensados. Son complicadísimos. El especialista se quedó de piedra. Dijo que nunca había visto nada igual, y que parece que es un tipo de nudo totalmente nuevo. Nos metió un

rollo sobre matemáticas y teoría de nudos que a mí me sonó a chino, la verdad.

–Me encantaría ver fotos de los nudos, si se pudiera.

La mirada de Hayward volvía a ser interrogante.

–¡Bueno, es que he sido boy scout! –dijo él con una ligereza que no sentía.

Ella asintió despacio.

–En la academia tuve un instructor que se llamaba Riderback. ¿Te suena?

–No.

–Pues estaba fascinado por los nudos. Siempre decía que eran una manifestación tridimensional de un problema en cuatro dimensiones, aunque no sé qué quería decir. –Bebió un poco más de café–. Tarde o temprano, los nudos nos darán la clave de este caso.

En ese momento volvió la camarera y le sirvió los huevos a D'Agosta con expresión de triunfo. Estaban encogidos, casi secos, crujientes en los bordes.

Al ver el plato, Hayward recuperó un poco la sonrisa.

–Que los disfrutes –dijo con una risita.

De repente la chaqueta de D'Agosta empezó a vibrar. Al principio se tensó de sorpresa, pero luego se acordó del móvil que le había dado Pendergast y metió la mano en el bolsillo para sacarlo.

–¿Teléfono nuevo? –preguntó ella–. ¿Cuánto hace que lo tienes?

D'Agosta vaciló, hasta tomar la brusca decisión de que ya no podía decirle ni una mentira más.

–Perdona –dijo, levantándose–. Me tengo que ir. Luego te lo explico.

Ella también se levantó a medias con cara de sorpresa.

–Pero Vin...

–Tú tranquila y desayuna –dijo él, poniéndole las manos en los hombros y dándole un beso.

–Pero...

–Nos vemos esta noche, cariño. Mucha suerte con el caso.

Después de sostener un poco más la mirada interrogante de Hayward, D'Agosta le apretó los hombros para despedirse y salió a toda prisa del bar.

Miró otra vez el mensaje que aparecía en la minúscula pantalla del teléfono:

«Esquina sudoeste de 77 y York. AHORA».

## Ù

# Quince

La limusina grande y negra llegó del este como una exhalación por la avenida York, a los pocos segundos de que D'Agosta se plantara en la esquina, y frenando se acercó al bordillo, al mismo tiempo que se abría la puerta. Antes de que D'Agosta hubiera tenido tiempo de cerrarla, el coche se apartó de la acera con el conductor inclinado sobre la bocina, mientras los coches de detrás pegaban un frenazo para dejarlos pasar.

Al girarse, D'Agosta se llevó una sorpresa. Estaba sentado al lado de un desconocido: alto, delgado, bronceado, con un traje gris impecable y un fino maletín de color negro encima de las rodillas.

–No se asuste, Vincent –dijo la voz familiar de Pendergast–. Una emergencia me ha obligado a otro cambio de identidad. Hoy me dedico a las inversiones bancarias.

–¿Emergencia?

Pendergast le dio un papel perfectamente encerrado en dos placas de papel cristal, donde ponía:

> Nueve de espadas: Torrance Hamilton
> Diez de espadas: Charles Duchamp
> Rey de espadas, boca abajo: Michael Decaer
> Cinco de espadas... ¿?

–Diogenes está telegrafiando con antelación sus movimientos, para atormentarme.

Con disfraz o sin él la expresión de Pendergast era la más adusta que le había visto D'Agosta.

–¿Qué son, cartas de tarot?

–A Diogenes siempre le ha interesado el tarot, y estas cartas, como es posible que ya haya adivinado, tienen un contenido de muerte y de traición.

–¿Quién es Michael Decker?

–Mi mentor cuando ingresé en el FBI, tras pasar por otras modalidades más... exóticas del funcionariado. Me ayudó a hacer la transición, que no estuvo exenta de dificultades. Ahora Mike está muy bien situado en Quantico, y su intervención ha sido decisiva para que la poca ortodoxia de mis métodos de trabajo no haya supuesto un gran obstáculo. Si el otoño pasado logré que el FBI se interesara tan deprisa por el asesinato de Jeremy Grove fue gracias a Mike, que también contribuyó a serenar los ánimos de ciertas personas después del caso anterior al de Grove, que me llevó al Medio Oeste.

–Vaya, que Diogenes está amenazando a otro amigo suyo.

–Sí. No encuentro a Mike ni en casa ni en el móvil. Su secretaria me ha dicho que está en una misión muy importante, lo cual significa que no me darían ninguna información, ni siquiera si me identificara como un colega suyo. Debo encontrarlo y avisarle personalmente.

–Bueno, pero tratándose de un agente del FBI no será pieza fácil...

–Es uno de los mejores del cuerpo en la acción directa, pero mucho me temo que eso a Diogenes no lo disuadirá.

D'Agosta volvió a mirar la carta.

–¿Esto lo ha escrito su hermano?

–Sí, aunque es curioso, porque no parece su letra, sino una tosca tentativa de disimularla, demasiado tosca tratándose de él. Y sin embargo aprecio algo extrañamente familiar...

Pendergast no terminó la frase.

–¿Cómo la ha recibido?

–Ha llegado muy temprano a mi apartamento del edificio Dakota, donde hay un portero a quien pago por ciertos recados especiales. Martyn, que así se llama, se la ha entregado a Proctor, y Proctor la ha hecho llegar a mis manos en las condiciones que habíamos estipulado previamente.

–¿Proctor sabe que está vivo?

–Sí, y desde anoche Constance Greene también.

–¿Y ella? ¿Aún lo da por muerto?

D'Agosta no pronunció el nombre. No hizo falta. Pendergast ya sabría que se refería a Viola Maskelene.

–Con ella no me he puesto en contacto. Significaría colocarla en un grave peligro, mientras que la ignorancia, por dolorosa que sea, garantizará su integridad.

Tras un breve e incómodo silencio, D'Agosta cambió de tema.

–O sea, que su hermano ha llevado la carta al Dakota. Pero ¿usted no vigila el edificio?

–Sí, claro, estrechamente. La ha entregado un vagabundo, que al ser detenido e interrogado solo ha dicho que un hombre le había pagado en Broadway por llevar la carta. La descripción era demasiado vaga para ser de alguna utilidad.

La limusina cruzó la carretera hacia la rampa de entrada del FDR Drive, con un giro que hizo salir humo de los neumáticos e inclinó el coche.

–¿Usted cree que su amigo del FBI le hará algún caso?

–Mike Decker me conoce.

–Para mí que esto de ir corriendo a avisar a Decker es justo lo que espera Diogenes.

–En efecto. Es como un movimiento forzado de ajedrez: estoy cayendo en una trampa, pero me resulta imposible evitarlo. –Pendergast miró a D'Agosta con un brillo detrás de las lentillas–. Debemos encontrar una manera de dar la vuelta a la situación y pasar a la ofensiva. ¿Ha averiguado algo nuevo de la capitana Hayward?

–Encontraron unas fibras en el lugar del crimen. De momento las únicas pruebas tangibles que tienen son esa y las cuerdas. El crimen también presenta peculiaridades, como por ejemplo que Diogenes, a lo que parece, dejó inconsciente a Duchamp de un golpe en la cabeza, y antes de matarlo le limpió la herida y se la vendó.

Pendergast sacudió la cabeza.

–Tengo que saber algo más, Vincent. Es necesario. Cualquier detalle podría ser fundamental, incluso el más pequeño e insignificante. En Nueva Orleans tengo un... digamos que contacto que me está consiguiendo el dossier de la policía sobre el envenenamiento de Hamilton, pero aquí, en el caso de Du-champ, carezco de contactos.

D 'Agosta asintió.

–Entendido.

–Ah, y otra cosa: todo indica que Diogenes actúa en sentido lineal, eligiendo a sus víctimas de modo cronológico, lo cual significa que pronto usted podría estar en peligro, puesto que colaboramos en mi primer caso de auténtica importancia para el FBI: los asesinatos del museo.

D'Agosta tragó saliva.

–Por mí no se preocupe.

–Parece que Diogenes empieza a disfrutar con sus advertencias. Podríamos deducir que tanto usted como otros posibles objetivos están temporalmente a salvo, al menos hasta que reciba el siguiente mensaje. Aun así, Vincent, debe tomar todas las precauciones posibles. Lo más seguro sería que volviera de inmediato a su puesto. Rodéese de policías, y en los momentos en que no esté de servicio permanezca en la comisaría. Lo más importante es que cambie todas sus costumbres. Todas. Múdese de domicilio por un tiempo. En vez de caminar o de coger el metro, vaya en taxi. Acuéstese y levántese con otro horario. Cambie todos los aspectos de su vida que puedan representar un peligro, para usted o para sus allegados. Cualquier atentado contra su vida podría derivar muy fácilmente en daños colaterales para otras personas, en especial para la capitana Hayward. Pero usted es un buen policía, Vincent. No hace falta que le dé instrucciones.

La limusina frenó en seco, al borde de una extensa superficie de asfalto con reflejos mates de sol: era el helipuerto de la calle Treinta y cuatro Este, con su pista chata de cien metros. Un Jet Ranger 206 esperaba con los rotores en marcha. Pendergast pasó de golpe a la fase de banquero: se le relajó la cara, y el brillo de

odio y determinación se borró de su rostro, reemplazado por una mirada afable y bonachona.

–Una cosa más –dijo D'Agosta.

Pendergast volvió hacia el coche.

D'Agosta metió la mano en el bolsillo de su chaqueta, sacó algo y se lo ofreció a Pendergast con la mano cerrada. Cuando Pendergast tendió la suya con la palma hacia arriba, el teniente dejó caer un medallón de platino un poco derretido por uno de los bordes, con una cadena. En un lado había una imagen: un ojo sin pestañas sobre un fénix que surgía de las cenizas de una hoguera. El otro lado llevaba grabada una especie de escudo de armas.

Pendergast le clavó la mirada, con una expresión peculiar que se borró enseguida.

–Lo llevaba el conde Fosco cuando volví al castillo con la policía italiana. Me lo enseñó privadamente como prueba de que usted estaba muerto. Como verá, el muy cerdo grabó su escudo de armas en el dorso. Fue la última jugarreta que me hizo. He pensado que le gustaría recuperarlo.

Pendergast lo miró y remiró por ambos lados.

–Se lo quité la noche de... de mi última visita. Quizá le dé buena suerte.

–Normalmente desprecio la suerte, pero en este momento me hallo singularmente necesitado de ella. Gracias, Vincent.

Pendergast hablaba en voz tan baja que con el ruido de los rotores casi no se le oía. Se pasó el medallón por la cabeza, se lo introdujo en la camisa y cogió la mano de D'Agosta.

Después, sin decir nada, echó a caminar por el asfalto hacia el helicóptero que lo esperaba.

## Ù

# Dieciséis

El helicóptero aterrizó en un helipuerto empresarial de Chevy Chase, Maryland, donde esperaba un coche sin chófer. A las nueve, Pendergast cruzó la frontera de Washington capital. Era un día despejado de enero, con un sol débil que se filtraba entre las

ramas desnudas de los árboles, dejando hielo en las zonas de sombra.

Tardó pocos minutos en circular por la avenida Oregon, con su hilera de mansiones señoriales (era uno de los barrios más exclusivos de la capital). Al pasar junto a la casa de Mike Decker, pisó un poco el freno. La casa, un pulcro edificio georgiano con fachada de ladrillo, parecía igual de somnolienta que el resto del barrio. Delante no había ningún coche aparcado, pero eso de por sí no quería decir nada. Cuando Decker necesitaba un coche, tenía un chófer a su disposición.

Pendergast continuó hasta el final de la manzana, se arrimó al bordillo y sacó el móvil para volver a llamar a los dos teléfonos de Decker, el de su casa y el móvil, pero no se puso nadie.

Al otro lado de la hilera de mansiones se extendía el refugio boscoso de Rock Creek Park. Pendergast bajó del coche con el maletín y entró en el parque, pensativo. Tenía la certeza de que Diogenes lo estaba vigilando, y de que lo reconocería con disfraz y todo; tanta como de que él, Aloysius, habría reconocido a su hermano en cualquier circunstancia.

Sin embargo, no se veía a nadie, y solo se oía el vago rumor de las aguas del Rock Creek.

Tras bordear el parque a gran velocidad, se metió cómo una flecha por el camino de entrada de una casa, cruzó un jardín y accedió a través de un seto al patio trasero de Decker. Era un patio profundo y bien cuidado, que se confundía al fondo con la densa masa forestal del parque. Cuando estuvo protegido por la vegetación, a salvo de las miradas de los vecinos, se fijó en las ventanas. Estaban cerradas, con las cortinas blancas corridas. Tras echar un vistazo a las casas adyacentes, siguió cruzando el patio con una naturalidad muy estudiada, mientras se ponía unos guantes, y al llegar a la puerta trasera dejó el maletín en el suelo.

Hizo otra pausa, en que sus ojos alertas captaron hasta el último detalle. Luego se asomó a la ventanita sin llamar.

La cocina de Decker era moderna, casi espartana en su escasez de accesorios y de mobiliario, como buena cocina de soltero. Sobre el mármol, al lado del teléfono, había un periódico doblado.

También había una americana en el respaldo de una silla. Una de las paredes albergaba una puerta cerrada, que debía de dar a la escalera del sótano, mientras que por el otro lado se iba a las habitaciones delanteras de la casa por un pasillo oscuro.

En el suelo del pasillo había un bulto que no se distinguía bien por falta de luz. Se movió débilmente. Primero una vez, y luego otra.

Pendergast procedió de inmediato a forzar la cerradura, pero descubrió que su mano hacía girar el pomo sin ninguna resistencia (estaba roto). Un cable cortado se lo dijo todo: alguien se había saltado él sistema de vigilancia. El cable del teléfono, próximo al primero, también estaba cortado. Entró y corrió hacia el bulto del pasillo. Se arrodilló en el pavimento, de grandes losas.

Era un weimaraner macho de ojos vidriosos, cuyas patas traseras sufrían espasmos cada vez más infrecuentes. Pendergast palpó rápidamente todo el cuerpo del perro con sus guantes. Tenía el cuello roto por dos puntos.

Se levantó y buscó algo en su bolsillo. Cuando su mano reapareció, brillaba en ella una Wilson Combat TSGC 45. Con movimientos tan veloces como sigilosos, registró la planta baja de la casa, pegándose a las esquinas con la pistola en alto y vigilando atentamente cualquier superficie y recoveco. Salón, comedor, vestíbulo, cuarto de baño... Todo vacío y en silencio.

A continuación corrió escaleras arriba y se paró en el descansillo para echar un vistazo. Cuatro habitaciones confluían en un distribuidor central. El sol, que entraba oblicuamente por las ventanas abiertas, iluminaba algunas motas de polvo que flotaban perezosas en el aire lento.

Cruzó la primera puerta con la pistola a punto. Era la de un dormitorio trasero. Las camas de invitados estaban hechas con una perfección casi milimétrica, tensas las colchas sobre los colchones y las almohadas. Por la ventana se veían los árboles descarnados de Rock Creek Park. Todo estaba sumido en un silencio espeso.

Oyó algo cerca, un ruido suave.

Se quedó como una estatua, extremando su capacidad de percepción, de por sí hiperaguda. Había sido un ruido aislado, un

lento sonido de aire, como un suspiro lánguido.

Salió del dormitorio, cruzó el distribuidor con dos o tres zancadas y se quedó en el umbral de la habitación de enfrente. Al otro lado de la puerta, vio estanterías altas y el borde de una mesa. Un estudio. Desde ese punto se oía otro ruido casi imperceptible: golpecitos muy seguidos, como de un grifo mal cerrado.

Se puso tenso y pivotó en el marco de la puerta levantando la pistola.

Mike Decker estaba sentado en un sillón de piel, de cara al escritorio. Era un antiguo militar, que siempre se había distinguido por su economía y precisión de movimientos, pero si en ese instante estaba tan erguido en el sillón no era por afán de precisión, sino porque le habían introducido una gruesa bayoneta de acero por la boca y la garganta, hasta clavarlo al respaldo del sillón. La punta del arma sobresalía por detrás, su filo romo cubierto de sangre, que de vez en cuando goteaba sobre la alfombra empapada.

La garganta destrozada de Decker emitió otro suspiro, como un fuelle al cerrarse. El ruido terminó en una suave gárgara de sangre. Decker miraba a Pendergast sin verlo. Su camisa blanca estaba totalmente manchada de rojo. La sangre seguía corriendo por la mesa, en lentos meandros que acababan por verterse gota a gota en el suelo, con un ruido como de llovizna.

Al principio Pendergast se quedó quieto, como si la sorpresa lo hubiera paralizado. Luego se quitó un guante, adelantó el cuerpo con cuidado a fin de no pisar la sangre acumulada debajo del sillón y aplicó el dorso de la mano a la frente de Decker. La piel era elástica y flexible, con una temperatura superficial no inferior a la del propio Pendergast.

Retrocedió de golpe. Aparte del goteo constante, no se oía nada en toda la casa.

Sabía que los suspiros eran *Post* mórtem: aire arrancado a los pulmones a medida que el cuerpo apoyaba su peso en la bayoneta. Lo cierto, sin embargo, era que Mike Decker no llevaba ni cinco minutos muerto. Probablemente menos de tres.

Volvió a titubear. La hora exacta de la muerte no tenía relevancia. Mucho más importante era comprender que Diogenes había esperado a que su hermano entrara en la casa para asesinar a Decker.

Lo cual significaba que aún podía estar dentro de ella.

Un ruido de sirenas de policía se acercó al umbral del oído humano.

Pendergast examinó la habitación con los ojos brillantes, en busca de algún indicio que pudiera guiarlo hasta su hermano. Cuando su mirada se posó en la bayoneta, la reconoció de golpe.

Poco después, lo que miraba eran las manos de Decker. Una estaba flácida; la otra, muy cerrada.

Sin tener en cuenta la proximidad de las sirenas, se sacó una pluma de oro del bolsillo y la usó con gran cuidado para abrir la mano. Dentro había tres cabellos rubios.

Tras sacarse del bolsillo una lupa de joyero, se inclinó y examinó las hebras. Luego volvió a meter la mano en el bolsillo y reemplazó la lupa por unas pinzas, con las que extrajo cuidadosamente cada hebra de la mano inmóvil.

Las sirenas se oían cada vez más fuertes.

Seguro que Diogenes ya se había ido. Había coreografiado la escena con gran maestría, administrando todas sus variables, que eran muchas. Una vez dentro de la casa, debía de haber inmovilizado a Decker con alguna droga, y había esperado a que llegara Pendergast para matarlo. Era muy probable que al salir de la casa hubiera pisado expresamente la alarma antirrobos.

Teniendo en cuenta que el muerto era un agente de alto rango del FBI, buscarían pruebas en todos los rincones. Diogenes no se arriesgaría a quedarse cerca. Tampoco Pendergast podía hacerlo.

Oyó entremezclarse frenazos y sirenas. Faltaban pocos segundos para que llegaran a la casa los coches patrulla que atronaban la avenida Oregon. Tras una última mirada a su amigo, se enjugó un exceso de humedad de un ojo y bajó corriendo por la escalera.

Ahora la puerta principal estaba abierta, y en el panel de seguridad contiguo parpadeaba una luz roja. Pendergast saltó por

encima del cuerpo inerte del weimaraner, salió por la puerta trasera, cogió su maletín al vuelo, se lanzó por el patio y –arrojando los cabellos a un montón de hojas secas– desapareció como un fantasma en las profundidades umbrías de Rock Creek Park.

## Ù
# Diecisiete

Margo Green fue la primera en llegar a la sala Murchison del museo, siempre tan majestuosa, y al sentarse en una de las viejas sillas de piel que rodeaban la mesa de roble macizo del siglo XIX se fijó en los detalles, espléndidos pero desconcertantes: las paredes adornadas con trofeos de caza de especies que ahora estaban en peligro de extinción, el par de colmillos de elefante que enmarcaba la puerta, las máscaras africanas, las pieles de leopardo, de cebra, de león... Murchison, cuyo trabajo de campo se había desarrollado un siglo atrás en África, había combinado la antropología, que era su profesión «seria», con una carrera de gran cazador blanco. Ni siquiera faltaban un par de papeleras de pata de elefante, una en cada punta. Sin embargo, la sala formaba parte de un museo, y los museos no tenían por qué tirar nada, aunque incurriera en la más flagrante incorrección política.

Margo aprovechó el momento de tranquilidad que le quedaba antes de que llegase el resto del departamento para revisar sus notas y ordenar sus pensamientos. Se estaba poniendo nerviosa, sin poderlo remediar. ¿Había tomado la decisión correcta? Después de seis semanas, se lanzaba de lleno a una polémica justo cuando salía a la luz el primer número de *Museology* bajo su dirección. ¿Por qué le daba tanta importancia?

En realidad ya sabía la respuesta. Personalmente, tenía que ser firme en sus convicciones; profesionalmente, como directora de *Museology*, se limitaba a cumplir con su deber. La gente esperaría un comentario sobre el tema. Nadie pasaría por alto el silencio, o un editorial tibio y huero, que dejaría marcada su labor de directora. No, era importante demostrar que *Museology*

mantendría su pertinencia y su actualidad sin miedo a las polémicas. Era su oportunidad de enseñarles a sus colegas que iba en serio.

Siguió repasando los apuntes. Como el objeto de la polémica pertenecía al departamento de antropología, los más preocupados eran los conservadores de este último. Ahora Margo tenía la oportunidad de defenderse en presencia de todo el departamento, y no quería desaprovecharla, porque sería la única.

Empezaron a llegar otros conservadores, que la saludaban con la cabeza y conversaban entre sí. Algunos sacudían la máquina de café, que al haberse quedado casi vacía estaba reduciendo a una melaza hirviente los restos del café de la mañana. Alguien se sirvió una taza, pero la devolvió a su sitio disimulando una mueca de asco. Cuando llegó Nora Kelly, saludó a Margo cordialmente y se sentó al otro lado de la mesa. Margo miró a su alrededor.

Ya estaban los diez conservadores.

El último en llegar fue Hugo Menzies, que llevaba seis años presidiendo el departamento de antropología, desde la muerte prematura del doctor Frock. Tras saludar a Margo con la cabeza, y sonreírle con efusividad, ocupó la presidencia de la mesa. Como el grueso de los artículos de *Museology* versaba sobre temas antropológicos, lo habían nombrado supervisor, y Margo sospechaba que también había tenido un papel en su nombramiento. A diferencia del resto de la plantilla, que llevaba maletines como los de los abogados, Menzies se paseaba con un bolso de tela muy elegante, marca John Chapman & Company (una casa inglesa de gran prestigio en la fabricación de artículos de caza y pesca). En ese momento estaba sacando unos papeles de la bolsa y los organizaba, poniéndolos bien rectos. A continuación se puso las gafas de lectura, se arregló la corbata y se atusó su pelo blanco y rebelde. Por último, consultó su reloj, miró al grupo con ojos vivarachos y azules y carraspeó.

–Me alegro de verlos a todos –dijo con voz atiplada, y un tono chapado a la antigua–. ¿Empezamos?

El movimiento de papeles fue general.

–Esta vez –dijo Menzies, con una rápida mirada a Margo–, nos saltaremos los trámites habituales y pasaremos directamente a un tema en el que sé que están pensando todos: el problema de las máscaras de la Gran Kiva.

Más movimiento de papeles, entre miradas de soslayo a Margo, que se irguió sin perder la compostura. Tenía la firme convicción de estar actuando de manera justa, lo cual le daba fuerzas y el aplomo necesario.

–Margo Green, la nueva directora de *Museology*, ha solicitado dirigirse a ustedes. Ya saben que los indios tano requieren que les sean devueltas las máscaras de la Gran Kiva, cuyo papel es esencial en nuestra nueva exposición. Como presidente del departamento, tengo el deber de asesorar al director del centro sobre el tema, y de hacerle una recomendación en uno u otro sentido: ceder las máscaras, quedárnoslas o buscar una solución intermedia. Esto no es una democracia, pero les prometo tener muy en cuenta sus opiniones. Por otro lado, creo conveniente señalar que antes de tomar la decisión final el director solicitará el parecer del consejo y de los abogados del museo, de modo que no soy yo quien tiene la última palabra. –Se giró hacia Margo sonriendo–. ¿Qué, Margo, preparada?

Margo se levantó y miró a sus colegas.

–La mayoría de ustedes ya estará al corriente de mi intención de publicar un editorial en el próximo número de *Museology* en el que solicito la devolución de las máscaras de la Gran Kiva a los tano. De ese editorial ha circulado un borrador, que ha causado cierto revuelo en la administración.

Tragó saliva, en un esfuerzo por disimular la vibración nerviosa que advertía en su voz.

–Por si alguien no conoce a los indios tano –dijo–, aclararé que viven en la frontera entre Nuevo México y Arizona, en una reserva que queda lejos de todo. Ese aislamiento explica que hayan conservado su idioma, religión y costumbres originarias, pese a tener un pie en el mundo moderno. Menos del veinte por ciento de la tribu se declara cristiana. Según los antropólogos, su asentamiento a orillas del río Tano, donde siguen viviendo, data de

casi hace mil años. Un punto destacable es que su idioma no parece emparentado con ningún otro. Si explico todo esto es porque conviene subrayar que no es un caso de indios norteamericanos que lo sean por simple genotipo, y que se hayan embarcado en un esfuerzo tardío por recuperar tradiciones borradas por el tiempo, sino que los tano son una de las pocas tribus que jamás han perdido sus tradiciones.

Hizo una pausa. La estaban escuchando atentamente. Aunque le constara que no todos estaban de acuerdo con ella, al menos la escuchaban con respeto.

–La tribu está dividida en dos grupos religiosos llamados *moieties*. Las máscaras de la Sociedad de la Gran Kiva solo se usan en las ocasiones en que se juntan los dos grupos para alguna ceremonia religiosa en la Gran Kiva (una kiva es una cámara circular subterránea destinada al culto). Estas grandes ceremonias solo se celebran cada cuatro años; los tano las ven como una forma de garantizar el equilibrio y la armonía en el seno de la tribu, de toda la humanidad y del mundo natural, y puedo afirmar sin exageración alguna que atribuyen las guerras y los cataclismos de los últimos cien años a no haber dispuesto de las máscaras de la Gran Kiva, y no haber podido celebrar debidamente la ceremonia que recompone el equilibrio y la belleza del mundo.

Cinco minutos más de exposición y Margo llegó a las conclusiones, contenta de no haberse extendido demasiado.

Menzies le dio las gracias y miró a su alrededor.

–Bueno, pues que empiece el debate.

Cambio de posturas, de papeles... Alguien tomó la palabra en un tono en que se leía cierto agravio. Era el doctor Prine, un conservador con voz de pito y hombros caídos, que se puso en pie.

–Como especialista en arqueología etrusca, no sé mucho de los indios tano, pero a mí todo esto me huele a chamusquina. ¿A qué viene un interés tan repentino por sus máscaras? ¿Cómo sabemos que no las venderán a la primera de cambio? Deben de valer millones. Tengo serias dudas sobre sus motivos.

Margo se mordió el labio. A Prine lo recordaba de su primera época en el museo y sus luces, que nunca habían sido muchas, se

habían ido apagando con el paso del tiempo. Se acordó de que la gran investigación de su vida era un estudio sobre la adivinación etrusca por lectura del hígado.

–Por esas razones, y por muchas más – siguió diciendo Prine–, me inclino firmemente por quedarnos las máscaras. Es más: me parece increíble que nos planteemos seriamente su devolución. Las compramos en su día, son nuestras y deberíamos conservarlas.

Se sentó enfurruñado.

El siguiente en levantarse fue un hombre bajo y rechoncho con una corola pelirroja alrededor de la calva. Margo reconoció a George Ashton, principal comisario de la exposición «Imágenes sagradas». Era un buen antropólogo, pero también una persona irascible, que se encendía a la mínima. Tal como estaba demostrando, a juzgar por su expresión.

–Estoy de acuerdo con el doctor Prine. Me opongo rotundamente al editorial. –Se giró hacia Margo con unos ojos que parecían a punto de salirle de la cara, redonda y roja, y una papada que se doblaba o triplicaba a causa de la agitación–. Me parece fuera de lugar que la doctora Green haya puesto el tema sobre la mesa cuando falta menos de una semana para que se inaugure la mayor exposición que ha organizado en muchos años el museo, con una inversión de cinco millones de dólares. Las máscaras de la Gran Kiva son las estrellas de la exposición. Si las retiráramos, sería imposible inaugurarla a tiempo. Francamente, doctora Green, creo que el momento no podría estar peor elegido. –Calló lo suficiente para mirar a Margo con dureza, y se giró hacia Menzies–. Hugo, propongo postergar el debate para cuando se haya clausurado la exposición. Entonces podremos alargarlo todo lo que queramos. Devolver las máscaras sería una barbaridad, eso está claro, pero seamos sensatos, por amor de Dios, y no lo decidamos hasta la clausura de la exposición.

Margo esperó. Ya contestaría al final, siempre que Menzies se lo permitiera.

Menzies sonrió afablemente al indignado conservador.

–Que conste, George, que la elección del momento no tiene nada que ver con la doctora Green, sino que se ha visto

determinada por la recepción de una carta de los indios tano, provocada a su vez por tu campaña de prepublicidad sobre la exposición.

–Ya, pero ¿qué necesidad tiene de publicar el editorial? –Ashton cortó el aire con un papel–. Al menos podría esperar hasta el final de la exposición. ¡Esto, en términos de relaciones públicas, será una pesadilla!

–El museo no se dedica a las relaciones públicas –dijo Menzies sin alterarse.

Margo lo miró agradecida. Ya había previsto que la apoyaría, pero estaba yendo más allá del simple apoyo.

–Pero ¡las relaciones públicas existen! ¿Qué te crees, que podemos soslayar a la opinión pública como si estuviéramos en una torre de marfil? Estoy intentando inaugurar una exposición en condiciones muy duras, y no me gusta que me pongan palos en las ruedas. ¡Ni la doctora Green ni mucho menos tú, Hugo!

Se sentó, respirando agitadamente.

–Gracias por tu opinión, George –dijo Menzies con sosiego.

Ashton hizo un gesto seco con la cabeza.

Patricia Wong, investigadora asociada del departamento textil, se levantó.

–Para mí es evidente. El museo adquirió las máscaras saltándose la ética, y puede que hasta la legalidad. Margo lo deja muy claro en su artículo. Ahora los tano las reclaman, y si nosotros, en tanto que museo, aspiramos a ser mínimamente éticos, deberíamos devolverlas enseguida. Con todo respeto, no estoy de acuerdo con el doctor Ashton. Quedarnos las máscaras para la exposición, exhibirlas públicamente y devolverlas al final, reconociendo que estaba mal tenerlas... Sería hipócrita, o como mínimo oportunista.

–¡Ahí, ahí! –dijo otro conservador.

–Gracias, doctora Wong –dijo Menzies, mientras la investigadora se sentaba.

A continuación se levantó Nora Kelly, alta, esbelta, apartándose el pelo rojizo de la cara, y miró a su alrededor con gran seguridad. Margo empezó a crisparse.

–Aquí se plantean dos cuestiones –empezó a decir con tono razonable, sin levantar la voz–. La primera es si Margo tiene derecho a publicar el editorial. Creo que todos estamos de acuerdo en que hay que proteger la independencia editorial de *Museology*, aunque no se esté necesariamente de acuerdo con las opiniones expresadas en sus páginas.

Se alzó un murmullo general de aquiescencia, con la excepción de Ashton, que se cruzó de brazos y resopló sin disimular.

–En el caso de este editorial, yo figuro entre quienes no están de acuerdo –dijo Nora.

«Ahora viene lo bueno», pensó Margo.

–No es una simple cuestión de propiedad. A ver: ¿de quién es el David de Miguel Ángel? ¿Sería aceptable que los italianos lo rompieran para hacer baldosas? ¿Y si los egipcios decidieran arrasar la Gran Pirámide para construir un aparcamiento? ¿Es suya? ¿Y si los griegos quisieran venderle el Partenón a un casino de Las Vegas? ¿Estarían en su derecho?

Nora hizo una pausa.

–La respuesta a esas preguntas solo puede ser que no. El dueño de todas esas obras es la humanidad en su conjunto. Son las expresiones más elevadas del espíritu humano, y su valor trasciende cualquier cuestión de propiedad. Lo mismo ocurre con las máscaras de la Gran Kiva. Es cierto que el museo no las compró muy éticamente, pero son tan extraordinarias, tan importantes, de tal magnificencia, que no es posible devolverlas a los tano, dejando que desaparezcan para siempre en la oscuridad de una kiva. Por eso digo: que se publique el editorial, que se debata el tema, pero ¡que no se devuelvan las máscaras, por amor de Dios!

Hizo otra pausa, agradeció la atención y se sentó.

Margo se dio cuenta de que se estaba poniendo roja. Aunque le diera rabia, debía admitir que Nora Kelly era una mujer que impresionaba.

Menzies miró a su alrededor, pero como nadie tenía más comentarios se giró hacia Margo.

–¿Algo más que añadir? Es el momento de hablar.

Margo se levantó como un resorte.

–Sí, me gustaría contestar a la doctora Kelly.

–Adelante.

–La doctora se ha saltado un punto básico por conveniencia: que las máscaras son objetos religiosos, a diferencia del resto de las obras que ha citado.

Nora se levantó enseguida.

–¿El Partenón no es un templo? ¿El David no es un personaje bíblico? ¿La Gran Pirámide no es una tumba sagrada?

–Pero ¡ya no son objetos religiosos! ¡Por favor, que hoy en día no va nadie al Partenón a sacrificar carneros!

–Claro, es lo que digo: han trascendido los límites de su función religiosa original, y ahora nos pertenecen a todos, al margen de la religión. Con las máscaras de la Gran Kiva pasa lo mismo. Una cosa es que los tano las crearan para fines religiosos, y otra que ahora sean patrimonio de la humanidad.

Margo sintió que el sofoco se le extendía por todo el cuerpo.

–Mire, doctora Kelly, me permitirá que le diga que su lógica es más propia de una clase de primero o segundo de filosofía que de una reunión de antropólogos en el mayor museo de ciencias naturales del mundo.

Se quedaron todos mudos. Menzies se giró lentamente hacia Margo y clavó en ella la mirada de sus ojos azules, algo entornados por la contrariedad.

–Doctora Green, la pasión es una gran cualidad en los científicos, pero nunca hay que dejar de lado la buena educación.

Margo tragó saliva.

–Sí, doctor Menzies.

Se le había puesto la cara como un tomate. ¿Cómo había podido perder los estribos de esa manera? No se atrevía ni a mirar de reojo a Nora Kelly. No contenta con crear polémicas, se enemistaba con colegas de departamento.

La reacción general consistió en carraspeos nerviosos y algunos murmullos.

–Bueno –dijo Menzies, recuperando su afabilidad–, pues ya me he formado una idea de la opinión de cada bando. Parece que es una cuestión reñida, al menos entre quienes tienen opinión. Por lo que a mí respecta, mi decisión está tomada.

Hizo una pausa para mirar al grupo.

–Cuando vea al director, le haré dos recomendaciones: la primera, que se publique el editorial. Es de elogiar que Margo haya iniciado el debate con un texto bien argumentado y fiel a la mejor tradición de *Museology*.

Hizo una pausa para respirar.

–Mi segunda recomendación será que las máscaras sean devueltas a los tano, lo antes posible.

Se produjo un silencio de sorpresa. Margo no se lo acababa de creer. Menzies se había puesto totalmente de su lado. Era la vencedora. Al mirar disimuladamente a Nora, vio que también estaba roja.

–El código ético de nuestra profesión es muy explícito –añadió Menzies–. En él se afirma lo siguiente. Cito: «El antropólogo responderá siempre en primer lugar ante las personas a quienes estudia». No sabría expresar cuánto me duele que el museo pierda las máscaras, pero me veo obligado a darles la razón a las doctoras Green y Wong: la única manera de dar un ejemplo de ética es devolverlas. Es cierto que el momento no es el más oportuno, y será un problema enorme para la exposición; lo siento, George, pero es inevitable.

–Pero ¿y lo que pierde la antropología, el mundo...? –empezó a decir Nora.

–Ya he dicho lo que tenía que decir. –El tono de Menzies se había vuelto ligeramente seco–. Se levanta la sesión.

## Ù

# Dieciocho

Bill Smithback suspiró de alivio al llegar al otro lado de la esquina. La puerta del despacho de Fenton Davies estaba al fondo del pasillo: abierta, sin la sombra molesta y persistente de Bryce

Harriman. Ahora que lo pensaba, no lo había visto en todo el día. Mientras caminaba con paso alegre hacia el despacho de Davies, se frotó las manos y tuvo un delicioso escalofrío al pensar en la mala suerte de Harriman. ¡Qué ganas de quedarse la noticia del Exhibicionista! Pues nada, que le aprovechase. De todos modos, vista en retrospectiva, no era muy digna del *Times*; demasiado chocarrera, con tendencia a lo burlesco. Claro que Harriman (teniendo en cuenta su reciente paso por el *Post*) seguro que la encontraba de su gusto.

Se rió entre dientes.

En cambio él se había marcado un tanto de los buenos con la exclusiva del asesinato de Duchamp. Reunía todo lo que se le podía pedir a una noticia: se salía de lo corriente, llamaba la atención, electrizaba... En torno a los dispensadores de agua de todas las oficinas de Nueva York no se hablaba de otra cosa que del artista bonachón a quien alguien, no se sabía por qué, había atado y hecho saltar por la ventana de un piso veintitrés con la soga al cuello, rompiendo el techo de un restaurante francés de los más finos de Manhattan. Y todo en pleno día, ante cientos de testigos.

Al acercarse al despacho de Davies, aflojó un poco el paso. Muchos testigos, sí, pero que estaban resultando esquivos. De momento había tenido que conformarse con la versión oficial de la policía y con las hipótesis que le habían expuesto con circunspección, tras mucho hacerse de rogar, los enterados de siempre. Pero ahora la noticia empezaría a dar de sí. Tenía razón Nora: al final Smithback siempre se salía con la suya. ¡Cómo lo entendía! Era una simple cuestión de no descuidar ni un solo frente, y de no perder agarre.

Seguro que Davies lo había llamado por eso, porque quería más, pero que no cundiera la alarma: Smithback le contaría que estaba siguiendo una serie de pistas procedentes de sus informadores habituales. Pensaba volver al cruce de Broadway con la calle Sesenta y cinco, y esta vez no habría polis que le impidieran hacer las cosas a su modo. Después, una visita a la comisaría, para hablar con un amigo y ver si se podía recoger

alguna migajita. Se corrigió. Migaja no era la palabra. Las migajas las recogían los demás reporteros. Smithback encontraba el pastel, y se lo comía enterito.

Riéndose de su ingenio metafórico, llegó a la mesa de la secretaria de Davies. No había nadie. «Se ha ido tarde a comer», pensó, y reanudando el paso (viva imagen del as de periodistas), se acercó a la puerta y levantó la mano para dar un golpe.

Davies estaba sentado como un buda detrás de un escritorio lleno de papeles. Era un hombre bajo y de una calvicie perfecta, con manitas nerviosas que parecían incapaces de no realizar alguna actividad, fuera arreglarse la corbata, fuera jugar con un lápiz, fuera seguirse las líneas de las cejas. Solía llevar camisas azules de cuello blanco, y corbatas muy ceñidas al cuello, con estampados de cachemira. Su voz aguda y suave, y lo amanerado de sus gestos, podían hacerlo parecer inofensivo entre los no iniciados, pero Smithback ya había descubierto que se trataba de una falsa impresión. No se llegaba a director del *Times* sin tener como mínimo unos litros de sangre de barracuda en las venas. Lo que pasaba era que lo decía todo con tanta suavidad que a veces uno tardaba un poco en darse cuenta de que lo había destripado. No enseñaba sus cartas, escuchaba más que hablaba y casi nunca se sabía qué pensaba de verdad. No confraternizaba con los periodistas, tampoco hacía vida social con los demás directores y daba la impresión de estar muy a gusto en soledad. En su despacho solo había otra silla aparte de la suya y nunca estaba ocupada.

Con excepciones como la de hoy, en que lo estaba por Bryce Harriman.

Smithback se quedó como una estatua, con la mano en alto, a punto de llamar.

–¡Ah, Bill! –Davies lo saludó con la cabeza–. Vienes en buen momento. Pasa, por favor.

Smithback dio un par de pasos, mientras hacía el esfuerzo de no mirar a Harriman.

–¿Tenías pensado entregar otro artículo sobre el asesinato de Duchamp? –preguntó Davies.

Smithback asintió con la cabeza. Estaba atontado, como si acabaran de darle un puñetazo en la barriga. Esperó que no se le notara.

Davies pasó la punta de los dedos por el borde de la mesa.

–¿Cómo piensas enfocarlo?

Smithback tenía la respuesta a punto. Era la pregunta favorita de Davies, una pregunta puramente retórica cuya función real era informar al reportero de que no quería que perdiera el tiempo.

–Yo tenía pensado un enfoque local –dijo–: las repercusiones del crimen en el edificio y el barrio, su efecto en los amigos y parientes de la víctima... Lógicamente, también pensaba escribir algo sobre las novedades de la investigación. El caso lo lleva una tal Hayward, que no solo es mujer, sino la capitana más joven que hay ahora mismo dentro de la policía.

Davies asintió despacio, dejando escapar de sus labios un «mmmm» pensativo. Su reacción decía tan poco como siempre sobre lo que pensaba de verdad.

Smithback, cada vez más nervioso, entró en detalles.

–Bueno, ya se lo puede imaginar: una muerte por causas no naturales en Upper West Side, las señoras maduras que no se atreven a salir de noche para pasear al caniche... Esbozaría un perfil de la víctima, de su trabajo... Cosas así. No sé, hasta podría incluir un aparte sobre la capitana Hayward.

Davies volvió a asentir con la cabeza, cogió una pluma y la hizo rodar lentamente entre sus palmas.

–Vaya, algo que pudiera salir en primera página de la sección metropolitana –dijo Smithback, siguiendo animosamente con su rollo.

Davies dejó la pluma encima de la mesa.

–Esto es más importante, Bill. Se trata del asesinato más grave que ha habido en Manhattan desde el de Cutforth, del que informó Bryce cuando estaba en el *Post*.

«Bryce.» Smithback siguió poniendo cara de simpático.

–Es una noticia que da mucho de sí. Aparte de lo espectacular del crimen, tenemos, como bien has dicho, que haya pasado en un barrio pijo. También tenemos a la víctima: un artista. Y que el

caso lo lleva una mujer. –Hizo una pausa–. ¿No estás intentando abarcar demasiado en un solo artículo?

–Bueno, podría hacer dos o tres. Descuida, que por eso...

–Sí, no lo dudo, pero entonces tendríamos un problema de tiempo.

Smithback se humedeció los labios. Era muy consciente de que estaba de pie, y Harriman sentado.

Davies siguió hablando.

–Personalmente, no tenía ni idea de que Duchamp gozara de cierto prestigio como pintor, siempre dentro de su discreción característica; más que de los que triunfan en el SoHo, era del tipo Sutton Place, una especie de Fairfield Porter[1] . Esta noche pasada se lo comentaba a Bryce.

–Bryce – repitió Smithback. El nombre le supo a bilis–. ¿Esta noche pasada?

Davies hizo un gesto de estudiado desparpajo con la mano.

–Sí, es que estuvimos tomando algo en el Metropolitan Club.

Smithback sintió que se ponía rígido. ¡Conque lo había conseguido así, el muy cabrón y lameculos! Invitando a Davies a copas en el club de su padre, donde solo iban peces gordos. Algo que a Davies –a la vista estaba– debía de pirrarle, como a tantos directores de los que conocía Smithback. Eran lo más arribista que uno se podía imaginar: siempre merodeando cerca de los ricos y de los famosos, a ver si se caía alguna miga de la mesa. Smithback se imaginó la entrada de Davies en el inexpugnable Metropolitan. Seguro que le habían ofrecido asiento en un sillón lujoso de un salón rococó, y que las copas se las habían servido camareros obsequiosos y uniformados. Todo entre saludos en voz baja a Rockefellers, De Menils y Vanderbilts varios. Justo lo que hacía falta para que Davies, de Maplewood (Nueva Jersey), viera el cielo abierto.

Al cabo de un rato, Smithback volvió a dirigir su mirada hacia Harriman. El muy cerdo estaba sentado con las piernas cruzadas, haciéndose el fino, con su cachaza de siempre. Ni siquiera se molestó en mirar a Smithback. No le hacía falta.

–No hemos perdido a un simple ciudadano –siguió explicando Davies–, sino a un artista, cuya muerte ha empobrecido a Nueva York. Ya ves, Bill: nunca se sabe a quién tienes de vecino de rellano. Puede ser un vendedor ambulante de frankfurts o un basurero, pero también un artista cotizado, con obra en la mitad de los apartamentos de River House.

Smithback volvió a asentir. Se le había petrificado la sonrisa.

Davies se alisó la corbata.

–Es un enfoque excelente, del que se encargará mi amigo Bryce.

Santo Dios... Hubo un momento, siniestro y terrorífico, en que Smithback pensó que volverían a asignarle lo del Exhibicionista.

–Llevará el aspecto social de la noticia. Conoce a varios clientes importantes de Duchamp por parte de familia. Con él querrán hablar, mientras que...

Dejó la frase a medias, pero Smithback lo captó: «mientras que contigo no».

–Resumiendo, que Bryce es idóneo para darnos la visión aristocrática que gusta a los lectores del *Times*. Me alegra comprobar que tú dominas el punto de vista de la policía y de la calle. Sigue por ese camino.

«El punto de vista de la policía y de la calle.» Los músculos de la mandíbula de Smithback sufrieron una contracción involuntaria.

–No hace falta que os diga que compartiréis información y pistas. Mi propuesta es que os reunáis de vez en cuando, y que estéis en contacto. Es evidente que la noticia da para los dos, y que no tiene pinta de ser flor de un día.

Un breve silencio se apoderó del despacho.

–¿Querías algo más, Bill? –preguntó apaciblemente Davies.

–¿Qué? ¡Ah! No, nada.

–Pues no te hago perder más tiempo.

–No, no, claro –dijo Smithback, que casi tartamudeaba de sorpresa, mortificación y rabia–. Gracias.

Justo cuando se giraba para salir del despacho, Harriman se decidió a mirarlo. El muy hijo de puta sonreía a medias, encantado

de conocerse. Era una sonrisa como de decir: «Pues nada, socio, ya nos iremos viendo».

«Y no bajes la guardia.»

*OceanofPDF.com*

# Ù
# Diecinueve

–¿Qué, cómo te ha ido el primer día de trabajo? –preguntó Hayward, cortando con saña una pe- chuga de pollo.

–Muy bien –contestó D'Agosta.

–¿Singleton no te ha metido caña?

–No.

–Bueno, es que solo has estado dos días sin trabajar. Supongo que eso ayuda. Es un tío muy apasionado, a veces demasiado, pero de los mejores policías que hay. Como tú. Por eso estoy segura de que congeniaréis.

D'Agosta asintió con la cabeza., empujó medio tomate cherry por el plato y se lo acercó a la boca. El pollo a la cazadora era la única receta que sabía cocinar automáticamente, o casi.

–Está muy bueno, Vinnie. En serio. Tendré que dejarte entrar más a menudo en la cocina.

Hayward le sonrió desde el otro lado de la mesa.

D'Agosta también sonrió y, dejando el tenedor, se dedicó un momento a ver cómo comía.

Hayward no solo había hecho un esfuerzo por llegar a tiempo a casa, sino que lo felicitaba por el plato, a pesar de que el pollo estuviera demasiado hecho, y ni siquiera le preguntaba por qué se había ido tan de sopetón en pleno desayuno. Se notaba que estaba haciendo un esfuerzo especial por darle cierto margen para sus quebraderos de cabeza. En un momento de gran intensidad afectiva, D'Agosta se dio cuenta de que la quería de verdad.

Lo cual dificultaba aún más lo que estaba a punto de hacer.

–Perdona que no pueda hacer justicia a la cena –dijo ella–. Se merecería que la saborease, pero me tengo que ir otra vez pitando.

–¿Alguna novedad?

–No, la verdad es que no; el especialista en nudos, que quiere darnos su informe. Seguro que solo es una manera de poner el culo a salvo, porque de momento no es que nos haya ayudado mucho.

–¿No?

–Cree que los nudos podrían ser asiáticos, concretamente chinos, pero tampoco es mucho concretar.

D'Agosta respiró hondo.

–¿Ya has investigado la posibilidad que te he comentado durante el desayuno? ¿La de que detrás de los asesinatos esté el hermano de Pendergast?

Hayward se quedó con el tenedor a medio camino de la boca.

–Hay tan pocas pruebas que más que una teoría parece una excentricidad. Ya sabes lo profesional que soy. Tendrás que fiarte de que lleve el caso lo mejor posible. Ya lo investigaré cuando tenga un poco de tiempo.

No había réplica posible. Comieron un rato sin decirse nada.

–Vinnie... –El tono hizo levantar la cabeza a D'Agosta–. Perdona. No quería ser tan dura.

–Tranquila.

Hayward volvía a sonreír. La luz artificial hacía brillar sus ojos oscuros.

–La verdad es que estoy muy contenta de que hayas vuelto al trabajo.

D'Agosta tragó saliva.

–Gracias.

–Esa locura del caso postumo de Pendergast te ha perturbado en el momento más inoportuno. Como agente es posible que fuera productivo, pero lo que no era es... normal, vaya. Ya sé que erais amigos, pero para mí que... –Hayward hizo una pausa–. Para mí que su influencia sobre ti fue malsana. Y luego lo de la petición desde la tumba, y el rollo de su hermano... Para serte sincera, me da rabia.

A pesar de los pesares, D'Agosta sintió una punzada de irritación.

–Ya sé que nunca te cayó bien, pero obtenía resultados.

–Ya, ya lo sé. No está bien criticar a los muertos. Perdóname.

Una oleada de sentimiento de culpa se llevó la irritación.

–Pero bueno, ya es agua pasada. El caso del Exhibicionista es de primera clase. No podrías empezar mejor. Estoy segura de que

quedarás como un señor. Volverá a ser todo como en los viejos tiempos, Vinnie.

D'Agosta empezó a cortar una pata de pollo, pero dejó caer el tenedor, que chocó con el plato. Era una tortura. No podía retrasarlo más.

–Laura... –empezó a decir–. Lo que tengo que decirte no es fácil.

–¿Qué pasa?

Respiró hondo.

–Me mudo.

Primero ella se quedó muy quieta, como si no lo hubiera entendido; luego, lentamente, la expresión de su cara cambió, reflejando dolor e incredulidad, como una niña abofeteada por un pariente muy querido. Para D'Agosta, verlo fue uno de los peores tragos de su vida.

–¿Vinnie? –preguntó ella, aturdida.

D'Agosta bajó la mirada. El silencio se hizo largo, insoportable.

–¿Porqué?

No supo qué decir. Solo sabía lo que no podía contarle: la verdad. «Laura, cariño, podría estar en peligro; tú no estás en el punto de mira, pero yo sí, con toda certeza, y si me quedara aquí podría perjudicarte.»

–¿Es por algo que haya hecho? ¿O que no haya hecho?

–No –dijo rápidamente.

Algo tenía que inventarse, y con Laura Hayward más valía que fuera convincente.

–No –repitió más despacio–. Lo has hecho todo fabulosamente. No tiene nada que ver contigo. Te quiero, de verdad. Es por mí. Nuestra relación... Puede que hayamos empezado un poco demasiado deprisa.

Ella no contestó.

D'Agosta tenía la sensación de estar arrojándose por un precipicio. En ese momento, su máximo deseo era seguir viviendo con aquella mujer, tan guapa y afectuosa, y que tanto lo apoyaba; habría preferido hacerse daño a sí mismo que hacérselo a ella, y

sin embargo se lo estaba haciendo: cada palabra ahondaba la herida. Estaba mal hecho, muy mal hecho, pero no tenía más remedio que seguir adelante. «Vincent, debe tomar todas las precauciones posibles.» Era consciente de que la única manera de salvar la relación –por no decir la vida de Laura Hayward– era dejarla en suspenso.

–Mira, es que necesito un poco de espacio –añadió–; me gustaría pensarlo todo a fondo, no sé... Poner mi vida en perspectiva...

Sonaba tan hueco y tan banal que prefirió callarse.

Esperó a que Hayward estallara, a que lo echara con insultos, pero no, solo silencio, un largo y terrible silencio. Se atrevió a levantar la cabeza. Laura se había quedado con las manos en el regazo, muy blanca, mirando la mesa, donde se le enfriaba la cena. Su pelo, tan bonito, casi azul de tan negro, se había caído hacia delante, tapándole un ojo. No era la reacción prevista. La sorpresa y la pena dolían aún más que la rabia.

Al cabo de un rato, Laura aspiró ruidosamente por la nariz, se la secó con un dedo y apartó el plato para levantarse.

–Tengo que volver al trabajo –dijo en voz tan baja que él casi no la oyó.

D'Agosta se quedó muy quieto, mientras Laura se apartaba el pelo de la cara, se giraba y caminaba deprisa hacia la puerta. No se paró hasta que tuvo la mano en el pomo y se dio cuenta de que se iba sin abrigo ni maletín. Entonces se giró despacio hacia el armario, se puso el abrigo de cualquier manera y cogió el maletín. Después salió y cerró la puerta sin ruido.

No miró hacia atrás.

D'Agosta se quedó mucho tiempo en la mesa, oyendo el tictac del reloj y el rumor que subía de la calle. Al final se levantó, llevó los platos a la pequeña cocina, tiró a la basura las dos cenas a medias y fregó los platos.

Por último, sintiéndose muy viejo, fue al dormitorio a recoger sus cosas.

# Ù
# Veinte

A las tres de la madrugada, la mansión de estilo Beaux Arts de Riverside Drive, 891 parecía dormida o muerta, pero detrás de las contraventanas y la cerradura de seguridad de la puerta, en uno de los túneles subterráneos tallados en la roca viva de Manhattan bajo el viejo caserón, algo se movía. El más largo de los túneles, que en realidad era una hilera de estancias conectadas entre sí, progresaba hacia el oeste en dirección al río Hudson, por debajo de Riverside Drive y Riverside Park, y acababa en una tosca escalera de caracol por la que se bajaba a un embarcadero de piedra. Desde ahí, un canal subterráneo permitía salir al río por un pequeño acceso infestado de malas hierbas. Más de dos siglos antes, el pirata fluvial a quien había pertenecido el edificio anterior a la mansión había utilizado el paso secreto para sus turbias incursiones nocturnas, pero muy pocos sabían ya de la existencia de esa entrada.

Un suave chapoteo de remos resonó en la soledad de sus inmediaciones. El velo verde de hierbas fue apartado con un ruido húmedo, casi imperceptible, mostrando el conducto. Era una noche brumosa y sin luna. Cuando el esquife penetró en el túnel, su forma quedó dibujada por reflejos palidísimos. Deslizándose en silencio bajo un techo de roca muy bajo, llegó al embarcadero de piedra.

Pendergast bajó del esquife, lo amarró en un noray y miró a su alrededor con los ojos brillantes en la oscuridad. Tras unos minutos de inmovilidad, en que prestó atención a cualquier ruido, sacó una linterna del bolsillo, la encendió y subió por la escalera, que lo llevó a una gran sala llena de vitrinas de madera con armas y armaduras, algunas modernas, y otras, dos veces milenarias. La cruzó y entró en un viejo laboratorio con mesas largas y negras, donde brillaban vasos y retortas.

En una de las esquinas del laboratorio había una figura silenciosa, envuelta en sombras.

Pendergast avanzó con precaución, aproximando una mano a su pistola.

–¿Proctor?

–¿Señor?

Se relajó.

–He recibido la señal de Constance.

–Y yo el mensaje de usted, en el que me citaba aquí, aunque debo decir que me sorprende verlo en carne y hueso, señor.

–Esperaba que no fuera necesario, pero ocurre que a mi vez debo entregarle a Constance un mensaje, y me ha parecido que debía hacerlo personalmente.

Proctor asintió con la cabeza.

–Lo comprendo, señor.

–En adelante, deberá vigilarla de cerca y no bajar la guardia ni un instante. Ya la conoce. Sabe lo frágil que es su estado mental. La imagen que ofrece nada tiene que ver con su auténtico estado emocional. También sabe que lo que ha vivido Constance no lo ha vivido ningún otro ser humano. Lo que temo es que si no recibe un trato excepcionalmente delicado y cauto...

No acabó la frase. Al cabo de un rato, Proctor volvió a asentir.

–Todo está ocurriendo en el momento más inoportuno. Lo que vengo a decirle a Constance es que debe prepararse para regresar tarde o temprano... allá, donde estuvo escondida para que no la descubriéramos. A ese lugar donde nadie, absolutamente nadie, podía encontrarla.

–Sí, señor.

–¿Ha encontrado la brecha?

–Encontrado y sellado, sí.

–¿Dónde estaba?

–Parece que existe una cloaca del siglo XIX por debajo de Broadway, justo al otro lado del sótano de la fruta. Lleva cincuenta años en desuso. Practicó un orificio en la tubería y se introdujo en esa despensa.

La mirada de Pendergast se volvió más penetrante.

–¿No encontró la escalera por la que se desciende al subterráneo?

–No. Parece ser que estuvo muy poco tiempo en la casa, lo justo para llevarse el artículo de una vitrina de la planta baja e irse.

Pendergast siguió mirando fijamente a Proctor.

–Debe asegurarse de que la mansión sea completamente impenetrable. No podemos permitirnos que suceda de nuevo. ¿Me explico?

–Perfectamente, señor.

–Vayamos, pues, a hablar con ella.

Salieron del laboratorio y recorrieron estancias llenas de vitrinas cuyo contenido formaba una colección no solo infinita (o que lo parecía), sino de una heterogeneidad inverosímil: aves migratorias disecadas, insectos amazónicos, minerales raros, productos químicos en frascos...

Se detuvieron en una sala llena de mariposas. Pendergast hizo resbalar la luz de la linterna por las hileras de vitrinas. Luego dijo en voz baja, rodeado de oscuridad:

–¿Constance?

La única respuesta fue el silencio.

–¿Constance? –repitió, levantando la voz, pero muy poco.

Se oyó un suave roce de tela, tras el que apareció como por arte de magia una mujer de unos veinte años, con un vestido largo y blanco de otra época, adornado con una gorguera de encaje. Bajo la luz de la linterna, su piel presentaba una extrema palidez.

–Aloysius –dijo, abrazándolo–. Gracias a Dios.

Primero Pendergast se limitó a estrecharla entre sus brazos. Después se desprendió con suavidad y se giró hacia la pared para accionar un botoncito de latón. Una luz tenue iluminó la sala.

–¿Qué ocurre, Aloysius?

Los ojos de la joven, extrañamente sabios para un rostro de su edad, adquirieron una mirada inquieta.

–Enseguida te lo cuento. –Pendergast le puso una mano en el hombro para tranquilizarla–. Primero tu mensaje.

–Ha llegado esta noche, muy tarde.

–¿Método de entrega?

–Lo han introducido por debajo de la puerta principal.

–¿Has tomado las precauciones necesarias?

Constance asintió con la cabeza e introdujo la mano en una de sus mangas para sacar una pequeña tarjeta de visita de color marfil, protegida por un sobre hermético de papel cristal.

Pendergast la cogió y la miró por ambos lados. Su anverso estaba grabado en letra inglesa: «Diogenes Pendergast». Debajo, alguien había escrito con tinta rosa: «El cinco de espadas es Smithback».

Se la quedó mirando, antes de guardársela en el bolsillo de la americana.

–¿Qué significa? –preguntó Constance.

–No sé si decírtelo. Tus nervios ya han sido sometidos a bastantes tensiones.

Constance sonrió un poco.

–Reconozco que al verlo entrar en la biblioteca tuve la seguridad de estar frente a un muerto.

–Ya conoces los planes de mi hermano. Ya sabes que se propone destruirme.

–Sí.

Constance palideció aún más, y por unos instantes pareció perder ligeramente el equilibrio. Pendergast le puso una mano en el hombro.

La joven se rehízo con cierta dificultad.

–Gracias, me encuentro bien. Prosiga, se lo ruego.

–Pues ya ha empezado a hacerlo. Durante los últimos días han sido asesinados tres de mis mejores amigos. –Pendergast se tocó el bolsillo de la americana–. Esta nota de Diogenes me advierte de que el próximo objetivo será William Smithback.

–¿William Smithback?

–Un reportero del *New York Times*.

Pendergast volvió a titubear.

–¿Y? –preguntó Constance–. No es lo único que le preocupa. Se lo veo en la cara.

–Tienes razón. Los tres primeros muertos eran íntimos míos, pero no puede decirse lo mismo de Bill Smithback. Nos conocemos desde hace años, y estuvo implicado en tres de mis casos. Es un periodista de gran eficacia y un ser humano de buena

pasta a pesar de su fachada de hombre impulsivo y un poco arribista, pero lo que me preocupa es que no se trata de un amigo propiamente dicho, sino un conocido. Diogenes está lanzando sus redes más lejos de lo que esperaba. Ahora el riesgo no lo corren tan solo mis amigos íntimos. Ello hace que la situación aún sea más difícil de lo que había pensado.

–¿Cómo puedo ayudarle? –preguntó Constance en voz baja.

–No exponiéndote a ningún peligro.

–¿Cree que...?

–¿Que podrías figurar entre los objetivos? Sí, pero aún hay más: el tercer fallecido es Michael Decker, un antiguo colega del FBI. Ayer encontré su cadáver en su casa de Washington. Lo habían matado con una antigua bayoneta. El modus operandi era un guiño a un lejano antepasado mío, que sufrió una muerte muy similar cuando servía en el ejército napoleónico, durante la campaña rusa de 1812.

Constance se estremeció.

–Lo que me preocupó fue el arma. La bayoneta, Constan-ce, procedía de las colecciones de esta casa.

Durante unos segundos, Constance permaneció muy quieta, asimilando el alcance de la noticia.

–¿La Chassepot o la Lebel? –preguntó con un hilo de voz casi robótico.

–La Chassepot. Tenía grabadas en la guarda las iniciales «P.S.P.», por lo que no había confusión posible.

Constance no respondió. Sus ojos despiertos e inteligentes habían cobrado mayor agudeza y profundidad a causa del miedo.

–Diogenes ha encontrado la entrada de esta casa. No cabe duda de que es el mensaje que quiso comunicarme mediante la bayoneta en cuestión.

–Comprendo.

–De todos modos, sigues estando más segura dentro que fuera de la casa. De momento Diogenes no te tiene en su campo de visión. Por otro lado, Proctor ha localizado y sellado el punto débil por el que entró mi hermano, y ya sabes que esta mansión ha sido blindada de muchos modos contra los intrusos. Proctor no bajará

la guardia ni un momento, y es más temible de lo que parece. A pesar de todo, debes mantenerte alerta a todas horas. Esta casa es muy antigua, y también muy grande. Tiene muchísimos secretos, que nadie, dicho sea de paso, conoce mejor que tú. Sigue tu intuición. Cuando te diga que algo anda mal, desaparece en alguno de los recovecos de los que nadie sabe nada excepto tú. Debes estar preparada en todo momento. Mientras no nos sintamos nuevamente a salvo de esta amenaza, quiero que duermas en el lugar secreto donde te escondiste de mí y de Wren.

Al oírlo, Constance abrió mucho los ojos y se aferró a su tutor.

–¡No! –exclamó apasionadamente–. ¡No, ahí no quiero volver por nada del mundo!

Pendergast la rodeó enseguida con sus brazos.

–Constance...

–¡Sabe muy bien hasta qué punto me recuerda viejos tiempos! Oscuridad, cosas terribles... ¡No, no estoy dispuesta a que me lo recuerden nunca más!

–Escúchame, Constance: es el único sitio donde estarás a salvo. Y yo solo podré hacer lo que tengo que hacer si sé que estás a salvo.

Constance no respondió. Pendergast la abrazó con más fuerza.

–¿Me lo prometes?

La joven apoyó la frente en el pecho de su tutor.

–Aloysius –dijo–, no han pasado muchos meses desde la última vez que estuvimos arriba, en la biblioteca. ¿Se acuerda de que me leía los periódicos?

Pendergast asintió.

–Pues estaba empezando a entenderlo. Me sentía como cuando se bucea durante mucho tiempo y se nada hacia la superficie. Lo que deseo es eso, no volver... allá abajo. ¿Verdad que me entiende, Aloysius?

Pendergast le acarició con suavidad la frente.

–Lo entiendo, sí, y todo será como deseas, Constance; te prometo que mejorarás, pero primero debemos superar esta prueba. ¿Me ayudarás?

Ella asintió.

Pendergast bajó lentamente los brazos. Después cogió entre sus manos la frente de Constance y la aproximó a su boca para besarla dulcemente.

–Me tengo que ir.

Se giró raudo para fundirse de nuevo con la oscuridad, que lo esperaba.

## Ù
# Veintiuno

Eran las ocho menos cuarto cuando Smithback salió del bloque donde vivía, se asomó a West End Avenue y paró un taxi con un gesto de la mano. Un viejo coche pintado de amarillo que había estado haciendo tiempo al final de la manzana se acercó obedientemente. Smithback subió con un suspiro de contrariedad.

–Cuarenta y cuatro con Siete –dijo.

El taxista –un hombre delgado, de piel aceitunada, pelo negro y mal color– musitó unas palabras en un idioma desconocido y se apartó del bordillo con un chirrido de neumáticos.

Smithback se puso cómodo y vio pasar la ciudad. A esas horas debería haber estado en la cama, disfrutando de un sueño delicioso en brazos de quien era desde hacía poco tiempo su mujer, pero la imagen de Harriman sentado en el despacho del director, con esa expresión de suficiencia tan insoportable, lo había espoleado a levantarse pronto para seguir profundizando en la noticia.

«Compartiréis información y pistas», había dicho Davies. Y un carajo. Smithback tenía claro que Harriman no pensaba compartir nada, ni él tampoco, para ser sincero. Cuando hubiera pasado por la oficina (para asegurarse de que no hubiera ocurrido nada malo durante la noche), se echaría a la calle. Su último artículo, el que había entregado el día antes, era flojo. Tenía que encontrar algo mejor. Aunque hubiera que comprar un piso en el puñetero bloque de Duchamp. ¡Ah, pues no era mala idea! Llamar a una inmobiliaria haciéndose pasar por un cliente...

El taxista se metió por la calle Setenta y dos con un giro muy brusco a la izquierda.

–¡Eh, cuidado –dijo Smithback–, que soy herido de guerra!

Por una vez, la mampara de plexiglás que separaba las dos partes del taxi estaba cerrada. Olía a ajo, cebolla y comino. Smithback abrió la ventanilla. Solo bajaba un tercio, como de costumbre. Su humor empeoró aún más.

En el fondo no se perdía nada saliendo de casa una hora y media antes, porque Nora llevaba varios días de un humor de perros; casi no dormía, y se quedaba trabajando en el museo hasta bastante después de medianoche. Eran dos cosas que a Smithback lo estaban afectando mucho: el mal genio de Nora y el tono gélido de su conversación de la otra noche con Margo Green, en el Huesos. Le daba rabia que se llevaran tan mal, más que nada porque Margo era una vieja amiga. «Se parecen demasiado –pensó–: tozudas y listas.»

Ya estaban delante de la West Side Highway y del río Hudson, pero en vez de entrar en el carril que iba al sur, a la zona de Midtown, el taxista se lanzó como un cohete hacia la rampa de acceso a los carriles que llevaban al norte.

–Pero bueno, ¿qué hace? –dijo Smithback–. ¡Que no es por aquí!

La respuesta del taxista fue pisar más a fondo el acelerador y ponerse en el primer carril de la izquierda, entre una sinfonía de bocinas.

«Coño, este tío sabe menos inglés de lo que pensaba.» Smithback dio unos porrazos a la mampara de plexiglás, gruesa y llena de arañazos.

–Se ha equivocado de camino. ¿Me entiende? E... qui... vo... ca... do. He dicho la calle Cuarenta y cuatro. ¡Salga por la Noventa y cinco y dé la vuelta!

El taxista se hizo el sordo y siguió acelerando, mientras cambiaba varias veces de carril a fin de adelantar al resto de los coches. La salida de la calle Noventa y cinco pasó en un visto y no visto.

Smithback tenía la boca seca. «A ver si me están secuestrando, o yo qué sé...» Buscó el seguro de la puerta, pero faltaba el botón,

como en la mayoría de los taxis, y el cierre estaba hundido bastante por debajo del nivel del marco de la ventanilla.

Volvió a dar golpes como loco en la mampara.

–¡Frene! –berreó, justo cuando el taxi chirriaba en una curva–. ¡Déjeme salir!

Era inútil. Metió la mano en el bolsillo y sacó el teléfono móvil para marcar el 911.

–Suelte el teléfono, señor Smithback –oyó que le decían desde el asiento delantero–. Le aseguro que está en buenas manos.

Smithback dejó el número a medias. Conocía la voz. Le sonaba mucho, pero no precisamente del tío con pinta de mediterráneo que iba al volante.

–¿Pendergast? –dijo con incredulidad.

El taxista asintió con la cabeza, mientras miraba los coches por el retrovisor.

El miedo se convirtió muy lentamente en sorpresa. «Pendergast –pensó Smithback–. Dios mío... ¿Por qué será que cada vez que me lo encuentro se me cae el alma a los pies?»

–Conque no eran verdad los rumores –dijo.

–¿Los de mi muerte? En absoluto.

Smithback calculó que iban a ciento sesenta o ciento setenta por hora. Los coches pasaban como manchas de color.

–¿Le importaría decirme qué pasa? ¿Y por qué va disfrazado? Parece que se haya escapado de una cárcel turca. Sin ánimo de molestar –se apresuró a añadir.

Pendergast miró otra vez por el retrovisor.

–Lo estoy llevando a un lugar seguro.

Smithback tardó un poco en entenderlo.

–¿Que me está llevando adonde?

–Lo están persiguiendo. Anda en su busca un asesino peligroso; el riesgo es de tal magnitud que me ha obligado a tomar medidas excepcionales.

Smithback abrió la boca para protestar, pero no lo hizo. Dentro de su cabeza se mezclaban en dosis iguales la alarma, la incredulidad y la estupefacción. La salida de la calle Ciento veinticinco pasó en un abrir y cerrar de ojos.

Recuperó la voz.

–¿Un asesino? ¿Buscándome a mí? ¿Por qué?

–Cuanto más sepa, más peligro correrá.

–¿Cómo sabe que corro alguno? Yo no he cabreado a nadie, al menos últimamente...

A la izquierda, la planta de control del North River pasó volando. Smithback lanzó una mirada a la derecha y tuvo la incómoda impresión de vislumbrar el número 891 de Riverside Drive –antiguo y lleno de sombras siniestras– sobre la vegetación de Riverside Park.

El coche iba tan deprisa que era como si los neumáticos planearan sobre el asfalto. Smithback miró a su alrededor buscando un cinturón de seguridad, pero no había ninguno en todo el taxi. Parecía que los otros coches estuvieran parados. «¿Qué tipo de motor tiene esta bestia?» Tragó saliva.

–No pienso ir a ninguna parte hasta saber qué pasa. Ahora soy un hombre casado.

–No se preocupe por Nora. Le contarán que está investigando algo para el *Times*, y que estará unos días incomunicado. Me ocuparé personalmente de ello.

–Ya. ¿Y el *Times*? Estoy trabajando en un reportaje muy importante.

–Serán informados por un médico de que ha contraído una enfermedad súbita y grave.

–No, ni hablar. El *Times* es la selva. Les da igual que esté enfermo o que me muera. Me quitarán la noticia.

–Ya habrá otras.

–No, como esta no. Mire, señor Pendergast, la respuesta es que... ¡Coño!

Smithback se encogió, mientras el taxi adelantaba a varios coches a la vez jugando con tres carriles y, tras una maniobra de último segundo para no chocar con un camión enorme, regresaba al carril rápido. Smithback enmudeció de miedo, cogiéndose con todas sus fuerzas a la tapicería.

Pendergast miró otra vez por el retrovisor. Al girarse, Smithback vio un Mercedes negro que los seguía cuatro o cinco

coches por detrás, cambiando constantemente de carril.

Aterrado, volvió a mirar hacia delante. Un coche patrulla de la policía de Nueva York había parado a una camioneta. Cuando pasaron, Smithback vio que el policía que estaba multando al conductor se giraba con cara de alucinado y corría hacia su coche.

–Pero ¡frene un poco, por amor de Dios! –logró articular.

Pendergast no dio ninguna señal de haberlo oído.

Smithback volvió a mirar hacia atrás. A pesar de la velocidad endiablada a la que iban, el Mercedes negro seguía igual de cerca, o más. Tenía los cristales demasiado tintados para que se viera al conductor.

Se estaban acercando a las señales de la Interestatal 95 y el puente George Washington.

–Agárrese, señor Smithback –dijo Pendergast en voz muy alta, por encima del estruendo del motor y el viento.

Smithback cogió el asidero de la puerta y afianzó los pies en la esterilla de plástico. Tenía tanto miedo que casi no podía ni pensar.

La proximidad de la doble salida hacía que el tráfico fuera más denso, con una hilera para el puente y Nueva Jersey y otra para el este y el Bronx. Pendergast redujo un poco la velocidad, repartiendo sus miradas entre el tráfico de delante y el Mercedes, al que vigilaba por el retrovisor. De pronto, aprovechando un hueco, cruzó cuatro carriles para situarse en el último de la derecha. Se oyeron frenazos y una avalancha de bocinas airadas que bajaron de tono por el efecto Doppler cuando Pendergast volvió a pisar a fondo el acelerador y salió disparado por el estrecho arcén, sembrando el asfalto de basura y tapacubos.

–¡Me cago en...! –gritó Smithback.

Delante, el arcén aún se estrechaba más, y el bordillo de la mediana se acercaba desde la derecha, pero Pendergast no se arredró ni hizo ademán alguno de frenar. Los neumáticos derechos se subieron un poco al bordillo, con el resultado de que el coche adoptó una inclinación de difícil manejo que lo hizo mecerse con brutalidad entre chirridos de neumáticos, siempre con el muro de piedra de la salida en una proximidad peligrosa.

Detrás, bastante lejos, empezó a oírse el lamento de una sirena.

Pendergast frenó en seco y volvió a la carga sin contemplaciones, metiéndose con gran temeridad en un hueco del tráfico que convergía hacia la autopista Trans-Manhattan. Cambió tan deprisa de carril que Smithback se vio arrojado en el asiento. Otro cambio. Otro más (el tercero), y siempre acelerando. El coche pasaba al pie de los bloques de pisos como una bala por el cañón de una pistola.

Medio kilómetro más adelante apareció en la oscuridad un mar de luces rojas que parpadeaban. Era el inevitable atasco de la autopista Cross Bronx, cuyo carril derecho estaba cerrado con conos anaranjados. Los carteles anunciaban un proyecto de reforma en el que no estaba trabajando nadie (típico). Pendergast se metió por el carril, dispersando los conos a izquierda y derecha.

Smithback se giró. El Mercedes negro seguía como máximo a seis coches. No había manera de quitárselo de encima. Bastante más atrás venían dos coches de la policía con luces y sirenas encendidas.

De repente Smithback se cayó de lado. Pendergast se había metido sin avisar por la rampa de salida de Harlem River Drive, pero en vez de frenar mantuvo una velocidad próxima a los ciento setenta kilómetros por hora. El coche derrapó en sentido lateral, quemando los neumáticos hasta chocar con el muro de contención que delimitaba la rampa. Se oyó un ruido de metal y piedra. El coche dejó un reguero de chispas.

–¡Hijo de puta! ¡Que nos vamos a mat...!

El siguiente frenazo fue tan brusco que quitó a Smithback la palabra de la boca. El coche saltó sobre una divisoria y aterrizó en la rampa de entrada de un pequeño puente sobre el río Harlem. Pendergast tardó varios bandazos en recuperar el control. Cuando lo hizo, aceleró de nuevo para cruzar el puente y perderse en una maraña de calles estrechas que iban hacia South Bronx.

Smithback volvió a mirar por encima del hombro, con el corazón en un puño. Aunque pareciera imposible, el Mercedes solo había perdido unos metros, que empezaba ya a recuperar. Justo en el momento en que Smithback miraba, se abrió la

ventanilla de la izquierda del Mercedes y apareció una nube de humo seguida por una detonación de arma de fuego.

El retrovisor derecho del taxi hizo «¡pum!» y se desintegró en una nube de plástico y cristal, destrozado por una bala de gran calibre.

–¡Mierda! –chilló Smithback.

–Agáchese –dijo Pendergast.

Inútil: Smithback ya estaba en el suelo con las manos en la cabeza.

Desde esa posición, la pesadilla aún era peor. Como no se veía nada, solo se podía imaginar el caos de la persecución, los cambios bruscos de sentido, el ruido de neumáticos, el rugido del motor, los bocinazos y las palabrotas en inglés y español. Todo ello dominado por el ulular de las sirenas de la policía, cada vez más fuerte. Smithback se vio arrojado varias veces contra la base de los asientos delanteros, tantas como frenazos dio Pendergast, mientras que los acelerones lo lanzaban hacia atrás.

Tras unos minutos interminables, Pendergast volvió a hablar.

–Necesito que se levante, señor Smithback. Hágalo con cuidado.

Smithback se incorporó, aferrándose al asiento. El coche iba en zigzag por una ancha avenida que cruzaba un barrio pobre del Bronx. Obedeció al impulso de mirar por encima del hombro, y vio que el Mercedes los seguía de lejos, esquivando furgonetas de reparto y coches trucados que iban mucho más despació. Aún más lejos, los coches de policía formaban una hilera de no menos de seis vehículos.

–Dentro de nada pararemos –dijo Pendergast–. Es importantísimo que salga conmigo del coche lo más deprisa que pueda.

–¿Salir?

Smithback estaba tan aterrorizado que ya no le funcionaba la cabeza.

–Hágame caso, por favor. Quédese justo detrás de mí. Justo detrás. ¿Está claro?

–Sí –graznó Smithback.

La calle terminaba en una masa de alambradas y tubos metálicos que solo se interrumpía justo delante de ellos, en una verja maciza. Era un recinto de más de cuatro mil metros cuadrados, repleto de coches, todo terrenos y furgonetas pegados de forma inverosímil los unos a los otros: un mar de vehículos de todas las formas, modelos y épocas imaginables que se extendía de punta a punta de la valla. Estaban tan juntos que no habría cabido ni una moto. Encima de la verja había un cartel abollado donde ponía DIVISIÓN DE VEHÍCULOS A MOTOR-DEPÓSITO DE MOTT HAVEN.

Pendergast metió la mano en un bolsillo y sacó un dispositivo de control remoto con un teclado en el que introdujo un código. La verja empezó a bascular lentamente. Como Pendergast no reducía la velocidad, Smithback volvió a aferrarse al asidero de la puerta, con los dientes rechinando.

Cruzaron la verja con un margen de uno o dos centímetros, antes de frenar y derrapar de lado con un chirrido de neumáticos. Habían estado a punto de chocar con la pared de vehículos. Pendergast se apeó de un salto, sin molestarse en apagar el motor, e invitó a Smithback a seguirlo con un gesto brusco. El periodista bajó del asiento trasero dando tumbos y corrió tras el agente, que ya se había metido por el laberinto de coches. Corrieron en línea más o menos recta hacia el fondo del recinto, esquivando los vehículos aparcados. El agente iba tan deprisa que Smithback tenía la lengua fuera.

El fondo del depósito, protegido por la misma valla de tubos de acero, casi estaba a un kilómetro. Cuando Pendergast llegó a la última hilera de vehículos –separada del fondo por unos diez metros–, dejó de correr, sacó una llave del bolsillo, abrió una furgoneta de la última fila (una Chevrolet) e hizo señas a Smithback de que subiera a la parte de atrás, mientras él se ponía al volante de un salto y arrancaba un rugido del motor mediante un giro de la llave de contacto.

–Agárrese –dijo.

Metió la marcha y pisó a fondo el acelerador, directo hacia la valla metálica.

–¡Eh, un momento –dijo Smithback–, que esa valla es imposible atravesarla! Nos... ¡Mierda!

Se giró, protegiéndose la cara del inevitable y catastrófico impacto.

Un fuerte ruido, y una breve sacudida, no impidieron que la furgoneta siguiera avanzando. Smithback levantó la cabeza y bajó los brazos con el corazón a punto de explotar. Cuando miró por la ventanilla, vio que una parte de la valla se había convertido en un boquete geométrico.

–Las barras metálicas ya estaban cortadas y soldadas previamente –dijo Pendergast para explicárselo.

Ahora ya no conducía tan deprisa. Mientras maniobraba por el laberinto de callejuelas, se quitó la peluca y se limpió el maquillaje de actor con un pañuelo de seda. Ya no se veían ni el Mercedes negro ni los coches de la policía.

–Ayúdeme.

Smithback pasó al asiento delantero para ayudar a Pendergast a quitarse un jersey sucio y barato de poliéster marrón, bajo el que apareció una camisa de vestir, con corbata y todo.

–Déme la americana que hay detrás, si es tan amable.

Smithback descubrió una americana perfectamente planchada, colgada de una percha en el fondo de la camioneta. Pendergast se la puso con rapidez.

–Lo tenía todo planeado, ¿no? –dijo Smithback.

Pendergast dobló por la calle Ciento treinta y ocho Este.

–En este caso, los preparativos son cuestión de vida o muerte.

De golpe Smithback entendió todo el plan.

–¡El tío que llevábamos detrás! Lo ha atraído al único sitio donde no podía seguirnos. El depósito no se puede rodear.

–Sí, sí que se puede, pero hay que conducir cinco kilómetros por calles estrechas y con mucho tráfico.

Pendergast puso rumbo hacia el norte, a la autopista de Sheridan.

–Bueno, ¿qué, quién era? ¿El que quiere asesinarme, según usted?

–Le repito que cuanto menos sepa, mejor. Ahora bien, debo admitir que la persecución, y el uso de armas de fuego, han sido más toscos de lo habitual en él. Es posible que se hayan debido a la desesperación de ver cómo se le escapaba su oportunidad. –Se giró hacia Smithback con una expresión lacónica–. ¿Qué, señor Smithback? ¿Convencido?

Smithback asintió despacio.

–Pero ¿por qué yo? ¿Qué he hecho?

–Esa, por desgracia, es la respuesta que no puedo darle.

El corazón de Smithback empezaba a calmarse, dejándolo exhausto y derrengado como un trapo. No era la primera vez que se salvaban por los pelos él y Pendergast. En el fondo ya sabía que el agente no habría tomado medidas tan drásticas si no hubieran sido estrictamente necesarias. De pronto su carrera en el *Times* le pareció bastante menos importante.

–Entregúeme su teléfono móvil y su cartera, por favor.

Smithback obedeció. Pendergast guardó ambas cosas en la guantera y le dio un billetero caro, de piel.

–¿Qué es?

–Su nueva identidad.

Smithback lo abrió. No había dinero. Solo una tarjeta de la seguridad social y un carnet de conducir de Nueva York.

–¿«Edward Murdhouse Jones»? –leyó.

–Correcto.

–Pero ¿Jones? ¡Hombre, qué tópico!

–Precisamente por eso no tendrá dificultad en recordarlo... Edward.

Smithback se guardó el billetero en el bolsillo de atrás.

–¿Cuánto durará todo esto?

–Espero que no mucho.

–¿Qué quiere decir no mucho? ¿Uno o dos días?

No hubo respuesta.

–Oiga, y ¿se puede saber adonde me lleva?

–A River Oaks.

–¿River Oaks? ¿El manicomio para millonetis?

–Ahora es hijo de un banquero de inversiones de Wall Street, y tiene problemas psicológicos que requieren descanso, relajación, un poco de terapia básica y aislarse de las tensiones de este mundo.

–Eh, un momento, que no pienso ingresar en ningún psiquiátrico...

–Comprobará que River Oaks es bastante lujoso. Dispondrá de habitación privada, comida selecta y un entorno elegante. El paraje es bonito. Lástima que ahora mismo esté cubierto por medio metro de nieve. Disponen de spa, biblioteca, sala de juegos y todas las comodidades imaginables. El centro ocupa una antigua mansión de los Vanderbilt, en el condado de Ulster. No se preocupe, que el director es un hombre muy comprensivo y lo tratará con deferencia. Lo principal es que es un sitio totalmente a salvo del asesino que está decidido a terminar con su vida. Siento no poder decirle nada más. De veras que lo siento.

Smithback suspiró.

–Esto... el director sabrá a qué vengo, ¿no?

–Dispone de toda la información necesaria. Será usted bien tratado. Es más: tiene garantizado un trato especial.

–¿Sin medicación forzosa, camisa de fuerza ni terapia de shock?

Pendergast sonrió un poco.

–Nada de eso, créame. Se desvivirán por atenderlo. Reserve tan solo una hora diaria para la orientación psicológica. El director está al corriente de todo, y tiene toda la documentación. He comprado algo de ropa que, si no me equivoco, es de su talla.

Smithback guardó un momento de silencio.

–¿Ha dicho comida selecta?

–Toda la que desee.

Se irguió.

–Pero ¿y Nora? Estará preocupada.

–Como ya le he dicho, se le dará a entender que el *Times* le ha asignado una misión especial. Por otro lado, teniendo en cuenta lo ocupada que está con la inauguración, no tendrá mucho tiempo de pensar en usted.

–Si van a por mí, estará en peligro. Tengo que estar con ella para protegerla.

–Puedo asegurarle que en este momento su esposa no corre el menor peligro, mientras que si estuvieran juntos lo correría, puesto que el objetivo no es otro que usted. Debe esconderse por el bien de ambos. Cuanta más distancia ponga de por medio, más segura estará ella.

Smithback gruñó.

–Será un desastre para mi carrera.

–Mucho más lo sería una muerte prematura.

Smithback sintió el bulto del billetero en el bolsillo de atrás. Edward Murdhouse Jones...

–Perdone, pero todo esto no me gusta nada.

–Sea o no de su gusto, le estoy salvando la vida.

No contestó.

–¿Queda claro, señor Smithback?

–Sí –dijo Smithback, con una terrible sensación de abatimiento.

## Ù
# Veintidós

Nora Kelly intentaba aislarse del ruido de la sala de exposiciones, y concentrarse en la caja de arena que tenía delante. Había puesto a un lado los objetos que debía distribuir: un esqueleto de plastilina y un ajuar funerario de valor incalculable, compuesto por objetos de oro, jade, cerámica polícroma, hueso y concha labrada. En el otro lado de la caja, cuyo tamaño era considerable, había una foto de una tumba real, muy poco posterior a su descubrimiento (que había causado sensación). Era la tumba de Chac Xel, una princesa maya del siglo IX, y el trabajo de Nora consistía en recrearla con minuciosidad para la exposición «Imágenes sagradas».

Mientras miraba el trabajo que tenía por delante, oyó a sus espaldas la respiración pesada de un guardia agobiadísimo. La causa del agobio era haber sido desplazado de su puesto habitual,

en la apacible sala de Aves Pelágicas, y verse inmerso en un frenético panal de actividad, en pleno centro de la exposición «Imágenes sagradas». Nora lo oyó redistribuir el peso de su cuerpo de gigante y suspirar de modo teatral, como si la incitara a trabajar deprisa.

Pues no pensaba dejarse influir. Era una de las secciones más importantes de la exposición, y si por algo destacaban las piezas que lo componían era por su fragilidad, que requería el mayor de los escrúpulos en su manejo. Trató nuevamente de erigir una barrera entre ella y el ruido de los albañiles, que hacían zumbar sus taladros y gemir sus sierras. Todo eran gritos, un continuo ir y venir de comisarios, diseñadores y ayudantes que parecían auténticos posesos. Encima, como estaban reforzando el sistema de seguridad del museo por enésima vez para la inauguración, de vez en cuando había que salir de la sala con el trabajo a medias, a fin de que instalaran sensores y probaran el software. Era una auténtica locura.

Nora volvió a concentrarse en la caja, y empezó a distribuir los huesos por la arena, guiándose por la fotografía. A la princesa no la habían sepultado en postura yacente, como era la costumbre occidental, sino envolviendo su momia en unas mantas muy bonitas de colores, con las rodillas a la altura de la cara y los brazos doblados por delante; sin embargo, la putrefacción del envoltorio había hecho que se desmontara el esqueleto. Nora se esmeró en reproducir el absurdo dibujo que formaban los huesos en el suelo de la tumba.

El siguiente paso era repartir los objetos que habían aparecido dentro del sepulcro. A diferencia de los huesos, se trataba de los originales, de un valor literalmente incalculable. Se enfundó unos guantes de algodón y levantó el primer objeto, un pectoral de electro batido que pesaba mucho, con un jaguar representado entre glifos. Lo sostuvo un momento a la altura de los ojos, hipnotizada por el resplandor que despedían sus curvas doradas. Después lo dejó con gran cuidado sobre el pecho del esqueleto. La pieza siguiente, un collar de oro, fue depositada alrededor de las vértebras cervicales. Media docena de anillos de oro pasaron a

rodear los dedos huesudos de la momia. La parte superior del cráneo recibió una tiara de oro macizo con jades y turquesas engastados. Nora se aplicó al máximo en formar un semicírculo de vasijas llenas de ofrendas de jade pulido, turquesas y pedazos brillantes de obsidiana. Después fue el turno de un cuchillo ceremonial de casi treinta centímetros, también de obsidiana y con dientes de sierra, que aún estaba bastante afilado para hacerle un buen tajo a algún incauto.

Hizo una pausa. Lo último era la máscara de jade, una pieza que valía millones de dólares, y que estaba tallada en un solo bloque perfecto de nefrita verde oscura, con rubíes y cuarzo blanco incrustados en los ojos, y dientes de turquesa.

–Señora –dijo el guardia, sacándola de su ensimismamiento–, que dentro de un cuarto de hora descanso.

–Lo tengo presente –dijo ella, muy seca.

Justo cuando se disponía a coger la máscara, oyó a lo lejos la voz de Hugo Menzies. De alguna manera, sin tener que esforzarse, se hacía oír sobre el barullo.

–¡Magnífico! –decía–. ¡Espléndido!

Al levantar la cabeza, lo vio llegar con su poblada cabellera, esquivando cuidadosamente los cables, el serrín, los trozos de papel de burbujas y demás desechos constructivos que estorbaban el paso. Llevaba en el hombro su omnipresente bolsa de tela, la de pescador que usaba en vez de maletín, y se dedicaba a repartir apretones de mano sin dejar de caminar, mientras hacía gestos elogiosos con la cabeza y daba ánimos a todo el mundo por su nombre de pila, desde los carpinteros a los comisarios. Nadie se quedaba sin un gesto, una sonrisa o una palabra de aliento. ¡Qué diferencia con Ashton, el comisario de la exposición, que juzgaba indigno de su rango hablar con alguien que no fuera doctor!

Nora había salido de la reunión enfadada con Menzies por haberse puesto del lado de Margo Green, pero con un hombre así los enfados no duraban mucho. Se le notaba tanto que creía en lo que hacía, y Nora lo había visto apoyar al departamento de tantas maneras, desde el gran gesto al simple detalle... No, con Hugo Menzies no se podía estar enfadada mucho tiempo.

Con Margo Green, la cosa ya cambiaba.

Menzies se acercó.

–Hola, Frank –le dijo al guardia, poniéndole una mano en el hombro–. Me alegro de verte.

–Y yo a usted –dijo el guardia, poniéndose derecho y suavizando su expresión.

–¡Aaah! –dijo Menzies al girarse hacia Nora–. Esta máscara de jade del clásico tardío es una de mis piezas favoritas de todo el museo. ¿Sabes cómo las hacían tan delgadas? Puliéndolas a mano con briznas de hierba. Claro que ya debes de saberlo.

–La verdad es que sí.

Menzies se rió.

–Lógico. No sé ni qué me digo. Muy bien, Nora. Será uno de los platos fuertes de la exposición. ¿Puedo mirar mientras colocas la máscara?

–Sí, claro.

Nora, que llevaba guantes blancos, no dejó de sentir cierto temor al levantar la máscara. La depositó con cuidado en la arena, un poco por encima de la cabeza de la momia (que era donde la habían encontrado), y se aseguró de que no bailara.

–Un pelín más a la izquierda, Nora.

La movió un poco.

–Perfecto. ¡Qué suerte haber venido justo a tiempo para verlo!

Menzies sonrió, guiñó un ojo y siguió su camino por el caos de la sala. A su paso, los operarios trabajaban aún más duro, si cabía. Nora no tuvo más remedio que admirar su don de gentes.

La vitrina ya estaba completa, pero quiso someterla a una última comprobación. Cotejó la lista de piezas con la fotografía. Tenía que salirle a la primera. Una vez que la vitrina estuviera herméticamente cerrada por una lámina de cristal antibalas e inastillable, ya no se abriría en cuatro meses, hasta la clausura de la exposición.

Durante la verificación se le vino Bill a la cabeza. Se había ido a Atlantic City por alguna historia de casinos, y no volvería hasta... Cayó en la cuenta de que no sabía muy bien cuándo. Había estado tan vago... Y había sido todo tan repentino... ¿Era eso estar

casada con un periodista? ¿Y la otra noticia que le habían encargado, la del asesinato? Además, ¿Bill no estaba en noticias locales? Supuso que un reportaje de casinos en Nueva Jersey podía entrar en tal categoría, aunque... Por teléfono le había notado una voz rara, tensa, entrecortada.

Suspiró, moviendo la cabeza.. Probablemente fuera lo mejor, porque con la locura de la inauguración ella casi seguro que no habría tenido ni un momento para él. Como siempre, todo estaba atrasado, y Ashton se había puesto guerrero. Oyó la voz del comisario principal en un rincón de la sala, una voz aguda y quejumbrosa, de protestar por algo.

El guardia la desconcentró con otro suspiro teatral.

–Un minuto –dijo Nora, girando la cabeza–. Lo cerramos y ya está.

Miró su reloj. Ya eran las tres y media. Llevaba desde las seis al pie del cañón. Trabajaría como mínimo hasta medianoche, y cada minuto desperdiciado era un minuto sustraído al sueño.

Se giró hacia el capataz, que estaba cerca, esperando el momento.

–Todo a punto para sellar la vitrina.

En poco tiempo, un grupo de ayudantes dirigidos por el capataz empezó a encajar en la tumba un cristal que pesaba una barbaridad, entre gruñidos y palabrotas.

–¿Nora?

Se giró. Era Margo Green. «Siempre tan inoportuna.»

–Hola, Margo.

–¡Uau! ¡Qué bonito!

Nora vio con el rabillo del ojo la cara de perro del guardia, y al puñado de operarios que sellaba la tumba.

–Gracias. Ya ves lo apurados que vamos.

–Ya, ya...–Margo vaciló–. No quiero robarte más tiempo de lo imprescindible.

«Pues no me lo robes», pensó Nora, intentando mantener la sonrisa hipócrita. Le quedaban cuatro vitrinas que montar y cerrar. Se le fue la vista sin querer a los esfuerzos de los operarios por encajar el cristal. Como se les cayera...

Margo se acercó y bajó la voz.

–Quería disculparme por mi comentario de bruja de la reunión. –Nora se irguió. Eso sí que no se lo esperaba – . No venía a cuento. Tus argumentos eran sólidos, y se ceñían todos al ámbito profesional. He sido yo la que no ha estado profesional, pero es que...

Margo titubeó.

–¿Es que qué?

–Que eres tan... competente... Y te explicas tan bien... Me has intimidado.

Nora no sabía qué contestar. Miró atentamente a Margo, que se estaba sonrojando por el esfuerzo de la disculpa.

–Pues tú tampoco es que seas una mosquita muerta –optó por decir.

–Ya, ya lo sé. Las dos somos más bien tozudas, pero eso es bueno, sobre todo para las mujeres.

A Nora se le escapó una sonrisa, sincera esta vez.

–Bueno, no lo llamemos tozudez, sino valor de defender lo que se piensa.

Margo también sonrió.

–Suena mejor. Claro que muchos podrían llamarlo pura y simple mala leche.

–Bueno –dijo Nora–, la mala leche tampoco viene mal.

Margo se rió.

–Pues nada, Nora, solo quería decirte eso, que lo siento.

–Te lo agradezco, en serio. Gracias, Margo.

–Ya nos veremos.

Nora contempló la esbelta silueta de Margo, que se alejaba por el caos más o menos controlado de la exposición. Estaba tan sorprendida que hasta se le había olvidado la vitrina.

## Ù

# Veintitrés

La capitana Laura Hayward estaba sentada en una silla de plástico del laboratorio del undécimo piso de la jefatura de policía,

haciendo un esfuerzo consciente por no mirar su reloj. Archibald Quince, jefe de la unidad de análisis de fibras, seguía perorando sin dejar de caminar junto a una mesa totalmente cubierta de pruebas. A veces juntaba las manos en la espalda de su bata blanca de laboratorio, y al momento siguiente las usaba para gesticular. Mucho ruido y pocas nueces, mucho repetir y divagar, pero al final se reducía todo a un dato muy fácil de captar: que no tenía ni pajolera idea.

Quince, alto y huesudo, con un cuerpo todo ángulos y codos, se giró hacia ella a medio paso.

–Resumiré, con su permiso.

«Menos mal», pensó Hayward. Por fin una luz al final del túnel.

–De las fibras que se encontraron, solo unas pocas no correspondían al lugar del crimen. Algunas estaban metidas en las cuerdas que sirvieron para atar a la víctima. Otra apareció en el sofá donde fue colocada perimórtem esta última. No es abusivo deducir que se produjo un intercambio de fibras entre el asesino y el lugar del crimen. ¿Correcto?

–Correcto.

–Teniendo en cuenta que todas las fibras eran iguales (en longitud, composición, método de trenzado, etcétera), también podemos deducir que se trata de transferencias de fibras primarias, no secundarias. Dicho de otro modo, son fibras de la propia ropa del asesino, no fibras que estaban en su ropa por la razón que fuera.

Hayward asintió con la cabeza, haciendo un esfuerzo de atención. Desde que había llegado a trabajar, tenía una sensación rarísima, como de estar flotando a poca distancia de su cuerpo. No sabía si era debido al cansancio o al shock de la brusca e inesperada despedida de Vincent D'Agosta. Le habría gustado poder enfadarse, pero por alguna razón no podía. Solo podía estar triste. Se preguntó dónde estaba y qué hacía D'Agosta. También se hizo otra pregunta, la fundamental: cómo podía parecerle que algo tan bueno de repente era malo.

–¿Capitana?

Levantó rápidamente la cabeza al darse cuenta de que le habían preguntado algo.

–¿Perdón?

–He dicho que si quiere ver una muestra.

Se levantó.

–Con mucho gusto.

–Se trata de una fibra animal extremadamente fina, que yo nunca había visto. La hemos identificado como un tipo muy poco frecuente de cachemir mezclado con un pequeño porcentaje de merino. Muy caro, carísimo. Observará que ambos tipos de fibra fueron teñidos de negro previamente al trenzado. Compruébelo usted misma.

Quince se apartó, señalando el microscopio estereoscópico que había al lado de la mesa de laboratorio.

Hayward se acercó y miró por el binocular. Había media docena de filamentos negros muy delgados sobre un fondo claro. Eran lisos, brillantes y muy regulares.

«Muy caro, carísimo.» En espera de que los de psicología le entregaran el perfil, ya había algunas cosas muy claras sobre el asesino, un hombre –o mujer– de gran refinamiento, inteligencia y recursos económicos.

–El tinte también se ha resistido a la identificación. Está compuesto de un pigmento vegetal natural, no de productos químicos sintéticos, pero aún no sabemos cuál es el agente colorante. No figura en ninguna de las bases de datos que he consultado. Lo más parecido que hemos encontrado es una baya poco común que crece en las laderas del Tíbet, y que usan las tribus y los sherpas del lugar.

Hayward se apartó del microscopio, y mientras escuchaba tuvo un ligero escalofrío de reconocimiento. Su intuición casi nunca fallaba. Normalmente, ese hormigueo era señal de que habían encajado dos piezas de un puzzle, pero de momento no se le ocurría qué piezas podían ser. Probablemente aún estuviera más cansada de lo que pensaba. Decidió irse a casa, cenar algo ligero e intentar dormir.

–Pese a su delgadez, las fibras presentan un trenzado muy sólido –dijo Quince–. ¿Sabe qué significa?

–¿Que proceden de una prenda muy blanda y cómoda?

–Sí, pero no es esa la cuestión, sino que las prendas de esas características no se desgarran fácilmente. Eso explica que haya tan pocas fibras.

–Y podría ser la prueba de que hubo un forcejeo.

–Sí, también lo he pensado. –Quince frunció el entrecejo–. Normalmente, la rareza de una tela es un dato importante para el analista de fibras. Sirve para identificar al sospechoso, pero en este caso es tan poco común que el resultado es justo lo contrario: que no aparece en ninguna base de datos de fibras textiles. También hay otra cosa rara: la edad de la fibra.

–¿Cuáles?

–Según nuestros análisis, la tela se tejió hace como mínimo veinte años. De lo que no tenemos pruebas es de que la prenda en sí también sea vieja. Las fibras no están gastadas. No se aprecia la pérdida de color ni el deterioro que cabría esperar tras varios años de uso y de tintorería. Es como si la tela hubiera salido ayer mismo de la tienda.

Quince se calló. Ya era hora. Abrió las palmas con un gesto como de súplica.

–¿Y? –preguntó ella.

–Pues eso. Ya le he dicho que ninguna de nuestras investigaciones ha dado resultado. Hemos buscado en todas partes: fábricas textiles, fabricantes de ropa... Todo, dentro y fuera de nuestras fronteras, y pasa lo mismo que en el caso de la cuerda: teniendo en cuenta lo poco que nos dice, es como si la tela se hubiera fabricado en la luna.

¿«Lo poco que nos dice»?

–Perdone, pero con eso no podemos conformarnos. –El tono de la capitana se volvió un poco agresivo a causa del cansancio y la impaciencia–. En este caso, doctor Quince, disponemos de muy pocas pruebas, y estas fibras están entre las más importantes. Ya ha dicho que la tela es muy poco común. Si han consultado a todos los fabricantes, el paso siguiente deberían ser los sastres.

La reprimenda hizo encogerse a Quince, que la miró dolido con sus ojos grandes y húmedos, como de perro.

–Pero capitana Hayward, con la cantidad de sastres que hay en el mundo sería como buscar una aguja en un...

–Si es una tela tan fina como dice, bastará con que se pongan en contacto con los más caros y exclusivos. Y solo en tres ciudades: Nueva York, Londres y Hong Kong.

Hayward se dio cuenta de que respiraba muy deprisa, y de que había levantado la voz. «Tranquila», se dijo.

En medio del silencio incómodo que descendió sobre el laboratorio, oyó carraspear a alguien educadamente, y al mirar por encima del hombro vio al capitán Singleton en la puerta.

–Glen –dijo, preguntándose cuánto tiempo llevaba ahí,

–Laura... –Singleton la saludó con la cabeza–. ¿Te puedo decir una cosa?

–Sí, claro. –Hayward se giró otra vez hacia Quince–. Mañana me da otro informe, por favor.

Siguió a Singleton al pasillo, lleno de gente.

–¿Qué pasa? –preguntó cuando se pararon–. Casi es la hora de la reunión de Rocker.

Singleton esperó un poco antes de contestar. Iba muy elegante, con un traje de raya ancha, y aunque ya fuera casi de noche su camisa blanca parecía recién puesta, de lo bien planchada que estaba.

–Me ha llamado el agente especial Carlton, de la delegación del FBI en Nueva York –dijo, haciéndole señas de que se apartara para no estorbar–. Los de Quantico le han encargado una investigación.

–¿Sobre qué?

–¿Te suena el nombre de Michael Decker?

Hayward pensó un poco y negó con la cabeza.

–Era un jefazo del FBI que vivía en uno de los mejores barrios de la capital, pero lo asesinaron ayer. Le metieron una bayoneta por la boca. Una barbaridad, vaya, y como te imaginarás el FBI ha puesto todos sus recursos en la investigación. Están preguntando a los colegas de Decker para saber si tenía cuentas pendientes con

alguien. –Singleton se encogió de hombros–. Parece que uno de los colegas y mejores amigos de Decker era un tal Pendergast.

Hayward se quedó mirándolo.

–¿El agente Pendergast?

–Exacto. ¿Verdad que trabajaste con él en el asesinato de Cutforth?

–Sí, y antes de eso ya habíamos participado juntos en algún caso.

Singleton asintió con la cabeza.

–Como el agente Pendergast ha desaparecido, y se le da por muerto, Carlton me ha pedido que pregunte a todos los que colaboraron con él dentro de la policía de Nueva York, para saber si le habían oído decir algo sobre Decker, respecto a posibles enemigos, por ejemplo. He pensado que podías saber algo.

Hayward reflexionó.

–No, a mí Pendergast nunca me dijo nada sobre ningún Decker. –Vaciló–. Podrías hablar con el teniente D'Agosta, que en los últimos siete años colaboró con él como mínimo en tres casos.

–Ah, ¿sí?

Hayward asintió, esperando mantener una expresión neutra de profesionalidad.

Singleton sacudió la cabeza.

–Es que a D'Agosta no lo encuentro. No ha dado señales de vida desde la hora de comer, y no lo ha visto nadie de los que trabajan en su caso. Por alguna razón, tampoco lo localizamos por la radio. ¿Tú no sabrás dónde está?

Singleton lo preguntó con un tono de estudiada neutralidad, viendo pasar a la gente.

Fue el momento en que Hayward se dio cuenta de que sabía lo suyo con D'Agosta, y sintió una vergüenza tan repentina como avasalladora. «Conque no es tan secreto como me parecía.» Se preguntó cuánto tardaría en enterarse de que ya no vivían juntos.

Se humedeció los labios.

–Lo siento, pero no tengo ni idea de dónde está el teniente D'Agosta.

Él vaciló.

–¿O sea, que a ti Pendergast nunca te hizo ningún comentario sobre Decker?

–No, nunca. Era de los que nunca enseñan las cartas. Nunca hablaba de nadie, y menos de sí mismo. Siento mucho no poder ayudarte.

–Bueno, ya te digo, era una posibilidad muy remota. Que se ocupen los del FBI de los suyos.

Se decidió a mirarla.

–¿Me dejas que te invite a un café? Aún quedan unos minutos antes de la reunión.

–No, gracias, tengo que hacer unas llamadas.

Singleton asintió, le dio la mano y se giró.

Ella lo vio alejarse, pensativa. Después se fue despacio en dirección contraria, disponiéndose a volver a su despacho, pero bruscamente sintió que se desconectaba de su entorno: el murmullo de conversaciones, la gente que pasaba... Incluso del dolor que acababa de instalarse dentro de su corazón, y que la atormentaba.

Había atado cabos.

## Ù
# Veinticuatro

William Smithback daba vueltas por su suntuosa habitación de la segunda planta de River Oaks. Tenía que reconocer que Pendergast había dicho la verdad: era una maravilla. Su habitación estaba amueblada a todo lujo, aunque en un estilo pasado de moda desde la época victoriana: papel aterciopelado oscuro en la pared, una cama enorme con dosel, muebles de caoba exageradamente grandes... En todas las paredes había cuadros con marcos plateados: un bodegón con un frutero, una puesta de sol en el mar, un paisaje pastoril de vacas y pajares... Y no eran reproducciones, sino óleos de verdad. No llegaba a haber nada fijado con tornillos al suelo o la pared, pero Smithback había observado la ausencia de objetos punzantes, y había sufrido también la humillación de tener

que dejar el cinturón y la corbata en la entrada. Otra cosa que llamaba la atención era la falta de teléfonos.

Se acercó pensativo al ventanal. Fuera caían gruesos copos de nieve que hacían ruido al chocar con el cristal. Anochecía, pero aún era posible distinguir una gran extensión de césped cubierta por un manto de nieve, rodeada de setos y jardines –ahora todo eran bultos blancos– y sembrada de estatuas con carámbanos. Al otro lado del alto muro de piedra que delimitaba el jardín había un bosque y un camino que serpenteaba diez kilómetros por la ladera hasta el primer pueblo. La ventana no tenía barrotes, pero sus paneles, pequeños y muy emplomados, parecían extremadamente difíciles de romper.

Intentó abrirla, más que nada por probar, pero no se movió, y eso que no se veía ninguna cerradura. Empujó un poco más. Nada. Se giró, encogiéndose de hombros.

El edificio era enorme y laberíntico; ocupaba la cima de uno de los montes más bajos de los Catskills, y había sido el refugio campestre del comodoro Cornelius Vanderbilt antes de Newport. Ahora lo habían reconvertido en un psiquiátrico para la flor y nata de la alta sociedad. Las enfermeras y el personal de servicio llevaban uniformes negros (no blancos, como era lo habitual), y siempre estaban a disposición de las necesidades de los «huéspedes». Aparte del turno de trabajo, y de la hora diaria de terapia, Smithback carecía de horarios fijos. Por otro lado, la comida era fantástica; le había tocado trabajar en la cocina, y se había enterado de que el chef procedía de Le Cordon Bleu.

A pesar de todo, se agobiaba. Durante las pocas horas que llevaba en River Oaks se había aconsejado tomárselo con calma, diciéndose que era por su bien, y que lo lógico era disfrutar del lujo, de un tren de vida del que en otras circunstancias casi se habría alegrado. Convenía tomárselo como una obra de teatro, que incluso podía suministrarle material para un futuro libro. Parecía increíble que quisieran matarlo.

Pero los discursitos empezaban a sonarle huecos. Su ingreso en el centro se había producido cuando aún estaba atontado por la persecución y por el brusco vuelco sufrido por su vida, pero ahora

había tenido tiempo de pensar, mucho tiempo, y se le acumulaban las preguntas, así como las peores hipótesis.

Se dijo que al menos no tenía que preocuparse por Nora. La había llamado por teléfono mientras iban por la New York Thruway, con el móvil de Pendergast, y se había inventado el cuento de que estaría incomunicado durante unos días porque el *Times* le había asignado una misión secreta en Atlantic City sobre un escándalo de casinos. Tenía plenas garantías de Pendergast sobre la integridad de Nora, y hasta la fecha nunca había visto equivocarse al agente. Sí que se sentía culpable por haberle dicho una mentira, pero en el fondo era por su bien, y ya tendría tiempo de explicárselo todo.

Lo que más lo obsesionaba era su trabajo. ¿Que aceptarían que estaba enfermo? Sin duda, y seguro que Pendergast haría que sonara convincente, pero entretanto Harriman tendría vía libre, y Smithback sabía que al volver de su «convalecencia» podría darse por afortunado si le asignaban alguna noticia, aunque fuera la del Exhibicionista.

Lo peor de todo era no saber la duración de su estancia.

Se giró para dar otra vuelta por el dormitorio, medio loco de preocupación.

Llamaron bajito a la puerta.

–¿Qué pasa? –dijo irasciblemente.

Una enfermera de cierta edad asomó un rostro enjuto, y un pelo muy negro recogido en un severo moño.

–Ya está servida la cena, señor Jones.

–Gracias, ahora bajo.

«Edward Jones, hijo de un banquero de inversiones de Wall Street, con problemas psicológicos que requieren descanso, relajación y aislarse de las tensiones de este mundo.» La sensación de interpretar el papel de Edward Jones, y de vivir en un lugar donde todos lo tomaban por otra persona, era francamente rara, sobre todo porque esa persona no estaba del todo bien de la cabeza. El único que sabía la verdad era el conocido de Pendergast, el director de River Oaks (un tal doctor Tisander), a quien Smithback solo había visto de refilón, mientras Pendergast

se ocupaba de los trámites de ingreso. Aún no habían tenido la oportunidad de hablar en privado.

Salió del dormitorio, cerró la puerta (desprovista de cerrojo, como parecían estarlo todas las de los huéspedes) y caminó hasta el fondo del pasillo, hundiendo los pies sin hacer ruido en la moqueta de color rosado. Era un pasillo largo, revestido de caoba pulida y tallada, con molduras, y todo él muy oscuro. En las paredes también había cuadros al óleo. Solo se oía gemir un poco el viento fuera del edificio. El silencio que reinaba en la enorme mansión parecía tener un componente sobrenatural.

El pasillo daba a un rellano muy grande, del que arrancaba una gran escalinata. Oyó voces a la vuelta de la esquina y caminó más despacio por curiosidad instintiva de periodista.

–... no sé si podré seguir trabajando mucho más en este loquero –dijo una voz ronca de hombre.

–¡Vamos, no te quejes tanto! –contestó otra más aguda–. El trabajo está chupado, pagan bien y se come de vicio. Encima los locos son simpáticos y no molestan. ¿Qué le ves de tan malo?

Eran dos auxiliares. Smithback no pudo evitar prestar oídos a la conversación.

–Pues esto de estar en el culo del mundo, sin poderse mover. Aquí, sobre una montaña en pleno invierno, sin nada que no sea bosque en varios kilómetros a la redonda... A la larga te desquicia.

–Igual tendrías que volver como huésped.

El segundo auxiliar soltó una carcajada.

–Lo digo en serio –dijo el otro, ofendido–. ¿Sabes la señorita Havisham?

–¿La loca de Nellie? ¿Qué le pasa?

–¿Sabes que siempre dice que ve gente que no existe?

–Aquí todos ven gente que no existe.

–Pues ha conseguido que yo también la vea. Me ha pasado a media tarde, volviendo de la cuarta planta. He mirado de casualidad por la ventana de la escalera, y te juro que fuera había alguien. Fuera, en medio de la nieve.

–Sí, claro.

–¡Que sí, que lo he visto! Una forma oscura que se movía deprisa entre los árboles, pero la segunda vez que he mirado ya no estaba.

–Ya. Y ¿cuánto Jack Daniels te habías tomado?

–¿Yo? Nada. Te digo yo que este sitio está...

Smithback, que se había acercado muy despacio al borde del pasillo, perdió el equilibrio y se tambaleó por el rellano. Los dos hombres –auxiliares uniformados de negro–: se separaron bruscamente, al tiempo que volvían a ponerse la máscara de inexpresividad.

–¿Podemos ayudarlo, señor... Jones?–dijo uno de los dos.

–No, gracias, es que bajaba a cenar.

Smithback bajó por la escalinata con toda la dignidad que logró reunir.

El comedor era un salón muy lujoso de la primera planta, que le recordó un club masculino de Park Avenue. Dentro había como mínimo treinta mesas, pero era tan grande que habrían cabido varías decenas más sin estrecheces. Todas tenían su mantel de hilo bien planchado, y sus cubiertos de plata muy brillantes (pero romos). El techo, con varias arañas de cristal, estaba pintado de azul Wedgwood. A pesar del despliegue de elegancia, parecía de bárbaros cenar a las cinco. En algunas mesas ya había huéspedes que comían metódicamente, conversaban en voz baja o miraban al vacío con cara de mal humor. También había algunos que arrastraban lentamente los pies hacia su mesa.

«Dios mío –pensó Smithback–. La cena de los muertos vivientes.» Miró a su alrededor.

–¿Señor Jones? –Llegó un auxiliar, obsequioso como un maítre (y con la misma sonrisita de superioridad bajo la máscara de servilismo)–. ¿Dónde le apetece sentarse?

–Pues probaré con esa mesa de allá –dijo Smithback, señalando una donde estaba sentado un chico joven, untando un panecillo de mantequilla.

Iba impecablemente vestido (traje caro, camisa blanca como la nieve y zapatos brillantes), y parecía el más normal del grupo. Cuando vio sentarse a Smithback, lo saludó con la cabeza.

–Roger Throckmorton –dijo, levantándose–. Encantado de conocerlo.

–Edward Jones –contestó Smithback, agradeciendo su cordialidad.

Cogió la carta que le daba el camarero, y al abrirla no pudo evitar quedarse absorto en la larga lista de platos. Al final no se decidió por un segundo, sino por dos: platija *à la Mornay* y costillas de lechal, más una ensalada de rúcula y una galantina de huevos de chorlito. Tras marcar su elección en la tarjeta puesta al lado de su plato, se la dio al camarero junto con la carta y volvió a mirar a Throckmorton. Tenían aproximadamente la misma edad. Era muy guapo, rubio, con la raya perfecta, y olía un poco a aftershave caro. Por alguna razón, a Smithback le recordó a Bryce Harriman. Daban la misma sensación de tener a sus espaldas una larga historia de dinero y privilegios.

Bryce Harriman...

Consiguió borrar la imagen de su mente con un esfuerzo gigantesco.

–Qué –dijo, captando la atención de su comensal–, ¿usted por qué está aquí?

Solo se dio cuenta de que era una pregunta impertinente después de haberla hecho.

No tuvo la impresión de que Throckmorton se lo tomara mal.

–Supongo que por lo mismo que usted: por estar loco. –El joven se rió entre dientes para que se notara que lo decía en broma–. No, ahora en serio, me metí en un lío y mi padre me envió aquí arriba para... descansar un poco. Nada grave.

–¿Cuánto tiempo hace que está aquí?

–Un par de meses. ¿Y usted, por qué ha venido?

–Para lo mismo, descansar.

Smithback buscó desesperadamente una manera de reconducir la conversación. «¿De qué hablarán los locos?» Se acordó de que los casos más graves estaban recluidos en un ala especial. Los huéspedes de la parte principal de la mansión tenían simples «problemas».

Throckmorton dejó el panecillo en una bandeja y se limpió la boca con unos toquecitos de su servilleta.

–Acaba de llegar hoy, ¿no?

–Efectivamente.

El camarero les trajo las bebidas: té para Throckmorton y un zumo de tomate para Smithback (disgustado por no poder tomarse su whisky de malta habitual). El periodista volvió a mirar a los demás con disimulo. Se movían todos tan despacio, y hablaban tan bajito... Parecía un banquete a cámara lenta. «Jo, tío, dudo que pueda aguantarlo mucho tiempo.» Intentó acordarse de lo que le había dicho Pendergast (que un asesino lo tenía en el punto de mira, y que estar en River Oaks redundaba no solo en su seguridad, sino en la de Nora), pero el primer día ya se le había hecho cuesta arriba. ¿Perseguirlo a él, un asesino peligroso? Pero ¿por qué? Que supiera, podía ser perfectamente a Pendergast a quien buscaban el Mercedes y la bala. Además, sabía cuidarse solo. Ya había vivido situaciones difíciles, trances durísimos, en más de un caso...

Volvió a hacer el esfuerzo de concentrarse en su compañero de mesa.

–¿Y qué, qué le parece el... sitio? –fue lo único que se le ocurrió.

–Ah, pues la verdad es que no está mal, el mazacote este.

El brillo divertido de los ojos de Throckmorton hizo pensar a Smithback que podía haber encontrado un aliado.

–¿Nunca se cansa? Digo de no salir.

–Bueno, en otoño era mucho más bonito, porque el paisaje es espectacular, y reconozco que la nieve te recluye un poco, pero de todos modos ¿«salir» adonde?

Smithback meditó sobre la respuesta.

–¿Y usted, Edward? ¿A qué se dedica? –preguntó Throckmorton–. ¿Cómo se gana la vida?

Smithback repasó mentalmente lo que le había enseñado Pendergast.

–En la empresa de mi padre, que tiene un banco de inversiones en Wall Street.

–Mi familia también trabaja en Wall Street.

A Smithback se le encendió una lucecita en la cabeza.

–¡No será el Throckmorton que pienso!

Al otro lado de la mesa, el joven sonrió.

–Pues me temo que sí; al menos uno de ellos, porque somos una familia bastante grande.

Justo en ese momento volvió el camarero con los entrantes: trucha de río para Throckmorton y la platija y el cordero de Smithback. Throckmorton se quedó mirando las enormes porciones de su compañero de mesa.

–No me gusta nada la gente que no come –dijo.

Smithback se rió. Ese tío de loco no tenía nada.

–Yo nunca me salto una comida gratis.

Levantó el cuchillo y el tenedor y los clavó en la platija. Empezaba a encontrarse mejor. La comida estaba deliciosa, y Throckmorton parecía bastante buen tío. Si podía hablar con alguien, quizá River Oaks se le hiciera soportable un par de días más. Claro que tendría que extremar las precauciones para no meter la pata sobre su falsa identidad...

–¿Y qué hace aquí la gente todo el día? –masculló con la boca llena de pescado.

–¿Cómo?

Se lo tragó.

–Que cómo pasan el rato.

Throckmorton se rió entre dientes.

–Yo tengo un diario y escribo poesía. También intento estar al día de los mercados, aunque no es que me desviva. Si hace buen tiempo, me gusta pasear por el recinto.

Smithback asintió con la cabeza y clavó el tenedor en otro trozo de pescado.

–¿Y de noche?

–Bueno, en el salón de la planta baja hay billares, y en la biblioteca se puede jugar al bridge y al whist; también está la opción del ajedrez, que tiene su gracia, siempre que haya un contrincante disponible, pero yo casi siempre leo. Últimamente,

mucha poesía. Anoche, por ejemplo, empecé *Los cuentos de Canterbury*.

Smithback asintió en señal de aprobación.

–Mi parte favorita es «El cuento del molinero».

–La mía creo que el «Prólogo general». Está lleno de ideas esperanzadoras de renovación y de renacimiento.–Throckmorton se apoyó en el respaldo y recitó los versos iniciales–: *Cuando el abril y su aguacero manso /penetra en la raíz de la sequía de marzo...*

Smithback hizo un esfuerzo y logró entresacar de su memoria algunos versos del prólogo.

–¿Y esto? *Me aconteció que en esos días del año, / en Southwark, alojado en El Tabardo...*

*–A pescar, con la árida llanura detrás de mí.*

Smithback, que había vuelto a concentrarse en el cordero, tardó un poco en darse cuenta del cambio.

–Un momento. Eso no es de Chaucer, es de Eliot...

*–¡Extínguete, fugaz antorcha!* [2]

Throckmorton se irguió tanto que fue como si se cuadrara.

El trozo de cordero de Smithback se quedó a medio camino de la boca, en la punta del tenedor. Su sonrisa se había vuelto forzada.

–¿Perdón?

–¿No ha oído algo?

Throckmorton tenía la cabeza ladeada, en un esfuerzo de atención.

–Ah... pues no...

Volvió a ladearla.

–Sí, ahora mismo lo soluciono.

–¿Solucionar el qué?

Miró a Smithback con irritación.

–No se lo decía a usted.

–Ah, perdone.

Se levantó de la mesa, se limpió la boca con afectación y dejó perfectamente doblada la servilleta.

–Espero que me perdone, Edward, pero tengo una cita de trabajo.

–Aja –dijo Smithback, consciente de que la sonrisa, o mejor dicho el rictus, seguía tensando sus labios.

–Sí. –Throckmorton se inclinó para susurrarle en tono confidencial–: Y no me duelen prendas en decirle que es una grandísima responsabilidad; claro que cuando nos llama Él, ¿quién puede negarse?

–¿Él?

–Dios nuestro Señor. –Throckmorton se irguió y le dio la mano–. Ha sido un placer. Espero que pronto volvamos a vernos.

Y salió del comedor con mucho garbo.

## Ù

# Veinticinco

Despacio, un poco cohibido, D'Agosta caminó por la sección de Homicidios, un gran espacio sin subdivisiones. Aunque fuera teniente de la policía de Nueva York y pudiera decirse que tenía carta blanca para pasearse a su gusto por la jefatura, no dejaba de sentirse como un espía en territorio enemigo.

«Tengo que saber algo más –había dicho Pendergast–. Cualquier detalle podría ser fundamental, incluso el más pequeño e insignificante.» Palabras cuyo significado era palmario: necesitaba el expediente de Charles Duchamp. Tan palmario como que esperaba que se lo consiguiera D'Agosta.

Por desgracia, estaba resultando más difícil de lo previsto. Solo hacía dos días que D'Agosta se había reincorporado a su trabajo, y el caso del Exhibicionista era más absorbente de lo que pensaba. El muy pirado parecía descocarse más con cada delito. En solo dos días –los de la baja de D'Agosta– había encadenado tres saqueos de cajeros automáticos, y ahora, con el asesinato de Duchamp, quedaba menos gente disponible para la vigilancia. Coordinar los equipos de dos agentes y hablar con los directores de las sucursales de los bancos afectados le había consumido muchas horas. De hecho estaba delegando demasiado trabajo,

tenía que reconocerlo, e iba muy retrasado en las entrevistas con posibles testigos oculares, pero siempre se acordaba del tono urgente de las palabras de Pendergast.

Una urgencia que contenía un mensaje: «Tenemos que trabajar deprisa, Vincent, antes de que vuelva a matar».

Sin embargo, pese a haber dedicado muchas y valiosas horas de trabajo a consultar los expedientes on-line sobre el asesinato de Duchamp, la base de datos de acceso general contenía poca información novedosa, o que no pudiera consultar el propio Pendergast desde su ordenador portátil. No había vuelta de hoja: tendría que agenciarse el expediente físico del caso.

Llevaba unos papeles en la mano izquierda: las entrevistas del día anterior con alguien que podía haber visto al Exhibicionista. Los traía como simple camuflaje, para tener algo en la mano. Mientras caminaba, miró su reloj: las seis menos diez. La sala, enorme, aún hervía de actividad: policías hablando con otros policías o por teléfono, policías escribiendo en el ordenador (la mayoría)... En las comisarías de distrito siempre había agentes de guardia, y en cualquiera de ellas podía contarse con encontrar a alguien tramitando papeles en su mesa a cualquier hora del día o de la noche. Gran parte de la vida del policía consistía en rellenar documentos, y donde más documentos había era en Homicidios.

De todos modos, a D'Agosta no lo molestaba ver tanta actividad. En el fondo era una ventaja, porque le permitía pasar más inadvertido. Lo esencial era que Laura Hayward no estuviera en su despacho. Era jueves, el día establecido por Rocker para una de sus reuniones de balance. Gracias al caso Duchamp, seguro que Hayward figuraría entre los asistentes.

Miró de reojo al fondo de la sala, con cierto sentimiento de culpa. El despacho de la capitana tenía la puerta abierta, y la mesa cubierta de papeles. Al verla, sintió un hormigueo fugaz en la entrepierna. No hacía muchos meses que la mesa de Laura había servido para menesteres muy distintos al papeleo. Suspiró. Claro que entonces ocupaba la planta de arriba. Y desde entonces habían pasado muchas cosas, casi todas malas.

Apartó la vista y miró a su alrededor. A la derecha había varias mesas vacías, todas con su placa en la parte delantera y su ordenador al lado. Delante, y a lo largo de la pared izquierda, se sucedían no menos de doce archivadores horizontales que llegaban hasta el techo. Era donde estaban los expedientes de todos los casos de homicidio que aún no se habían cerrado.

La buena noticia era que el de Duchamp pertenecía a esa categoría. Todos los casos cerrados se guardaban en el almacén, lo cual significaba tener que firmar a la entrada y la salida, con los problemas de seguridad que comportaba. La mala era que, por ser el de Duchamp un caso abierto, D'Agosta tendría que examinar las pruebas ahí mismo, delante de toda la sección de Homicidios.

Volvió a mirar a su alrededor, sintiéndose expuesto y vulnerable hasta extremos ridículos. «Tío, que si la cagas por algo será por dudar», se dijo, y se acercó a uno de los archivadores con el paso más lento y natural que le salió. A diferencia de otras secciones que clasificaban los casos por números, en Homicidios lo hacían por el apellido de las víctimas. Aminoró aún más el paso, mirando disimuladamente las etiquetas: DA-DE, DE-DO, DO-EB.

«Allá voy.» Se paró delante del archivador que tocaba y tiró del cajón, haciendo aparecer varias docenas de carpetas verdes sobre rieles. «¡Madre mía! Pero ¿cuántos homicidios están investigando aquí?»

Era el momento de actuar deprisa. Dio la espalda a la hilera de mesas y empezó a mover carpetas de izquierda a derecha, empujando las etiquetas de los nombres con el dedo índice. Donatelli, Donato, Donazzi... ¿Qué era, la Semana de la Mafia en Homicidios? Dowson... Dubliawitz....

Duggins.

«Mierda.»

Dejó el dedo apoyado en la carpeta del expediente de Randall Duggins. No había querido plantearse la posibilidad de que los papeles de Duchamp no estuvieran en el archivador.

¿Era posible que los tuviera Laura? ¿Los habría dejado encima de su mesa al ir a la reunión de Rocker? ¿O los tenía alguno de sus

detectives?

En todo caso, la había cagado. Tendría que volver en otro momento, en algún otro turno, para no levantar sospechas entre el mismo grupo. Pero ¿en qué otro momento podía estar seguro de no encontrar a Laura, si era adicta al trabajo y podía estar en la oficina casi a cualquier hora, sobre todo desde que no tenía motivos para volver a casa?

Sintió que se le encorvaban los hombros. Dejó caer la mano del archivador, y se dispuso a cerrarlo suspirando.

Justo en ese momento se fijó en el expediente que había detrás del de Randall Duggins. En la etiqueta ponía «Charles Duchamp».

«¡Hombre, qué suerte! Lo habrán clasificado mal con las prisas.»

Lo sacó del archivador y empezó a hojearlo. Era mucho más gordo de lo que esperaba. Laura se había quejado de la escasez de pruebas, pero los documentos eran como mínimo una docena, y todos gruesos: análisis y comparaciones de huellas dactilares, informes de investigación, partes, resúmenes de entrevistas, informes de obtención de pruebas, informes de toxicología y de laboratorio... «No hay nadie como Laura Hayward para documentar bien hasta la última birria de caso.»

Su esperanza era leer el expediente por encima, dejarlo en su sitio, buscar a Pendergast e informarle oralmente, pero había demasiado material. No le quedaba más remedio que fotocopiarlo, y darse prisa.

Cerró el archivador con la misma naturalidad de movimientos que antes, mirando hacia ambos lados. En medio de la sala había una fotocopiadora, pero estaba rodeada de mesas. Justo cuando la miraba, se acercó un agente a usarla. La opción de llevarse la carpeta y copiarla en otro piso era demasiado peligrosa para tomarla en cuenta. Por otro lado, las secciones grandes como la de Homicidios solían disponer de varias fotocopiadoras. Tenía que haber alguna otra cerca. Pero ¿dónde?

«Allí.» Cerca del despacho de Hayward, en la pared del fondo, entre un tablón de anuncios y un dispensador de agua.

Se acercó con rapidez. Funcionaba, y no hacía falta código de acceso. Seguía de suerte. Pero tendría que darse prisa, porque faltaba poco para las seis y la reunión de Rocker ya no se alargaría mucho.

Dejó la carpeta al borde de la fotocopiadora, con los papeles del Exhibicionista encima. Decidió empezar por lo más importante, por si lo interrumpían: el informe del responsable del caso. Sería su punto de partida. Lo sacó de la carpeta y empezó a fotocopiarlo.

Los minutos transcurrían a paso de tortuga. Bien fuera por la magnitud del fajo de papeles, bien por la distancia entre la máquina y las mesas de la brigada de Homicidios, no vino nadie más a usarla. Procedió lo más deprisa que pudo con los resultados del laboratorio, los informes de toxicología, los análisis de huellas dactilares y las entrevistas. Cada vez que la máquina escupía una nueva fotocopia, la guardaba debajo de la documentación del Exhibicionista.

Volvió a mirar su reloj. Ya eran las seis y cuarto pasadas, casi y veinte. Tenía que irse pitando. Laura podía llegar en cualquier momento.

Justo entonces, un teniente de Homicidios –a quien reconoció como uno de los colaboradores de confianza de Hayward– apareció al fondo de la sección. Era la señal para marcharse. Cuando acabó con el informe de la última entrevista, reordenó el expediente, cuadró las fotocopias y dejó la carpeta en el archivador. No lo había copiado todo, pero ya tenía los documentos más importantes. Sumados a las pruebas obtenidas por Pendergast en Nueva Orleans, deberían ser de enorme utilidad. Después de cerrar el archivador, se fue hacia la salida, siempre con la precaución de que no se le notaran los nervios.

El recorrido se le hizo eterno. Tenía miedo de que apareciera Laura en la siguiente puerta. Sin embargo, acabó por llegar al pasillo central, donde estaba relativamente a salvo. Ahora solo tenía que coger el primer ascensor.

El pasillo estaba casi vacío, sin nadie esperando delante de los ascensores. Se acercó y pulsó el botón de llamada. Poco después

se oyó el timbre de una cabina que bajaba. Las puertas se abrieron justo cuando se acercaba.

Dentro solo había una persona: Glen Singleton.

Al principio D'Agosta se quedó paralizado de sorpresa. Tenía que ser una pesadilla. Esas cosas, en la vida real, no pasaban.

Singleton lo miró serenamente, sin alterarse.

–Vincent, que estás reteniendo el ascensor –dijo.

D'Agosta se apresuró a entrar. Singleton pulsó un botón, haciendo que se cerraran las puertas con un suspiro.

El capitán esperó a que hubieran iniciado el descenso para hablar.

–Salgo de la reunión de Rocker –dijo.

D'Agosta se maldijo en silencio. Debería haber previsto que Singleton acudiría a la reunión. No tenía la cabeza clara.

Singleton volvió a mirarlo. No dijo nada. Tampoco hizo falta. Era su mirada la que decía claramente: «¿Y tú? ¿Se puede saber qué haces aquí?».

D'Agosta pensó deprisa. Hacía dos días que evitaba a toda costa a Singleton y la pregunta. Lo que dijera tendría que ser verosímil.

–Me dijeron que un detective de Homicidios podía haber presenciado sin saberlo el último golpe del Exhibicionista, y se me ha ocurrido pasar para verificarlo.

Levantó el fajo de documentos sobre el Exhibicionista, como si quisiera subrayar sus palabras.

Singleton asintió despacio. Sonaba creíble, pero al mismo tiempo era bastante indefinido como para dejarle a D'Agosta cierto margen de maniobra.

–¿Cómo dices que se llamaba el detective? –preguntó Singleton con afabilidad.

D'Agosta hizo el esfuerzo de no cambiar de cara, para que no se le notaran la sorpresa ni las dudas. Pensó en la hilera de mesas vacías junto a la que acababa de pasar, e intentó recordar los nombres de las placas.

–Conté, Michael Conté –dijo.

Singleton volvió a asentir.

–No estaba –dijo D'Agosta–. La próxima vez llamaré por teléfono.

Se quedaron callados, mientras seguía bajando el ascensor.

–¿A ti te suena de algo un agente del FBI que se llamaba Decker? –preguntó Singleton.

D'Agosta tuvo que hacer otro esfuerzo para no traicionar su sorpresa.

–¿Decker? No, creo que no. ¿Por qué?

–Porque el otro día lo mataron en su casa de Washington, y parece que era muy amigo del agente especial Pendergast, con quien sé que colaboraste antes de su desaparición. ¿Pendergast te había hablado de Decker? ¿De si tenía enemigos, por ejemplo?

D'Agosta fingió reflexionar.

–No, creo que no.

Otro breve silencio.

–Me alegro de verte trabajando –dijo Singleton–, porque estos últimos dos días me han llegado voces de que se están descuidando algunos puntos. Cosas a medio hacer, o no hechas. Trabajo delegado sin necesidad.

Era todo cierto, pero D'Agosta trató de introducir algunas gotas de justa indignación en su tono.

–Me estoy poniendo al día lo más deprisa que puedo. Hay mucho trabajo.

–También he oído que en vez de seguir todas las pistas del caso del Exhibicionista has estado preguntando mucho sobre el asesinato de Duchamp.

–¿Duchamp? –repitió D'Agosta–. Es que un caso muy raro, capitán. Supongo que nos ha picado a todos la curiosidad.

Singleton asintió aún más despacio que las otras veces. Tenía la facultad de traducir su pensamiento en expresiones faciales. La de ese momento decía: «Especialmente a ti». Sin embargo, volvió a cambiar de tema.

–¿Te pasa algo con la radio?

Mierda. Esa tarde, D'Agosta la había dejado apagada con la esperanza de eludir preguntas (precisamente las que le estaban

haciendo). Debería haber previsto que levantaría aún más sospechas.

–Pues ahora que lo dice, hoy está haciendo cosas raras –dijo, tocándose el bolsillo de la americana.

–Te aconsejo que la revises. O que pidas una nueva.

–Eso está hecho.

–¿Algún problema?

Singleton lo preguntó tan de sopetón que al principio D'Agosta se quedó perplejo.

–¿Cómo?

–Me refiero a tu madre. ¿Va todo bien?

–Ah... Sí, sí; el diagnóstico es mejor de lo que se esperaba. Gracias por preguntar.

–¿Y la vuelta al trabajo? ¿Todo bien?

–Sí, sí, capitán, perfectamente.

El ascensor redujo su velocidad, pero Singleton siguió observando a D'Agosta.

–Muy bien –dijo–. Me alegro de oírlo, Vincent, porque la verdad es que prefiero que alguien no esté a que solo esté a medias. ¿Me explico?

D'Agosta asintió.

–Sí.

Cuando las puertas se abrieron, Singleton sonrió un poco e hizo un gesto con la mano.

–Tú primero.

## Ù

# Veintiséis

Margo se quedó frente a la puerta del despacho de Menzies, sin decidirse a entrar. Respiró hondo. Cuando llamó, fue el propio Menzies quien salió a recibirla. Hacía varios años que había renunciado a la prerrogativa de una secretaria, quejándose de que lo desconcentraba. Sonrió, la saludó con la cabeza y se apartó, haciéndole gestos de que entrara.

Margo conocía bien el despacho. Durante su primera experiencia en el museo, como simple estudiante de posgrado, era el despacho del predecesor de Menzies, su director de tesina, el doctor Frock. En esa época estaba lleno de muebles victorianos, fósiles y curiosidades. Con Menzies parecía más amplio y más acogedor: las polvorientas placas fósiles habían sido sustituidas por grabados elegidos con buen gusto, y el macizo y antiguo mobiliario había cedido su lugar a unos sillones de piel muy confortables. En un rincón había un iMac nuevo, con pantalla plana. Los últimos rayos del sol poniente entraban por una de las ventanas orientadas al oeste, recortando un paralelogramo rojo en la pared de detrás del escritorio de caoba de Menzies.

El director la acompañó a un sillón y se sentó al otro lado de la mesa, con la espalda inclinada y las manos juntas.

–Gracias por venir tan deprisa, Margo.

–No, qué va...

–Ya veo que trabajas hasta tarde.

–Es que esta noche tengo que entregar las pruebas de *Museology*.

–Claro. –Menzies separó las manos y se apoyó en el respaldo, haciendo que su pelo blanco y rebelde quedara envuelto en un halo dorado–. Ya habrás adivinado que te he hecho venir porque el consejo de administración me ha dado su respuesta sobre las máscaras tano.

Margo se puso cómoda en el sillón, tratando de irradiar aplomo y confianza.

Menzies profirió un largo suspiro.

–Iré directamente al grano: hemos perdido. El consejo ha votado a favor de que las máscaras se queden.

Margo sintió que se ponía rígida.

–No se imagina lo mucho que lo lamento.

–Sí, yo también lo siento. No será porque no lo haya intentado. Collopy ha estado comprensivo, pero el consejo se ha cerrado en banda. La mayoría son banqueros y abogados, que saben tanto de antropología como yo de órdenes judiciales o del mercado de futuros; por desgracia, tal como está hecho el mundo se pueden

atrever a darnos órdenes, y no al revés. Francamente, el resultado no me sorprende nada.

Margo vio que el director había perdido su afabilidad de siempre. Pese a todos los malos presagios, ella había albergado la esperanza de que el consejo tomara la decisión correcta, pero ¿cómo podía esperar que unos abogados de Wall Street entendieran algo que, a pesar de lo obvio que le parecía a ella, no lo era ni siquiera para sus colegas de departamento?

Menzies se apoyó en la mesa y la miró con atención.

–Esto te coloca en una situación aún más difícil que antes.

–Sí, me doy cuenta.

–Recibirás muchas presiones para no publicar el editorial. Dirán que no tiene sentido armar follón ahora que la decisión está tomada y es inamovible.

–Pues pienso publicarlo.

–Estaba seguro de que lo dirías. Margo, quiero que sepas que te apoyo al cien por cien, pero también tienes que ser realista y prever las consecuencias.

–Estoy preparada. *Museology* lleva más de un siglo como voz independiente dentro del mundo museístico. Me niego a pasar por el aro, y más en mi primer número.

Menzies sonrió.

–Admiro tu temple, pero debo informarte de que hay una complicación adicional.

–¿Cuál?

–Los tano están planeando una caravana de protesta por todo el país, y tienen programado llegar al museo la noche de la inauguración. Su objetivo, por lo que dicen, va más allá de un simple toque de atención sobre sus exigencias; pretenden «invocar las almas perdidas de las máscaras», o algo por el estilo, y montarán toda una noche de ceremonias religiosas y bailes en Museum Drive, justo enfrente del museo. El consejo se ha enterado hoy mismo.

Margo frunció el entrecejo.

–La prensa se echará sobre la noticia.

–Ni que lo digas.

–Será muy violento para la administración.

–No cabe duda.

–La inauguración será un caos total.

–Clarísimamente.

–Madre mía, qué follón...

–Totalmente de acuerdo.

Tras una larga pausa, Menzies dijo:

–Tú haz lo que tengas que hacer. En esta calamidad de época, la libertad de expresión es algo básico. ¿Me permites un consejo?

–Sí, por favor.

–No hables con la prensa. No les digas nada. Cuando vengan a verte, remítelos amablemente a tu editorial, diciéndoles que es todo lo que tienes que decir al respecto. El museo no puede despedirte por un editorial, pero cuenta con que buscarán cualquier otra razón. Sé discreta. No abras la boca y no les des excusas.

Margo se levantó.

–No sabe cuánto se lo agradezco, doctor Menzies. El director se atusó la melena rebelde y también se levantó, ofreciendo su mano.

–Eres muy valiente –dijo con una sonrisa admirativa.

## Ù

# Veintisiete

Alguien dio unos golpecitos en el cristal de la puerta del despacho. Laura Hayward, absorta en la pantalla de su ordenador, se irguió sorprendida, y hubo un momento absurdo en que pensó que podía ser D'Agosta, que venía con la maleta en la mano a proponerle que volvieran a casa, pero solo era la mujer de la limpieza, una guatemalteca con fregona y cubo que la saludó con la cabeza., sonriendo.

–¿Yo puedo limpiar? –preguntó.

–Sí, sí.

Hayward se apartó rodando de la mesa para dejarle coger la papelera. Miró el reloj de la pared: casi las dos y media de la

madrugada. Y pensar que había querido acostarse temprano... De repente descubría mil cosas que solucionar. Cualquier excusa era buena para no volver a su piso vacío.

Esperó a que se hubiera ido la mujer de la limpieza para acercarse otra vez al terminal y consultar de nuevo la base de datos nacional. En realidad era un simple trámite, porque de momento ya tenía lo que necesitaba.

Al cabo de un rato regresó a la mesa. Si de costumbre ya estaba desordenada, ahora era una selva de listados de ordenador, carpetas, fotos del departamento de pruebas, CD-roms, faxes y fichas, el resultado de su búsqueda de homicidios recientes sin resolver que cumplieran determinados requisitos. Los papeles formaban vagamente una pila. En una esquina de la mesa había otra pila más pulcra y mucho menos gruesa, compuesta por solo tres carpetas. Todas tenían una etiqueta con un nombre: Duchamp. Decker. Hamilton. Tres conocidos de Pendergast. Tres muertos.

Duchamp y Decker: por un lado un amigo de Pendergast, y por el otro un colega. ¿Podía ser una casualidad que hubieran sido asesinados con pocos días de diferencia?

Pendergast había desaparecido en Italia. Lo había hecho, según D'Agosta, en circunstancias tan extrañas que desafiaban la credulidad. No había testigos de su muerte. Tampoco cadáver, ni pruebas. Siete semanas más tarde, tres conocidos del agente morían de forma sucesiva y brutal. La capitana miró las tres carpetas. No podía descartar que hubiera otras víctimas, cuya relación con Pendergast aún desconociera. De todos modos, tres ya eran como para preocuparse.

¿Qué demonios estaba pasando?

Se quedó sentada, dando golpecitos nerviosos al fajo de carpetas. Al cabo de un momento sacó la que llevaba la etiqueta «Hamilton», la abrió, cogió el teléfono e hizo una llamada interurbana.

El teléfono sonó siete veces. Ocho. Nueve. Al final lo cogieron, pero el silencio se alargó tanto que pensó que habían colgado. De repente oyó una respiración pesada, seguida por una voz pastosa, de sueño.

–Más vale que se esté muriendo alguien.

–¿Teniente Casson? Soy la capitana Hayward, de la policía de Nueva York.

–Por mí como si es el Hombre Araña. ¿Sabe qué hora es en Nueva Orleans?

–Una menos que en Nueva York. Perdone que llame tan tarde, pero es importante. Tengo que hacerle unas preguntas sobre uno de sus casos.

–Y ¿no podía esperar hasta mañana? Anda que...

–Se trata del asesinato de Hamilton; Torrance Hamilton, el profesor.

Un largo suspiro de exasperación,

–¿Qué pasa?

–¿Tienen algún sospechoso?

–No.

–¿Alguna pista?

–No.

–¿Pruebas?

–Casi ninguna.

–¿Cuáles, exactamente?

–Tenemos el veneno que lo mató.

Hayward se irguió en la silla.

–Descríbamelo.

–Es de los más agresivos: una neurotoxina parecida a la que se encuentra en algunas arañas. La diferencia es que en este caso es sintética, y muy concentrada. Un veneno de diseño. Nuestros químicos estaban emocionados.

Hayward aguantó el auricular con la barbilla y empezó a escribir en el teclado.

–¿Efectos?

–Provoca hemorragia cerebral, demencia repentina, ataques epilépticos graves y al final la muerte. Se quedaría alucinada de lo que he aprendido de medicina con este caso. Hamilton estaba dando clase en la universidad del estado de Luisiana, y se murió delante de todos sus alumnos.

–Pues debió de ser un espectáculo.

–Más bien.

–¿Cómo aislaron el veneno?

–No hizo falta. El asesino tuvo la amabilidad de dejarnos una muestra. En la mesa de Hamilton.

Hayward dejó de teclear.

-¿Qué?

–Parece que entró en el despacho provisional de Hamilton con toda la jeta del mundo y que la dejó sobre la mesa justo cuando el profe daba la última clase de su vida. Media hora antes le había puesto un chorro en el café, o sea, que ya llevaba un rato rondando por la facultad. El veneno lo dejó a la vista de todos, como si fuera una especie de mensaje. O una manera de provocar a la policía.

–¿Sospechosos?

–Ninguno. Esa mañana nadie vio que entrara ni saliera nadie del despacho de Hamilton.

–¿Se ha hecho pública la información? Me refiero al veneno.

–Sí, que era veneno, pero el tipo no.

–¿Hay alguna otra prueba? ¿Huellas dactilares, de zapatos...?

–Bueno, lo típico: se llevan la hostia de chorradas para analizarlas, pero casi todas son irrelevantes. La única excepción podría ser un pelo humano arrancado poco antes de raíz. Hemos podido analizar el ADN y no coincide ni con el de Hamilton ni con el de su secretaría o cualquier otra persona asidua del despacho. Era de un color un poco raro. La secretaría dijo que entre los visitantes recientes del despacho no le sonaba ninguno con ese tono de pelo.

–¿Cómo era?

–Muy rubio, casi blanco.

De repente Hayward sintió que se le aceleraba el pulso.

–¿Oiga? ¿Me oye?

–Sí, estoy aquí –dijo–. ¿Podría enviarme la lista de pruebas y los datos del ADN por fax?

–Eso está hecho.

–Llamaré a primera hora a la comisaría para dejarle mi número de fax.

–Vale.

–Ah, otra cosa: supongo que está investigando el pasado de Hamilton, sus conocidos y todo eso.

–Claro.

–¿Le ha salido el apellido Pendergast?

–Pues la verdad es que no. ¿Por qué? ¿Es una pista?

–Interprételo como quiera.

–Bueno, vale, pero hágame un favor: la próxima vez que llame, que sea de día. Despierto soy mucho más simpático.

–Ya lo ha sido, teniente.

–Es que soy del sur. Será genético.

Hayward dejó el auricular en su soporte y se pasó varios minutos (quizá hasta diez) mirándolo inmóvil. Luego, con gran lentitud, guardó la carpeta donde ponía «Hamilton», sacó la que llevaba la etiqueta «Decker», volvió a coger el teléfono y empezó a marcar un número.

*OceanofPDF.com*

# Ù
# Veintiocho

Una enfermera –alta, delgada y arrugada, con vestido negro y zapatos y medias blancas: un personaje digno de la familia Addams– asomó la cabeza por la puerta de caoba.

–Ya puede pasar a ver al director, señor Jones.

Smithback, que esperaba –algo impaciente ya– en un largo pasillo de la primera planta de River Oaks, sufrió tal sobresalto que el antimacasar de su sillón estuvo a punto de salir volando.

–Gracias –dijo con prontitud, mientras volvía a alisarlo.

–Por aquí.

La enfermera lo invitó a cruzar la puerta y lo condujo por otro de los pasillos de la mansión, tan interminable, recargado y poco iluminado como los demás.

Concertar una cita con el director había sido sorprendentemente arduo. Por lo visto era frecuente que los «huéspedes» exigieran ser recibidos por el doctor Tisander, casi siempre para explicarle que las paredes les susurraban en francés, o para exigir que dejara de transmitirles órdenes cerebrales. El hecho de que Smithback no hubiera querido desvelar la razón de su visita aún había dificultado más las cosas, pero lo había resuelto a base de insistencia. La cena con Throckmorton, y el subsiguiente paseo por el caserón –entre miradas de reojo a los muñecos de cera que se arrastraban con la mirada perdida, y a los fósiles de aspecto fúnebre presentes en la biblioteca y los diversos salones– habían colmado el vaso. Estaba muy bien que Pendergast se preocupara por él, pero la idea de otro día –u otra noche– en aquel mausoleo espeluznante superaba el aguante de Smithback.

Lo tenía todo pensado: buscar un hotel en Jersey City, ir a trabajar en cercanías y no acercarse a Nora hasta que hubiera pasado todo. Sabía cuidarse solo. Así se lo haría saber al director. A fin de cuentas, no podían retenerlo en contra de su voluntad.

Caminó tras la figura diminuta de la enfermera, entre una sucesión de puertas cerradas con números estampados en pan de

oro. En algún momento se le colocaron detrás dos auxiliares muy fornidos. Al fondo del pasillo había una puerta de especial empaque, con una sola palabra: «Director». La enfermera llamó, se apartó y le hizo señas de que entrara.

Smithback le dio las gracias, y al cruzar la puerta se encontró con una suite muy elegante, revestida de madera oscura e iluminada con apliques. La chimenea, de mármol esculpido, estaba encendida, y las paredes, adornadas con grabados de deporte. Un mirador dominaba la pared del fondo de la sala principal, con vistas al paisaje invernal. No había estanterías, ni nada que indicase que era el despacho del director de una clínica, aunque al mirar por una de las dos puertas laterales de la suite Smithback vio algo parecido a una biblioteca médica.

Presidía la sala un enorme escritorio cubierto de cristal, con patas macizas en forma de garras de águila. Era donde estaba sentado el doctor Tisander, ocupado en escribir con una pluma. Levantó fugazmente la cabeza y sonrió con efusión a Smithback.

–Me alegro de verte, Edward. Siéntate.

Smithback se sentó. Durante cerca de un minuto no se oyó nada excepto los chasquidos del fuego, y la pluma rascando el papel. Al final Tisander la dejó en su soporte, aplicó un secante a lo que había escrito y apartó el papel. Apoyado en el respaldo de su silla de cuero, de diseño muy macizo, obsequió a Smithback con una sonrisa confidencial y le prestó toda su atención.

–Bueno, ya está. Cuéntame qué te pasa, Edward. ¿Te adaptas bien al ritmo de vida de River Oaks?

Su voz era grave y meliflua. Los años habían suavizado sus facciones de hombre bondadoso. Tenía una frente abombada, dominada por una mata de pelo blanco como de león que desafiaba la gravedad y recordaba la de Einstein.

Smithback advirtió que los dos auxiliares estaban detrás de él, en la pared.

–¿Te apetece algo de beber? ¿Un agua con gas? ¿Un refresco light?

–No, gracias. –Se refirió a los auxiliares con un gesto–. ¿Tienen que estar aquí?

Tisander sonrió comprensivo.

–Por desgracia es una de las normas de la casa. Ser el director de River Oaks no significa estar por encima de ellas.

–Bueno, si está seguro de que son de fiar y no dirán nada...

–Merecen toda mi confianza.

Tisander lo animó a hablar con un gesto de la cabeza. Smithback se inclinó.

–Supongo que está al corriente de quién soy y qué hago aquí.

–Por supuesto.

Las sabias facciones del director se iluminaron con una sonrisa llena de calidez y de solicitud.

–Acepté venir para estar fuera de peligro, protegido, pero debo decirle que he cambiado de idea, doctor Tisander. No sé cuánto sabe sobre el asesino que supuestamente me persigue, pero la cuestión es que ya sé cuidarme solo, y que no necesito quedarme aquí más tiempo.

–Ya.

–Debo reincorporarme a mi trabajo en Nueva York, en el *Times*.

–¿Porqué?

Al ver tan receptivo a Tisander, Smithback se animó.

–Es que estaba trabajando en una noticia importantísima, y si no vuelvo se la darán a otro reportero, cosa que no me puedo permitir. Es toda mi carrera. Me juego mucho.

–Cuéntame algo sobre la noticia en la que estabas trabajando.

–El asesinato de Duchamp. ¿Le suena?

–Cuéntamelo.

–Un asesino colgó a un artista que se llamaba Duchamp por la ventana de un rascacielos, y lo dejó caer por el techo de cristal de un restaurante. Es de esas noticias bomba que no salen cada día.

–¿Por qué lo dices?

–Por la extravagancia del método, por el estatus de la víctima, por el hecho de que el asesino no dejara ningún rastro (al menos que se sepa)... Es un notición al que no puedo renunciar.

–¿Podrías concretar un poco más?

–Lo importante no son los detalles. Lo importante es que tengo que irme.

–Los detalles siempre son importantes.

Los ánimos de Smithback empezaban a flaquear.

–No se trata solo del trabajo. También está Nora, mi mujer; se cree que me he ido de incógnito a Atlantic City para investigar otra noticia, pero me imagino que estará preocupada. Si pudiera salir y llamarla, aunque fuera para decirle que estoy bien... Nos casamos hace pocos meses. Seguro que me entiende.

–No lo dudes.

El director le escuchaba con la máxima atención y receptividad.

Smithback volvió a animarse.

–A mí no me preocupa que pueda estarme persiguiendo un asesino. Sé cuidarme. No necesito quedarme aquí más tiempo, fingiendo que estoy mal de la cabeza.

El doctor Tisander volvió a asentir.

–Bueno, pues eso, que aunque me trajeran con las mejores intenciones la cuestión es que no puedo quedarme ni un momento más. –Smithback se levantó–. ¿Tendría la amabilidad de pedir un coche? Seguro que los gastos los pagará el agente Pendergast. Si no, le enviaré un cheque en cuanto llegue a Nueva York. De camino hacia aquí, Pendergast se quedó con mi cartera y mis tarjetas de crédito.

Se quedó de pie.

Tras unos instantes de silencio, el director se inclinó muy despacio, apoyó los brazos en la mesa y entrelazó los dedos.

–Mira, Edward –empezó a decir con calma y amabilidad–, ya sabes que...

–Y no me llame Edward –lo interrumpió Smithback, ligeramente irritado–, que me llamo Smithback, William Smithback.

–Déjame seguir, por favor. –Una pausa y otra sonrisa comprensiva–. Lo siento, pero no puedo acceder a tu petición.

–No es ninguna petición. Es una exigencia. Le estoy diciendo que me voy. No puede retenerme en contra de mi voluntad.

Tisander carraspeó pacientemente.

–Te han puesto en nuestras manos. Es lo que consta en los documentos que firmó tu familia. Has sido ingresado para una temporada de observación y tratamiento. Queremos ayudarte, pero necesitamos tiempo.

Smithback miró al director con incredulidad.

–Perdone, doctor Tisander, pero ¿no cree que podríamos prescindir de la coartada?

–¿A qué coartada te refieres, Edward?

–¡Que no me llamo Edward! Anda que... Ya sé qué le dijeron, y no hace falta seguir disimulando. Tengo que volver a mi trabajo, mi mujer, mi vida... Ya le he dicho que no me preocupa ningún asesino. Me marcho. Adiós.

La sonrisa bondadosa y paciente del doctor Tisander se mantuvo incólume.

–Estás aquí por una enfermedad, Edward. Lo que acabas de contarme de un trabajo en el *New York Times*, de una coartada, de que te persigue un asesino... Es la razón de que queramos ayudarte.

–¿Qué? –resopló Smithback.

–Repito que sabemos mucho sobre ti. Tengo un expediente como de medio metro. La única manera de que te mejores es aceptar la verdad y renunciar a todas estas fantasías, a ese mundo ficticio en el que vives. Tú nunca has trabajado, ni en el *Times* ni en ningún sitio. Tampoco estás casado, ni te persigue un asesino.

Smithback se hundió despacio en la silla, agarrándose a los brazos para no caerse, mientras subía por su cuerpo un frío gélido. Se acordó de lo que había dicho Pendergast durante el viaje en coche desde Nueva York, y descubrió otro sentido a sus palabras, un sentido que no auguraba nada bueno: «El director está al corriente de todo, y tiene toda la documentación». Se dio cuenta de que a pesar de lo que había supuesto –y de lo que había dado a entender el propio agente– el director no sabía nada del engaño. La «documentación» debían de ser trámites legales de tutelaje. De repente contempló en todo su alcance el plan de Pendergast. Aunque quisiera, no podía irse. Y todo lo que acababa de decir –

sus protestas, sus negativas, lo del asesino– solo servía para confirmar lo que había leído el director en su expediente: que tenía ideas delirantes. Tragó saliva y adoptó el tono más sensato y cuerdo que pudo.

–Déjeme que se lo explique, doctor Tisander. ¿Se acuerda de la persona que me trajo, del agente especial Pendergast? Pues me dio una falsa identidad y me metió aquí dentro para protegerme de un asesino. Los papeles son falsos. Es todo un truco. Si no me cree, telefonee al *New York Times* y pídales un fax con mi foto y una descripción. Comprobará que soy William Smithback. Edward Jones no existe.

Se calló al darse cuenta de lo descabellado que debía de sonar. El doctor Tisander todavía le escuchaba atentamente, con una sonrisa en los labios, pero Smithback leyó algo más en su expresión: un matiz de compasión, mezclado con una dosis del alivio que sienten los cuerdos en presencia de los locos. Seguro que era la misma expresión con que había mirado él a Throckmorton durante la cena, cuando lo de la cita con Dios.

Volvió a empezar.

–Mire, seguro que me conoce y que ha leído alguno de mis libros. He escrito tres best sellers: *El ídolo perdido*, *El relicario* y *La ciudad sagrada*. Si los tienen en la biblioteca, puede comprobarlo ahora mismo. Sale mi foto en la contraportada de los tres.

–Ah, pero ¿ahora también escribes best sellers? –El doctor Tisander permitió que se ensanchara un poco su sonrisa–. No es un género del que estemos muy surtidos en nuestra biblioteca. Se trata de libros escritos para el mínimo común denominador de los lectores, pero lo peor es que sobreexcitan a nuestros huéspedes.

Smithback tragó saliva y se esforzó por dar una imagen de cordura y sensatez.

–Doctor Tisander, ya sé que debo de sonarle como un loco, pero si me deja hacer una llamada por el teléfono de la mesa, solo una, le demostraré que no lo estoy. Hablaré con mi mujer o con mi director del *Times*, y alguno de los dos le confirmará

inmediatamente que soy Bill Smithback. Solo una llamada. Es lo único que pido.

–Gracias, Edward –dijo Tisander, levantándose–. Ya veo que tienes mucho que contarle a tu psicólogo en la próxima sesión. Yo tengo que seguir trabajando.

–¡Le he dicho que llame! –dijo Smithback, perdiendo los estribos, mientras se levantaba y se lanzaba hacia el teléfono.

Tisander retrocedió con sorprendente rapidez. Smithback sintió que los dos auxiliares le cogían los brazos por detrás.

Se resistió.

–¡No estoy loco! ¿No ves que estoy tan cuerdo como tú, so cretino? ¡Llama de una puta vez!

–Cuando hayas vuelto a tu cuarto te encontrarás mejor, Edward –dijo el director, recompuesto y apoyado en el respaldo–. Dentro de poco volveremos a hablar. No te desanimes, por favor. Siempre es difícil acostumbrarse a una nueva situación, pero quiero que sepas que nuestra intención es ayudarte.

–¡No! –exclamó Smithback – . ¡Esto es absurdo! ¡Es una farsa! ¡No me lo pueden hacer...!

Y así, entre gritos de protesta, suavemente pero con firmeza, se lo llevaron del despacho.

## Ù

# Veintinueve

Mientras Margo preparaba la cena en la cocina, Nora aprovechó para echar un vistazo a su piso, que la había sorprendido por sus dimensiones y por su elegancia. En una pared había un piano vertical con partituras de musicales de Broadway en el atril, junto a varios grabados zoológicos del siglo XIX con animales raros. En otra pared había una estantería llena de libros, y otra con una colección de objetos interesantes: monedas romanas, un frasco egipcio de perfume, una pequeña colección de huevos de pájaro, puntas de flecha, una vasija india, un trozo de madera retorcida y gastada por el mar, un cangrejo fosilizado, conchas, un par de cráneos de ave, algunos especímenes

minerales, una pepita de oro... Todo un gabinete de curiosidades en miniatura. En la pared del fondo, Nora vio una alfombra navajo decorada en zigzag, de una calidad fuera de lo común.

Pensó que el conjunto revelaba algo sobre Margo: que era una persona más interesante de lo que parecía a simple vista. Y que tenía mucho más dinero de lo que había creído ella. El piso no era precisamente barato. ¡Y encima era de propiedad!

Oyó la voz de Margo en la cocina.

–Perdona que te haya dejado sola, Nora. Un minuto y salgo.

–¿Te ayudo?

–¡Qué va, tú relájate! ¿Blanco o tinto?

–Lo que bebas tú.

–Pues entonces blanco. Cenaremos pescado.

A Nora ya se le había hecho la boca agua con el olor que salía de la cocina, un aroma de salmón cocido en un *court bouillon* muy fino. Margo salió al cabo de un rato con un pescado precioso en una bandeja, adornado con eneldo y rodajas de limón. Lo dejó en la mesa y volvió a la cocina. Después trajo una botella de vino blanco frío y, tras llenar las dos copas (primero la de Nora), se sentó.

–¡Vaya cena! –dijo Nora, impresionada por el plato, pero también por el hecho de que Margo se hubiera esforzado tanto.

–Bueno, es que he pensado que con Bill de viaje, y faltando tan poco para la inauguración, podía apetecerte un descansito.

–La verdad es que sí, pero no esperaba tanto.

–Qué va, con lo que me gusta cocinar y con las pocas oportunidades que me salen... Es como con los hombres. Parece que nunca tenga tiempo de conocer a ninguno. –Margo se sentó con una sonrisa irónica, y se apartó la media melena castaña de la cara con un gesto rápido–. ¿Qué, qué tal la exposición?

–Es la primera vez en toda una semana que salgo del museo antes de medianoche.

-¡Uy!

–Estamos apurando al máximo. Yo no es que lo vea muy claro, pero los que tienen experiencia en estas cosas dicen que al final siempre se acaba a tiempo.

–¡Qué me vas a contar! De hecho yo esta noche tengo que volver al museo.

–¿En serio?

Margo asintió con la cabeza..

–Para entregar las pruebas del próximo número de *Museology*.

–¡Caray! Entonces no deberías estar perdiendo el tiempo en hacerme la cena, Margo.

–Pero ¡qué dices! Tenía que salir del antro ese, aunque solo fuera un par de horas. Te aseguro que el placer es mutuo.

Cortó un trozo de salmón y lo sirvió en el plato de Nora.

Después de servirse a sí misma, añadió unos espárragos al punto y un poco de arroz salvaje.

Mientras veía repartir la comida, Nora se preguntó cómo podía haberse equivocado tanto sobre Margo. No podía negarse que en sus primeros encuentros había estado crispada y a la defensiva, pero fuera del museo parecía otra persona, de una sorprendente magnanimidad. Lo estaba poniendo todo de su parte para redimirse del feo comentario de la reunión. No contenta con las disculpas genéricas que ya le había pedido, ahora la invitaba a cenar a su casa.

–Ah, oye, quería decirte que pienso seguir con el editorial. Puede que sea una causa perdida, pero me dice el corazón que es mi deber.

Nora la admiró. Era un paso valeroso, incluso con el apoyo de Menzies. Ella también se había enfrentado a la administración del museo, y no podía decirse que fuera fácil, porque algunos de sus miembros eran el colmo de lo vengativo.

–Muy valiente por tu parte.

–Bueno, no sé. Más que valiente, la verdad es que es una estupidez, pero como dije que lo haría ahora me siento obligada, aunque el consejo ya haya decidido en contra.

–Y encima es tu primer número.

–Primero y puede que último.

–Pues yo mantengo lo que dije: aunque no estemos de acuerdo, respaldo tu derecho a publicar. Cuenta conmigo. Creo

que en el departamento estarían todos de acuerdo, con la posible excepción de Ashton.

Margo sonrió.

–Ya lo sé, y te lo agradezco, Nora.

Nora bebió un poco de vino y miró la etiqueta: un Vermentino de los buenos. Desde hacía uno o dos años, Bill (que en cuestiones enológicas era un esnob inveterado) le había enseñado mucho.

–Este museo no se lo pone fácil a las mujeres –dijo–. La situación ha mejorado mucho, pero siguen faltando decanas y muchas jefas de departamento. Y si te fijas en el consejo de administración... Casi todos son abogados y banqueros de inversiones con ambiciones sociales. Los dos tercios son hombres, y en el fondo no les interesa demasiado ni la ciencia ni la educación pública.

–Desanima un poco que un museo de esta categoría no pueda dar mejor ejemplo.

–Así está el mundo.

Nora probó un poco de salmón y lo encontró bueno, de los mejores que había comido.

–Oye, Nora, ¿tú y Bill cómo os conocisteis? Yo, en el museo, cuando estaba escribiendo la tesina, y no me pareció de los que se casan. La verdad es que le cogí cariño, con todos los peros que se le pudieran poner, pero nunca se lo demostré. ¡Menudo elemento!

–¿Cariño? A mí, cuando lo conocí, me pareció el gilipollas mayor del reino. –El recuerdo hizo sonreír a Nora–. Iba en una limusina, firmando libros en una ciudad de mala muerte de Arizona que se llamaba Page.

Margo se rió.

–Me lo imagino. Es curioso, porque a primera vista tiende a caer mal, pero luego te das cuenta de que tiene un corazón de oro... y una valentía de león.

Nora asintió despacio, un poco sorprendida por la perspicacia de Margo.

–Yo la verdad es que tardé un poco en darme cuenta de lo que había detrás de su pose de reportero intrépido. Bill y yo somos muy diferentes, pero creo que eso es bueno para un matrimonio.

No aguantaría estar casada con alguien como yo. Soy demasiado mandona.

–Yo también –dijo Margo–. ¿Qué hacías en Page?

–Es una larga historia. Dirigía una expedición arqueológica en los cañones de Utah, y teníamos el cuartel general en Page.

–Parece fascinante.

–Lo era. Al final, demasiado. Luego entré a trabajar en el museo Lloyd.

–¿En serio? ¿O sea, que estabas cuando fracasó?

–En el fondo ya había fracasado antes de la inauguración. Se supone que a Palmer Lloyd se le fue la olla. Pero yo para entonces había quemado todas mis naves, y el resultado es que volví a quedarme en el paro. Por eso entré aquí.

–Bueno, lo que perdió el Lloyd lo ganamos nosotros.

–Te refieres a la sala de diamantes –dijo Nora en broma.

Al frustrarse los planes de inauguración del museo Lloyd, el de Historia Natural de Nueva York había entrado rápidamente en liza y, gracias a un donativo astronómico por parte de un patrocinador millonario, había comprado la colección de diamantes de Palmer Lloyd, de relevancia mundial, para incorporarla a su sección de piedras preciosas.

Margo se rió.

–No digas tonterías. Me refería a ti.

Nora bebió un poco más de vino.

–¿Y tú, Margo? ¿De dónde sales?

–Yo ya había trabajado aquí antes de doctorarme en etnofarmacología. Fue durante la época de los asesinatos del museo, los que salían en la primera novela de Bill. ¿La has leído?

–¿Me lo preguntas en serio? Uno de los prerrequisitos de salir con Bill fue leerme todos sus libros. No es que me lo pidiera de manera explícita, pero la lluvia de indirectas fue de antología.

Margo se rió.

–Por lo que leí –dijo Nora–, tuvisteis aventuras bastante alucinantes.

–Pues sí. ¿Quién ha dicho que la ciencia es aburrida?

–¿Por qué volviste al museo?

–Después de doctorarme entré a trabajar en el grupo farmacéutico GeneDyne, más que nada para darle una alegría a mi madre, que se moría de ganas de meterme en el negocio familiar, a lo que yo me negaba rotundamente. Entrar en GeneDyne y ganar un sueldazo en una gran empresa fue como echarle un hueso. Pobre mamá... Siempre decía que no entendía que quisiera pasarme la vida estudiando a gente con huesos clavados en la nariz. Bueno, el caso es que daba gusto ganar tanto dinero, pero que yo no estoy hecha para el mundo empresarial. Supongo que no sé trabajar en equipo, o que no doy la talla como lameculos. Un día me llamó por teléfono Hugo Menzies, que sabía que ya había trabajado en el museo y conocía mis artículos de investigación sobre medicina tradicional khoisan para GeneDyne, y me preguntó si veía alguna posibilidad de volver. Acababa de quedar vacante la dirección de *Museology*. Me propuso que me presentase... y nada, aquí estoy. –Señaló el plato de Nora–. ¿Quieres un poco más?

–Bueno, no digo que no.

Margo le puso otro trozo de salmón. Ella también repitió.

–Supongo que no te has enterado de lo de la comitiva tano –dijo, mirando el plato.

Nora levantó bruscamente la cabeza.

–No.

–El museo está intentando mantenerlo en secreto con la esperanza de que quede en agua de borrajas, pero creo que tú, como una de las comisarias de la exposición, deberías saberlo. Los tano han montado una especie de caravana de protesta desde Nuevo México hasta Nueva York para solicitar que les devuelvan las máscaras. Piensan plantarse delante del museo la noche de la inauguración y ponerse a bailar y cantar mientras reparten folletos.

–Oh, no... –gimió Nora.

–He tenido ocasión de hablar con el jefe del grupo, una autoridad religiosa, y estuvo muy simpático, pero también muy firme sobre el qué y el porqué de lo que hacen. Los tano creen que hay un espíritu dentro de cada máscara, y quieren aplacarlo. Quieren que sepan que no se han olvidado de ellos.

–Pero ¿la misma noche de la inauguración? Será un desastre.

–Son sinceros –dijo Margo con ponderación.

Nora la miró. Tenía la réplica en la punta de la lengua, pero se ablandó.

–Supongo que tienes razón.

–Intenté disuadirlos, en serio; pero bueno, solo te lo comento porque me ha parecido que podía interesarte el chivatazo.

–Gracias. –Nora pensó un poco–. A Ashton le dará el telele.

–No sé ni cómo puedes trabajar con él. ¡Qué tío más gilipollas!

Nora quedó tan sorprendida por la franqueza de Margo que se le escapó una carcajada. Por otro lado, tenía toda la razón.

–Deberías verlo estos últimos días. No para ni un momento de correr de punta a punta de la exposición pegando gritos, gesticulando y sacudiendo los pellejos que le cuelgan de los antebrazos.

–¡Para, que prefiero no imaginármelo!

–Luego llega Menzies, dice algo en voz baja por aquí, hace un gesto por allá y consigue más resultados en cinco minutos que Ashton en toda la mañana.

–Eso sí que es una lección de cómo se dirige. –Margo señaló la copa de Nora–. ¿Otra?

–Sí, por favor.

Llenó las dos y levantó la suya.

–Lástima que a las mujeres no nos sirva de nada la estrategia de Menzies de no levantar la voz. Bueno, Nora, por las dos: por la caña que damos en ese antro de fósiles.

Nora se rió.

–Eso sí que se merece un brindis.

E hicieron chocar las copas.

## Ù

# Treinta

Acababan de dar las dos de la madrugada cuando Smithback entreabrió la puerta de su cuarto y, conteniendo la respiración, miró por la rendija. En la oscuridad del pasillo del segundo piso

no había nadie. Abrió un poco más la puerta y se atrevió a mirar en la otra dirección.

Tampoco había nadie.

Volvió a cerrar la puerta y se apoyó en ella. Le latía con fuerza el corazón. Se dijo que era por el tiempo que llevaba esperando ese momento. Se había pasado varias horas en la cama, haciéndose el dormido mientras daba los últimos retoques a su plan. Antes, ya de noche, había oído algunas pisadas amortiguadas en el pasillo. Hacia las once se había asomado una enfermera, y al verlo inmóvil en la cama le había dejado dormir. Desde medianoche no se había oído absolutamente nada al otro lado de la puerta.

Volvió a coger el pomo. Era el momento de poner en práctica su plan.

Después de la escenita con el director, lo habían llamado a cenar como un día cualquiera. Le habían indicado un asiento y le habían dado la carta como si no hubiera pasado nada. Se notaba que en River Oaks los arrebatos paranoicos eran moneda corriente. Después de cenar había cumplido con la hora de trabajo de rigor en la cocina, guardando los alimentos perecederos en las cámaras frigoríficas del laberinto de cocinas de la planta baja de la mansión.

Y había aprovechado ese momento, el del trabajo, para sustraer una llave del sótano.

A pesar de que solo llevaba dos días trabajando, ya se había hecho una noción bastante aproximada del funcionamiento de la cocina. El reparto se efectuaba por detrás de la mansión, en una zona de carga y descarga. Acto seguido las provisiones eran trasladadas por el sótano hasta la cocina. La seguridad de River Oaks era de chiste: parecía que la mitad del personal de la cocina dispusiera de las llaves del sótano, desde el primer chef a los que fregaban los platos, y la puerta se abría y se cerraba constantemente durante las horas de trabajo. Aprovechando que el *sous chef* bajaba, a buscar un accesorio de cocina, Smithback había esperado a que no lo viera nadie para meterse en el bolsillo la llave que se había quedado en la cerradura. Al volver, gruñendo

bajo el peso de una parrilla vertical, el chef se acordaba de cualquier cosa menos de ella.

Así de fácil.

Se puso tenso, disponiéndose a abrir nuevamente la puerta. Llevaba tres camisas, un jersey y dos pantalones. Sudaba mucho, pero era una precaución necesaria, ya que si todo salía de acuerdo con su plan lo esperaba un largo y frío viaje.

Durante la hora de trabajo en la cocina se había enterado de que el primer camión de reparto de comida llegaba a la zona de carga y descarga a las cinco y media de la mañana. Si conseguía cruzar el sótano, aguardar la llegada del vehículo y entrar sin ser visto en la parte trasera justo antes de que arrancara para irse, nadie se enteraría de nada. Pasarían como mínimo dos horas antes de que fuera descubierta su ausencia, y para entonces ya estaría de camino a Nueva York, fuera del alcance del doctor Tisander y de su legión de siniestras enfermeras uniformadas de negro.

Volvió a entreabrir la puerta. Silencio sepulcral. La empujó un poco más. Después salió al pasillo sigilosamente y la cerró sin hacer ruido.

Tras mirar por encima del hombro, avanzó con prudencia hacia el rellano, sin separarse de la pared. El riesgo de ser visto era pequeño, ya que los candelabros estaban a media luz, y proyectaban vagos círculos de color ámbar que convertían los paisajes y retratos de las paredes en rectángulos oscuros e irreconocibles. La moqueta era un río mullido de un marrón tan oscuro que parecía negro.

No precisó más de cinco minutos para llegar al rellano, mejor iluminado. Se agazapó un momento (por si oía pasos en la escalera) y, sin bajar la guardia, movió un pie detrás del otro.

Nada.

Bajó lentamente por los escalones, con la mano en la baranda, dispuesto a volver por donde había venido al menor indicio de un encuentro indeseado. Cuando llegó al rellano de la primera planta, se refugió en la oscuridad de un rincón e hizo una pausa de reconocimiento, acuclillado tras un aparador. El rellano daba a cuatro pasillos: uno llevaba al comedor, otro a la biblioteca y el

salón del ala oeste, y los otros a zonas de terapia y despachos. La planta parecía igual de silenciosa y desierta que la de arriba. Smithback se animó a salir.

Abajo, en el pasillo de administración, se oyó el ruido de una puerta cerrándose.

Corrió a su escondrijo y esperó en cuclillas.

Oyó girar una llave en una cerradura. A continuación, un minuto de silencio. ¿Era alguien que se había encerrado en un despacho? ¿O alguien que salía?

Esperó otro minuto. Nada.

Justo cuando se aprestaba a levantarse, vio salir a alguien de la oscuridad del pasillo de administración: un auxiliar que caminaba despacio, con las manos en la espalda. Por su forma de mirar hacia ambos lados, parecía estar verificando que todas las puertas estuvieran bien cerradas.

Parapetado en el aparador, dejó de moverse, y hasta de respirar, mientras el auxiliar cruzaba el rellano por el fondo y desaparecía en el pasillo de la biblioteca.

Esperó sin moverse otros cinco minutos. Después se agachó y bajó por la escalera.

La planta baja parecía todavía menos iluminada que las otras. Después de cerciorarse de que no había moros en la costa, cruzó a gran velocidad el ancho pasillo por donde se iba a la cocina.

Llegar a la doble puerta de madera maciza fue cuestión de medio minuto. Tras una última mirada por encima del hombro, empujó una de las hojas para entrar en la cocina.

No cedía.

Se colocó de cara a ella y empujó más fuerte.

Estaba cerrada con llave.

Mierda. No lo había previsto. De día siempre la dejaban abierta.

Buscó la llave del sótano en el bolsillo, esperando contra todo pronóstico que también sirviera para la puerta de la cocina, pero no tuvo suerte.

Decepcionado, volvió a mirar por encima del hombro, sucumbiendo lentamente a una profunda desesperación. Con lo

bueno que era el plan... Y con lo cerca que había estado de salir... Todo inútil.

Sin embargo... Sí, quizá le quedara una oportunidad.

Volvió al rellano con muchísima cautela y miró hacia arriba, aguzando el oído, pero la aterciopelada oscuridad seguía muda. Subió al primer piso sin hacer ruido, cruzó el rellano como una flecha y entró en el comedor.

La sala, grande y fantasmal, estaba sumida en el silencio de las tumbas. La luna proyectaba algunas franjas luminosas por las ventanas altas, bañándolo todo en una luz misteriosa y blanquecina, casi fosforescente. Smithback llegó deprisa al fondo, caminando entre las mesas, ya puestas para el desayuno. Había un tabique decorativo paralelo a la pared que escondía los accesos de servicio y las mesitas de los camareros. Detrás, la oscuridad era más densa. Smithback cruzó el tabique y siguió caminando hacia su destino: el montaplatos, oculto tras un panel metálico empotrado en la pared del fondo, de algo más de un metro por algo menos de un metro.

Cogió el panel despacio, procurando no hacer ruido, y lo abrió. Daba a un conducto vacío, con una cuerda muy gruesa que desaparecía en el fondo negro, y que por arriba estaba montada en una polea.

Se le escapó una sonrisa.

Era el mismo conducto por el que, durante su turno en la cocina, había visto bajar del comedor cubas grises llenas de cubiertos y de platos sucios. Con un poco de suerte, ahora serviría para un cargamento muy distinto.

Al lado del panel de acceso había varios botones que servían para hacer subir y bajar el montaplatos. Cuando los hubo observado un momento en la penumbra, levantó una mano para pulsar el de subida. Su intención era llamar al montaplatos y bajar a la cocina.

Dejó la mano en el aire. El ruido del motor destacaría mucho en el silencio. También existía la remota posibilidad de que quedara alguien en la cocina, y lo último que quería era delatar su presencia.

Se asomó al agujero para coger la cuerda. Después de estirarla un par de veces, a guisa de comprobación, empezó a izar el montaplatos con todas sus fuerzas, gruñendo.

Tardó una eternidad en subirlo desde la cocina. Acabó sin aliento, con la triple capa de camisas empapada de sudor. Entró y cerró el panel.

Oscuridad total.

Cuando ya estaba sentado en el montaplatos, con las rodillas a la altura de las orejas, comprendió que no existía ningún modo fácil de bajar. Acto seguido descubrió que si aplicaba las manos a la pared frontal del conducto, y presionaba hacia arriba, podía impulsar el montaplatos hacia abajo centímetro a centímetro. Era un esfuerzo ciego, agotador, que le hacía sudar la gota gorda, pero en cuestión de minutos sintió en las palmas de sus manos el roce del marco de acero de otro panel. Ya estaba en la planta baja, y en la cocina.

Tuvo la precaución de quedarse escuchando unos segundos en el espacio asfixiante y claustrofóbico del montaplatos, pero como,no oía nada empujó el panel.

En la cocina no había nadie. La única luz era la de los indicadores de salida de emergencia, cuyo vago y rojizo resplandor se difundía por el vasto espacio de la pieza.

Bajó del montaplatos, se desentumeció los brazos y las piernas y miró a su alrededor. La puerta del sótano estaba en una de las paredes del fondo.

Se irguió de entusiasmo. «Falta poco.» Ya no podían detenerlo. Quizá River Oaks pudiera retener a atontados como Roger Throckmorton, pero no a alguien como William Smithback.

La cocina era una extraña mezcolanza de lo antiguo y lo nuevo. Al lado de la vieja chimenea, negra de hollín, donde cabía una persona, había batidoras de acero inoxidable bastante grandes como para albergar a toda una familia. El techo estaba decorado con largas ristras de ajos, pimientos y finas hierbas (el chef era bretón). En las superficies de trabajo de granito brillaban hileras de accesorios de cocina. Detrás de varias puertas de acero y cristal

reforzado cerradas con llave, se guardaban decenas de cuchillos alemanes de primerísima calidad.

Pero Smithback solo tenía ojos para una cosa: la puerta de madera maciza de la pared del fondo. Se acercó y abrió la cerradura. Detrás había una escalera de piedra que desaparecía en un pozo de oscuridad.

Emprendió el descenso con cuidado, procurando no resbalar en la piedra húmeda. Cuando estuvo al otro lado de la puerta, la cerró con llave, aislándose del vago resplandor rojizo de las luces de emergencia, y sumiendo la escalera en una negra oscuridad. Bajó con todas las precauciones posibles, contando los escalones.

Llegó al final cuando llevaba veinticuatro.

Se detuvo a mirar a su alrededor, pero no había nada que ver. Las tinieblas que lo rodeaban aún eran más espesas, si cabía. Olía a moho y humedad. Se le ocurrió por vez primera que debería haber birlado una linterna, y haber preguntado discretamente por la planta del sótano y el camino de la zona de carga y descarga. Quizá fuera mejor dejar la tentativa de escapatoria para uno o dos días después. Volver a su cuarto, e intentarlo otra noche.

Lo descartó enseguida. Ya era demasiado tarde para dar media vuelta. No podía subir el montaplatos hasta el comedor, por otro lado, estaba en juego su trabajo. Y quería hablar con Nora. Lo necesitaba. Aún disponía de tres horas hasta el primer reparto de la mañana. Tiempo de sobra para orientarse.

Respiró hondo dos veces, una para serenarse y otra para silenciar un leve palpito de miedo. Luego empezó a avanzar despacio, con los brazos extendidos, afianzando un pie antes de mover el otro. Al cabo de una docena de pasos, tocó un muro de ladrillo perpendicular a su trayectoria. Giró hacia la derecha y avanzó un poco más deprisa, rozando la pared con una mano.

Se dio cuenta de que aparte del ruido de sus pasos había otro: correteo y chillidos de ratas.

De pronto su pie entró en contacto con algo macizo, pesado, inamovible. Tropezó y se salvó en el último momento de caer de bruces. Después de levantarse, y de soltar un taco mientras se frotaba la barbilla, palpó lo que tenía delante. El obstáculo era una

especie de vertedero atornillado a los ladrillos. Lo rodeó con precaución y siguió caminando. Los chillidos de las ratas se apagaron, como si huyeran de su proximidad.

La pared de su izquierda terminó de golpe, dejándolo otra vez perdido en las tinieblas.

Era una locura. Tenía que usar un poco la cabeza.

Revisó lo que sabía sobre la distribución del edificio, y al recapitular sus cambios de dirección a partir del final de la escalera le pareció que la parte trasera tenía que quedar a mano izquierda.

Lo vio al girarse: un punto lejano de luz. Era casi imperceptible, una simple atemperación de lo negro, pero se encaminó hacia él con la avidez de quien se está ahogando y ve tierra firme. Al avanzar, tuvo la impresión de que la luz retrocedía, como si fuera un espejismo. El suelo subió y volvió a bajar. Al final Smithback se acercó y vio que la luz quedaba a la altura de sus ojos, Procedía de una serie de pequeños paneles luminosos verdes fijados a una especie de termostato automático. La habitación que dibujaba el tenue resplandor era muy rara, con una bóveda de arista de piedra caliza, y media docena de calderas de vapor con superficies bruñidas de latón y cobre. Se remontaban como mínimo a mediados del siglo XIX, y estaban conectados con manojos de cables de colores a los controles del termostato. Las calderas gigantes vibraban suavemente y emitían un ligero siseo, como si roncaran al mismo ritmo que la mansión que calentaban.

El correteo y los gritos de las ratas volvieron a sobreponerse al rumor de las calderas.

De repente, el claro impacto de una bota en la piedra.

Smithback giró sobre sí mismo.

–¿Quién es?

Su voz entrecortada resonó en las bóvedas y las calderas.

Silencio.

–¿Quién va? –dijo un poco más fuerte.

Retrocedió despacio. La única respuesta fue el martilleo de su propio corazón.

# Ù
# Treinta y uno

Margo hizo la última corrección en la página final de las pruebas de *Museology* y las apartó, diciéndose: «Debo de ser la única directora de revista del país que aún trabaja con papel». Suspiró y se apoyó en el respaldo para mirar el reloj: las dos en punto de la madrugada. Bostezó, se desperezó (arrancando un crujido de protesta a la vieja silla de roble) y se levantó.

Las oficinas de *Museology* estaban encajadas entre el cuarto y el quinto piso, justo debajo del alero, en una serie de despachos asfixiantes. De día entraba un poco de sol por una claraboya sucia, pero en ese momento la claraboya era un rectángulo negro, y la poca luz que había era la de una lámpara victoriana que, cual seta de hierro, brotaba de la mesa, no menos antigua.

Margo metió las pruebas corregidas en un sobre de papel manila y escribió una notita para el director de producción de la revista. Lo dejaría todo en la imprenta del museo cuando saliera. La revista estaría impresa a primera hora, y a mediodía repartirían pruebas al presidente del museo, al decano de ciencias, a Menzies y a los otros jefes de departamento.

De repente no lo vio tan claro, y tuvo un escalofrío involuntario. ¿Era su obligación montar esa cruzada? Le encantaba volver a trabajar en el museo. Se imaginaba haciéndolo toda la vida, y tan feliz. ¿Qué sentido tenía estropearlo?

Sacudió la cabeza. Ya era demasiado tarde. Además, tenía que hacerlo, y con el apoyo de Menzies parecía improbable que la echasen.

Bajó por la escalera metálica hasta el pasillo de la cuarta planta, un pasillo enorme con una longitud de cuatro manzanas (tenía fama de ser el pasillo horizontal más largo de toda Nueva York). Taconeando por el suelo de mármol, llegó al ascensor y apretó el botón de bajada, despertando una profunda vibración en las entrañas del edificio. Era el ruido de la cabina, que empezaba a subir. La puerta tardó aproximadamente un minuto en abrirse.

Entró y pulsó el botón de la primera planta, mientras admiraba la elegancia ajada del ascensor, con su reja del siglo XIX y su antiguo y nudoso revestimiento de arce, muy castigado por el tiempo y el uso. La cabina empezó a bajar entre crujidos y protestas, hasta que se detuvo con una sacudida, y las puertas volvieron a abrirse con estrépito. Las antiguas salas que cruzó le resultaban todas familiares: África, Aves Asiáticas, Conchas, el Nicho de los Trilobites... El aspecto de las vitrinas, con las luces apagadas y todo su contenido a oscuras, era siniestro.

Detuvo sus pasos en la oscuridad, y hubo un momento en el que amenazaron con volver recuerdos de otra noche, una noche terrorífica de hacía siete años. Sin embargo, se lo quitó de la cabeza y caminó más deprisa. Cuando llegó a la puerta sin letrero de la imprenta, deslizó las pruebas por la ranura, se giró y rehízo su camino por las galerías, pobladas tan solo por el eco.

Justo antes de bajar por la escalera de la primera planta, hizo otra pausa. El jefe tano le había dicho que si no había más remedio que exponer las máscaras sería necesario orientarlas de manera correcta. Cada una de las cuatro encarnaba el espíritu de un punto cardinal, y en consecuencia era esencial que mirasen las cuatro en la correspondiente dirección. Cualquier otro modo de organizarías podía desencadenar el caos sobre el mundo. Al menos era lo que creían los tano, aunque lo más probable era que desencadenara más polémicas sobre el museo, algo que Margo deseaba impedir a toda costa. Ya le había transmitido la información a Ashton, pero estaba tan sobrecargado de trabajo, y se enfadaba por tan poca cosa, que Margo no confiaba mucho en que le hiciera caso.

En vez de bajar a la entrada de seguridad para empleados, giró a la izquierda, hacia la de la exposición «Imágenes sagradas». Tardó poco en llegar. La puerta estaba diseñada para parecerse a la de una antigua tumba hindú de estilo jemer, con un titánico combate de dioses y demonios esculpido en los dinteles de piedra. Un fuerte impulso dominaba la composición: Apsaras volando, figuras de Shiva bailando, dioses de treinta y dos brazos, demonios que vomitaban fuego, cobras de cabeza humana... Todo muy inquietante, tanto que Margo se paró y se preguntó si no sería

mejor dejar para la mañana siguiente lo que venía a hacer. Pero no, por la mañana la sala volvería a ser un manicomio, y estaría Ashton, que le dificultaría la entrada (o se la prohibiría, a consecuencia del editorial).

Hizo un gesto de pesar con la cabeza. No podía rendirse a los demonios del pasado. Si daba media vuelta, habrían ganado sus temores.

Dio un paso e introdujo su tarjeta magnética en el lector contiguo a la puerta. Tras un suave clic de piezas de acero bien engrasadas, la luz de seguridad se puso verde. Margo empujó la puerta, entró y volvió a cerrarla con cuidado, comprobando que la luz volviera a estar roja.

No había nadie en el silencio de la sala, tenuemente iluminada por los focos exteriores. Las vitrinas estaban oscuras. Las dos era demasiado tarde, hasta para el comisario más trabajador. Olía a madera recién cortada, serrín y cola. La mayoría de las piezas ya estaban en su sitio, aparte de unas pocas todavía por montar. Se veían algunos carros de comisarios, cargados de objetos pendientes de distribuir. El suelo estaba sembrado de serrín, trozos de plexiglás y cables eléctricos. Margo miró a su alrededor, preguntándose cómo pensaban inaugurar la exposición en tres días, y se encogió de hombros, contenta de que no fuera su problema, sino el de Ashton.

Al cruzar la primera sala de la exposición, su inquietud no fue óbice para que se le despertara la curiosidad. En su última visita no se había fijado en nada, porque venía a hablar con Nora. Aunque quedaran tantos flecos, saltaba a la vista que la exposición sería un magnífico espectáculo. La sala era una reproducción de la cámara sepulcral de la reina egipcia Nefertari en el Valle de las Reinas de Luxor, pero en vez de representarla intacta, antes de su saqueo, los diseñadores habían reconstruido el aspecto de la tumba tal como debía de haber quedado justo después del paso de los profanadores: el enorme sarcófago de granito, roto en varios pedazos; los ataúdes internos, todos robados; y la momia a un lado con un agujero en el pecho, el que le habían hecho los saqueadores a fin de robar el escarabajo de oro y lapislázuli cuya proximidad al

corazón constituía una promesa de vida eterna. Margo se detuvo a examinar la momia, protegida por un cristal: era la auténtica. La etiqueta la identificaba como la momia original de la reina, cedida en préstamo por el museo de El Cairo.

Siguió leyendo la etiqueta, olvidando su misión por un instante. Explicaba que el robo de la tumba se había producido poco después de que la reina fuera sepultada, y que los culpables eran los mismos sacerdotes que habían recibido la misión de protegerla. ¡Cómo temerían el poder de la difunta reina, que habían intentado destruirlo haciendo trizas sus objetos sepulcrales a fin de despojarlos de su poder sagrado! El resultado era que todo lo que no había sido robado estaba roto y disperso por el suelo.

Margo bajó la cabeza para cruzar un arco de piedra que estaba lleno de relieves esculpidos, y de repente se encontró en el subsuelo de Roma, dentro de las catacumbas de los primeros cristianos. Estaba en un pasillo muy estrecho, cortado en roca viva, con hornacinas y arcosolios que partían en diversas direcciones, y nichos con huesos en las paredes. Algunos de los nichos ostentaban torpes inscripciones en latín, así como cruces talladas y otras imágenes sagradas propias del cristianismo. Todo era de un naturalismo desasosegante, hasta las falsas ratas que corrían entre los huesos.

Ashton había buscado el sensacionalismo, pero Margo tuvo que reconocer que era eficaz. El éxito de público estaba más que asegurado.

Caminando deprisa, llegó a un espacio totalmente distinto que representaba la ceremonia japonesa del té. Consistía en un pulcro jardín, con sus plantas y piedras meticulosamente ordenadas. Después de las enrarecidas catacumbas, entrar en un espacio tan abierto y pulcro era un alivio. La sala de té era una imagen perfecta de pureza y sosiego: madera bruñida, mamparas de papel, incrustaciones de nácar y tatamis... Sin olvidar los sencillos accesorios de la ceremonia (la tetera de hierro, el cacillo y la servilleta de tela). Aun así, la sensación de vacío y la profundidad de las sombras hicieron que Margo volviera a ponerse nerviosa.

Pues nada, a hacer lo que venía a hacer y a irse.

Cruzó deprisa el salón de té y siguió internándose en la exposición, entre un desfile ecléctico de recreaciones: una oscura cabaña funeraria india, un *hogan* navajo lleno de pinturas de arena y un violento rito chamanístico Chukchi en que el chamán estaba literalmente encadenado al suelo para evitar que los demonios le robaran el alma.

Finalmente llegó a las cuatro máscaras de la Sociedad de la Gran Kiva. Estaban en el centro de la sala, dentro de una vitrina, sobre finas barras, orientadas cada una en una dirección. La pared de la sala, que era redonda, mostraba una magnífica representación pictórica del paisaje de Nuevo México. Cada máscara miraba hacia una de las cuatro montañas sagradas que rodeaban el país de los tano.

Al mirarlas, Margo quedó impresionada por enésima vez por su poder. Eran unas máscaras de una capacidad evocadora extraordinaria: severas, feroces, pero pletóricas al mismo tiempo de expresividad humana. Pese a sus casi ochocientos años de antigüedad, su abstracción formal les prestaba un aspecto moderno. Eran auténticas obras maestras.

Echó un vistazo a sus apuntes y se acercó al mapa más próximo para orientarse. Después rodeó la vitrina central para ver las cuatro máscaras, y quedó sorprendida al comprobar que su orientación era correcta en todos los casos. A pesar de sus amenazas, Ashton lo había hecho bien. Margo no tuvo más remedio que admitir que había montado una magnífica exposición.

Volvió a guardarse los apuntes en el bolso. El silencio y la penumbra empezaban a afectarla. Ya vería otro día el resto de la exposición, a pleno sol y con las salas llenas.

Justo cuando empezaba a volver por donde había venido, oyó un ruido muy fuerte en la sala de al lado, como si se hubiera caído un tablón.

Se pegó un susto de muerte. De repente le latía el corazón como un martillo. Transcurrió un minuto de silencio absoluto.

Cuando recuperó su pulso normal, se acercó al arco y asomó la cabeza a la penumbra de la siguiente sala. Era una reproducción de la Cueva de la Sala de las Manos, un ámbito inquietante con

pinturas de los anasazi que databan de hacía mil años. Sin embargo no había nadie, y a juzgar por la cantidad de madera cortada que aún quedaba por el suelo el ruido respondía precisamente a eso, a un tablón apoyado en la pared que había acabado por caerse.

Respiró hondo. Había sido víctima de la influencia del silencio acechante y del lado fantasmagórico de la exposición. «No pienses en lo que pasó, que desde entonces el museo ha cambiado mucho y ya no tiene nada que ver con lo que era.» Probablemente estuviera en el sitio más seguro de Nueva York. Desde la debacle de hacía siete años, habían mejorado la seguridad como mínimo media docena de veces, y el último sistema –que aún estaban terminando de instalar– era el mejor del mercado. En aquella sala no podía entrar nadie sin una tarjeta magnética especial, y el lector de tarjetas registraba la identidad de todas las personas que cruzaban la puerta, así como la hora de acceso.

Volvió a girarse para abandonar la exposición, mientras se defendía del silencio cantando en voz baja, pero antes de llegar al fondo de la sala volvió a frenar en seco al oír un ruido de madera. Esta vez procedía de la sala de delante.

–¿Hola? –Estaba todo tan silencioso que su voz resonó más de lo normal–. ¿Hay alguien?

No contestó nadie.

Concluyó que debía de ser el vigilante, que había tropezado con maderas sueltas durante su ronda. De noche, en otros tiempos, habían llegado a aparecer vigilantes borrachos, porque habían descubierto las cubas de alcohol etílico que guardaba el departamento de entomología. «Supongo que hay cosas que nunca cambian.»

Reemprendió su camino por las salas oscuras, siempre en dirección a la salida. Iba deprisa, tranquilizada por el clic, clic de sus tacones en las baldosas.

De repente, con un ¡clac!, la exposición quedó sumida en las tinieblas.

Las luces de emergencia respondieron enseguida: varias hileras de fluorescentes que se encendieron uno a uno,

parpadeando, zumbando y chisporroteando.

Margo hizo otro esfuerzo por calmar su corazón, que latía como loco. Estaba siendo tonta. No era la primera vez que la pillaba en el museo un apagón. El edificio era tan viejo que se iba la luz por cualquier tontería. No había absolutamente ningún motivo de preocupación.

Al dar el siguiente paso, volvió a oír un ruido de madera. Esta vez llegaba de la sala que acababa de cruzar. Casi parecía intencionado, como si alguien tratara de asustarla.

–¿Quién hay? –preguntó, girándose rabiosa.

Pero en la sala que tenía detrás (una cripta pintada de rojo donde se exponía la cruel parafernalia de una misa negra) no había nadie.

–Si es una broma, no me hace gracia.

Esperó, tensa como un muelle, pero no oyó nada.

Se preguntó si era una simple coincidencia, otra plancha caída por su propio peso como parte del asentamiento de la exposición tras un día de muchísimo ajetreo. Hurgó en su bolso buscando algo que pudiera servirle de arma, pero no encontró nada. Años atrás, a consecuencia del trauma de los asesinatos del museo, había adoptado la costumbre de llevar una pistola en el bolso, pero el hábito no había sobrevivido al cambio de trabajo (del museo a GeneDyne), y ahora se reprochaba haber bajado la guardia.

De repente vio un cúter al fondo de la sala, en una mesa de trabajo, y corrió a cogerlo. Cuando lo tuvo en la mano, lo levantó agresivamente y siguió caminando hacia la entrada.

Otro ruido, más fuerte que los otros, como si alguien hubiera tirado algo al suelo.

Margo se convenció de no estar sola en la exposición. Había alguien más, que pretendía asustarla. ¿Podía ser alguien contrario a su editorial, que quisiera vengarse intimidándola? Decidió preguntar a los responsables de seguridad si había entrado alguien más en la sala, e informarles de inmediato.

Ahora ya no caminaba, sino que corría. Después de cruzar la sala de té japonesa, oyó otro impacto justo cuando entraba en la

tumba egipcia saqueada. Esta vez se apagaron las luces de emergencia, y la sala, que era ciega, quedó sumida en las tinieblas.

Se quedó muy quieta, poco menos que paralizada por una estremecedora sensación de *dejà vu*: acababa de acordarse de un momento similar, años atrás, en otra exposición, pero en el mismo museo.

–¿Quién es? –exclamó.

–No, nadie, yo –dijo una voz.

## Ù

# Treinta y dos

Smithback se quedó muy quieto, con todos los sentidos en alerta máxima. Miró hacia ambos lados, intentando penetrar la oscuridad verdosa, pero no se oía nada, ni se le estaba echando encima ninguna silueta negra sobre fondo negro.

«Serán imaginaciones mías», pensó. El entorno era bastante siniestro como para ponerle los pelos de punta a cualquiera.

Por más que lamentase abandonar la poca luz de la sala de calderas, era consciente de que tenía que seguir. Debía encontrar la zona de carga y descarga, pero también un escondrijo seguro cerca de ella, y a juzgar por los últimos diez minutos, podía tardar bastante.

Esperó cinco minutos, oído avizor por si había alguien, y al salir de la sala cambió de dirección y fue hacia donde creía que podía estar el fondo del edificio. La luz tenue acabó por diluirse. Volvió a caminar más despacio y con los brazos extendidos, arrastrando los pies con gran cuidado para no volver a darse un golpe en la espinilla.

Dejó de andar. ¿Había oído algo? ¿Había alguien cerca?

Hizo otra pausa. Aún le latía muy deprisa el corazón, pero lo único que oyó fue ruido de ratones. Al cabo de un minuto reanudó su lenta progresión.

De repente sus manos chocaron con otra pared: piedra sin desbastar, húmeda y resbaladiza. Al seguirla a la derecha, encontro otra pared perpendicular, con lo que parecía una puerta

de acero empotrada. Sus dedos palparon el borde de la puerta hasta encontrar el pomo. Lo cogió y lo hizo girar.

No se movía.

Respiró hondo y estiró con todas sus fuerzas, pero nada, que no cedía.

Cambió de dirección soltando un taco, sin despegarse de la pared. Tras unos veinte pasos, sus manos volvieron a tantear el vacío. Cuando estuvo al otro lado de la esquina, esperó con el corazón en vilo.

Una luz repentina iluminó otro recodo del pasillo. Acababa de encenderla alguien. A menos que ya lo estuviera...

Se quedó paralizado por la indecisión. Estaba seguro de que era el buen camino, y la luz se agradecía, pero ¿y si había alguien acechando? Avanzó muy despacio, pegado a la pared, y se asomó a la esquina.

El pasillo tenía una hilera de bombillas en el techo. Eran pocas, de escasa potencia y muy separadas, pero bueno, al menos podría ver por dónde iba. Lo mejor era que en el pasillo no había nadie. Llegó a la conclusión de que la luz no la había encendido otra persona, sino que ya lo estaba. Simplemente, no se había fijado. O eso, o bien la distancia le había impedido darse cuenta.

Recorrió despacio el pasillo de piedra. Había puertas abiertas en las dos paredes, puertas antiguas de un negro abisal. Se detuvo a mirar por unas cuantas. Un viejo almacén, con archivadores de madera llenos de papeles amarillentos. Una sala de billar con el fieltro de la mesa levantado y enrollado. Justo lo que se podía esperar de una mansión reconvertida en manicomio para ricos.

Siguió adelante, recuperando la confianza. Su plan era bueno. En algún momento tenía que acabarse el sótano. Se estaba aproximando a la zona de carga y descarga. Seguro. Otra vez la acuciante sensación de que lo estaban siguiendo, de que alguien se esforzaba por acompasar sus pasos a los suyos para que no se oyeran.

Se detuvo bruscamente. Tenía la impresión (que no la certeza) de haber oído pisadas interrumpidas, como si alguien hubiera

suspendido el paso a sus espaldas, en la oscuridad. Se giró. Detrás no había nadie, al menos en la parte iluminada del pasillo.

Se humedeció los labios.

–¿Pendergast? –quiso decir, pero tenía la boca seca y pastosa, y no le obedecía la lengua. Mejor, porque tenía la corazonada de que había alguien, y de que ese alguien no era Pendergast, no, no era Pendergast...

Siguió avanzando, con el corazón a punto de salírsele del pecho. De repente los vagos círculos de luz no eran un regalo de los dioses, sino algo traicionero, revelador... De repente tuvo la terrible convicción de que las luces las había encendido alguien para verlo.

«Anda en su busca un asesino, un asesino extraordinariamente peligroso, de una habilidad casi sobrenatural...»

Resistió el impulso de correr. En una situación así, la respuesta adecuada no era el pánico. Lo que tenía que hacer era pensar. Necesitaba un escondrijo donde no pudieran verlo, pero antes tenía que estar seguro. Totalmente seguro.

Pasó deprisa por debajo de otra bombilla, y al cruzar el intervalo de penumbra redujo su velocidad, para elegir bien el momento. Bruscamente, con el cuerpo en tensión, se giró. Detrás, un bulto oscuro –embozado en algo extraño– se apartó de la luz, disolviéndose de nuevo en la lobreguez del sótano.

Ante aquella visión, esperada pero de un horror indescriptible, a Smithback le fallaron los nervios y echó a correr como un conejo asustado, a correr por el pasillo sin tener en cuenta que podía haber obstáculos ocultos que entorpecieran su huida. Y el ruido de unas botas muy pesadas, que le estaban dando alcance, aún le hizo correr más.

A toda carrera, con fuego en los pulmones, dejó atrás la última de las bombillas que colgaban del techo y se internó en la oscuridad, impenetrable, interminable, protectora...

Justo entonces chocó con algo frío y rígido, que interrumpió su huida en seco. Un dolor salvaje rasgó su cabeza y su pecho. Dentro de su cráneo explotó una luz blanca, y mientras perdía la conciencia, mientras se derrumbaba, su última impresión fue la de

algo parecido a unas garras que se cerraban en su hombro como un cepo de acero.

## Ù

# Treinta y tres

–¿Quién? –dijo Margo, casi gritando, mientras movía el cúter hacia el ruido–. ¿Quién es?

–Yo.

–¿Quién es «yo», y qué coño quiere?

–Busco a un hombre honrado; o a una mujer, según se tercie.

Era una vocecita de una precisión casi afeminada.

–¡No se acerque! –exclamó Margo, dispuesta a clavar el cúter en la oscuridad.

Intentó concentrarse, acallando los latidos de su corazón. No era ningún bromista. Su intuición le dijo que era un hombre peligroso. Pronto volverían a encenderse las luces de emergencia. No podían tardar, porque el sistema era automático. Sin embargo, a medida que pasaban los segundos, sintió que su miedo, lejos de suavizarse, se recrudecía. ¿Y si el desconocido había cortado los cables? Parecía imposible. ¿Qué estaba pasando?

Avanzó muy despacio, centímetro a centímetro, intentando no hacer ruido y controlar su nerviosismo. Solo levantaba los pies del suelo al topar con algún objeto. Entonces pasaba cuidadosamente por encima, sin olvidarse de repartir estocadas con el cúter. Tenía una idea aproximada de dónde quedaba la salida. De momento la voz ya no se oía. Quizá su agresor estuviera tan desorientado por la oscuridad como ella. Margo llegó a la pared del fondo y la siguió a tientas hasta que sus manos encontraron el acero frío de la puerta de seguridad. Entonces, dejándose llevar por el alivio, buscó el pomo, encontró el lector de tarjetas, sacó la suya del bolso y la introdujo.

Nada.

El alivio se borró tal como había aparecido, de un segundo a otro, dejando en su lugar un miedo sordo y persistente. Claro, el cierre magnético era eléctrico, y se había ido la luz. Intentó abrir

la puerta sacudiendo el pomo y apoyando todo el peso de su cuerpo en ella, pero no cedió.

–Cuando se va la luz –dijo la vocecita–, el sistema de seguridad lo bloquea todo. No puedes salir.

–¡Como te acerques, te pego un tajo! –exclamó ella, girándose de espaldas a la puerta y blandiendo su cúter.

–No te conviene. La visión de la sangre me marea... de gusto.

Margo se dio cuenta, con la lucidez del miedo, de que lo mejor no era seguirle el juego, sino pasar a la ofensiva. Intentó respirar con normalidad y dominar el pánico. Tenía que hacer algo imprevisible: sorprenderlo, para que se volvieran las tornas. Dio un paso sin hacer ruido.

–¿A ti qué te provoca la visión de la sangre, Margo? –dijo la voz, amable, susurrante.

Margo se acercó muy despacio a su origen.

–¿Verdad que es una sustancia peculiar? De un color tan perfecto y exquisito... Tan llena de vida, de glóbulos rojos y blancos, de anticuerpos, de hormonas... Es un líquido vivo. Sigue viviendo incluso cuando se derrama en el suelo del museo, al menos durante un tiempo.

Margo dio otro paso hacia la voz. Ya estaba muy cerca. Sacando fuerzas de flaqueza, hizo un movimiento desesperado, mezcla de salto y de arco con el cúter. La cuchilla tocó algo y lo cortó. Mientras retrocedía, oyó el ruido de alguien tropezando, y un murmullo de sorpresa.

Aguardó en la oscuridad, tensa, esperando haber seccionado una arteria.

–Bravo, Margo –dijo la voz susurrante–. Estoy impresionado. ¡Me has destrozado el abrigo!

Margo volvió a moverse alrededor de la voz, con la intención de repetir la cuchillada. Ahora el que estaba a la defensiva era él. Si conseguía herirlo, si lograba distraerlo, tendría tiempo de volver corriendo a la exposición, y en ese caso, si interponía una docena de salas entre ella y la maligna voz sin cuerpo, ya no podrían encontrarla en la oscuridad. Podría esperar a la siguiente ronda de los vigilantes.

Oyó una risa suave, entrecortada. Al parecer, a ella también la estaban rodeando.

–Margo, Margo, Margo... ¡No te habrás creído que me habías cortado a mí!

–O me dejas en paz o te mato –dijo ella, sorprendida por la calma de su voz.

–¡Qué agallas!

Sin perder ni un segundo, lanzó el bolso hacia la voz. Cuando oyó un choque, asestó una cuchillada relámpago que, por la resistencia con la que topó, la convenció de que esta vez había acertado.

–¡Vaya, vaya, otro buen truco! Eres mucho más temible de lo que pensaba. Ahora sí que me has cortado.

Justo cuando Margo se giraba para salir corriendo, sintió (más que oírlo) un movimiento brusco y se arrojó de lado, pero él le cogió la muñeca y, con un giro brutal que hizo crujir sus huesos, la obligó a soltar el cúter, que salió volando. Margo gritó, pero se resistió a pesar del dolor insoportable que le subía por el brazo. El hombre le retorció la muñeca por segunda vez, arrancándole otro grito. Ella dio una patada y un puñetazo con la mano libre, pero él la atrajo hacia sí con un gesto brusco y atroz que a punto estuvo de dejarla inconsciente, a causa del dolor de la muñeca rota. Era como tener un grillete de acero en el brazo. Sintió en la cara un aliento caliente que olía un poco a tierra mojada.

–Me has cortado –susurró él.

Le dio un empujón brutal, soltándola, y se apartó. Margo cayó de rodillas, y estuvo a punto de desmayarse de dolor. Pegando al cuerpo su muñeca rota, intentó ser lo más lúcida posible y deducir en qué punto de la oscuridad se había caído el cúter.

–Soy cruel –dijo la voz–, pero así y todo no te dejaré sufrir.

Otro movimiento rápido, como el revoloteo de un murciélago gigante sobre ella. Margo sintió un impacto punzante, bestial, en la espalda. Tendida en el suelo, comprendió con una extraña y creciente sensación de incredulidad que le habían clavado un cuchillo por detrás. Era un golpe mortal. Aun así, apoyó las manos en el suelo, intentando levantarse, y logró ponerse de rodillas por

pura fuerza de voluntad. No sirvió de nada. Algo caliente corría por su brazo y goteaba en el suelo, mientras se cernía sobre ella otra clase de negrura. Lo último que oyó, pero muy lejos, como en sueños, fue una risa cáustica, final...

Ù

# Treinta y cuatro

Laura Hayward cruzó rápidamente la gran sala de recepción del museo, por cuyas altas ventanas de bronce entraban franjas paralelas de luz matutina. Las pisó con decisión, como si el acto físico de caminar la preparara de algún modo para lo que se avecinaba. Jack Manetti, el jefe de seguridad del museo, casi tenía que saltar para no quedarse rezagado. Cerraba la comitiva un grupo silencioso pero veloz de detectives de Homicidios de la policía de Nueva York, y de miembros del personal del museo.

–Señor Manetti, doy por descontado que la exposición dispone de un sistema de seguridad. ¿Correcto?

–De última tecnología. Justo ahora estamos acabando su puesta a punto total.

–¿Puesta a punto? Pero ¿la sala no tenía alarmas?

–Sí, por duplicado, como las que estamos poniendo en todos los sectores. Lo raro es que no se hayan disparado.

–Entonces, ¿cómo entró el asesino?

–De momento no tenemos ni idea. Hemos hecho una lista de todas las personas que accedieron al espacio expositivo.

–Querré interrogarlas a todas.

–Aquí tiene la lista.

Manetti se sacó del bolsillo un documento impreso por ordenador.

–Así me gusta. –Hayward lo cogió, lo leyó por encima y se lo dio a uno de los detectives que iban detrás–. Explíqueme el sistema.

–Está basado en llaves magnéticas. Registra todas las entradas y salidas que se producen fuera del horario normal. También tengo el listado.

Manetti le entregó otro documento.

A la vuelta de la esquina, se encontraron en la Sala de la Vida Marina. Hayward pasó sin fijarse al lado de la gran ballena azul, que colgaba amenazadoramente del techo.

–¿Consta que falte alguna tarjeta?

–No.

–¿Se pueden duplicar?

–Me han dicho que es imposible.

–Y ¿no podría ser que alguien hubiera cogido una tarjeta prestada?

–Es una posibilidad, aunque ahora mismo tenemos constancia de todas las tarjetas menos la de la víctima. De todos modos, lo investigaré.

–Y nosotros. Tampoco hay que descartar que el agresor fuera empleado del museo.

–Lo dudo.

Hayward gruñó. Ella también lo dudaba, pero nunca se sabía. No sería el primer demente a quien se encontraba merodeando por el viejo edificio. Nada más enterarse del asesinato había pedido que se lo asignaran, aunque aún estuviera metida hasta las cejas en el de Duchamp. Tenía la teoría –mejor dicho la premonición– de que estaban relacionados. Si tenía razón, sería una auténtica bomba.

Tras cruzar la Sala de los Indígenas de la Costa Noroccidental, se detuvieron frente al enorme acceso de la exposición «Imágenes sagradas». La puerta estaba abierta, pero precintada. La capitana oyó llegar del otro lado los murmullos de los expertos en pruebas.

–Tú, tú y tú –dijo, señalando a sendos detectives con el índice–, cruzad la cinta conmigo. El resto esperad aquí y no dejéis pasar a los curiosos. Señor Manetti, usted viene con nosotros.

–¿Y cuando llegue el doctor Collopy?

–La sala está precintada. Que se le impida el paso. Lo siento.

Manetti ni siquiera discutió. Tenía la cara de color masilla, y se notaba que no había tenido tiempo ni de tomarse su café de todas las mañanas.

Hayward se agachó para cruzar la cinta, saludó con la cabeza al sargento de guardia y, tras firmar en el registro, entró en el vestíbulo de la exposición. Sus movimientos se volvieron mucho más pausados. Los expertos en pruebas y el equipo forense ya habrían investigado las vías de entrada y salida, pero nunca estaba de más tener los ojos bien abiertos.

El grupo truncado cruzó la primera sala entre vitrinas casi terminadas, pasando por encima de algún que otro tablón, y penetró en la segunda sala de la exposición, que era el lugar del crimen propiamente dicho. El sitio donde se había caído la víctima estaba dibujado con tiza. Había bastante sangre. El fotógrafo del departamento de pruebas, que ya lo había documentado todo, se mantenía a la espera por si el jefe que llevaba la investigación –en ese caso Hayward– deseaba pedirle algo especial. Todavía había dos expertos en el suelo, con pinzas en la mano.

Hayward miró el lugar del crimen casi con ferocidad, fijándose en el charco central de sangre, en las salpicaduras, en las pisadas ensangrentadas y en las manchas. Después hizo señas a Hank Barris, el jefe del equipo de búsqueda de pruebas, que se levantó y se acercó guardándose las pinzas.

–¡Caray, cómo está esto! –dijo la capitana.

–Los paramédicos se pasaron un buen rato con la víctima.

–¿Y el arma del asesino?

–Un cuchillo. Se lo llevaron con la víctima al hospital. Como no se puede sacar...

–Ya, ya lo sé –replicó ella–. ¿Usted ha visto el estado original?

–No, cuando he llegado ya lo habían tocado todo los de urgencias.

–¿La víctima ya está identificada?

–De momento, que yo sepa, no, pero podría llamar al hospital.

–¿Algún testigo que haya visto el lugar del crimen tal como quedó?

Barris asintió con la cabeza.

–Sí, uno, un técnico. Se llama Enderby, Larry Enderby.

Hayward se giró.

–Que me lo traigan.

–¿Aquí?

–Eso he dicho.

Siguió un momento de silencio, en el que Hayward miró a su alrededor sin mover ninguna parte de su cuerpo a excepción de sus ojos oscuros. Examinó las salpicaduras de sangre calculando aproximadamente las trayectorias, la velocidad y el origen, y poco a poco se hizo una idea general del crimen.

–Capitana, ya está aquí el señor Enderby.

Al girarse, quedó sorprendida por la juventud del testigo, un chaval esmirriado, con acné y pelo negro, que no podía pesar más de cuarenta y cinco kilos. Completaban la imagen una camiseta, una gorra de los Mets con la visera por detrás y unos vaqueros destrozados.

Al principio pensó que tenía las zapatillas teñidas de rojo, hasta que las vio de más cerca.

Un policía lo invitó a acercarse.

–¿Eres el primero que encontró a la víctima?

–Sí, señora... quiero decir... agente.

Ya estaba nervioso.

–Puedes llamarme capitana –dijo ella con amabilidad–. ¿Cuál es tu cargo en el museo?

–Soy técnico de sistemas de primer grado.

–Y ¿qué hacías en la sala a las tres de la madrugada?

La voz de Enderby era aguda y temblorosa, como si estuviera a punto de romperse. Hayward se acordó entonces de un comentario jocoso de su profesor de psicología forense de la Universad de Nueva York: «A los más muertos siempre los encuentran los más tímidos». Tragando saliva, intentó adoptar un tono algo más simpático. No le convenía que Enderby se derrumbase.

–Comprobar la instalación del nuevo sistema de seguridad.

–Ya. ¿El de esta sala estaba encendido? ¿Funcionaba?

–Bueno, casi del todo. Estamos actualizando el software, y hubo un problema técnico. Mi jefe...

–¿Cómo se llama?

–Walt Smith.

–Sigue.

–Mi jefe me pidió que bajara para ver si se había ido la luz.

-¿Y?

–Pues que sí que se había ido. Alguien había cortado un cable eléctrico.

Hayward miró a Barris de reojo.

–Ya lo sabíamos, capitana. Parece que el agresor cortó el cable para apagar las luces de emergencia y tener menos problemas en su emboscada a la víctima.

–¿Y el nuevo sistema de seguridad? ¿En qué consiste? –preguntó, mirando otra vez a Enderby.

–Pues... es multicapa y redundante. Hay sensores de movimiento, seguimiento directo por vídeo, haces infrarrojos de láser cruzados, sensores de vibración y sensores de presión del aire.

–Dicho así impresiona.

–Es que es impresionante. Hace seis meses que el museo está mejorando la seguridad sala por sala para adaptarla a la última versión del sistema.

–Y ¿eso qué implica?

Enderby respiró hondo.

–Un seguimiento combinado con la empresa proveedora, reconfigurar el software de vigilancia, hacer un test general y todo eso. Seguímos un calendario rígido, calibrado con un reloj atómico por satélite. Ah, y hay que trabajar de noche, cuando está cerrado el museo.

–Ya. O sea, que bajaste a ver qué pasaba con la corriente y te encontraste el cadáver.

–Exacto.

–Si no es mucho pedir, ¿podrías mirar la sala y describirme exactamente cómo estaba la víctima?

–Pues... el cadáver... el cadáver estaba tal como lo han dibujado, con un brazo fuera. Tenía un cuchillo en la base de la espalda, clavado hasta el mango, que era de marfil.

–¿Lo tocaste? ¿Intentaste sacar el cuchillo?

–No.

Hayward asintió con la cabeza.

–¿La mano derecha de la víctima estaba abierta o cerrada?

–Mmm... Creo que abierta.

Angustiado, Enderby tragó saliva.

–Perdona que te lo pregunte, pero es que movieron a la víctima antes de que llegara el fotógrafo, o sea, que de lo único que disponemos es de tu memoria.

Enderby se secó la frente con el dorso de la mano.

–¿Y el pie izquierdo? ¿Girado hacia dentro o hacia fuera?

–Hacia fuera.

–¿Y el derecho?

–Hacia dentro.

–¿Estás seguro?

–Creo que me acordaré toda la vida. En general estaba todo el cuerpo como retorcido.

–¿Cómo?

–Boca abajo, pero con las piernas casi cruzadas.

Parecía que el hecho de hablar ayudara a Enderby a controlarse. Estaba resultando un buen testigo.

–¿Y la sangre de tus zapatos? ¿Cómo te los manchaste?

Enderby se quedó mirándolos con los ojos muy abiertos.

–Ah... Es que... Es que corrí a ver si podía ayudarla.

El respeto de Hayward por el joven aumentó.

–Describe tus movimientos.

–Pues... El cadáver lo vi desde allá. Primero me quedé parado. Luego corrí, me puse de rodillas y le busqué el pulso, que debió de ser cuando... pisé la sangre... También me manché las manos, pero después me las lavé.

–¿Tenía pulso?

–Creo que no, pero tampoco se lo puedo asegurar, porque estaba muy nervioso. La verdad es que no sé muy bien cómo se toma el pulso. Primero llamé a los de seguridad...

–¿Por un teléfono fijo del edificio?

–Sí, aquí a la vuelta de la esquina. Luego intenté hacer el boca a boca, pero en un minuto llegó un vigilante.

–¿Nombre del vigilante?

–Roscoe Wall.

Hayward hizo señas a uno de los detectives de que lo anotara.

–Luego vinieron los paramédicos, que más que nada me sacaron de en medio.

Hayward asintió.

–Si me haces el favor de quedarte un momento con el detective Hardcastle, es posible que tenga más preguntas.

Volvió a la primera sala de la exposición, echó un vistazo y regresó lentamente a la segunda. En el suelo había una capita de serrín que todavía conservaba rastros de la pelea, aunque ya hubiera pasado tanta gente. Se agachó a examinar las gotitas de sangre. Un análisis mental de salpicaduras la ayudó a redondear la reconstrucción general de los hechos. La víctima había sufrido una emboscada en la primera sala de la exposición. Incluso era posible que el asesino la hubiera seguido desde la otra punta, porque a Hayward le habían dicho que al final había una puerta, si bien la habían encontrado cerrada con llave. Todo apuntaba a que por un momento se habían acechado mutuamente, hasta que el asesino había cogido a la víctima, la había hecho caer y le había clavado el cuchillo mientras ejecutaba un rápido movimiento lateral.

Cerró un momento los ojos para visualizar la coreografía del asesinato.

Cuando volvió a abrirlos, los enfocó en una mancha muy pequeña que le había llamado la atención al cruzar la sala por primera vez. Se acercó a mirarla: era una mancha de sangre del tamaño de una moneda de diez centavos, una simple manchita que parecía haber caído en vertical de una persona inmóvil, a una altura aproximada de un metro y medio.

La señaló.

–Hank, quiero que retiren esta gota, con el tablón y todo, pero primero haced una fotografía in situ. También quiero un análisis del ADN para ayer. Comparadlo con las bases de datos.

–Muy bien, capitana.

Miró a su alrededor, siguiendo una tangente desde la silueta de tiza hasta la pared del fondo, pasando por la mancha aislada de sangre. Al llegar a la pared vio una muesca de grandes

dimensiones en el nuevo zócalo de madera, y su mirada se volvió más penetrante.

–Oye, Hank...

Hank la miró.

–Creo que el arma de la víctima podría estar detrás de esa vitrina.

Hank se levantó, se acercó a la vitrina en cuestión y miró detrás.

–¡Anda!

–¿Qué pasa?

–Un cúter.

–¿Sangre?

–Que yo vea, no.

–Mételo en una bolsa y haz todas las pruebas posibles. Ah, y compara el resultado con la mancha. Te apuesto lo que sea a que coincide.

Mientras seguía donde estaba, reacia (por alguna razón) a apartar la mirada del escenario del crimen, se le ocurrió otra idea.

–Tráeme otra vez a Enderby.

Al cabo de un momento apareció el detective Hardcastle con Enderby detrás.

–¿Dices que le hiciste el boca a boca a la víctima?

–Sí, capitana.

–Deduzco que lo reconociste.

–«La». Sí, sí que la reconocí.

–¿Quién era?

–Margo Green.

Hayward se puso tensa, como un soldado frente a un superior.

–¿Margo Green?

–Sí. Creo que ya había estado en el museo cuando escribía su tesina, pero volvió para dirigir...

Su voz se perdió en el ruido de fondo. Hayward ya no le escuchaba. Acababa de retroceder seis años, a la matanza del metro y al famoso tumulto de Central Park, cuando ella era una simple sargento en la Policía de Tráfico. Se estaba acordando de la Margo Green a quien había conocido, una joven luchadora y muy

valiente que la había ayudado a resolver el caso, jugándose la vida.

Qué asco de mundo.

## Ù

# Treinta y cinco

Smithback estaba sentado en la misma silla que el día antes, con la penosa sensación de que ese momento ya lo había vivido. El fuego de la chimenea de mármol parecía el mismo, con su aroma de humo de arce que perfumaba el aire. Las paredes estaban decoradas con los mismos grabados de deporte, y los ventanales daban al mismo paisaje nevado.

Lo peor, sin embargo, era que al otro lado de la mesa gigante estuviera sentado el mismo director, con la misma sonrisa de condescendencia en su rostro recién afeitado. Su estrategia consistía en mirarlo fijamente con cara de reproche. A Smithback aún le dolía la cabeza de haber chocado a oscuras con un muro de cemento, y lo humillaba profundamente que las pisadas de un simple auxiliar le hubieran dado pánico. Por otro lado, se sentía como un auténtico gilipollas por haber creído que podía burlar el sistema de seguridad con una estrategia tan burda. Lo único que había conseguido era corroborar la opinión del director de que estaba como una chota.

–Bueno, bueno, Edward –dijo el doctor Tisander, entrelazando sus manos venosas–, menuda escapadita la de esta noche... Lamento muchísimo que te asustara el auxiliar Montaney. Espero que no tengas quejas sobre la asistencia médica de nuestra enfermería.

Smithback pasó por alto su tono de condescendencia.

–Lo que quiero saber, para empezar, es por qué me espiaba. ¡Casi me mata!

–¿Por chocar contra un muro? Lo dudo mucho. –Otra sonrisa cordial–. Aunque una conmoción cerebral sí que has tenido suerte de ahorrártela.

Smithback no respondió. Cada vez que abría la boca, se le tensaban incómodamente las vendas que le habían puesto en un lado de la cabeza.

–Me sorprendes, Edward, la verdad. Creía que ya te lo había explicado: una cosa es que no parezca que haya medidas de seguridad, y otra que no existan. De hecho, todas las instalaciones están pensadas para eso. Es un sistema de seguridad discreto, diseñado para no incomodar a nuestros huéspedes.

La palabra «huésped» irritó a Smithback. Eran simples internos. Así de claro.

–Los rayos infrarrojos que atravesaste, y los sensores de movimiento junto a los que pasaste, nos permitieron vigilar tu excursión nocturna. El auxiliar Montaney solo recibió la orden de seguirte sin molestar cuando bajaste al sótano, y se ciñó estrictamente al protocolo. Imagino que tendrías la intención de huir en uno de los camiones de reparto de comida. Suele ser lo primero que intentan.

Smithback tuvo ganas de saltarle al cuello al bueno del doctor. «¿”Intentan”? ¡Que yo no estoy loco, idiota!» Sin embargo, no lo hizo. Ahora ya entendía en todo su refinamiento la trampa qué lo tenía cautivo: cuanto más insistía en su cordura, más se exaltaba, y más validez confería a la opinión contraria del doctor.

–Solo quiero saber hasta cuándo estaré aquí–dijo.

–Eso ya se verá. Reconozco que la tentativa de huida no me hace ver muy próximo el momento en que nos despidamos de ti. Es una muestra de que no quieres que te ayuden. No podremos ayudarte sin tu colaboración, y no podremos soltarte sin haberte ayudado. Como me gusta decir, la persona más importante del tratamiento eres tú.

Smithback apretó los puños, y le costó muchísimo no responder.

–También debo advertirte, Edward, de que otro intento de escapatoria daría como resultado algunos cambios en tu vida cotidiana, y que esos cambios podrían no ser de tu agrado. Yo te aconsejo que aceptes la situación y colabores con nosotros. El

primer día ya advertí un grado de resistencia pasiva-agresiva mayor de lo normal.

«Eso es porque estoy tan cuerdo como tú.» Smithback tragó saliva e intentó sonreír de manera obsequiosa. Lo que estaba claro era que si quería escaparse tendría que ser mucho más listo.

–Sí, doctor Tisander, ya lo entiendo.

–¡Muy bien, muy bien! Ahora sí que progresamos.

Tenía que haber una manera de salir. Si el conde de Montecristo pudo escaparse del castillo de If, William Smithback podría escaparse de River Oaks.

–Doctor Tisander, ¿qué tengo que hacer para salir de aquí?

–Colaborar. Dejar que te ayudemos. Ir a las sesiones, ponerlo todo de tu parte para mejorar y comprometerte personalmente a cooperar con el personal y con los auxiliares. De aquí solo se sale llevando un documento de baja con mi firma.

–¿Es la única manera?

–Exacto. La decisión final la tomo yo, con la debida asesoría médica, naturalmente, y si es necesario jurídica.

Smithback lo miró.

–¿Jurídica?

–La psiquiatría tiene dos padres: la medicina y la jurisprudencia.

–No lo entiendo.

Se notaba que Tisander acababa de abordar un tema de su predilección.

–Sí, Edward –pontificó–, no solo debemos resolver cuestiones médicas, sino jurídicas. Tú, por ejemplo: tu familia, que te quiere, y que se preocupa por tu bienestar, te ha internado aquí, lo cual es un proceso a la vez médico y jurídico. Privar a una persona de su libertad es un paso muy grave, en el que hay que respetar escrupulosamente una serie de trámites.

–Perdone... ¿Ha dicho mi familia?

–Exacto. ¿Quién sino ella podría haberte internado, Edward?

–¿Conoce a mi familia?

–Hablé con tu padre, Jack Jones. Una bellísima persona. Todos queremos lo mejor para ti, Edward.

–¿Cómo era?

Tisander puso cara de perplejidad. Smithback se reprochó haber hecho una pregunta tan propia de un loco.

–Quiero decir que cuándo habló con él.

–El día que te ingresaron. Firmó todos los papeles necesarios.

«Pendergast –pensó Smithback–. Maldito sea.»

Tisander se levantó tendiendo la mano.

–Bueno, Edward, ¿algo más?

Smithback se la estrechó. Una idea acababa de sembrarse en su cerebro.

–Sí, una cosa.

Tisander arqueó las cejas con la misma sonrisa de condescendencia.

–Aquí hay biblioteca, ¿no?

–Sí, claro, al fondo de la sala de billar.

–Gracias.

Al salir, Smithback vio de reojo que Tisander volvía a sentarse ante su enorme escritorio con patas en forma de garras, y que se alisaba la corbata sin que se le hubiera borrado la sonrisa de satisfacción.

## Ù

# Treinta y seis

Cuando D'Agosta llegó a la vieja puerta de la calle Hudson, la luz acuosa del invierno se apagaba sobre el río. Descansó un momento y respiró profundamente, a ver si se tranquilizaba. Había seguido al pie de la letra las enrevesadas instrucciones de Pendergast. El agente se había vuelto a mudar. (Parecía decidido a ir siempre un paso por delante de Diogenes.) D'Agosta se preguntó con una mezcla de curiosidad y fatiga cuál sería su nuevo disfraz.

Ya más sereno, volvió a comprobar que no hubiera nadie cerca, llamó siete veces a la puerta y esperó. Al cabo de un rato le abrió un hombre con toda la pinta de ser un marginado en fase terminal de drogadicción. D'Agosta ya sabía que era Pendergast,

pero la eficacia de su camuflaje lo dejó estupefacto. Y no era la primera vez.

Pendergast lo hizo pasar en silencio, cerró la puerta con candado y lo acompañó por una escalera húmeda hasta un sótano ocupado por una gran caldera y varios tubos de calefacción. Completaban la imagen una caja muy grande de cartón llena de mantas sucias, otra caja de plástico de las de leche, con una vela y algunos platos, y varias latas de comida muy bien amontonadas.

Pendergast levantó un trapo del suelo, dejando a la vista un iMac G5 con conexión inalámbrica Bluetooth a internet. Al lado había un fajo de papeles muy gastados: las fotocopias del expediente policial sustraído por D'Agosta de la jefatura, así como otros informes que debían de proceder del dossier sobre el envenenamiento de Hamilton. Se notaba que lo había estudiado todo muy a fondo.

–Me... –D'Agosta no sabía por dónde empezar. Tuvo otro ataque de rabia–. ¡Qué cabrón! ¡Qué hijo de perra! Mira que asesinar a Margo... Dios...

No dijo nada más. No había palabras capaces de expresar toda la furia que llevaba dentro, toda la conmoción y la incredulidad que lo embargaban. La noticia de que Margo había vuelto a Nueva York, y al museo, era una novedad, pero se conocían de hacía años, y habían trabajado juntos en la matanza del metro y los asesinatos del museo. Era una mujer valiente, llena de recursos y de inteligencia, que no se merecía un final así: ser perseguida y asesinada en la oscuridad de una sala de exposiciones.

Pendergast tecleaba en silencio en el ordenador, pero tenía la cara sudorosa, y D'Agosta se dio cuenta de que no era un ingrediente del disfraz, sino que compartían los mismos sentimientos.

–Diogenes mintió al anunciar que la siguiente víctima sería Smithback –dijo D'Agosta.

Pendergast, sin decir nada, metió una mano en la caja y extrajo una bolsa. Después la abrió, sacó algo (una carta de tarot y una nota) y se lo dio.

D'Agosta miró la carta. Representaba una torre de ladrillo de color naranja sobre la que caían varios relámpagos, y que se estaba quemando. Una serie de minúsculas figuras se desplomaban desde sus almenas y acababan en la hierba tras una larga caída. Miró la nota.

*Ave, frater* !

¿Desde cuándo te digo la verdad? A estas alturas, después de tantos años, lo mínimo que cabría esperar es que supieras que soy un mentiroso consumado. Mientras tú te desvivías por esconder al fanfarrón de Smithback –a propósito, te felicito por tu habilidad, porque aún no lo he encontrado–, yo tenía las manos libres para tramar la muerte de Margo Green. La cual, dicho sea de paso, me plantó cara con muchos arrestos.

¿A que he sido muy inteligente?

Te voy a contar un secreto, hermano. Tengo ganas de sincerarme, conque nombraré a mi siguiente víctima: el teniente Vincent D'Agosta.

Qué divertido, ¿eh? ¿Será la verdad? ¿U otra mentira? ¡Qué delicioso enigma para ti, querido hermano mío!

No te digo *adieu*, sino au *revoir*.

DIÓGENES

D'Agosta devolvió la nota a Pendergast con una sensación extraña, visceral. No era miedo, en absoluto, sino un nuevo arranque de odio que hasta le dio temblores.

–Que venga, que venga, el muy cabrón –dijo.

–Siéntese, Vincent, que tenemos poco tiempo.

Eran las primeras palabras de Pendergast. La profunda seriedad de su voz hizo callar a D'Agosta, que tomó asiento en una caja de embalar.

–¿Qué pinta la carta de tarot? –preguntó.

–Es la Torre, de una variante de la baraja que se llama «El Gran Tarot Esotérico». Dicen que anuncia destrucción. Una época de cambios súbitos.

–No me diga.

–Me he pasado todo el día elaborando una lista de posibles víctimas y haciendo los preparativos para su protección. Para ello he tenido que recurrir prácticamente a todos los favores que se me debían, lo cual, por desgracia, tendrá el efecto colateral de desproveerme de tapadera. Las personas a quienes me he dirigido

han prometido no revelar nada, pero tarde o temprano acabará por divulgarse la noticia de que estoy con vida. Fíjese en esto, Vincent.

D'Agosta se inclinó para mirar el documento que estaba en la pantalla. Reconoció muchos nombres, pero también había muchos que no le sonaban de nada.

–¿Echa en falta a alguien?

Miró la lista fijamente.

–A Hayward.

El simple hecho de pensar en ella le dio una punzada en el estómago.

–Hayward es la única persona que puedo descartar rotundamente como víctima de Diogenes. Las razones todavía no se las puedo explicar.

–¿Y...? –D'Agosta titubeó. Pendergast era una persona extremadamente celosa de su intimidad. Se preguntó cómo reaccionaría al oír el nombre–. ¿Y Viola Maskelene?

–He pensado mucho en ella –dijo el agente con voz grave, mirándose las manos–. Sigue en su isla de Capraia, que en muchos sentidos es la fortaleza perfecta: la única forma de acceder a ella es un viaje de varios días. Solo hay un puerto, muy pequeño, y cualquier desconocido llamaría enseguida la atención, fuera cual fuese su disfraz. Diogenes está aquí, en Nueva York. No podría llegar rápidamente a ella. Tampoco lo delegaría en otra persona. Y por último... –Bajó la voz–. Diogenes no puede saber nada de mi... interés por ella. La única persona del mundo que lo sabe es usted. Para Diogenes no es más que alguien a quien entrevisté en relación con un violín. Por otro lado, tomar medidas para protegerla podría ser un modo de poner a mi hermano al corriente de su existencia.

–Sí, ya lo entiendo.

–De ahí que en su caso me haya inclinado por dejar las cosas como están.

Separó las manos.

–En todos los otros he tomado medidas de protección, sean o no del gusto de la posible víctima. Lo cual nos lleva a la pregunta

más difícil: ¿qué hay de usted, Vincent?

–Yo no pienso esconderme. Repito lo que he dicho: que venga, que venga. Seré el cebo. Prefiero morirme que huir como un perro del asesino de Margo.

–No discutiré con usted. El riesgo que corre es enorme. Ya lo sabe.

–Sí, de sobra, pero estoy preparado.

–Así lo creo yo también. El ataque contra Margo se inspiró en el asesinato de una pariente mía, una tía solterona a quien un criado apuñaló en la espalda por rencor, con un abridor de cartas con empuñadura de nácar. Sigue existiendo la posibilidad de que en el escenario de la agresión aparezcan pruebas que nos ayuden a encontrar a Diogenes. Sin embargo, necesitaré su ayuda. Cuando la noticia de que todavía existo llegue a oídos de la policía, tendremos un grave problema.

–¿Porqué?

Pendergast sacudió la cabeza.

–Ya lo entenderá en su momento. Naturalmente, el tiempo que desee quedarse conmigo depende estrictamente de usted. Tarde o temprano me tomaré la justicia por mi mano. Tal es mi intención. Jamás entregaría a Diogenes al sistema judicial penitenciario.

D'Agosta asintió enérgicamente.

–Estaré a su lado hasta el final.

–Lo peor está por llegar. Para mí y sobre todo para usted.

–El muy hijo de puta ha asesinado a Margo. No hay nada más que discutir.

Pendergast le puso una mano en el hombro.

–Es usted un buen hombre, Vincent. De los mejores que hay.

D'Agosta no contestó. Estaba dando vueltas a las enigmáticas palabras del agente.

–Ya lo tengo todo organizado para que las posibles víctimas de Diogenes se escondan. Sería la fase número uno. Ello nos lleva a la fase número dos: detener a Diogenes. Mi plan inicial ha fracasado estrepitosamente. Dicen que «si pierdes, no te pierdas la lección»; en este caso, la lección es que a mi hermano no puedo derrotarlo sin ayuda. Creía conocerlo mejor, y ser capaz de

predecir sus movimientos; creía poder frenarlo por mis propios medios, pero los hechos han demostrado lo contrario. La demostración ha sido apabullante. Ahora necesito que me ayuden.

–Cuente conmigo.

–Se lo agradezco, pero me refería a otro tipo de ayuda. Una ayuda profesional.

–¿De qué tipo?

–Entre Diogenes y yo no existe bastante distancia. No soy objetivo ni sereno. Ahora menos que nunca. He aprendido a las malas que no entiendo a mi hermano, que nunca lo he entendido, y lo que necesito es un experto en perfiles psicológicos que pueda elaborar un modelo forense de mi hermano. Será una tarea de dificultad extraordinaria, ya que se trata de un individuo psicológicamente único.

–Conozco a varios expertos de primera fila.

–No nos sirve cualquiera. El que necesito debe ser realmente excepcional. –Se giró y empezó a escribir una nota–. Vaya a la casa de Riverside Drive y entregúele esto a Proctor, que se lo transmitirá a Constance. Si la persona a quien me refiero existe, Constance sabrá encontrarla.

D'Agosta cogió el papel y se lo guardó doblado en el bolsillo.

–Casi se nos ha acabado el tiempo. Faltan dos días para el 28 de enero.

–¿Alguna idea de lo que puede significar la fecha?

–No, salvo que será el climax del crimen de mi hermano.

–¿Cómo sabe que la fecha no es otra mentira?

Pendergast hizo una pausa.

–No lo sé, pero mi intuición me dice que es cierta. Y en este momento es lo único que me queda: la intuición.

OceanofPDF.com

# Ù
# Treinta y siete

En las entrañas de la biblioteca Promoción de 1945 de la Phillips Exeter Academy, Whit DeWinter III leía encorvado su manual de matemáticas de siete kilos; concretamente, se obstinaba en contemplar una fórmula compuesta enteramente de letras griegas, con la intención de grabársela en su turbia cabeza. Faltaba menos de una hora para el examen parcial, y no se sabía ni la mitad de las fórmulas. Se arrepintió vivamente de haberse acostado tan tarde y haberse pasado la noche fumando maría con su novia Jennifer en vez de estudiar. En ese momento le había parecido buena idea... Qué tonto. Qué tonto. Como cateara el examen, su notable en matemáticas bajaría a un bien, y en vez de entrar en Yale tendría que conformarse –oh catástrofe– con la Universidad de Massachusetts. Adiós a la facultad de medicina, y adiós a un buen empleo; su triste vida acabaría en una casita de Medford, con una vaca por mujer y una casa llena de criajos berreando. Respiró hondo y volvió a sumergirse en el manual, pero justo entonces lo sacó de su concentración alguien que hablaba en voz alta en uno de los cubículos de al lado. Se incorporó. La voz le resultaba conocida: era esa chica tan sarcástica de la clase de literatura inglesa, la siniestra con el pelo violeta... Corrie. Corrie Swanson.

Las líneas elegantes del patio de la biblioteca de la academia recogieron y amplificaron la voz.

–Oye, tío, ¿de qué vas? ¿No ves que estudio?

A pesar de sus esfuerzos, Whit no consiguió entender el sereno murmullo de respuesta.

–¿Australia? ¿Tú estás mal de la olla? –fue la réplica, dicha en voz alta–. ¡Qué estoy haciendo los parciales! ¿Qué te pasa, que eres un pervertido o qué?

Algunos alumnos que estudiaban cerca sisearon para invitarla a bajar la voz. Al mirar por el borde de su cubículo, Whit –que

agradecía la distracción– vio a un hombre con traje oscuro, asomado unos metros más allá a otro cubículo.

–Ah, ¿sí? ¿Te lo ha dicho él? A ver, enséñame una identificación.

Otro murmullo.

–Bueno, vale, ya me lo creo. De hecho no es que no quiera irme de vacaciones a la playa, pero ¿justo ahora? ¡Tú alucinas!

La conversación siguió, entre peticiones de silencio.

–¡Vale, vale! Solo te digo que como catee biología será culpa de Pendergast.

Whit oyó el ruido de una silla, y vio que Corrie Swanson salía del cubículo detrás del hombre del traje, que tenía toda la pinta de ser de la secreta: chaqueta abrochada hasta el último botón, mandíbula cuadrada, gafas de sol... Whit se preguntó en qué nuevo lío se habría metido Corrie.

La vio pasar, con su culito prieto moviéndose incitantemente bajo un vestido negro ajustado del que colgaban adornos de metal, y con su pelo violeta –casi negro en las puntas– cayendo majestuoso por su espalda. ¡Qué buena estaba! Ahora, que de presentársela a su padre ni hablar. Si salía con una chica así, fijo que el viejo lo mataba.

Volvió a enfocar sus doloridos globos oculares en la fórmula del radio de curvatura de una función de dos variables, pero más que griego le parecía chino. Tenía tantas letras llenas de rabillos, la maldita fórmula, que podrían haberle dicho que era el primer verso de la *Ilíada* y se lo habría tragado.

Soltó otro gemido. Estaba a punto de morir. Y todo por culpa de Jennifer y su pipa mágica...

Había nevado un poco sobre la casa de madera blanca de la esquina de Church Street y Sycamore Terrace, en River Pointe, un barrio tranquilo de las afueras de Cleveland. Todo era silencio en sus anchas calles blanqueadas, paisaje nocturno en el que las farolas proyectaban círculos de luz amarilla. El silbido de un tren en la distancia añadió una nota melancólica al silencio del barrio.

Detrás de una ventana cerrada con postigos, en el hastial de la primera planta de una casa, se movía una silueta –alguien en silla de ruedas–, recortada apenas por la suave luz azul que emanaba de las profundidades de la habitación. Enfrascado en ignotas tareas, avanzaba y retrocedía en silenciosa pantomima. Las paredes de la habitación estaban cubiertas desde el techo al suelo por estanterías metálicas llenas de artilugios electrónicos: monitores, CPU, impresoras, varios terabytes de discos duros, unidades para capturar imágenes de monitores a distancia, interceptores de teléfonos móviles, routers inalámbricos, dispositivos NAS, rastreadores de internet... Olía a maquinaria caliente y mentol.

La silueta hacía rodar su silla en varias direcciones, mientras accionaba teclados, botones y diales con una sola (y arrugada) mano. Las unidades se fueron apagando lentamente. No quedó ni una sola conexión operativa, ni LAN ni de banda ancha. Las pantallas se quedaron negras. Los discos duros dejaron de girar, y los LED se apagaron parpadeando. El individuo conocido como Mime, Mime a secas, por el mundo clandestino de los hackers estaba aislándose del mundo.

Cuando se apagó la última luz (una gran pantalla plana azul LCD), la habitación quedó sumida en la negrura.

Mime descansó, empapándose de aquella oscuridad a la que no estaba acostumbrado. Todos sus lazos con el mundo exterior habían sido cortados. Era, lo sabía, la manera de que no le pudieran encontrar, pero no por ello dejaba de inquietarlo la información que le había hecho llegar la persona apellidada Pendergast, una de las pocas (solo dos en todo el mundo) que le merecían una confianza implícita.

Hacía muchos años que Mime no se aislaba de los torrentes de datos que desaguaban en su casa como un mar invisible. Fue una sensación de frío y soledad.

Se quedó pensativo. Un minuto más y volcaría su atención en una serie de controles totalmente nuevos. Nuevas luces se encenderían en la habitación: las de una hilera de pantallas y lectores de seguridad que concentraban los datos del sistema de vigilancia externo e interno de la casa. Se trataba de una medida

de protección que llevaba varios años instalada, pero que nunca había sido necesaria. Nunca hasta ahora.

Mime se empapó de oscuridad. Era la primera vez en toda su su vida que tenía miedo.

Proctor se aseguró de haber cerrado bien con llave la gran mansión cubierta de tablones del número 891 de Riverside Drive. Tras una mirada final a la redonda, subió al Hummer que esperaba con el motor en marcha. La casa estaba cerrada a cal y canto. Cualquier posible brecha, cualquier posible entrada, habían sido selladas con todas las precauciones. Constance seguía dentro, oculta en los secretos recovecos que ya la habían protegido en otros tiempos, y de los que ni Proctor ni Pendergast sabían nada. Tenía provisiones, un teléfono móvil de emergencia, medicamentos... Todo lo que podía necesitar.

Proctor pisó el acelerador y se alejó del bordillo para ir hacia el sur por Riverside Drive. Miró por el retrovisor del enorme vehículo blindado, por pura costumbre, para ver si lo seguían, pero no vio indicios de persecución. Claro que la falta de indicios no demostraba que no lo estuvieran persiguiendo, como era el primero en saber...

Al llegar a la esquina de la calle Noventa y cinco, frenó cerca de un contenedor de basura lleno a rebosar, y al pasar a su lado tiró una bolsa de patatas fritas de McDonald's, aceitosas, frías y con una costra casi sólida de ketchup. Después volvió a acelerar para entrar en la West Side Highway por la rampa de acceso, y puso rumbo al norte, respetando el límite de velocidad y mirando con frecuencia por los retrovisores. Cruzando Riverdale y Yonkers, llegó a la Saw Mili River Parkway, al Taconic, a la I-90, a la I-87 y por último a la Northway. Sus planes eran conducir toda la noche y gran parte de la mañana hasta llegar a una cabaña a orillas de un pequeño lago, algo más de treinta kilómetros al norte de St. Amand l'Eglise, Quebec.

Echó un vistazo a la derecha. En el asiento de al lado había un AR-15 con todo un cargador de balas 5,56 OTAN. Si de algo tenía

ganas, era de darle una lección que no se le olvidara en toda la vida, la cual, por otro lado, no sería precisamente larga.

El cielo se estaba aclarando. Sobre el río Hudson despuntaba un turbio amanecer. Mientras el viento gélido hacía correr hojas sueltas de periódico por las calles vacías, un vagabundo solitario dejó de arrastrar los pies por Riverside Drive y se paró al lado de un contenedor demasiado lleno para hurgar en la basura. Con un gruñido de satisfacción, sacó una bolsa de patatas fritas medio congeladas del McDonald's, y mientras las engullía con avidez su mano izquierda guardó hábilmente en el bolsillo un trocito de papel escondido en el fondo de la bolsa, un papel con pocas líneas de caligrafía bonita y anticuada:

Solo existe una persona en todo el mundo
que cumpla los requisitos:
Eli Glinn, de Effective Engineering Solutions,
Little West 12th Street, Greenwich Village, Nueva York

## Ù
# Treinta y ocho

Una luna brillante, blanquísima, gigante, parecía dorar desde el espacio la vasta y lejana superficie del mar. Al mirar por la ventanilla, Viola Maskelene vio un rastro largo y blanco, como un lápiz en el agua refulgente. Delante iba un enorme transatlántico que desde aquella altura (diez mil metros) parecía un barco de juguete. Pensó que era el *Queen Mary* en su travesía desde Southampton a Nueva York.

Lo contempló embelesada, imaginándose a los miles de personas que viajaban a bordo del gran barco en alta mar, comiendo, bebiendo, bailando, haciendo el amor... Todo un mundo contenido en un barco tan pequeño que parecía poder cogerse con la mano. No apartó la vista hasta que la embarcación desapareció en el horizonte. Era realmente curioso que siguiera emocionándola

tanto ir en avión, después de haberlo hecho como mínimo mil veces... Miró de reojo al pasajero del otro lado del pasillo, tan absorto en la lectura del *Financial Times* que no había mirado ni una sola vez por la ventanilla. A ella no le cabía en la cabeza.

Se apoyó en el respaldo, buscando una nueva distracción. Era el segundo tramo de su viaje desde Italia con transbordo en Londres y ya no le quedaba nada por leer, ni el libro que se había llevado ni la revista de a bordo, que por otro lado no valía nada (se había limitado a hojearla). La primera clase casi estaba vacía. Como faltaba poco para las dos de la madrugada –hora londinense–, la mayoría de los pasajeros dormía. Tenía a la azafata en exclusiva. Le llamó la atención.

–¿Desea algo, lady Maskelene?

Hizo una mueca al oír el título. ¿Cómo era posible que todos lo supieran?

–Sí, champán. Y no me llame lady Maskelene, si no le importa, que me hace sentirme una abuela. Llámeme Viola.

–Disculpe. Ahora mismo le traigo el champán.

–Gracias.

Durante la espera, hurgó en el bolso y sacó la carta que había recibido tres días antes en su casa de la isla italiana de Capraia. Se notaba que ya la había abierto y cerrado demasiadas veces. Aun así, volvió a leerla.

> Querida Viola:
>
> Doy por descontado que esta carta le provocará una gran sorpresa, y lo lamento, pero me veo en la misma tesitura que Mark Twain: tener que anunciar que las noticias de mi muerte exageraban mucho. Estoy vivo y con perfecta salud. Sin embargo, me vi obligado a pasar a la clandestinidad debido a un caso excepcionalmente delicado en el que he estado trabajando. Ello, sumado a ciertos hechos ocurridos en la Toscana que ya deben de obrar en su conocimiento, produjeron entre mis amistades y colegas la lamentable impresión de que había perdido la vida. Durante un tiempo me fue útil no corregirla, pero lo cierto, Viola, es que estoy vivo, si bien viví una situación que me colocó tan cerca de la muerte como pueda estarlo un ser humano.
>
> Esa terrible experiencia es el motivo de esta carta. Durante las angustiosas horas que pasé al borde de la muerte me di cuenta de lo breve y frágil que es la vida, y de que nadie debe desaprovechar las pocas oportunidades que se le brindan para ser feliz. Nuestro encuentro fortuito en Capraia, pocas horas antes del inicio de la experiencia a la que me refiero, me tomó por sorpresa, y disculpe que le diga

que también a usted. Algo sucedió entre los dos. Usted me causó una impresión imborrable, y albergo la esperanza de que el efecto recíproco no fuera muy distinto. Tal es la razón de que tenga el placer de invitarla a pasar diez días conmigo en Nueva York, a fin de que nos conozcamos más a fondo, y en último término de averiguar si la impresión a la que acabo de aludir es tan imborrable –y tan favorable– como espero y confío que sea.

La última frase hizo sonreír a Viola. El estilo, arcaico y un poco forzado, era tan propio de Pendergast que casi le parecía oír su voz. Estilo al margen, la carta se salía tanto de lo convencional que Viola nunca había recibido ninguna que se le pareciese. Muchos hombres la habían requerido, y de muy diversos modos, pero así... No, así no. «Algo sucedió entre los dos.» Era verdad. Aun así, la mayoría de las mujeres habrían quedado sorprendidas y escandalizadas por la invitación, mientras que Aloysius, por algún motivo –pese a haberla tratado una sola vez–, la conocía bastante como para entender que a ella estaría muy lejos de desagradarle...

Reanudó la lectura de la carta.

En caso de aceptar la invitación –cuyo carácter poco convencional debo reconocer yo mismo–, le ruego que haga los trámites necesarios para viajar en el vuelo British Airways 822 del 27 de enero con origen y final en los aeropuertos de Gatwick y Kennedy, respectivamente. Ante todo, no le cuente a nadie la razón del viaje. Ya le explicaré el porqué cuando llegue. De momento, básteme decir que si se divulgase su visita mi vida podría correr (incluso ahora) un grave peligro.

Cuando llegue al aeropuerto Kennedy, encontrará a mi querido hermano Diogenes esperándola en la cinta de recogida de equipajes.

Diogenes... Viola sonrió al acordarse de lo que le había comentado Aloysius en Capraia sobre la excentricidad de los nombres que corrían en su familia. No mentía, no. ¿A quién se le ocurría ponerle Diogenes a un niño?

Lo reconocerá al instante, debido al gran parecido que existe entre los dos. La diferencia es que él lleva una barba muy cuidada. Lo que más llama la atención es que tiene los ojos de distinto color, a causa de un accidente infantil: el uno es castaño claro y el otro de un azul casi blanco. No llevará nada que lo identifique. Naturalmente, tampoco él conoce su aspecto, conque será usted misma quien deba buscarlo. Nadie más que mi hermano, un hombre de una discreción irreprochable, me merece la confianza necesaria para encomendarla a él.

Diogenes la acompañará a mi casa de Long Island, situada en un pueblecito de Gardiners Bay donde me encontrará esperando. Gracias a ello dispondremos de unos días de mutua compañía. Se trata de una casa rústica pero con todo lo necesario, además de una magnífica vista de Shelter Island, situada frente a la bahía. Naturalmente, dispondrá usted de habitaciones propias, y actuaremos con el mayor decoro, salvo si lo determinaren de otro modo las propias circunstancias.

Esta vez Viola se rió en voz alta. En el fondo, con todo lo anticuado que pudiera ser, Aloysius le estaba haciendo una proposición que ni siquiera era sutil. Eso sí, lograba hacerlo con buen gusto y con el más irónico de los sentidos del humor.

Tres días después de su llegada llegará a su conclusión el caso en el que he estado trabajando. Será el momento en que salgamos de nuestra reclusión, y en que me muestre nuevamente a la mirada de los vivos, con usted de mi brazo, o así lo espero. También será el principio de una espléndida semana de teatro, música, arte y aventuras culinarias en Nueva York, previamente a su regreso a Capraia.

Le suplico una vez más que no le cuente nada a nadie, Viola. Por favor, responda a la siguiente dirección mediante algo tan anticuado como es un simple telegrama:

A. Pendleton
15 Glover's Box Road
The Springs, NY 10511

Firme «Anna Livia Plurabelle».

Me haría sumamente feliz si aceptara mi invitación. Sé que no me muevo muy bien en el terreno de los sentimientos y el lenguaje florido. No es mi forma de ser. Las demostraciones de afecto las reservo para cuando nos veamos en persona. Atentamente,

ALOYSIUS

Viola no tuvo más remedio que volver a sonreír. Casi oía las frases en la voz de Pendergast, con su actitud elegante, pero más bien adusta. Conque Anna Livia Plurabelle[3] ... Siempre era agradable ver que se permitía alguna alusión literaria, no solo ingeniosa, sino de alto nivel intelectual, y no apta para todos los públicos. ¡Qué hombre tan seductor! La idea de volver a verlo provocó un cosquilleo de emoción en Viola. En cuanto al leve aroma de peligro al que aludía la carta, no hacía sino incorporar un poco de picante a la aventura. Reflexionó una vez más,

inevitablemente, en la extraña impresión de conocer a un hombre tan a fondo cuando solo habían estado juntos una tarde. Ella nunca había creído en esas tonterías de las almas gemelas, el amor a primera vista y la predestinación en las parejas, pero en el fondo, en el fondo...

Dobló la carta y sacó la segunda. Era un telegrama donde solo ponía:

> ¡Encantado de que venga! Confirmada la recepción por mi hermano. Sé que puedo confiar en la discreción de usted. Afectuosamente, A.X.L.P.

Volvió a guardar las cartas en el bolso, tratándolas con gran cuidado; mientras bebía un sorbo de champán retrocedió mentalmente a su encuentro en Capraia. Se acordó de que ese día, mientras abonaba las viñas, había visto acercarse a un hombre vestido con un traje negro, que evitaba cuidadosamente la tierra levantada, seguido por un policía norteamericano de paisano. Era un espectáculo tan raro que casi la había hecho reír. Los dos visitantes se habían dirigido a ella tomándola por una campesina. Después se habían acercado, y Viola había visto por primera vez la cara de Pendergast, tan extraña pero tan agraciada. Nunca había tenido una sensación tan brusca y peculiar, y aunque él se hubiera esforzado por disimularlo era evidente que sentía lo mismo. La visita había sido corta (una hora de conversación aderezada con vasos de vino blanco, en su terraza con vistas al mar), pero el recuerdo de esa tarde no dejaba de volver, como si hubiera ocurrido algo de gran importancia.

Y luego la segunda visita, la de D'Agosta, solo, pálido, angustiado... Y la terrible noticia de la muerte de Pendergast... Hasta ese momento tan doloroso, Viola no se había dado cuenta de las ganas que tenía de volver a ver al agente, ni de su certeza de que estaba destinado a acompañarla el resto de su vida.

¡Qué horrible día! Y ahora que tenía la carta, qué giro tan feliz había experimentado la situación...

Sonrió al pensar que volvería a ver a Aloysius. Le encantaba la intriga. Nunca se había apocado ante las ocasiones que le ofrecía la vida. A veces su impulsividad le había creado problemas, pero

también era la fuente de una vida llena de color, una existencia fascinante que no habría cambiado por ninguna otra. Aquella invitación tan misteriosa parecía salida de las novelas que devoraba al principio de su adolescencia. Un fin de semana en una remota casita de Long Island, con un hombre que la fascinaba más que ningún otro, y a continuación una semana trepidante en Nueva York... ¿Cómo negarse? Lo que no estaba, con seguridad, era obligada a irse a la cama con él. Pendergast era un perfecto caballero. De todos modos, la idea despertó un hormigueo eléctrico que la hizo sonrojarse...

Se acabó el champán (buenísimo, como todo lo que servían en primera). A veces se sentía culpable por viajar así (parecía elitista), pero en los viajes transatlánticos era mucho más cómodo. Después de tantos años excavando tumbas en Egipto, estaba acostumbrada a la incomodidad, pero nunca le había encontrado sentido a estar incómoda porque sí.

Miró su reloj. Faltaban poco más de cuatro horas para aterrizar en Kennedy.

Conocer al hermano de Pendergast, Diogenes, sería una experiencia interesante. Los hermanos siempre revelaban mucho los unos de los otros.

## Ù

# Treinta y nueve

D'Agosta siguió a la decaída silueta del agente Pendergast, que arrastraba los pies por la esquina de la Novena Avenida con Little West 12th Street. Eran las nueve de la noche. Un viento gélido soplaba con fuerza desde el río Hudson. El antiguo barrio de los mataderos –que adoptaba la forma de una estrecha franja embutida entre el sur de Chelsea y el norte de Greenwich Village– había cambiado mucho desde la última vez que D'Agosta había puesto el pie en él. Ahora, entre los mayoristas de carne y las carnicerías había restaurantes y tiendas a la última, así como empresas tecnológicas que daban sus primeros pasos. Qué sitio más raro para que montara el chiringuito un experto en perfiles forenses...

Pendergast se paró a media manzana, frente a un gran almacén de doce plantas que no pasaba por su mejor momento. El tiempo había vuelto opacas las ventanas de tela metálica, y había tiznado los pisos inferiores con varios milímetros de hollín. No había letrero, nombre ni nada que anunciase la existencia de una empresa, salvo unas letras muy gastadas pintadas directamente sobre los ladrillos viejos, que anunciaban una industria cárnica: PRICE & PRICE PORK PACKAGING INC. Debajo se veía una entrada muy grande de camiones, cerrada con barras, junto a una puerta más pequeña dotada de un timbre anónimo. El dedo de Pendergast subió hasta el timbre y lo pulsó con fuerza.

–¿Sí? –dijo alguien inmediatamente por la rejilla del altavoz de al lado.

Pendergast murmuró algo. La cerradura electrónica hizo el zumbido de apertura. La puerta daba a un pequeño espacio blanco donde solo había una cámara minúscula, situada en la parte superior de la pared del fondo. La puerta emitió un pequeño clic al cerrarse tras ellos. Se quedaron treinta segundos delante de la cámara, hasta que en la pared del fondo se abrió una puerta corredera casi invisible. Un pasillo blanco llevó a Pendergast y D'Agosta a una sala poco iluminada. Una sala sorprendente.

Todos los muros y techos de los primeros pisos del almacén habían sido derribados, dejando una carcasa muy grande de seis plantas de altura. Delante, a ras de suelo, se extendía un oscuro laberinto de mesas, aparatos científicos de gran tamaño, terminales informáticos e intrincados modelos y dioramas. A D'Agosta le llamó especialmente la atención una mesa gigante con lo que parecía una reproducción del lecho marino de algún punto de la Antártida, dotada de un corte que permitía observar su composición geológica. También había una especie de volcán, pero muy raro, así como otros modelos, todos de enorme complejidad, entre ellos un barco dotado de un misteroso conjunto de vehículos no tripulados, instrumentos científicos y armamento.

Una voz resonó en la oscuridad.

–Bienvenidos.

Al girarse, D'Agosta vio que se acercaba alguien en silla de ruedas, entre dos hileras de mesas largas. Era un hombre con el pelo castaño muy corto, los labios finos y la mandíbula cuadrada. Llevaba un traje discreto pero de muy buen corte, y una de sus manos, enfundada en un guante negro, controlaba la silla de ruedas mediante un mando. Se dio cuenta de que debía de tener un ojo de cristal, porque uno de los dos brillaba mucho más que el otro. En el lado derecho de la cara, desde el cuero cabelludo hasta la mandíbula, una cicatriz violácea daba la impresión de ser el recuerdo de un antiguo duelo.

–Soy Eli Glinn –dijo con una voz afable, grave, neutra–. Ustedes deben de ser el teniente D'Agosta y el agente Pendergast.

Lo siguieron nuevamente hacia el fondo, entre las mesas, pasando junto a un pequeño invernadero cuyas lámparas parpadeaban de modo inquietante. Un ascensor los llevó a una pasarela situada a la altura de la tercera planta. Mientras la recorría, siguiendo a la silla de ruedas, D'Agosta tuvo un aguijonazo de duda. ¿Effective Engineering Solutions? ¿Eli Glinn a secas, sin «doctor»? Se preguntó si a pesar de sus alabadísimas dotes de investigadora Constance Greene se había equivocado en su elección. El nunca había visto a ningún experto en perfiles parecido, y eso que conocía a bastantes.

Glinn giró la cabeza y escrutó el uniforme de D'Agosta con su ojo normal.

–Puede desconectar la radio y el móvil, teniente. Este edificio está protegido de cualquier señal inalámbrica y cualquier frecuencia radiofónica.

Los hizo pasar a una pequeña sala de reuniones con revestimiento de madera pulida. Tras cerrar la puerta, les indicó que se sentaran. Él hizo rodar la silla hasta la otra punta de la única mesa de la habitación. Evidentemente, el hueco entre las sillas Hermán Miller de color gris oscuro le estaba reservado a él. En la mesa solo había un sobre, a la altura de donde se había parado Glinn. Por lo demás estaba vacía e inmaculada. Glinn se apoyó en el respaldo de la silla de ruedas y fijó en D'Agosta y Pendergast una mirada penetrante.

–Su petición se sale de lo normal –dijo.

–Es que el problema que tengo se sale de lo normal –respondió Pendergast.

Glinn lo miró de pies a cabeza.

–Muy convincente ese disfraz que lleva, señor Pendergast.

–La verdad es que sí.

Glinn juntó las manos.

–Expóngame su problema.

Pendergast miró a su alrededor.

–Expóngame usted en qué consiste su empresa. Si se lo pido es porque todo esto... –Hizo un gesto–. No parece el despacho de un experto en perfiles forenses.

Una sonrisa, que no era de alegría, tensó lentamente las facciones de Glinn, distorsionando la cicatriz y volviéndola más roja.

–Legítima pregunta. Effective Engineering Solutions se dedica a resolver problemas de ingeniería únicos en su género, y a elaborar análisis de fallos.

–¿Qué clase de problemas de ingeniería? –preguntó Pendergast.

–Cómo neutralizar un reactor nuclear subterráneo que un determinado país de Oriente Próximo que no acata la normativa internacional está usando para producir combustible enriquecido. Analizar la desaparición súbita y misteriosa de un satélite cuyo valor asciende a mil millones de dólares. –Movió un dedo, gesto pequeño pero de una contundencia sorprendente, tal era la inmovilidad que había guardado hasta el momento–. Lo entenderá si entro en detalles. Verá, señor Pendergast: el «análisis de fallos» es la otra cara de la moneda de la ingeniería. Es el arte de entender cómo fallan las cosas, y por lo tanto de evitarlo antes de que ocurra. O bien de averiguar el porqué de un fallo que ya se ha producido. Por desgracia, lo segundo es más frecuente que lo primero.

–Aún no lo entiendo –intervino D'Agosta–. ¿Qué tiene que ver el análisis de fallos con los perfiles forenses?

–A eso iba, teniente. El análisis de fallos empieza y acaba con perfiles psicológicos. Hace tiempo que EES comprendió que la clave para entender los fallos era comprender exactamente cómo se equivocan los seres humanos, lo cual equivale a entender cómo toman decisiones en general. Necesitábamos capacidad predictiva, una manera de predecir cómo actuaría una persona determinada en una situación determinada, y para ello creamos un sistema exclusivo muy potente de elaboración de perfiles psicológicos. Actualmente está basado en un superordenador de nodos IBM eServer en entorno Grid. Elaboramos perfiles psicológicos mejor que nadie en el mundo. Y no se lo digo para venderles nada, sino porque es la realidad.

Pendergast inclinó la cabeza.

–Muy interesante. ¿A qué se debe que desconociera el nombre de la empresa?

–En términos generales, preferimos que no se nos conozca, a excepción, claro está, de un pequeño círculo de clientes.

–Antes de empezar, necesito que se me garantice la mayor discreción.

–Señor Pendergast, EES da dos garantías: en primer lugar, discreción total; en segundo lugar, éxito asegurado. Ahora, si es tan amable, expóngame su problema.

–El objetivo se llama Diogenes Pendergast. Mi hermano. Desapareció hace más de dos décadas tras simular su propia muerte, y parece haberse esfumado de la faz de la tierra, al menos oficialmente. No consta en ninguna base de datos del gobierno, con la salvedad de un certificado de defunción que sé que es falso. No existe información sobre su vida adulta; ni dirección, ni fotos, ni nada. –Pendergast sacó una gruesa carpeta de su americana y la dejó sobre la mesa–. Aquí está todo lo que sé.

–¿Cómo sabe que está vivo?

–Porque el verano pasado tuvimos un encuentro de lo más peculiar. Figura en el informe, junto con el hecho de que Diogenes se ha convertido en un asesino en serie.

Glinn asintió lentamente.

–Diogenes siempre me ha odiado, desde muy pequeño, y ha consagrado su vida a destruirme. Finalmente, el 19 de enero de este año puso en marcha su plan. Ha empezado a asesinar uno por uno a mis amigos y colaboradores, al tiempo que se burla de mi incapacidad de salvarles la vida. De momento ha matado a cuatro. En los últimos dos casos me ha zaherido con mensajes en que nombraba a la víctima con antelación. La primera vez, el nombre era correcto; la segunda, usó el mensaje como estratagema para incitarme a proteger a la persona equivocada. Resumiendo, que me he visto totalmente incapaz de frenarlo, y ahora dice que la próxima persona a quien matará es el teniente D'Agosta. Las reseñas de los asesinatos también están en la carpeta.

D'Agosta vio un nuevo brillo de interés en el ojo sano de Glinn.

–Y ese Diogenes... ¿Es muy inteligente?

–De niño le asignaron un coeficiente de 210, después, dicho sea de paso, de que contrajera la escarlatina, enfermedad que le dejó secuelas permanentes.

Glinn arqueó una ceja.

–¿Se refiere a algún daño cerebral?

–No lo creo. Antes de la escarlatina ya era un niño raro. Según parece, la enfermedad no hizo sino concentrar y dar mayor protagonismo a esa rareza.

–Lo cual es la razón de que me necesite. Necesita un análisis psicológico, criminal y de comportamiento lo más completo posible de la persona en cuestión, y claro, como es hermano suyo carece del distanciamiento necesario para elaborarlo usted mismo.

–Exacto. Diogenes ha dispuesto de varios años para planearlo, y siempre ha ido tres pasos por delante de mí. Nunca deja pistas en los escenarios de sus crímenes, al menos por descuido. La única forma de pararle los pies es adelantarse a su siguiente paso. Debo subrayar que es una auténtica emergencia. Diogenes ha amenazado con coronar su crimen mañana, 28 de enero, día descrito por él mismo como la culminación de todos sus planes. El número de vidas en jaque es un enigma.

Glinn abrió la carpeta con su mano útil y empezó a hojearla, leyendo cada hoja por encima.

–No puedo tener el perfil en veinticuatro horas.

–Es necesario.

–Imposible. El plazo mínimo (en el supuesto de que me concentrara exclusivamente en este encargo, suspendiendo mi trabajo en los demás) serían setenta y dos horas, contando desde este momento. Ha acudido demasiado tarde a mí, señor Pendergast; al menos demasiado tarde para la fecha aportada por su hermano, aunque tal vez no para tomar medidas eficaces a posteriori.

El agente guardó un momento de silencio.

–Está bien –dijo en voz baja.

–No perdamos más tiempo. –Glinn puso una mano sobre la carpeta que tenía delante, y la hizo deslizarse por la mesa–. Aquí tienen nuestro contrato estándar. Mis honorarios son un millón de dólares.

D'Agosta se levantó de la silla.

–¿Un millón? ¡Usted está loco!

Pendergast le hizo callar con un gesto de la mano.

–Aceptado.

Cogió la carpeta, la abrió y sometió el contrato a una lectura rápida.

–En las últimas páginas –dijo Glinn– encontrará las cláusulas de limitación de responsabilidad y las garantías habituales de la empresa. Ofrecemos una garantía absoluta de éxito.

–Es la segunda vez que se refiere a esa curiosa garantía. ¿Qué entiende por «éxito», señor Glinn?

En el rostro de Glinn apareció otra sonrisa fantasmal.

–Lo que no podemos, como comprenderá, es garantizarle que cojamos a Diogenes. Tampoco podemos garantizarle que no siga matando. Eso depende de ustedes. Le diré lo que garantizamos: en primer lugar, la entrega de un perfil forense de Diogenes Pendergast que esclarezca sus motivos con total precisión.

–Los motivos ya los conozco.

Glinn hizo caso omiso del comentario.

–En segundo lugar, que nuestro perfil forense esté dotado de capacidad predictiva. Gracias a él, conocerán ustedes los siguientes actos de Diogenes Pendergast, dentro de un abanico limitado de opciones. También ofrecemos un seguimiento posterior. Si tienen preguntas concretas sobre los futuros actos de la persona analizada, las introduciremos en nuestro sistema y les proporcionaremos respuestas fiables,

–Tengo mis dudas de que sea posible, no ya con alguien como Diogenes, sino con cualquier ser humano.

–Preferiría no entrar en discusiones filosóficas, señor Pendergast. Los seres humanos son de un previsible que da asco, al margen de que hablemos de psicópatas o abuelas. Cumpliremos lo prometido.

–¿Alguna vez les ha salido mal?

–Nunca, aunque hay un encargo que sigue... digamos que abierto.

–¿El del dispositivo termonuclear?

Glinn no delató sorpresa alguna por la pregunta.

–¿A qué dispositivo nuclear se refiere?

–Al que están diseñando en la planta baja. He visto una pizarra con varias ecuaciones relativas a la curva de energía de enlace. En la mesa de al lado había un papel con el diseño de un explosivo cuya función no podía ser otra que comprimir un núcleo.

–Tendré que darle un toque de atención a nuestro ingeniero jefe, para que sea un poco más cuidadoso con nuestro otro proyecto.

–También he visto que están desarrollando un virus de mosaico manipulado genéticamente. ¿También forma parte del otro proyecto?

–Al resto de nuestros clientes les ofrecemos las mismas garantías de confidencialidad que a ustedes. Volvamos al tema de Diogenes, si le parece; concretamente, a la cuestión de sus motivos.

–Todavía no –dijo Pendergast–. No he hablado por hablar. Todo en usted (su forma de hablar, sus movimientos, su propia intensidad) delata la existencia de una obsesión preponderante,

señor Glinn. También he observado que sus heridas son recientes, si he de guiarme por la cicatriz de su cara. Al sopesarlo junto con lo que he observado en la planta baja, lo cierto es que me preocupo.

Glinn arqueó las cejas.

–¿Se preocupa?

–Sí, de que un hombre como usted, volcado en cuerpo y alma en un problema mucho mayor que el mío, no se consagre de lleno a este último.

Glinn no contestó. Estaba tan inmóvil como Pendergast, que lo observaba desde el otro lado de la mesa.

Pasaron dos minutos de absoluto mutismo por parte de los dos. D'Agosta, simple espectador de la escena, empezó a alarmarse. Parecía que estuvieran batiéndose en duelo, que se hubieran enzarzado en un tira y afloja sin abrir la boca ni mover un solo músculo.

De pronto Glinn retomó la palabra sin preámbulos, con la misma calma y el mismo tono neutro que hasta entonces.

–El día que usted decida abandonar el FBI, creo que podría encontrarle un hueco en nuestra empresa, señor Pendergast. En cuanto a la supuesta obsesión, no existe, más allá del mero respeto a nuestra garantía de éxito. La garantía, para que lo sepa, no la contraemos tan solo de cara a los clientes, sino a nosotros mismos. Estoy decidido a culminar con éxito el proyecto al que se ha referido, por mucho que el cliente original ya no esté en condiciones de valorarlo. Es un proyecto relacionado con un grave movimiento sísmico en un punto determinado del sur del Atlántico que requiere un... ajuste nuclear. Y ya le he dicho más de lo que tiene que saber. Sí es cierto que su pequeño problema lo acepto más que nada por necesidad económica, pero dedicaré todas mis energías (y cuando digo todas es todas) a llevar el proyecto a buen término, porque un fracaso significaría tener que devolverle su dinero, así como una humillación personal. Además, ya le he dicho que EES nunca falla. ¿Me explico?

Pendergast asintió con la cabeza.

–Bueno, pues volvamos a las motivaciones de su hermano, al origen de su odio. Algo ocurrió entre ustedes dos, y yo debo saberlo.

–Todo está descrito en la carpeta. Mi hermano me ha odiado desde siempre. La gota que colmó el vaso fue cuando quemé sus diarios.

–Cuéntemelo.

–Yo tenía catorce años, y él, doce. Nunca nos habíamos llevado bien. Diogenes siempre fue cruel y extraño, sobre todo desde la escarlatina.

–¿Cuándo la pasó?

–A los siete años.

–¿Queda alguna constancia médica?

–No. Lo atendió el médico privado de la familia.

–Siga.

–Un día encontré sus diarios por casualidad, y vi que nunca se había puesto por escrito nada tan vil. Ningún cerebro normal habría sido capaz de concebir semejantes abominaciones. Hacía varios años que los escribía. Mi decisión de quemarlos fue el catalizador. Al cabo de unos años nuestra casa sufrió un incendio en el que perecieron nuestros padres. Yo estaba lejos, estudiando, pero Diogenes lo presenció, y los oyó gritar pidiendo ayuda. Fue lo que acabó de desquiciarlo.

Una fría sonrisa tensó las comisuras de los labios de Glinn.

–Lo dudo.

–¿Cómo que lo duda?

–No dudo que Diogenes tuviera celos de usted, ni que la destrucción de sus diarios lo enfureciera, pero es un hecho demasiado tardío para haber provocado un odio tan profundo, tan obsesivo y patológico. Un odio así tampoco puede generarlo a partir de la nada una simple escarlatina. No, señor Pendergast: el odio de Diogenes tiene otro origen, algo que ocurrió entre ustedes dos a una edad mucho más temprana; esa es la información de la que carecemos, y la única persona en situación de suministrárnosla es usted.

–Cualquier cosa importante que haya ocurrido entre mi hermano y yo figura en la carpeta, incluido nuestro reciente encuentro en Italia. Le aseguro que su odio no se explica por un solo incidente decisivo.

Glinn cogió la carpeta y la hojeó. Pasaron tres minutos, que se convirtieron en cinco.

–Tiene razón –dijo, dejando la carpeta encima de la mesa–. Aquí no hay nada decisivo.

–Es lo que le he dicho.

–Pero existe la posibilidad de que lo haya reprimido.

–Yo no reprimo nada. Tengo una memoria excepcional, que se remonta más allá de mi primer cumpleaños.

–Entonces es que se guarda algo a propósito.

Pendergast se quedó muy callado. D'Agosta observó a los dos hombres con sorpresa. Nunca había visto a nadie que desafiara de ese modo a Pendergast.

Glinn observaba al agente con una inexpresividad aún mayor que antes, si cabía.

–Sin esa información no podemos seguir. La necesito. La necesito ahora mismo. –Echó un vistazo a su reloj–. Voy a llamar a algunos de mis socios. En menos de una hora estarán todos aquí. Al otro lado de la puerta del fondo hay una salita con una cama, señor Pendergast. Le ruego que se ponga cómodo y espere nuevas instrucciones. Teniente, su presencia ya no es necesaria.

D'Agosta miró a Pendergast, y vio algo que no recordaba haber visto jamás: algo parecido a la aprensión en las facciones del agente.

–No pienso irme –dijo enseguida, irritado por la arrogancia de Glinn.

Pendergast sonrió un poco y negó con la cabeza.

–Tranquilo, Vincent. Nada me apetece menos que hurgar en mi pasado en busca de algo que probablemente ni siquiera exista, pero comprendo que sea necesario. Nos reuniremos en el lugar convenido.

–¿Está seguro?

Pendergast asintió.

–Y no olvide ni un momento lo siguiente: que la última persona nombrada por Diogenes es usted. Faltan menos de tres horas para el 28 de enero. Extreme al límite las precauciones, Vincent.

Ù

# Cuarenta

Laura Hayward daba vueltas por la habitación como una leona enjaulada, mirando con frecuencia el feo reloj que había al otro lado de la mesa. Tenía la sensación de que si no descargaba su energía nerviosa acabaría explotando y, como no podía salir de su despacho, caminaba. Se había pasado las últimas horas de la tarde y las primeras de la noche organizando las pruebas de los asesinatos de Duchamp y Green, y cotejándolos con las que había sonsacado (a base de marrullería, insistencia y rudeza) a los departamentos de policía de Nueva Orleans y Washington. Después de quitar todos los casos que tenía clavados en el corcho, lo había dividido en cuatro sectores, uno por cada homicidio: el profesor To-rrance Hamilton, 19 de enero; Charles Duchamp, 22 de enero; el agente especial Michael Decker, 23 de enero; y la doctora Margo Green, 26 de enero. Había colgado micrografías de fibras y de pelo, fotos de nudos y pisadas, resúmenes de los informes forenses, análisis de salpicaduras de sangre, fotos de los escenarios y las armas de los crímenes, informes de huellas dactilares, esquemas con las vías de entrada y de salida (si se sabían) y toda clase de pruebas, importantes y no tan importantes. Para ligarlas entre sí, había usado chinchetas con hilos de colores (rojo, amarillo, verde y azul), y la densidad de la trama era sorprendente. Por eso, aunque el modus operandi no se hubiera repetido ni una sola vez, ya no le cabía ninguna duda de que los cuatro homicidios habían sido cometidos por la misma persona.

Ninguna duda, no.

En medio de la mesa había un informe de pocas páginas que acababa de llegar. Estaba firmado por el número uno de la división de perfiles forenses, quien confirmaba que los homicidios

guardaban coherencia psicológica, y que era posible que se debieran a una sola persona. Más aún: el técnico había elaborado un perfil del asesino, y lo menos que podía decirse es que era asombroso.

Aunque aún no lo supieran ni en Nueva Orleans ni en Washington, aunque aún no se hubieran enterado ni el FBI ni los mismísimos Singleton o Rocker, se enfrentaban con un asesino en serie, un criminal meticuloso, inteligente, metódico, frío y loco de atar.

Laura cambió de dirección, y al cabo de unos pasos se volvió a girar. En cuanto le enseñara a Rocker la conexión que había establecido entre los crímenes, se armaría la gorda. El FBI, que ya estaba implicado por el asesinato de Decker, caería sobre el caso como una tonelada de ladrillos; por no hablar del terremoto que sacudiría los medios de comunicación, porque si los asesinos en serie ya eran carne de primera plana por el mero hecho de serlo, aquel, concretamente, era algo nunca visto. Ya se imaginaba el titular del *Post*: letras de setenta y dos puntos como un puñetazo en la cara. Intervendría el alcalde, y quizá hasta el gobernador. Total, un follón de padre y muy señor mío.

A Rocker, sin embargo, no podía llamarlo hasta que tuviera la última prueba, la última pieza del puzzle. El indicio irrefutable. De un rapapolvo no la libraba nadie. Las consecuencias políticas serían tremendas. Por eso era esencial tenerlo todo en orden, hasta el último detalle, porque era lo único que podía salvarle el pellejo.

Llamaron tímidamente a la puerta. Hayward se quedó con el pie en el aire.

–Adelante –dijo.

Un hombre con un sobre asomó la cabeza.

–¿Dónde estaba? ¡Se suponía que el informe tenía que llegar hace dos horas!

–Lo siento –balbuceó, dando unos pasos pero sin atreverse a entrar del todo–. Ya se lo he explicado por teléfono: hemos tenido que hacer tres veces la prueba porque...

–Da igual, da igual. Déme el informe, por favor.

Se lo entregó de lejos, como si tuviera miedo de recibir un mordisco.

–¿Qué, ha coincidido algún ADN? –preguntó ella, cogiendo la carpeta.

–Sí, el de la sangre del cúter y el de la mancha del suelo. Coincidencia total. Son de la misma persona, que no es la víctima. El problema es que el ADN no aparecía en ninguna de las bases de datos del FBI, ni las de delincuentes ni las de menores. Total, que hemos hecho lo que nos dijo y lo hemos comparado con todas las bases de datos de ADN hasta que lo hemos encontrado. Estaba en una base de datos federal, y hemos tenido un problema bastante gordo, por cuestiones de confidencialidad y... en fin...

Titubeó.

–Siga –dijo ella lo más suavemente que pudo.

–La razón de que haya tenido que repetir tres veces el programa es que quería estar totalmente seguro de la coincidencia. El resultado es una bomba, capitana. No podemos permitirnos ningún error.

–Bueno, ¿y?

Hayward casi no podía respirar.

–No se lo va a creer. El ADN coincidía con el de uno de los mejores agentes del FBI.

La capitana soltó la respiración.

–Sí que me lo creo. Por desgracia, me lo creo perfectamente..

## Ù

# Cuarenta y uno

Eli Glinn esperaba en su pequeño despacho privado de la tercera planta del edificio de Effective Engineering Solutions. Era una habitación muy sobria, en la que solo había una mesa, varios ordenadores, una pequeña estantería y un reloj. Las paredes estaban pintadas de gris. En todo el despacho no había nada personal a excepción de una pequeña foto de una rubia imponente con uniforme de capitana de barco, saludando desde lo que parecía

el puente de un barco cisterna. Debajo había un verso de un poema de W. H. Auden escrito a mano.

Las luces del despacho estaban apagadas. La única iluminación procedía de una gran pantalla plana que recibía una señal de alta definición de un despacho de la planta baja del edificio de EES. En la imagen aparecían dos personas: la persona analizada, Pendergast, y el analista, Rolf Krasner, especialista en psicología de EES, que estaba preparándolo para la prueba.

Glinn observó con interés la esbelta figura del agente. La perspicacia de sus comentarios psicológicos (de los que él mismo había sido blanco), y la extraordinaria habilidad con que sabía elegir e interpretar unos cuantos detalles dispersos a lo largo y ancho de una sala donde si algo no faltaba eran detalles, habían estado a punto de poner nervioso al director de EES, pero también le habían producido una profunda y singular impresión.

Sin desinteresarse de lo que recogía el monitor (el sonido estaba apagado), volvió a coger la carpeta que le había dado Pendergast. Quizá el caso no tuviera importancia a gran escala, pero tenía sus puntos de interés, como la relación (casi arquetípica, de Caín y Abel) entre los dos hermanos, tan extraordinario el uno como el otro. Extraordinario, sí: hasta entonces, Glinn no había conocido a nadie cuyo intelecto le pareciera a la altura del suyo. Siempre se había sentido un poco ajeno al resto de la humanidad, pero acababa de descubrir a un hombre con quien le era posible, por usar la horrible jerga de los tiempos, «identificarse». Sin embargo, lo que más le intrigaba era que el hermano de Pendergast diera muestras de ser aún más inteligente, y al mismo tiempo de una insondable maldad. Se trataba de un hombre tan consumido por el odio que había dedicado su vida entera al objetivo de ese odio, a semejanza del enamorado que se deja dominar por un amor obsesivo. En el fondo de ese odio había algo quizá sin precedentes en toda la experiencia de la humanidad.

Volvió a mirar el monitor. Rolf Krasner se había dejado de cumplidos y estaba yendo al grano. El psicólogo de EES combinaba la simpatía desarmante de su aspecto con una

consumada profesionalidad. ¿Cómo creer que un hombre tan sencillo y campechano, de cara redonda y acento vienes, pudiera constituir una amenaza? De hecho, a primera vista parecía incapaz de matar una mosca, pero esa impresión cambiaba mucho cuando se le veía en acción. Glinn ya sabía lo eficaz que podía ser su estrategia de doctor Jekyll y Mr. Hyde frente a una persona desprevenida.

Por otro lado, Krasner nunca había analizado a una persona de las características de Pendergast.

Glinn se inclinó para encender los altavoces.

–Señor Pendergast –dijo cordialmente Krasner–, ¿le sirvo algo antes de empezar? ¿Agua? ¿Un refresco? ¿Un martini doble?

Se rió.

–No, gracias.

Pendergast no parecía muy cómodo. Lógico. EES había creado tres modalidades de entrevista, una para cada tipo de personalidad, así como una cuarta de índole experimental que estaba reservada a los pacientes más difíciles, coriáceos... e inteligentes. Después de leer la carpeta de Pendergast, y de analizar la situación entre todos, la elección de la modalidad más adecuada había sido unánime. Antes de Pendergast, solo cinco personas se habían sometido al cuarto tipo de entrevista, que nunca había fallado.

–Aquí usamos algunas técnicas del psicoanálisis de toda la vida –dijo Krasner–, entre ellas pedirle que se tienda en un diván donde no pueda verlo el entrevistador ¿Le importaría ponerse cómodo?

Pendergast se tumbó en el diván, muy adornado con brocados, y juntó sus manos blancas en el pecho. Aparte de los harapos, guardaba una similitud alarmante con un cadáver en un velatorio. «Qué ser más fascinante», pensó Glinn, acercando un poco más a la pantalla su silla de ruedas.

–¿Reconoce el despacho donde estamos, señor Pendergast? –dijo Krasner, afanándose en los últimos preparativos.

–Sí. Es el número 19 de Bergstrasse.

–¡Exacto! Una reproducción del despacho de Freud en Viena. Hasta pudimos conseguir algunas de sus tallas africanas. La

alfombra persa del centro también era suya. Freud calificaba su despacho de *gemütlich*, una palabra alemana casi intraducibie que significa cómodo, acogedor. Es el ambiente que hemos pretendido crear. ¿Usted habla alemán, señor Pendergast?

–No, no es uno de mis idiomas, y bien que lo siento, porque me habría gustado leer el *Fausto* de Goethe en su lengua original.

–Magnífica obra. Vigorosa, pero sin perder poesía.

Krasner se sentó en un taburete de madera, lejos de la vista de Pendergast.

–¿Usa usted los métodos de libre asociación del psicoanálisis? –preguntó el agente con sequedad.

–¡No, no! Hemos creado nuestra propia técnica, muy directa, sin trucos ni interpretación de sueños. Lo único que tiene de freudiano es la decoración del despacho.

Krasner volvió a reírse.

Glinn sonrió involuntariamente. La cuarta modalidad de entrevista usaba trucos (como todas), pero claro, la intención era que la persona analizada no los advirtiese. De hecho aparentaba una sencillez total, al menos por fuera. A las personas muy inteligentes se las podía engañar, pero solo extremando la precaución y la sutileza,

–Ahora lo ayudaré a someterse a unas técnicas sencillas de visualización, que alternaré con algunas preguntas. Es muy fácil. No tendré que hipnotizarlo. Solo es una manera de que esté sereno y concentrado, receptivo a las preguntas. ¿Le parece bien, Aloysius? ¿Puedo llamarlo por su nombre de pila?

–Sí, doctor Krasner; por lo demás, estoy a su disposición. Lo único que me preocupa es no poder darle la información que busca, porque no creo que exista.

–De eso no se preocupe. Usted relájese, siga mis instrucciones y responda lo mejor que pueda a mis preguntas.

«Relájese.» Glinn era consciente de que sería lo último que pudiera hacer Pendergast una vez que Krasner iniciara la sesión.

–Perfecto. Ahora apagaré la luz. También le pediré que cierre los ojos.

–Como usted diga.

Solo quedó una luz difusa y suave.

–Ahora dejaremos que pasen tres minutos en silencio –dijo Krasner.

Pasaron muy despacio.

–Ya podemos empezar.

La voz de Krasner había adquirido un tono susurrante y aterciopelado. Dejó pasar otro largo silencio.

–Respire suavemente. Retenga el aire. Ahora expúlselo aún más despacio. Otra vez. Respire, aguante la respiración, espire... Relájese... Muy bien. Ahora quiero que se imagine que está en su lugar favorito del mundo, el que le hace sentirse más a gusto y más cómodo. Dedique un minuto a situarse. Ahora gírese y examine el entorno. Olfatee el aire. Absorba los aromas y los sonidos. Ahora dígame qué ve.

Un momento de silencio. Glinn se inclinó aún más hacia el monitor.

–Estoy en un prado muy ancho y verde, al borde de un antiguo hayedo. Al fondo del césped hay un cenador. Al oeste hay jardines y un arroyo, con un molino. En lo alto de la pendiente hay una mansión de piedra protegida del sol por unos olmos.

–¿Dónde estamos?

–En Ravenscry, la finca de mi tía abuela Cornelia.

–¿En qué año? ¿En qué estación?

–Estamos en 1972, en los idus de agosto.

–¿Qué edad tiene usted?

–Doce años.

–Vuelva a olfatear. ¿Qué olores percibe?

–Hierba recién cortada, con un rastro de peonías del jardín.

–¿Sonidos?

–Un chotacabras. El susurro de las hojas de las hayas. El murmullo lejano del agua.

–Muy bien, muy bien. Ahora le pediré que se levante. Levántese del suelo y flote libremente. Mire hacia abajo durante el ascenso. ¿Ve el prado y la casa desde arriba?

–Sí.

–Siga subiendo. Treinta metros. Cincuenta. Vuelva a mirar hacia abajo. ¿Qué ve?

–La mansión, las cocheras, los jardines, el césped, el molino, el criadero de truchas, el arboreto, los invernaderos, el hayedo y el camino que da vueltas hasta la verja de piedra. El muro que lo rodea todo.

–¿Y más allá?

–La carretera de Haddam.

–Ahora imagíneselo de noche.

–Es de noche.

–Ahora de día.

–Es de día.

–¿Entiende que lo controla todo usted, que está en su cabeza y que no es real?

–Sí.

–Téngalo presente durante todo el proceso. Es usted quien lo controla todo, y lo que ocurre no ocurre de verdad, sino tan solo en su cabeza.

–Lo entiendo.

–Distribuya por el césped a los miembros de su familia. ¿Quiénes son? Diga sus nombres, por favor.

–Mi padre, Linnaeus. Mi madre, Isabella. Mi tía abuela Cornelia. Cyril, el jardinero, que está trabajando un poco más lejos...

Se produjo una larga pausa.

–¿Alguien más?

–Y mi hermano. Diogenes.

–¿Edad?

–Diez.

–¿Qué hacen?

–Nada, estar donde los he puesto.

El tono de la respuesta fue seco e irónico. Glinn se dio perfecta cuenta de que Pendergast había optado por una pose de ironía, que trataría de mantener el mayor tiempo posible.

–Atribuyales alguna actividad característica –dijo Kras-ner con suavidad–. ¿Ahora qué hacen?

–Acabar de tomar el té sobre una manta tendida en el suelo.

–Ahora, flote hacia abajo. Despacio. Reúnase con ellos.

–Ya está.

–¿Qué hacen con exactitud?

–Ya hemos acabado de tomar el té. La tía abuela Cornelia ha hecho circular una bandeja de *petit fours*. Se los hace traer de Nueva Orleans.

–¿Son buenos?

–Por supuesto. La tía abuela Cornelia solo se conforma con lo mejor.

El tono del agente estaba cargado de ironía. Glinn tuvo curiosidad por saber quién era la tía abuela. Cogió un resumen adjunto al informe de Pendergast y lo hojeó. Al leer la respuesta, sintió un escalofrío en la columna vertebral. Cerró rápidamente la carpeta. No era momento para distracciones.

–¿Cómo era el té que se han tomado? –preguntó Krasner.

–La tía abuela Cornelia se niega a beber cualquier otra cosa que T. G. Tips. Se lo envían de Inglaterra.

–Ahora mire alrededor de la manta. Vaya mirando a todos los presentes hasta encontrar a Diogenes.

Un largo silencio.

–¿Cuál es su aspecto?

–Alto para su edad, pálido, con el pelo muy corto y un ojo de cada color. Es muy delgado y tiene los labios más rojos de lo normal.

–Concéntrese en los ojos. ¿Lo está mirando a usted?

–No. Ha girado la cabeza. No le gusta que lo miren fijamente.

–Siga observándolo. No le quite la vista de encima.

Esta vez, el silencio aún fue más largo.

–He apartado la mirada.

–No. Recuerde que la escena la controla usted. Siga mirándolo.

–Prefiero no hacerlo.

–Hable con su hermano. Dígale que se levante, que quiere decirle algo a solas.

Otro silencio todavía más largo.

–Ya está.

–Pídale que lo acompañe al cenador.

–Se niega.

–No puede negarse. Lo controla usted.

Incluso a través del monitor, Glinn vio que en la frente de Pendergast brillaba un poco de sudor. «Ya empieza», pensó.

–Dígale a Diogenes que en el cenador lo está esperando un hombre que quiere preguntarles unas cosas a los dos. Se llama doctor Krasner. Dígaselo.

–Sí, al doctor sí que está dispuesto a verlo. Es así de peculiar.

–Pidan disculpas y vayan al cenador, que es donde los espero.

–De acuerdo.

Un breve silencio.

–¿Ya han llegado?

–Sí.

–Perfecto. ¿Ahora qué ve?

–Estamos todos dentro: mi hermano, usted, yo... Los tres de pie.

–Muy bien, pues sigamos de pie. Ahora les haré unas preguntas. Dado que Diogenes no puede responderme de manera directa, será usted quien me transmita sus respuestas.

–Si insiste... –dijo Pendergast, recuperando el matiz de ironía.

–El que controla la situación es usted, Aloysius. Su hermano no puede negarse a contestar, porque en realidad es usted quien contesta por él. ¿Preparado?

–Sí.

–Pídale a Diogenes que lo mire. Fijamente.

–No quiere.

–Obligúelo a hacerlo. Obligúelo mentalmente.

Silencio.

–Ya está.

–Ahora me dirijo a usted, Diogenes. ¿Qué es lo primero que recuerda de su hermano mayor, Aloysius?

–Dice que se acuerda de verme dibujando.

–Dibujando ¿qué?

–Nada, garabatos.

–¿Qué edad tenía usted, Diogenes?

–Dice que seis meses.

–Pregúntele qué piensa sobre usted.

–Me considera el próximo Jackson Pollock.

«Otra vez el tono irónico», pensó Glinn. ¡Qué cliente más duro de roer!

–Eso, normalmente, un bebé de seis meses no lo pensaría.

–Diogenes está contestando como un niño de diez años, doctor Krasner.

–Perfecto. Pídale que no deje de mirarlo. ¿Qué ve?

–Nada, dice.

–¿Cómo que nada? ¿No habla?

–Sí, sí que ha hablado. Ha dicho la palabra «nada».

–Y ¿qué ha querido decir con la palabra «nada»?

–Dice: «Nada que allí no haya y la nada que hay».

–¿Cómo?

–Es un verso de Wallace Stevens –dijo Pendergast, lacónico–. A Diogenes ya le gustaba Stevens a los diez años.

–Diogenes, ¿cuando dice «nada» lo dice en el sentido de que su hermano Aloysius le parece insignificante?

–Se ríe y contesta que eso lo dice usted.

–¿Por qué?

–Se ríe aún más.

–¿Cuánto tiempo va a quedarse en Ravenscry, Diogenes?

–Dice que hasta que vuelva al colegio.

–¿Qué colegio?

–Los jesuitas de la calle Lafayette de Nueva Orleans.

–¿Le gusta el colegio, Diogenes?

–Dice que le gusta en la medida en que pueda gustarle estar encerrado en una habitación con veinticinco deficientes mentales y una histérica de edad madura.

–¿Cuál es su asignatura favorita?

–Dice que biología experimental... en el patio.

–Ahora, Aloysius, quiero que le haga a Diogenes tres preguntas de respuesta obligatoria. Su hermano no podrá negarse a

contestar. Recuerde que es usted quien lo controla todo. ¿Preparado?

–Sí.

–¿Cuál es su comida favorita, Diogenes?

–El acíbar y la hiél.

–Quiero una respuesta directa.

–Es lo último que podría obtener de Diogenes, doctor Krasner –dijo Pendergast.

–Recuerde que en realidad las preguntas las responde usted, Aloysius.

–Sí, y con mucha paciencia, si no le importa que se lo diga –señaló Pendergast–. Hago todo lo que puedo por dejar en suspenso mi incredulidad.

Glinn se apoyó en el respaldo de la silla de ruedas. No acababa de funcionar. Todos los clientes se resistían, en algunos casos con todas sus fuerzas, pero no era lo mismo. La ironía era la resistencia máxima. Nunca había visto emplearla con tanta maestría. Al mismo tiempo, sin embargo, sintió un escalofrío de reconocimiento: Pendergast era una persona con una conciencia tan acendrada de su propio ser que no podía bajar la guardia ni un momento. Era incapaz de quitarse la compleja máscara defensiva que había creado para poder interponer algo entre el mundo y él.

A una persona así, Glinn podía entenderla.

–Bueno, Aloysius, aún está con Diogenes en el cenador. Imagine que tiene en la mano una pistola cargada.

–Perfecto.

Glinn se incorporó, ligeramente sorprendido. Krasner ya estaba pasando a lo que llamaban fase dos. La transición había sido muy brusca. Se notaba que él también se había dado cuenta de que era necesario dar un nuevo impulso a la sesión.

–¿De qué tipo de pistola se trata?

–De una pistola de mi colección, una Hilton Yam Signature Grade 1911 .45.

–Désela.

–¿No le parece una imprudencia poner una pistola en manos de un niño de diez años?

Otra vez el tono irónico, divertido.

–Da igual, désela.

–Ya está.

–Ahora dígale que apunte hacia usted y que apriete el gatillo.

–Ya está.

–¿Qué ha pasado?

–Se está riendo a carcajadas. No ha apretado el gatillo.

–¿Porqué?

–Dice que aún es pronto.

–¿Se propone matarlo?

–Por supuesto, pero quiere...

Pendergast no acabó la frase.

Krasner insistió.

–¿Qué quiere?

–Jugar un poco conmigo.

–¿Jugar a qué?

–Dice que quiere arrancarme las alas para ver qué pasa. Soy el gran insecto de su vida.

–¿Por qué?

–No lo sé.

–Pregúnteselo.

–Se ríe.

–Cójalo por los hombros y exija una respuesta.

–Preferiría no tocarlo.

–Zarandéelo. Use la fuerza. Obligúele a contestar.

–Aún se ríe.

–Pues pegúele.

–No diga tonterías.

–¡Pegúele!

–No pienso seguir con esta farsa.

–Quítele la pistola.

–La ha soltado, pero...

–Recójala.

–De acuerdo.

–Pegúele un tiro. Mátelo.

–Esto es lo más absurdo que...

–Adelante, mátelo. No es la primera vez que mata a alguien. Sabe hacerlo. Puede y debe.

Un largo silencio.

–¿Lo ha hecho?

–Este ejercicio es una necedad, doctor Krasner.

–Pero se lo ha imaginado. ¿A que sí? Se ha imaginado que lo mataba.

–Yo no he imaginado nada.

–Mentira. Lo ha matado. Lo ha matado en su imaginación. Y ahora se imagina su cadáver en el suelo. Lo ve porque no puede remediarlo.

–Esto es una...

La voz de Pendergast se apagó a media frase.

–¿Lo ve? No puede remediarlo. Lo ve porque le digo que lo vea. ¡Un momento! No está muerto. Se mueve. Aún está vivo. Quiere decir algo. Usa la poca fuerza que le queda para indicarle que se acerque. Le dice algo. ¿Cuáles han sido sus palabras?

Un largo silencio. Al final, Pendergast contestó secamente:

–*Qualis artifex pereo*.

Glinn hizo una mueca. Había reconocido la cita, pero vio que Krasner no. Lo que debería haber marcado el límite de Pendergast se había convertido de repente en un juego intelectual.

–¿Qué significa?

–Es en latín.

–Repito: ¿qué significa?

–Significa «¡Oh, qué artista perece conmigo!».

–¿Por qué lo ha dicho?

–Fueron las últimas palabras de Nerón. Creo que Diogenes lo ha dicho en broma.

–Ha matado a su hermano, Aloysius. Contemple su cadáver.

Un suspiro de irritación.

–Es la segunda vez.

–¿La segunda vez?

–Sí, ya lo mató hace años.

–¿Cómo dice?

–Así es. Mató todo lo bueno que tenía Diogenes en su interior, y solo dejó una cascara repleta de maldad y odio. ¡Hizo algo que destruyó su alma!

Glinn se dio cuenta de que estaba aguantando la respiración sin querer. Ya hacía tiempo que el tono del doctor Krasner había dejado de ser suave y tranquilizador. Ahora se hallaban en la fase tres. La transición había vuelto a ser más rápida de lo normal.

–Lo que dice es falso. Diogenes ya nació así, vacío y cruel.

–No. ¡Fue usted quien mató su parte buena! Es la única respuesta posible. ¿No lo comprende, Aloysius? El odio que inspira a Diogenes es de una enormidad mitológica. No puede surgir de la nada. La energía no se crea ni se destruye. Ese odio lo creó usted con algo que anuló el corazón de su hermano. Desde entonces ha borrado de su mente ese acto tan atroz, y ahora ha vuelto a matarlo, literal y figuradamente. Es usted el autor de su propio destino: he ahí lo que tiene que aceptar, Aloysius. La culpa es suya. Fue usted.

Otro largo silencio. Pendergast permaneció muy quieto en el diván, con la piel gris, como de cera.

–Diogenes se está levantando. Vuelve a mirarlo. Quiero que le haga una pregunta.

–¿Cuál?

–Pregúntele qué le hizo para que lo odie tanto.

–Ya está.

–¿Qué ha contestado?

–Se ha vuelto a reír. Ha dicho: «Te odio por ser tú».

–Repita la pregunta.

–Dice que no hace falta ninguna otra razón. Dice que su odio no está relacionado con ninguno de mis actos, que existe como existen el sol, la luna y las estrellas.

–No, no. ¡No! ¿Qué hizo, Aloysius? –El tono de Krasner volvía a ser suave, pero muy insistente–. Quítese el peso de encima. Tiene que ser horrible llevar un peso así sobre los hombros... Quíteselo de encima.

Pendergast se levantó despacio del diván y se quedó un momento con los pies en el suelo, sin moverse. Después se pasó

una mano por la frente y miró su reloj.

–Es medianoche. Estamos a 28 de enero, y se me ha acabado el tiempo. Ya no puedo dejarme distraer por este ejercicio.

Cuando estuvo de pie, se giró hacia el doctor Krasner.

–Lo felicito por su animoso esfuerzo, doctor, pero le aseguro que mi pasado no contiene nada que pueda justificar la conducta de Diogenes. Durante mi carrera, a medida que estudiaba la psicología criminal, he ido llegando a una conclusión muy simple: que hay personas que nacen siendo monstruos. Es posible esclarecer sus motivos y reconstruir sus crímenes, pero lo que no se puede explicar es la maldad que llevan dentro.

Krasner lo miró con gran tristeza.

–Ahí es donde se equivoca, amigo mío. Nadie nace malo.

Pendergast le tendió la mano.

–Bueno, pues seguiremos en desacuerdo.

De repente miró directamente la pantalla, sobresaltando a Glinn. ¿Cómo podía saber dónde estaba la cámara?

–¿Señor Glinn? A usted también le doy las gracias por su esfuerzo. Encontrará mucho material en la carpeta para terminar su trabajo. Yo ya no puedo serles de ninguna ayuda. Hoy sucederá algo terrible, y debo hacer cuanto esté en mis manos para evitarlo.

Dio media vuelta y salió muy deprisa de la sala.

## Ù

# Cuarenta y dos

La mansión de Riverside Drive 891 se asentaba en una de las zonas de mayor complejidad geológica de Manhattan. Bajo las calles sucias de basura, el lecho rocoso de esquisto de Hartland cedía su lugar a otra formación, el Cámbrico de Manhattan. El gneis de la Formación de Manhattan se caracterizaba por su abundancia en fallas, sus líneas torturadas y la gran frecuencia de zonas débiles, fisuras y túneles naturales. Varios siglos antes, una de esas zonas débiles se había ampliado hasta formar el conducto que llevaba desde el subsótano de la mansión hasta la orilla infestada de maleza del río Hudson. Sin embargo, no era el único

túnel; otros partían de la mansión para internarse en oscuras e incógnitas profundidades.

Incógnitas para todos menos para una persona.

Constance Greene avanzaba despacio por uno de esos túneles, adentrándose en la oscuridad con la soltura que le confería la práctica. Una de sus manos esbeltas sostenía una linterna, pero sin encenderla. Conocía tan bien aquellos ámbitos profundos e ignorados que no necesitaba luz. En muchos puntos, el pasadizo se estrechaba tanto que podía palpar ambas paredes con las manos. Pese a tratarse de un túnel de roca natural, el techo era alto y bastante regular, y el suelo suficientemente liso para parecer compuesto por escalones de factura humana.

Sin embargo, nadie salvo Constance lo había pisado jamás.

Hasta hacía pocos días, había tenido la esperanza de no volver a visitarlo. Le recordaba viejos tiempos, tiempos malos en que había visto cosas que ningún ser humano debería presenciar: los tiempos en que había venido él, trayendo consigo la violencia y el asesinato, y le había arrebatado a la única persona que le era familiar, un hombre a quien consideraba como un padre. El asesino había puesto patas arriba el mundo ordenado al que tan acostumbrada había estado Constance. Entonces ella había huido hacia esos recovecos glaciales de la tierra, y al principio, con la conmoción, también la cordura había dado muestras de huir.

Sin embargo, la educación de su cerebro había durado demasiados años y había sido demasiado concienzuda para que Constance pudiera extraviarse del todo; y así, muy lentamente, había regresado, interesada nuevamente por las costumbres del mundo diurno, del mundo de los vivos; nuevamente asentada, con paciencia y tiempo, en su antiguo hogar, su mundo: la mansión de Riverside Drive 891. Era la época en que había empezado a observar a alguien llamado Wren, un hombre entrado en años, de gran bondad, a quien había acabado revelándose.

Y él, a su vez, la había llevado a Pendergast.

Pendergast: la persona que la había reintegrado al mundo, y que la había ayudado a efectuar la transición desde un turbio pasado a un presente mucho más luminoso.

Sin embargo, aún era pronto para cantar victoria. Constance sabía lo delgada que era la frontera entre ella y la inestabilidad. Y ahora ocurría eso...

Se mordió el labio sin dejar de caminar, para aguantarse el llanto.

«Todo se arreglará –intentó decirse–. Al final se arreglará.» Era lo que le había prometido Aloysius, que parecía capaz de cualquier cosa, hasta de volver de la muerte.

También ella le había hecho una promesa, que estaba decidida a cumplir: refugiarse cada noche allá abajo, donde no podía encontrarla ni el mismísimo Diogenes Pendergast. Sí, mantendría su promesa, aunque el lugar, y los recuerdos, pesaran tanto en su corazón.

Primero el pasadizo se estrechaba, y luego se bifurcaba. A la derecha seguía bajando en espiral hacia la oscuridad. A la izquierda se volvía horizontal, y se estrechaba aún más. Fue el camino que eligió Constance, y que siguió por espacio de cien metros, con todas sus vueltas y revueltas. Llegada a cierto punto, se detuvo y encendió la linterna.

La luz amarilla reveló un ensanchamiento súbito del túnel, que expiraba en una cuevecilla de aproximadamente un metro y medio por un metro. El suelo estaba cubierto por una alfombra persa de lujo, tomada de uno de los almacenes del sótano de la mansión. En las paredes, los ángulos de roca viva se veían suavizados por reproducciones de pinturas del Renacimiento: la *Virgen del cuello largo* de Parmigianino, *La tempestad* de Giorgione y media docena de obras más. Al fondo de la cueva había un camastro y una mesita, donde se amontonaban pulcramente obras de Thackeray, Trollope y George Eliot, junto a la *República* de Platón y las *Confesiones* de san Agustín.

En el subsuelo hacía mucho más calor. El olor a piedra y tierra no era desagradable. Poco consuelo ofrecían a Constance, sin embargo, el calor relativo de la cueva y sus pequeños detalles hogareños.

Dejó la linterna encima de la mesa, se sentó frente a ella y giró la cabeza hacia un receso en la pared de roca, situado a una altura

que no llegaba a un metro del nivel del suelo. Fue de ahí de donde extrajo un libro encuadernado en piel: el tomo más reciente del diario que había escrito en otros tiempos, cuando era la pupila del antepasado de Pendergast.

Lo abrió pensativa y giró lentamente las páginas hasta la última entrada, fechada en julio del año anterior.

La leyó dos veces, mientras se enjugaba una lágrima furtiva. Después, con un suspiro quedo, guardó el diario en el nicho, al lado del resto de los tomos.

Había cuarenta y dos, todos de las mismas dimensiones y forma. Cuanto más cerca estaban de la boca del nicho, más nuevos parecían; e inversamente, cuanto más cerca del fondo, más agrietados y más avejentados.

Constance los miró pensativa, apoyando una mano en el borde del hueco. El movimiento arremangó un poco la tela del vestido, dejando a la vista una larga hilera de pequeñas cicatrices en el antebrazo: veinte o treinta marcas idénticas que se sucedían en perfecto paralelismo.

Se giró con otro suspiro, apagó la linterna y –tras rezar unas palabras en la vigilante oscuridad– se acercó al camastro, se tumbó de cara a la pared y se quedó con los ojos abiertos, haciendo todo lo posible por estar preparada para las inevitables pesadillas.

## Ù

# Cuarenta y tres

Viola Maskelene recogió el equipaje en las llegadas internacionales del aeropuerto Kennedy y se lo hizo cargar a un mozo en un carrito. Cruzaron el control de aduanas, con el mozo delante. Como ya era más de medianoche, casi no tuvo que esperar. El funcionario, aburrido, le hizo unas preguntas con desgana, le selló el pasaporte británico y la dejó pasar.

Fuera no esperaba mucha gente. Se paró a mirar las caras hasta que reconoció a un hombre alto con traje gris de franela. Estaba al borde del grupo, pero su parecido con su hermano era tan

extraordinario que lo reconoció enseguida: frente alta, nariz aguileña, porte aristocrático... Claro que también había diferencias: era más alto y menos enjuto, tal vez algo más corpulento, aunque con facciones más afiladas (más marcados los pómulos, y más pronunciadas las protuberancias óseas de alrededor de los ojos), que prestaban a su cara una curiosa asimetría. Era pelirrojo, con una barba cerrada y muy cuidada, pero la diferencia más sorprendente eran sus ojos, el uno de un profundo color avellana y el otro de un azul glauco. Viola se preguntó si el segundo era ciego. Parecía muerto. Sonrió y lo saludó rápidamente con la mano. Él también sonrió y se acercó con pasos lánguidos, tendiendo ambas manos (tibias, de piel suave) para estrechar con fuerza la de Viola.

–¿Lady Maskelene?

–Llámeme Viola.

–Viola. Encantado de conocerla.

Compartía con su hermano el acento melifluo, de sureño, pero la languidez con la que hablaba, apenas menor que la de sus andares, no le impedía pronunciar cada palabra con una gran precisión, como si las cortara con los dientes. Era una mezcla inhabitual, y un poco rara.

–Mucho gusto, Diogenes.

–Mi hermano no ha estado muy locuaz, pero sé que tiene muchas ganas de verla. ¿Es su equipaje? –Un simple chasquido de dedos le bastó para llamar a un mozo–. Encargúese de meter las maletas de la señora en el Lincoln negro que está aparcado justó a la salida –le dijo–. El maletero está abierto.

Un billete de veinte apareció en su mano como por arte de magia, pero el mozo estaba tan fascinado por Viola que casi no lo vio.

Diogenes se giró hacia ella.

–¿Qué, cómo ha ido el viaje?

–Fatal, un asco.

–Lamento no haber podido aconsejarle otro vuelo más conveniente. Ya sabe que mi hermano sale de una temporada de

gran ajetreo, y la logística de organizar su encuentro no ha sido nada fácil.

–Da igual. Lo importante es que ya estoy aquí.

–Claro que sí. ¿Vamos?

Diogenes ofreció su brazo a Viola, que al cogerlo quedó sorprendida por su fuerza. Los músculos parecían cables de acero, a pesar de la impresión de suavidad y languidez que desprendían sus movimientos.

–Se nota enseguida que es hermano de Aloysius –dijo Viola, mientras salían de la zona de recogida de equipajes.

–Me lo tomaré como un piropo.

Al cruzar la puerta giratoria recibieron un soplo de aire frío. Más allá de la pasarela cubierta, la acera tenía una fina capa de nieve reciente.

–¡Brrr! –dijo Viola, encogiéndose–. En Capraia había veinte grados, y se estaba de fábula. ¡Esto de aquí es una barbaridad!

–Se refiere a grados Celsius, naturalmente –dijo Diogenes, guiñando un ojo–. ¡Qué envidia me da, todo el año en la isla! Mi coche.

Le abrió la puerta a Viola, rodeó el vehículo, esperó a que el mozo cerrara el maletero y se sentó al volante.

–Bueno, en realidad no vivo todo el año en Capraia; en esta época del año suelo estar en Luxor, trabajando en unas excavaciones del Valle de los Nobles, pero este año la situación de Oriente Próximo está tan revuelta que tuve problemas con los permisos.

Diogenes se alejó sin sobresaltos del bordillo y se incorporó al tráfico que iba hacia la salida del aeropuerto.

–Conque egiptóloga –dijo–. Fascinante. Yo estuve un tiempo en Egipto, de subalterno en la expedición de Von Hertsgaard.

–¡No me diga! ¿La que fue a Somalia a buscar las minas de diamantes de la reina Hatshepsut? ¿Cuando encontraron decapitado a Hertsgaard?

–La misma.

–¡Qué emocionante! Me encantaría que me lo contara.

–Sí, podría decirse que fue emocionante.

–¿Es verdad que Hertsgaard pudo haber encontrado las minas de Hatshepsut justo antes de que lo mataran?

Diogenes rió con discreción.

–Lo dudo mucho. Ya sabe cómo nacen esa clase de rumores. A mí, más que las minas (que son pura leyenda), me interesa el personaje real de la reina Hatshepsut, la única faraona de la historia. Pero qué le voy a decir, si seguro que lo sabe todo de ella...

–Una mujer fascinante.

–Defendió su legitimidad aduciendo que su madre se había acostado con el dios Amón, y que el fruto era ella. ¿Cómo reza la célebre inscripción? «Amón encontró a la reina dormida en su habitación. Cuando los agradables olores que emanaban de él anunciaron su presencia, la reina despertó. Amón se mostró en todo su divino esplendor, y cuando se acercó a la reina ella lloró de felicidad ante su fuerza y su belleza, y se entregó a él.»

Viola estaba intrigada. Diogenes parecía tan erudito como su hermano.

–Y ¿qué hace en el Valle de los Nobles, si no le molesta la pregunta, Viola?

–Hemos estado excavando las tumbas de varios escribas reales.

–Y ¿han encontrado algún tesoro? ¿Oro? ¿Piedras preciosas, qué siempre es lo mejor?

–No, nada. Todo eso lo robaron en la antigüedad. Nosotros buscamos inscripciones.

–¡La egiptología! ¡Qué maravillosa profesión! Ya veo que a mi hermano le gustan las mujeres interesantes.

–A su hermano, para serle sincera, apenas lo conozco.

–Estoy seguro de que esta semana dejará de ser así.

–Eso espero. –Viola se rió, ligeramente cohibida–. La verdad es que aún no he asimilado del todo dónde estoy. Ha sido un viaje tan... tan imprevisto... tan misterioso... Me encantan los misterios.

–A Aloysius también. Eso es que están hechos el uno para el otro.

Viola cambió rápidamente de tema al sentir que se ruborizaba.

–¿Sabe algo sobre el caso que ha estado investigando?

–Es uno de los más difíciles de su carrera, pero por suerte está a punto de acabar. De hecho, el desenlace se producirá hoy mismo. Después ya estará libre. Se trata de un asesino en serie, de un personaje profundamente perturbado que por una serie de oscuras razones odia a muerte a Aloysius, y que se ha prodigado en asesinatos mientras se burlaba de mi hermano por no haber sabido detenerlo.

–¡Qué horror!

–Sí. Para poder investigar el caso, mi hermano se vio obligado a borrar tan bruscamente cualquier huella que todos lo dieron por muerto.

–Yo también creía que estaba muerto. Fue lo que me dijo el teniente D'Agosta.

–El único que sabía la verdad era yo, que lo ayudé a reponerse de su duro trance en Italia. Fui yo quien lo curó de sus heridas. No es que quiera parecer jactancioso, pero le salvé la vida.

–Me alegro mucho de que Aloysius tenga un hermano así.

–Tiene muy pocos amigos de verdad. Es una persona muy chapada a la antigua, algo distante, que intimida. Por eso he intentado ser su amigo, además de su hermano. Me alegro tanto de que la haya encontrado... Después del horrible accidente de Tanzania, cuando lo de su mujer...

¿Mujer? ¿Tanzania? Viola se moría de ganas de preguntar qué había pasado, pero las resistió. Ya se lo contaría en su momento Aloysius. Por otro lado, era muy inglesa en su aversión a entrometerse en las vidas ajenas.

–Bueno, en el fondo aún no me ha encontrado. De momento solo somos amigos desde hace poco tiempo.

Diogenes la miró con sus ojos extrañamente bicolores, y sonrió.

–Yo creo que mi hermano ya está enamorado de usted.

Esta vez Viola se puso rojísima, mientras sentía una mezcla repentina de emoción, vergüenza y ridículo. «¡Venga ya! –pensó–. ¿Cómo va a estar enamorado si solo nos hemos visto una vez?»

–Y tengo mis motivos para creer que usted también lo está de él.

Consiguió reírse como si el comentario no fuera con ella, pero por dentro se sintió agitada por una sensación peculiarísima. El coche surcaba a gran velocidad la noche gélida.

–Todo lo que dice es muy precipitado. Demasiado.

–Aloysius y yo nos parecemos mucho, pero una de las diferencias es que yo soy mucho más directo. Perdóneme si la he incomodado.

–¡No, por favor!

La autopista de Long Island se extendía frente a ellos como un camino de nieve rodeado de oscuridad. Faltaba poco para la una de la madrugada. Casi no había coches. El Lincoln iba muy deprisa, barriendo con el parabrisas los finos copos que caían lentamente del cielo.

–Aloysius siempre ha sido el más indirecto de los dos. Nunca he sabido qué piensa, ni siquiera cuando era pequeño.

–Sí, supongo que parece un poco inescrutable.

–¿Un poco? Mucho. Casi nunca revela el auténtico motivo por el que hace las cosas. Yo, por ejemplo, siempre había creído que si trabajaba para el gobierno era para compensar la presencia de algunas ovejas negras en la familia Pendergast.

–Ah, ¿sí?

La curiosidad de Viola se había vuelto a despertar.

Una risa espontánea.

–Sí. Por ejemplo nuestra tía abuela Cornelia, que vive cerca de aquí, en el hospital Mount Mercy para delincuentes psicóticos.

La curiosidad dio paso a la sorpresa.

–¿Delincuentes psicóticos?

–Exacto. Supongo que en todas las familias hay alguna oveja negra.

Viola pensó en su abuelo.

–Sí, eso es verdad.

–En algunas familias más que en otras.

Asintió con la cabeza, y al mirar a Diogenes vio que la observaba y apartó rápidamente la vista.

–Yo creo que eso le da un poco de interés, de sal, a las familias. Siempre es mejor tener un bisabuelo asesino que un bisabuelo tendero.

–Bueno, es una opinión original...

Quizá Diogenes fuera un poco más peculiar de lo que parecía a simple vista. En todo caso, era un hombre divertido.

–¿Usted tiene algún criminal interesante entre sus antepasados? –preguntó–. Si no es indiscreción, claro...

–No, tranquilo. Bueno, criminales, lo que se dice criminales, no, pero tengo uno que fue uno de los grandes virtuosos del violín del siglo diecinueve. Se volvió loco y se murió de frío en una cabaña de pastores de los Dolomitas.

–¿Lo ve? Me da la razón. Estaba seguro de que tenía algún antepasado interesante. En su familia no hay contables aburridos ni viajantes, ¿eh?

–No, que yo sepa no.

–Bueno, ahora que lo digo nosotros sí que tenemos un antepasado viajante. Es más, contribuyó mucho a la fortuna de los Pendergast.

–Ah, ¿sí?

–Sí. Se inventó un medicamento que no servía de nada, lo bautizó «elixir y reforzante glandular de Hezekiah» y se dedicó a venderlo a pie de carromato.

Viola soltó una carcajada.

–¡Qué nombre más raro para un medicamento!

–Sí, resultaría cómico de no ser por su composición: una mezcla mortal de cocaína, acetanilida y algunos alcaloides botánicos bastante infectos. Provocó una infinidad de adicciones, y miles de víctimas mortales, incluida su propia esposa.

A Viola se le apagó la risa en la garganta. Sintió una punzada de inquietud.

–Ah, ya...

–Claro que entonces se desconocían los peligros de las drogas como la cocaína, o sea, que el tatarabuelo Ezequías en el fondo no tenía la culpa.

–No, claro.

Se quedaron callados. El cielo negro seguía enviando finos copos de nieve que se deshacían tras reflejar fugazmente la luz de los faros.

–¿Usted cree que existe un gen criminal? –preguntó Diogenes.

–No –dijo Viola–. Me parece una tontería.

–Yo a veces no estoy tan seguro. En nuestra familia ha habido tantos... El tío Antoine, por ejemplo, uno de los mayores asesinos en serie del siglo diecinueve. Mató y mutiló a casi mil niños obreros de ambos sexos.

–Qué horror –murmuró Viola.

Su inquietud iba en aumento.

Diogenes se rió alegremente.

–Los ingleses, a sus criminales, se los llevaban a las colonias: primero Georgia y luego Australia. Lo veían como una manera de limpiar la raza anglosajona de cualquier elemento criminal, pero cuantos más delincuentes transportaban más aumentaba el índice de crímenes.

–Está claro que la delincuencia tenía más que ver con las condiciones económicas que con la genética –dijo Viola.

–¿Usted cree? Sí, es verdad. A mí no me habría gustado ser pobre en la Inglaterra del siglo diecinueve. A mi modo de ver, los verdaderos criminales de esa época eran la clase nobiliaria. Menos del uno por ciento de la población poseía más de noventa y cinco por ciento de las tierras. La ley, además, facultaba a los terratenientes ingleses a echar a sus arrendatarios, que se iban en masa a las ciudades y se morían de hambre o se dedicaban a la delincuencia.

–Es verdad –murmuró Viola.

Diogenes parecía haber olvidado que ella descendía de esa clase, la nobleza.

–En cambio aquí, en América, la cosa cambia. ¿Cómo explicaría que en algunas familias ser criminal sea un rasgo recurrente, como los ojos azules o el pelo rubio? Parece que la familia Pendergast haya engendrado un criminal en cada generación. Después de Antoine... Déjeme pensar... Tenemos a Comstock Pendergast, célebre mesmerista, mago y mentor de

Harry Houdini, que mató a su pobre socio, junto a toda su familia, y después se suicidó. Se rebanó dos veces el cuello. Luego...

–¿Cómo?

Viola se dio cuenta de que se había aferrado involuntariamente al asidero de la puerta.

–Sí, sí, dos veces. Es que el primer corte no era bastante profundo, y supongo que no lo sedujo la idea de una muerte lenta por desangramiento. A mí, morirme desangrado no me importaría; por lo que dicen es como dormirse, y además tendría mucho, tiempo para admirar la sangre, que tiene un color maravilloso. ¿A usted le gusta el color de la sangre?

–¿Perdón?

El pánico empezaba a crecer dentro de Viola.

–La sangre. Tiene un color como el de un buen rubí. O viceversa. Personalmente, no hay ningún color que me guste más. Podrán llamarme excéntrico, pero es lo que pienso.

Viola trató de dominar su miedo e incertidumbre. Ya estaban lejos de la ciudad. La noche era oscura, y oscuros los barrios que cruzaban, excepto alguna que otra luz que casi no se veía desde la autopista.

–¿Adonde vamos? –preguntó.

–A un sitio muy pequeño que se llama Springs, una casita preciosa en la playa. Faltan unas dos horas.

–¿Es donde está Aloysius?

–Naturalmente, muriéndose por verla.

Viola ya se había dado cuenta de que el viaje era un error de colosales proporciones. Otra de sus decisiones insensatas y precipitadas. Se había dejado embriagar por el aroma novelesco de la situación, y por el alivio de saber que Pendergast no estaba muerto, pero lo cierto era que apenas lo conocía. En cuanto a su hermano...

De repente le pareció inconcebible estar dos horas en el mismo coche que él.

–Lo siento, Viola –dijo la voz suave de Diogenes–. ¿Se encuentra bien?

–Sí, sí, perfectamente.

–Parece preocupada.

Viola respiró hondo.

–Si he de serle sincera, Diogenes, esta noche preferiría quedarme en Nueva York. Estoy más cansada de lo que pensaba. Ya veré a Aloysius cuando venga a la ciudad.

–¡Oh, no! ¡Se quedará destrozado!

–No lo puedo evitar. Dé media vuelta, por favor, si es tan amable. Siento muchísimo este cambio tan brusco de planes, pero será lo mejor. Ha sido muy amable. Lléveme otra vez a Nueva York, por favor.

–Si es lo que desea... Tendré que tomar la próxima salida para cambiar de dirección.

Viola sintió una oleada de alivio.

–Gracias. Lamento mucho causarle tantos problemas, de verdad.

La salida apareció muy pronto: Hempstead. El coche redujo su velocidad y abandonó la autopista. Al acercarse a la señal de stop que había al final de la rampa de salida, frenó. No se veía ningún otro coche. Viola apoyó la espalda en el asiento y, aferrada aún (sin darse cuenta) al asidero, esperó a que Diogenes volviera a acelerar.

Sin embargo, no lo hizo. De repente Viola percibió un olor químico muy raro.

Se giró muy deprisa.

–¿Qué pa...?

Una mano le puso un trozo de tela arrugado en la boca, mientras un brazo se cerraba a la velocidad del rayo alrededor de su cuello, derribándola sin miramientos. Viola quedó prisionera, con el trapo apestoso tapándole inmisericordemente la boca y la nariz. Se resistió, intentando respirar, pero era como si acabara de abrirse una puerta negra a sus pies. Cayó sin poder evitarlo. Cayó y cayó en la oscuridad, hasta que el mundo que la rodeaba se borró.

# Ù
# Cuarenta y cuatro

El paisaje invernal no podría haber sido más lúgubre: durante la noche había nevado un poco sobre el cementerio, y ahora soplaba entre los árboles desnudos un viento gélido que sacudía las ramas y acribillaba el suelo helado con hilachas de nieve. La tumba parecía una herida negra en el suelo, rodeada de placas muy verdes de césped artificial apoyado en la nieve (sobre la tierra amontonada había otra alfombra de césped artificial). El ataúd descansaba junto al fúnebre agujero, atado con correas a la máquina que lo depositaría al fondo de la tumba. Varios ramos enormes de flores frescas, que el viento hacía temblar, añadían a la escena una fecundidad surrealista.

Nora no podía apartar la vista del ataúd. Daba igual hacia dónde mirara; siempre acababa atraída por él. Era muy brillante, con mangos y ribetes de latón. No podía aceptar que dentro estuviera su amiga, su nueva amiga. Era tan horrible pensar que pocos días antes habían estado disfrutando de una buena cena, y hablando del museo en el piso de Margo...

La misma noche de su asesinato.

La noche previa a la llamada telefónica de Pendergast, urgente, turbadora...

Respiró profundamente un par de veces, sin poder controlar su temblor. Se le estaban helando los dedos, a pesar de los guantes, y ya no se notaba la nariz. Tenía tanto frío que temía que se le congelaran las lágrimas en la cara.

El pastor, con largo abrigo negro de plumón, estaba leyendo el primer rito funerario del Book of Common Prayer, haciendo vibrar el aire glacial con su voz bien timbrada. La asistencia era mucho más nutrida de lo que presagiaba el clima. La representación del museo era muy grande. Se notaba que Margo había dejado huella en poco tiempo. Claro que no había que olvidar su estancia en el museo como estudiante de posgrado, varios años antes... Collopy, el director, estaba casi en primera fila, con su mujer, una chica

guapa a rabiar y aún más joven que Nora. El departamento de antropología había acudido casi al completo. Solo faltaban los que estaban enfrascados en los últimos preparativos –desesperados y contrarreloj– de la exposición «Imágenes sagradas». Nora debería haber sido una de ellos, pero no se habría perdonado faltar al entierro de Margo. Vio a Prine, abrigado como un esquimal, con un pañuelo de algodón con el que se secaba la nariz muy roja; también a Manetti, el jefe de seguridad, que parecía sinceramente afligido. La muerte de Margo debía de parecerle un fallo personal. Nora miró a los demás. En primera fila, una mujer lloraba en silencio, cogida de los brazos por sendos ayudantes. Seguro que era la madre de Margo, porque tenía el pelo del mismo color castaño claro, la misma delicadeza de facciones y la misma delgadez. Por lo demás, no parecía haber ningún otro familiar. Nora se acordó de que en la cena Margo le había comentado que era hija única.

Una ráfaga de viento más fuerte que las otras sacudió el cementerio y borró unos segundos la voz del pastor, que regresó diciendo:

–Señor, tú que nos has creado y no nos abandonas, te encomendamos a tu servidora, y querida hermana nuestra, Margo, como a su misericordioso salvador, y te rogamos que sea grata a tu mirada...

Encorvada bajo el viento glacial, Nora se ajustó un poco más el abrigo, mientras oía las tristes palabras de consuelo. Habría dado cualquier cosa por estar con Bill. La extraña llamada telefónica de Pendergast –porque estaba segura de que era su voz– la había afectado mucho. ¿Bill en peligro de muerte? ¿Escondido? ¿Su vida, la de Nora, también amenazada? Le parecía increíble, espeluznante, como si una nube negra acabara de tapar su existencia, pero tenía la prueba en las narices: Margo estaba muerta.

El zumbido de un motor la sacó de sus cavilaciones. La máquina había empezado a bajar el ataúd de Margo con un ruido de engranajes. El pastor elevó un poco la voz y acompañó el descenso con la señal de la cruz y las últimas palabras del oficio

fúnebre. Se oyó el impacto sordo del féretro en el fondo de la tumba. El pastor invitó a la madre de Margo a arrojar un puñado de tierra. Otros la imitaron. Los terrones congelados hacían un ruido hueco, desasosegante, contra la tapa.

A Nora se le partió el corazón. Justo cuando empezaba a dar frutos su amistad con Margo, después de un principio desafortunado... La muerte de Margo era una tragedia en el sentido más literal de la palabra. Una persona tan valiente, con tantas convicciones...

Terminada la ceremonia, la gente empezó a volver hacia el estrecho camino del cementerio donde habían dejado sus coches. El aire se llenó del vaho de sus alientos. Nora miró su reloj: las diez en punto. Tenía que darse prisa y volver al museo para los últimos preparativos de la inauguración.

Justo cuando se giraba, vio acercarse en diagonal a un hombre vestido de negro, que tardó muy poco en darle alcance. Su aspecto, transido de dolor, hizo que se preguntara si Margo tenía algún otro familiar cercano.

–¿Nora? –dijo una voz grave.

Se detuvo, sorprendida.

–Siga caminando, por favor.

Empezaba a alarmarse, pero obedeció.

–¿Quién es?

–El agente Pendergast. ¿Qué hace al aire libre después de mi advertencia?

–Tengo que vivir.

–Mal podrá hacerlo si se muere.

Nora suspiró.

–Quiero saber qué le ha pasado a Bill.

–Ya le dije que está a salvo. La que me preocupa es usted, que es uno de los principales blancos.

–¿Blanco de qué?

–Eso no se lo puedo decir. Lo único que puedo es conminarla a que se cuide. Debería tener miedo.

–No, si ya lo tengo, agente Pendergast; su llamada casi me mata del susto, pero no esperará que renuncie a todo de golpe. Ya

le dije que esta noche tengo que preparar una inauguración.

Un brusco suspiro de impaciencia.

–Está matando a todos los que me rodean, y a usted también la matará. Entonces no será la exposición lo que eche usted de menos, sino el resto de su vida.

Tensa y apremiante, la voz se parecía muy poco al acento melifluo y perezoso que recordaba Nora.

–Tengo que arriesgarme. Pasaré el resto del día en el museo, rodeada por todas las medidas de seguridad de la exposición. Y esta noche, en la inauguración, estaré rodeada por miles de personas.

–Sería la primera vez que le impidieran actuar unas medidas de seguridad.

–¿De quién habla?

–Cualquier otra información aumentaría el peligro que corre. Ya se lo advertí. ¡Nora, Nora! ¿Qué tengo que hacer para protegerla?

Nora flaqueó al oír lo cerca que estaba el tono de la desesperación.

–Lo siento, pero es que no soy de las que huyen y se esconden. Hace demasiado tiempo que trabajo en la inauguración. Cuentan conmigo. Mañana, ¿vale? Ya lo pensaré mañana. Hoy no puede ser.

–Como quiera.

La figura anónima (tan poco parecida al Pendergast que recordaba Nora) dio media vuelta y se mezcló con los grupos de gente vestida de negro que volvían a sus coches.

## Ù

# Cuarenta y cinco

D'Agosta se quedó frente a la puerta de Hayward. Casi le daba miedo llamar. El doloroso recuerdo de su primer encuentro en el despacho volvió a su memoria sin querer. Le costó mucho apartarlo de sus pensamientos. Llamó a la puerta con más fuerza de lo que pretendía.

–Adelante.

Se le paró el corazón solo de oír su voz. Cogió el pomo y empujó.

Encontró el despacho muy cambiado. Las montañas de papeles, el desorden controlado, acogedor, habían sido sustituidos por una severa organización. Se notaba que Hayward trabajaba, vivía y respiraba por un solo caso.

Estaba al otro lado de la mesa, con su cuerpo bajo y delgado enfundado en un traje gris con galones de capitana en los hombros. Miraba a D'Agosta con tal intensidad que casi lo hizo retroceder.

–Siéntese.

La voz era fríamente neutral.

–Oye, Laura, antes de empezar quería decirte...

La respuesta fue muy seca.

–Teniente, ha sido convocado por un asunto estrictamente policial. Lo que tenga que decir a título personal no viene a cuento.

D'Agosta la miró. Era injusto.

–Laura, por favor...

La expresión de Hayward se suavizó un momento.

–Vincent –dijo en voz baja–, no le hagas esto a ninguno de los dos, y menos ahora, cuando tengo que enseñarte algo muy, pero que muy difícil.

D'Agosta enmudeció.

–Siéntese, por favor.

–Prefiero estar de pie.

Tras un breve silencio, que aprovechó para observarlo, Hayward dijo:

–Pendergast está vivo.

D'Agosta se quedó de piedra. No sabía para qué lo había llamado Laura. Ni siquiera se había atrevido a hacer suposiciones. En todo caso, era lo último que se esperaba.

–¿Cómo te has enterado? –balbuceó.

La cara de Hayward se crispó de rabia.

–O sea, que sí lo sabías.

Otro silencio tenso. Hayward bajó la mano, cogió un papel y lo puso delante de D'Agosta, que vio que era una lista de notas escritas a mano. ¿Qué mosca la había picado? Nunca la había visto tan fuera de sí.

–El 19 de enero, el profesor Torrance Hamilton fue envenenado delante de un aula de doscientos alumnos, mientras daba clase en la universidad del estado de Luisiana. Falleció aproximadamente una hora después. Las únicas pistas útiles que aparecieron en el lugar del crimen (unas fibras negras en el despacho del profesor) están analizadas en este informe.

Dejó caer sobre la mesa una carpeta con pocas hojas.

D'Agosta la miró sin cogerla.

–Según el informe, se trata de fibras de una mezcla muy cara de cachemira y merino que solo se fabricó durante unos años de la década de 1950 en una fábrica italiana de las afueras de Prato. El único establecimiento que vendía ese género en todo Estados Unidos, el único, era una tiendecita de la rué Les-pinard de Nueva Orleans. Tienda entre cuyos clientes habituales se encontraba la familia Pendergast.

D'Agosta tuvo un momento de esperanza. ¿Y si a pesar de todo Laura le creía? ¿Y si había investigado a Diogenes?

–Laura, me...

–Déjeme acabar, teniente. Mi equipo forense registró el apartamento de Pendergast en el edificio Dakota, al menos las habitaciones en las que pudimos entrar, y recogió muestras de fibras. También encontramos dos docenas de trajes negros idénticos en un armario. Los trajes y las fibras tenían la misma procedencia: rollos de la mezcla de cachemira y merino a la que acabo de referirme, teñida de negro. Se trata de una fibra prácticamente única. No hay equivocación posible.

D'Agosta sintió un extraño hormigueo en la columna vertebral. De repente intuía cuál podía ser la conclusión.

–El 22 de enero, Charles Duchamp fue ahorcado en su edificio de la esquina de la calle Sesenta y cinco y Broadway. También esta vez las pistas eran más escasas de lo habitual. Sin embargo, nuestro equipo forense encontró algunas fibras negras del mismo

tipo que las que aparecieron después del asesinato de Hamilton. Por si fuera poco, la soga que sirvió para ahorcar a Duchamp estaba hecha de una seda gris muy infrecuente. Al final averiguamos que se trata de un tipo especial de cuerda propio de las ceremonias religiosas budistas de Bután. Los monjes forman nudos de una complejidad apabullante, que les sirven para meditar y contemplar. Son nudos que no se encuentran en ningún otro sitio del mundo.

Hayward hizo una pausa para poner sobre la mesa una foto de la cuerda con la que había sido ahorcado Duchamp. Se veía el nudo manchado de sangre.

–Este nudo, concretamente, recibe el nombre de *Ran t'ankha durdag*, «el camino enrevesado al infierno». He sido informada de que el agente especial Pendergast vivió en Bután, donde estudió con los monjes que practican estos nudos.

–Hay una respuesta muy sencilla...

–Vincent, como vuelvas a interrumpirme, aunque sea una vez, te pongo un bozal.

D'Agosta se calló.

–El día siguiente, 23 de enero, el agente especial del FBI Michael Decker fue asesinado en su domicilio de Washington. Le metieron por la boca una antigua bayoneta de la guerra civil. El lugar del crimen estaba tan limpio como los demás. El equipo forense encontró fibras de la misma mezcla de cachemira y merino que en el lugar del envenenamiento de Torrance Hamilton.

Hayward colocó otro informe ante D'Agosta.

–Hacia las dos de la madrugada del 26 de enero, Margo Green murió acuchillada en el Museo de Historia Natural de Nueva York. Consultando los listados de personal del museo, he comprobado que fue la última persona que entró en las salas de la exposición, pero que también salió. El asesino debió de usar su tarjeta. En éste caso no estaba todo tan limpio como en los anteriores. Margo Green era una rival temible, que opuso una fuerte resistencia. Se defendió con un cúter e hirió a su agresor. En el lugar del crimen había sangre que no era de la víctima, tanto en el cúter (mal

limpiado) como en una mancha aislada del suelo. –Hayward hizo una pausa–. Anoche recibí los resultados de las pruebas de ADN.

Cogió un papel y lo estampó sobre la mesa, delante de D'Agosta.

–Aquí están.

D'Agosta no se atrevía a mirar. Ya sabía la respuesta.

–Exacto: el agente especial Pendergast –dijo ella.

D'Agosta tuvo la prudencia de no hablar.

–Lo cual me lleva a los motivos. Todas las víctimas tenían algo en común: su proximidad a Pendergast. Hamilton fue su profesor de lengua en el instituto. Duchamp era su mejor, y quizá único, amigo de infancia. Michael Decker, su mentor en el FBI y una de las principales causas de que Pendergast siga en el cuerpo a pesar de todos los problemas que se ha granjeado debido a la poca ortodoxia de sus métodos. Por último, como sabrás, la amistad de Margo Green con Pendergast se remonta a dos casos que ocurrieron hace años: los asesinatos del museo y la matanza del metro. Las pistas y las pruebas han sido sometidas a todas las comprobaciones posibles. La conclusión no admite dudas: el agente especial Pendergast es un psicópata asesino.

D'Agosta se había quedado helado. Ahora entendía que Diogenes hubiera salvado a Pendergast, y que lo hubiera revivido tras los incidentes de Castel Fosco. No se conformaba con asesinar a los amigos de su hermano. También quería que fuera incriminado por los asesinatos.

–Y ahora esto –dijo Hayward.

Le enseñó otro informe. Estaba metido en una bolsa de plástico, pero se podía leer el título:

Perfil psicológico
Hamilton/Duchamp/Decker/Margo Green
Unidad de ciencias del comportamiento
FBI, Quantico

–No saben que sospecho de uno de los suyos. Solo les he dicho que nos parecía que los asesinatos podían estar relacionados entre sí, y les he pedido un perfil. Como una de las víctimas era

Decker, lo he recibido en veinticuatro horas. Léelo, si quieres, pero te lo resumo: el asesino es un varón muy culto, con un mínimo de cuatro años de formación de posgrado. Es experto en química, conoce a fondo el procedimiento forense y policial y probablemente trabajara o trabaje en las fuerzas del orden. Posee amplios conocimientos de ciencia, literatura, matemáticas, historia, música y arte. Vaya, que es un hombre del Renacimiento. Su coeficiente intelectual está entre ciento ochenta y doscientos. Su edad, probablemente entre treinta y cincuenta años. Ha viajado mucho, y quizá sea políglota. Todo apunta a que ha sido militar. Por otro lado, es una persona con muchos recursos económicos, y muy aficionada a los disfraces.

Miró a D'Agosta a los ojos.

–¿Te recuerda a alguien, Vincent?

Él no contestó.

–Todo esto eran datos exteriores. Ahora viene el análisis psicológico. –Hizo una pausa para buscar en el informe–. El asesino es una persona que se controla a sí misma y controla a los demás. Es extremadamente organizado y pulcro, y da mucha importancia a la lógica. Evita demostrar sus emociones, y casi nunca, o nunca, se confía a los demás. Tiene pocos amigos de verdad, o ninguno, y le cuesta establecer relaciones con el otro sexo. Es probable que este individuo tuviera una infancia difícil, con una madre fría y controladora y un padre distante o ausente. Sus relaciones familiares no eran estrechas. Probablemente haya un historial de trastornos mentales o de delincuencia en la familia. De pequeño sufrió un trauma emocional que lo dejó marcado; fue algo relacionado con un pariente muy próximo (su madre, su padre o un hermano), y se ha pasado toda la vida compensándolo. Siente un profundo recelo ante la autoridad, se considera intelectual y moralmente superior a los demás...

–¡Rollos baratos de psicólogo! –dijo D'Agosta, dejándose llevar–. Lo tergiversan todo. ¡Él no es así en absoluto!

Se calló de golpe. Hayward lo miraba con las cejas arqueadas.

–O sea, que lo reconoces.

–¡Pues claro que lo reconozco! Pero esto es una deformación de su manera de ser. Pendergast no ha matado a nadie. Es una trampa. Las pistas y la sangre las puso adrede otra persona. El asesino es su hermano Diogenes.

Otro largo silencio.

–Sigue –dijo ella con tono neutro.

–Después de lo de Italia, cuando todos dábamos a Pendergast por muerto, Diogenes se lo llevó a una clínica para que se curase. Teniendo en cuenta que Pendergast estaba enfermo y sedado, seguro que su hermano tuvo muchas oportunidades para conseguir las pruebas forenses que necesitaba para tenderle una trampa: pelo, fibras, sangre... Ha sido Diogenes. ¿No te das cuenta? Siempre ha odiado a Pendergast. Hace años que lo trama todo. Le envió una carta para provocarlo, anunciando sus planes de cometer el crimen perfecto y dando la fecha: hoy.

–No me vengas otra vez con esas teorías descabelladas, Vincent...

–Ahora me toca hablar a mí. Diogenes quería cometer un crimen aún más horrible que matar a su hermano. Quería matar a todas las personas por las que su hermano siente afecto, pero dejarlo vivo a él. Parece que ahora también quiere incriminarlo por los asesinatos...

D'Agosta enmudeció. Hayward lo miraba con cara de lástima, casi de dolor.

–Vinnie, ¿te acuerdas de que me dijiste que investigara a Diogenes? Pues lo hice. Dediqué mucho tiempo a seguirle la pista, pero solo encontré esto.

Abrió una carpeta, sacó otro documento y lo deslizó por la mesa en dirección a D'Agosta. Llevaba un sello, un membrete oficial y la firma de un notario.

–¿Qué es?

–Un certificado de muerte, el de Diogenes Dagrepont Bernouilli Pendergast. Falleció hace veinte años, en un accidente de coche en Gran Bretaña.

–Es falso. He visto una carta escrita por él. Sé que está vivo.

–¿Por qué estás tan seguro de que la carta no la escribió Pendergast?

D'Agosta se quedó mirando a Hayward.

–Porque he visto a Diogenes. Con estos ojos.

–Ah, ¿sí? ¿Dónde?

–Cerca de Castel Fosco, cuando nos perseguían. Tenía cada ojo de un color, como nos dijo Cornelia Pendergast.

–Y ¿cómo sabes que era Diogenes?

D'Agosta vaciló.

–Me lo dijo Pendergast.

–¿Hablaste con él?

–No, pero hace poco vi una foto de cuando era pequeño, y era la misma cara.

Cayó un largo silencio. Hayward volvió a coger el perfil forense.

–Mira, aquí pone otra cosa.

Empujó una hoja hacia D'Agosta.

> La persona estudiada podría manifestar síntomas de una modalidad poco común de trastorno de personalidad múltiple, una variante del síndrome de Munchausen por poderes en que el enfermo interpreta dos papeles diametralmente opuestos: el de asesino y el de investigador. En este trastorno tan poco común, el asesino también puede ser un agente de las fuerzas del orden asignado al caso, o un investigador relacionado con el caso. En otra variante de la misma patología, el asesino es un simple ciudadano que empieza a investigar los crímenes por su cuenta, y que a menudo destaca por la aparente brillantez con que descubre pistas que a las fuerzas del orden se les habían pasado por alto. En ambas variantes, la personalidad asesina deja pistas minúsculas para que las descubra la personalidad investigadora, y es frecuente que los descubrimientos parezcan deberse a unas extraordinarias facultades de observación y/o deducción. La personalidad asesina y la personalidad investigadora ignoran mutuamente su existencia a nivel consciente, si bien se observa una importante colaboración a nivel subconsciente y patológico.

–Tonterías. El síndrome de Munchausen por poderes es propio de personas que quieren llamar la atención, mientras que Pendergast se desvive por evitar cualquier protagonismo. Esto no describe a Pendergast. Tú lo conoces. Trabajaste con él. ¿Qué te dice tu intuición?

–Dudo que te gustara saberlo. –Los ojos oscuros de Hayward escrutaron al teniente–. Vinnie, ¿sabes por qué te doy toda esta información?

–¿Porqué?

–Para empezar, porque creo que corres muchísimo peligro. Pendergast está como una cabra, y al siguiente que mate será a ti. Estoy segura.

–No me matará porque no es el asesino.

–El Pendergast que tú conoces ni siquiera es consciente de ser el asesino. Él se cree que Diogenes existe. Está convencido de que su hermano aún vive, y de que entre tú y él lo encontraréis. Todo forma parte de la patología que se comenta aquí. –Dio una palmada al informe–. Luego está la personalidad del tal... Diogenes. Existe dentro del mismo cuerpo. Es una personalidad que todavía no conoces, pero ya la conocerás, ya... Cuando te mate.

D'Agosta se había quedado sin palabras.

–No sé, quizá haya hecho mal en decírtelo. –El tono de Hayward se endureció–. Después de tu cagada, que fue de campeonato, no tienes el mínimo derecho a saber nada de esto. Yo matándome por ti, consiguiéndote un trabajo buenísimo en la policía de Nueva York... y tú traicionas mi confianza, rechazas mi...

Hizo una pausa para dominarse, respirando muy deprisa. D'Agosta tuvo un arrebato de ira.

–¿Que yo te he traicionado? Mira, Laura, ya intenté hablar contigo en su momento; intenté explicártelo, pero me viniste con que estaba obsesionado con la muerte de una persona. ¿Cómo te crees que me sentó? ¿Y ahora? ¿Cómo te crees que me sienta oírme tratar de ingenuo y crédulo por confiar en Pendergast? Conoces mi historial. Sabes de qué soy capaz. ¿Por qué crees que ahora me equivoco tanto?

La pregunta quedó en el aire.

–No es ni el momento ni el sitio para discutir –contestó ella al cabo de un rato. Su tono se había vuelto sereno y profesional–. Además, estamos apartándonos de la cuestión.

–Ah, ¿sí? ¿Qué cuestión? –Quiero que me traigas a Pendergast.

D'Agosta se quedó estupefacto, como clavado al suelo. Debería haberlo previsto.

–Tráemelo. Salva tu vida y tu carrera. Si es inocente, que se defienda ante los tribunales.

–Pero si las pruebas en contra son abrumadoras...

–Exacto. Son lo más incriminador que te puedes imaginar, y eso que no has visto ni la mitad, pero nuestro sistema funciona así. Tráelo y que se enfrente a un jurado.

–¿Que lo traiga? ¿Cómo?

–Lo tengo todo pensado. Eres la única persona que le merece confianza.

–¿Me estás pidiendo que lo traicione?

–¿Traicionarlo? ¡Vinnie, por Dios, que es un asesino en serie! Ya hay cuatro inocentes muertos. Además, parece que se te olvida otra cosa: que hasta el momento todo lo que has hecho (mantener en secreto la existencia de Pendergast, y mentirnos a mí y al capitán Singleton) bordea la resistencia a la autoridad. Ahora que sabes que Pendergast está buscado por la ley (pues sí, como lo oyes, ya está firmada la orden de busca y captura), cualquier iniciativa que tomes para protegerlo será un delito de resistencia y encubrimiento. Ya estás con la mierda hasta las rodillas. La única manera de salirte de esto es hacer lo que te pido. O lo traes o vas a la cárcel. Así de simple.

Al principio D'Agosta no dijo nada. Cuando habló, su voz sonó forzada, sin vida, incluso para sus propios oídos.

–Dame un día para que lo piense.

–¿Un día? –Hayward lo miró con incredulidad–. Tienes diez minutos.

## Ù

# Cuarenta y seis

Viola se despertó con un fortísimo dolor de cabeza, y al principio se quedó mirando los flecos del dosel de la cama sin

saber dónde estaba, pero de repente se acordó de todo: el viaje nocturno por la autopista, lo raros que se habían ido volviendo los comentarios del hermano de Pendergast, el repentino ataque...

Se quedó inmóvil, dominando un ataque de pánico, y se concentró en su respiración para poner la mente en blanco.

Cuando le pareció que era dueña de sus actos, se incorporó despacio. Le daba vueltas la cabeza, y veía manchas negras. Cerró los ojos. Cuando se le aliviaron un poco las punzadas, volvió a abrirlos y miró la habitación.

Era un pequeño dormitorio con un dibujo de rosas en el papel de pared, algunos muebles Victorianos y una sola ventana con barrotes. Puso los pies en el suelo, moviéndose despacio –tanto por el dolor de cabeza como para no hacer ruido–, y se levantó. Ligeramente inestable, tendió el brazo hacia el pomo de la puerta y lo hizo girar discretamente, pero estaba cerrado. No le extrañó. El segundo ataque de pánico se dejó controlar más fácilmente que el primero.

Se acercó a la ventana. La casa quedaba a doscientos o trescientos metros de una bahía pantanosa. Vio la línea en que rompían las olas, al otro lado de una franja de dunas descuidadas. El mar era oscuro, punteado por la espuma de las crestas; el cielo, de un gris metálico. Con la intuición de quien ha pasado muchas noches bajo las estrellas, adivinó que era por la mañana. Lo único que vio, tanto a la izquierda como a la derecha, fueron algunas casitas de precaria construcción, con tablones en las ventanas porque no era temporada de veraneantes. La playa estaba desierta.

Introdujo la mano entre los barrotes y dio unos golpecitos en el cristal. Parecía más azul y grueso de lo normal. Quizá fuera irrompible. E insonorizado. En todo caso, no se oía el ruido de las olas.

Con la misma lentitud de movimientos, y el mismo esfuerzo por no hacer ruido, pasó al baño, una pieza pequeña contigua al dormitorio, y tan limpia y anticuada como aquel: un lavabo, una bañera con patas en forma de garras y otra ventanita como la primera, con barrotes y paneles de cristal de un grosor anómalo.

Cuando abrió el grifo, salió un chorro de agua que pasó enseguida de frío a muy caliente. Lo cerró y volvió al dormitorio.

Se sentó en la cama para reflexionar. Era todo tan irreal, se apartaba todo tanto de cualquier normalidad, que no se podía entender. Lo único que tenía clarísimo era que la persona que la había recogido en el aeropuerto era el hermano de Pendergast, porque en muchas cosas eran prácticamente gemelos, pero ¿por qué la había secuestrado? ¿Qué intenciones albergaba? ¿Cuál era, sobre todo, el papel de Pendergast? ¿Cómo podía haber estado tan equivocada acerca de él?

Entonces se acordó del otoño, de su breve encuentro en la isla de Capraia, y se dio cuenta de que todo era muy raro. Quizá la noticia de la trágica muerte del agente la hubiera hecho teñir su único encuentro de romanticismo, otorgándole unas dimensiones de las que carecía en realidad. Luego la carta, con la noticia de que Pendergast aún estaba vivo, y la romántica, impulsiva petición...

Impulsiva. No había otra palabra. Viola se había dejado meter una vez más en líos por su impulsividad, y esta vez parecían realmente graves.

¿Era posible que D'Agosta lo supiera todo? ¿Que la muerte de Pendergast fuera un cuento chino, otro ingrediente de una oscura trama para atraerla a Nueva York? ¿Habría caído en manos de una red sofisticada de secuestradores? ¿Pensarían exigir algún rescate? Cuanto más reflexionaba en el embrollo (porque era eso, un embrollo sin pies ni cabeza), más miedo tenía de dejarse llevar por la rabia y la indignación, pero al final las dominó, como sabía dominar todas sus emociones. Más valía emplear sus energías en la huida.

Volvió al baño para hacer el inventario de lo que contenía: un peine de plástico, un cepillo de dientes, dentífrico, un vaso de agua, toallas limpias, una manopla y champú. Cogió el vaso. Era frío, pesado, de auténtico cristal.

Lo hizo girar en su mano, pensativa. El cristal roto podía servir de arma, pero también de herramienta. Huir por la ventana estaba descartado. En cuanto a la puerta, seguro que estaba blindada. La

casa, sin embargo, era vieja, y debajo del papel de pared probablemente solo hubiera yeso y listones.

Cogió una toalla, envolvió el vaso lo más fuerte que pudo y le dio varios golpes secos en el borde del lavabo hasta que se rompió. Entonces lo desenvolvió y se lo encontró roto en varios trozos grandes, tal como esperaba. Regresó al dormitorio con el más afilado y se acercó a la pared del fondo. Haciendo el menor ruido posible, clavó la punta en el papel de la pared y la empujó para ver qué pasaba.

El cristal resbaló enseguida, arrancando un trozo de papel. Debajo, para desesperación de Viola, había aparecido un brillo de metal. Cogió el borde roto de papel con las uñas y lo peló hasta dejar a la vista una superficie de acero.

Tuvo un escalofrío en la columna vertebral. Justo entonces llamaron a la puerta.

Volvieron a llamar. Después de la tercera vez, Viola oyó el ruido de una llave en una cerradura. La puerta rechinó al abrirse un poco. Se quedó con los ojos cerrados, escondiendo el trozo de cristal.

–Ya sabía yo, querida Viola, que estaba levantada y en plena forma.

No se movió.

–Veo que ya ha visto que he recubierto de metal su dormitorio. Haga el favor de incorporarse y dejarse de tonterías, que tengo que decirle algo importante.

Viola se levantó rabiosa. No reconocía al hombre de la puerta, pero sí la voz, inconfundible: era la de Diogenes.

–Perdone que me presente de esta guisa, pero es que me he vestido para ir a la ciudad. Salgo dentro de unos minutos.

–Disfrazado, por lo que veo. Se toma por un verdadero Sherlock Holmes.

El hombre inclinó la cabeza.

–¿Qué quiere, Diogenes?

–Lo que quiero ya lo tengo: a usted.

–¿Para qué?

El extraño personaje sonrió de oreja a oreja.

–¿Que para qué la quiero? Francamente, mi interés por usted se reduce a una cosa: a que usted despertara el de mi hermano. Solo lo he oído pronunciar su nombre una vez, y me picó la curiosidad. Por suerte tiene un apellido único en el mundo, y una familia sumamente distinguida, gracias a lo cual pude averiguar muchas cosas sobre su persona. Muchas. Sospeché que albergaba ciertos sentimientos por mi hermano, y su respuesta a mi carta confirmó mi corazonada. Entonces supe que había ganado un premio incomparable.

–Es usted un zopenco. De mí no sabe nada.

–Querida Viola, en vez de pensar en lo que sé debería preocuparse por dos cosas que es usted quien ignora: en primer lugar, le conviene saber que no podrá salir del dormitorio. Todo es acero reforzado, como el del casco de los barcos: las paredes, el suelo, el techo y la puerta. Los cristales le permiten mirar hacia fuera, pero no ser vista desde el exterior, suponiendo que pasara alguien, que no pasará. Solo se lo digo para ahorrarle esfuerzos. Tiene libros en la estantería, agua potable del grifo y unos cuantos caramelos en el último cajón del escritorio, para que los chupe.

–¡Caray, cuántas molestias! ¡No ha reparado en medios! Hasta chucherías tengo.

–Así es.

–«Así es.» –Viola se burló de su tono afectado–. Ha dicho que tenía dos cosas que decirme. ¿Cuál es la segunda?

–Que debe morir. Si cree en un ser supremo, no deje de zanjar cualquier asunto pendiente entre los dos. Su muerte se producirá mañana por la mañana, a la hora tradicional: la del alba.

Viola se rió casi sin querer. Fue una risa llena de rabia y amargura.

–¡Qué pena que no se dé cuenta de lo pretencioso y tonto que suena! «Morirá al amanecer.» ¡Qué histriónico!

Diogenes retrocedió un paso, mientras su ceño se fruncía fugazmente antes de recuperar la inexpresividad de antes.

–¡Qué vitalidad! Está hecha una señora arpía.

–¿Se puede saber qué le hecho, so pirado?

–Nada. Es por lo que le hizo a mi hermano.

–¡Yo a su hermano no le hice nada! ¿Qué es, una broma morbosa?

Una risa seca.

–Ciertamente. Una broma de lo más morbosa.

La rabia y la frustración borraron cualquier rastro de miedo, y Viola apretó lentamente el cristal roto.

–Lo veo muy satisfecho de sí mismo para ser tan insufriblemente repulsivo.

La risa seca se apagó.

–¡Vaya, vaya! ¡Sí que se ha despertado con la lengua suelta!

–Está loco.

–No me cabe duda de que según los criterios de la sociedad estoy clínicamente loco.

La mirada de Viola se volvió penetrante.

–O sea, que es un seguidor del psicólogo escocés R. D. Laing.

–Yo no sigo a nadie.

–Lo cree por ignorancia. Lang dijo que «la enfermedad mental es una respuesta cuerda a un mundo loco».

–Felicito a ese señor, sea quien sea, por su perspicacia; por desgracia, mi querida Viola, no tengo mucho tiempo que perder en conversaciones de salón...

–¡«Querido» Diogenes, cómo me aburre! Ojalá se oyera como lo oigo yo. –Viola hizo una perfecta imitación de la manera lánguida de hablar de su secuestrador–. «¡Cuánto lamento no poder prolongar esta agradable conversación!» No vale la pena que se esfuerce tanto en parecer una persona fina.

La habitación quedó en silencio. La sonrisa de Diogenes se había borrado, pero su rostro no manifestó sus pensamientos. Viola quedó sorprendida por la profundidad y claridad de su propia ira. Respiraba deprisa, y se le había disparado el corazón.

Al final, Diogenes suspiró.

–Es locuaz como una mona, y no le va muy a la zaga en inteligencia. Yo que usted sería un poco menos parlanchina y me enfrentaría a la muerte con dignidad, de un modo acorde a su condición social.

–¿Mi condición social? ¡Dios mío, no me diga que es de esos paletos americanos que cuando conocen a algún baronet de nariz roja, o a algún vizconde chocho, se les pone duro el pijo! Debería haberlo adivinado.

–Viola, por favor, que se está alterando demasiado.

–¿Usted no se alteraría si le hubieran tendido una trampa para drogarlo, secuestrarlo y encerrarlo en una habitación amenazándolo con...?

–*Ça suffit*, Viola! Volveré de madrugada para cumplir mi promesa. Concretamente, la degollaré. Dos veces. En honor del tío Comstock.

De pronto Viola se quedó callada. El miedo había vuelto con toda su fuerza.

–¿Por qué?

–Por fin una pregunta sensata. Soy un existencialista. Esculpo mi sentido en el cadáver purulento de este universo en putrefacción. Aunque usted, personalmente, no tenga ninguna culpa, ha pasado a formar parte de ese sentido. De todos modos, no la compadezco. El mundo rebosa dolor y sufrimiento. Yo me limito a hacer de director de ceremonias en vez de ofrecerme como la enésima y estúpida víctima. No disfruto del sufrimiento ajeno, con la excepción de una persona. El sentido de mi vida es ese: vivo por mi hermano, Viola; es él quien me da fuerza y determinación. Es él quien me da vida. Es mi salvación.

–¡Pueden irse al infierno, usted y su hermano!

–Ah, pero ¿no lo sabe, querida Viola? El infierno es esto. Y a usted le falta poco para abandonarlo.

Viola saltó de la cama y se lanzó sobre Diogenes con el cristal en alto, pero de repente se encontró clavada al suelo, sin saber qué había pasado durante ese segundo. Tenía encima a Diogenes, con la cara a menos de un palmo de la suya, y recibía su aliento, que olía dulcemente a clavo.

–Adiós, mi mónita vivaracha –murmuró él, antes de besarla tiernamente en la boca.

Se levantó y se fue de un solo movimiento como de murciélago, dando un portazo. Viola se lanzó contra la puerta,

pero era demasiado tarde. Oyó un ruido de piezas de metal bien engrasadas. La puerta era fría, inflexible, como la cámara acorazada de un banco.

*OceanofPDF.com*

# Ù
# Cuarenta y siete

D'Agosta no necesitó un día para pensarse la oferta de Hayward. Ni siquiera necesitó diez minutos. Salió directamente de la comisaría y sacó el teléfono móvil que le había dado Pendergast para solicitar una reunión de emergencia.

Un cuarto de hora después, cuando bajó de un taxi en el cruce de Broadway y la calle Setenta y dos, aún tenía en carne viva el recuerdo de su conversación con Hayward. Se dijo que. no era el momento de pensar en ella. Tenía que aparcar sus sentimientos personales hasta el final de la crisis, suponiendo que lo hubiera.

Caminó hacia el este por la calle Setenta y dos, viendo a lo lejos Central Park, con sus árboles marrones y esqueléticos en el aire frío de enero. Al llegar a la siguiente esquina se paró y volvió a sacar el móvil. «Vuelva a llamarme cuando esté en la calle Setenta y dos a la altura de Columbus», le había dicho Pendergast. D'Agosta solo estaba a una manzana del apartamento del agente en el edificio Dakota. ¿Estaría en casa? Dadas las circunstancias, parecía absurdo.

Abrió el teléfono y marcó el número.

– ¿Diga?

Era la voz de Pendergast. D'Agosta oyó el ruido de fondo de un teclado.

–Estoy en la esquina –contestó.

–Muy bien. Diríjase con discreción al número 24 de la calle Setenta y dos Oeste. Es un edificio mixto de apartamentos y oficinas. Durante el horario laboral la entrada está cerrada, pero el recepcionista suele dejar pasar a todo el mundo siempre que su aspecto sea normal. Baje al sótano por la escalera y busque la puerta donde pone «B-14». Cuando se haya asegurado de estar solo, llame despacio siete veces. ¿Me ha entendido?

–Sí.

La llamada se cortó.

D'Agosta guardó el móvil y cruzó la calle para seguir en dirección al parque. Vio la mole del Dakota en la esquina del fondo. Con sus almenas, y su color de arena, parecía salido de un cómic de Charles Addams. En la base, junto a la enorme puerta gótica, había una garita. Cerca, dos policías de uniforme, y tres coches patrulla aparcados en Central Park Oeste.

Estaba claro que ya había llegado la caballería.

Caminó más despacio, pegado a la fachada y mirando de reojo a los policías.

El número 24 de la calle Setenta y dos Oeste quedaba a media manzana. Era un edificio grande, de piedra rojiza. Volvió a mirar a su alrededor, y como no veía a nadie sospechoso pulsó el interfono. Le abrieron. Entró rápidamente.

El vestíbulo era pequeño, oscuro, con paredes de un mármol gris bastante pobre. Tras saludar al recepcionista con la cabeza, bajó por la escalera del fondo. El sótano solo tenía un pasillo, con puertas metálicas distribuidas a intervalos regulares en los muros de bloques de hormigón. Tardó un minuto en encontrar el rótulo «B-14». Volvió a mirar hacia ambos lados y llamó siete veces a la puerta, tal como le había dicho Pendergast.

Al principio no oyó nada. Luego, el ruido de un cerrojo. Al abrirse la puerta, apareció un individuo con uniforme blanco y negro de portero, que miró a ambos lados del pasillo, saludó a D'Agosta con la cabeza y lo hizo pasar.

Para su sorpresa, D'Agosta vio que no estaba en una habitación, sino en un pasillo muy estrecho –poco más que un conducto de servicio– que se desvanecía en la oscuridad. El portero encendió una linterna y abrió la marcha.

Parecía interminable. Los bloques de hormigón de las paredes se convirtieron en ladrillo, luego en yeso y otra vez en ladrillo. Había momentos en que el pasillo se ensanchaba, y otros en que se volvía tan estrecho que casi rozaba los hombros de D'Agosta. Giraron unas cuantas veces a la izquierda, y luego a la derecha, hasta salir a un minúsculo patio de luces desde el que D'Agosta vio un pequeño recuadro de cielo azul. Era como estar en la base de una chimenea. Subieron unos cuantos escalones. El portero

abrió otra puerta con una llave grande, de las antiguas. Accedieron a otro pasillo estrecho.

Al fondo había un pequeño ascensor de servicio. El portero descorrió la reja metálica, abrió la puerta con otra llave y le indicó a D'Agosta que entrara en la cabina. Él entró detrás, cerró la reja y la puerta y accionó la manivela redonda de la pared. El ascensor se puso en marcha con un crujido de protesta.

La puerta era antigua, sin ventanas. D'Agosta no pudo calcular cuántos pisos subían. Supuso que cuatro o cinco. El ascensor se paró solo. El portero abrió la puerta. Cuando apartó la reja, D'Agosta vio un pasillo corto que solo llevaba a una puerta. Estaba abierta. Dentro estaba Pendergast, con su traje negro de siempre.

D'Agosta se quedó mirándolo. Desde su reaparición por sorpresa siempre lo había visto disfrazado (con cambios drásticos de cara, cuerpo o casi siempre de ambas cosas), y la sensación de volver a ver a su viejo amigo tal como era fue bastante rara.

–Pase, Vincent –dijo Pendergast.

Lo llevó a una pequeña habitación, con pocos muebles: un tocador de madera de roble y un sofá de piel en una pared, y en otra una mesa de trabajo con cuatro iMacs alineados, así como unos dispositivos NAS que a D'Agosta le parecieron un servidor de internet. Al fondo había dos puertas. La que estaba abierta daba a un pequeño cuarto de baño.

–¿Es su apartamento del Dakota? –preguntó con incredulidad.

En el rostro de Pendergast apareció y desapareció una sonrisa desmayada.

–No precisamente –dijo, cerrando la puerta–. Mi apartamento está en el piso de encima.

–Entonces, ¿qué es?

–Considérelo un refugio. Un refugio de tecnología punta. Fue acondicionado el año pasado por consejo de un conocido de Ohio, por si en algún momento no estaban disponibles sus servicios.

–Pues no puede quedarse. La entrada del Dakota está llena de polis. Vengo directamente del despacho de Laura Hayward, y le tiene puesto el ojo a un sospechoso.

–Yo.

–¿Se puede saber cómo se ha enterado?

–Lo sé desde hace tiempo. –Pendergast repartía sus miradas entre los monitores, mientras sus manos volaban por las teclas–. Cuando encontré el cadáver de mi amigo Michael Decker, descubrí varios pelos en su mano cerrada. Pelos rubios. Mi hermano no es rubio, sino pelirrojo. Comprendí enseguida que el plan de Diogenes aún era más «interesante» de lo que sospechaba. Además de matar a todos mis allegados, pensaba incriminarme a mí por los asesinatos.

–Pero ¿y los mensajes que le ha ido enviando? ¿No indican que está vivo?

–No. ¿Se acuerda de lo peculiar que era la letra? ¿Se acuerda de que le dije que me sonaba de algo? Pues era la mía, con las modificaciones necesarias para que pareciera que era yo quien intentaba disfrazarla, al menos para un experto en caligrafía.

D'Agosta tardó un poco en digerir la noticia.

–¿Por qué no me lo había dicho?

–Porque no vi motivos para angustiarlo más de la cuenta antes de que fuera estrictamente necesario. En cuanto vi esos pelos, se me hizo de una claridad meridiana que Diogenes también había sembrado de pruebas falsas los escenarios de los otros crímenes. Estoy seguro de que durante mi convalecencia en Italia recogió de mi cuerpo todas las pruebas físicas que necesitaba, incluida mi sangre. Relacionarme con los asesinatos era simple cuestión de tiempo. Ahora bien, tenía la esperanza de que tardaran algo más. Hayward merece que la feliciten por su buen trabajo.

–Otra cosa: Laura me ha pedido que le tienda una trampa. Como comprenderá, no me he prestado al juego, pero ya tienen una orden de busca y captura. Aquí no puede quedarse.

–Al contrario, Vincent: es donde tengo que quedarme, el único lugar donde dispongo a corto plazo de los recursos necesarios. Además, es un poco como la carta robada de Poe: donde menos esperan encontrarme es en mi casa. La presencia de la policía es una mera formalidad.

D'Agosta lo miró fijamente.

–¡Conque por eso ya sabía que Diogenes no intentaría asesinar a Laura! Porque es quien investiga el caso Duchamp. Ya contaba con que sospecharía de usted.

–Exacto, pero traiga una silla y déjeme enseñarle lo que estoy haciendo.

Pendergast señaló los cuatro ordenadores portátiles mediante un solo gesto.

–Estos ordenadores están conectados parasitariamente a la red de cámaras de vigilancia callejera de la ciudad, así como a unos cuantos sistemas privados importantes, como el de los cajeros automáticos y el de los bancos.

Señaló una pantalla que en ese momento estaba dividida en una docena de ventanitas, todas las cuales recogían imágenes en blanco y negro de aceras, cruces y peajes y las reproducían al revés y a gran velocidad.

–¿Porqué?

–Estoy convencido de que el escenario del último crimen de Diogenes será Manhattan o sus alrededores, y hoy en día nadie puede circular por Nueva York sin ser fotografiado, grabado en vídeo o sometido a alguna clase de vigilancia decenas de veces cada hora.

–Pero Diogenes va disfrazado...

–Sí, para la mayoría de la gente sí, pero a mí no me engaña. Una cosa es cambiar de aspecto físico, y otra cambiarlo todo: los gestos, la manera de caminar... Hasta la de parpadear. Sería imposible. Diogenes y yo guardamos un gran parecido físico. Me he grabado a mí mismo en vídeo, en posturas, movimientos y ángulos diversos, y estoy sometiendo toda esta información visual a algoritmos de reconocimiento de imágenes y pautas. –Señaló otro de los portátiles–. Como ve, me concentro especialmente en las imágenes cercanas al Dakota y a los cruces próximos a la mansión de Riverside Drive. Sabemos que Diogenes ha visitado la mansión, y es muy probable que también haya estado aquí. Si pudiera localizarlo e imprimir una imagen, podría hacer un seguimiento visual en ambos sentidos a partir de ese punto, e intentar encontrar pautas en sus movimientos.

–Y ¿para eso no haría falta más potencia de la que tiene el sistema informático de una universidad pequeña?

–De ahí el armario de cableado.

Pendergast extendió el brazo para abrir la puerta cerrada. Dentro, todo estaba lleno de servidores rack y discos RAID, desde el suelo hasta el techo.

D'Agosta silbó.

–¿Entiende todo este follón?

–No, pero sé usarlo.

Pendergast hizo girar la silla para mirar a su amigo. D'Agosta nunca lo había visto tan pálido, pero en sus ojos había un brillo amenazador. Tenía la energía obsesiva y la vitalidad engañosa propia de quien no ha dormido en varios días.

–Diogenes está en alguna parte, Vincent; acecha entre este cúmulo de información visual, pero solo podrá cometer su último crimen si se deja ver. Es mi oportunidad de detenerlo. La última. La única. Esta habitación es el único sitio que aún me brinda acceso a la tecnología necesaria para conseguirlo. –Más ruido de teclas–. El conocido a quien acabo de referirme, el de Ohio, ¿se acuerda? Pues sería la persona más indicada para este trabajo, pero se ha visto obligado a desaparecer a fin de... proteger su integridad.

–Laura no es de las que esperan. Lo más probable es que ya lo estén persiguiendo.

–Y a usted también, sin duda.

D'Agosta no dijo nada.

–Ya han registrado mi apartamento, y probablemente también hayan registrado la casa de Riverside Drive. En cuanto a esta pequeña guarida... Como acaba de ver, dispongo de una salida secreta del Dakota. Nadie sabe su existencia, ni siquiera los porteros del edificio. Solo Martyn, a quien acaba de conocer.

Dejó de teclear.

–Tiene que hacer una cosa, Vincent.

– ¿Qué?

–Ir ahora mismo a ver a Laura Hayward y decirle que está dispuesto a prestar toda su colaboración, pero que ahora mismo no

tiene ni idea de dónde estoy. Sería absurdo que su carrera profesional se resintiera aún más por culpa de todo esto.

–Ya le dije que llegaré hasta el final.

–Vincent, le estoy exigiendo que se vaya.

–Mire, Aloysius...

Pendergast lo miró.

–Vayase a la mierda.

D'Agosta se sintió observado.

–No lo olvidaré, Vincent.

–Bueno, bueno.

El agente volvió a su trabajo. Pasaron diez minutos, veinte… De pronto entró en tensión.

–¿Qué, ha salido algo?

–Creo que sí –dijo Pendergast.

Miraba fijamente uno de los ordenadores, mientras reproducía sin descanso en ambos sentidos una imagen de baja definición.

D'Agosta miró por encima de su hombro.

–¿Es él?

–El ordenador cree que sí. Y yo también. Aunque es raro... La imagen no está grabada cerca del Dakota, como esperaba yo, sino unas seis manzanas al norte, delante de...

En ese momento zumbó suavemente una caja en la mesa. Pendergast se giró rápidamente hacia ella.

–¿Qué pasa? –preguntó D'Agosta.

–Es Martyn. Parece que ha venido a verme alguien.

–Un mensajero en bicicleta, señor –dijo la voz–. Le trae un sobre.

–¿Le ha pedido que espere?

–Sí.

–¿Y la policía? ¿No sabe que está aquí?

–No.

–Pues entonces hágalo subir. Tome las precauciones habituales. –Pendergast levantó el dedo del botón y se puso derecho–. Veamos de qué se trata.

Su tono era relajado. No así su cara.

Salieron al pasillo y caminaron unos pasos hasta el ascensor. Estuvieron un minuto sin decirse nada. De repente se oyó el ruido metálico de la cabina al emprender su ascenso. Poco después, una mano apartó la reja de latón y aparecieron dos personas: el portero a quien D'Agosta ya conocía y el mensajero, un hispano joven y delgado, con una bufanda y una gruesa chaqueta. Tenía en la mano un sobre muy grande.

Al mirarlo, Pendergast se puso pálido. Sin decir nada, introdujo una mano en el bolsillo de su americana negra, sacó unos guantes médicos y se los puso, antes de sacar un billete de veinte dólares de su cartera y dárselo al mensajero.

–¿Le importaría esperar un poco aquí? –preguntó.

–Bueno –dijo el joven, mirando los guantes con recelo.

Pendergast cogió el sobre e intercambió una mirada cómplice con el portero. Después le hizo a D'Agosta una señal con la cabeza y regresó a toda prisa al apartamento.

–¿Es de Diogenes? –preguntó D'Agosta, mientras cerraba la puerta.

En vez de contestar, Pendergast puso una hoja blanca en la mesa y colocó el sobre encima para someterlo a un escrupuloso examen. No estaba cerrado. La solapa solo se aguantaba con un hilo rojo trenzado. Pendergast inspeccionó el hilo de cerca, unos segundos. Acto seguido lo desenrolló y volcó el sobre cuidadosamente.

Salió una hojita doblada de papel, seguida por un mechón de pelo oscuro y brillante.

La brusca inhalación de Pendergast reverberó en la habitación como una bomba. El agente se puso de rodillas y desdobló la hoja.

Era un papel precioso, confeccionado a mano, con un escudo de armas en relieve: un ojo sin párpados sobre dos lunas y un león echado. Debajo había una fecha escrita con péñola o pluma estilográfica, en una tinta de color tabaco: 28 de enero.

D'Agosta se dio cuenta de que la nota era idéntica a la que había llegado meses antes a la mansión de Riverside Drive. La única diferencia era su contenido, que no se reducía a una simple fecha. Su mirada recayó en el texto de debajo:

Está llena de vida, hermano. Entiendo que te guste.

Saborea esta prenda como una garantía de mis intenciones. Es un mechón de su hermosa cabellera. Saboréalo también como un recuerdo de su defunción. Acariciándolo, casi pueden olerse los dulces aires de Capraia.

Naturalmente, todo esto podría ser mentira. Este mechón podría ser de otra persona. Busca la verdad dentro de tu corazón.

FRATER, AVE ATQUE VALE

–Madre mía... –dijo D'Agosta.

Una obstrucción involuntaria en la garganta le impidió añadir más comentarios. Miró al agente. Estaba sentado en el suelo, acariciando el mechón con ternura. La expresión de su cara era tan espeluznante que D'Agosta tuvo que apartar la vista.

–Podría ser mentira –dijo–. No sería la primera que dijera su hermano.

Pendergast no contestó. El silencio fue corto, pero estremecedor.

–Voy a interrogar al mensajero –dijo D'Agosta, sin atreverse a mirar hacia atrás.

Salió al pasillo y fue el ascensor, donde Martyn vigilaba al mensajero.

–Policía –dijo, enseñando rápidamente la placa.

Todo se había ralentizado, como en una pesadilla. D'Agosta sentía una extraña pesadez, como si le costara un gran esfuerzo mover los brazos y las piernas. Se preguntó si era lo que se entendía por estado de shock.

El chico asintió con la cabeza.

–¿Quién te ha dado el paquete?

–Lo dejó en nuestra oficina alguien en taxi.

–¿Qué pinta tenía el pasajero?

–El taxista iba solo.

–¿Qué tipo de coche era, exactamente?

–El típico taxi amarillo, de dentro de la ciudad.

–¿Te dio algún nombre, o el número de registro?

D'Agosta lo preguntó a sabiendas de que carecía de importancia. Seguro que Diogenes había borrado cualquier pista.

El mensajero negó con la cabeza.

–¿Cómo te han pagado?

–El taxista, cincuenta billetes. Ha dicho que las instrucciones eran entregar el paquete a un tal doctor Pendergast, calle Setenta y dos Oeste, 1. Personalmente, a ser posible. Y no hablar con nadie que no fuera el doctor Pendergast o el portero.

–Bueno.

D'Agosta anotó el nombre del mensajero y de la compañía. Luego se apartó con Martyn y le pidió que se asegurara de que la policía no interceptaba al joven a la salida del edificio. Todavía le duraba la extraña sensación de pesadez. Volvió por el pasillo y entró en la pequeña habitación.

Pendergast no levantó la cabeza. Seguía sentado en el suelo, inclinado hacia el mechón. Tenía las manos apoyadas en las rodillas, con la palma hacia arriba y el pulgar formando un círculo con el índice. Su rostro ya no expresaba angustia ni desolación, sino una impasibilidad total. No se movía. No pestañeaba. Ni siquiera parecía respirar. D'Agosta tuvo la impresión de que estaba a un millón de kilómetros.

«Puede que lo esté –pensó–. Puede que medite, o algo así. A menos que solo intente no volverse loco.»

–El mensajero no sabía nada –dijo con toda la suavidad que pudo–. Han borrado demasiado bien el rastro.

Pendergast no dio ninguna señal de haberle oído. Seguía inmóvil, tan pálido como antes.

–¿Se puede saber cómo se ha enterado Diogenes de lo de Viola? –dijo D'Agosta, sulfurándose.

Pendergast contestó como un robot.

–La primera semana a su cuidado me la pasé delirando, y es posible que la mencionara. A Diogenes no se le pasa nada por alto. Nada.

D'Agosta se dejó caer en una silla. Por él, como si de repente llegaba Laura Hayward y echaba abajo la puerta con una docena de agentes del FBI y todo un destacamento del ejército. Tal como estaban las cosas, le daba igual. Que lo encerraran, y que tiraran la llave. Daba lo mismo. La vida era una mierda.

Guardaron media hora de silencio, sin moverse.

De pronto Pendergast se levantó sin avisar, como un resorte, dándole a D'Agosta un susto de muerte.

–¡Seguro que el viaje lo hizo con su nombre! –dijo, con un brillo de concentración en los ojos.

–¿Qué? –dijo D'Agosta, levantándose.

–Si Diogenes le hubiera pedido que usara un seudónimo, o un pasaporte falso, Viola no habría venido. Por otro lado, debe de llevar muy poco tiempo aquí. Diogenes no podía retrasar el mensaje. ¡No tiene tiempo!

Corrió al ordenador portátil que tenía más cerca y se puso a teclear como un poseso durante veinte segundos.

–¡Aquí está! –exclamó.

D'Agosta se apresuró a mirar la pantalla.

---

Centro de datos de Folkestone
INFORMACIÓN
Motor SQL 4.041.a
CONFIDENCIAL

Búsqueda en listas de pasajeros
Se detallan los resultados de la consulta
1 archivo(s) encontrado(s):
BA-0002359148
Maskelene, lady Viola
British Airways vuelo 822
Salida: London Gatwick LGW, 27 de enero, 11:54 pm GMT
Llegada: Kennedy Intl JFK, 28 de enero, 12:10 am GMT

Búsqueda finalizada

---

Pendergast se apartó del ordenador. Todo su cuerpo parecía crepitar de energía. Sus ojos ya no estaban vacíos ni distantes. Ahora parecían dos brasas.

–Deprisa, Vincent, a JFK, que la pista se enfría a cada minuto que perdemos.

Salió corriendo sin decir nada más, y se lanzó por el pasillo.

# Ù
# Cuarenta y ocho

Como en los viejos tiempos, pensó D'Agosta, taciturno: Pendergast de negro, corriendo con su Rolls por las calles de Nueva York. Con la gran diferencia de que en el fondo no se parecía nada a los viejos tiempos. Ahora había una orden de búsqueda y captura contra Pendergast, y él, D'Agosta, estaba metido en tal berenjenal que cuando saliese (suponiendo que saliera alguna vez) necesitaría una cámara de descompresión.

El Rolls se acercó al bordillo de la terminal 7, sector llegadas. Pendergast saltó del coche dejando el motor encendido. Había un policía de la autoridad aeroportuaria paseándose por la acera. Pendergast se abatió sobre él.

–FBI.

Tras pasar rápidamente su insignia dorada ante los ojos del policía, cerró la cartera y se la guardó en la americana.

–¿En qué puedo ayudarlo? –contestó el policía, intimidado.

–Venimos por una investigación importantísima. ¿Me haría el favor de vigilar el coche?

–Sí, señor.

Prácticamente se cuadró.

Pendergast entró en la terminal, dando zancadas que abombaban su americana negra. D'Agosta lo siguió a la oficina de reclamación de equipajes. Dentro había un guardia corpulento que escuchaba con paciencia los gritos furibundos de un hombre con traje, relativos a una bolsa que le habían robado.

Pendergast volvió a enseñar la placa.

–Agente especial Pendergast, del FBI. Mi colega es Vincent D'Agosta, de la policía de Nueva York.

–¡Hombre, ya era hora! –exclamó el del traje, enfadadísimo–. Las joyas de mi mujer, que eran carísimas...

–Las joyas de valor nunca hay que facturarlas, nunca –dijo Pendergast con desparpajo, mientras metía el brazo por debajo del brazo del hombre y lo hacía salir por la puerta.

Volvió en un santiamén y la cerró con llave.

–Así sí que parece fácil –dijo el guardia, con una sonrisa de burla.

–¿Está el agente Cárter? –dijo Pendergast, mirando muy de pasada la identificación del guardia.

–Sí, soy yo, Randall Cárter. ¿Qué querían?

–Me han dicho que es la persona más adecuada para solucionar nuestro problema.

–Ah, ¿sí? –La cara de Cárter se iluminó–. ¿Quién se lo...?

–Tenemos que visionar unas grabaciones de seguridad de anoche, justo después de las doce. Es urgentísimo.

–Vale, ahora mismo aviso al jefe de seguridad.

Pendergast hizo un gesto de sorpresa con la cabeza.

–Pero ¿no le han dicho que ya está autorizado?

–Ah, ¿sí? No lo sabía. Pues es raro que no hayan mandado una orden judicial...

–Bueno –lo interrumpió rápidamente Pendergast–, al menos han tenido la buena idea de remitirme a usted. Me alegro de encontrar a un hombre que piensa con la cabeza, no al típico funcionario. –Acercó bruscamente su rostro al del guardia y le cogió con fuerza un hombro–. ¿Lleva chaleco antibalas?

–¿Chaleco? En principio no tenemos que... Pero ¿por qué...?

–Deberíamos ir tirando.

–Sí, señor.

No hizo falta persuadir más al guardia, que corrió al fondo del despacho y abrió con llave una puerta de seguridad.

Un pasillo beis, y otra puerta cerrada con llave. D'Agosta se encontró en una sala grande llena de monitores que reproducían imágenes en directo de toda la terminal. Había una mesa como de bar, con algunos guardias de seguridad tomando café. También había un técnico con cara de mal humor, que aporreaba un teclado en un rincón.

–Estos señores tienen que ver unos vídeos –le dijo Cárter.

–Un momento –dijo el técnico.

–No, ahora. Este señor es del FBI, y viene por algo muy importante.

El técnico se levantó con un bufido de irritación.

–Bueno, pues a ver la orden.

Tendió la mano.

–Ya está autorizado. Te lo confirmo yo.

Ojos en blanco.

–Y ¿qué quieren?

Pendergast se adelantó.

–Ayer, justo después de medianoche, llegó de Gatwick el vuelo 822 de British Airways. Quiero ver las grabaciones de seguridad de la cinta de equipajes donde pusieron las maletas. Ah, y otra cosa importantísima: tengo que visionar las imágenes del otro lado del control de aduanas, donde espera la gente.

–Siéntese, que puede tardar un poco.

–Me temo que no tengo ni ese poco.

–Bueno, bueno, cada cosa a su tiempo. Haré lo que pueda, pero no se me impaciente.

Pendergast sonrió con afabilidad. Fue una sonrisa que tensó automáticamente a D'Agosta.

–Se llama Jonathan Murphy, ¿no? –preguntó el agente con su tono melifluo.

–Veo que sabe leer una identificación. Felicidades.

–Yo, Jonathan, creo que la mejor manera de hacer las cosas es el método del palo y de la zanahoria –dijo Pendergast, sin perder ni un ápice de su amabilidad–. Si me consigue las imágenes en cinco minutos, recibirá una recompensa de diez mil dólares del Programa Público de Incentivos y Compensaciones del FBI. Supongo que le suena. Por otro lado, si no me consigue la cinta pondré un aviso en su expediente, y no volverá a trabajar en ningún aeropuerto ni en ningún otro sitio vigilado del país. ¿Qué, qué prefiere? ¿Zanahoria o palo?

Silencio. Los guardias de segundad sonreían y se daban codazos. Se notaba que el técnico no era muy popular.

–Me quedo los diez mil –contestó Murphy con una sonrisita.

–Así me gusta.

El técnico volvió a sentarse y empezó a teclear como un endemoniado, sin perder ni un segundo. D'Agosta vio correr los

números a toda velocidad por la pantalla CRT.

–Ahora ya no usamos cintas –dijo el técnico–. Lo archivamos todo digitalmente in situ. El conjunto de imágenes ocupa todo un terabyte de nuestro dispositivo RAID-1 cada...

Interrumpió de golpe el martilleo.

–Bueno. El vuelo llegó a las doce y diez por la puerta 34. A ver... De promedio se tarda un cuarto de hora en pasar el control preliminar y llegar a las cintas. Pondré las doce y veinte, por si acaso.

En la pantalla de Murphy apareció una imagen. Pendergast se inclinó para examinarla atentamente. Cuando D'Agosta se asomó por encima de su hombro, vio la zona de recogida de equipajes de vuelos internacionales, con una cinta vacía en movimiento.

–Lo pondré a cámara rápida hasta que lleguen los primeros –dijo Murphy.

La cinta empezó a girar mucho más deprisa. Los segundos corrían a gran velocidad en la base de la pantalla. En poco tiempo llegaron los primeros pasajeros en busca de sus maletas. Murphy pulsó unas cuantas teclas para volver a la reproducción normal.

–¡Es ella! –susurró imperiosamente Pendergast, señalando la pantalla.

D'Agosta reconoció la esbelta silueta de Viola Maskelene, que llegó a la cinta con un bolso de mano, sacó el billete del bolso, se quedó mirando los tíquets del equipaje y cruzó los brazos, disponiéndose a esperar.

Durante un minuto, Pendergast no hizo otra cosa que mirar la pantalla. Luego dijo:

–Cambie a la zona de espera, por favor. La misma horquilla horaria.

El técnico introdujo algunas órdenes para sustituir la imagen de la cinta transportadora por la de la zona de espera, justo al otro lado del control de aduanas. No había mucha gente, solo unos cuantos grupos que esperaban de pie impacientemente a que saliera alguien.

–¡Aquí! –dijo Pendergast.

Un hombre alto, delgado y pelirrojo, con abrigo oscuro, miraba con cierta languidez a su alrededor, fijando la vista en varios puntos hasta que sus ojos enfocaron la cámara de seguridad.

D'Agosta estuvo a punto de echarse atrás. Los estaba mirando fijamente. Tenía la cara morena y angulosa, la barba muy cuidada y un ojo de un azul lechoso, mientras que el otro era castaño claro. Reconoció enseguida al hombre de las laderas de Castel Fosco, la persona a quien había visto no hacía ni dos meses, un día aciago en Italia.

El hombre hizo un gesto cortés con la cabeza, levantó un poco la mano y esbozó un saludo a la cámara, mientras movía los labios como si dijera algo.

D'Agosta miró a Pendergast de reojo. Tenía la cara blanca. Blanca de rabia.

Pendergast se giró hacia el técnico.

–Retroceda al punto en que saluda el hombre e imprímalo.

–Vale.

Poco después, la impresora del ordenador empezó a zumbar. Pendergast arrancó la imagen en color y se la guardó en el bolsillo.

–Ahora avance deprisa hasta que aparezca la mujer y lo salude, por favor.

Las imágenes de la pantalla volvieron a discurrir a cámara rápida, hasta el momento en que apareció Viola y Diogenes fue a recibirla con las manos tendidas y una amplia sonrisa. D'Agosta contempló sin aliento lo que parecía un intercambio de formalidades. Luego Diogenes enseñó un billete, y se acercó enseguida un mozo. Se giraron y se fueron a la puerta seguidos por el mozo, que llevaba el equipaje de Viola.

Pendergast señaló la pantalla.

–¿Quién es este mozo?

Cárter, el encargado de seguridad, miró la pantalla con cara de concentración.

–Yo diría que Norm, Norman Saunders.

–¿Aún está en el aeropuerto?

Cárter sacudió la cabeza.

–No estoy seguro.

–Sale a las ocho –dijo otro de los guardias–, pero a veces se queda un poco más.

Las tres figuras desaparecieron por la puerta de cristal.

–Ponga la cámara de la calle.

–Voy.

Más ruido de teclas, y otro cambio brusco de pantalla. Diogenes dio unas zancadas hacia un Lincoln oscuro. Cogió el tirador, le abrió la puerta a Viola y la ayudó a subir. Luego esperó a que el mozo cerrase el maletero, dio la vuelta al coche y se puso al volante.

El coche se apartó del bordillo, aceleró y se perdió en la noche.

–Ahora hacia atrás –dijo Pendergast–. Imprímame una foto del coche. Cuando esté abierta la puerta, por favor, que quiero verlo por dentro. Y otra de cuando se aparta de la acera, para que podamos ver la matrícula.

La impresora tardó muy poco en escupir las dos imágenes, que Pendergast se guardó rápidamente en la americana.

–Muy bien. Ahora vamos a buscar a Saunders.

–Si está, estará en las cintas del lado este –dijo Cárter.

–Gracias.

Pendergast se giró hacia la puerta.

–Oiga –dijo el técnico–, ¿los diez mil cómo los cobro?

Pendergast se paró.

–¿Diez mil dólares? ¿Solo por hacer su trabajo? ¡Qué idea tan absurda!

Salieron de la sala, llena de risas mal disimuladas y cabezas moviéndose.

–Si Saunders no se ha ido, estará en la zona de equipajes –dijo Cárter–. Vengan, que se la enseño.

Hacía poco que habían llegado varios vuelos. Diversas hileras de pasajeros convergían en la zona de recogida. Todas las cintas funcionaban a tope, llenas de maletas, y los mozos no paraban quietos.

Cárter interpeló a uno.

–Oye, ¿Saunders hace turno extra?

El mozo negó con la cabeza.

–No, libra hasta las doce.

Cuando D'Agosta miró detrás del mozo, hacia la pasarela desde donde se dominaban las cintas de equipajes, vio a cuatro policías de la autoridad aeroportuaria que estudiaban a la multitud. Rápidamente, le dio un codazo a Pendergast.

–No me gusta lo que veo.

–A mí tampoco.

Cárter cogió la radio, que se había encendido.

–Sería cuestión de irse –murmuró D'Agosta.

Se encaminaron deprisa a la salida.

–¡Eh! –gritó una voz de lejos–. ¡Un momento!

Al mirar hacia atrás, D'Agosta vio internarse entre la gente a los cuatro policías.

–¡Esos dos! ¡Que se esperen!

Pendergast se lanzó a toda carrera por la multitud, hacia la calle. El policía de antes aún estaba junto al Rolls, hablando por su radio. Pendergast pasó como una flecha por delante de él. D'Agosta aterrizó en el asiento del copiloto con una mezcla de salto y tropiezo. Las protestas del policía las engulló el rugido del motor, y el tremendo ruido de neumáticos del Rolls al alejarse de la terminal mediante un fuerte acelerón.

Mientras entraban en la JFK Expressway, Pendergast se sacó las hojas impresas de la americana.

–Encienda el ordenador portátil que llevo en el portaequipajes y trate de localizar un turismo de marca Lincoln con matrícula de Nueva York 453 A WQ6. Contacte por radio con el peaje del kilómetro dieciocho de la Van Wyck Expressway y convenza a alguien de que repase las grabaciones de las cámaras de seguridad entre las doce y media y la una de la noche de ayer, tanto en dirección este como en dirección oeste.

–¿Y nosotros?

–Nosotros vamos hacia el este.

–¿Hacia el este? ¿No cree que se la llevó a la ciudad?

–Sí, es exactamente lo que creo que hizo, pero dado que Diogenes parece tener la facultad de adelantarse a lo que pienso, me voy hacia el este, a la otra punta de la isla.

–Vale.

–Ah, otra cosa: hará falta cambiar a peor.

Pendergast abandonó bruscamente la carretera del aeropuerto para entrar en la zona de devolución de una delegación de Hertz. Tras aparcar el Rolls en un hueco, apagó el motor.

D'Agosta levantó la vista del ordenador.

–¿Qué, alquilamos algo?

–No, robamos.

## Ù

# Cuarenta y nueve

Smithback volvió a franquear la puerta del elegante despacho del doctor Tisander con varios libros de texto bajo el brazo. Eran las ocho, lejos ya de esa hora bárbara (las cinco y media) en que se servía la cena en River Oaks. Encontró al psiquiatra sentado detrás de su escritorio, pero su expresión habitual de bondad y de condescendencia se veía enturbiada por una luz de irritación en la mirada.

–¡Edward! Tengo muchísimo trabajo, pero te dedicaré gustosamente cinco minutos en exclusiva.

Smithback se sentó sin que se lo indicaran y dejó caer la pila de libros sobre el escritorio.

–He estado pensando en una cosa que dijo cuando hablamos anteayer –explicó–. Me dijo: «Privar a una persona de su libertad es un paso muy grave, en el que hay que respetar escrupulosamente una serie de trámites».

–Sí, es posible que dijera algo así.

–Son sus palabras exactas. Y a mí me entró curiosidad por saber de qué trámites se trataba.

Tisander asintió condescendientemente.

–Parece satisfecho con nuestra biblioteca.

–Sí, mucho. La verdad es que he encontrado justo lo que buscaba.

–Me alegro –dijo Tisander, simulando interés mientras miraba de reojo su reloj de pulsera.

Smithback dio unos golpecitos en el primer libro.

–La legislación del estado de Nueva York sobre la hospitalización involuntaria de enfermos mentales es una de las más estrictas del país.

–Sí, lo sé muy bien. Es una de las razones de que aquí haya tantos vagabundos por la calle.

–Para ingresar a alguien en contra de su voluntad, no basta con que su familia firme documentos. Hay que respetar todo un procedimiento judicial.

Otro gesto juicioso de aquiescencia por parte de Tisander.

–Por ejemplo, ¿verdad que un juez tiene que declarar que el paciente sufre enajenación mental?

–Sí.

–Y ni siquiera el propio juez puede dar ese paso sin cumplir dos requisitos. ¿Se acuerda de cuáles son, doctor Tisander?

Esta vez fue sincera la sonrisa del psiquiatra, que estaba encantado de demostrar su erudición.

–Perfectamente: que la persona en cuestión represente un peligro (físico o mental) para sí misma o bien para la sociedad.

–Exacto. En el primer caso suele ser necesario que existan pulsiones suicidas, o que se haya producido un intento de suicidio propiamente dicho, confirmado por un médico. En caso de que la persona represente un peligro para la sociedad, suele ser necesario que la detenga la policía.

–Has trabajado mucho, Edward –dijo Tisander.

–Después, una vez cumplimentada la declaración de enajenación mental, se requiere una evaluación psiquiátrica que aconseje un internamiento involuntario.

–Sí, son los trámites estándares. Bueno, Edward, ya son más de las ocho y falta poco para que se apaguen las luces, conque si no...

Smithback cogió uno de los libros del montón.

–No tardo ni un minuto.

Tisander se levantó y empezó a cuadrar papeles encima de la mesa.

–Bueno, pero date prisa.

Hizo un gesto imperceptible de la cabeza. Cerca de la puerta, un auxiliar salió de la oscuridad.

Smithback se apresuró a sacar del libro una hoja de papel y a tenderla por encima del escritorio.

–He hecho una lista de los documentos que tienen que figurar por ley en mi expediente.

Tisander cogió la lista y la leyó frunciendo el entrecejo.

–Un auto judicial. Un informe de intento de suicidio firmado por un médico, o en su defecto una ficha policial. Una evaluación psiquiátrica. –Leyó todos los puntos–. Estoy seguro de que no falta ninguno. Ya es la hora, Edward.

El auxiliar se acercó.

–Una cosa más –dijo Smithback.

–Gracias, Edward.

En el tono altisonante del doctor se había deslizado una nota de exasperación.

–Solo una pregunta. La evaluación psiquiátrica que tiene que haber en el expediente... ¿Quién la gestiona?

–Nosotros, siempre nosotros. Supongo que te acuerdas de la entrevista, Edward, y de las pruebas que hiciste al ingresar en el centro.

–Sí, Tisander, es donde la cagaron. –Smithback dejó caer el pesado manual sobre la mesa, para mayor efecto–. Aquí pone que...

–¿Jonathan?

El auxiliar, una auténtica bestia, se puso justo al lado de Smithback.

–Por aquí, señor Jones.

–... Según la ley –siguió diciendo Smithback en voz muy alta–, la evaluación psiquiátrica no puede ser realizada por ningún empleado de la institución en la que ingresa el enfermo.

–Tonterías. Jonathan, acompaña al señor Jones a su habitación.

–¡Es verdad! –exclamó Smithback, mientras el auxiliar lo cogía del brazo–. En los años cincuenta, la familia de un chico lo ingresó en connivencia con el manicomio, y le robó la herencia. A consecuencia de ello se aprobó una ley según la cual la evaluación tenía que hacerla un psiquiatra independiente. ¡Compruébelo! ¡Página 377, Romanski contra la clínica Reynauldl

–Por aquí, señor Jones –dijo el auxiliar, impulsándolo con fuerza por la alfombra persa.

Smithback clavó los pies en el suelo.

–Cuando salga, Tisander, pienso denunciar a River Oaks, y a usted personalmente. Como no pueda enseñar una evaluación independiente, perderá la demanda. ¡Y le saldrá muy caro!

–Buenas noches, Edward.

–¡Será el principal objetivo de mi vida! Lo perseguiré como las Furias a Orestes. Se lo quitaré todo: su trabajo, su reputación y este pedazo de edificio. Ya sabe que soy más rico que Creso. ¡Consulte mi expediente! ¡Tengo la seguridad absoluta de que se saltó ese trámite! ¡No hubo evaluación independiente! ¡Ya lo sabe!

Smithback se sintió arrastrado hacia la puerta.

–Jonathan, por favor, cierra la puerta al salir –dijo el doctor Tisander.

–¡Oiga, Tisander! –Ahora Smithback casi gritaba–. ¿Se puede permitir esa equivocación? ¡Se quedará sin un duro, hijo de la gran...!

Jonathan cerró la puerta del despacho.

–Vamos, Jones, déjalo ya –dijo, empujando suavemente a Smithback por el pasillo.

–¡No me pongas las manos encima! –exclamó Smithback, resistiéndose.

–¡Eh, que yo solo hago mi trabajo! –dijo con calma el auxiliar.

Smithback se relajó.

–Ya, ya, perdona. Supongo que trabajar aquí debe de ser igual de divertido que ser «huésped».

El auxiliar lo soltó. Smithback se limpió la americana.

–Bueno, vamos, Jonathan –dijo, logrando sonreír un poco–, acompáñame a mi jaula, que mañana ya se me ocurrirá otro plan.

Justo a la vuelta de la primera esquina, oyeron la voz de Tisander.

–¿Jonathan? Tráeme otra vez al señor Jones.

Jonathan se detuvo.

–Parece que has conseguido otra audiencia.

–Pues sí.

Mientras volvían al despacho de Tisander, Smithback oyó que el auxiliar le decía en voz baja desde atrás:

–Buena suerte.

Entró en el despacho. Tisander estaba muy erguido al lado de la mesa. Smithback vio su expediente abierto sobre el escritorio, con un libro al lado: el manual al que se había referido, abierto por la página 337.

–Siéntate –dijo Tisander secamente. Le hizo una señal al auxiliar–. Tú puedes esperar fuera.

Smithback tomó asiento.

–Te crees muy listo –dijo Tisander.

Ya no quedaba ni rastro del falso buen humor, ni de la pose de condescendencia. Ahora la expresión del psiquiatra era dura y gris.

–Tenía razón –murmuró Smithback, hablando solo más que con Tisander.

–Un simple tecnicismo. No hay un solo hospital en todo el estado que haga evaluaciones independientes. Ni siquiera creo que estén al tanto de esta tontería de ley. Sin embargo, dadas las circunstancias, no puedo permitirme que sigas aquí dentro.

–¡Y tanto que no se lo puede permitir! Con la demanda que le meteré, le caerá un puro que...

Tisander cerró los ojos y levantó una mano.

–Por favor, Edward. Nuestra intención era ayudarte, pero no pienso dejar que un nene malcriado me fastidie lo que me ha costado muchos años construir. Francamente, no lo vales.

–¿O sea, que me sueltan?

–Sí, en cuanto tenga listos los papeles de baja. Por desgracia, falta muy poco para el toque de queda. No podrás irte hasta mañana a las seis de la mañana.

–¿Mañana? –repitió Smithback, sin atreverse a dar crédito a sus oídos.

–Te aseguro que me encantaría librarme de ti hoy mismo. ¿Jonathan?

Entró otra vez el auxiliar.

–El señor Jones saldrá mañana. Hasta entonces, ocúpate de que reciba el mejor trato posible.

Salieron del despacho. En cuanto se cerró la puerta, Smithback sonrió.

–Me las piro, Jonathan.

Jonathan hizo chocar su mano con la suya, sonriendo de oreja a oreja.

–¿Cómo te lo has montado, tío?

Smithback se encogió de hombros.

–Uno que sabe.

## Ù

# Cincuenta

Nora Kelly se quedó en la esquina de la calle Setenta y siete con Museum Drive, mirando al norte. La gran entrada neorrománica del museo estaba iluminada con focos. En la fachada había un cartel de cinco plantas de altura, anunciando la inauguración. Abajo, en la calle, el típico caos neoyorquino de limusinas y Mercedes negros descargando clientes y famosos con abrigos de piel y corbatas negras, entre sucesivas oleadas de flashes. Los escalones de granito estaban cubiertos por la inevitable alfombra roja, entre dos cuerdas para contener a la prensa y la gente no invitada, como en un estreno cinematográfico.

Le dio asco el montaje.

Solo hacía dos días que habían asesinado brutalmente a Margo Green. De hecho la habían enterrado esa mañana, pero parecía que el museo ya no se acordara de ella. Se preguntó qué pasaría si daba media vuelta y volvía a su casa, pero ya sabía la respuesta: que podría despedirse de su carrera. Supuestamente era una de las

estrellas del show. Se lo había dejado bien claro George Ashton. El espectáculo era lo primero.

Respiró profundamente, se abrigó bien los hombros con el chaquetón de lana y siguió caminando. Cuando estuvo más cerca, vio que había una zona muy movida. Un grupo de hombres bajos y fornidos con pantalones de gamuza y mantas de colores había formado un círculo y se dedicaba a cantar al son de los tambores, mientras algunos agitaban manojos encendidos de hierbas medicinales. Tras un momento de incomprensión, se dio cuenta de qué pasaba: ya habían llegado los tano para protestar. Vio a Manetti, el jefe de segundad, hablando con ellos y gesticulando, entre dos policías y algunos guardias del museo. Al parecer los invitados habían empezado a fijarse en el follón, y algunos se acercaban por curiosidad.

–¡Permiso!

Nora se abrió camino entre un grupo de cotillas, se agachó para cruzar la cuerda de terciopelo, puso su identificación en las narices de un guardia que ya tenía la queja en la punta de la lengua y se acercó al grupo de indios. Justo entonces llegó una chica guapa y de lo más garboso, que a juzgar por su séquito de paparazzi debía de ser una estrella o una starlet.

–Esto es propiedad privada –estaba diciendo Manetti a quien supuso Nora que era el líder de los tano–. A nosotros nos parece perfecto que se manifiesten, pero tienen que hacerlo en la acera.

–No –respondió tranquilamente el tano–, si no nos manifestamos. Estamos rezando.

–Bueno, da igual; esto es propiedad privada.

Entonces intervino la famosa, y Nora se sobresaltó al reconocer a la estrella de cine Wanda Meursault, una mujer alta, exótica y de vaga procedencia extranjera que según los rumores aspiraba al Oscar a mejor actriz.

–¡Un momento! ¿Por qué no tienen derecho a rezar? –dijo indignada, bajo una docena de flashes simultáneos.

Un ramo de micros de jirafa osciló para captar íntegramente las palabras imperecederas que pudieran salir de sus labios, mientras se encendían los pilotos de las cámaras.

Nora vio enseguida que se mascaba un desastre de relaciones públicas.

–Yo no digo que no puedan rezar –dijo Manetti, en un fuerte tono de exasperación–. Lo único que digo es que esto es propiedad privada.

–Estos nativos americanos están rezando. –Meursault se giró y preguntó, como si acabara de ocurrírsele–: ¿Para qué rezáis?

–Rezamos por nuestras máscaras sagradas, que están encerradas en una vitrina del museo –dijo el líder.

–¿Qué? ¿Que tienen guardadas vuestras máscaras sagradas?

El rostro de la actriz se iluminó de falso escándalo.

Todas las cámaras lo enfocaron.

Había que hacer algo. Deprisa. Nora se lanzó, apartando a un policía y a Manetti.

–¡Eh, un momento...! –empezó a decir el jefe de seguridad.

–Nora Kelly, vicecomisaria de la exposición –le explicó al policía, poniendo su identificación a la vista de cualquier autoridad que hubiera cerca.

Se giró hacia el jefe de seguridad.

–Ya me encargo yo, señor Manetti.

–Doctora Kelly, estas personas están entrando sin permiso en propiedad privada del museo...

–Ya, ya lo sé. Ahora lo soluciono.

Martini se quedó callado. Nora se admiró de lo fácil que era dar la vuelta a cualquier situación con un tono enérgico y una actitud de autoridad (autoridad de la que ella, por otro lado, carecía).

Se giró hacia el líder tano y se llevó una sorpresa al ver lo viejo que era (no menos de setenta años). Su cara llamaba la atención, por digna y por serena. No era el activista joven e indignado que se había imaginado. Los otros también eran de edad avanzada, más bien fuertotes, envueltos en mantas de lana Pendleton. El autobús VW en el que habían llegado, una tartana de mucho cuidado, estaba aparcado ilegalmente en Museum Drive. Seguro que no tardaría mucho en llevárselo la grúa.

–*Y'aah shas slil dz'in nitsa* –le dijo al líder, que se quedó mirándola con cara de perplejidad.

–*Y'aah shas* –se apresuró a decir, como si saliera de un trance–. ¿Cómo...?

–Viví una temporada en Tano Pueblo –dijo Nora–. ¡Es lo único que sé de su idioma, o sea, que no intente responderme! –Sonrió y tendió la mano–.Nora Kelly, una de las comisarías de la exposición. Creo que hablé con uno de sus colegas.

–Habló conmigo.

–Entonces es el señor Wametowa.

El anciano asintió con la cabeza.

–¿Cómo puedo ayudarlos? –preguntó Nora.

–¡Quieren rezar! –berreó Meursault desde la banda.

Nora siguió prestando toda su atención a Wametowa, sin hacer caso a la actriz.

–Estamos rezando a las máscaras –dijo él–. Es lo único que pedimos: hablar con nuestras máscaras.

–¿Hablar con las máscaras?

–Sí, para que estén tranquilas sabiendo que estamos aquí, que nos importan y que no las hemos olvidado.

Nora vio que Manetti ponía los ojos en blanco.

–¡Qué bonito! –dijo Meursault, ofreciendo su mejor perfil a las cámaras.

Se disparó otra docena de flashes.

–Nosotros creemos que las máscaras están vivas y tienen un espíritu. Han pasado mucho tiempo solas, lejos de nosotros. Hemos venido a bendecirlas y reconfortarlas.

De repente Nora comprendió la solución.

Fingió reflexionar. Su breve semana en Tano Pueblo (cuando era una estudiante de posgrado) le había enseñado que los tano consideraban insuficiente cualquier decisión que se tomara aprisa.

–No parece el mejor sitio para hacerlo –dijo al cabo de un rato.

–Es lo que estaba diciéndoles... –intervino Manetti.

Nora no le hizo caso.

–No sé si no podría haber algún otro...

–Sí –dijo Manetti–, aquí abajo, en la acera.

Nora lo miró fugazmente.

–Nos gustaría estar más cerca de nuestras máscaras, no más lejos –dijo Wametowa.

–Pues ¿por qué no entran? –preguntó Nora.

–No nos dejan.

–Entren como invitados míos. Ahora mismo los llevo hasta las máscaras para que puedan hablar con ellas en privado, antes de que se abra la sala.

–¿Está loca, doctora Kelly? –protestó Manetti.

El jefe de los tano la observó un minuto, hasta que su anciano rostro se iluminó con una sonrisa radiante. Hizo una reverencia llena de decoro.

–*Eesha íat dzil*. Es usted un ser humano, señorita Nora.

–¡Bravo! –exclamó Meursault.

–No pienso permitirlo –dijo el jefe de seguridad.

–Asumo toda la responsabilidad, señor Manetti.

–No puede hacer entrar a toda esta gente antes de que esté cortada la cinta. ¡Es imposible!

–No hay nada imposible. Al contrario: es como tiene que ser. –Nora se giró hacia los indios–. ¿Tendrían la amabilidad de acompañarme?

–Con mucho gusto –dijeron los tano.

Para sorpresa del anciano jefe, Meursault se le colgó del brazo. Todos siguieron a Nora, encabezando a una multitud de periodistas y curiosos.

–¡Paso a los jefes tano! –exclamó Meursault–. ¡Paso!

La luz irisaba su vestido de lentejuelas. Estaba radiante por haber sido tan hábil en convertirse en el centro de atención.

La multitud se abrió como por arte de magia, mientras el grupo subía por la alfombra roja de la escalinata. Al cruzar la Gran Rotonda, y entrar en la Sala de los Cielos, los tano volvieron a cantar en voz baja y a tocar el tambor. Nora se encontró a una fila de invitados de gala que habían quedado embelesados por el espectáculo de la marcha de los indios hacia la sala. Debían de creer que formaba parte del programa. Percibiendo una oportunidad (como Meursault), el alcalde fue a su encuentro.

Manetti se colocó detrás de él con la cara roja pero la boca cerrada. Se notaba que había comprendido que sería contraproducente seguir discutiendo en presencia de toda la ciudad.

El siguiente en apartarse de la fila de bienvenida fue Collopy, que llegó corriendo.

–¡Nora! ¿Se puede saber qué pasa?

Nora se inclinó hacia él para susurrarle deprisa:

–Los tano quieren estar a solas un momento con las máscaras, antes de que cortemos la cinta.

–¿Para qué?

–Para rezar por ellas, y para bendecirlas. Nada más.

Collopy frunció el entrecejo.

–No es el momento, Nora. ¡Podrán esperar un poco, digo yo!

Nora lo miró a los ojos sin pestañear.

–Por favor, doctor Collopy, confíe en mí. Conozco bien a los indios del sudoeste. He vivido y trabajado muchos años entre ellos, y no han venido a armar barullo, ni a poner en evidencia a nadie; solo quieren un ratito a solas con sus máscaras. Se irán en cuanto haya terminado la ceremonia, y habremos distendido los ánimos. Es la mejor solución. Sé que por poco que lo piense estará de acuerdo. –Bajó aún más la voz–. Por otro lado, es una oportunidad perfecta para dar buena imagen.

Collopy miró a Nora, toda asombro su cara de patricio. Después miró a Manetti, y por último se giró hacia los tano, que esperaban. Carraspeó y se atusó el pelo, con la frente arrugada de concentración.

De pronto una sonrisa acogedora iluminó su cara. Tendió la mano al líder tano.

–¡Bienvenido, señor...!

–Wametowa.

–¡Claro, claro! ¡Bienvenido! El museo está encantado de recibirlos a usted y al resto de su grupo como representantes del pueblo tano. Sé que han hecho un largo camino para ver las máscaras de la Gran Kiva.

–Tres mil kilómetros.

Un murmullo se alzó de la multitud. Todas las cámaras estaban encendidas.

–Nos alegramos mucho de que hayan podido venir. Es un honor muy especial para el museo, y para mí personalmente.

La prensa se estaba tragando el anzuelo. Nora sintió un alivio enorme. Todo saldría bien.

–Nuestro jefe de seguridad, el señor Manetti, los acompañará a la sala para... visitar en privado las máscaras. Señor Manetti, ocúpese de las zonas de seguridad un poco antes de lo previsto. Ah, y déjelos a solas mientras rezan.

–Sí, señor.

–¿Tendrán bastante con media hora? –preguntó Collopy al líder.

–Sí, gracias –contestó el jefe tano.

–¡Magnífico! Y considérense invitados a la fiesta, señor Wem... mmm... Wem...

–Wametowa.

–¡Magnífico! ¿Podemos hacer algo más por ustedes?

–De momento es suficiente. –Los tano asentían mirándose entre sí–. Para serle sincero, no esperábamos que nos tratasen con tanto respeto.

–Pero ¡qué dice, hombre! ¡Si estamos encantados de tenerlos con nosotros! –Collopy, que había recuperado toda su compostura, se giró hacia las cámaras–. El museo da las gracias al pueblo tano por el privilegio de que se nos permita compartir estas espléndidas máscaras con el resto del mundo.

La primera en aplaudir fue Meursault. En pocos segundos, toda la sala fue una gran ovación. Las cámaras no se perdían ni un detalle.

Nora vio que Manetti se llevaba al grupo de indios por el pasillo, hablando al mismo tiempo por la radio. Se giró, buscó la silla que tenía más cerca y se desplomó en ella. Le parecía mentira haberle hablado así al director del museo. Tenía las rodillas como de goma.

Cansada, como lejos de todo, pensó que era un perfecto epitafio para Margo, que tanta importancia había dado al tema de

las máscaras, y a la soberanía de los tano sobre ellas. La habría hecho muy feliz ver que se franqueaba un paso deferente y respetuoso a los indios en la exposición.

De repente se encontró delante una copa de champán. Miró hacia arriba con cara de sorpresa y vio a sus espaldas a Hugo Menzies, hecho un pincel con su esmoquin, su fular y su largo pelo blanco peinado hacia atrás.

Menzies, sonriente, cogió la mano de Nora, la cerró en torno de la copa fría, le dio una palmadita en la espalda y se sentó.

–¿Te habían dicho que eres un genio? –Se rió entre dientes–. Nunca había tenido el privilegio de asistir a un golpe de efecto publicitario de estas proporciones.

Nora sacudió la cabeza.

–Más que un golpe, podría haber sido un desastre.

–Sin tu presencia, seguro que lo habría sido. Aparte de torearte a los tano, has dado una imagen totalmente benévola del museo. Fenomenal. Absolutamente fenomenal.

Le brillaban los ojos, y casi se reía de satisfacción. Nora nunca lo había visto tan animado.

Bebió un trago de champán. Había tenido una semana horrenda: Bill en peligro y escondido, el asesinato de Margo, el estrés de la inauguración, las advertencias de Pendergast... Pero en ese momento estaba demasiado cansada, demasiado exhausta para tener miedo. Lo único que quería era irse a casa, encerrarse a cal y canto y meterse en la cama. Por desgracia tendría que tragarse varías horas de discursos, saludos a diestra y siniestra y alegría forzada.

Menzies le puso amablemente una mano en el hombro.

–Cuando haya pasado todo esto, me gustaría que te tomaras una semana de vacaciones. Te la mereces.

–Gracias. La verdad es que empezaría ahora mismo.

–Tres horas más.

–Tres horas más –dijo ella, antes de tomarse otro buen trago de champán.

Un conjunto de cuerda atacó el *Cuarteto Emperador* de Haydn, mientras los invitados empezaban a acercarse a las mesas.

Estaban llenas de *blini au caviar*, jamón italiano, quesos franceses e italianos selectos, crujientes montañas de baguettes, crudités, ostras frescas sobre hielo picado, colas de langosta frías, esturión ahumado... De todo y más. Otras mesas daban la impresión de peligrar bajo el peso del vino y el champán. Parecía que hubiera un camarero por cada dos invitados, corriendo de un lado a otro con bandejas de plata cargadas de copas y comida.

–Nora –dijo Menzies–, tendrás que circular.

Ella gimió.

–¡Pobre de mí!

–Vamos, que nos enfrentaremos juntos a estas hordas voraces.

Cogidos del brazo, Nora y Menzies se internaron sin prisa entre la gente. Para Nora fue el principio de una auténtica lluvia de felicitaciones y preguntas de periodistas. Por lo visto el numerito de los tano le había salido redondo, hasta el punto de que todos daban por supuesto que estaba planeado desde hacía mucho tiempo.

Bastante más tarde, cuando fue a su mesa, se encontró sentados a varios miembros del departamento, incluido Ashton, principal comisario de la exposición. Mientras la gente empezaba a comer en serio, Collopy subió al estrado en compañía de su joven esposa y pronunció un discurso breve e ingenioso.

Llegó el momento de cortar la cinta. Nora, Menzies y Ashton subieron al estrado con algunos comisarios, mientras Collopy, armado con las tijeras gigantes propias de esos menesteres, se acercaba a la cinta y se liaba al intentar cortarla. Al final lo consiguió y fue aplaudido. Al mismo tiempo bascularon las dos enormes hojas de la puerta de la exposición «Imágenes sagradas». Menzies, Nora y el resto del departamento de antropología fueron los primeros en entrar, entre sonrisas y gestos de aquiescencia, seguidos con gran entusiasmo por los invitados.

Tardaron cerca de media hora en llegar al fondo de la sala, empujados por una auténtica marea humana. Nora tuvo un escalofrío al pasar junto a la sala donde habían matado a Margo, pero lógicamente ya no quedaba ningún rastro del asesinato, y tuvo la impresión de ser la única que se acordaba de él. A medida

que se alejaba del lugar del crimen, sintió que el horror de jaba paso a un discreto sentimiento de orgullo. No acababa de creerse que al final lo hubieran conseguido.

Menzies se quedó cerca de Nora, murmurando algunos comentarios elogiosos sobre las vitrinas de las que se había ocupado ella directa o indirectamente. Los tano ya se habían ido. De su paso quedaban trocitos de turquesa, polen y maíz molido sobre la vitrina de las máscaras. Todos los invitados tuvieron la delicadeza de dejarlos donde estaban. Cuando llegaron a la última sala, Menzies se giró hacia Nora y le hizo una reverencia.

–Bueno, ahora sí que creo que hemos cumplido nuestro deber. –Sonrió, radiante–. Ya puedes batirte en retirada sin que se note. Yo por desgracia tengo unas cosas pendientes en mi despacho. Ya hablaremos la semana que viene sobre las vacaciones que te debo.

Hizo otra reverencia. Nora, aliviada, se giró para ir a la salida más cercana, y a su casa.

## Ù

# Cincuenta y uno

Debía de ser la quincuagésima vez en dos días que Larry Enderby tomaba la decisión de cambiar de trabajo y largarse del museo de una vez por todas. Por si fuera poco trabajar en un sótano sin ventanas del Museo de Historia Natural (el sitio más siniestro de toda Nueva York), no podía borrar de su cabeza el atroz espectáculo que había descubierto hacía dos días. ¡Y encima no le daban ni un día libre! ¡Ni una mísera terapia, o las gracias! Como si no contara. Como si no contara ni la víctima, porque en vista de cómo habían seguido con la exposición parecía que no hubiera pasado nada.

Margo Green. Larry no la conocía bien, pero en sus pocos encuentros había estado amabilísima. Era más de lo que se podía decir de la mayoría de los comisarios, y de toda la administración. Por debajo de una determinada categoría, el museo trataba a todo el mundo igual: como peones.

De todos modos, aunque se resistiera a admitirlo, el principal motivo de su enfado era que el museo hubiera elegido justo ese momento –la mayor fiesta en cinco años– para actualizar el sistema de seguridad de otra sala. Total, que en vez de estar dos pisos más arriba, con los vips, hartándose de caviar y champán, volvían a dar el callo con subrutinas de software en el sótano. ¡Y encima estaban invitados, como todos los trabajadores del museo! Eso ya era pitorreo.

Empujó la silla y se apartó del ordenador con un suspiro exagerado.

–¿Qué, cómo lo llevas? –preguntó Walt Smith, el director de proyecto del programa de actualización de segundad, que estaba cerca, detrás de otra pantalla.

En los últimos dos días (los que habían pasado desde el asesinato), Smitty había estado más cariñoso de lo normal. Todos trataban a Enderby con guante de seda, como si se le hubiera muerto algún pariente.

–¿No te apetece un descansito, para ver qué tal la fiesta? –preguntó Larry a Smitty–. Yo unos langostinitos me los comería, la verdad.

Smitty negó con la cabeza. Tenía un BlackBerry en una mano, y un teléfono móvil en la otra.

–Lo siento, Larry, pero me parece que no va a poder ser.

–¡Vamos, Smitty–dijo Jim Choi, el informático, en la otra punta de la unidad de diagnóstico–, danos media horita! Te sorprendería la cantidad de langostinos que soy capaz de tragarme en media hora. Falta poco para que se acabe la fiesta. Pronto ya no quedará comida.

–Ya sabes que no podemos cambiar el horario. La Sala Astor es como cualquier otra de la lista. ¿Qué hacemos, mover cinco minutos las manecillas del reloj atómico, a ver si no se da cuenta nadie?

Smitty se rió de su propio chiste, y eso que era pésimo.

Choi puso los ojos en blanco. Smitty no era famoso por su ingenio.

Enderby vio subir y bajar la perilla de Smith a causa de la risa. Parecían cuatro pelos mal pegados. Ojalá se le cayeran el día menos pensado. A pesar de su estado de irritación general, tuvo que reconocer que Smitty no era un mal compañero de trabajo. Había ido subiendo poco a poco en el escalafón, y aunque solo tuviera treinta y cinco años ya era pura vieja escuela del museo: un tiquismiquis de cuidado, sin mucho sentido del humor, pero que si eras concienzudo y hacías bien tu trabajo te protegía. No era su culpa que los peces gordos del museo quisieran que el nuevo sistema operativo estuviera instalado y operativo para ayer.

Smitty se levantó y caminó entre los terminales y los servidores hasta llegar a la pared del fondo, donde había seis docenas de pequeños monitores CCTV. La mayoría recogía imágenes en blanco y negro de pasillos y vitrinas del museo, sin ningún rastro de actividad humana, pero en la esquina inferior derecha había media docena que no dejaban de moverse (eran los de la Sala de los Cielos, donde se estaba celebrando la fiesta de inauguración). Desde su terminal, Enderby observó con pesar el baile de agitadas figurillas que cruzaban la pantalla. En el piso de arriba, los comisarios del museo –esos tíos encorvados y con cara de memo– alternaban con famosas y famosillas, mientras él curraba en esa cueva como un troglodita. Claro que podría haber sido peor; podría haber estado trabajando en el «pozo», la oficina central de seguridad del museo, dos veces mayor que el Centro de Tecnología Avanzada donde estaba, pero tremendamente calurosa y aún más llena de pantallas y teclados. Peor, pero tampoco mucho.

Smitty miró su BlackBerry con gran concentración.

–¿Qué, listos para inicializar el último test?

Nadie contestó.

–Me lo tomo como un sí. –Se giró hacia su consola y pulsó unas cuantas teclas–. Sala Astor –dijo–, último test de la actualización de seguridad, 28 de enero, 8.28 pm.

«Jo, este tío siempre igual. Ni que esto fuera la NASA», pensó Enderby, y miró de soslayo a Jim Choi, que había vuelto a poner los ojos en blanco.

–¿Qué tal el código heredado, Larry? –preguntó Smitty.

–Parece que bien.

–Jim, actualízame los datos de la trama láser de la Sala Astor.

Ruido de teclas.

–Listo –dijo Choi.

–Pues venga, vamos a hacer el diagnóstico de bajo nivel.

Smitty y Choi hicieron el test en silencio, cada uno por su lado. Enderby, que era el encargado de controlar el funcionamiento del sistema preexistente de seguridad durante la puesta en marcha del nuevo sistema láser, miró fijamente el monitor Debían de llevar cuarenta salas convertidas al nuevo sistema. A cada nueva conversión, había que dar como cien pasos: análisis on-site, arquitectura del sistema, codificación, instalación... Pensar que podría haber estado ganando el triple en alguna nueva empresa de tecnología de Palo Alto, rodeado de lujo, y encima con stock options... Y la ventaja adicional de no encontrarse cadáveres en plena noche.

Smitty levantó la vista del teclado.

–¿Qué checksum te sale, Jim?

–780E4F3 hex.

–Coincidimos. Bueno, pues a lo siguiente.

Smitty cogió un teléfono y marcó un número.

Enderby lo miró sin interés. Ya sabía que estaba llamando a los del «pozo» para avisarles de que estaban a punto de hacer el cambio de sistema, más que nada por si algún novato alucinaba al ver que se quedaba negra la pantalla. El procedimiento siempre era el mismo: desconectar el sistema antiguo, noventa segundos de inicializar el nuevo y establecer la conexión, y un test final de veinte minutos para cerciorarse de que el nuevo sistema estuviera bien instalado y se hubiera activado correctamente. Veinte minutos en que no tenían nada que hacer aparte de rascarse la barriga. Luego el nuevo sistema quedaba operativo al cien por cien, y el antiguo pasaba al modo backup. Enderby bostezó exageradamente. Su estómago contestó con un rugido de protesta.

–¿Seguridad central? –dijo Smitty por el auricular–. ¿Quién eres, Carlos? Oye, que soy Walt Smith, del centro de tecnología

avanzada. Estamos activando los láseres de la Sala Astor. Lo inicializaremos dentro de unos cinco minutos. Vale. Ya volveré a llamar después de la conexión.

Colgó y volvió a mirar a Enderby.

–Oye, Larry... –dijo suavemente.

– ¿Qué?

–¿Cuánto tiempo ha dicho Choi que necesitaba para tragarse un camión de langostinos?

–Ya te lo he dicho –intervino el aludido–: media hora.

Smitty se inclinó para apoyar el brazo en la consola.

–Pues mira, si sale bien la inicialización y empiezan los veinte minutos de fase de prueba, os doy un cuarto de hora, incluyendo el tiempo de subir y bajar.

Enderby se incorporó.

–¿Va en serio?

Smitty asintió con la cabeza.

Choi sonrió de oreja a oreja.

–Pídeme lo que quieras.

–Vale, pues a ver cuánto tardamos con la lista de control.

Smitty volvió a concentrarse en su terminal.

## Ù

# Cincuenta y dos

Hugo Menzies introdujo su llave en el ascensor para empleados y subió de la primera hasta la cuarta planta. Después salió al pasillo, largo y encerado, y empezó a recorrerlo pensativo. Los despachos de los comisarios estaban a ambos lados: puertas viejas de roble con paneles de cristal esmerilado, cada una con el nombre de un comisario en pan de oro, a la vieja usanza, hasta las de los que habían entrado hacía poco. Menzies sonrió. Ya sentía nostalgia por aquella vieja mole, y sus pintorescas tradiciones.

Se quedó unos segundos delante de su puerta antes de abrirla y recoger la bolsa de tela que lo acompañaba prácticamente a todas partes. Después cerró con llave y fue hasta la otra punta del pasillo, a una puerta donde no había nada escrito. La abrió con

llave, bajó dos tramos de escalera y salió a una sala oscura, donde no había nadie: era la de los indios de la costa noroeste. Se trataba de una de las salas más antiguas del museo, una auténtica joya de la museología decimonónica, que olía a cedro viejo y humo. En la oscuridad de los rincones brillaban máscaras de transformación, tótems y cuencos de pizarra. Se detuvo a embriagarse del olor. Después cruzó deprisa esa y otras salas, todas vacías, hasta llegar a una gran puerta de metal donde ponía «Sala Astor de Diamantes».

Admiró la puerta con el detenimiento que se merecía su magnífica superficie de acero mate, prestando especial atención a las dos cámaras que lo miraban como ojos negros y redondos, una a cada lado. Sabía que en ese momento no funcionaban. Se sacó un reloj redondo y grande del bolsillo del chaleco y lo miró sonriendo. Aunque se pareciera por su forma a un reloj de bolsillo, en realidad era un cronómetro digital moderno, en cuya, esfera los números corrían a gran velocidad, con una precisión de milésimas de segundo.

El cronómetro leía señales del mismo satélite que el sistema de seguridad del museo.

Menzies esperó a que pitara suavemente, indicando un momento muy preciso. En cuanto oyó el pitido, se guardó el cronómetro, se acercó deprisa a la puerta, pegó la oreja y deslizó con rapidez una tarjeta magnética por la ranura. La puerta no se abrió, pero sí una ventanilla a la altura de los ojos, que destapó un escáner óptico retinal.

Menzies inclinó la cabeza, se quitó dos lentes de contacto de los ojos, las metió en un recipiente de plástico y se acercó al lector. Una barra de luz pasó rápidamente por su cara. Tras un momento de silencio, un suave clic anunció la apertura. En cuanto Menzies estuvo al otro lado, dentro de la sala, la puerta se cerró automáticamente.

Con una rapidez de movimientos pasmosa para alguien de edad tan avanzada, se arrodilló, abrió su bolsa y puso manos a la obra. Lo primero que hizo fue levantar un brazo, arrancarse su melena blanca y guardar la peluca en la bolsa. Después se metió

una mano en la boca y sacó cinco almohadillas moldeadas de goma, para los pómulos y la barbilla, extracción que se tradujo en un cambio asombroso en la forma y edad aparente de su cara. Algunos estirones más, igual de rápidos, dieron cuenta de las cejas pobladas y de algunas manchas de edad, así como de un lunar.

Todavía de rodillas, sacó de la bolsa más de una docena de espejitos de dentista con soportes muy raros. Sus formas y tamaños eran muy variados, pero todos estaban hechos de latón perfectamente trabajado a mano. Lo siguiente en aparecer fue una serie de objetos negros unidos por cables, un paquete de filtros Mylar muy finos, varias pequeñas herramientas de corte, utensilios metálicos de aspecto exótico y una cajita de almohadillas adhesivas, cada una de las cuales tenía las dimensiones de una lente de contacto.

Una vez que lo hubo distribuido todo por el suelo con precisión militar, se quedó inmóvil, de rodillas, con el cronómetro en la mano. Levantó una sola vez la cabeza para mirar la sala. Estaba completamente a oscuras, sin ningún reflejo que delatara su extraordinario contenido. La oscuridad formaba parte de la seguridad, ya que tras el cierre del museo la única radiación electromagnética de la sala eran frecuencias de infrarrojos normales y de largo alcance que no podían captarse a simple vista. Él, sin embargo, no necesitaba ver nada. Lo había ensayado todo cientos de veces en una reproducción exacta de la sala, construida á ese efecto con sus propias manos.

El cronómetro volvió a pitar suavemente. Fue la señal para que el hombre saliera bruscamente de su inmovilidad y, con rapidez de hurón, se desplazara de un lado a otro de la sala para colocar los espejitos de dentista en lugares preestablecidos con absoluta precisión, la misma precisión con que los orientó.

Dos minutos después volvía a estar junto a la puerta, con el cronómetro en la mano, respirando a un ritmo pausado y regular.

Otro suave pitido le indicó que habían vuelto a encenderse los rayos láser, pero ahora ya no se cruzaban dentro de la sala, sino que se desviaban por las paredes. La serie giratoria de tramas láser era una de las características del nuevo sistema de seguridad. Los

técnicos del sótano debían de estar felicitándose por su éxito en la enésima prueba.

Esperó otra vez, mirando su cronómetro. Al siguiente pitido se volvió a levantar. Esta vez llevaba los filtros Mylar, con las que tapó los objetivos de las videocámaras situadas en diversos puntos estratégicos. Si bien a simple vista parecían transparentes, los filtros Mylar llevaban grabado un holograma muy sensible a los rayos infrarrojos, que reproducía con exactitud la imagen captada por las cámaras (con la única excepción del hombre). Cuando volvieran a encenderse, las cámaras recogerían una imagen tan anodina como la de antes. Con la diferencia de que esta vez no sería real.

Se refugió otra vez en el rincón, con una agilidad de gato, y volvió a esperar a que el cronómetro le avisara mediante un suave pitido.

En esta ocasión se arrimó a las paredes de la sala y fue instalando en los rincones cajas negras y lisas conectadas con cables a un pequeño generador. Se trataba de radares de mano muy potentes, como los que usaba la policía del estado, pero modificados para bloquear el nuevo sistema de infrarrojos y radar Doppler del museo, que tenía fama de ser tan sensible que detectaba el movimiento de una cucaracha por la moqueta.

Cuando estuvieron instalados y en funcionamiento los bloqueadores de radar, se levantó, se limpió las rodillas y profirió una risa ronca. Después, con movimientos casi lánguidos, sacó una linterna de la bolsa, la encendió y barrió la sala con un haz de un color verde mortecino, una frecuencia de luz verde que no podía ser detectada por ninguno de los sensores electromagnéticos de la sala, pese a toda su sofisticación, y que por eso mismo había sido elegida.

Se acercó tranquilamente al centro de la sala, a un pilar cuadrado de más de un metro de altura con una caja de plexiglás muy grueso. Se agachó a mirarla. Dentro, sobre un cojín de raso, descansaba un oscuro diamante en forma de corazón, de unas dimensiones casi increíbles: el Corazón de Lucifer, la gema más

preciada del museo, calificada como el diamante más valioso del mundo. El más bonito, en todo caso, podía afirmarse que lo era.

Buena manera de empezar.

Practicó un agujero en el plexiglás con un pequeño utensilio cortante. Acto seguido, mediante una colección de herramientas muy finas fabricadas expresamente para la ocasión, y una parte de los adhesivos, retiró el diamante, evitando levantar la clavija de alarma de la base. Con otro movimiento lleno de destreza depositó una canica de cristal muy grande en la misma vitrina, con el objetivo de que la clavija se mantuviera hundida.

Se puso el diamante en la palma de la mano y lo iluminó un momento con la linterna. La luz verde le prestaba un aspecto negro y mortecino, sin color, como si fuera un trozo de carbón, pero eso no le produjo la menor inquietud. Sabía que todos los diamantes rojos parecían negros con luz verde, y el color de aquel diamante era precisamente ese, el rojo (o mejor dicho un canela intenso, pero sin rastro de marrón). Un color que lo hacía único en el mundo. Los diamantes azules se formaban por presencia de boro o hidrógeno en la matriz de cristal; los verdes, por radiación natural; los amarillos y marrones, por nitrógeno, y los rosados por la presencia de plaquetas microscópicas. Pero el color del Corazón de Lucifer... Su causa era desconocida.

Lo levantó y miró la luz de la linterna a través de él. Veía sus ojos reflejados y multiplicados por las facetas del diamante, que creaban un caleidoscopio surrealista de ojos, cientos de ojos que miraban el interior del diamante desde todos los ángulos posibles. Hizo girar la gema en ambos sentidos, de un ojo al otro, disfrutando del espectáculo.

Lo más raro de todo era que los ojos eran de distinto color: uno castaño claro y el otro de un azul lechoso, blanquecino.

## Ù

# Cincuenta y tres

Larry Enderby jadeaba un poco en su consola del Centro de Tecnología Avanzada. Ahora ya no se notaba el estómago vacío,

sino hinchado, desagradablemente hinchado. Bueno, la verdad es que se sentía como un puto cochinillo. Eructó y se abrió un poco el cinturón, hasta el siguiente agujero. Solo le faltaba una manzana bien roja y bien brillante en la boca.

Miró de reojo a sus colegas, Walt Smith y Jim Choi. Smitty –que, ponderado en todo, había comido con moderación– miraba fijamente varios monitores, fresco como una rosa, cosa que no podía decirse de Choi, que estaba medio desplomado sobre su terminal, con los ojos vidriosos. Durante el cuarto de hora de permiso que les había concedido Smitty, Choi había corroborado su dominio del arte de engullir gambas gigantes y copas de champán. Enderby había parado de contar gambas al llegar a sesenta y dos.

Dejó salir otro bolo de aire y se dio unas palmaditas en la barriga. Habían llegado justo a tiempo a la mesa de la comida, en los últimos coletazos del frenesí devorador. Enderby tenía un reguerito de caviar en la pechera de la camisa. Se lo quitó con una uña. La cuarta copa de champán, la que se había echado al buche en el último momento, probablemente hubiera sido una equivocación. Esperó aguantar el tipo hasta el final del turno. Miró el reloj: solo una hora más. Cuando hubieran comprobado el buen funcionamiento del nuevo sistema de seguridad de la Sala Astor, pasarían a suspender el sistema antiguo. No había que preocuparse. Ya lo había hecho treinta o cuarenta veces. Seguro que era capaz de hacerlo hasta dormido.

Sonó un timbrecito.

–Allá vamos –dijo Smitty–. Veinte minutos. –Miró a Choi–. ¿Lectura del sistema de la Sala Astor?

Choi miró la pantalla y parpadeó, amodorrado.

–Test finalizado sin incidencias. –Repasó todos los recuadros de imágenes en directo–. Yo lo veo bien.

–¿Algún informe de error?

–No, ninguno.

–¿Modulación de los láseres?

–La programada, cada cinco minutos. Sin desviaciones.

Smitty se acercó a la pared de monitores. Enderby le vio examinar lo que retransmitían las cámaras de la Sala Astor de diamantes: un sinfín de vitrinas con piedras preciosas que refulgían vagamente bajo la luz infrarroja. No se movía nada. Lógico. Cuando el museo estaba cerrado, y los láseres activados, la prohibición de entrar en las salas de alta seguridad se extendía hasta a los guardias.

Smitty regresó a su centro de control con un gruñido de aquiescencia, y cogió el teléfono interno.

–¿Carlos? Soy Walt, del CTA. Ya hemos acabado los veinte minutos de prueba de la trama láser de la Sala Astor. ¿Desde Seguridad Central qué pinta tiene? –Una pausa–. Vale, perfecto. Ahora mismo ponemos en marcha la programación estándar y aparcamos la antigua.

Colgó y miró a Enderby.

–En el «pozo» dicen que va todo sobre ruedas. Venga, Larry, guárdalo todo mientras ayudo a Jim a acabar las rutinas de automatización de la trama láser.

Larry asintió con la cabeza y acercó la silla a la consola. Había llegado el momento de poner en modo backup el sistema de seguridad antiguo. Parpadeó, se pasó el dorso de una mano por la boca y empezó a teclear una serie de órdenes.

Se echó hacia atrás casi enseguida.

–Qué raro...

Smitty lo miró.

–¿Qué pasa?

Enderby señaló una pantalla LED al lado de su terminal. Un punto de la esquina superior izquierda parpadeaba en rojo.

–No, que he puesto la primera zona en modo de espera y el sistema me da un código rojo.

Smitty frunció el entrecejo. Por «código rojo» se entendía la señal de alarma del sistema heredado. La única manera de que se activase en la Sala Astor era que alguien retirara un diamante de una vitrina.

–¿En qué zona?

–La uno.

–¿Qué contiene?

Enderby se giró hacia otra consola, accedió a la base de inventario e introdujo unos parámetros de búsqueda SQL.

–Solo un diamante, el Corazón de Lucifer.

–Eso es justo en el centro de la sala. –Smitty fue a mirar la batería de monitores, fijándose especialmente en uno–. Yo lo veo normal. Debe de ser algún error de software.

Volvió a mirar a Enderby.

–Prueba con la zona dos.

Enderby introdujo algunas órdenes en su terminal principal. Enseguida apareció otro puntito rojo en la pantalla LED.

–También me sale código rojo.

Smitty se acercó con cara de preocupación.

Enderby contempló la pantalla con la boca seca, mientras se le pasaban como por arte de magia los efectos del alcohol.

–Haz un repaso general –dijo Smitty–. Prueba con todos los sectores de la sala.

Enderby respiró hondo y tecleó una breve secuencia de comandos. Su consternación fue inmediata.

–Oh, no –musitó–, no...

La pantallita LED de su mesa se había convertido en un árbol de navidad rojo.

La primera reacción fue un silencio de sorpresa. Luego Smitty le quitó importancia con un gesto de la mano.

–A ver, a ver, tranquilidad. Esto lo que es es un error de software. Seguro que se ha bloqueado el sistema heredado por culpa de alguna incompatibilidad entre el nuevo sistema y el antiguo. Debe de haber sido cuando lo teníamos apagado. No hay que ponerse nerviosos. Larry, apaga el sistema antiguo módulo a módulo y reinicia con la copia de seguridad.

–¿No deberíamos informar a la central?

–¿Y quedar como unos gilipollas? Ya les informaremos cuando tengamos el problema resuelto.

–Vale, vale, tú mandas.

Enderby empezó a teclear.

Smitty sonrió sin convicción y señaló las pantallas de la sala vacía, con los diamantes brillando en las vitrinas.

–Hombre, no sé, como te parezca... ¿A ti te parece que han robado algo?

A Enderby se le escapó la risa. Igual Smitty sí que empezaba a tener sentido del humor.

## Ù

# Cincuenta y cuatro

D'Agosta iba cambiando de frecuencia con la radio portátil que había sacado del Rolls Royce, para ver si en alguna de las emisoras de la policía decían algo sobre Pendergast y él. Su aparición en el aeropuerto había desencadenado una operación de búsqueda por todo Long Island, desde Queens hasta Bridgehampton. La policía había incautado el Rolls en el aparcamiento de coches de alquiler, y las autoridades ya tenían identificado el Toyota Camry robado, sobre el que también pesaba una orden de búsqueda. De momento Pendergast y D'Agosta habían conseguido saltarse todos los controles de la Long Island Expressway yendo por carreteras secundarias y guiándose por los partes radiofónicos.

Estaban dentro de una red, que se estrechaba por momentos.

Y sin embargo Pendergast no se daba por vencido. Había parado en todas las áreas de servicio que no cerraban por la noche, tarea que a D'Agosta le parecía inútil, lo típico que hacía la policía cuando no le quedaba otro recurso que la fuerza bruta. Al final, muchas horas de trabajo y pocos resultados. Era como una lotería con demasiados números vendidos.

Pendergast entró a toda pastilla en un área de servicio de Yaphank abierta las veinticuatro horas, que no se diferenciaba en nada de las anteriores: fachada de cristal y fluorescentes cuya horrible luz verde servía de barrera contra la noche.

D'Agosta pensó que tarde o temprano encontrarían un encargado que ya estaba al corriente de la orden de búsqueda, y adiós muy buenas.

Por enésima vez, Pendergast bajó del Camry como un gato. Era como si tuviera un fuego dentro, ardiente, inextinguible. Llevaban más de doce horas seguidas alternando la búsqueda con la evasión, y en todo ese tiempo casi no había dicho nada que no guardara relación directa con el caso. D'Agosta se preguntó cuánto resistiría.

El agente entró en la tiendecita y se plantó en las narices del encargado sin darle tiempo ni de levantarse de detrás del mostrador, donde parecía estar mirando una peli de artes marciales sentado en un butacón.

–Agente especial Pendergast, del FBI –dijo con su tono de siempre, esa frialdad que lograba insinuar una amenaza sin ofender a nadie.

Al mismo tiempo, D'Agosta estiró el brazo y apagó el televisor, haciendo que cayera un silencio repentino e inquietante.

El encargado se apresuró a levantarse, haciendo chocar las patas de la silla con el suelo.

–¿FBI? Ah, bueno, bueno... ¿Qué quería?

–¿Cuándo empieza a trabajar? –preguntó Pendergast.

–A medianoche.

–Mire esto. –Sacó las fotos que se había llevado del aeropuerto y se las enseñó–. ¿Ha visto a esta persona? Si pasó por aquí, tuvo que ser anoche entre la una y las tres.

El encargado cogió la foto con cara de concentración. D'Agosta lo miró atentamente, algo más relajado. Se notaba que no sabía nada sobre la orden de búsqueda. Miró la carretera oscura. Casi las cuatro de la madrugada. Simple cuestión de tiempo. Ni siquiera encontrarían una pista. Era como buscar una aguja en un pajar. Y cuando los encontrara la policía...

–Sí –dijo el encargado–, sí que me suena.

El ambiente de la tienda se electrizó.

–Si me hace el favor de mirar esta otra foto... –Pendergast le dio la segunda imagen–. Quiero que esté seguro.

Hablaba con calma, pero tenía el cuerpo como un muelle en tensión.

–Sí, es el mismo –murmuró el encargado–. Me acuerdo de los ojos. Me quedé flipado de lo raros que eran.

–¿Vio su coche? –murmuró Pendergast, enseñándole otra foto (la tercera).

–Hombre, a eso ya no llego. Es que se puso él la gasolina, y claro...

Pendergast recogió las fotos.

–¿Cómo se llama?

–Art Malek.

–¿Nos podría decir si el hombre de la foto iba acompañado, señor Malek?

–Lo que es en la tienda entró solo, y ya le digo que yo ni salí, o sea, que la verdad es que no le puedo decir si había alguien más en el coche. Lo siento.

–No pasa nada. –Pendergast volvió a guardarse las imágenes en la chaqueta y se acercó un poco más–. Ahora dígame exactamente qué recuerda entre el momento en que entró el hombre y el momento en que salió.

–Pues... Fue ayer por la noche, como ha dicho usted. Yo creo que sobre las tres. No pasó nada raro. Aparcó, llenó el depósito y entró a pagar.

–En efectivo.

–Sí.

–¿Le llamó la atención algo más?

–La verdad es que no. Tenía un acento raro, un poco como el suyo. No se moleste, ¿eh? –se apresuró a añadir Malek–. De hecho se le parecía.

–¿Cómo iba vestido?

Un gran esfuerzo de memoria.

–De lo único que me acuerdo es de un abrigo oscuro. Y largo.

–¿Hizo algo más aparte de pagar?

–Creo que se paseó un poco por la tienda, pero no compró nada.

Pendergast se puso tenso.

–Supongo que tienen cámaras de seguridad en los pasillos del fondo...

–Sí, claro.

–Me gustaría ver las grabaciones de la noche pasada.

El encargado titubeó.

–Es que el sistema se recicla cada treinta horas, y se borra cuando...

–Pues hágame el favor de parar ahora mismo el sistema de seguridad, que tengo que ver la cinta.

El encargado fue tan obediente, se dio tanta prisa en levantarse para ir a un despacho del fondo, que casi saltó.

–Parece que al final sí que ha salido una pista –dijo D'A-gosta.

Los ojos con los que le miró Pendergast parecían casi muertos.

–Al contrario. Diogenes tenía la esperanza de que pasáramos por aquí.

–¿Cómo lo sabe?

Pendergast no respondió.

El encargado salió resoplando por la puerta del fondo con una cinta de vídeo. Pendergast sacó la que había en el reproductor y metió la de seguridad. Apareció una toma de la tienda desde el techo, con una hora y una fecha en la esquina inferior izquierda. Pendergast apretó el botón de retroceso rápido, paró la cinta y volvió a rebobinarla. No tardó ni un minuto en localizar las tres de la madrugada del 28 de febrero. Entonces rebobinó la cinta media hora más como margen de error, y empezaron a visionaria a cámara rápida.

Eran imágenes en blanco y negro, de baja calidad. Los pasillos de la tienda parpadeaban en la pantalla. De vez en cuando pasaba una silueta borrosa que corría a cámara rápida como en un flíper, rebotaba cogiendo cosas de las estanterías y volvía a desaparecer.

De pronto Pendergast clavó un dedo en el botón de play y puso la velocidad normal, justo cuando aparecía en pantalla otra silueta oscura. La figura caminó lentamente por el pasillo, buscando la cámara de seguridad hasta clavar en ella la mirada de unos ojos con distintos tonos de gris.

Era Diogenes. Metió tranquilamente una mano en un bolsillo y sacó un papel, mientras se difundía por su rostro una sonrisa. Lo

desdobló y se lo enseñó a la cámara como si fuera lo rnás normal del mundo.

¡FELICIDADES, *FRATER*! PREGUNTA MAÑANA
POR VIOLA EN EL 466.
ESTA SERÁ NUESTRA ÚLTIMA COMUNICACIÓN.
¡QUE EMPIECEN NUESTRAS NUEVAS VIDAS! *VALEAS*.

–¿Cuatro seis seis? –dijo D'Agosta–. Eso no es un número de emergencia nor...

Se calló al darse cuenta de que no se trataba de ningún número telefónico, sino de una dirección. El número 466 de la Primera Avenida era la entrada subterránea de Bellevue por donde se accedía al depósito de cadáveres de Nueva York.

Pendergast se levantó, sacó la cinta y se la guardó en el bolsillo.

–Se la puede quedar –dijo el encargado, servicial, cuando salían.

Pendergast se puso al volante y arrancó el motor del Camry, pero no se movió. Tenía la cara cenicienta y los párpados caídos.

El silencio fue terrible. A D'Agosta no se le ocurría nada que decir. Tenía un malestar casi físico. Aún era peor que en el Dakota, en el sentido de que al menos durante las últimas doce horas habían tenido una esperanza, por exigua que fuera.

–Voy a ver si encuentro algo por la radio –dijo con tono forzado.

Era un gesto vano, una simple manera de no estar inactivo. Hasta la policía hablando de la operación de búsqueda era preferible a aquel silencio tan pesado.

Pendergast no contestó. D'Agosta encendió la radio.

El altavoz escupió un torrente de voces que se solapaban.

D'Agosta miró instintivamente por la ventanilla. ¿Los habrían encontrado? No, no había nadie circulando alrededor de la gasolinera.

Se inclinó para cambiar de frecuencia. Más voces atropelladas.

–Pero bueno, ¿qué pasa?

Le dio varias veces al botón para cambiar de frecuencia, pero casi todos los canales estaban ocupados, y el tema de las

conversaciones no eran ellos dos. Parecía que en la ciudad había pasado algo gordo. Mientras escuchaba, tratando de averiguar de qué se trataba, se dio cuenta de que Pendergast también estaba muy atento.

En el canal sintonizado hablaban de un robo en el Museo de Historia Natural. Por lo visto habían entrado en la Sala Astor de diamantes.

–Cambie al canal de control –dijo Pendergast.

D'Agosta lo sintonizó.

«Dice Rocker que les pongáis las pilas a los técnicos –dijo una voz–. El golpe lo han dado desde dentro, eso está claro.»

D'Agosta no acababa de creérselo. ¿Rocker a las cuatro de la madrugada? Debía de ser algo gordísimo.

«¿Y se los han llevado todos? ¿Incluido el Corazón de Lucifer?»

«Sí. Enteraos de quién conoce a fondo el sistema de vigilancia, haced una lista, incluido el personal de seguridad del museo, y no perdáis ni un segundo.»

«Vale. ¿La compañía de seguros cuál es?»

«Affiliated Transglobal.»

«¡Jo! Cuando se enteren se les va a poner el culo así.»

D'Agosta miró a Pendergast de reojo y se llevó un susto al ver que estaba como en trance. Parecía mentira que en un momento así, de crisis absoluta, pudiera obsesionarse con algo sin ninguna relación con su problema.

«El presidente del museo ya está de camino. Hasta al alcalde lo han sacado de la cama. Ya sabes que al que lo descuelgue de la carrera a la alcaldía lo crucificará...»

–Han robado la sala de los diamantes –dijo D'Agosta–. Será por eso por lo que de momento no nos hacen caso.

Pendergast no dijo nada. Su expresión impresionó al teniente, que dijo:

–Eh, Pendergast, ¿se encuentra bien?

Pendergast se giró a mirarlo con sus ojos claros.

–No –susurró.

–No entiendo nada. ¿Qué tiene que ver? Es un robo de diamantes...

–Todo. –El agente del FBI apartó bruscamente la mirada y contempló la oscuridad invernal–. Todos estos asesinatos brutales, todas estas notas y mensajes para provocarme... Era una simple cortina de humo. Una cortina de humo cruel, sádica y a sangre fría.

Pisó el acelerador para apartarse de la acera y regresar a la zona urbanizada que acababan de cruzar.

–¿Adonde vamos?

En vez de contestar, Pendergast frenó en seco delante de una casa. Señaló una camioneta F150 que estaba aparcada en el camino de entrada, y en cuyo parabrisas habían escrito con jabón SE VENDE.

–Necesitamos un nuevo vehículo –dijo–. Prepárese para trasladar la radio y el ordenador a aquella camioneta.

–¿Comprar un coche a las cuatro de la madrugada?

–Los coches robados tardan muy poco en descubrirse. Necesitamos más tiempo.

Pendergast bajó del coche y subió por el camino, que era corto y de cemento. Llamó dos veces al timbre. Al cabo de un minuto se encendieron las luces de la primera planta, se abrió una ventana y una voz exclamó:

–¿Qué pasa?

–¿La camioneta funciona?

–¡Oye, tío, que son las cuatro de la madrugada!

–¿Le costaría menos levantarse de la cama si viera dinero en efectivo?

Se oyó una palabrota en voz baja, y la ventana se cerró. Poco después se encendió la luz del porche y apareció en la puerta un hombre corpulento en albornoz.

–Son tres mil. Funcionar, funciona bien. Encima tiene el depósito lleno.

Pendergast metió una mano en el bolsillo, sacó un fajo de billetes y separó treinta de cien.

–¿Qué pasa? –preguntó el hombre, un poco dormido.

Pendergast sacó su insignia.

–Soy del FBI. –Señaló a D'Agosta con la cabeza–. Y él de la policía de Nueva York.

D'Agosta también sacó su placa, aguantando la radio y el ordenador bajo el mismo brazo.

–Estamos haciendo una investigación secreta de estupefacientes. Sea buen ciudadano y no se lo diga a nadie, ¿de acuerdo?

–Sí, claro.

El dueño de la camioneta cogió los billetes.

–¿Y las llaves?

Se fue y volvió al cabo de un rato con un sobre.

–También están los papeles.

Pendergast lo cogió.

–Dentro de poco pasará un policía para recoger nuestro anterior vehículo, pero usted no diga nada ni del coche ni de nosotros, ni siquiera a otro agente. Ya sabe cómo son las investigaciones secretas.

El hombre asintió enérgicamente.

–Claro, claro. ¡Si yo los únicos libros que leo son los de casos reales de la policía!

Pendergast le dio las gracias y se giró. Un minuto después estaban dentro de la camioneta, apartándose de la acera.

–Con esto deberíamos tener un par de horas más –dijo Pendergast, volviendo hacia la autopista de Montauk.

## Ù

# Cincuenta y cinco

Diogenes Pendergast conducía despacio, sin prisas, por el lúgubre paisaje invernal de la Old Stone Highway, cruzando pueblos como Barnes Hole, Eastside, Springs... Un semáforo se puso rojo. Diogenes frenó en el cruce.

Giró su cabeza, una cabeza grande, a la izquierda y la derecha. A un lado se extendía un campo de patatas cubierto por la escarcha, y por una fina capa de hielo. Al borde del campo había

un bosque oscuro de árboles sin hojas cuyas ramas se grababan sobre el fondo blanco. El mundo era un mundo en blanco y negro, sin profundidad; un mundo plano, como una creación de pesadilla de Edwin A. Abbott[4] . «Pero ¡cuan locamente doy forma a mis palabras!»[5]

La luz se movió, señal de que se había puesto verde. Diogenes pisó despacio el acelerador. El coche avanzó y giró a la derecha por Springs Road, obedeciendo al volante, que regresó a su posición resbalando entre las manos de su conductor. Diogenes incrementó la presión sobre el pedal. Cuando el coche ya rozaba el límite de velocidad, levantó un poco el pie. Pasaron más campos de patatas a la derecha, con varias hileras de casas grises al fondo, y las marismas de Acabonack cerrando el horizonte.

Todo gris, de un gris exquisito.

Puso una mano en el salpicadero y giró la rueda de la calefacción varios clics a la derecha, a fin de que el compartimiento de cristal, acero y plástico que envolvía su cuerpo recibiera más aire caliente. No se sentía victorioso ni vengado, sino extrañamente vacío, como cuando se ha hecho algo importante, que había requerido mucha planificación.

Vivía en un mundo gris. En su mundo no tenía cabida el color, salvo de manera fugaz y cuando menos se lo esperaba, por el rabillo de ojo, como un koan zen. Koan. Ko. Koan ko. Cocoricó, cocoricó...

Ya hacía mucho tiempo que su mundo se había vuelto gris, un universo monocromático de formas y sombras del que había desaparecido el auténtico color, incluso cuando soñaba despierto. Bueno, no del todo. Afirmarlo habría sido fingir, ponerse melodramático. Sí que había un poco de color en su mundo: estaba en el asiento de al lado, dentro de la bolsa de cuero.

El coche iba solo por la carretera. Todos estaban en sus casas.

Un cambio en el paisaje monocromático que lo rodeaba le indicó que la noche estaba renunciando a su dominio del mundo. Faltaba poco para el alba. Sin embargo, a Diogenes el alba no le interesaba, como no le interesaban el calor, el amor, la amistad o

todas esas cosas –tantas– de las que se nutría el resto de la humanidad.

Mientras conducía, reprodujo mentalmente y con detalle lo que había sucedido durante la noche. Repasó hasta el último de sus actos, movimientos y aseveraciones, regodeándose en la satisfacción de no haber cometido un solo error. Al mismo tiempo, pensó en los días que se avecinaban, marcando uno a uno los preparativos que tendría que hacer, el largo viaje que debería emprender... y, *aber natürlich*, el final de ese viaje. Pensó en Viola, en su hermano y en su infancia, en una ensoñación multihilo y multiplexada que parecía más real que el presente. Se dijo que él, a diferencia de las otras masas de carne y sangre que componían su especie, tenía la capacidad de procesar en su cerebro varias líneas de pensamiento a la vez.

El Acontecimiento que había robado el color a Diogenes también le había hurtado la capacidad de dormir. Le estaba vedada la inconsciencia. Cuando yacía en la cama, vagaba por un mundo de ensoñaciones: recuerdos del pasado, incendios, diálogos, fusiones, la exquisita discreción con la que agonizaban ciertos animales envenenados, cuerpos retorcidos en crucifijos astillados, un cilicio compuesto de ganglios nerviosos, un tarro de conserva lleno de sangre fresca... Las imágenes inconexas de su pasado discurrían por la pantalla de su cerebro como en un espectáculo de linterna mágica, y Diogenes nunca se resistía; habría sido fútil, y a la futilidad, lógicamente, había que resistirse. Dejaba ir y venir las escenas a su antojo.

Pero todo cambiaría. La gran rueda completaría su giro, porque Diogenes estaba a punto de aplastar con ella a una simple mariposa. Por fin podría exorcizar lo que lo obsesionaba. La venganza contra su hermano estaba casi completa.

Manteniendo las manos en el volante, dejó que su memoria retrocediera casi treinta años. Al principio, después de que ocurriera, se había extraviado en el laberinto de su cerebro, lo más lejos posible de la realidad y la cordura, mientras una mínima fracción de su ser permanecía prosaica y cotidiana, facultada para

relacionarse con el mundo externo, cuya auténtica naturaleza, gracias al Acontecimiento, conocía ya.

Pero luego –despacio, muy despacio– la locura había perdido su valor de refugio. Ya no le ofrecía consuelo, ni siquiera amargo. Por eso había vuelto, pero como quien se acerca demasiado al fondo del mar, se queda sin aire y, al regresar a la superficie, cae presa de la enfermedad del buzo.

Ese, ese había sido el peor momento.

Pero también el momento en que, mientras hacía equilibrios en el cruel filo de la realidad, había entendido que en el mundo real lo esperaba un objetivo digno de ese nombre. Un objetivo doble: un ajuste de cuentas y una reclamación. Tal meta, que requeriría varias décadas de planificación, se erigiría en obra de arte dentro de su mundo autorreferencial: la obra maestra de toda una vida.

(*Pardiez, entonces se os acomodará*.)[6]

Así pues, Diogenes había vuelto al mundo.

Ahora ya sabía cómo era de verdad, y cómo eran los seres que lo poblaban; y no tenía nada de bonito, no, ese mundo no tenía nada de bonito. Estaba hecho de dolor, maldad y crueldad. Lo recorrían seres viles de orín, excremento y bilis. Sin embargo, su nueva meta, la meta a la que había consagrado todo su intelecto, permitía (si bien a duras penas) que habitarlo fuera una experiencia tolerable. Diogenes se había convertido en el paradigma del camaleón: todo, todo lo escondía tras una piel siempre cambiante de disfraces, mentiras, falsas pistas, ironías y frío distanciamiento.

A veces, cuando su voluntad amenazaba con desmoronarse, descubría que ciertos pasatiempos temporales bastaban para distraerlo y hacerlo subir de las profundidades. Algunos, a la emoción que le impedía rendirse, la habrían llamado odio, pero él la consideraba el hidromiel que le daba sustento, una paciencia sobrehumana y una atención fanática a los detalles. Había descubierto que podía tener no ya una doble o triple vida, sino las personalidades y las vidas de media docena de personas ficticias

en diversos países, en función de los requerimientos de su obra de arte.

Algunas de esas personalidades las había adoptado hacía años, décadas incluso, mientras tramaba la urdimbre de su plan.

Otro cruce. Frenó y giró a la derecha.

La noche renunciaba a su dominio del mundo, pero el condado de Suffolk aún dormía. A Diogenes lo consolaba saber que su hermano Aloysius no era de los que flotaban, olvidados de sí mismos, en un estupor voluptuoso o erótico. Aloysius jamás volvería a dormir bien. Jamás de los jamases. Seguro que empezaba a asimilar la magnitud de lo que le había hecho Diogenes.

Su plan tenía la potencia y perfección funcional de una trampa para osos bien engrasada. Ahora Aloysius esperaba en el cepo a que llegara el cazador, con la piadosa bala destinada a su cerebro. Piedad que Diogenes no mostraría.

Miró de reojo la bolsa del asiento de al lado. No la había abierto en varias horas, desde que la había llenado. Faltaba poco para el momento trascendental en que podría mirar los diamantes a su antojo; o, más que mirar los diamantes, mirar a través de ellos. El momento largamente anhelado de liberación, de libertad.

Porque para Diogenes la única escapatoria posible era la intensa luz refleja que emanaba de un diamante de color muy vivo. Solo así podía salir unos instantes de su cárcel blanca y negra. Solo así podía recuperar el más borroso, pero también más codiciado, de sus recuerdos: la esencia del color. Y de todos los colores, el que más ansiaba, su irrefrenable pasión, era el rojo. El rojo en sus miles de manifestaciones.

El Corazón de Lucifer. Sería por donde empezara y por donde terminara, el alfa y el omega del color.

También había que ocuparse de Viola.

Todos los instrumentos estaban limpios, pulidos y afilados hasta su máxima capacidad de corte. Viola le ocuparía cierto tiempo. Era un *grand cru* que merecía ser sacado de la bodega, *chambré*, descorchado y oxigenado antes de disfrutarlo con refinamiento hasta el último sorbo. Viola tenía que sufrir. No por

ella, sino por las marcas que quedarían en su cuerpo. Marcas que nadie sabría interpretar mejor que Aloysius, en quien provocarían un sufrimiento igual, si no mayor, al que hubieran infligido en la propietaria del cuerpo.

Quizá empezara por una recreación de la escena de *Judit y Holofernes* ambientada en el sótano de piedra húmeda de la casa de campo. Siempre había sido uno de sus cuadros favoritos de Caravaggio. Se había pasado muchas horas contemplándolo en la Galleria Nazionale d'Arte Antica de Roma, en un trance admirativo: aquella arruga deliciosa de determinación que se formaba entre las cejas de Judit mientras usaba el cuchillo, su modo de apartar todas las partes de su cuerpo de la sórdida tarea (a excepción de las manos), los chorros de sangre, gruesos, encendidos, que cruzaban las sábanas... Sí, era un buen principio. Cabía incluso la posibilidad de examinar el cuadro junto con Viola antes de poner manos a la obra. Judit y Holofernes. Cambiando los papeles, por supuesto, y añadiendo una sangradera de peltre para que no se perdiera ni una sola gota del precioso néctar...

Cruzó el pueblo de Gerard Park sin ver ni a un alma. Después apareció Gardiners Bay como una fría y apagada lámina de cinc, interrumpida por las formas oscuras y lejanas de las islas. El coche giró a la derecha por Gerard Drive. A un lado estaba el puerto de Acabonack; a la izquierda, la bahía. Apenas faltaba un kilómetro y medio. Sonrió un poco mientras conducía.

–*Vale, frater* –murmuró en latín–. *Vale*.

Viola, que había acercado la silla a los barrotes de la ventana, vio aparecer la primera franja de luz sobre el Atlántico negro: un rayote de tiza sucia que contempló con un distanciamiento como de duermevela. Parecía una pesadilla sin despertar posible, un sueño tan real y vivido como carente de sentido. Lo que más miedo le daba era darse cuenta de lo mucho que Diogenes había trabajado y gastado en la fabricación de aquella celda: paredes, suelo y techo de acero remachado, una puerta de acero con cerradura de cámara acorazada... Por no hablar de las ventanas

irrompibles, ni de la instalación especial de fontanería y electricidad. El conjunto era tan inviolable como una celda en la prisión más segura del planeta. O más.

Pero ¿por qué? ¿Era posible que el amanecer marcara el inicio de sus últimos minutos de vida?

Una vez más, hizo el esfuerzo de prescindir de conjeturas inútiles.

Ya hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que era imposible escapar. Su cárcel estaba pensada hasta el último detalle. Cualquier intento de hallar una salida había sido previsto de antemano y neutralizado. Diogenes llevaba toda la noche fuera, al menos a juzgar por el profundo silencio. De vez en cuando Viola se había puesto a gritar, aporreando la puerta; hasta le había dado golpes con una silla, pero no había conseguido que viniera nadie. Lo único que había conseguido era romper la silla.

La mancha de tiza adquirió un tono ligeramente sanguinolento, un siniestro resplandor sobre el Atlántico agitado. Un viento feroz punteaba de espuma la oscura superficie del mar. Por el suelo bailaban jirones de nieve helada. ¿O era arena?

Se incorporó de golpe, aguzando los sentidos. Acababa de oír un ruido sordo, como una puerta que se abría. Corrió a la de su cuarto y pegó la oreja. Abajo se oían sonidos muy vagos: pasos y una puerta cerrándose.

Había vuelto.

Tuvo un ataque de pánico. Miró la ventana desde el otro lado de la habitación: el arco del sol acababa de asomarse por encima del Atlántico gris, penetrando deprisa en una franja negra de nubes de tormenta. Fiel a su promesa, Diogenes llegaba justo al alba. A tiempo para la ejecución.

Viola hizo una mueca de desdén. Si preveía matarla sin resistencia, estaba muy equivocado. Tendría que pasar por encima de su cadáver.

Tragó saliva al darse cuenta de lo absurdas que eran sus fanfarronadas ante un hombre que seguro que tenía una pistola, y que sabía usarla perfectamente.

El pánico estaba acelerando demasiado su respiración. Trató de dominarse, mientras sentía una mezcla extraña e incoherente de emociones: por un lado el deseo urgente e instintivo de sobrevivir a toda costa; por el otro, una necesidad muy arraigada de morir (si realmente la muerte estaba cerca) dignamente, sin gritos ni forcejeos.

Como seguía oyendo ruidos, se tumbó en el suelo sin pensárselo, para escuchar por la minúscula rendija que quedaba entre la puerta y el umbral. Seguían siendo sonidos muy vagos, amortiguados.

Se levantó y corrió al lavabo para arrancar el papel de váter de su soporte, desenrollarlo mediante un brusco estirón y quedarse con el tubo de cartón en la mano. Acto seguido volvió corriendo a la puerta, se puso en la oreja una punta del tubo y embutió la otra en el largo resquicio lateral.

Así se oía mucho mejor: un roce de tela, varias cosas dejadas en su sitio, y una cerradura.

Tras ello, una brusca inhalación. Y un silencio larguísimo. Pasaron cinco minutos.

El siguiente sonido fue extraño, terrorífico: un gemido grave y agónico, que recordaba a un gato a punto de atacar. Primero subió y bajó como una letanía. Luego aumentó bruscamente de volumen y se convirtió en un aullido de angustia en estado puro, una angustia absoluta, sin destilar. Era inhumano, el grito de los muertos vivientes, el sonido más aterrador que había oído Viola en toda su vida. Y provenía de él.

*OceanofPDF.com*

# Ù
# Cincuenta y seis

El taxi se paró delante del edificio del *Times*. Smithback firmó impacientemente el comprobante de la tarjeta que se había llevado de su piso: cuatrocientos veinticinco dólares. Se lo dio al taxista, que lo cogió con mala cara.

–¿Y la propina?

–¿Lo dices en serio? Con esta pasta podría haber cogido un avión de Aruba a Nueva York.

–Ya, tío, pero es que hay que contar la gasolina, el seguro y la hostia de gastos...

Smithback dio un portazo, entró en el edificio y corrió hacia el ascensor. Su intención era pasar por el despacho de Davies (solo para dar señales de vida y asegurarse de que su puesto no estuviera vacante) e irse pitando al museo a ver a Nora. Eran las nueve y cuarto. Como no la había encontrado en casa, suponía que ya estaba en el trabajo.

Pulsó el botón del piso treinta y tres y esperó a que subiera la cabina, con una lentitud exasperante. Por fin llegó. Bajó del ascensor y recorrió el pasillo a paso ligero. Cuando llegó a la puerta del despacho de Davies, recuperó el aliento y se atusó el remolino rebelde que tenía la manía de levantarse en el momento más inoportuno.

Respiró hondo y llamó educadamente sin mayor dilación.

–Está abierto –contestó una voz.

Entró en el despacho. Por suerte no había señales de Harriman.

Davies levantó la vista de la mesa.

–¡Bill! Me dijeron que estabas en el hospital de St. Luke, prácticamente a punto de morirte.

–Es que me he recuperado muy deprisa.

La mirada de Davies era inescrutable.

–Me alegro de verte tan fresco y lozano. –Hizo una pausa–. Supongo que nos traes la baja firmada por el médico.

–Claro, claro –balbuceó Smithback.

Supuso que podría falsificarla Pendergast, que había dado muestras de poder falsificarlo todo.

–Sí que has elegido un momento oportuno para desaparecer...

Davies dio un toque irónico a la frase.

–No lo he elegido yo. Me ha elegido él a mí.

–Siéntate.

–Es que tengo que irme a...

–¡Ah, disculpa, no sabía que tuvieras una cita urgente!

El tono gélido del jefe decidió a Smithback a sentarse. Se moría de ganas de ver a Nora, pero no valía la pena cabrear más de la cuenta a Davies.

–Estos últimos días, mientras estabas indispuesto, Bryce Harriman ha forzado al máximo la máquina para encargarse del asesinato de Duchamp y el del museo, porque ahora la policía dice que están relacionados.

Smithback se incorporó en la silla.

–Perdone, ¿ha dicho asesinato en el museo? ¿Qué museo?

–Sí que estás desconectado... El Museo de Historia Natural de Nueva York. Hace tres días mataron a una comisaria...

–¿Quién?

–No me sonaba de nada. Tranquilo, que a ti esto no te toca ni de lejos. Ya se lo he asignado a Harriman. –Sacó un sobre de papel manila–. Para ti tengo esto. Es un pedazo de noticia, Bill, y para serte franco me da un poco de miedo encargársela a alguien con problemas de salud. Me había planteado dársela a Harriman, pero está de trabajo hasta las cejas, y hace veinte minutos, cuando ha llegado la noticia, ya había salido a investigar. Esta noche han entrado a robar en el museo. Se ve que no ganan para sustos. Como tú tienes tantos contactos, y escribiste un libro sobre el museo, la noticia es tuya, aunque me dé un poco reparo.

–Pero ¿quién...?

Davies deslizó el sobre hacia Smithback.

–Esta noche, mientras se pegaban todos el fiestazo, alguien ha desvalijado la sala de los diamantes. A las diez hay una rueda de prensa. Tu acreditación está aquí dentro. –Echó un vistazo a su reloj–. Falta media hora, o sea, que yo en tu lugar iría tirando.

–Oiga, y lo del asesinato en el museo... –dijo Smithback–. ¿Quién era?

–Ya te digo, nadie importante; una nueva que se llamaba Green, Margo Green.

– ¿Qué?

Smithback se aferró sin querer a la silla, mientras le daba vueltas la cabeza. Era imposible. Imposible.

Davies lo miró alarmado.

–¿Te pasa algo?

Smithback se levantó. Le temblaban las piernas.

–¿Margo Green... asesinada?

–¿La conocías?

–Sí.

A Smithback casi se le atragantó el monosílabo.

–Pues entonces mejor que no te ocupes tú de la noticia –dijo Davies, todo eficacia–. En mis tiempos, el director siempre decía que informar de un tema que te toca demasiado cerca es como si quisieras ser tu propio abogado: al final hay dos tontos, uno el abogado y el otro... ¡Eh! ¿Adonde vas?.

## Ù

# Cincuenta y siete

Cuando Nora, entró en la calle Setenta y siete Oeste desde la avenida Columbus, comprendió enseguida que en el museo había pasado algo grave. Museum Drive estaba lleno de coches patrulla, vehículos de policía sin identificar y furgonetas del departamento de pruebas, asediados a su vez por camionetas de televisión y un enjambre de periodistas.

Miró su reloj: eran las diez menos cuarto, una hora en que el museo aún solía estar medio dormido. Se le aceleró el pulso. ¿Otro asesinato?

Se acercó deprisa a la entrada de empleados. La policía, que ya había despejado el camino para los trabajadores del museo, ponía todo su empeño en contener a una masa cada vez más indisciplinada de curiosos. La noticia ya debía de haber salido en

los informativos matinales, porque no paraba de llegar gente. Nora se había despertado más tarde de lo normal por culpa de la fiesta de inauguración, y no había tenido tiempo de poner la radio.

–¿Trabaja en el museo? –le preguntó un policía.

Asintió, enseñando su identificación.

–¿Qué ha pasado?

–El museo está cerrado. Vaya allí.

–Pero ¿qué...?

El poli ya había empezado a pegarle gritos a otra persona. Nora se vio empujada hacia la entrada de seguridad, que parecía plagada de guardias del propio museo. No faltaba Manetti, el jefe de seguridad, que se dedicaba a gesticular como loco ante un par de pobres guardias.

–¡Todos los empleados a la zona acordonada de la derecha! –vociferó uno de los guardias–. ¡Y con la identificación preparada!

Nora reconoció a George Ashton entre la horda de trabajadores que llegaban y lo cogió por el brazo.

–¿Qué ha pasado?

Ashton la miró fijamente.

–Debe de ser la única que no lo sabe en toda la ciudad.

–Es que me he quedado dormida –dijo ella, mosqueada.

–¡Por aquí! –berreó un policía–. ¡Los empleados del museo que pasen por aquí!

Las cuerdas de terciopelo que habían contenido a los curiosos y la prensa durante la gala de la noche anterior estaban siendo reaprovechadas para encauzar al personal del museo hacia una zona próxima a la entrada de seguridad, donde los guardias comprobaban las identificaciones y aplacaban los ánimos.

–Esta noche han entrado a robar en la Sala Astor –dijo Ashton, sin aliento–. Lo han dejado limpio en plena fiesta.

–¿Que lo han dejado limpio? ¿El Corazón de Lucifer también?

–Sobre todo el Corazón de Lucifer.

–¿Cómo?

–No lo sabe nadie.

–Creía que la Sala Astor era inexpugnable.

–Eso decían.

–¡Retrocedan y quédense a la derecha! –gritó un poli–. ¡Dentro de poco los dejaremos entrar!

Ashton hizo una mueca.

–Justo lo que me hacía falta después de cinco copas de champán en una noche.

«Dirás diez», pensó Nora con mordacidad, acordándose de los desvarios de Ashton durante la gala.

La policía y los guardias del museo comprobaban las identificaciones, hacían un par de preguntas a cada empleado y lo dejaban pasar a otra zona acordonada, justo enfrente de la entrada de seguridad.

–¿Algún sospechoso? –preguntó Nora.

–No, pero están convencidos de que a los ladrones los ayudó alguien desde dentro.

–¡Identificación! –berreó un policía en la oreja de Nora, que volvió a hurgar en su bolso y la mostró.

Ashton hizo lo mismo.

–¿Doctora Kelly?

El poli tenía un portapapeles. Llegó uno de sus compañeros y se llevó a Ashton.

–¿Le puedo hacer unas preguntas cortas?

–Dispare –dijo Nora.

–¿Ayer por la noche estaba en el museo?

–Sí.

El policía anotó algo.

–¿A qué hora se fue?

–Hacia las doce.

–Ya está. Póngase allá, que en cuanto podamos abriremos el museo y podrá ir a trabajar. Más tarde nos pondremos en contacto con usted para concertar una entrevista.

Hicieron pasar a Nora a la segunda zona de contención, mientras oía la voz de Ashton, que exigía saber por qué no le habían leído sus derechos. Los comisarios y los empleados que esperaban alrededor de Nora daban palmadas contra el frío y llenaban el aire de vaho. El día era gris, con una temperatura próxima a los cero grados. Las quejas circulaban de boca en boca.

Nora oyó un tumulto en la calle y se giró. La prensa había avanzado como una ola, una marea de cámaras en equilibrio sobre hombros y de jirafas con los micros colgando. Vio la razón: se habían abierto las puertas del museo, y había aparecido el director, Frederick Watson Collopy, flanqueado por Rocker, el jefe de policía. Tenían detrás una falange de policías uniformados.

La prensa estalló inmediatamente en un clamor de preguntas y manos en alto. Era, a todas luces, el principio de una rueda de prensa.

En el mismo momento, Nora advirtió un gran revuelo cerca de ella, y se giró. Era su marido, que se abría camino por la multitud gritando como loco e intentando llegar hasta ella.

–¡Bill!

Nora se lanzó a su encuentro.

–¡Nora!

Smithback surcó la multitud de curiosos, hizo caer de bruces a un musculoso guardia de seguridad, saltó por encima de la cuerda de terciopelo y se abrió camino entre los empleados del museo a empujón limpio.

–¡Nora!

–¡Eh! ¿Adonde va ese tío?

Un policía trató de interceptarlo.

Smithback penetró entre las últimas filas y estuvo a punto de chocar con Nora, a quien rodeó en un abrazo que la levantó del suelo.

–¡Nora! ¡Dios mío, cuánto te echaba de menos!

Se dieron un beso y otro abrazo.

–¿Qué te ha pasado, Bill? ¿Por qué tienes un morado en este lado de la cabeza?

–Nada importante –respondió Smithback–. Acabo de enterarme de lo de Margo. ¿Es verdad que la han matado?

Nora asintió con la cabeza.

–Ayer fui a su entierro.

–Dios mío... Me parece mentira... –Smithback se pasó las manos por la cara como si se la quisiera arrancar. Nora vio que tenía los ojos llorosos–. No me lo puedo creer.

–¿De dónde sales, Bill? ¡Me tenías preocupadísima!

–Es una larga historia. Me encerraron en un manicomio.

-¿Qué?

–Ya te lo contaré. A mí también me tenías preocupado. Según Pendergast, hay un asesino que está como una cabra y que va por ahí cargándose a todos sus amigos.

–Ya, ya lo sé, a mí también me avisó, pero era justo antes de la inauguración, y claro, no podía...

–Este hombre no puede estar aquí –los interrumpió un guardia del museo, interponiéndose entre los dos–. Esto solo es para empleados del museo.

Smithback se giró para replicar, pero justo entonces se acopló el sistema improvisado de megafonía. Al cabo de un momento se acercó al micrófono el jefe de policía, Rocker, que pidió silencio. Milagrosamente, se lo concedieron.

–Soy del *Times* –dijo Smithback, sacando unos papeles del fondo del bolsillo y buscando un bolígrafo.

–Toma el mío –dijo Nora, sin quitarle el brazo de la cintura.

La gente se calló para oír las primeras palabras del jefe de policía.

–Esta noche –empezó a decir Rocker– se ha producido un robo en la Sala Astor de diamantes. Los expertos en pruebas aún están en el lugar de los hechos, junto con algunos de los mejores forenses del mundo. Se está haciendo todo lo posible. Aún es pronto para hablar de pistas o de sospechosos, pero les prometo mantener informada a la prensa sobre cualquier novedad que se produzca. Lamento ser tan escueto, pero la investigación acaba de empezar. Me limitaré a decir lo siguiente: ha sido un robo muy profesional, con una larga planificación, realizado por ladrones con grandes conocimientos de tecnología que, a juzgar por todos los indicios, conocían a fondo el sistema de seguridad del museo, y que sacaron provecho de la distracción de la gala de anoche. Se tardará cierto tiempo en analizar y entender cómo se saltaron la seguridad del museo. De momento no tengo mucho más que decir. ¿Doctor Collopy?

El director del museo se adelantó muy tieso, tratando de poner buena cara al mal tiempo, pero sin conseguirlo. Su voz sonó algo trémula.

–Me gustaría reiterar lo que acaba de decir el señor Rocker: se está haciendo absolutamente todo lo posible. Lo cierto es que la mayoría de los diamantes robados son piezas únicas, y que cualquier marchante de piedras preciosas del mundo los reconocería enseguida. Tal como están, no se pueden vender.

La insinuación de que podían tallarse de nuevo suscitó un murmullo de inquietud.

–Sé muy bien, neoyorquinos, lo grave que es para el museo, y para toda la ciudad, esta gran pérdida. Por desgracia, aún no sabemos bastante para aventurar quién ha podido hacerlo, por qué y con qué intenciones.

–¿Y el Corazón de Lucifer? –exclamó alguien entre los periodistas.

Collopy pareció perder el equilibrio.

–Les prometo que estamos haciendo todo lo posible.

–¿Han robado el Corazón de Lucifer? –gritó otra voz.

–Paso la palabra a la jefa de relaciones públicas del museo, Carla Rocco.

Fue el pistoletazo de salida para una lluvia de gritos y preguntas. Una mujer se adelantó con las manos en alto.

–Contestaré cuando haya silencio –dijo.

Los gritos se apagaron. La mujer señaló a alguien.

–Señora Lilienthal, de ABC. Adelante con su pregunta.

–¿Qué ha pasado con el Corazón de Lucifer? ¿Se lo han llevado?

–Sí, es uno de los diamantes robados.

La revelación, que nada tenía de sorprendente, fue acogida con un murmullo turbulento. Rocco volvió a levantar las manos.

–¡Por favor!

–¡El museo decía que tenía la mejor seguridad del mundo! –vociferó un reportero–. ¿Cómo se la han saltado los ladrones!

–Lo estamos analizando. La seguridad es multicapa y redundante. La sala tenía videovigilancia las veinticuatro horas.

Los ladrones han dejado un abundante equipo técnico.

–¿Equipo técnico de qué clase?

–Se tardarán días o semanas en analizarlo.

Más preguntas a pleno pulmón. Rocco señaló a otro periodista.

–Roger.

–¿Por cuánto está asegurada la colección?

–Por cien millones de dólares.

Un murmullo impresionado.

–Y ¿cuánto vale de verdad? –insistió el tal Roger.

–El museo nunca la ha valorado. La siguiente pregunta para el señor Werth, de NBC.

–¿Cuánto vale el Corazón de Lucifer?

–Tampoco en este caso puede darse una cifra. De todos modos, les ruego que me permitan subrayar que tarde o temprano esperamos recuperar los diamantes.

Collopy se adelantó bruscamente.

–La colección del museo se compone mayoritariamente de diamantes «de fantasía», es decir, coloreados, y la mayoría de ellos son suficientemente raros en su género como para que se puedan reconocer solo por su color y pureza. En el caso del Corazón de Lucifer, lo que he dicho es doblemente cierto. Su color canela intenso no coincide con el de ningún otro diamante del mundo.

Nora vio que Smithback saltaba por encima del cordón de terciopelo y se mezclaba con la prensa, agitando una mano.

Rocco lo señaló, forzando la vista.

–¿Smithback, del *Times*?

–¿Es verdad que el Corazón de Lucifer se considera el mejor diamante del mundo?

–El mejor diamante de fantasía. Al menos es lo que me han dicho.

–Entonces, ¿cómo se lo explicarán a los neoyorquinos? ¿Cómo les explicarán que ha desaparecido una piedra preciosa única en el mundo? –De repente la voz de Smithback temblaba de emoción. Nora sospechó que estaba canalizando toda la rabia que le

producía la muerte de Margo y la separación forzosa de su mujer–. ¿Cómo es posible que el museo lo haya permitido?

–Esto no lo ha permitido nadie –dijo Rocco a la defensiva–. La seguridad de la Sala Astor es la más cuidadosa del mundo.

–Pues se ve que no bastante.

El caos empeoró, y se oyeron más gritos. Rocco gesticuló.

–¡Por favor, déjenme hablar!

El clamor se redujo a un murmullo inquieto.

–El museo lamenta profundamente la desaparición del Corazón de Lucifer; comprendemos su importancia para la ciudad y para todo el país, y estamos haciendo todo lo humanamente posible para recuperarlo. Tengan paciencia, por favor, y denle tiempo a la policía para hacer su trabajo. Señora Carlson, delPosi.

–Sí, una pregunta para el doctor Collopy: la cuestión, para no andarnos con rodeos, es que el diamante lo tenían en custodia para todos los neoyorquinos, sus verdaderos propietarios. ¿Cómo piensa asumir la responsabilidad a título personal, en tanto que director del museo?

Los murmullos aumentaron, pero se apagaron de golpe cuando Collopy levantó las manos.

–Lo cierto–dijo– es que los sistemas de seguridad que ha fabricado el hombre también se los puede saltar el hombre.

–Es un punto de vista un poco fatalista –dijo Carlson–. Admite, por decirlo de otro modo, que el museo ni siquiera puede garantizar la seguridad de sus colecciones.

–¡Pues claro que garantizamos la seguridad de nuestras colecciones! –tronó Collopy.

–¡Siguiente pregunta! –dijo Rocco.

Sin embargo, los reporteros ya tenían algo a que agarrarse, y no estaban dispuesto a soltarlo.

–¿Puede explicar qué entiende por «garantizar»? ¿Acaban de robar el diamante más grande del mundo y usted nos dice que estaba garantizada la seguridad?

–Puedo explicárselo.

Collopy estaba congestionado de rabia.

–¡Hay cierta discordancia cognitiva en el ambiente! –vociferó Smithback.

–¡He dicho lo que he dicho porque el Corazón de Lucifer no es uno de los diamantes robados! –exclamó Collopy.

El asombro silenció todas las voces. Rocco se giró para mirar a Collopy con cara de sorpresa, al igual que Rocker.

–Perdone... –empezó a decir Rocco.

–¡Silencio! Soy la única persona del museo que lo sabe, pero dadas las circunstancias me parece absurdo reservármelo más tiempo. El diamante expuesto era una reproducción, un diamante de verdad coloreado artificialmente por un tratamiento de radiaciones. El verdadero Corazón de Lucifer siempre ha estado en una caja fuerte de la compañía de seguros. Era una gema demasiado valiosa para ser expuesta. La compañía de seguros se negaba a permitirlo.

Irguió la cabeza con un brillo triunfal en la mirada.

–Los ladrones, sean quienes sean, han robado una imitación.

Hubo un aluvión de preguntas, pero Collopy se limitó a secarse la frente y retroceder.

–¡Fin de la rueda de prensa! –se desgañitó Rocco en vano–. ¡No más preguntas!

Pero la cantidad de manos levantadas y de gritos demostró que no era el fin, sino que quedaban muchísimas preguntas.

## Ù

# Cincuenta y ocho

Se les pasaron las horas conduciendo por la costa, de un pueblo vacío a otro pueblo vacío. La expansión del alba había creado un día lúgubre, glacial, con un viento que bajaba desde el cielo gris como un cuchillo. D'Agosta seguía escuchando muy serio lo que decía la policía por la radio. Cada vez estaba más preocupado, porque de golpe ya no hablaban de ellos, y no solo por el robo de los diamantes (aunque fuera el tema de casi todos los canales), sino porque probablemente hubieran pasado a usar

frecuencias más seguras, imposibles de controlar desde su radio portátil sintonizada con las emisoras de la policía.

Empezaba a ver muy claro que el final estaba cerca. No tenía sentido seguir preguntando por las gasolineras, porque con el depósito lleno Diogenes ya no tenía ninguna razón para parar. Lo de Yaphank no había hecho más que confirmar lo que quería que supieran el propio Diogenes: que había ido hacia el este, y que faltaba poco para la muerte de Viola. A D'Agosta le daba rabia por Pendergast. No había nada que hacer, y el agente lo sabía.

A pesar de los pesares, seguían parando tozudamente en todos los moteles, súpers y bares que no cerraran por la noche, con el consiguiente riesgo de ser reconocidos y arrestados.

Las pocas noticias que D'Agosta le había arañado a la radio eran descorazonadoras. La policía, reforzada por la decidida intervención del FBI, estrechaba rápidamente el cerco. Se habían multiplicado los controles de carreteras, y todas las autoridades locales estaban sobre aviso. Tarde o temprano se enterarían de la compra de la camioneta, y a menos que Pendergast se guardara en la manga algo muy inteligente, sus horas de libertad estaban contadas.

La camioneta dio un tumbo, que obligó a D'Agosta a coger el asidero del techo. Pendergast se había metido en una pequeña zona de estacionamiento. Frenó con un chirrido de neumáticos delante de un Starbucks abierto las veinticuatro horas. Al otro lado había un aparcamiento público. Más lejos aún, gris, borrascoso, el Atlántico.

Se quedaron un momento dentro de la camioneta, mientras la radio seguía dando la tabarra con el robo del museo. Uno de los canales públicos retransmitía en directo una rueda de prensa.

–Aquí fijo que no se han parado –dijo D'Agosta.

–Lo que busco es un punto wireless. –Pendergast abrió el ordenador portátil y lo encendió–. Seguro que hay alguno dentro. Usaré un rastreador para encontrar un puerto abierto y me conectaré a la red. He dejado mi software de reconocimiento del Dakota en marcha. Es posible que haya alguna novedad.

D'Agosta, taciturno, lo observó teclear.

–¿Tendría la amabilidad de pedir café para los dos, Vincent? –preguntó el agente sin levantar la cabeza.

D'Agosta salió de la camioneta para ir al Starbucks. Un minuto más tarde, al volver con dos cafés con leche, vio que Pendergast se había sentado en el asiento de la derecha, y que ya no tecleaba.

–¿Qué, algo nuevo?

Pendergast negó con la cabeza y se apoyó despacio en el respaldo, cerrando los ojos.

D'Agosta se puso al volante con un suspiro. Justo en ese momento vio un coche patrulla que aminoró un poco la velocidad al pasar junto a la camioneta, y que se quedó al fondo del aparcamiento.

–Mierda. Ese poli nos está controlando la matrícula.

Pendergast no contestó. Seguía inmóvil, con los ojos cerrados.

–Ya está. La hemos cagado.

El coche patrulla giró al final del aparcamiento y volvió hacia ellos.

Pendergast abrió los ojos.

–Déme los cafés, que los aguanto. A ver qué puede hacer para quitárnoslo de encima.

D'Agosta arrancó sin perder ni un segundo y salió como una flecha, dando tumbos hacia el coche patrulla. Pasó de largo y enfiló la carretera paralela al paseo marítimo. El coche policía encendió los faros y la sirena y salió en su persecución.

Al cabo de un momento de ir a toda velocidad por la carretera de las dunas, D'Agosta oyó otra sirena. Venía de delante.

–La playa –dijo Pendergast, manteniendo los cafés en precario equilibrio.

–Vale.

D'Agosta puso la tracción de cuatro ruedas, giró el volante bruscamente y reventó la baranda que los separaba del paseo marítimo. La camioneta traqueteó por la superficie irregular de tablones, hasta chocar con la baranda del otro lado y emprender un corto vuelo de medio metro que la hizo aterrizar en la arena.

Enseguida llegaron a la playa, a pocos centímetros del agua. D'Agosta se giró y vio que los coches patrulla aún los perseguían

por la arena.

Tendrían que esforzarse más.

Pisó a fondo el acelerador, levantando chorros de arena mojada con los neumáticos. Delante había una zona de dunas, una de las muchas reservas de la costa sur. Hizo una brusca maniobra y, derribando otra valla de madera, aterrizó en las dunas cubiertas de matojos. Se notaba que era una reserva grande. Como no tenía ni idea de dónde estaba, dirigió la camioneta a la parte que le pareció más agreste, más densa en matorrales y con dunas más altas, sembradas de pinos raquíticos. Seguro que por un terreno así no podían seguirlo los coches patrulla.

De repente Pendergast se incorporó como si hubiera saltado un resorte de acero.

D'Agosta siguió adentrándose por los arbustos. Miró por el retrovisor. Nada. Habían despistado a la policía. Sin embargo, sabía que el respiro no sería largo. Todas las comisarías de la costa sur tenían buggies para patrullar por la playa. Lo sabía porque en otra vida, de la que lo separaban tan solo algunos meses, había conducido uno. Seguían con el agua al cuello. Tendría que encontrar otra manera de...

–¡Pare la camioneta! –dijo Pendergast imperativamente.

–Imposible. Tengo que...

–¡Pare!

D'Agosta percibió algo en el tono que le hizo pisar el freno. Viraron bruscamente hasta quedar a la sombra de una duna. D'Agosta apagó las luces al mismo tiempo que el motor. Era una locura. Las huellas que habían dejado podía seguirlas hasta un idiota.

La radio seguía retransmitiendo la rueda de prensa, a la que Pendergast estaba muy atento.

«... Siempre ha estado en una caja fuerte de la compañía de seguros. Era una gema demasiado valiosa para ser expuesta. La compañía de seguros se negaba a permitirlo.»

Pendergast miró a D'Agosta con una mezcla de sorpresa y esperanza, una esperanza viva y súbita– en sus facciones.

–¡Ya está!

–¿El qué?

–Por fin Diogenes se ha equivocado. Es la oportunidad que necesitábamos.

Tenía el teléfono móvil en la mano.

–Me encantaría saber de qué habla, la verdad.

–Voy a hacer unas llamadas. Usted, Vincent, de momento solo tiene una misión: hacer que volvamos a Manhattan.

Tras la pantalla de dunas se oyó el vago ulular de una sirena.

## Ù

# Cincuenta y nueve

Smithback cerró lentamente su teléfono móvil, azorado por la extraña llamada que acababa de recibir. Se dio cuenta de que Nora lo observaba con curiosidad. Al final habían abierto la entrada de empleados, y todo eran trabajadores que pasaban de largo para resguardarse del frío dentro del museo.

–¿Qué pasa, Bill? –preguntó Nora–. ¿Quién era?

–El agente especial Pendergast. Ha conseguido localizarme en este móvil, y eso que acabo de llevármelo del *Times*, y lo tienen para urgencias...

–¿Qué quería?

–¿Cómo?

Smithback estaba aturdido.

–Que qué quería. Te has quedado lelo.

–Es que me acaban de hacer una propuesta... mmm... bastante inhabitual.

–¿Propuesta? Pero ¿qué dices?

Smithback salió de su estupefacción y cogió a Nora por un hombro.

–Ya te lo contaré. Oye, ¿tú aquí estarás bien? Con Margo muerta, y todos los avisos de Pendergast, me preocupa tu seguridad.

–Ahora mismo, el sitio más seguro de Nueva York es el museo. Debe de haber como mil polis.

Smithback asintió despacio, pensando.

–Es verdad.

–Bueno, tengo que ir a trabajar.

–Te acompaño, que tengo que decirle algo al doctor Collopy.

–¿A Collopy? Pues buena suerte.

Smithback vio que ya había muchos reporteros formando una masa que se batía airadamente contra una hilera de policías y guardias de seguridad. No entraba nadie que no trabajara en el museo, y la cara de Smithback era de sobra conocida entre los guardias.

Sintió que Nora le ponía un brazo en el hombro.

–¿Qué vas a hacer?

–Tengo que entrar.

Nora frunció el entrecejo.

–¿Tiene algo que ver con la llamada de Pendergast?

–Bastante, bastante. –Smithback clavó su mirada en los ojos verdes de su mujer, antes de pasearla por su melena cobriza y su nariz pecosa–. ¿Sabes qué me apetecería de verdad?

–No me tientes, que tengo toneladas de trabajo. Hoy se inaugura para el público la exposición, suponiendo que volvamos a abrir alguna vez.

Smithback le dio un beso y un abrazo. Cuando quiso soltarse, sintió que ella lo retenía.

–Bill –le murmuró Nora al oído–, me alegro tanto de que hayas vuelto...

El abrazo se alargó un poco más. Luego Nora dejó caer lentamente las manos, sonrió, guiñó un ojo y entró en el museo.

Cuando ya no la vio, Smithback se abrió paso con los hombros por la multitud de empleados que hacían cola delante de la puerta, saltándose a la masa de reporteros que habían sido relegados a un lado. Todos los empleados –y eran muchos– tenían la identificación en la mano. La policía y los guardias del museo no dejaban ni una sin controlar. Entrar no sería tarea fácil. Pensó un momento, sacó una tarjeta del periódico y escribió algo al dorso.

Cuando le tocó pasar por el control, un guardia le cerró el paso.

–Identificación.

–Soy Smithback, del *Times*.

–Pues se ha equivocado de sitio. La prensa está allá.

–Es que tengo un mensaje muy urgente y privado para el doctor Collopy, y si no lo recibe inmediatamente rodarán cabezas. Va en serio. Incluida la suya, señor... –Smithback miró de reojo la placa con el nombre del guardia– ... Primus, si no se lo entrega.

El guardia titubeó y puso cara de susto. Hacía unos años que la administración no le hacía la vida especialmente fácil a los de abajo, y el resultado era un ambiente de temor, más que de buena convivencia. Smithback ya se había aprovechado anteriormente de aquel hecho, y tenía la esperanza de que volviera a darle resultado la estrategia.

–¿De qué se trata? –preguntó Primus.

–Del robo del diamante. Tengo información privada.

Otro titubeo.

–No sé...

–No le pido que me deje entrar. Lo que le pido es que entregue esta nota al director; no a su secretaria, ni a ninguna otra persona, sino directamente a él. Tenga, mi acreditación, para que vea que no soy un fantasma.

El guardia cogió el pase de prensa y lo miró dubitativamente.

Smithback le puso la nota en la mano.

–No la lea. Métala en un sobre y entregúela personalmente. Hágame caso, que me lo agradecerá.

El guardia pensó un poco, cogió la tarjeta y se fue a la oficina de seguridad. Reapareció al cabo de un rato con un sobre.

–Lo he metido aquí dentro y lo he cerrado sin mirarlo.

–Bien hecho.

Smithback escribió en el sobre: «Para el doctor Collopy. Muy importante. Abrir enseguida. De William Smithback, *New York Times*».

El guardia asintió con la cabeza.

–Me encargaré de que le llegue.

Smithback se inclinó hacia él.

–No me ha entendido. Quiero que se lo entregue personalmente. –Miró a su alrededor–. Del resto de estos tíos no

me fío ni un pelo.

El guardia se puso rojo y asintió.

–Bueno, vale.

Se fue por el vestíbulo con el sobre en la mano.

Smithback esperó con el móvil a punto. Pasaron cinco minutos. Diez.

Quince.

Se paseó de un lado a otro, contrariado. La cosa no tenía muy buena pinta.

De repente el teléfono sonó con estridencia. Lo abrió deprisa.

–Soy Collopy –dijo una voz de patricio–. ¿Usted es Smithback?

–Sí.

–Ahora mismo va un guardia y lo acompaña a mi despacho.

Cuando Smithback se acercó a la majestuosa doble puerta de roble tallado del despacho del director, descubrió un panorama de caos controlado. Fuera estaba todo lleno de policías, detectives y altos cargos del despacho hablando. La puerta estaba cerrada, pero lo hicieron pasar en cuanto la persona que lo acompañaba anunció su presencia.

Collopy se paseaba con las manos en la espalda junto a una larga hilera de ventanas arqueadas, que ofrecían un panorama invernal de Central Park. Smithback reconoció al jefe de seguridad, Manetti. Estaba de pie junto a la mesa de Collopy, con varios cargos del museo.

Al advertir su presencia, el director paró de andar.

–¿El señor Smithback?

–Sí, soy yo.

Se giró hacia Manetti y los demás.

–Cinco minutos.

Esperó a que se marcharan para mirar a Smithback. Tenía la tarjeta en una mano, y la cara un poco roja.

–¿Quién está detrás de este rumor tan indignante, señor Smithback?

Smithback tragó saliva. Le harían falta muchas dosis de labia.

–No es exactamente un rumor. Procede de una fuente confidencial que no puedo revelar, pero he hecho unas llamadas para comprobarlo y es posible que contenga una parte de verdad.

–Es intolerable. ¡Como si no tuviera bastantes preocupaciones! Estos delirios lo mejor es pasarlos por alto.

–No sé si sería muy prudente.

–¿Por qué? Supongo que no publicarán calumnias infundadas en el *Times*, ¿verdad? Con lo que dije de que el diamante lo guarda a buen recaudo la compañía de seguros debería bastar.

–Es verdad que el *Times* no publica rumores, pero tengo una fuente de confianza que asegura que es cierto, como ya le he dicho, y no puedo soslayarla.

–¡Mecachis!

–Déjeme que le haga una pregunta –dijo Smithback, con un tono que era pura sensatez–: ¿cuándo fue la última vez que vio personalmente el Corazón de Lucifer?

Collopy lo miró.

–Supongo que hace cuatro años, el día en que renovamos la póliza.

–Y ¿en esa ocasión lo examinó un gemólogo acreditado?

–No, pero es que es un diamante inconfundible, y...

Collopy dejó la frase a medias al darse cuenta de la endeblez del argumento.

–¿Cómo sabe que era el original, doctor Collopy?

–Por una suposición perfectamente razonable.

–Ahí está el quid, ¿verdad, doctor Collopy? Lo cierto –prosiguió amablemente Smithback– es que no tiene la seguridad de que el Corazón de Lucifer aún esté en la caja fuerte de la compañía de seguros. Ni de que el diamante que contiene esa caja (suponiendo que contenga alguno) sea el original.

–¡Eso es llevar hasta el absurdo la teoría de la conspiración! –El director volvió a pasearse con los puños en la espalda–. ¡No tengo tiempo para según qué!

–Pero tampoco le conviene dejar que se le vaya de las manos una noticia así. Ya sabe que estas cosas tienden a adquirir vida

propia, y yo mi artículo lo tengo que entregar hoy mismo por la tarde.

–¿Su artículo? ¿Qué artículo?

–El de las acusaciones.

–¡Como publiquen eso, mis abogados se los meriendan VIVOS!

–¿Atacarían al *Times*? Lo dudo.

Smithback no perdía el sosiego. Esperó a que Collopy se tomara todo el tiempo necesario para llegar a la única conclusión posible, predeterminada.

–¡Maldita sea! –dijo el director, girando bruscamente–. Pues nada, ya veo que habrá que sacarlo y hacer que certifiquen su autenticidad.

–Interesante propuesta –dijo Smithback.

Collopy siguió paseándose.

–Se tendrá que hacer públicamente, pero con las máximas medidas de seguridad, claro. No podemos dejar que entre cualquier hijo de vecino a verlo.

–Lo único que necesita, si me permite decírselo, es al *Times*. Los otros nos seguirán, como siempre. Somos el periódico de referencia.

Otro giro.

–Puede que tenga razón.

Más pasos por la habitación, y media vuelta.

–¿Sabe qué le digo? Que haré lo siguiente: buscaré a un gemólogo para que certifique que el diamante que guarda nuestra compañía de seguridad es el Corazón de Lucifer. Lo haremos en la propia sede de Affiliated Transglobal, con la máxima vigilancia. Solo habrá un periodista: usted. ¡Y más vale que el artículo que escriba arranque de cuajo los rumores de una vez por todas!

–Eso si es el auténtico.

–Si no lo es, le juro que el museo acabará quedándose Affiliated Transglobal.

–¿Y el gemólogo? Para que sea creíble tendrá que ser independiente.

Collopy hizo una pausa.

–Sí, es verdad que no podemos usar a uno de nuestros comisarios.

–Evidentemente, su prestigio deberá estar a prueba de bombas.

–Me pondré en contacto con el Consejo Nacional de Gemólogos. Podrían enviar a uno de sus expertos.

Collopy se acercó a su escritorio, descolgó el teléfono y encadenó varías llamadas antes de mirar de nuevo a Smithback.

–Ya está todo organizado. Quedamos a la una en punto en la sede de Affiliated Transglobal, avenida de las Américas 1271, planta cuarenta y uno.

–¿Y el gemólogo?

–Se llama George Kaplan. Dicen que es de los mejores. –Miró a Smithback–. Ahora, si me disculpa, tengo mucho trabajo. Hasta la una. –Vaciló–. Y gracias por su discreción.

–A usted, doctor Collopy.

## Ù

# Sesenta

D'Agosta oyó acercarse las sirenas por las dunas. El ruido aumentaba y disminuía de volumen. Reconoció por su experiencia en la policía de Southampton el típico sonido metálico de las sirenas baratas que se instalaban en los buggies para patrullar por la arena.

Llevaban como mínimo cinco minutos escondidos a la sombra de una duna, evaluando la situación. Si se quedaban en la playa, les sería imposible escapar de los buggies con la camioneta. Por otro lado, si volvían a la calle, ahora que ya se sabía más o menos dónde estaban, el tipo de vehículo y la matrícula, los pillarían enseguida.

Estaban cerca de Southampton, los antiguos dominios de D'Agosta, que conocía el terreno, al menos por encima. Tenía que haber una manera de huir. Solo era cuestión de encontrarla.

Arrancó la camioneta con el freno de emergencia puesto.

–Aguántese –dijo.

Pendergast, que por lo visto no tenía más llamadas pendientes, lo miró.

–Estoy en sus manos.

D'Agosta respiró hondo y pisó a fondo el acelerador para sacar la camioneta de debajo de la duna y subir por la siguiente, levantando enormes chorros de arena. Después de meterse en otra depresión, rodearon varias dunas y subieron en diagonal por un montículo especialmente grande que los separaba de la tierra firme. Al llegar a la cima, D'Agosta vio varios buggies de la policía por el retrovisor. Estaban a medio kilómetro, en la parte dura de la arena. Dos ya circulaban por las dunas. Debían de estar siguiendo sus huellas.

Mierda. Estaban más cerca de lo previsto.

Justo cuando la camioneta llegaba al punto más alto de la duna, D'Agosta pisó al máximo el pedal y aterrizaron al otro lado tras un corto vuelo. A continuación salieron de la arena blanda y cruzaron una zona de matojos, derrapando. Era el final de la reserva. Varias fincas lujosas obstaculizaban su camino. Mientras se peleaba con los neumáticos, D'Agosta encajó en su cabeza la topografía local. Sabía que si conseguían llegar al otro lado de las fincas estarían en la marisma de Scuttlehole.

El relieve se iba suavizando. D'Agosta reventó una valla de listones y salió a una carretera estrecha. Al fondo había un seto muy alto de boj que rodeaba una de las fincas. Se pegó al seto sin perder velocidad. Delante había una curva. Fue cuando vio lo que necesitaba: una mancha clara en la vegetación. Giró y se fue derecho hacia ella. La camioneta chocó a setenta por hora con las plantas, haciendo un boquete en el seto (y quedándose sin ninguno de los dos retrovisores). Luego D'Agosta aceleró por cinco hectáreas de césped, con una mansión enorme de estilo georgiano a la izquierda, y un cenador y una piscina cubierta a la derecha. Una rosaleda les cerraba el paso.

Pasó como una flecha junto a la piscina, dejó la rosaleda hecha una ruina, melló el brazo de una estatua de una mujer desnuda y arrasó el macizo de flores que tenían delante. Más lejos había otro seto ininterrumpido, como una pared verde.

Pendergast miró por la luna trasera de la camioneta con cara de pena.

–No está dejando nada en pie, Vincent –dijo.

–Ya pueden añadir abusos a una estatua desnuda a mi lista de delitos, que cada vez son más. De momento le aconsejo que se agarre.

Aceleró hacia el seto.

La colisión fue tan brutal que casi paró la camioneta. El motor petardeó, y por unos instantes D'Agosta tuvo miedo de que se apagara, pero consiguieron llegar sin detenerse al otro lado del seto, donde había otra carretera estrecha. Al otro lado, una valla los separaba de las marismas de alrededor del estanque de Scuttlehole.

Las últimas semanas habían sido frías, muy frías. Ahora D'Agosta averiguaría si lo habían sido bastante.

Aceleró a tope por la carretera hasta encontrar un hueco en la valla, por el que abandonó otra vez el asfalto. Los pinos dispersos en torno a la marisma lo obligaron a ir un poco más despacio, para no chocar con ellos. Aún oía las sirenas, lejos, pero siempre detrás. El atajo por la finca le había permitido ganar tiempo, pero no mucho.

Los pinos achaparrados cedieron su lugar a arenales y hierbas de humedal. D'Agosta vio tallos muertos de enea y hierba amarillenta. La laguna parecía extraviada en la luz gris.

–¿Vincent? –dijo Pendergast, tranquilo–. ¿Es usted consciente de que tenemos delante una lámina de agua?

–Sí, ya lo sé.

La camioneta aceleró por el borde helado de la marisma, haciendo saltar trozos de hielo hacia ambos lados como si fuera la estela de un barco. El indicador de velocidad volvió a aproximarse a los cincuenta por hora. Cincuenta y cinco, sesenta y cinco... Lo que pensaba hacer D'Agosta requería toda la potencia del motor.

Un impacto final, un rastro de eneas aplastadas y el impacto de los neumáticos con el hielo.

Pendergast se aferró a la puerta, olvidándose de los cafés.

–¿Vincent...?

La camioneta iba muy deprisa, partiendo el hielo con un ruido como de ametralladora. Al mirar por el retrovisor, D'Agosta vio que dejaban un rastro de fisuras en el agua congelada. En algunos puntos saltaban trozos enteros que dejaban a la vista un agua negra. El ruido del hielo resquebrajado resonaba por el lago como cañonazos.

–La idea es que no nos puedan seguir –dijo con los dientes apretados.

Pendergast no respondió.

La otra orilla, jalonada por casas majestuosas, se acercaba deprisa. Ahora la camioneta casi daba la sensación de flotar, mientras cabeceaba como una lancha por la capa de hielo, constantemente rota.

D'Agosta notó que perdían impulso. Aceleró un poco, pero con la prudencia de ir levantando muy despacio el pie del pedal. Al ruido del motor, y de las ruedas derrapando, se añadía cada vez más fuerte el del hielo partido.

«Doscientos metros.» Pisó el pedal, pero solo sirvió para que las ruedas giraran más deprisa.

La potencia que se transmitía desde las ruedas a la superficie resbaladiza disminuía constantemente. La camioneta sufrió una sacudida, redujo su velocidad y empezó a ladearse, mientras se convertía en el centro de un abanico de grietas.

«No está la cosa para medias tintas.» D'Agosta volvió a pisar a fondo el acelerador, al tiempo que giraba el volante. El motor protestó. La camioneta aceleró, pero no lo suficiente para adelantarse a la estremecedora desintegración del hielo.

«Cien metros.»

El motor había empezado a zumbar como una turbina. Mientras tanto, la camioneta seguía escorándose. Ahora se movía por pura inercia.

La orilla estaba cerca, pero cada segundo era velocidad perdida. Pendergast se había puesto el ordenador portátil y la radio debajo del brazo, y parecía prepararse para abrir la puerta.

–¡Todavía no!

D'Agosta imprimió al volante el movimiento justo para enderezar la camioneta. El morro, que era la parte más pesada, seguía levantado. Mientras siguiera así...

La parte delantera del vehículo empezó a nivelarse con una horrible sensación de hundimiento. Durante unos instantes, el desenlace fue incierto. Luego el morro bajó de golpe y chocó con el borde del hielo, haciendo frenar la camioneta en seco.

D'Agosta dio un empujón a la puerta y se lanzó al agua helada. Con las manos en la repisa de hielo, que se estaba rompiendo, consiguió subir a un témpano suelto y se apartó como un cangrejo, mientras el chasis de la camioneta se erguía vertical. Las ruedas traseras aún giraban, salpicando una mezcla de agua y hielo. De repente D'Agosta vio que el vehículo se hundía, provocando un chorro de aire que lo salpicó de agua helada. La ola dejó una estela de trozos de hielo que formaban remolinos al girar.

Ya no quedaba ni rastro de la camioneta. Sin embargo, al otro lado del boquete estaba Pendergast, de pie en el hielo, como si acabara de apearse tan campante del vehículo: ordenador y radio bajo el brazo, traje negro seco, como recién planchado...

D'Agosta se incorporó con dificultad en el hielo, que crujía. Solo diez metros los separaban de la orilla. Miró hacia atrás, pero los buggies aún no habían aparecido en el borde del lago.

–Vamonos.

Tardaron muy poco en llegar a la orilla y esconderse al otro lado de un embarcadero. Justo en ese momento empezaron a llegar los buggies, perforando con sus faros el aire gris y gélido. El panorama que los recibió hablaba por sí solo: un largo rastro de pedazos de hielo que cruzaba casi todo el lago hasta morir en un agujero. Una mancha de gasolina se propagaba lentamente entre los témpanos, llenando el agua de irisaciones.

Pendergast miró el lago entre las planchas del embarcadero.

–Ingeniosísima maniobra, Vincent.

–Gracias –dijo D'Agosta, con un castañeteo de dientes.

–Tardarán un poco en averiguar que no hemos muerto. ¿Aprovechamos el respiro para indagar qué nos ofrece el vecindario en cuanto a transporte?

D'Agosta asintió con la cabeza. Nunca había tenido tanto frío. Tenía el pelo y la ropa congelados, y le quemaban de frío las manos.

Avanzaron pegados al seto de una de las mansiones (todas eran «casitas de verano», cerradas en invierno), y al ver que no había nadie en el camino de entrada rodearon la casa y miraron por la ventana del garaje.

Había un Jaguar de época apoyado en unos bloques. Las ruedas estaban amontonadas en la penumbra de una esquina.

–Debería servir –murmuró Pendergast.

–El garaje tiene alarma –consiguió decir D'Agosta.

–Naturalmente.

Pendergast miró a su alrededor, encontró un cable tras una tubería y lo siguió hasta la puerta del garaje. Solo tardó unos minutos en localizar la placa de conexión de la alarma.

–Qué rudimentario –dijo, mientras introducía un clavo suelto por detrás de la placa y la soltaba, con la precaución necesaria para no cortar la conexión.

Seguidamente forzó la cerradura de la puerta del garaje y la levantó un palmo para que pudieran deslizarse por debajo.

Dentro había calefacción.

–Entre en calor mientras trabajo, Vincent.

–¿Se puede saber por qué no se ha mojado? –preguntó D'Agosta, que se había puesto justo encima de la rejilla de la calefacción.

–Es posible que haya calculado mejor el momento.

Pendergast se quitó el abrigo y la americana, se arremangó la camisa (de un blanco inmaculado) y puso cada rueda donde tenía que ir. Tras levantar un extremo del coche con el gato, fijó el neumático y lo aseguró. Lo mismo con los otros tres.

–¿Qué, se va calentando? –preguntó sin dejar de trabajar.

–Más o menos.

–Pues entonces, Vincent, si no le importa, abra el capó y conecte la batería.

Pendergast señaló con la cabeza una caja de herramientas situada en una esquina.

D'Agosta sacó una llave inglesa, abrió el capó, conectó la batería, verificó los niveles de fluido y le echó un vistazo al motor.

–Tiene buena pinta.

Pendergast dio una patada al último bloque y bajó el gato.

–Estupendo.

–No hay nadie que pueda llamar a la policía para decirles que han robado un coche.

–Ya veremos. Parece que en invierno esto se quede vacío pero siempre puede haber vecinos indiscretos. Este Mark VII de 1954 no es precisamente un coche que pase inadvertido. Y ahora el momento de la verdad. Suba, por favor, y ayúdeme a ponerlo en marcha.

D'Agosta se sentó al volante y aguardó instrucciones.

–Pise el acelerador. Ahora dele al estárter. Póngalo en punto muerto.

–Listo –dijo D'Agosta.

–Cuando oiga que gira el motor, apriete un poco el acelerador.

D'Agosta hizo lo que le pedían. Al cabo de un momento, el coche despertó con un rugido.

–Suelte el estárter –dijo Pendergast.

Se acercó a la caja de la alarma, miró a su alrededor, cogió un cable largo, lo conectó a las dos placas metálicas y abrió la puerta.

–Ya puede salir.

D'Agosta cruzó la puerta del garaje a bordo del Jaguar. Pendergast la cerró y subió a la parte trasera.

–Vamos a calentarlo un poco –dijo D'Agosta, familiarizándose con el tablero de mandos mientras salía a la calle.

–Adelante. Aparque y déjelo en marcha unos minutos, que yo me tumbo y... ¡Vaya! ¿Qué es esto? –Enseñó una cazadora de deporte muy chillona, con distintos tonos de verde claro–. ¡Un golpe de suerte, Vincent! Ya está a tono con el papel.

D'Agosta se quitó el abrigo empapado y lo tiró al suelo para ponerse la nueva chaqueta.

–Le sienta muy bien.

–Ya, ya...

Justo entonces sonó el móvil de Pendergast. D'Agosta vio que se lo sacaba del bolsillo.

–¿Diga? Ah, ya... –dijo Pendergast–. Sí, perfecto. Gracias.

Colgó.

–Disponemos de tres horas para llegar a Manhattan –dijo tras una consulta a su reloj–. ¿Lo ve factible?

–Chupado. –D'Agosta vaciló–. ¿Qué, piensa decirme quién puñetas era y a qué se ha estado dedicando?

–Era William Smithback.

–¿El periodista?

–Sí. Resulta, Vincent, que es posible que haya llegado nuestra tan y tan ansiada oportunidad.

–¿Cómo lo sabe?

–La persona que ha entrado esta noche a robar en la Sala Astor era Diogenes.

D'Agosta se giró a mirarlo fijamente.

–¿Diogenes? ¿Seguro?

–Totalmente. Siempre lo han obsesionado los diamantes. Todos estos asesinatos solo eran una horrible distracción para mantenerme ocupado mientras él planeaba su auténtico delito: el robo de la sala de diamantes. Eligió a Viola como su última víctima a fin de asegurarse de que mi distracción fuera máxima en el momento del robo. Al final sí que ha sido el «crimen perfecto», pero en un sentido público, espectacular, sin limitarse a mí como víctima.

–Y ¿por qué dice que es nuestra oportunidad?

–Lo que no sabía Diogenes, lo que no podía saber de ningún modo, es que el mejor diamante, el que más debía de ansiar, no estaba expuesto. El Corazón de Lucifer no lo ha robado. Solo se ha llevado una imitación.

-¿Y?

–Pues que voy a ser yo quien robe el verdadero Corazón de Lucifer en su lugar, y lo usaré como moneda de cambio. ¿El motor ya está caliente? Vamonos a Nueva York, que no hay ni un minuto que perder.

D'Agosta apartó el coche de la acera.

–Le he visto sacarse bastantes conejos de la chistera, pero ya me dirá cómo piensa robar el diamante número uno del mundo, así, de improviso, si no sabe dónde está y no tiene ni idea de cómo lo protegen...

–Es posible, Vincent, pero sepa que mis planes ya están en marcha.

Pendergast se tocó el bolsillo donde tenía el móvil.

D'Agosta siguió mirando la carretera.

–Tenemos un problema –dijo en voz baja.

–¿Cuál?

–Que damos por supuesto que Diogenes aún tiene algo que intercambiar.

Un breve silencio.

–Recemos por que así sea –dijo Pendergast.

## Ù

# Sesenta y uno

Laura Hayward subió deprisa por la escalinata del edificio del FBI de Lower Manhattan, seguida de cerca por el capitán Singleton, que iba tan elegante como siempre: abrigo de pelo de camello, bufanda de Burberry's y finos guantes de piel negra. Durante el trayecto, Singleton no había estado muy hablador. Mejor, porque Hayward no tenía ganas de conversación.

No habían pasado ni veinticuatro horas desde que D'Agosta había salido de su despacho, dejándola con el ultimátum en la boca, pero parecía un año. Ella, que siempre había sido tan equilibrada, entró en el edificio del FBI con una sensación de irrealidad abrumadora. Quizá no fuera cierto nada de lo que estaba pasando. Quizá no estuviera yendo a una reunión de emergencia del FBI. Quizá Pendergast no fuera el criminal más buscado de toda la ciudad, ni D'Agosta su cómplice. Quizá se despertara nuevamente un 21 de enero, con el olor de la lasaña demasiado hecha de Vinnie flotando por el piso.

Al llegar al control de seguridad, mostró su placa, entregó la pistola y firmó en el registro. No habría final feliz. Porque si

D'Agosta no era cómplice de Pendergast, sería víctima de Pendergast.

La sala de reuniones era grande, con revestimiento de madera oscura. A ambos lados de la entrada pendían flácidas de sendas astas de latón las banderas de Nueva York y de Estados Unidos. En las paredes había fotos en color de varios políticos. La sala estaba dominada por una mesa enorme y ovalada, con sillas de cuero alrededor. Faltaba algo tan típico de las reuniones del Departamento de Policía de Nueva York como el dispensador de café y la montaña de donuts y rosquillas sobre una mesita. Lo único que había, frente a cada silla, era medio litro de agua mineral embotellada.

Grupos de desconocidos de ambos sexos, todos con traje oscuro, conversaban en voz baja en varios puntos de la habitación. Al ver entrar a Hayward y Singleton, se repartieron velozmente por las sillas. Hayward eligió la que tenía más cerca. Singleton tomó asiento en la de al lado y se quitó los guantes y la bufanda. Como no había colgadores, quedaron como las dos únicas personas con abrigo en toda la sala.

Un individuo alto y corpulento entró en la sala de reuniones, seguido a poca distancia por dos hombres más bajos, como perros de caza obedientes, ambos con un grueso fajo de carpetas rojas bajo el brazo. El hombre alto se paró a mirar la mesa durante un momento. Estaba moreno, a diferencia de las otras caras de la habitación (todas pálidas, como correspondía al invierno neoyorquino), pero no era un moreno uniforme y artificial de solárium, sino de haberse pasado muchas horas trabajando con sol y calor. Tenía los ojos pequeños, estrechos y cabreados.

Se dirigió a la cabecera de la mesa, donde quedaban tres sillas vacías, y se sentó en la del medio. Sus dos acompañantes se sentaron a su izquierda y su derecha.

–Buenos días –dijo con un acento brusco de Long Island que no casaba con su bronceado–. Soy el agente Spencer Coffey, jefe de la delegación, y me acompañan los agentes especiales Brooks y Rabiner, que serán quienes me ayuden a dirigir la búsqueda del agente especial Pendergast.

Pronunció el apellido como si lo escupiera, mientras la rabia de sus ojos se extendía al resto de la cara.

–Lo que sabemos, de momento, es lo siguiente: que Pendergast es el principal sospechoso de cuatro homicidios, uno en Nueva Orleans, otro en Washington y dos aquí, en Nueva York. Tenemos pruebas de ADN y fibras procedentes de los cuatro crímenes, y estamos colaborando con las autoridades locales para encontrar nuevas pistas.

Singleton dirigió una mirada elocuente a Hayward. La «colaboración», tal como la entendía Coffey, se había plasmado en una horda de agentes del FBI que se había abatido sobre el despacho de la capitana y, tras someter a sus hombres a un bombardeo de preguntas, se había llevado todas las pruebas que les había dado la gana. Lo irónico del caso era que el interés de Coffey lo hubiera despertado, en primer lugar, la petición de Hayward de un perfil a Quantico.

–Está claro que nos enfrentamos con un desequilibrado mental, tal como confirma el perfil psicológico. La probabilidad de que esté planeando nuevos homicidios es muy alta. Fue visto por última vez ayer por la tarde en el aeropuerto Kennedy, donde logró escaparse de los guardias de seguridad y de la policía y se fue en un coche de alquiler robado. El suyo lo dejó entre los otros coches de alquiler. Era un Rolls Royce.

Se elevó un murmullo puntuado por risitas y malas caras. Pendergast debía de haberse granjeado bastantes enemigos durante su estancia en el FBI.

–Aunque esté pendiente de confirmación, parece que a lo largo de la noche y la mañana Pendergast ha sido visto en varias tiendas y gasolineras de los condados de Nassau y Suffolk. Le estamos siguiendo la pista. Viaja acompañado, se cree que por el teniente de la policía de Nueva York Vincent D'Agosta. Por otro lado, acaban de informarme de una persecución en los alrededores de Southampton, y a juzgar por los testimonios preliminares de los agentes que han participado en ella podría tratarse de Pendergast y D'Agosta.

Hayward, violenta, cambió de postura. Singleton no giró la cabeza.

–En este momento, nuestros hombres registran el apartamento de Pendergast de la calle Setenta y dos y su casa de Nueva Orleans. Cualquier dato que pueda ayudar a prever sus movimientos llegará debidamente a manos de todos ustedes. Estamos montando una estructura de mando y control que permitirá divulgar rápidamente cualquier nueva información. Nos enfrentamos a una situación muy incierta, que nos exigirá revisar nuestra estrategia en función de cómo evolucione.

Coffey hizo una señal con la cabeza a sus subordinados, que se levantaron para distribuir las carpetas rojas alrededor de la mesa. Hayward observó que ni ella ni Singleton recibían un ejemplar. Había supuesto que sería una reunión de trabajo, pero a la vista estaba que el agente especial Coffey ya tenía decidido cómo llevar el caso, y que no necesitaba ni quería consejos de nadie.

–En estas carpetas encontrarán sus instrucciones y misiones iniciales. Trabajarán en equipo. A cada equipo que se forme se le asignarán seis agentes. Nuestra prioridad número uno es determinar los movimientos de Pendergast durante las últimas veinticuatro horas, buscar pautas, establecer controles e ir estrechando el cerco hasta atraparlo. No sabemos por qué se pasea por Long Island parando en las tiendas de veinticuatro horas y las gasolineras. Según las personas a quienes hemos interrogado, busca a alguien. Necesitaré informes orales de todos los equipos con frecuencia horaria, sea a mí directamente, sea a los agentes especiales Brooks y Rabiner.

Coffey se levantó pesadamente y deslizó una mirada iracunda por la mesa.

–Expondré la situación en toda su crudeza: Pendergast es de los nuestros, y se conoce al dedillo los trucos del oficio. Aunque parezca que ya lo hayamos acorralado en el este de Long Island, todavía es posible que se nos escape. Por eso hemos puesto en marcha todos nuestros recursos. Tenemos que pillar lo antes posible a ese cabrón. Está en juego el prestigio del FBI.

Volvió a mirar a los presentes.

–¿Alguna pregunta?

–Sí –dijo Hayward.

Se convirtió en el centro de todas las miradas. En realidad no quería hablar, pero se le había escapado de los labios.

Al mirarla, los ojos de Coffey se encogieron aún más hasta que parecieron dos puntitos blancos.

–Capitana... Hayward, ¿no?

Ella asintió con la cabeza.

–Adelante, por favor.

–No ha dicho nada sobre el papel de la policía de Nueva York en la búsqueda.

Las cejas de Coffey se arquearon.

–¿Papel?

–Sí. He oído muchas cosas sobre lo que hará el FBI, pero ninguna sobre la colaboración con la policía de Nueva York a la que se ha referido hace un momento.

–Capitana Hayward, nuestros últimos datos, si me ha estado escuchando, sitúan a Pendergast en el condado de Suffolk, donde ustedes no es que puedan ayudarnos mucho.

–Es verdad, pero aquí en Manhattan tenemos decenas de detectives que conocen el caso, y es donde hemos analizado prácticamente todas las pruebas...

–Capitana –la interrumpió con vehemencia Coffey–, nadie agradece más que yo la ayuda prestada por la policía de Nueva York en la investigación de este caso. –En realidad no parecía agradecido; si algo parecía, era más cabreado que antes–, pero en este momento está fuera de su jurisdicción.

–Sí, de nuestra jurisdicción inmediata, pero Pendergast podría volver a la ciudad, y dado que se le busca por dos asesinatos cuya investigación corre a mi cargo, deseo cerciorarme de que tengamos acceso al interrogatorio en el momento en que se le detenga.

–No nos precipitemos –replicó Coffey–. De momento aún está suelto. ¿Alguna pregunta más?

La sala quedó en silencio.

–Bueno, pues solo me queda una cosa por decir. –La voz de Coffey bajó un poco de volumen–. No quiero riesgos. Pendergast va armado, está desesperado y es extremadamente peligroso. En el caso de que se produjera un enfrentamiento, la situación justificaría una respuesta armada máxima. Dicho en otras palabras: péguenle un tiro, al muy hijo de puta. Disparen a matar.

## Ù

# Sesenta y dos

George Kaplan salió de su casa de Gramercy Párk, se quedó un momento en el primer escalón del viejo edificio para ponerse bien el abrigo de cachemira, se limpió una mota de polvo, dio un pellizco al nudo perfecto de su corbata, se palpó los bolsillos, llenó sus pulmones del aire frío de enero y empezó a bajar. Vivía en un barrio tranquilo y con árboles, justo enfrente del parque, por cuyos caminos sinuosos siempre había madres paseando con sus hijos, incluso en invierno, en pleno frío; madres e hijos cuyas voces alegres ascendían por las ramas desnudas.

Tuvo un estremecimiento de emoción. La llamada que había recibido era una noticia inesperada, pero magnífica. La mayoría de los gemólogos se morían sin haber tenido la oportunidad de contemplar de cerca una piedra preciosa no ya tan rara y célebre como el Corazón de Lucifer, sino con una millonésima parte de su rareza y fama. Naturalmente, Kaplan lo había visto en el museo, tras un grueso cristal y con una iluminación execrable, pero hasta entonces no había entendido que estuviera tan mal iluminado. Era la única manera de que ningún gemólogo (incluido él) se diera cuenta de estar frente a una imitación. Una imitación, por otro lado, espléndida, ya que se trataba de un auténtico diamante, sometido a radiaciones para infundirle un espectacular color canela (reforzado sin duda por una instalación de fibra óptica coloreada puesta hábilmente debajo de la piedra). En sus cuarenta años como gemólogo, Kaplan había visto de todo, todos los timos, estafas y engañifas del negocio y se reprochó no haberse dado cuenta de que un diamante como el Corazón de Lucifer no se

podía exponer. Ninguna compañía habría estado dispuesta a asegurar una gema que siempre estaba a la vista del público, y cuya localización era sabida en todo el mundo.

El Corazón de Lucifer. ¿Cuánto valía? El último diamante rojo de cierta calidad que había salido a la venta era el Dragón Rojo, una pieza de cinco quilates por la que se habían pagado dieciséis millones de dólares. El Corazón de Lucifer era nueve veces mayor, y lo superaba en perfección y color. Se trataba indiscutiblemente del mejor diamante de fantasía del mundo.

¿Que cuánto valía? Lo que fuera.

Después de la llamada, Kaplan había pasado por la biblioteca de su casa para refrescar sus conocimientos sobre la historia del Corazón de Lucifer. En materia de diamantes, la intensidad del color solía ir en detrimento de la calidad, pero solo hasta cierto punto. Si aparecía una pieza con un color de gran profundidad y densidad, veía multiplicado de golpe su valor, y se convertía en una auténtica rareza. Entre todos los colores que podía tener un diamante, el más raro, con diferencia, era el rojo. Kaplan sabía que en toda la extracción en bruto de todas las minas de De Beers solo aparecía un diamante rojo de calidad cada dos años, aproximadamente. Con el Corazón de Lucifer, el adjetivo «único» sonaba trillado. Tenía cuarenta y cinco quilates y era un mineral enorme, cortado en forma de diamante, clasificado como VVS1 Fancy Vivid por el GIA, el Instituto Gemológico de América. No existía nada comparable en todo el mundo. Por no hablar del color, ni de rubí ni de granate (tonos ya de por sí rarísimos), sino vivamente anaranjado, tirando a rojo: un color tan infrecuente que ni siquiera tenía nombre. «Canela», lo llamaban algunos. A Kaplan le parecía más rojizo que el canela propiamente dicho, pero no se le ocurría ninguna otra manera de describirlo. Lo más parecido que encontraba (pero en menos fastuoso) era la sangre iluminada por el sol. No había objeto comparable en todo el ancho mundo, nada del mismo color. Era un misterio científico. Para descubrir la causa del excepcional color del Corazón de Lucifer, los científicos tendrían que haber destruido un trozo del diamante, cosa que lógicamente no harían nunca.

La historia del diamante era corta y sangrienta. La piedra en bruto, un monstruo de unos ciento cuatro quilates, la encontró un buscador a principios de los años treinta en el Congo, y despistado por su color la usó para saldar sus deudas en el bar. Más tarde, al enterarse de que era un diamante, intentó que se lo devolviera el dueño del bar, y ante su negativa entró una noche en casa del nuevo propietario y, tras asesinarlo a él, a su mujer y a sus tres hijos, se pasó el resto de la noche tratando de ocultar su crimen a base de cortar los cadáveres en trocitos y tirárselos a los cocodrilos del río Buyimai desde el porche trasero. Al final lo pillaron, y en la fase de recogida de pruebas (para la que fue necesario matar a una docena de cocodrilos de río y examinar el contenido de su estómago) un reptil furioso segó la vida de un inspector de la policía. Otro inspector murió ahogado cuando intentaba salvar a su colega.

La gema, todavía sin cortar, circuló por el mercado negro (provocando, se decía, varios asesinatos más) hasta reaparecer en Bélgica como propiedad de un traficante famoso, que la partió con tan mala fortuna que le hizo una fisura tremenda, y acabó suicidándose. La piedra en bruto, deteriorada por su anterior dueño, circuló de mano en mano durante una temporada por el mercado clandestino del diamante, hasta llegar a las de un tallista israelí apellidado Arens, uno de los mejores del mundo. Gracias a un corte que con el tiempo fue calificado como el mejor de la historia, Arens obtuvo un diamante en forma de corazón a partir de la piedra resquebrajada, eliminando el defecto sin fracturar la piedra ni perder mucho material. El proceso le llevó ocho años, y se hizo legendario. Arens dedicó tres años a observar la piedra, y otros tres a practicar el corte y el pulido ni más ni menos que con doscientos modelos de plástico del original (experimentando soluciones para optimizar el tamaño, el corte y el diseño al mismo tiempo que neutralizaba el peligrosísimo defecto). Su éxito era comparable al de Miguel Ángel cuando logró esculpir su David a partir de un bloque de mármol con una grave fisura, bloque que otros escultores habían rechazado por considerarlo inservible.

El resultado fue que Arens aprovechó una sola piedra en bruto para obtener un diamante en forma de corazón totalmente fuera de lo común, así como una docena, diamante más diamante menos, de piezas más pequeñas. La triste historia de la piedra lo llevó a bautizarla como Corazón de Lucifer. También influyó el hecho de que tallarlo, como le comentó a la prensa, hubiera exigido un esfuerzo «diabólico».

Acto seguido, haciendo gala de una extraordinaria generosidad, Arens donó el diamante al Museo de Historia Natural de Nueva York, que había visitado de niño, y cuya sala de diamantes había despertado su vocación. La docena aproximada de diamantes más pequeños tallados a partir de la misma piedra se vendió por una suma excepcional, o eso decían los rumores, aunque se dio el extraño caso de que ninguna de ellas reapareciese jamás en el mercado. Kaplan sospechaba que habían servido para fabricar una joya espectacular, que seguía en manos de la misma persona, la cual no deseaba hacer pública su identidad.

Kaplan cambió de calle en la siguiente esquina, la de Gramercy Park, y se dirigió hacia el oeste, hacia Park Avenue, donde las posibilidades de coger un taxi al centro eran mayores. Tenía media hora, pero a la hora de comer el tráfico del centro era imprevisible por naturaleza, y él estaba menos dispuesto que nunca a llegar tarde.

Mientras esperaba el cambio del semáforo en la esquina de Lex, lo sobresaltó la aparición de un coche negro que se acercó con la ventanilla bajada. Dentro había un hombre con una cazadora de deporte verde.

–¿George Kaplan?

El hombre de la cazadora sacó la cabeza, enseñó una placa de teniente de la policía de Nueva York y abrió la puerta.

–Suba, por favor.

–Es que tengo una cita muy importante. ¿De qué se trata?

–Ya, ya lo sé, con Affiliated Transglobal Insurance. Soy su escolta.

Kaplan se fijó en la placa: teniente Vincent D'Agosta. Era auténtica (Kaplan estaba bien versado en esas cosas). Por otro

lado, a pesar de lo inhabitual del atuendo, la persona que conducía el coche solo podía ser un poli. ¿Cómo si no habría podido saber lo de la cita?

–Muy amable.

Subió. El coche se apartó de la acera con las puertas cerradas y los seguros puestos.

–Habrá muchas medidas de seguridad –dijo el policía, señalando el asiento del medio, donde había una caja de plástico gris–. Lo lamento, pero tendrá que dejar el teléfono móvil, la cartera con todos los documentos, las armas (si es que lleva alguna encima) y todas sus herramientas. Póngalo todo en la caja de al lado, que se la daré a mi colega, y cuando la hayan examinado se la devolverán en la caja fuerte.

–¿No hay ninguna otra manera?

–No. Supongo que lo entiende.

Kaplan (que, dadas las circunstancias, no estaba demasiado sorprendido) sacó lo que le había pedido el policía y lo dejó en la caja. En el semáforo siguiente (el de Park Avenue) se les puso al lado un Jaguar de época que los había estado siguiendo. Las ventanillas de ambos coches bajaron a la vez. El policía sacó la caja por la suya. Al echar un vistazo al otro coche, Kaplan vio que el conductor era un hombre rubio y repeinado, con un traje negro de excelente factura.

–Para ser policía, su colega va en un coche francamente curioso.

–Es que es un hombre francamente curioso.

Cuando el semáforo se puso verde, el Jaguar se fue hacia Midtown por la derecha, mientras el policía que llevaba a Kaplan se dirigía al sur.

–Perdone, pero deberíamos ir al norte –dijo Kaplan–. La sede de Affiliated Transglobal Insurance está en la avenida de las Américas 1271.

El coche aceleró hacia el sur. El policía se giró sin sonreír.

–Siento informarle, señor Kaplan, de que no podrá acudir a la cita.

# Ù
# Sesenta y tres

Se reunieron en el salón de Harrison Grainger, director general de Affiliated Transglobal Insurance. La suite ejecutiva, situada en uno de los últimos pisos del rascacielos de Affiliated Transglobal, daba al norte, al gran cañón de la avenida de las Américas, que se veía hasta el final (el oscuro rectángulo de Central Park, a media docena de manzanas). Grainger salió de su despacho a la una en punto. Era un hombre rubicundo, de orejas bulbosas, cabeza apepina-da, calvicie avanzada y talante campechano.

–¿Qué, ya estamos todos?

Miró a su alrededor.

Smithback hizo lo mismo. Tenía la boca pastosa, y sudaba mucho. Se preguntó cómo se le había ocurrido prestarse a un plan tan insensato. Al principio le había parecido una magnífica aventura, la posibilidad de una exclusiva excepcional, pero ahora la luz cruda de la realidad la iluminaba en toda su vesania. Smithback estaba a punto de participar en un delito gravísimo, además de poner en jaque su ética de periodista.

Grainger sonrió a los reunidos.

–Haz tú las presentaciones, Sam.

Samuel Beck, el director de seguridad, asintió con la cabeza y dio un paso hacia delante. Con todo lo nervioso que estaba, Smithback no pudo evitar fijarse en que tenía los pies minúsculos, como de bailarina.

–El señor George Kaplan –empezó a decir el director de seguridad–, socio de número del Consejo Nacional de Gemólogos.

Kaplan, un hombre pulcro, con traje negro, perilla recortada y gafas montadas al aire, tenía una elegancia como del siglo diecinueve. Inclinó lacónicamente la cabeza.

–Frederick Watson Collopy, director del Museo de Historia Natural de Nueva York.

Collopy dio la mano a todo el mundo. No parecía muy contento de estar donde estaba.

–William Smithback, del *New York Times*.

Smithback consiguió repartir apretones de manos, pese a tener la suya más mojada que una bayeta.

–Harrison Grainger, director general del grupo Affiliated Transglobal Insurance.

La presentación fue recibida con nuevos murmullos de saludo.

–Rand Marconi, director financiero del grupo Affiliated Transglobal.

«Dios mío», pensó Smithback. ¿Tantos iban a ser?

–Foster Lord, secretario del grupo Affiliated Transglobal.

Más apretones de manos y saludos con la cabeza.

–Skip McGuigan, tesorero del grupo Affiliated Transglobal.

Smithback volvió a aflojarse desmayadamente el cuello de la camisa.

–Jason McTeague, agente de seguridad del grupo Affiliated Transglobal.

Era como cuando anunciaban a los invitados en un baile de la aristocracia. Un guardia de seguridad armado hasta los dientes movió un poco los pies y asintió con la cabeza, pero sin tender la mano.

–Y yo soy Samuel Beck, director de seguridad del grupo Affiliated Transglobal. Huelga decir que todos los que estamos aquí hemos pasado los controles.

Se sonrió de su rasgo de ingenio, respaldado por una carcajada de Grainger.

–Pues nada, vamos –dijo el director general, señalando los ascensores.

Se internaron en lo más profundo del edificio: tres ascensores sucesivos, y varios túneles anónimos de bloques de hormigón que acabaron por llevarlos a la puerta de una cámara acorazada. Smithback, que nunca había visto una puerta tan grande, pulida y lustrosa, se quedó mirándola con el corazón en un puño.

Beck manipuló un teclado, varios cerrojos y un escáner de retina, mientras el resto esperaba.

Al cabo de un rato se giró.

–Ahora tendremos que esperar cinco minutos a que se abran las cerraduras con temporizador. Esta cámara –dijo, orgulloso– contiene todas las pólizas originales de la compañía, sin excepción. Una póliza de seguros es un contrato. Los únicos ejemplares válidos de nuestros contratos están aquí dentro. Representan una cobertura total de casi un billón de dólares. Los sistemas de seguridad son los más modernos del mercado. La cámara está diseñada para aguantar un terremoto de magnitud 9 en la escala Richter, un tornado de fuerza cinco y la detonación de una bomba nuclear de cien kilotones.

Smithback intentó tomar notas, pero sudaba tanto que le resbalaba la pluma en las manos. «Tú piensa en la noticia. Piensa en la noticia.»

Se oyó una especie de timbre.

–Ha sido la señal de que las cerraduras de la cámara ya están abiertas.

Beck accionó una palanca, despertando el zumbido lejano de un motor, mientras la puerta basculaba lentamente hacia fuera. Su solidez impresionaba: metro y medio de acero inoxidable macizo.

La comitiva, cerrada por el guardia de seguridad armado, cruzó otras dos puertas macizas antes de penetrar en lo que constituía a todas luces la cámara principal, un enorme espacio de acero lleno de cajones metálicos, protegidos a su vez por rejas desde el suelo al techo.

El director general se adelantó. Se notaba que estaba disfrutando con su papel.

–La cámara interna, señores. Sin embargo, ni siquiera aquí dentro está desprotegido el diamante, por si tentase a alguno de nuestros fieles empleados, sino que se conserva en una cámara especial, cuya apertura requiere ni más ni menos que de cuatro directivos de Affiliated Transglobal: un servidor, Rand Marconi, Skip McGuigan y Foster Lord.

Los tres aludidos, todos calvos, con el mismo traje gris y parecidos hasta el punto de que podrían haber pasado por hermanos, sonrieron a la vez. Era evidente que no tenían muchas oportunidades de fardar.

La cámara interna estaba al fondo de la principal, tras otra puerta empotrada de acero en cuya superficie se alineaban cuatro cerraduras, bajo una lucecita roja.

–Ahora, antes de abrir la cámara interna, esperaremos a que se cierre la puerta de la cámara externa.

Durante la espera, Smithback oyó una serie de zumbidos, clics y murmullos metálicos.

–Ya estamos encerrados. La puerta de la cámara externa permanecerá cerrada durante todo el tiempo que esté abierta la cámara interna. ¡Aunque uno de nosotros quisiera robar el diamante, no podría salir! –Grainger se rió entre dientes–. Saquen sus llaves, señores.

Todos sacaron llavecitas de sus bolsillos.

–Hemos preparado una pequeña mesa para el señor Kaplan –dijo el director general, señalando una elegante mesa situada cerca de él.

Kaplan la observó apretando los labios con una mueca de desaprobación.

–¿Todo bien? –preguntó el director general.

–Saquen el diamante –dijo Kaplan sin florituras.

Granger asintió con la cabeza.

–¿Señores?

Los cuatro introdujeron sus respectivas llaves en una de las cerraduras, y, tras intercambiar miradas, las giraron a la par. El piloto rojo se puso verde. La cámara se abrió con un clic. Dentro había una simple cajonera de metal con ocho cajones, todos con su etiqueta y su número.

–El cajón número dos –dijo el director general.

Lo abrieron. Grainger introdujo la cabeza y los brazos en la cámara y sacó una cajita metálica gris, que transportó hasta la mesa y dejó reverentemente frente a Kaplan. El gemólogo se sentó y empezó a sacar una pequeña colección de herramientas y lentes, que distribuyó con precisión por el tablero. Después cogió una alfombrilla de terciopelo negro y la desenrolló, formando un cuadrado perfecto en medio de la mesa. Los demás habían constituido un semicírculo en torno a la mesa para verlo trabajar, a

excepción del guardia de seguridad, que se había quedado un poco atrás con los brazos cruzados.

Como último paso, Kaplan sacó unos guantes de cirujano.

–Estoy preparado. Déme la llave.

–Lo siento, señor Kaplan, pero según las normas debo ser yo quien abra la caja –dijo el director de seguridad.

Kaplan hizo un gesto de irritación con la mano.

–Bueno, pero que no se le caiga. Los diamantes son duros, pero se rompen con la facilidad del cristal.

Beck se inclinó, metió la llave y levantó la tapa. Todas las miradas estaban clavadas en la caja.

–No lo toque sin guantes, que tiene las manos sudadas –dijo Kaplan, muy brusco.

El director de segundad se apartó. Kaplan metió una mano en la caja y extrajo el diamante con la misma naturalidad que si fuera una pelota de golf. Después de ponérselo delante, sobre la alfombrilla de terciopelo, abrió una lupa y se inclinó hacia la piedra preciosa.

De repente se irguió y, adoptando un tono seco, agudo y quejumbroso, dijo:

–Perdonen, pero así, con tanta gente alrededor, la verdad es que no puedo trabajar, y menos si se me ponen detrás. ¡Tengan la amabilidad!

–Claro, claro –dijo Grainger–. Retirémonos todos un poco para que el señor Kaplan esté a sus anchas.

Retrocedieron unos pasos. Kaplan volvió a inclinarse para examinar la gema. La cogió con un instrumento de cuatro púas la hizo girar y dejó la lupa en la mesa.

–Pásenme mi filtro Chealsea –dijo desabridamente, sin dirigirse a nadie en concreto.

–Esto... ¿cuál es?–preguntó Beck.

–Aquella cosa blanca y alargada de ahí.

El director de seguridad la cogió y se la dio. Kaplan la abrió y repitió el examen de la gema entre murmullos ininteligibles.

–¿Todo satisfactorio, señor Kaplan? –preguntó solícitamente Grainger.

–No –se limitó a contestar el gemólogo.

Dentro de la cámara, la tensión aumentó.

–¿Tiene bastante luz? –preguntó el director general.

Un silencio glacial.

–Pásenme el DiamondNite. No, eso no, aquello.

Beck le dio a Kaplan un extraño instrumento, cuyo extremo puntiagudo fue aplicado al diamante con gran delicadeza. Sonó un pitido tenue, y se encendió una luz verde.

–Mmm. Al menos sabemos que no es una moissanita –dijo el gemólogo con frialdad, mientras le devolvía el utensilio a Beck (que no parecía muy a gusto en su papel de ayudante).

Más murmullos.

–El polariscopio, por favor.

Beck no acertó enseguida, pero al final se lo dio.

Otra larga mirada, y otro bufido.

Kaplan se incorporó y miró a todos los presentes.

–Por lo que veo (que con este espanto de iluminación no es que sea mucho), probablemente se trate de una imitación; magnífica, pero una imitación.

Silencio atónito. Smithback miró a Collopy de reojo. Al director del museo se le había quedado la cara de un blanco cadavérico.

–¿No está seguro? –preguntó el director general.

–¿Cómo quiere que lo esté? ¿Cómo espera que un experto como yo examine un diamante de fantasía con luz fluorescente?

Silencio.

–Y ¿no debería haberse traído su propia luz? –osó preguntar Grainger.

–¿Mi propia luz? –exclamó Kaplan–. Mire, me perdonará pero su ignorancia es escandalosa. Esto es un diamante de fantasía clasificado Vivid. No se puede traer cualquier luz para mirarlo. Para estar seguro necesitaría luz de verdad, luz natural, que es la única que sirve. A mí no me había dicho nadie que tuviera que examinar el mejor diamante del mundo con luz fluorescente. Es un insulto a mi profesión.

–Debería habérnoslo comentado mientras lo organizábamos –dijo Beck.

–¡Di por supuesto que trataba con una compañía de seguros refinada, que sabía algo de piedras preciosas! No tenía la menor idea de que fueran a obligarme a examinar un diamante en una cámara subterránea donde casi no se puede ni respirar. ¡Y no le digo lo que es tener en el cuello el aliento de media docena de personas, mirándome como si fuera un mono del zoo! En mi informe pondré que podría ser una imitación, pero para saberlo con certeza habrá que esperar a un nuevo examen con luz natural.

Kaplan se cruzó de brazos, mirando duramente al director general.

Smithback tragó saliva con dificultad.

–Bueno, pues supongo que ya está –observó, tomando notas con la esperanza de que fueran legibles–. Ya tengo el artículo.

–¿Cómo que ya tiene el artículo? –dijo Collopy, girándose hacia él–. Aquí no hay ningún artículo. Aquí no hay nada concluyente.

–Totalmente de acuerdo –dijo Granger, cuya voz temblaba–. No adelantemos conclusiones.

Smithback se encogió de hombros.

–Mi fuente original me dijo que el diamante era falso. Ahora el señor Kaplan dice que podría serlo.

–La palabra clave es «podría» –dijo Grainger.

–¡Un momento! –Collopy se giró hacia Kaplan–. ¿Para estar seguro necesita luz natural?

–Es lo que acabo de decir, ¿no?

Collopy miró al director general.

–¿No hay ningún sitio donde se pueda examinar el diamante con luz natural?

Un momento de silencio.

Collopy se irguió.

–Grainger –dijo secamente–, los responsables de que no le pasara nada al diamante eran ustedes.

–Podríamos llevárnoslo a la sala de reuniones para ejecutivos –dijo Grainger–, que está en el séptimo piso y tiene luz de sobra.

–Disculpe, señor Grainger –dijo Beck–, pero en eso la póliza es terminante: el diamante no puede salir de la cámara.

–Ya ha oído al señor Kaplan: necesita más luz.

–Con el debido respeto, señor Grainger, tengo instrucciones y no las puede cambiar nadie, ni siquiera usted.

El director-general hizo un gesto con la mano.

–¡Tonterías! Esto es de la máxima importancia. Tiene que haber una manera de conseguir una exención.

–Solo con la autorización escrita del asegurado ante notario.

–¡Pues ya está! Tenemos aquí al director del museo, y Lord es notario, ¿verdad, Foster?

Lord asintió con la cabeza.

–Doctor Collopy, ¿nos da la autorización escrita necesaria?

–Por supuesto. Esto hay que resolverlo ahora mismo.

Tenía la cara cenicienta, casi cadavérica.

–Redacta el documento, Foster.

–Yo, como director de seguridad, les aconsejaría que se lo pensasen –dijo Beck con calma.

–Le agradezco su interés, señor Beck –dijo Grainger–, pero creo que no entiende todo el alcance de la situación. Nuestra póliza con el museo tiene un límite de cien millones de dólares. Sin embargo, el Corazón de Lucifer está cubierto en una cláusula adicional, y una de las condiciones de que el diamante se guarde aquí es que la responsabilidad sea ilimitada. Deberíamos pagar la suma estipulada por el GIA como valor del diamante, fuera cual fuese. Necesitamos una confirmación de su autenticidad, y la necesitamos cuanto antes.

–A pesar de todo –dijo Beck–, deseo que conste mi oposición a que se saque el diamante de la caja fuerte.

–Bueno, pues ya consta. ¿Foster? Redacta el documento y lo firmará el doctor Collopy.

El secretario sacó una hoja de papel en blanco de su americana y escribió unas líneas. Cuando estuvo firmada por Collopy, Grainger y McGuigan, Lord le dio validez notarial con su rúbrica.

–Vamos –dijo el director general.

–Llamaré a una escolta –dijo Beck, muy serio.

Al mismo tiempo, Smithback vio que el director de seguridad sacaba una pistola, comprobaba que estuviera cargada, quitaba el seguro y se la volvía a guardar en la cintura.

Kaplan cogió el diamante con el instrumento de cuatro puntas.

–Ya lo hago yo, señor Kaplan –dijo Beck sin alterarse.

Cogió el mango de la pinza y depositó el diamante con cuidado en la caja de terciopelo, tras lo cual bajó la tapa, cerró con llave, se guardó la llave en el bolsillo y se puso la caja bajo el brazo.

Esperaron a que Kaplan guardara el instrumental. Luego cerraron la puerta interior y esperaron a que se abriera la externa. Al llegar a la primera de las puertas macizas, se encontraron con un destacamento de guardias de seguridad que los acompañó a los ascensores. Ya había uno abierto. En cinco minutos, Smithback fue invitado a entrar en una sala de reuniones pequeña pero de gran elegancia, con revestimiento de madera exótica. La luz entraba por una docena de ventanas grandes.

Beck dejó apostados fuera de la puerta a los dos guardias de refuerzo, y cerró con llave.

–Por favor, que no se acerque nadie –dijo–. ¿Aquí está bien, señor Kaplan?

–Estupendamente –dijo Kaplan con una gran sonrisa como si hubiera cambiado totalmente de humor.

–¿Dónde quiere sentarse?

Señaló una esquina entre dos ventanas, donde había un sillón

–Ahí sería perfecto.

–Pues acomódese.

El joyero repitió la operación de desplegar su instrumental y la alfombrilla de terciopelo.

–El diamante, por favor –dijo, levantando la cabeza.

Beck le puso la caja al lado, abrió la cerradura con su llave y levantó la tapa. El diamante estaba dentro, en su nido de terciopelo.

Kaplan introdujo el utensilio de cuatro puntas, sacó la gema y pidió una lupa binocular Grobet. Primero inspeccionó el diamante por una lente, después por la otra y finalmente por las dos a la vez.

De pronto, al levantar el Corazón de Lucifer y exponerlo a la luz, las paredes se llenaron de puntos de un vivísimo color canela.

Transcurrieron varios minutos de absoluto silencio. Smithback se dio cuenta de que estaba aguantando la respiración. Al final, parsimoniosamente, Kaplan dejó el diamante sobre la alfombrilla, se quitó las lentes Groblet de los ojos y sonrió a su público con efusividad.

–¡Ahora sí! ¡Qué maravilla! La luz natural es decisiva. Se trata incontestablemente del Corazón de Lucifer.

Lo dejó en la superficie de terciopelo.

Sus palabras provocaron varias exhalaciones simultáneas de alivio, como si la respiración la hubieran aguantado todos, no solo Smithback.

Kaplan hizo un gesto con la mano.

–Ya puede guardarlo, señor Beck. Use la doble pinza, por favor.

–¡Menos mal! –dijo el director general, girándose hacia Collopy para aferrar su mano.

–Eso digo yo: ¡menos mal! –contestó Collopy, respondiendo al apretón mientras secaba su frente con un pañuelo–. La verdad es que cuando estábamos abajo lo he pasado fatal.

Beck, mientras tanto (inescrutable, pero tan serio como antes), aproximó el instrumento al diamante con la intención de cogerlo. Al mismo tiempo, Kaplan se levantó de la silla y chocó con él.

–¡Perdón!

Fue todo tan rápido que Smithback solo comprendió lo que había visto a posteriori. De repente Kaplan tenía el diamante en una mano, y la pistola de Beck en la otra, apuntando a su dueño. Disparó a Beck casi a la cara, imprimiendo al cañón el movimiento justo para que las balas no se clavaran en la carne, sino en la pared. Apretó tres veces el gatillo. Las detonaciones, de una potencia inusitada, sembraron el miedo y la confusión en la sala. Todos se tiraron al suelo, incluido Beck.

Al segundo siguiente, Kaplan ya no estaba. Se había ido por la puerta, supuestamente cerrada con llave.

Beck se incorporó como un rayo.

–¡A por él! ¡Cogedlo!

Al levantarse del suelo, con un zumbido en los tímpanos, Smithback miró la puerta y vio que los dos guardias de seguridad se habían caído, pero que ya se estaban levantando para echar a correr por el pasillo, mientras buscaban a tientas sus pistolas.

–¡Que tiene el diamante! –exclamó Collopy, levantándose–. ¡Tiene el Corazón de Lucifer! ¡Cójanlo, por amor de Dios! ¡Hagan algo!

Beck tenía la radio en la mano.

–¿Seguridad central? Aquí Samuel Beck. ¡Cierren todo el edificio! ¡Ciérrenlo a cal y canto! ¡No quiero que salga nadie ni nada! Ni basura, ni correo, ni gente. ¡Nada! ¿Me han oído? Bloqueen los ascensores y las escaleras. Quiero alerta máxima, y a todas las brigadas de seguridad buscando a George Kaplan.

Consigan una foto de su cara de la videocámara del control de acceso. Que no salga nadie del edificio antes de que lo hayamos acordonado. ¡A la mierda con la normativa antiincendios! ¡Es una orden directa! Ah, y quiero un aparato de rayos equis para detectar si alguien se ha tragado un diamante o lo lleva escondido. Y un equipo técnico completo para la entrada de la Sexta Avenida.

Se giró hacia los demás.

–De esta habitación no sale nadie sin mi permiso. Literalmente nadie.

Al cabo de dos horas extenuantes, de las que ponían cualquier paciencia a prueba, Smithback se encontró haciendo cola con lo que parecían mil empleados de Affiliated Transglobal Insurance. La cola daba muchas vueltas por el vestíbulo del edificio, rodeando tres veces los ascensores. Vio que al fondo había empleados empujando carritos llenos de correo y de paquetes, para pasarlos por unos aparatos de rayos equis como los de los aeropuertos. De momento a Kaplan no lo habían encontrado. En su fuero interno, Smithback estaba seguro de que no lo harían.

Al acercarse al final de la cola, oyó discutir a un grupo bastante nutrido de personas que habían sido apartadas porque se

negaban a pasar por el aparato. En la calle había camiones de bomberos con las luces encendidas, coches patrulla y el inevitable cúmulo de periodistas. Cada vez que un integrante de la cola era cacheado de pies a cabeza, pasaba por el aparato de rayos equis y salía a la tarde gris de enero, lo recibían aplausos dispersos y flashes.

Smithback intentó no sudar tanto. El paso agónico de los minutos solo empeoraba su nerviosismo. Se reprochó por milésima vez haber dado su consentimiento. Ya lo habían sometido a dos registros, uno de ellos –asqueroso– de cavidades. Al menos sus acompañantes de la sala de reuniones habían tenido que pasar por lo mismo (gracias a la insistencia de Collopy, que se había ofrecido voluntario y había pedido el mismo trato para todos los directivos de Affiliated Transglobal, incluido Beck). Otra cosa que había hecho Collopy, que estaba fuera de sí, era desvivirse por convencer a Smithback de que no publicara nada. Si hubiera sabido la verdad...

¿Por qué? ¿Por qué se había prestado al plan?

Solo quedaban diez personas por delante de él. Entraban una a una en lo que parecía una cabina telefónica estrecha, dotada de una serie de pantallas CRT situadas bajo la supervisión ni más ni menos que de cuatro técnicos. Delante de Smithback, alguien escuchaba un transistor, rodeado por muchos compañeros. (Parecía mentira que corrieran tanto las noticias.) Por lo visto al auténtico Kaplan lo habían dejado hacía media hora en la puerta de su casa, sin haber sufrido daños, y en ese momento estaba siendo interrogado por la policía. El paradero del falso Kaplan era una incógnita.

«Solo dos más.» Smithback intentó tragar saliva, pero no pudo. Tenía el estómago revuelto de miedo. Era el peor momento. El peor de todos.

Llegó su turno. Dos técnicos lo hicieron subir a la típica estera con huellas amarillas y volvieron a cachearlo, pasándose un poco de escrupulosos. Examinaron su pase temporal y su acreditación de prensa. Le hicieron abrir la boca y se la miraron con un

depresor. Luego abrieron la puerta de la cabina y lo hicieron entrar.

–No se mueva. Los brazos pegados al cuerpo. Mire la diana de la pared.

Las instrucciones se sucedían con rapidez y eficacia.

Smithback oyó un zumbido corto, y al mirar por el cristal de seguridad vio que los técnicos examinaban los resultados, hasta que uno de ellos asintió con la cabeza. Otro de sus colegas abrió la puerta del final del aparato, cogió a Smithback firmemente por el hombro y lo hizo salir.

–Ya se puede ir –dijo, señalando hacia la calle.

En uno de sus gestos, rozó fugazmente el costado de Smithback.

Smithback dio media vuelta y recorrió los tres metros que lo separaban de la puerta giratoria, los tres metros más largos de su vida.

Cuando estuvo fuera, se subió la cremallera del abrigo, soportó el acoso de los flashes, se hizo el sordo a las preguntas cruzó la multitud y se alejó muy tieso por la avenida de las Américas. Al llegar a la calle Cincuenta y seis paró un taxi y esperó a que estuvieran rodeados de tráfico para girarse y mirar durante cinco largos minutos por la luna trasera, atento al mínimo detalle.

Entonces, y no antes, se atrevió a ponerse cómodo y meter la mano en el bolsillo del abrigo hasta que palpó el contorno duro y frío del Corazón de Lucifer, bien guardado en el fondo.

## Ù

# Sesenta y cuatro

D'Agosta y Pendergast iban en silencio a bordo del Mark VII por un tramo inhóspito de la avenida Vermilyea, en el barrio de Inwood, al final de Manhattan. El sol caía lentamente por varias capas grises, hasta ponerse con un último y sanguinolento tajo que iluminó brevemente con su resplandor los bloques de pisos en penumbra y las siniestras naves industriales. Luego se perdió en una noche lúgubre.

Tenían sintonizada 1010 WINS, la cadena neoyorquina de noticias, que repetía los titulares cada veinte minutos, y que no se aburría de emitir información sobre el robo del museo (con un entusiasmo, el del locutor, que contrastaba con el lóbrego ambiente del coche). Solo hacía diez minutos que había surgido una nueva noticia, relacionada con la anterior pero aún más espectacular: el robo del auténtico Corazón de Lucifer en la sede de Affiliated Transglobal Insurance. D'Agosta estaba seguro de que la policía habría tratado desesperadamente de que no se difundiera, pero algo tan explosivo no se podía mantener en secreto: «... el robo de diamantes más descarado de la historia, directamente en las narices de los gestores del museo y de la compañía de seguros, y a pocas horas del robo del museo. Según fuentes próximas a la investigación, el sospechoso es el mismo en ambos delitos...».

Pendergast escuchaba atentamente, con una dureza y palidez marmóreas en la cara, sin mover un músculo. Tenía el teléfono móvil en el asiento del medio.

«La policía está interrogando a George Kaplan, el prestigioso gemólogo que fue secuestrado cerca de su domicilio de Manhattan cuando se dirigía a la sede de Affiliated Transglobal para identificar el Corazón de Lucifer. Según fuentes próximas a la investigación, el ladrón adoptó la identidad de Kaplan para tener acceso al diamante. La policía cree que podría seguir escondido en el edificio de Affiliated Transglobal, donde se han puesto todos los medios al servicio de su búsqueda...»

Pendergast se inclinó para apagar la radio.

–¿Cómo sabe que Diogenes oirá la noticia? –preguntó D'Agosta.

–Tranquilo, que la oirá. Por una vez, está desorientado. No ha conseguido el diamante. Estará desesperado y en tensión constante, escuchando, esperando y pensando. Cuando sepa qué ha pasado, solo le quedará una posibilidad.

–Pero ¿sabrá que lo ha robado usted?

–Sin la menor duda. ¿A qué otra conclusión podría llegar? –Pendergast sonrió sin alegría–. Lo sabrá, y a falta de otro medio de

mandarme un mensaje, llamará por teléfono.

Las farolas de sodio se habían encendido y formaban una hilera amarillenta por toda la desértica avenida. La temperatura rondaba los veinte bajo cero, acompañada por un viento glacial que soplaba del Hudson, y que dio paso a algunos copos de nieve muy blanca.

De repente sonó el móvil.

Pendergast solo vaciló un segundo antes de girarlo y activar el minúsculo altavoz trasero. No dijo nada.

–*Ave, frater* –emitió el altavoz.

Silencio. D'Agosta miró a Pendergast de reojo. La luz de las farolas prestaba a su cara un color de alabastro. Sus labios se movían, pero sin articular ningún sonido.

–¿Qué maneras son estas de saludar a tu hermano después de tanto tiempo? ¿Un silencio de reproche?

–Estoy aquí –dijo Pendergast forzadamente.

–¡Ah, estás ahí! ¡Cuánto me honra tu presencia! Casi compensa la asquerosa experiencia de verme obligado a llamarte. En fin, dejémonos de cumplidos. Solo tengo una pregunta: ¿has robado el Corazón de Lucifer?

–Sí.

–¿Por qué?

–Ya lo sabes.

La respuesta fue un silencio, seguido por una lenta exhalación.

–Hermano, hermano, hermano...

–Yo no soy tu hermano.

–En eso te equivocas. Te guste o no, somos hermanos. Es una relación que nos define. Pero bueno, ya lo sabes, ¿no, Aloysius?

–Lo que sé es que eres un enfermo, y que necesitas que te ayuden cuanto antes.

–Sí, es verdad, estoy enfermo. De la enfermedad de nacer no hay nadie que se cure. Para esa dolencia no existe tratamiento aparte de la muerte. Claro que, bien pensado, todos estamos enfermos, empezando por ti. Sí que somos hermanos, sí; en la enfermedad y en la maldad.

Tampoco esta vez contestó Pendergast.

–¡Ya estamos otra vez con cumplidos! ¿Te parece que vayamos al grano?

Silencio.

–Bueno, pues ya llevo yo la voz cantante. En primer lugar, mi más sincera enhorabuena por haber conseguido en una tarde lo que a mí me había costado muchos años de planificación... y que al final no me ha salido bien. –D'Agosta oyó aplausos espaciados por el teléfono–. Supongo que de lo que se trata es de un pequeño intercambio: cierta persona a cambio del diamante. Si no ¿por qué te habrías tomado la molestia? Porque habrá sido una molestia, poco o mucho...

–Supones bien, pero antes...

Pendergast no acabó la frase.

–¿Quieres saber si aún está viva?

Esta vez fue Diogenes quien prolongó el silencio. D'Agosta miró de reojo a Pendergast. Lo único que se le movía era un pequeño músculo debajo del ojo derecho.

–Sí, aún está viva... de momento.

–Como le hagas algo, te perseguiré hasta el fin del mundo.

–Bueno, bueno... Aunque, ya que ha salido el tema de las mujeres, hablemos un poco sobre la criatura a quien tienes enclaustrada en la mansión de nuestro tristemente difunto antepasado. Si es que es tan criatura, que empiezo a dudarlo... Me despierta una gran curiosidad. Muy grande. Tengo la impresión de que lo que se ve de ella es como la punta de un iceberg: una parte ínfima. Tiene facetas ocultas, espejos dentro de otros espejos. Y tengo la impresión de que está rota por dentro, en la base de su ser.

Las palabras de Diogenes habían puesto visiblemente tenso a Pendergast.

–No te acerques a ella, Diogenes. Te lo advierto muy en serio. Como vuelvas a hacerlo, como vuelvas a acercarte, de la manera que sea...

–¿Qué? ¿Me matarás? Entonces tendrías las manos manchadas con mi sangre, aún más que ahora. La mía y la de tus queridos amigos. Porque el responsable de todo esto eres tú, *frater*. Ya lo sabes. Tú me hiciste ser como soy.

–Yo no te hice nada.

–¡Bien dicho! ¡Bien dicho!

El minúsculo altavoz recogió una risa seca, casi árida. Al oírla, D'Agosta sintió un escalofrío de repugnancia.

–Vamos al grano –tuvo fuerzas de decir Pendergast.

–¿Al grano? ¿Justo cuando se ponía interesante la conversación? ¿No te apetece hablar de la responsabilidad total y absoluta que tienes sobre todo esto? Consulta a cualquier psicólogo de familia y te dirá lo importante que es que lo hablemos a fondo... *frater*.

De repente D'Agosta ya no pudo más.

–¡Diogenes! Escúchame, loco de mierda: ¿quieres el diamante? Pues menos rollo.

–Sin diamante no hay Viola.

–Si le tocas un pelo a Viola, trituro el diamante con un mazo y te envío el polvo por correo. Si te crees que no lo digo en serio, habla, habla.

–Amenazas sin sustancia.

D'Agosta dio un puñetazo en el salpicadero que resonó por todo el coche.

–¡Cuidado! ¡No tan fuerte!

De pronto la voz se había vuelto aguda, llena de pánico.

–Pues cállate, coño.

–La estupidez es una fuerza elemental que respeto.

–Aún hablas.

–Las pautas las marco yo –dijo Diogenes con vehemencia–. ¿Me habéis oído? ¡Yo las marco!

–Con dos condiciones –dijo Pendergast serenamente–: la primera, que el intercambio se haga dentro de la isla de Manhattan, en un plazo máximo de seis horas; la segunda, que esté organizado de tal modo que no puedas incumplir tu parte. Explícame tu plan y lo valoraré. Tienes una sola oportunidad de corregirlo.

–A mí, más que dos condiciones me parecen cinco, pero cómo no, hermano, cómo no... De todos modos, debo decir que no es un problema de fácil solución. Te llamo en diez minutos.

–Que sean cinco.

–¿Más condiciones?

El teléfono enmudeció.

Un largo silencio. La frente de Pendergast parecía húmeda. Se sacó un pañuelo de seda del bolsillo de la americana y, tras aplicárselo encima de los ojos, se lo volvió a guardar.

–¿Podemos fiarnos de él? –preguntó D'Agosta.

–No, eso jamás, pero dudo que en seis horas tenga tiempo de organizar una traición eficaz. Por otro lado, quiere el Corazón de Lucifer. Lo quiere con una pasión que ni usted ni yo podemos entender. Creo que si en algo podemos confiar es en esa pasión.

Volvió a sonar el teléfono. Pendergast pulsó el botón del altavoz.

-¿Diga?

–Bueno, *frater*, examen sorpresa. A ver qué tal estás de geografía urbana: ¿conoces un sitio que se llama el Reloj de Hierro?

–¿La rotonda ferroviaria?

–¡Muy bien! Y ¿sabes dónde está?

–Sí.

–Perfecto, pues quedamos ahí. Me imagino que querrás traerte a Vinnie, tu compañero de confianza.

–Sí, era mi intención.

–Escúchame bien: quedamos a... las doce menos seis de la noche. Entra por el túnel VI y sal despacio a la luz. Si quieres, que Vinnie se quede en la oscuridad para cubrirte, y que se traiga el arma que más le guste. Así seguro que no te engaño. Tú no dejes de venir con tu Les Baer, o con el accesorio de última tecnología que estés llevando ahora. Solo habrá un tiroteo si sale algo mal. Que no saldrá. Quiero el diamante, y tú a tu Viola da Gamba. Si conoces un poco el Reloj de Hierro, ya te habrás dado cuenta de que es el escenario perfecto para nuestra... digamos que transacción.

–Entiendo.

–¿Qué, hermano, te parece bien? ¿Te das por satisfecho de que no te engañaré?

Pendergast guardó un momento de silencio.

–Sí.

–Pues entonces *a pronto*.

La llamada se cortó.

–El cabrón este me pone los pelos de punta –dijo D'Agosta.

Pendergast no dijo nada. Volvió a sacar el pañuelo, se lo pasó por la frente y lo dobló.

D'Agosta observó que le temblaban un poco las manos.

–¿Está bien? –preguntó.

El agente negó con la cabeza.

–Acabemos de una vez.

Sin embargo, en vez de moverse se quedó muy quieto, como absorto. De repente pareció tomar una decisión. Se giró hacia D'Agosta y, para su sorpresa, le cogió la mano.

–Voy a pedirle una cosa –dijo–. Le advierto de antemano de que va en contra de todos sus impulsos de colega y amigo, pero créame, es la única manera. No existe ninguna otra solución. ¿Lo hará?

–Depende de lo que sea.

–Inaceptable. Quiero que se comprometa previamente.

D'Agosta vaciló.

Pendergast puso cara de preocupación.

–Por favor, Vincent. Es básico, fundamental, que pueda contar con usted en este extremo.

D'Agosta suspiró.

–Bueno, vale, se lo prometo.

Un alivio manifiesto relajó el cuerpo cansado del agente.

–Muy bien. Ahora preste toda su atención, por favor.

*OceanofPDF.com*

# Ù
# Sesenta y cinco

Diogenes Pendergast contempló largamente la mesa de pino donde estaba el teléfono móvil. El único indicio de la intensa emoción que lo embargaba era un ligero tic en su meñique izquierdo. Le habían salido unas manchitas grises en la mejilla del mismo lado. Sabía que si se hubiera puesto delante de un espejo –cosa que solo hacía para disfrazarse– habría visto que su ojo zarco parecía más muerto de lo habitual.

Finalmente, su mirada se apartó del teléfono y recayó en un frasco cuyo tapón era una membrana de goma. Al lado había una jeringuilla de acero y cristal. Cogió el frasco y lo giró, clavándole la aguja a fin de extraer una pequeña parte de su contenido. Tras un momento de reflexión, extrajo un poco más y tapó la aguja con un protector de plástico para guardársela en el bolsillo de la americana.

El siguiente destino de su mirada fue una baraja situada al borde de la mesa. Era el tarot Albano-Waite, su preferido. Lo cogió, lo mezcló un poco con la mano levantada y distribuyó tres cartas boca abajo, con lo que se conocía como tirada gitana.

Dejó el resto de la baraja a un lado y giró la primera carta: la Gran Sacerdotisa. «Interesante.»

Acercó la mano a la segunda carta y la giró. Representaba a un hombre alto y delgado, de espaldas, con una capa negra y la cabeza inclinada. El personaje tenía a sus pies varias copas de oro vertidas, de las que manaba un líquido rojo. Detrás había un río, y al fondo un castillo de aspecto imponente. El cinco de copas.

Al verlo, Diogenes inhaló bruscamente.

Su mano se movió más despacio hacia la tercera y última carta. La giró tras un momento de vacilación.

Estaba al revés. Representaba una mano saliendo de una oscura nube de humo, sobre un paisaje yermo. La mano sostenía una espada muy grande, con empuñadura de oro y gemas y una corona de oro en la punta.

El as de espadas. Invertido.

Diogenes miró la carta fijamente. Al cabo de un momento exhaló despacio, la cogió con una mano temblorosa y la partió por la mitad. Luego hizo lo propio con ambas mitades y tiró los trozos al suelo.

A continuación, su mirada inquieta se posó en una alfombrilla de terciopelo negro enrollada por los bordes. Contenía cuatrocientos ochenta y ocho diamantes, casi todos de un color muy vivo, y todos brillantes bajo la potente lámpara de gemólogo que se aguantaba en el borde de la mesa con una pinza.

Contemplar los diamantes calmó su agitación.

Reprimiendo un deseo indescriptible, su mano se movió sobre el mar de luz cautiva hasta apoderarse de una de las piezas más grandes, un diamante intensamente azul de treinta y tres quilates que recibía el nombre de Reina de Narnia. Lo sostuvo en la palma de su mano para observar la refracción de la luz en las profundidades saturadas de la gema. Después, con infinita precaución, lo acercó a su ojo sano.

Contempló el mundo a través de las entrañas quebradas del diamante. Era como entrever un mundo mágico por la rendija de una puerta: un mundo de vida y color, un mundo de verdad, totalmente distinto a aquel otro, falso y sin relieve, anodinamente gris...

Su respiración se había vuelto más profunda y regular. El temblor de su mano se atenuó, mientras su mente, evadida de su cárcel, empezaba a vagar por los caminos –olvidados tiempo atrás– de la memoria.

Diamantes. Al principio siempre había diamantes. Estaba en brazos de su madre, en cuyo cuello restallaban diamantes, de cuyas orejas colgaban diamantes, en cuyos dedos titilaban diamantes. La voz de su madre, de pureza y frescura diamantinas, le cantaba algo en francés. Diogenes lloraba, pero a pesar de sus dos años de edad no lo hacía de pena, sino a causa de la hiriente belleza de la voz de su madre. *A pesar de mí mismo, la insidiosa maestría de la música / me entrega al pasado hasta que mi corazón llora por ser parte...*

La escena se volvió borrosa y desapareció.

Ahora Diogenes se paseaba por la mansión de la calle Dauphine: largos pasillos, habitaciones misteriosas, muchas de ellas cerradas (ya entonces) desde tiempo inmemorial... Sin embargo, al abrir una puerta siempre se encontraba algo emocionante, maravilloso, extraño: una cama enorme con dosel, cuadros oscuros de mujeres de blanco y hombres de ojos mortecinos, objetos exóticos traídos de lugares remotos del planeta (flautas de pan hechas de hueso, una pata de mono con ribetes de plata, un estribo español de latón, una cabeza de jaguar rugiendo, el pie vendado de una momia egipcia)...

Y siempre una madre en la que refugiarse, el calor y la voz dulce de su madre, sus diamantes que brillaban al menor movimiento, captando la luz en repentinos arcos iris... Diamantes presentes, vivos, inmutables, siempre intensos, inmortales. Eternamente bellos, que jamás cambiarían.

¡Qué distintos en eso a los volubles avatares de la carne!

Diogenes entendía la imagen de Nerón contemplando el incendio de Roma a través de una piedra preciosa. Nerón entendía el poder transformador de las gemas. Entendía que mirar el mundo a través de una de ellas era transformarlo, y transformarse. La luz era vibración, y de los diamantes emanaban vibraciones especiales, capaces de llegar hasta lo más profundo del espíritu. La mayoría de la gente no podía oírlas, pero él sí. A él las gemas le hablaban. Le susurraban. Le daban fuerza y sabiduría.

Hoy no ejercería la adivinación por las cartas, sino por los diamantes.

Siguió contemplando las entrañas del diamante azul. Cada piedra preciosa tenía su propia voz, distinta de las demás. Había elegido aquella por su especial sabiduría. Murmuró unas palabras y quedó a la espera, suplicándole que hablara.

Al cabo de un momento, la piedra habló. En respuesta a su murmullo de interrogación, brotó un susurro como el eco de un eco, oído medio en vela medio en sueños.

Era una buena respuesta.

Viola Maskelene prestó atención al extraño murmullo que llegaba de abajo, similar a una oración, o a una letanía. Era casi imperceptible. Después, media hora de silencio que le crispó los nervios, y por último el ruido que tanto había temido: una silla rechinando contra el suelo, lentas pisadas sigilosas subiendo por la escalera... Viola tenía todos los sentidos en alerta máxima, y le temblaban los músculos por la inminencia de la acción.

Llamaron educadamente a la puerta.

Esperó.

–¿Viola? Me gustaría entrar. Por favor, póngase al fondo, al otro lado de la cama.

Después de un titubeo, Viola hizo lo que le pedían.

Diogenes no había cumplido su palabra de matarla al alba. El sol ya se había puesto, y estaba a punto de caer la noche. Algo había pasado. Diogenes había cambiado de planes. O probablemente se los hubieran cambiado a la fuerza.

Cuando se abrió la puerta, Viola vio a Diogenes, pero lo vio distinto, no tan pulcro. Tenía manchas en la cara, la corbata torcida y el cabello pelirrojo un poco despeinado.

–¿Qué quiere? –preguntó con voz ronca.

Él siguió observándola.

–Empiezo a ver por qué fascinó tanto a mi hermano. Por descontado que es hermosa e inteligente, amén de apasionada, pero posee una cualidad que me llena de sincero asombro: no tiene miedo.

Viola no se dignó responder.

–Debería tenerlo.

–Usted está loco.

–Entonces soy como Dios, porque si existe Dios es que está loco. Me pregunto cuál será la razón de que no tenga miedo. ¿Valentía, estupidez? ¿O una simple falta de imaginación que no le permite fantasear con su muerte? Pues sepa que yo sí puedo imaginármela. De hecho, ya me la he imaginado con toda nitidez. Cuando la miro, veo un saco de sangre, huesos visceras y carne que se aguanta gracias a un revestimiento sumamente frágil y

vulnerable, fácil como pocos de agujerear romper o desgarrar. Reconozco haber esperado mucho ese momento.

La miró con atención.

–¡Aja! ¿Percibo finalmente una nota de miedo?

–¿Qué quiere? –repitió ella.

Diogenes levantó una mano, la abrió con un giro de muñeca y mostró una piedra preciosa deslumbrante, sujeta entre el pulgar y el índice. La refracción de la luz cenital llenó la habitación de esquirlas luminosas.

–Ultima Thule.

–¿Cómo?

–Que este diamante recibe el nombre de Ultima Thule, inspirado en un verso de las *Geórgicas* de Virgilio; palabras en latín que designan el país de los hielos eternos.

–Sí, yo también hice latín en el colegio –dijo Viola con sarcasmo.

–Entonces comprenderá que este diamante me haya recordado a usted.

Se lo arrojó con otro giro de muñeca. Viola lo cogió por simple reflejo.

–Un pequeño regalo de adiós.

La manera de decir «adiós» le dio mala espina.

–De usted no quiero regalos.

–¡Es que le cuadra tanto! Veintidós quilates, corte princesa, clasificado IF en la escala de pureza y D en la de colores. ¿Conoce el sistema de clasificación de los diamantes?

–¡Cuántas chorradas juntas!

–El D se asigna a los diamantes desprovistos por completo de color. También se llama blanco. Los que no tienen imaginación lo consideran una virtud. ¿Y yo? ¿Qué veo yo al mirarla, Viola? A una mujer rica, de la aristocracia, guapa, inteligente y con éxito en la vida. Tiene una magnífica carrera de egiptóloga, una casa encantadora en la isla de Capraia y una mansión solariega en Inglaterra. Debe de pensar que le ha sacado el máximo partido a la vida. Por si fuera poco, ha mantenido relaciones con varios hombres interesantes, desde un profesor de Oxford a un pianista

famoso, pasando por un actor de Hollywood... y hasta por un futbolista italiano. ¡Cómo deben de envidiarla!

Para Viola, el shock de ver invadida su intimidad fue muy fuerte.

–Hijo de...

–Sin embargo, las cosas no siempre son como parecen. Todos sus amores se han quedado en agua de borrajas. Supongo que usted se dice que la falta es de los hombres. ¿Cuánto tardará en darse cuenta de que es suya? Es usted igual que este diamante: sin defectos, brillante, perfecta y sin color. Sus penosos esfuerzos por parecer interesante y poco convencional se quedan en eso, en esfuerzos penosos. –Diogenes rió con dureza–. ¡Como si desenterrar momias y arrancar hierbajos en su parcelita a orillas del Mediterráneo pudiera imprimir carácter! Este diamante, que todos consideran tan perfecto, en realidad es de una vulgaridad absoluta. Como usted. A sus treinta y cinco años, ni quiere ni la quieren. ¡Si estará hambrienta de amor, que ha venido en avión casi de las antípodas en respuesta a una carta de un hombre a quien solo ha visto una vez! Ultima Thule es suyo, Viola. Se lo ha ganado.

Viola estaba anonadada. Las palabras de Diogenes habían sido como una sucesión de golpes, todos en el blanco. Esta vez no tenía respuesta.

–Efectivamente. Vaya a donde vaya, siempre vivirá en Ultima Thule, el país de los hielos eternos. Como bien dijo alguien «adonde vayas, ahí estarás». Ni es capaz de querer, ni la querrán. Está condenada a la esterilidad.

–¡Que los zurzan, a usted y su cristalito! –exclamó ella, tirándole el diamante con todas sus fuerzas.

Diogenes lo cogió con destreza.

–¿Cristal, dice? ¿Sabe qué hice ayer, mientras usted estaba sola?

–Mi interés por su vida no podría detectarlo ni el microscopio más potente del mundo.

Diogenes sacó del bolsillo un recorte de prensa, y al desplegarlo reveló la portada del último número del *New York*

*Times*.

Viola lo miró desde la otra punta de la habitación, forzando la vista para leer los titulares.

–Robé la Sala Astor de diamantes del Museo de Historia Natural. Es un delito que llevaba planeando muchos años, y para el que me forjé otra identidad. Con su ayuda, Viola. Por eso quería darle este diamante, pero si no lo quiere...

Diogenes se lo guardó en el bolsillo con un encogimiento de hombros.

–Dios mío...

Viola lo miraba fijamente. Era la primera vez que tenía auténtico miedo.

–Su papel ha sido importante, capital. Gracias a su desaparición, mi hermano se dedicó a correr como loco por toda Long Island, muerto de miedo de que le hubiera pasado algo, mientras yo saqueaba el museo y traía los diamantes a esta casa.

Al tragar saliva, Viola sintió un nudo en la garganta. El hecho de que siguiera con vida era un simple aplazamiento. Si Diogenes no pensara matarla, no le habría contado todo eso.

Era verdad: la iba a matar.

–Pensaba darle el diamante de recuerdo, porque pronto nos separaremos y no volveremos a vernos.

–Ah, pero ¿me voy a algún sitio? –dijo ella, sin conseguir que no le temblara la voz.

–S í.

–¿Adonde?

–Ya se enterará.

Vio que Diogenes tocaba algo dentro del bolsillo, y que avanzaba un paso, dejando la puerta abierta.

–Ven, princesa de los hielos.

Viola no se movió.

Diogenes dio dos pasos más. Fue el momento elegido por Viola para lanzarse hacia la puerta, pero él ya debía de tenerlo previsto, porque se giró y saltó hacia ella con la rapidez de un gato. Viola sintió alrededor de su cuello la presión de un brazo de una fuerza asombrosa, tenso como un cable de acero. La otra

mano salió del bolsillo. Sujetaba algo brillante, una jeringuilla. De pronto Viola sintió un pinchazo en la parte superior del muslo, seguido por una sensación de calor, y un ruido fortísimo. Luego el mundo sufrió un brusco apagón.

## Ù

# Sesenta y seis

–¿Tú tienes alguna idea de por qué nos han llamado? –dijo Singleton, mientras un ascensor exprés los llevaba hacia los pisos más altos –y selectos– de la jefatura.

Laura Hayward negó con la cabeza. Si Rocker hubiera pedido verla a solas, se habría podido interpretar que quería regañarla aún más por sospechar que el asesino era Pendergast, pero la convocatoria era explícitamente a tres: ella, Singleton y el jefe de policía. Por otro lado, Rocker siempre iba con la verdad de frente. No era político.

Bajaron en el piso cuarenta y cinco, en un pasillo con moqueta, y llegaron a las oficinas de Rocker, situadas en una esquina. Una secretaria anotó sus nombres en la sala grande que servía de antedespacho. Luego llamó por teléfono, murmuró unas palabras y los invitó a pasar.

El despacho de Rocker era amplio, pero no ostentoso. En vez de trofeos de tiro y fotos protocolarias con sonrisas forzadas, que era de lo que solían estar forradas las paredes de los despachos de la mayoría de los mandamases, Rocker tenía acuarelas y un par de diplomas. Estaba sentado al otro lado de una mesa grande pero práctica, con tres sofás formando vagamente un semicírculo a su alrededor. En el sofá del medio estaba el agente especial Coffey, rodeado por los agentes Brooks y Rabiner.

–Ah, capitana Hayward –dijo Rocker, levantándose–. Capitán Singleton... Gracias por venir.

Lo dijo con un tono un poco raro, tenso, que Hayward nunca le había oído. También su mandíbula estaba tensa.

Los agentes Brooks y Rabiner se levantaron como si les hubieran dado una descarga. El único que se quedó sentado fue

Coffey, que los saludó fríamente con la cabeza, mientras movía de Hayward a Singleton, y viceversa, los ojos pequeños y claros de su cara ancha tostada por el sol.

Rocker señaló los sofás con un gesto impreciso.

–Siéntense, por favor.

Hayward lo hizo al lado de la ventana. ¡Conque al fin Coffey se dignaba incluirlos en la investigación! No habían sabido nada de él ni de nadie del FBI desde la reunión de la mañana, Hayward y sus hombres se habían dedicado a seguir interrogando a los trabajadores del museo, y a analizar las pruebas más a fondo. Al menos había sido una manera de no pensar en la persecución que se desarrollaba cien kilómetros al este, ni en lo que estaba haciendo –o perpetrando– D'Agosta en Long Island. Pensar en él, y en la situación en general, solo servía para sufrir. La capitana no entendía la razón de que D'Agosta hubiera actuado como había actuado, ni los motivos de su decisión. Dadas las circunstancias, el ultimátum que le había planteado era de una moderación increíble: portarse bien, sin dobles juegos. Portarse bien no solo como policía, sino como persona y como amigo. Aunque Hayward no lo hubiera dicho de manera explícita, se sobrentendía: «O yo o Pendergast».

Y D'Agosta había elegido.

Rocker carraspeó.

–El agente especial Coffey me ha pedido que convocara esta reunión para hablar de los asesinatos de Duchamp y Green. Le he pedido al capitán Singleton que también viniera porque ambos homicidios se produjeron en su distrito.

Hayward asintió con la cabeza.

–Me alegro de que lo diga, señor. El FBI no nos ha dado prácticamente ninguna noticia sobre cómo evoluciona la persecución, y...

–Lo siento, capitana –la interrumpió en voz baja Rocker–, pero el agente especial Coffey quería plantearle el traslado de las pruebas de los asesinatos de Duchamp y Green.

Hayward se quedó de piedra.

–¿Traslado de pruebas? Todas las que tenemos son de libre acceso.

Coffey cruzó sus piernas, que eran como troncos.

–Nos vamos a encargar de la investigación, capitana.

La reacción fue un silencio atónito.

–No entra en sus atribuciones –dijo ella.

–El caso es de la capitana Hayward –dijo Singleton, tranquilamente pero con firmeza, girándose hacia Rocker–. Se ha dedicado a él las veinticuatro horas del día. La relación entre los homicidios de Washington y Nueva Orleans la encontró ella. También es ella quien ha analizado las pruebas, y quien ha identificado a Pendergast. Por otro lado, el asesinato no es un delito federal.

Rocker suspiró.

–Sí, todo eso ya lo sé, pero...

–Ya se lo explico yo –dijo Coffey, haciéndole un gesto con la mano–. Tanto el culpable como una de las víctimas son del FBI. El caso abarca varios estados, y el sospechoso ha huido de su jurisdicción. Con eso está todo dicho.

–El agente Coffey tiene razón –dijo Rocker–. Les corresponde a ellos. Naturalmente, estaremos a su disposición para cualquier ayuda que...

–No tenemos mucho tiempo para charlas –dijo Rabiner–. Pasemos a los detalles del traslado de pruebas.

Hayward miró de soslayo al capitán. Se había puesto rojo.

–Sin la capitana Hayward –constató–, no habría persecución.

–Todos estamos encantados con el trabajo de la capitana Hayward –dijo Coffey–, pero esto ya no le compete a la policía de Nueva York, y punto.

–Por favor, capitana, deles lo que piden –dijo Rocker, con una nota de exasperación.

Al mirarlo, Hayward se dio cuenta de que la petición le había sentado como un tiro, pero que no estaba en sus manos evitarla.

Tonta de ella, por no haberlo previsto. El FBI iba a por la medalla. Encima Coffey parecía tener una animadversión personal

hacia Pendergast. Ya podían encomendarse a Dios, él y D'Agosta, porque cuando se les echara encima el FBI...

Hayward era consciente de que debería haberse indignado, pero lo único que sintió, en su aturdimiento, fue que le salía todo el cansancio de golpe. También un asco tan intenso que no soportó seguir ni un segundo en la misma habitación que Coffey. Se levantó sin avisar.

–Perfecto –dijo enérgicamente–. Ahora mismo pongo en marcha el papeleo. Tendrán las pruebas en cuanto estén firmados los papeles de traslado. ¿Algo más?

–Capitana –dijo Rocker–, le agradezco mucho lo bien que lo ha hecho todo.

Hayward asintió con la cabeza, se giró y salió.

Caminó rápidamente en dirección al ascensor, con la cabeza gacha, respirando deprisa. En ese momento sonó su teléfono móvil.

Esta vez contestó.

–Hayward.

–¿Laura? Soy yo, Vinnie.

No pudo evitar que su corazón diera un brinco.

–¡Vincent, por Dios! ¿Se puede saber qué...?

–Escucha, por favor, que tengo que decirte algo muy importante.

Respiró hondo.

–Ya te escucho.

## Ù

# Sesenta y siete

D'Agosta entró después de Pendergast en Penn Station, que consistía en poco más que una triste escalera mecánica a la sombra del Madison Square Garden. Era una tarde tranquila, un martes como cualquier otro, y al ser tan tarde no había prácticamente nadie por la calle, a excepción de unos cuantos vagabundos y un hombre que repartía sus poemas. Tomaron la escalera mecánica

hasta la sala de espera, donde había otra que los llevó aún más abajo, a las vías.

D'Agosta constató, no muy contento, de que se encaminaban a la vía trece.

Hacía media hora que Pendergast casi no abría la boca. A medida que se aproximaba la hora –de ver a Viola, e inevitablemente a Diogenes–, se volvía más reservado.

Tampoco en las vías había nadie, salvo algunos empleados de mantenimiento que recogían la basura y dos policías uniformados que charlaban y enfriaban soplando sus cafés al lado de un puesto de control. Pendergast se dirigió al final del andén, donde los raíles desaparecían en la oscuridad de un túnel.

–Esté preparado –murmuró, escrutando las vías con sus ojos claros.

Esperaron un poco. Los dos polis se giraron para entrar en la garita.

–¡Ahora! –musitó Pendergast.

Saltaron ágilmente del andén a la vía y se internaron corriendo en la penumbra. D'Agosta se giró para ver alejarse el andén, y asegurarse de que hubieran pasado inadvertidos.

Bajo tierra no hacía tanto frío. La temperatura rondaba los cero grados, pero era un frío mucho más húmedo, al que la cazadora robada de D'Agosta no parecía oponer ninguna resistencia. Un minuto más al trote por la vía y Pendergast metió la mano en el bolsillo para sacar una linterna.

–Queda un poco lejos –dijo, iluminando un túnel largo y negro.

Varios pares de ojos brillaron en la oscuridad. Ojos de rata.

El agente continuó a paso ligero, dando zancadas con sus largas piernas entre los raíles, seguido por D'Agosta, que escuchaba con cierto nerviosismo la posible llegada de un tren. Sin embargo, lo único que oía eran los pasos de ellos dos, su propia respiración y el agua que goteaba desde los carámbanos de la vieja bóveda de ladrillo.

–Y ¿dice que el Reloj de Hierro es una plataforma giratoria? –preguntó al cabo de un momento, más que nada para romper aquel

silencio tan pesado.

–Sí, muy vieja.

–No sabía que hubiera plataformas de esas debajo de Manhattan.

–La hicieron para distribuir los trenes que entraban y salían de la antigua estación de Pennsylvania. De hecho es lo único que queda de la construcción antigua.

–Y ¿sabrá encontrarla?

–¿Se acuerda de la matanza del metro, en que colaboramos hace años? Pues entonces dediqué cierto tiempo a estudiar Nueva York bajo tierra, y aún conservo en la memoria gran parte del paisaje subterráneo de Manhattan, al menos las rutas más comunes.

–¿Cómo se explica que Diogenes lo conozca?

–Es un dato interesante que no se me ha pasado por alto, Vincent.

Llegaron a una puerta metálica empotrada en un receso de la pared del túnel, con un candado muy oxidado. Pendergast se agachó a examinarlo, siguiendo el relieve de la herrumbre con un dedo. Después retrocedió, invitando a D'Agosta a hacer lo mismo con una señal de la cabeza, y desenfundó su Wilson Combat 1911 para pegarle un tiro al candado. El eco ensordecedor de la detonación se alejó por el túnel. El candado cayó al suelo en una nube de óxido. Pendergast se inclinó y abrió la puerta de un puntapié.

Daba a una escalera de piedra, que olía a moho y descomposición.

–¿Hay que bajar mucho?

–En realidad ya estamos al nivel del Reloj de Hierro. Esto es un simple atajo.

Los escalones eran resbaladizos. Cuanto más bajaban, menos frío hacía. Tras un largo descenso, llegaron a un viejo túnel de ladrillo con arcos góticos y una hilera de cobertizos cerrados con llave.

D'Agosta hizo una pausa.

–Delante hay luz y voces.

–Vagabundos –contestó Pendergast.

Siguieron caminando. D'Agosta empezó a percibir olor a humo de leña. Poco después encontraron a un grupo de desarrapados de ambos sexos que se pasaban una botella de vino alredor de una fogata hecha de cualquier manera.

–¿Qué pasa? –exclamó uno–. ¿Habéis perdido el tren?

Las carcajadas duraron hasta que Pendergast y D'Agosta pasaron de largo. De repente el llanto de un niño rasgó la oscuridad detrás del grupo.

–¡Caray! –murmuró D'Agosta–. ¿Lo ha oído?

Pendergast se limitó a asentir.

Llegaron a otra puerta metálica cuyo candado ya había sido cortado por alguien. La abrieron y volvieron a subir por una escalera larga y húmeda, esquivando arroyuelos hasta salir nuevamente a las vías.

Pendergast se paró a mirar la hora.

–Las once y media.

Caminaron en silencio, dispersando ratas, hasta que pareció que hubieran recorrido varios kilómetros. Sin embargo, no por mucho caminar se le pasó a D'Agosta la sensación de frío y humedad. En un momento dado pasaron junto a una vía muerta con varios vagones estropeados. Más tarde, cerca de una hilera de hornacinas de piedra, D'Agosta vio un antiguo engranaje metálico de casi tres metros de diámetro. De vez en cuando oía un rumor de trenes, pero por los raíles donde iban ellos no parecía que circulase nada.

Al final Pendergast se detuvo, apagó la linterna e indicó con la cabeza que siguieran. D'Agosta clavó su mirada en la oscuridad y vio que el túnel acababa en un arco de luz tenue y amarilla.

–Lo de delante es el Reloj de Hierro –dijo el agente en voz baja.

D'Agosta cogió su Glock 29, abrió el cargador, verificó que estuviera lleno y lo volvió a deslizar en su sitio.

–¿Sabe qué tiene que hacer?

Asintió con la cabeza.

Avanzaron despacio y en silencio. Pendergast iba delante; D'Agosta, casi pegado a él, se puso el reloj a pocos centímetros de los ojos para ver la hora: las doce menos doce.

–No se olvide de cubrirme por la espalda –susurró Pendergast.

D'Agosta se arrimó a la pared, posición ventajosa desde la que gozaba de una buena vista de lo que tenía delante. Y lo que vio estuvo a punto de cortar su respiración. Era una cámara inmensa, circular, compuesta de bloques de granito con rayas de cal y suciedad; un mazacote neorrománico alucinante, con una plataforma giratoria que abarcaba todo el suelo: una sola vía de pared a pared, englobada en un gran círculo de hierro. Se entraba por doce túneles abovedados separados entre sí por la misma distancia, todos con una lamparilla mugrienta encima de la boca, y un número romano grabado en la piedra (del I al XII).

«Conque el Reloj de Hierro es esto», pensó.

Sabía bastante de estructuras ferroviarias, porque su padre había sido un gran aficionado al mundo de los trenes. Las plataformas giratorias solían estar en final de trayecto. Se accedía a ellas por una sola vía. Detrás había una rotonda semicircular con espacios para las locomotoras. En ese caso, no obstante, dada la proximidad de Penn Station, y la pertenencia a una de las redes ferroviarias con más tráfico del mundo, era evidente que la plataforma cumplía otra función: se trataba de un simple nexo, de una manera de que los trenes pudieran transitar de una serie de vías y túneles a otra.

El goteo del agua resonaba en todas partes. D'Agosta vio carámbanos a gran altura, en la bóveda mayor. Las gotas bajaban en espiral, cruzando un círculo de luces sucias hasta alimentar los charcos negros del suelo.

Se preguntó si en algún sitio, dentro de la oscuridad de alguno de los otros once túneles, esperaba Diogenes.

Justo entonces oyó que retumbaba un poco el suelo, y recibió en la cara un chorro de aire cada vez más fuerte. Pendergast se refugió en el túnel, indicándole mediante señas que siguiera su ejemplo. Al cabo de un momento irrumpió por la boca de uno de los túneles un tren de cercanías que cruzó la plataforma

estrepitosamente, con tantos parpadeos luminosos como ventanillas, y se perdió en la oscuridad a gran velocidad. El fragor acabó por diluirse en un simple murmullo. A continuación, el tramo de vía que había en medio del Reloj de Hierro empezó a girar con un ruido metálico hasta que se detuvo, dejando conectados otros dos túneles en previsión del próximo tren.

Ahora los túneles conectados eran el XII y el que ocupaban ellos dos: el VI.

Todo volvió a quedar en silencio. D'Agosta vio corretear los bultos negros de las ratas (del tamaño de perritos, en algunos casos) por el borde en penumbra del otro lado de la rotonda. Mientras tanto, seguían cayendo gotas de agua. Olía a podrido, a descomposición.

Pendergast salió de su inmovilidad para señalar su reloj. Las doce menos seis. Era el momento de actuar. Cogió con fuerza la mano de D'Agosta.

–¿Sabe qué tiene que hacer? –repitió.

D'Agosta asintió con la cabeza.

–Gracias, Vincent –dijo Pendergast–. Gracias por todo.

A continuación, dio media vuelta y salió del túnel para exponerse a la luz amarilla de las lámparas. Dos pasos. Tres.

D'Agosta se quedó en la oscuridad con la Glock en la mano. La gran bóveda de la rotonda seguía muda, desierta, con túneles oscuros como bocas abiertas, cuyos dientes fueran los carámbanos de hielo.

Pendergast dio un paso más y se detuvo.

–*Ave, frater*!

La voz resonó por el espacio oscuro y húmedo, rebotando de tal modo que era imposible determinar su origen. D'Agosta, tenso, agudizó la vista para escrutar las bocas negras de los túneles que se veían desde donde estaba, pero no descubrió ningún indicio de la presencia de Diogenes.

–No seas tímido, hermano. Enseña esa cara tan guapa. Entra un poco más en la luz.

Pendergast avanzó unos cuantos pasos por el espacio abierto. D'Agosta aguardó con la pistola en la mano, cubriéndolo por

detrás.

–¿Lo has traído? –dijo el eco.

Su tono era malévolo, amenazador, pero imbuido al mismo tiempo de un ansia extraña.

La respuesta de Pendergast fue levantar una mano y girar la muñeca. De repente apareció el diamante, que con la poca luz parecía mate.

D'Agosta oyó una inhalación tan brusca que se asemejaba a un latigazo.

–Traeme a Viola –dijo Pendergast.

–Calma, hermano, todo a su tiempo. Sube a la plataforma.

Pendergast subió al círculo de hierro y se acercó a las vías.

–Ahora ponte entre los dos raíles y verás un agujero hecho hace mucho tiempo en la placa de hierro. Dentro hay una cajita de terciopelo. Mete el diamante. ¡Y date prisa, no sea que aparezca otro tren y esto se acabe prematuramente!

D'Agosta volvió a afinar el oído para localizar la voz, pero era imposible saber en qué túnel se escondía Diogenes. Teniendo en cuenta las peculiaridades acústicas de la bóveda, podía estar en cualquier sitio.

Pendergast avanzó con precaución. Al llegar al centro de la rotonda se arrodilló, sacó la caja de terciopelo, metió el diamante y volvió a dejar la caja al lado del raíl.

De pronto se irguió y sacó su Wilson Combat para encañonar el diamante.

–Traeme a Viola –repitió.

–¡Caramba, hermano! ¡Te hacía menos impetuoso! Ciñámonos a las reglas. Apártate para que mi ayudante compruebe que es auténtico.

–Sí que lo es.

–Hace mucho tiempo me fié una vez de ti, ¿te acuerdas? Y ya me ves. –Un extraño suspiro, que a punto estuvo de ser un gemido, brotó de la oscuridad–. Perdona que no vuelva a confiar en ti. ¿Señor Kaplan? Adelante, por favor.

Un hombre demudado y descompuesto salió del túnel XI y parpadeó en la penumbra, mirando atónito a su alrededor. Llevaba

un traje y un abrigo de cachemira, ambos negros, rotos y manchados de barro, y una lupa con una goma alrededor de la cabeza calva. También una linterna en una mano. D'Agosta reconoció enseguida al hombre a quien habían secuestrado anteriormente.

Tenía toda la pinta de haberse levantado con el pie izquierdo.

Kaplan dio otro paso, tambaleándose, y volvió a mirar a todas partes sin entender nada.

–¿Quién...? ¿Qué...?

–El diamante está en medio, en una caja. Vaya a examinarlo y dígame si es el Corazón de Lucifer.

El hombre miró a su alrededor.

–¿Quién habla? ¿Dónde estoy?

–*Frater*, enséñale el diamante a Kaplan.

Kaplan avanzó dando tumbos. Pendergast señaló la caja con un movimiento de su pistola.

La visión del arma pareció sacar de su estupor a Kaplan.

–¡Haré lo que me pida, pero no me mate, por favor! –exclamó–. Tengo hijos.

–Si hace lo que le digo, volverá a ver a esos locos bajitos –pronunció la voz incorpórea de Diogenes.

Kaplan tropezó, recuperó el equilibrio, se arrodilló al lado del diamante y, cuando lo tuvo en la mano, se puso la lupa en un ojo, encendió la linternita e inspeccionó la gema.

–¿Qué? –dijo la voz de Diogenes, tensa y aguda.

–¡Un momento! –Kaplan casi sollozaba–. Déme un poco de tiempo, por favor.

Examinó el diamante, en cuyo interior nació una luz que acabó convirtiéndolo en una bola luminosa de color canela.

–Sí, sí que parece el Corazón de Lucifer –dijo en voz baja.

–No tengo bastante con que lo parezca, señor Kaplan.

Kaplan siguió escrutando el diamante. Le temblaban las manos. Se puso derecho.

–Estoy seguro de que lo es –dijo.

–Asegúrese bien, que su vida y la de su familia dependen de la exactitud del veredicto.

–Estoy seguro. No se parece a ningún otro diamante.

–Tiene un defecto microscópico. Dígame cuál es.

Kaplan reanudó su examen. Transcurrieron dos minutos.

–Hay una ligerísima incisión a unos dos milímetros del centro del diamante, en el sentido de las agujas del reloj.

Un ruido sibilante –de victoria, o quizá de otra cosa– surgió de la oscuridad.

–Ya puede irse, Kaplan. Su salida es el túnel VI. *Frater*, tú quédate donde estás.

Kaplan sollozó de gratitud y echó a correr hacia el túnel VI, donde esperaba D'Agosta. Estuvo a punto de caerse por las prisas, pero en pocos segundos llegó jadeando a la oscuridad de la boca del túnel.

–Menos mal –gimoteó–. Menos mal.

–Póngase detrás de mí –dijo D'Agosta.

Kaplan forzó la vista, y al reconocer la cara del teniente su alivio se convirtió otra vez en miedo.

–¡Eh, un momento! Usted es el policía que...

–Luego hablamos –dijo D'Agosta, empujándolo hacia la oscuridad protectora–. Dentro de nada estará fuera.

–Y ahora, el momento que esperabas. –La voz de Diogenes resonó por la bóveda–. Señoras y señores... ¡lady Viola Maskelene!

Justo cuando D'Agosta miraba por la boca del túnel, Viola Maskelene emergió de la oscuridad del número IX y se quedó parpadeando a la luz de las lámparas, desconcertada.

Pendergast no pudo aguantarse y dio un paso.

–¡No te muevas, hermano! Deja que se acerque ella.

Viola se giró, miró a Pendergast y dio un paso inestable.

–¡Viola!

Pendergast también dio uno.

De repente sonó un disparo, atronador en el espacio cerrado, y cerca del zapato que había movido Pendergast saltó la tierra. El agente se puso rápidamente en cuclillas y movió el cañón de una boca de túnel a la otra.

–Venga, hermano, dispara. Si a tu damisela le alcanza una bala perdida, pues mala suerte.

Pendergast se giró. Al oír el disparo, Viola se había quedado completamente quieta.

–Venga conmigo, Viola.

Lo miró fijamente.

–¿Aloysius? –preguntó, desfallecida.

–Sí, estoy aquí. Venga poco a poco, sin tropezar.

–Pero usted... usted...

–Tranquila, que ya no pasa nada. Ya está sana y salva. Venga conmigo.

Pendergast tendió los brazos.

–¡Qué escena tan conmovedora! –dijo Diogenes.

Acompañó el comentario de una carcajada cínica y burlona.

Viola hilvanó algunos pasos inseguros, hasta derrumbarse en brazos de Pendergast.

Tomándola en un abrazo protector, el agente levantó suavemente su barbilla con la mano y la miró a la cara.

–¡La has drogado! –dijo.

–¡Bah! Solo unos miligramos de Versed, para tenerla quietecita. No te preocupes, que está intacta.

D'Agosta oyó que Pendergast murmuraba unas palabras al oído de Viola, pero no las entendió. Ella negó con la cabeza, se apartó y estuvo a punto de caerse. Pendergast la sujetó y la ayudó a caminar hacia la boca del túnel.

–¡Felicidades, señores! ¡Creo que esto ya está! –proclamó la voz triunfante de Diogenes–. Ya pueden irse todos por el túnel VI. De hecho es por donde tienen que salir. Se lo aconsejo encarecidamente. Y dense prisa, que en cinco minutos vendrá por la vía seis el Acela de medianoche para Washington. Acelera enseguida al salir de la estación, conque ya irá a unos ciento veinte. Si no llegan al primer receso, a trescientos metros de la boca, se quedarán hechos puré en la pared del túnel. Al que se rezague le pego un tiro. ¡Venga, a moverse!

Pendergast condujo a Viola hacia la oscuridad y la dejó al cuidado de D'Agosta.

–Sáquelos de aquí –murmuró, poniéndole la linterna en la mano.

–¿Y usted?

–Yo tengo algo pendiente.

Era la respuesta temida por D'Agosta, que levantó una mano para impedírselo.

–¡Que lo va a matar!

Pendergast se soltó.

–¡No puede! –susurró D'Agosta con urgencia–. Están a punto de...

–¿Me han oído? –retumbó la voz de Diogenes–. ¡Cuatro minutos contando desde ya!

–¡Vayase! –dijo Pendergast con vehemencia.

Tras una última mirada, D'Agosta rodeó a Viola con un brazo y se giró hacia Kaplan para darle un toquecito de atención.

–Vamonos, señor Kaplan.

Encendió la linterna y se los llevó por los raíles, dando la espalda al Reloj de Hierro.

## Ù

# Sesenta y ocho

Pendergast permaneció esperando en la oscuridad del túnel, con la pistola en la mano. Todo permanecía en silencio. Pasó un minuto. Dos minutos, tres, cuatro...

Cinco minutos y sin tren.

Seis minutos. Siete.

Pendergast siguió esperando a oscuras. Había comprendido que su hermano, siempre precavido, no saldría hasta después del tren. Volvió lentamente a la luz.

–¡Aloysius! ¿Qué haces aún aquí? –De repente el tono de Diogenes era de pánico–. ¡He dicho que mataré a los que no se vayan!

–Pues adelante.

Otro disparo levantó la gravilla a pocos centímetros de la punta del pie de Pendergast.

–Mala puntería.

La segunda bala rebotó en el arco de encima de la cabeza del agente, que recibió una lluvia de trocitos de piedra.

–Has vuelto a fallar.

–Está a punto de salir el tren –dijo con urgencia la otra voz–. No tendré que matarte. Ya lo hará el tren por mí.

Pendergast negó con la cabeza y empezó a caminar tranquilamente por la plataforma en dirección al centro de la sala abovedada.

–¡Retrocede!

Otro disparo.

–Hoy no estás muy bien de puntería, hermano.

Se detuvo en el centro de la plataforma.

–¡No! –dijo la voz–. ¡Vete!

Pendergast se agachó para coger la caja, sacó el diamante y lo sopesó en la palma de la mano.

–¡El tren, idiota! ¡Deja el diamante, que en el agujero no le pasará nada!

–No hay ningún tren.

–Mentira, lo que pasa es que lleva retraso.

–No vendrá.

–¿Qué dices?

–Han cancelado el Acela de las doce. Llamé a Boston, a la estación de Back Bay, avisando de una bomba.

–¡Eso es un farol! ¿Cómo podías dar un aviso de bomba, si no sabías mi plan?

–¿No? ¿Por qué habíamos quedado a las doce menos seis, y no a las doce en punto? ¿Por qué justo aquí? Solo podía haber una razón, relacionada con el horario de trenes. El resto era coser y cantar.

Pendergast se guardó el diamante en el bolsillo.

–¡Déjalo donde estaba, que es mío! ¡Mentiroso! ¡Me has mentido!

–Yo no te he mentido. Lo único que he hecho es seguir tus instrucciones. Tú sí que me has mentido, y muchas veces. Dijiste que matarías a Smithback y fuiste a por Margo Green.

–Pues sí, maté a tus amigos, y sabes que no vacilaría en matarte a ti.

–Pues es precisamente lo que tendrás que hacer. ¿Quieres pararme los pies? Mátame.

–¡Desgraciado! *Mon semblable, mon frère...* [7] ¡Te vas a morir!

Pendergast esperó sin moverse. Pasaron dos minutos.

–¿Ves como no puedes matarme?–dijo–. Por eso has apuntado tan mal, porque me necesitas vivo. Ya me lo demostraste al rescatarme de Castel Fosco. Me necesitas porque sin mí, sin el odio que te inspiro, no te quedaría nada.

Diogenes no contestó. Mientras tanto, empezaban a oírse otros ruidos debajo de la bóveda: pisadas rápidas, órdenes y radios crepitando.

Cada vez se oían más cerca.

–¿Qué pasa? –dijo alarmada la voz de Diogenes.

–La policía –contestó tranquilamente Pendergast.

–¿Has llamado a la policía? ¡Burro, que te cogerán a ti, no a mí!

–Claro, de eso se trata. Y con tus disparos llegarán más deprisa.

–Pero ¿qué dices, idiota? ¿Qué haces, usarte de cebo? ¿Sacrificarte?

–Exacto. Intercambio mi libertad por la vida de Viola y la recuperación del Corazón de Lucifer. Sacrificio, Diogenes: el único desenlace que no podías prever. Porque es lo único que nunca se te ha ocurrido poner en práctica personalmente.

–¡Eres un...! ¡Dame el diamante!

–Ven a buscarlo. Hasta es posible que dispongas de un minuto para disfrutarlo antes de que nos cojan a los dos. También puedes irte corriendo. Quizá tengas alguna posibilidad de escapar.

–¡No puede ser! ¡Estás completamente loco!

La voz incorpórea profirió otro gemido ahogado, tan penetrante e inhumano que parecía de animal. De repente cesó, dejando únicamente el eco.

Poco después irrumpió Laura Hayward por el túnel IV, al frente de un grupo de policías. Detrás iba Singleton, hablando animadamente por su radio. Los policías rodearon enseguida a Pendergast y se pusieron de rodillas, en posición de tiro, apuntándole con sus pistolas.

–¡Policía! ¡No se mueva! ¡Levante las manos!

Pendergast las levantó despacio.

Hayward se aproximó, cruzando el cerco azul.

–¿Va armado, agente Pendergast?

Pendergast asintió con la cabeza.

–Sí, y el Corazón de Lucifer lo encontrará en el bolsillo izquierdo de mi americana. Trátelo con sumo cuidado, por favor. Guárdelo usted y no se lo dé a nadie.

Hayward giró la cabeza y le hizo señas a uno de sus hombres de que cacheara al agente, mientras otro se acercaba por detrás, cogía las manos de Pendergast, se las ponía en la espalda y se las esposaba.

–Propongo que nos apartemos de las vías –dijo Pendergast–. Es por nuestra seguridad.

–Cada cosa a su tiempo –dijo Hayward.

Metió la mano con prudencia en el bolsillo de la americana de Pendergast, sacó el diamante, le echó un vistazo y se lo guardó en el de su pechera.

–Aloysius Pendergast, tiene derecho a permanecer callado. Todo lo que diga podrá usarse y se usará contra usted en los tribunales...

Sin embargo, Pendergast no le hacía caso. Estaba mirando por encima del hombro de la capitana, hacia la oscuridad del túnel III, donde a duras penas se veían dos puntitos luminosos que parecían simples reflejos de la tenue luz de la sala. Mientras miraba, los puntos se apagaron un momento y reaparecieron, como dos ojos parpadeando. Después perdieron brillo, se giraron y no dejaron más que oscuridad.

# Ù

# Sesenta y nueve

El personal de la ambulancia ya se había llevado a Kaplan y Viola. D'Agosta se quedó en la zona de detenidos de la subcomisaría de Madison Square Garden, esposado a una silla bajo la vigilancia de seis policías. Miraba el suelo con la cabeza inclinada, evitando a toda costa el contacto visual con sus antiguos colegas y subordinados, enzarzados en forzadas charlas a su alrededor. Descubrió que era fácil, porque todos estaban empeñados en no mirarlo a él. Era como si ya no existiera, como si se hubiera convertido en alguna alimaña que no mereciera ni ser vista.

Oyó voces por la radio, y al mirar por la mampara de cristal vio muchos policías que cruzaban la zona de taquillas de Penn Station. La figura del medio, alta y delgada, orgullosa a pesar de todo, era Pendergast, con su traje negro, las manos esposadas en la espalda y un corpulento policía a cada lado. No miraba ni a la izquierda ni a la derecha. Iba muy erguido, con expresión serena. Dentro de las circunstancias, parecía la primera vez en muchos días que su aspecto se acercaba al del Pendergast de siempre. Debían de estar llevándoselo a la salida de la Octava Avenida, una de las de la estación, donde seguro que había un furgón esperando. Al pasar, giró la cabeza hacia D'Agosta, y aunque la mampara fuera un falso espejo, se habría dicho que miraba al teniente, y que le hacía un gesto rápido de gratitud con la cabeza.

D'Agosta apartó la vista. Todo su mundo, todo lo que le importaba, acababa de ser destruido. La insistencia de Pendergast en que informara a Hayward sobre su paradero tenía la culpa de que su amigo estuviera a punto de ingresar en la cárcel, probablemente de por vida. Solo había algo capaz de hacerle sentir aún peor: que apareciera Laura Hayward en persona.

Dicho y hecho: ahí estaba, viniendo con Singleton desde el fondo de la subcomisaría.

D'Agosta agachó la cabeza y espero. Oyó que se acercaban pasos. Le ardía la cara.

–¿Teniente?

Miró hacia arriba. Solo era Singleton. Laura había pasado de largo.

Singleton miró a su alrededor y saludó a los que custodiaban al detenido.

–Quitadle las esposas, por favor.

Uno de los policías desató a D'Agosta de la silla.

–Si no os importa, me gustaría hablar a solas con el teniente.

Se los vio aliviados de poder abandonar la zona de detenidos. Cuando Singleton quedó a solas con D'Agosta, le puso una mano en el hombro.

–Te has metido en un lío de la hostia –dijo con cierta amabilidad.

D'Agosta asintió con la cabeza.

–Como comprenderás, habrá una comisión, y la investigación preliminar se hará lo antes posible, probablemente pasado mañana. De momento tu futuro en las fuerzas de seguridad es una incógnita como una catedral, pero la verdad es que es lo último que debería preocuparnos. Todo indica que habrá cuatro acusaciones de delito grave: secuestro, robo de coche, imprudencia temeraria y encubrimiento.

D'Agosta se llevó las manos a la cabeza.

Singleton le apretó el hombro.

–Pero mira, ¿sabes? Al final has cumplido, Vinnie. Nos has dado el chivatazo sobre Pendergast, y hemos podido trincarlo. Hay algunos coches destrozados, pero heridos ninguno. Hasta podríamos alegar que estaba todo planeado desde el principio; vaya, que estabas en misión secreta, tendiéndole una trampa a Pendergast.

D'Agosta no contestó. Aún no había asimilado del todo la imagen de los policías llevándose esposado a Pendergast. Pendergast, el intocable.

–Total, que a ver qué puedo hacer con las acusaciones. Igual consigo reducir algunas a leves antes de que se cursen por escrito.

Me entiendes, ¿no? Aunque no te prometo nada.

D'Agosta tragó saliva y consiguió decir:

–Gracias.

–La situación ha dado un giro un poco inesperado. Según la declaración preliminar del secuestrado, es posible que Diogenes Pendergast siga con vida, e incluso que sea el culpable del robo de los diamantes del museo. Parece que hemos estado así de cerca de pillarlo en los túneles del tren. Otra cosa que no se entiende es que Pendergast tuviera el Corazón de Lucifer en el bolsillo. Vaya, que... que deja el caso abierto. Tendremos que revisar algunas de nuestras premisas.

D'Agosta levantó bruscamente la cabeza.

–Yo se lo puedo explicar todo.

–Déjalo para el interrogatorio. Hayward ya me ha contado tu teoría de que Diogenes lo proyectó para que pareciera que los asesinatos los había cometido su hermano. La cuestión es que ahora sabemos que Pendergast se hizo pasar por Kaplan para robar el diamante. Más allá de los detalles concretos, está claro que tendrá que chupar bastante cárcel. Yo en tu lugar (te lo aconsejo como amigo, no como supervisor) me preocuparía menos de él y más de mi pellejo. Ese cabrón del FBI ya ha provocado bastantes problemas.

–Capitán, le agradecería que no hablara así del agente Pendergast.

–Fiel hasta el fin, ¿eh?

Singleton sacudió la cabeza.

Una voz iracunda resonó por la subcomisaría, justo antes de que apareciese al otro lado de la mampara una densa masa de agentes del FBI encabezada por un individuo alto y moreno, de mirada asesina. D'Agosta se fijó en él. Le sonaba muchísimo. Intentó despejarse la cabeza y salir un poco de su nebulosa. Coffey, el agente especial Coffey.

Al ver a Singleton, Coffey cambió de dirección y se acercó.

–¿Capitán Singleton?

Estaba tan rojo que no se lo disimulaba ni el moreno.

El capitán Singleton levantó afablemente la mirada.

–Dígame, agente Coffey.

–¿Qué coño pasa? ¿Lo han pillado sin nosotros?

–Exacto.

–Ya sabe que el caso es nuestro.

Singleton esperó un minuto antes de contestar. Lo hizo en voz baja y sosegada, como si se dirigiera a un niño.

–Con la información que habíamos recibido, no podíamos perder ni un segundo. El culpable se ha saltado el dispositivo montado por ustedes en el condado de Suffolk, y ha conseguido volver a la ciudad. No podíamos esperar. Dadas las circunstancias, seguro que entiende que hayamos tenido que actuar por nuestra cuenta.

–Ni siquiera se han puesto en contacto con la delegación de Manhattan sur. Había agentes preparados para entrar en acción en toda la ciudad.

Otra pausa.

–Sí, tiene razón, es un descuido. Asumo toda la responsabilidad. Ya sabe que cuando la cosa está que arde lo más fácil es dejarse algún fleco. Le pido disculpas.

Coffey se quedó frente a Singleton, respirando hondo. Al otro lado de la sala, varios policías se aguantaban la risa.

–La captura de Pendergast nos ha aportado un plus inesperado –añadió Singleton.

–Ah, ¿sí? ¿Cuál, si se puede saber?

–Que llevaba el diamante en el bolsillo, el Corazón de Lucifer.

Singleton aprovechó que Coffey se había quedado sin palabras para mirar a sus hombres.

–Bueno, aquí ya no hay nada que hacer. Vamonos todos al centro.

Empujó un poco a D'Agosta para que se levantara y, dando media vuelta, se marchó.

## Ù

# Setenta

El miércoles amaneció luminoso y despejado, con el sol matinal entrando de lleno por la única ventana del comedorcito del pequeño apartamento de West End Avenue. Nora Kelly oyó cerrarse con fuerza la puerta del lavabo. Pocos minutos después salió Bill Smithback al pasillo, vestido para ir a trabajar, con la corbata deshecha y la americana colgando de un hombro. Estaba muy serio.

–Ven a desayunar un poco –dijo ella.

La cara de Smithback se iluminó al verla. Se acercó a la mesa y se sentó.

–¿A qué hora has llegado?

–A las cuatro.

Se agachó a darle un beso.

–Tienes una mala pinta...

–No es de no dormir.

Nora le acercó el periódico.

–Primera página. Felicidades.

Smithback miró los titulares por encima. Su artículo sobre el robo del Corazón de Lucifer por un desconocido estaba en la parte superior. El sueño de cualquier periodista. Era una exclusiva formidable, que sumada a la del arresto de Pendergast había relegado el artículo de Harriman sobre la captura del Exhibicionista a la página B3 de la sección metropolitana. (Una vieja lo había visto exhibirse delante de un cajero automático y, en su justa indignación, lo había dejado medio inconsciente a bastonazos.) Nora pensó que era la primera vez que no veía interesarse a Bill por las desgracias de Harriman.

Smithback apartó el periódico.

–¿Tú no vas a trabajar?

–El museo nos ha dicho que nos quedemos todos en casa lo que queda de semana. Vacaciones forzosas, como si dijéramos. No dejarán entrar a nadie hasta que sepan cómo se saltaron el sistema de seguridad. –Sacudió la cabeza–. Encima parece que ha desaparecido Hugo Menzies, y se ve que lo grabó una cámara de seguridad no muy lejos de la Sala Astor, justo a la hora del robo.

Tienen miedo de que lo matara el ladrón al verse sorprendido en la faena.

–Igual el ladrón era Menzies...

–El ladrón es Diogenes Pendergast. Deberías saberlo mejor que nadie.

–Igual Menzies es Diogenes.

Smithback soltó una risa seca, forzada.

–No tiene ni gracia.

Se encogió de hombros.

–Perdona, ha sido un comentario de mal gusto.

Nora le puso café y se llenó su taza.

–Hay una cosa que no entiendo de tu artículo: ¿cómo se lo montó Pendergast para sacar el Corazón de Lucifer del edificio de Affiliated Transglobal? ¡Si bloquearon enseguida todas las salidas! ¡No dejaron que se fuera nadie sin pasar por la máquina de rayos equis, y llevaron la cuenta de todas las entradas y salidas! Pero a Pendergast no lo encontraron. ¿Qué hizo, trepar por la fachada? ¿Cómo sacó el diamante?

Smithback se atusó un remolino rebelde, que volvió a erizarse al paso de su mano.

–Eso es lo mejor. Lástima que no pueda escribirlo.

–¿Por qué no puedes?

Smithback miró a Nora con una sonrisa algo siniestra.

–Porque el que sacó el diamante del edificio fui yo.

–¿Tú?

Nora lo miró con incredulidad.

Smithback asintió.

–Pero ¡Bill!

–No tuve más remedio, Nora. Era la única manera. Y no te preocupes, que no se enterarán. El diamante ya está otra vez en su sitio. La verdad es que el plan era genial.

–Cuéntamelo.

–¿Seguro que quieres saberlo? Piensa que te convertirías en encubridora de un delito.

–¡Tonto, que soy tu mujer! Pues claro que quiero saberlo.

Smithback suspiró.

–Lo montó Pendergast. Como sabía que cerrarían el edificio, y que registrarían a todo el que saliera, se disfrazó de técnico de la máquina de rayos equis.

–Pero ¿a los técnicos no los pasaron por la máquina, si estaba todo tan controlado como dices? Al salir del edificio, me refiero...

–Eso Pendergast también lo tuvo en cuenta. Después de hacerme pasar por la máquina de rayos equis, me indicó la salida del edificio y aprovechó para meterme el diamante en el bolsillo. Yo me fui derechito a la calle.

Nora estaba alucinada.

–Si llegan a cogerte, te habrían caído veinte años.

–No te creas, no, que lo pensé... –Smithback se encogió de hombros–. Pero había una vida en juego, y yo tengo fe en Pendergast. En eso, a veces tengo la impresión de ser el único del mundo.

Se levantó y fue a mirar por la ventana, nervioso y con las manos en la cintura.

–Esto aún no se ha acabado, Nora –murmuró–. Ni de lejos.

Se giró muy deprisa, con un brillo de rabia en los ojos.

–¡Y lo llaman justicia! ¡Una farsa es lo que es! Han acusado a un inocente de ser un bárbaro, un asesino en serie, y el asesino de verdad aún anda suelto. Yo soy periodista. Mi trabajo es informar de la verdad, y en esta noticia aún tienen que salir a la luz muchas verdades. Pienso destaparlas.

–¡Bill, ni se te ocurra perseguir a Diogenes!

–¿Y Margo? ¿Dejaremos que se vaya de rositas su asesino? Ahora que Pendergast está en la cárcel, y D'Agosta como mínimo en período de evaluación, no queda nadie más en situación de hacerlo.

–¡No, por favor! Es otra de tus decisiones impulsivas y tontas.

Smithback se giró otra vez hacia el cristal.

–Vale, reconozco que es impulsiva, y puede que hasta tonta, pero me da igual.

Nora se levantó de la silla. Ahora era ella la que estaba furiosa.

–¿Y nosotros? ¿Y nuestro futuro? Si buscas a Diogenes, te matará. ¡Te da mil vueltas!

Smithback miró sin contestar por la ventana. Tardó un poco en salir de su inmovilidad.

–Pendergast me salvó la vida –dijo en voz baja. Se giró a mirar a Nora–. Y a ti también.

Nora, exasperada, hizo como si se marchase.

Smithback se acercó y le dio un abrazo.

–No lo haré... si me lo pides tú.

–Pues es lo único que no me oirás pedirte. Tú decides.

Se apartó, se hizo el nudo de la corbata y se puso la americana.

–Bueno, oye, que tengo que ir a trabajar.

Le dio un beso.

–Te quiero, Nora.

Ella sacudió la cabeza.

–Ten muchísimo cuidado.

–Te lo prometo. Confía en mí.

Y salió por la puerta.

## Ù

# Setenta y uno

Un día después, y ochenta kilómetros al norte, el sol penetraba con dificultad por la persiana de una pequeña habitación de la unidad de cuidados intensivos de una clínica privada. Solo había un paciente, cubierto por una sábana y conectado a varios aparatos de grandes dimensiones que emitían pitidos suaves, casi reconfortantes. La paciente (porque era una mujer) tenía los ojos cerrados.

Entró una enfermera que leyó los aparatos, anotó algunas constantes y contempló a la enferma.

–Buenos días, Theresa –dijo alegremente.

La paciente no abrió los ojos ni contestó. Le habían quitado la sonda gástrica, pero seguía grave, aunque no en peligro inmediato.

–Hace una mañana muy bonita –comentó la enfermera, mientras abría la persiana y dejaba posarse en la sábana un rayo de sol.

Al otro lado de la ventana, junto a la gran mansión de estilo dieciochesco, el río Hudson cruzaba luminoso el paisaje invernal del condado de Putnam.

La cara de la enferma yacía muy pálida sobre la almohada, con el pelo corto y castaño esparciéndose un poco por la tela de algodón.

La enfermera siguió con su trabajo: cambió la bolsa de suero, alisó las sábanas y se inclinó hacia la paciente para apartarle un pelo de la cara.

Los ojos de la joven se abrieron lentamente.

La enfermera vaciló un poco antes de cogerle la mano.

–Buenos días –repitió, aguantándosela con suavidad.

Los ojos oscilaron. Los labios se movieron sin que se oyera nada.

–Aún no intentes hablar –dijo la enfermera, acercándose al intercomunicador–. Tranquila, que te pondrás bien. Ha sido duro, pero ya ha pasado todo.

Activó la palanca del intercomunicador y acercó la boca para hablar en voz baja.

–Se está despertando la paciente de la ICU-6 –murmuró–. Avisad al doctor Winokur.

Volvió a la cama y se sentó, otra vez con la mano de la enferma entre las suyas.

–¿Dónde...?

–Theresa, guapa, estás en la clínica Feversham, unos kilómetros al norte de Cold Spring. Es 31 de enero y llevas seis días inconsciente, pero ya te estás recuperando, y todo sigue su curso. Eres una mujer fuerte y sana. Seguro que te pones bien.

Los ojos se abrieron un poco más.

–¿Qué...? –consiguió articular la paciente con un hilo de voz.

–¿Que qué pasó? Ahora no pienses en eso. Te ha ido de poco, pero ya está. Aquí no puede pasarte nada.

La ocupante de la cama quiso decir algo y se le movieron los labios.

–Aún no intentes hablar. Guarda fuerzas para el doctor.

–... intentó matar...

Quedó como una frase inconexa.

–Te digo que no te preocupes. Tú concéntrate en ponerte bien.

–...horroroso...

La enfermera le acarició dulcemente la mano.

–Sí, me lo imagino, pero no pienses en eso, que dentro de nada llegará el doctor Winokur y puede que te quiera preguntar alguna cosa. Deberías descansar, cariño.

–Cansada... Cansada...

–Sí, claro, estás muy cansada, pero aún no puedes seguir durmiendo, Theresa. Quédate despierta, por mí y por el doctor. Solo un ratito, ¿vale? Así me gusta.

–No me llamo... Theresa.

La enfermera sonrió indulgentemente, mientras le acariciaba la mano.

–Tú no te preocupes de nada. Es normal estar un poco desorientada al despertarse. Vamos a mirar por la ventana mientras llega el doctor. ¿A que hace un día precioso?

## Ù

# Setenta y dos

Hayward, que nunca había estado en la legendaria prisión de alta seguridad del hospital de Bellevue, se acercó a ella con un sentimiento cada vez más pronunciado de curiosidad. Los pasillos, largos y muy iluminados, olían a alcohol y lejía. Pasó al lado de cinco o seis puertas cerradas con llave: Urgencias para Adultos, Urgencias Psiquiátricas, Ingresos Psiquiátricos... Se detuvo frente a la que infundía más respeto: dos hojas melladas de acero inoxidable, con un auxiliar vestido de blanco en cada lado y un sargento de la policía de Nueva York en una mesa. En la puerta había un letrero pequeño y lleno de arañazos: ZONA DE SEGURIDAD.

Enseñó su placa.

–Capitana Laura Hayward y un acompañante. Nos esperan en la D-11.

–Buenos días, capitana –dijo el sargento cachazudamente, mientras cogía su placa, hacía algunas anotaciones en la hoja de entradas y se la daba para que la firmase.

–Primero iré yo a ver al interno. Mi acompañante que me espere aquí.

–Por supuesto, por supuesto –dijo el sargento–. Ya la acompaña Joe.

El más musculoso de los dos auxiliares asintió con la cabeza sin sonreír.

El sargento se giró hacia un teléfono y marcó un número.

Poco después se oyó un ruido de cierres automáticos macizos. El auxiliar que respondía por Joe abrió la puerta.

–¿Ha dicho D-11?

–Exacto.

–Por aquí, capitana.

Al otro lado había un pasillo estrecho con suelo y paredes de linóleo, y muchas puertas a ambos lados, todas metálicas, con mirillas diminutas a la altura de los ojos. Un extraño coro de voces en sordina asaltó los oídos de la capitana: un frenesí de insultos, de lamentos, un parloteo atroz y no del todo humano que se filtraba por las puertas. El olor había cambiado. Bajo la peste a alcohol y productos limpiadores se insinuaba un vago olor a vómito, excrementos y algo que Hayward ya conocía de sus visitas a cárceles de máxima seguridad: el olor del miedo.

La puerta se cerró a sus espaldas con un ruido metálico. Poco después, la cerradura automática se volvió a trabar con una especie de detonación de arma de fuego.

Hayward siguió al auxiliar por el pasillo, que conectaba con otro igual de largo por medio de un recodo. No le costó reconocer al fondo la celda a la que se dirigían. Solo podía ser la que estaba vigilada por cuatro hombres con traje. Coffey se había perdido la detención, pero estaba claro que era lo único que pensaba perderse.

Su llegada hizo que los agentes se girasen. Hayward reconoció a Rabiner, el lacayo de Coffey. No parecía muy contento de verla.

–Deje las armas en la caja fuerte, capitana –dijo a modo de saludo.

La capitana Hayward se quitó la pistola y el spray de autodefensa.

–Parece que nos lo vamos a quedar –dijo Rabiner con una sonrisa meliflua–. Lo hemos trincado por lo de Decker, y cuadra de pe a pa con la legislación de pena de muerte federal. Ahora solo falta la evaluación psiquiátrica y a finales de semana estará en la unidad de aislamiento de Herkmoor. A este mamón nos lo llevamos mañana mismo a juicio.

–Lo veo muy locuaz esta mañana, agente Rabiner –dijo Hayward.

Bastó para que se callara.

–Me gustaría verlo. Primero yo, y luego volveré con un acompañante.

–¿Entra sola o quiere protección?

Hayward no se molestó en responder. Lo único que hizo fue esperar a cierta distancia, mientras uno de los agentes se asomaba a la mirilla y abría la cerradura con la pistola preparada.

–Si recurre a la fuerza, nos avisa –dijo Rabiner.

La capitana Hayward penetró en la celda, iluminada por una luz muy cruda.

Pendergast estaba sentado en un catre estrecho, vestido con un mono naranja de preso. La celda tenía las paredes muy acolchadas. No había muebles.

Al principio Hayward no dijo nada. Se había acostumbrado tanto a verlo con un traje negro a medida que el contraste se le hizo incomprensible. El agente estaba pálido y demacrado, pero no había perdido la compostura.

–Capitana Hayward. –Se levantó y le indicó que se acercara al catre–. Tome asiento, por favor.

–No, gracias, prefiero estar de pie.

–Muy bien.

Pendergast tuvo la educación de no sentarse.

Todo era silencio en la pequeña celda. Hayward no se quedaba fácilmente sin palabras, pero en ese caso no acababa de entender

el impulso que había motivado su visita. Después de un rato carraspeó.

–¿Qué ha hecho para que se cabree tanto el agente especial Coffey? –preguntó.

Pendergast sonrió sin muchas fuerzas.

–El agente Coffey tiene una opinión demasiado elevada de sí mismo, punto de vista que yo nunca he logrado compartir del todo. Hace unos años trabajamos juntos en un caso que no acabó muy bien para él.

–Se lo pregunto porque habíamos reclamado la jurisdicción sobre el caso, pero nunca he visto al FBI pasarse por el forro de esta manera a la policía de Nueva York. Y encima sin esa especie de media cordialidad que usan.

–No me sorprende.

–La cuestión es que han aparecido algunas novedades raras en el caso, que aún no son oficiales, y quería hacerle unas preguntas al respecto.

–Adelante, por favor.

–Resulta que Margo Green está viva. Alguien hizo un chanchullo en el hospital y se lo montó para que se la llevaran en helicóptero con un nombre falso más al norte del estado, a la vez que sustituía su cuerpo por el cadáver de un vagabundo drogadicto que estaba a punto de acabar en la fosa común. Según el forense, fue un simple error; según el responsable médico, «una lamentable confusión burocrática». Lo curioso del caso es que resulta que los dos son conocidos suyos de hace tiempo. A la madre de Green casi le da un infarto al enterarse de que la hija que acababa de enterrar estaba viva.

Hizo una pausa y exclamó con mirada penetrante:

–¡Por amor de Dios, Pendergast! ¿Nunca puede hacer nada ciñéndose a las normas? ¿Cómo tuvo las santísimas narices de hacerle pasar un rato así a una madre?

Pendergast guardó un momento de silencio antes de contestar.

–Porque su desesperación tenía que ser sincera. Si no, Diogenes se habría dado cuenta. Cruel o no, era el único modo de salvar la vida de Margo Green, y en última instancia es más

importante su vida que el dolor pasajero de una madre. Si no se lo dije ni al teniente D'Agosta, fue por la misma necesidad de secreto absoluto.

Hayward suspiró.

–Bueno, el caso es que acabo de hablar por teléfono con Margo Green; sigue muy débil, y se salvó por los pelos, pero ha estado muy lúcida, y lo que me ha dicho me ha dejado de piedra. Insiste rotundamente en que la persona que la atacó no era usted, y su descripción concuerda bastante con la que ya teníamos de su hermano. El problema es que la sangre descubierta en el lugar del crimen, y en el arma con la que se defendió Margo Green, sí que era de usted, al igual que las fibras, los pelos y las otras pruebas físicas. Vaya, que con las pruebas tenemos un rompecabezas de padre y muy señor mío.

–Sí, es verdad.

–Nuestras entrevistas con Viola Maskelene corroboran lo que dice usted sobre su hermano, o como mínimo lo que he entendido yo. Insiste en que la secuestró Diogenes, no usted. Según su testimonio, en resumidas cuentas, Diogenes confesó ser el autor de los asesinatos y le enseñó uno de los diamantes robados en la Sala Astor. Solo es su palabra, claro, sin pruebas, pero nos ayudó a buscar la casa donde la habían encerrado y no le cuento el tinglado que encontramos. Hasta había algunas pruebas bastante concluyentes que relacionaban a Diogenes con el robo de la Sala Astor, y se notaba que Diogenes pensaba guardárselas.

–Interesante.

–Cuando bajamos a los túneles, estuvimos a punto de coger a alguien que el teniente D'Agosta asegura que era Diogenes, versión que respaldan tanto el gemólogo, Kaplan, como Maskelene. Sus versiones preliminares concuerdan entre sí, y sabemos que no pudo ser usted. Hemos pedido a nuestros homólogos británicos que abran una investigación sobre la muerte de Diogenes en Inglaterra, pero requerirá su tiempo. En todo caso, por lo que respecta a las pruebas, indican que su hermano podría estar vivo. Como mínimo hay tres personas que lo creen.

Pendergast asintió con la cabeza.

–¿Y usted, capitana? ¿Qué cree?

Hayward titubeó.

–Que es un caso que merece ser investigado más a fondo. La pega es que el FBI tiene unas ganas que se muere de pedir la pena capital por el asesinato de uno de sus agentes, y no parecen muy preocupados por que pueda haber incoherencias en los otros tres, al menos de momento. Bueno, dos, porque al final el asesinato de Margo Green no fue un asesinato. Total, que entre pitos y flautas en el fondo da lo mismo que yo siga investigando los otros asesinatos.

Pendergast asintió.

–Comprendo su problema.

Hayward lo miró con curiosidad.

–Y me preguntaba yo... ¿Usted tiene algo que explicarme sobre el tema?

–Sí, que tengo fe en que como buena policía sabrá descubrir la verdad.

–¿Nada más?

–Ya es mucho, capitana.

Hayward guardó silencio.

–Ayúdeme, Pendergast.

–Eso tiene que pedírselo al teniente D'Agosta, que lo sabe todo de este caso. Lo mejor que puede hacer es recurrir a él.

–Ya sabe que es imposible. El teniente D'Agosta está en período de evaluación. Ahora mismo no puede ayudar a nadie.

–No hay nada imposible. Solo hay que saber forzar un poco las normas.

Hayward suspiró de irritación.

–Tengo una pregunta –dijo Pendergast–. ¿El agente Coffey está al corriente de la reaparición de Margo Green?

–No, pero dudo que le importe. Ya le digo que lo enfocan todo en Decker.

–Mejor. Quería pedirle que lo mantenga en secreto el máximo tiempo posible. Creo que Margo Green está a salvo de Diogenes, al menos a corto plazo; mi hermano se ha escondido, y aún tardará un poco en recuperarse del golpe, pero cuando reaparezca será

más peligroso que nunca. Lo que le pido es que vigile y proteja a la doctora Green hasta el final de su convalecencia. También a William Smithback y su esposa, Nora. Y a usted misma. Aunque lamento decirlo, todos ustedes son posibles víctimas.

Hayward tuvo un escalofrío. Lo que dos días atrás parecía una fantasía demencial empezaba a adquirir tintes de espeluznante realidad.

–Lo haré –dijo.

–Gracias.

La celda volvió a quedar en silencio. Al cabo de Un rato, Hayward salió de sus cavilaciones.

–Bueno, me tengo que ir. De hecho solo he venido para acompañar a una persona que quería verlo.

–Ah, otra cosa, capitana... –dijo Pendergast.

Hayward se giró a mirarlo y lo vio en el mismo sitio, mirándola serenamente, con la cara pálida bajo la luz artificial.

–No sea muy dura con Vincent, por favor.

Hayward apartó la vista sin querer.

–Todo lo que hizo fue a petición mía. La razón de que a usted le contara tan poco, y de que se fuera de su casa... Lo hizo todo para protegerla de mi hermano. Hizo un gran sacrificio profesional a fin de ayudarme y proteger vidas humanas. Espero, y rezo, por que no sea también un sacrificio personal.

Hayward no contestó.

–Nada más. Adiós, capitana.

Recuperó la voz.

–Adiós, agente Pendergast.

Se giró otra vez sin mirarlo a los ojos y dio unos golpes en el cristal blindado de la mirilla.

Tras ver cerrarse la puerta al paso de la capitana, Pendergast se quedó quieto, aguzando el oído, con el mono naranja (que no era de su talla). Oyó un rumor de voces al otro lado de la puerta acolchada. Se concentró en los pasos ligeros pero decididos de Hayward, que se alejaban hacia la salida. Después oyó el ruido de

las cerraduras de seguridad, y la apertura de una puerta muy pesada, que tardó casi treinta segundos en volver a cerrarse.

No por ello dejó de escuchar. Al contrario, lo hizo con mayor atención, porque ahora en el pasillo sonaban otros pasos: pasos diferentes, más lentos e inseguros, que se aproximaban. El cuerpo de Pendergast entró en tensión. Poco después, una mano aporreó su puerta.

–¡Una visita!

Apareció Viola Maskelene en el umbral. Tenía un arañazo encima de un ojo, y se la veía algo pálida por debajo de su bronceado mediterráneo, pero por lo demás no parecía haber sufrido daños.

Al constatar que no podía moverse, Pendergast se limitó a mirar a Viola desde donde estaba.

Ella avanzó y se detuvo en medio de la celda sin saber qué hacer. La puerta se cerró a sus espaldas. Pendergast seguía inmóvil.

La mirada de Viola bajó de su cara al uniforme de preso.

–Por su bien, preferiría que no me hubiera conocido –dijo él, casi fríamente.

–¿Mi bien? ¿Y el suyo?

Pendergast la miró largo rato en silencio, hasta que dijo con mayor suavidad:

–Yo nunca me arrepentiré de haberla conocido; de todos modos, mientras sienta algo por mí (si es que lo siente), correrá un grave peligro. Debe irse y no volver a verme ni pensar en mí.

Hizo una pausa y miró el suelo.

–Siento muchísimo lo que ha pasado. Muchísimo.

Un largo silencio.

–¿Ya está? –se decidió a preguntar Viola en voz baja–. ¿Nunca lo sabremos? ¿Nunca tendremos la oportunidad de averiguarlo?

–Nunca. Diogenes aún acecha, y si considera que entre nosotros queda algún vínculo, sea el que sea, no dudará en matarla. Debe irse cuanto antes y volver a Capraia, a su vida de antes. Debe decirle a todo el mundo (incluido a su propio corazón) que le inspiro una absoluta indiferencia.

–¿Y usted?

–Sabré que está viva. Con eso me basta.

Viola dio un paso, llevada por el ímpetu.

–Mi vida de antes no la quiero para nada. –Tras un momento de vacilación, levantó los brazos y apoyó las manos en los hombros de Pendergast–. Ahora que lo conozco, no.

Él se quedó como una estatua.

–Debe prescindir de mí –dijo en voz baja–. Diogenes volverá, y yo ya no podré protegerla.

–Me... me dijo unas cosas horribles. –La voz de Viola se quebró–. Han pasado treinta y seis horas desde que salí del túnel del tren, y en todo ese tiempo no he podido pensar en nada más. Mi vida ha sido absurda, vacía, sin amor. Ahora me dices que me aleje de lo único que me importa.

Pendergast enlazó dulcemente su cintura y la miró a los ojos con muchísima atención.

–Diogenes se divierte buscando los miedos más profundos de sus víctimas, y cuando los ha encontrado asesta un golpe certero y mortal. Ha llegado a inducir a más de una persona al suicidio, pero habla por hablar. No te dejes obsesionar por sus palabras huecas. Conocer a Diogenes es caminar a oscuras. Tienes que salir de esa oscuridad, Viola. Tienes que volver a la luz. Y para eso también tienes que alejarte de mí.

–No –murmuró ella.

–Vuelve a tu isla y olvídame. Si no lo haces por ti, hazlo por mí, Viola.

Tras mirarse a los ojos un momento, se besaron bajo la luz cruda de la espartana celda.

Después de un momento, Pendergast se desprendió de Viola y retrocedió. Estaba rojo, cosa rara en él, y sus ojos claros brillaban.

–Adiós, Viola –dijo.

Ella se quedó como clavada al suelo. Transcurrió un minuto. Infinitamente a su pesar, dio media vuelta y se alejó despacio.

Cuando llegó a la puerta, titubeó y habló en voz baja sin girarse.

–Te haré caso. Volveré a mi isla y le diré a todo el mundo que no me interesas para nada. Seguiré viviendo como antes. El día que te suelten, sabrás dónde encontrarme.

Dio unos golpecitos muy seguidos en la mirilla. La puerta se abrió... y Viola desapareció.

## Ù

# Epílogo

Las últimas llamas dejaron en la reja un cúmulo de brasas que se desmoronaban. Una luz tenue reinaba en la biblioteca, envuelta como siempre en un manto de silencio que todo lo cubría: las mesas de lectura forradas de paño y llenas de volúmenes pulcramente apilados, las estanterías donde dormían los infolios, las lámparas con sus pantallas, los sillones de cuero... Fuera hacía un día luminoso de invierno, el último de enero, pero dentro de Riverside Drive 891 parecía reinar una noche perpetua.

Constance estaba en un sillón, con las piernas dobladas y un vestido negro con ribetes de encaje blanco. El libro que leía era un tratado del siglo XVIII sobre las bondades de la sangría. Cerca, en un sillón de orejas, estaba D'Agosta, con una lata de Budweiser en la mesita de al lado, sobre una bandeja de plata; una lata no bebida, bañada en un charquito de condensación.

Miró a Constance de reojo, fijándose en su perfil perfecto y su cabello lacio de color castaño. No cabía duda de que era una joven muy guapa. Holgaba decir, por otro lado, que su inteligencia y cultura libresca eran mayores de lo normal para alguien de su edad. Sin embargo, había en su persona algo raro, rarísimo. La noticia de la detención y encarcelamiento de Pendergast no habían provocado la menor reacción emocional en su pupila. Ninguna en absoluto.

D'Agosta sabía por experiencia que no reaccionar solía ser la más intensa de las reacciones, y le preocupaba. Pendergast ya lo había puesto en guardia sobre la fragilidad de Constance, insinuando que tenía un oscuro pasado. El propio D'Agosta dudaba hacía tiempo de la estabilidad de la joven, dudas

reforzadas por su reciente e inexplicable falta de reacción. De hecho, si el día atrás se había instalado con sus pocas pertenencias en Riverside Drive 891, era para vigilarla. (También, por qué no decirlo, a falta de otro sitio adonde ir.)

Otro problema: Diogenes. Cierto, sus planes se habían visto frustrados; cierto, no había podido hacer lo que quería con Viola y con el Corazón de Lucifer, y se había visto obligado a esconderse. Ahora la policía de Nueva York creía en su existencia y lo estaba persiguiendo con ahínco. Los últimos descubrimientos habían hecho tambalearse su certeza de que era Pendergast el asesino en serie (sin erradicarla del todo), aunque seguía existiendo el problema de unas pruebas físicas abrumadoras. En fin, al menos ahora la policía de Nueva York estaba segura de que el culpable del robo de la Sala Astor y del secuestro de Viola era Diogenes. Habían encontrado la casa de Long Island, y la estaban desmontando pieza a pieza. De ningún modo podía decirse que estuviera cerrada la investigación.

En cierto sentido, el fracaso y posterior huida de Diogenes lo habían vuelto aún más peligroso. Al acordarse de la curiosidad que había expresado por Constance durante la conversación telefónica en el Jaguar, D'Agosta tuvo escalofríos. Si con algo podía contarse, era con la meticulosa habilidad de Diogenes para hacer planes. El contraataque –que lo habría, de eso estaba segurísimo– tardaría un poco en producirse. Lo cual le daba cierto tiempo para prepararse.

Constance levantó la mirada del libro.

–Teniente, ¿sabía usted que a principios del siglo diecinueve aún se preferían las sanguijuelas al escarificador para las sangrías?

D'Agosta la miró.

–Pues la verdad es que no.

–Los médicos coloniales solían importar la sanguijuela europea, *Hirudo medicinalis*, porque su capacidad de absorción era mucho mayor que la de la *Macrobetta decora*.

–¿*Macrobetta decora*?

–La sanguijuela americana, teniente.

Constance reanudó su lectura.

«Llámame Vincent», se dijo él, mirándola pensativo. Además, no estaba muy seguro de que le quedara mucho tiempo como teniente.

Rememoró la última tarde, el momento humillante de la comisión. Por un lado había sido un alivio enorme: Singleton había cumplido su palabra, y todo el incidente se había visto maquillado como una operación secreta mal resuelta, en que D'Agosta había dado muestras de poco criterio. A pesar de sus errores –que habían llevado a uno de los integrantes de la comisión a calificarlo «tal vez como el poli más tonto del cuerpo»–, la conclusión final era que no había incurrido de manera voluntaria en ningún delito grave. Bastante fea era ya la lista de delitos leves.

Mejor tonto que culpable de algo grave, le había dicho Singleton a la salida. Habría más hearings, pero su futuro en la policía de Nueva York –o la que fuese– estaba más que en entredicho.

Naturalmente, Hayward había testificado. Había pronunciado su declaración con un tono resueltamente neutro, usando la típica jerga policial, y sin mirarlo ni una vez, ni una, aunque a su modo el testimonio hubiera servido para ahorrarle a D'Agosta algunas de las acusaciones más graves.

Volvió a ponerse el expediente de Diogenes en las rodillas, con la súbita y punzante sensación de estar perdiendo el tiempo. Diez días antes había estado en la misma sala, mirando el mismo expediente, y sin Pendergast para orientarlo. La diferencia era que en el ínterin habían matado a cuatro personas, y que Pendergast no estaba «muerto» sino en Bellevue, donde lo sometían a una evaluación psiquiátrica o algo por el estilo. ¿Qué podía averiguar D'Agosta, si entonces no había averiguado nada útil?

De todos modos, no podía rendirse. Se lo habían quitado todo: su carrera, su relación con Laura Hayward, a su mejor amigo... Todo. Solo le quedaba una cosa por hacer: demostrar la inocencia de Pendergast. Para lo cual necesitaba encontrar a Diogenes.

Se oyó un timbre en las profundidades de la casa. Había alguien en la puerta.

Constance levantó la cabeza, y por espacio de un instante brevísimo, fugaz, su cara reflejó puro miedo –acompañado de algo más, algo inefable–, pero solo hasta que volvió a caer el velo de inexpresividad.

D'Agosta se levantó.

–Tranquila, que deben de ser los niños del barrio jugando. Voy a ver.

Dejó el expediente, se levantó, comprobó con disimulo que llevara su pistola y fue hacia la puerta de la biblioteca, pero antes de llegar ya vio venir a Proctor por el recibidor.

–Quiere verlo un caballero –dijo el mayordomo.

–¿Ha tomado las precauciones necesarias? –preguntó D'Agosta.

–Sí, he...

Justo en ese momento apareció al fondo de la galería un hombre en silla de ruedas, y D'Agosta se quedó de piedra al reconocer a Eli Glinn, el director de Effective Engineering Solutions.

Glinn pasó de largo e hizo rodar la silla hasta una de las mesas de la biblioteca. La despejó un poco con un gesto brusco del brazo, apartando varias montañas de libros, y depositó un fajo de papeles en la mesa: esquemas, mapas topográficos, planos de construcción y diagramas mecánicos y eléctricos.

Constance, que se había levantado con el libro en la mano, lo miró fijamente.

–¿Qué hace aquí? –preguntó D'Agosta–. ¿Cómo ha encontrado la casa?

–Eso da igual –dijo Glinn, girándose hacia él con un brillo en su ojo sano–. El domingo pasado hice una promesa.

Levantó la mano, enfundada en un guante negro. Tenía una fina carpeta de papel manila, que dejó sobre la mesa.

–Y aquí lo tiene: un perfil psicológico preliminar de Diogenes Dagrepont Bernouilli Pendergast; actualizado, cabe añadir, a fin de reflejar los últimos acontecimientos, al menos los que he podido recabar de la prensa y de mis propias fuentes. Cuento con usted para ponerme al día.

–Hay mucho que contar.

Glinn giró la cabeza.

–Usted debe de ser Constance.

El gesto de asentimiento de la joven casi fue una reverencia.

–Su ayuda también la necesitaré.

–Con mucho gusto.

–¿A qué viene este interés tan repentino? –preguntó D'Agosta–. Tenía la impresión...

–¿La impresión de que no le daba la máxima prioridad? Es que no se la daba. En ese momento me pareció un problema relativamente menor, una manera de ganar dinero fácil, pero aún no sabía esto. –Dio un golpecito a la carpeta–. Es posible que no haya nadie más peligroso en todo el mundo.

–No entiendo nada.

Los labios de Glinn dibujaron una sonrisa siniestra.

–Ya lo entenderá al leer el perfil.

D'Agosta señaló la mesa con la cabeza.

–¿Y todos estos papeles? ¿Qué son?

–Los planos del ala de máxima seguridad de la penitenciaría de Herkmoor, al norte del estado de Nueva York.

–¿Por qué?

–Creía que el porqué era obvio: mi cliente, el agente Pendergast.

–Pero si Pendergast está en Bellevue, no en Herkmoor...

–Pronto estará en Herkmoor.

D'Agosta miró a Glinn, estupefacto.

–¿Qué quiere decir, que vamos a... llevárnoslo a la fuerza?

–Exacto.

Constance reprimió una exclamación.

–Es una de las peores cárceles de todo el país. De Herkmoor nunca se ha fugado nadie.

Glinn seguía mirando a D'Agosta fijamente.

–Sí, ya lo sé.

–Y ¿le parece posible?

–Todo lo es, pero necesito su ayuda.

D'Agosta miró los papeles y los planos que había en la mesa. Contenían todo lo imaginable y más: esquemas y dibujos de cada sistema técnico, estructural, eléctrico y mecánico del edificio. Después miró a Constance, que asintió con un gesto casi imperceptible.

Por último volvió a mirar el ojo de Glinn, el que brillaba, y por primera vez en mucho tiempo sintió un vigoroso y súbito rebrote de esperanza.

–Me apunto –dijo–. Que pase lo que Dios quiera, pero yo me apunto.

En la cara de Glinn, llena de cicatrices, apareció otra sonrisa. Dio una palmadita con su mano enguantada al fajo de papeles.

–Bueno, amigos, manos a la obra, que tenemos trabajo.

**ó ó ó**

*OceanofPDF.com*

# Ù

## DOUGLAS PRESTON Y LINCOLN CHILD



*Douglas Preston y Lincoln Child son coautores de diez novelas con anterioridad a esta, todas publiadas por Plaza&Janés. ada uno de ellos también escribe novelas de gran éxito por separado. Viven a casi tres mil kilómetros el uno del otro y escriben juntos con la ayuda de internet, el fax y el teléfono.*

*DOUGLAS PRESTON, colaborador de The New Yorker e investigador del Laboratory of Anthropology de Santa Fe, entre otras muchas actividades, es un jinete experimentado y ha realizado excursiones a caballo de miles de kilómetros a través del Oeste.*

*LINCOLN CHILD empezó su vida profesional como editor de libros y publicó numerosas antologías de historias de fantasmas y acontecimientos sobrenaturales. Posteriormete trabajó como analista de sistemas. Hoy en día se dedica totalmente a la literatura.*

*Ambos autores invitan a sus lectores a visitar su web y a ponerse en contacto con ellos: www.prestonchild.com.*

## LA DANZA DE LA MUERTE

*Dos hermanos: Uno, prestigioso agente del FBI; el otro, brillante pero retorcido criminal. Un odio sin límite entre ellos. Ahora, el crimen perfecto y el máximo reto: detenme si puedes....*

**ó ó ó**

© 2005, DOUGLAS PRESTON Y LINCOLN CHILD
Título de la edición original: “Dance of Death”
© de la traducción: JOFRE HOMEDES BEUTNAGEL

Diseño de Cubierta: FLAG
ILUSTRACIÓN: "Danza de la muerte" c.1499 Bernt Notke
(Museo de Arte de Estonia, Tallinn)

© 2006, Random House Mondadori, S.A
Primera edición: febrero, 2006
ISBN: 84-01-33577-9
Depósito legal: B. 3.024-2006

[1] Pintor norteamericano (1907-1975) que practicó un realismo en la línea de Bonnard y Vuillard. (N. del X)

[2] Shakespeare, *Macbeth*, acto V, escena 5. (N. del X)

[3] Título del capítulo 8 del libro 1 de *Finnegan's Wake*, de Joyce

[4] Autor de la novela *Planilandia*, que combina la sátira con la divulgación del concepto de geometría multidimensional. (N. del X)

[5] Shakespeare, *Tito Andrónico*, acto III, escena 2. (N. del X)

[6] Otro verso de *La tierra baldía* de T. S. Eliot, poema recurrente en la novela. (N. del T.)

[7] Esta célebre cita de *Las flores del mal* de Baudelaire también fue incorporada por T. S. Eliot a *La tierra baldía*. (N. del T.)

OceanofPDF.com